BIBLIOTECA "GOATHEMALA"
DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
DIRIGIDA POR EL LICENCIADO J. ANTONIO VILLACORTA C.
VOLUMEN XVI

Crónica

de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala

de la Orden de N. Seráfico Padre San Francisco en el Reino de la Nueva España

Compuesta por el

R. P. Fr. Francisco Vázquez

Lector Jubilado, Calificador del Santo Oficio, Examinador Sinodal de este Obispado, Padre de la Provincia de San Jorge de Nicaragua, Notario Apostólico, Custodio y Cronista de esta misma Santa Provincia de Guatemala

Segunda Edición

Con prólogo, notas e índices por el R. P. Lic. Fray Lázaro Lamadrid, O. F. M.

Tomo tercero

Guatemala, Centro América

Enero de 1940

G734-1M7C-1-40 NUMERO 146

IMPRESO EN LA TIPOGRAFIA NACIONAL. — GUATEMALA, CENTRO-AMERICA

PRELIMINAR

Al iniciar la publicación de esta segunda edición de la "Crónica del Padre Vázquez" formamos el propósito de aprovechar la ocasión para conservar en ella los documentos que afortunadamente todavía se conservan en los archivos de Guatemala sabre asuntos conexos con la historia de los franciscanos.

Mas, siendo imposible publicarlos todos, que, aunque no son muchos, son los suficientes para no caber en los estrechos límites de nuestros preliminares y notas, se impone la selección dejando para otras publicaciones de carácter general la mayoría de ellos.

A este plan obedece la publicación en este caso de la declaración de los testigos que se presentaron en la causa del martirio de los Padres Fr. Cristóbal Martínez de la Puerta, y Fr. Benito Martín de San Francisco, y el religioso lego Fr. Juan de Baena, andaluces los tres y gloria de esta Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala. [1]

De ellos habla el Padre Vázquez principalmente en el libro 5º de su Crónica, que nosotros damos en nuestro cuarto tomo; pero como la lista de los Guardianes de la Recolección que tenemos preparada para otro preliminar ha de ir en dicho tomo y un amigo nos suplica la pronta publicación de estos testimonios por el mucho interés que tienen desde el punto de vista geográfico, hemos decidido ponerlos aquí y el lector los tiene así por anticipado para cuando en el siguiente tomo lea lo que el P. Vázquez nos dice del martirio de estos tres heroicos misioneros de la Taguzgalpa.

Adjuntos los hallamos a un voluminoso expediente de 535 folios sobre raciones a los doctrineros en el Archivo Colonial de Guatemala, bajo la signatura Caja *o Led. No. 5.—Guatemala,* el mismo *expediente donde hallamos las Tablas Capitulares publicadas en las notas a nuestro primer tomo y que por ser hecho por Dominicos, Franciscanos y Mercedarios, contiene valiosos datos de la historia de las tres Ordenes.*

El expediente está incompleto y la paginación está corregida probablemente por habérsele añadido otros documentos, ya que los hay de muy varias fechas.

---

(1) De ellos ya se hace mención en los capítulos XVII, XXIX, XXX, LXX, LXXIV y LXXVII, de este tomo.

La declaración que aquí transcribimos se halla en el folio 103 atendiendo a la paginación principal.

Helo aquí en nuestra ortografía actual:

"En la ciudad de Valladolid de Comayagua, provincia de Honduras, a nueve días del mes de mayo de mil y seiscientos y veinte y cuatro años, ante el dicho señor don Francisco González, Maestrescuela y provisor de esta Santa Iglesia Catedral, el P. Fr. Francisco Varela, Predicador y Custodio de esta Custodia de Santa Catalina de Honduras *Para la dicha información, presentó por testigo a Juan Bernardo de Quirós, residente en esta dicha ciudad, del cual se tomó y recibió juramento por Dios nuestro Señor y por la señal de la Cruz, so cargo del cual prometió de decir verdad de lo que supiere y fuere preguntado, y siéndole leída la dicha petición, dijo que habiendo llegado a la ciudad de Truxillo de los reinos de Castilla con el señor don Juan de Miranda, Gobernador y Capitán General de esta Provincia por fin de agosto de año pasado de seiscientos y veinte años, vió y conoció en la dicha ciudad y puerto al Padre Fray Cristóbal Martínez de la Orden de San Francisco y vió que el dicho Padre comunicaba de ordinario al dicho Gobernador y le daba cuenta de cómo estaba allí para ir a una conversión de indios que llamaban de la provincia de la Taguzgalpa y le refería diversas veces en presencia de este testigo, cómo había intentado muchas veces llegar a la dicha provincia por mar, por ser más fácil que por tierra, y que tantas cuantas veces lo había intentado, había arribado al dicho puerto y a otras partes, y que en aquella sazón tenía prevenido un barquillo que le habían dado de limosna para embarcarse en él y ver si podía llegar al Cabo de Gracias a Dios, que era el paraje más cómodo para entrar la tierra adentro, y vió este testigo que habiéndole disuadido el dicho Juan de Miranda la tal determinación, le respondió que por ninguna vía ni manera dejaría de proseguir con su intento porque diecisiete años que encomendaba a Dios aquel negocio ordinariamente y que siempre hallaba su ánimo muy entero para emplearse en aquella conversión, y vió este testigo que dicho Gobernador le dijo que pues tan determinado estaba de hacer aquel viaje, viese si para él tenía necesidad de alguna cosa, y el le respondió que estimaría que su merced hablase a los marineros y pilotos que llevaba, para que le dejasen en el paraje que deseaba, y el dicho Gobernador lo hizo así, y le envió algún matalotaje de vino, aceite y aceitunas y otras cosas, y el día que se quiso embarcar, el dicho Gobernador le acompañó hasta la playa, y el dicho Padre se hizo a la vela, y antes que el dicho Gobernador se aviase para esta ciudad, para tomar la posesión de su oficio, y que le parece al testigo pasarían cuatro o cinco días poco más o menos, volvió al puerto el dicho Padre Fray Cristóbal, y viniendo a dar cuenta al dicho Gobernador de la causa de su arribada oyó este testigo decir que habían sido los temporales tan grandes que no le habían dejado ir costeando la costa, como querían, les había sido forzoso arribar; y el dicho Gobernador, viendo*

con mucho sentimiento al dicho Padre de haber vuelto a arribar y decir que tenia cansada a toda la gente con las limosnas que hasta allí les había pedido y que no se atrevía a pedirles más, le dijo que si todavía se hallaba con ánimo para volver a tentar a fortuna, que él por servir a Dios y al rey le compraría navío y le aviaría, y habiendo aceptado esta oferta el dicho Padre Fray Cristóbal con muestras de humildad y agradecimiento y ponderado el servicio que en ello se hacía a Dios y al rey nuestro señor, el dicho Gobernador le dijo que se procurase entretener hasta los primeros vendavales y que él aviaría de todo, y luego antes que saliera de allí puso en práctica comprar una fragata llamada "San Telmo", y la aderezó y previno piloto y gente y todo el matalotaje que fué necesario y ordenó que todo estuviese a punto para los primeros vendabales, con los cuales se hizo a la vela el dicho Padre Fray Cristóbal llevando en su compañía por piloto a Rodrigo de Palacios y a Manuel de Rigo, y sabe este testigo que estando el dicho Gobernador en la ciudad de Gracias a Dios de esta provincia, y este testigo en su compañía le llegaron cartas que le escribía el dicho Padre Fray Cristóbal desde el Cabo de Gracias a Dios, donde ya quedaba, llenas de agradecimiento, de haber tenido dicha de haber acertado a hacer el viaje en fragata y a costa de dicho Gobernador, y que le pedía diese orden de enviarle a Fray Juan de Baena, religioso lego, el cual le parece había sido señalado por su compañero para la dicha conversión, y se había quedado por algunos respetos en el convento del Señor San Francisco de esta ciudad, y que así mismo solicitase al Padre Provincial que a la sazón era el Padre Fr. Diego de Fuenllana, para que le enviase un religioso sacerdote o dos, y el dicho Gobernador muy alegre con todas las nuevas despachó, en presencia de este testigo, correo a Guatemala a lo que él oyó decir para pedir al P. Provincial enviase un par de religiosos sacerdotes desde Guatemala, y orden para que Fr. Juan de Baena que estaba en esta ciudad, bajase al puerto de Trujillo, ofreciéndose a enviarles para el P. Fr. Cristóbal a su costa, y hecho el despacho, salió a visitar el corregimiento de Tencoa, y llegado a primer pueblo de él llamado Lepacra, vió este testigo que llegó allí el dicho Fray Juan Pérez de Baena, el cual parece que también había tenido carta del P. Fray Cristóbal, en que le pedía también le fuese a buscar, e iba con orden y licencia del dicho Padre Fr. Francisco Varela, Custodio que a la sazón era de esta Custodia, a verse con el dicho Gobernador, y ver de su merced la orden que podía tener para poner en ejecución lo que el Padre Fr. Cristóbal le enviaba a decir, y en presencia de este testigo, que como escribano que era de esta gobernación, andaba siempre en compañía del Sr. Gobernador, le dijo su merced, que ya tenía escrito a Guatemala, pidiendo al P. Provincial dos religiosos, y ofreciendose de volverlos a enviar a su costa a la dicha conversión adonde estaba el dicho Padre Fray Cristóbal, pero que pues había llegado a quel pueblo, sería bien que pasase a la ciudad de Guatemala, y lleva-

se cartas de su merced por el P. Provincial, en que de nuevo le pidiese los dichos religiosos, y que el dicho padre Fr. Juan pusiese calor en ello, de manera que con brevedad viniesen, y habiendo aceptado esto el dicho P. Fr. Juan, se fué con las dichas cartas a Guatemala, y desde a poco tiempo volvió con un religioso sacerdote llamado Fr. Benito de San Francisco, los cuales pasaron a la ciudad y puerto de Trujillo a donde estuvieron cuatro o cinco meses por falta de tiempo, costeándoles el gasto el dicho Gobernador, y sabe este testigo que se vino de la dicha ciudad de Trujillo a esta de Comayagua, para poder con más comodidad aviar los dichos dos religiosos, de lo que tuviesen menester, comprándoles ropa y otras muchas cosas que llevasen que pudieran dar a los indios infieles en cuya compañía habían de estar los dichos religiosos, y sabe este testigo que el dicho Gobernador nombró por Cabo de la gente que había de ir en su persona de confianza, y sabe este testigo que el dicho Gobernador, después de haber llegado a esta ciudad, tornó a enviar a la de Trujillo de donde se habían de hacer a la vela en compañía de los dichos Padres al dicho Juan de Llano con las cosas que había prevenido para que las diese a los dichos Padres, y sabe este testigo que el dicho Gobernador envió al dicho Juan de Llano a hacer el dicho viaje por fin del mes de octubre del año pasado de seiscientos y veintidos (1622) y con orden al Capitán Domingo de Santos que era Alcalde y a Manuel de Garmendía, para que comprasen hasta tres mil tostones de cosas que el dicho Gobernador mandaba se enviasen a Fr. Cristóbal para que las enviase a los indios para que con ellas los pudiese juntar y conducir, y luego como fué tiempo, que a lo que se quiere acordar había oído decir al dicho Juan de Llano había sido víspera del Año Nuevo, se había embarcado con el dicho Padre Fray Juan de Baena y Fray Benito de San Francisco en la dicha fragata "San Telmo" del dicho Gobernador, y oyó decir este testigo al dicho Juan de Llano, que hizo el viaje en compañía de los dichos dos religiosos, que yendo ellos muy alegres y regocijados y dando muchas gracias a Dios por la merced que les hacía en permitirles que fuesen a cosa tan de su servicio, como era hacer aquella conversión, y acompañar a un tan gran siervo de Dios como era el Padre Fray Cristóbal, mostrando siempre ánimo de padecer cualquier trabajo que les viniese por aquella causa, y dar las vidas si necesario fuese, y Dios les ordenase y les oyó decir este testigo la dicho Juan de Llano que habiendo tenido en el viaje viento recio y favorable, llegaron al Cabo de Gracias a Dios, y así como dieron fondo en él vieron cómo en tierra, en la orilla de la mar estaba el dicho Padre Fray Cristóbal, haciendo señas para que le conociera la gente que iba en la dicha fragata, y vieron que estaban con él muchos indios bárbaros, algunos de los cuales le trajeron en una canoa a la dicha fragata, y oyó decir al dicho Juan de Llano, que al tiempo que dió las cartas del dicho Señor Gobernador al Padre Fray Cristóbal, él y los dos religiosos llegaron a abrazarle con gran ter-

nura y gozo, le oyó decir que dentro de dos días como habían llegado había dicho el Padre Fray Cristóbal a él y a los pilotos que pues el Sr. Gobernador ordenaba que hiciesen lo que les mandase, les pedía a todos con mucho encarecimiento le llevasen treinta leguas más adelante a la bahía que llaman de los Anaucas [1] *porque allí estaban, según la relación tenía de los indios de la tierra más en contorno, para predicar la palabra de Dios a los indios bárbaros, y así respecto que este testigo sabe que el dicho Juan de Llano llevaba orden del dicho Sr. Gobernador para no exceder de lo que el Padre Fray Cristóbal le dijese, y oyó decir al susodicho que el dicho Padre Fray Cristóbal dijo a los pilotos que se hiciesen a la vela y fuesen a donde se les mandaba, y así se le oyó decir lo hicieron, y llegaron a la dicha bahía de los Anaucas, y en ella dejaron a los dichos tres Padres y unas vacas y cajones de cosas que el dicho Sr. Gobernador les enviaba y el dicho Padre dijo al piloto Rodrigo de Palacios y al dicho Juan de Llano que si respecto de la mucha mar que había no pudiesen estar sobre el amarra mientras él y sus compañeros escribían al Sr. Gobernador en agradecimiento y le avisaban de todo lo que el dicho Padre Fray Cristóbal había entendido en el discurso de casi un año que había residido allí de la gente de aquella tierra y de las cualidades de ella, que se volviesen a la Bahía de Suero y allí esperasen las cartas, que él las despacharía por tierra con un indio de los que andaban en su compañía, y siendo así que por andar alborotada la mar, según lo dijo el dicho Juan de Llano, y no fiandose de la amarra le oyó decir se había levado el dicho piloto y se había vuelto a la bahía que llaman de Suero, y dentro de tres días que estaban en ella llegó el dicho Padre Fray Cristóbal en una canoa y se entró en la fragata y oyó decir este testigo a dicho Juan de Llano que el dicho Padre venía maltratado de lo mucho que había andado por tierra; y se le echaba bien de ver, pues traía muy lastimados los pies, y que después de haber estado en la fragata y haber entregado las cartas les dijo de palabra que unos bárbaros mestizos infieles que allí cerca de la laguna de las Anauacas donde sus compañeros quedaban rancheados le habían dicho que no les convenía entrar la tierra adentro respecto de que los Albahuinas que estaban cerca de aquella parte y eran una nación muy cruel y valiente les matarían y a los que los guiasen por el grande odio que tenían a los cristianos, y que tampoco estaban seguros los dichos Padres, si se quedaban allí porque la nación de los Albahuinas traía guerra con los demás bárbaros que vivían en aquellas costas de la mar y que de cuando en cuando salían a saltearles y que a los padres les convenía volverse a la orilla de la Bahía de Suero a estar en aquel contorno, porque caía más lejos de la dicha nación, pues mucho mejor vendría con fuerza de gente contra los que estaban en la orilla de la laguna de los Anaucas, sabiendo que estaban allí los Padres, que antes lo hacían, y que así estaba*

(1) Anaucas es palabra mexicana, según Vásquez. Cfr. Lib. V, c. 2.

determinado de volver a donde estaban sus compañeros a los cuales dejaba con algún temor de que a los indios que los habían recibido de paz les viniese algún mal por amor de ellos y que todos tres encomendarían muy de veras a Dios les encaminase en lo que habían de hacer y que si echasen de ver que aquellos bárbaros de las Anaucas estaban con temor se volverían para aquellos de la Bahía de Suero y Cabo de Gracias, que tantas muestras daban de quererlos regalar, y que tan bien lo habían hecho todo el tiempo que el dicho P. Fr. Cristóbal había estado entre ellos catequizándolos, y aprendiendo la lengua, y que así se lo avisaba al Sr. Gobernador, suplicándole con grandes encarecimientos en aquellas cartas que allí traía suyas y de sus compañeros, que dentro de un año o antes si fuese posible, los enviase a visitar, y alguna gente española para que asegurasen el peligro en que estaban los indios amigos de la costa por haberlos recibido y regalado; y oídas estas razones este testigo al dicho Juan de Llano, que él y toda la gente de la fragata se despidieron de dicho P. Fr. Cristóbal, con mucha ternura y lágrimas, dándoles muchos recaudos y encomiendas al dicho P. Fr. Cristóbal para sus dos compañeros Fr. Benito de San Francisco y Fr. Juan de Baena, y muy buenas esperanzas de que el dicho Juan de Miranda, sabiendo el peligro en que quedaban, así los indios amigos como ellos de miedo de la nación de los Albahuinas, les enviaría socorro con los primeros vendavales; y oyó decir este testigo al dicho Juan de Llano, que, acabadas estas razones, se despidió del dicho Padre y los demás de la fragata para el puerto de Trujillo, dejando los dichos religiosos en aquellas tierras y entre aquellos bárbaros, y llegado que fué el dicho Juan de Llano a esta ciudad [1] de Trujillo de haber dejado a los dichos dos religiosos con las cartas que los dichos Padres traian y habiéndolas abierto el dicho Sr. Gobernador en presencia de este testigo con mucha alegría por saber quedaban los dos religiosos en compañía del dicho Padre Fr. Cristóbal, vió que no tan solamente pedían les enviase socorro para que los dichos indios amigos viviesen seguros sino que con muchos encarecimientos le pedían fuese personalmente a acreditar con su presencia a los dichos tres Padres, conjurándole por la fe de cristiano que profesaba y por las entrañas de Jesucristo y su Pasión. Y oyó este testigo entonces al dicho Gobernador, como persona de su casa, decir que de ninguna manera dejaría de socorrerles, aunque gastase toda su hacienda y aventurase su vida, pues no era obra aquella para dejar de la mano; y así desde aquel punto se comenzó a prevenir y echa voz en aquella ciudad de que había de ir personalmente al dicho socorro, y que hacía la costa de todo lo necesario a los que le quisieren acompañar en aquella jornada, y les daría armas: así vió este testigo que se animaron muchas personas a bajar a la dicha empresa a costa del dicho Sr. Gobernador el que se fué a la ciudad de Trujillo, y previno arcabuces, mosquetes y pólvora y artillería y otras muchas cosas, y dos fragatas en las cuales

---

(1) El manuscrito inserta por lapsus: *de la.*

embarcó sesenta personas, a lo que se quiere acordar, a dos o tres días después del Sr. San Diego, que es por el mes de noviembre, embarcando también un caballo para su persona, y cabras y ovejas para llevar a los Padres, y una fragua y un herrero y mucho hierro, y carpinteros, diciendo que había de dejar hecha casa a los dichos Padres, y desde las islas de la Guanaja a donde fué a esperar tiempo, y a comprar lo que le faltaba de mantenimientos para las dichas sesenta personas que llevaba para dos meses, salió a los dos o tres días de diciembre, y este testigo en su compañía, y fueron costeando la tierra hasta llegar al Cabo de Gracias a Dios, a donde dió fondo el dicho Sr. Gobernador y se vieron muchos indios en el dicho Cabo, que hacían señas desde tierra capeando que les esperasen, y vio este testigo, que luego vinieron algunas canoas a la fragata en que iba el dicho Sr. Gobernador, y en ellas algunos bárbaros, al parecer de este testigo, principales, y preguntándoles por los Padres, no respondían, antes se tapaban los ojos llorando, haciendo señales que no les hablasen de aquello y como no había quien los entendiese, se juzgó por mala señal de que llorasen, y desde allí se hizo a la vela el dicho Sr. Gobernador, y se fué a la Bahía de Suero que está a seis leguas del dicho Cabo, y mandó disparar una pieza de artillería, para que todos los indios vinieran a bordo de la dicha fragata, como lo hicieron luego en muchas canoas, y llegados que fueron, el dicho Sr. Gobernador (preguntó) por el dicho Padre Fr. Cristóbal y los otros dos compañeros, volvieron a hacer la propia señal que antes habían hecho los del Cabo, y por mejor darse a entender uno como cacique asió a otro indio de los que venían con el, y tomando una lanza que traía, señaló muchas heridas, como dando a entender las que habían dado los Albahuinas a los dichos Padres, y le echó una soga al pescuezo, como que le colgaba, y luego asió otros dos e hizo con ellos el mismo ademán y representación, diciendo llorando: Albahuinas, Patre, Patre, que fué juzgado de todos que querían decir que la nación de los Albahuinas habían muerto a los Padres de aquella manera que demostraban en aquellos ademanes que hacían con aquellos indios, y llorando él y todos, se fueron a abrazar a dicho Sr. Gobernador, y luego de uno en uno fueron abrazando a todos los que iban en la fragata, y habiendo oido esto el dicho Sr. Gobernador, y de aquellas señales, y no parecer los dichos Padres en la costa, ni en la bahía se infería que los dichos Albahuinas los habían muerto. Estando en esta confusión el dicho Sr. Gobernador hizo una plática a toda la gente, diciéndoles que de ninguna manera dejaría de entrar la tierra a dentro, hasta ver si topaba con aquesta nación que tanta crueldad habían ejecutado en los benditos Padres, y castigarles como merecían, que aunque se decía que eran muchos, la justificación de la causa y la ventaja de las armas y el valor de la gente que llevaba le aseguraba el buen suceso, y que si alguno hubiere que tuviere temor de acompañar a su merced lo dijese luego, porque le dejaría en la fragata con la seguridad necesaria, y respondiendo todos que querían morir adonde mu-

riese el dicho Sr. Gobernador, y viendo esta determinación mandó al piloto que levase el ancla e irse llegando a tierra a buscar desembarcadero para la gente, y así se hizo con la sonda en la mano, aunque no sabían por donde iban, pero estando a media legua de tierra, descubrieron un río hacia donde mandó enderezar la proa, y el piloto Rodrigo de Palacios saltó en un bote a sondar la boca del dicho río, y volvió diciendo que había harta agua para entrar por allí y que había muy buen desembarcadero, y así se halló tal, y a una legua que se entró por él río arriba, volvieron a amarrar la fragata por ser ya casi noche, y allí durmieron con buena guardia, y con catorce o quince de aquellos bárbaros dentro de la fragata, los cuales estaban muy alegres de ver navío en aquel río, porque allí nunca había entrado ninguno, y el dicho Sr. Gobernador y el piloto Radrigo de Palacios y este testigo y otros dos soldados, por mandado del dicho Sr. Gobernador, se entraron en un bote y en una canoa, lo uno y la otra bien prevenido de remeros, porque dijo el dicho Gobernador quería ir a reconocer más adentro el río, ver el fondo que tenía para subir por él arriba, llevando su gente embarcada, porque se ahorrase cuanto fuere posible el marchar por tierra, y habiendo subido como tres leguas hallando siempre mucho fondo, llegaron a un caminillo muy trillado en el cual había algunas ollas quebradas y señas que por allí bajaba gente a aquel río, y preguntó a tres indios bárbaros que llevaba consigo por señas, qué camino era aquel, y respondieron: Albahuina, Albahuina; y el dicho Sr. Gobernador saltó en tierra, dejando el bote y la canoa con seis mosquetes, y ordenó a los marineros que esperasen allí con buena guardia, y si viesen algunos indios bárbaros disparasen un mosquete. Se entró por aquel caminillo con este testigo y el piloto Rodrigo de Palacios y otros dos soldados, y con el dicho Sr. Gobernador y este testigo y la demás gente tres indios de los bárbaros, y cogiendo uno de ellos del hombro y el piloto otro, y con las armas bien apercibidas, diciendo el dicho Sr. Gobernador, que pues por todas partes descubrían dos leguas de tierra, y por algunas, más, que querían marchar un rato por aquel camino, y reconocer aquella campiña, y habiendo andado casi como una legua, sin haberse fatigado ni afligido, dijo un bárbaro de aquellos: "Patre, Patre, dormi, dormí". Lo cual oído se platicó si sería posible haberse engañado, que por las señas que habían visto fueran muertos los Padres y estuviesen en algún pueblo en aquella campiña. Y acabando de decir estas razones, volvieron a marchar con la misma vigilancia, y al cabo de otra media legua, al parecer de este testigo, se descubrió una casa cubierta de pajas de palma, y los bárbaros volvieron a decir: "Patre, dormí, dormí". Y no sabiendo qué juzgarse, volvieron a caminar, y estando ya cerca de la casa, aquellos bárbaros comenzaron a llorar y se bajaron a coger unas hierbas y flores, e hicieron a manera de ramilletes, cada uno, uno, y comenzaron a andar hacia la casa, la cual estaba sin puertas, y luego como se entró por ella, se vió un sombrero

de fraile franciscano que estaba pendiente desde lo alto de la casa, a manera de sombrero de obispo sobre un banquillo sobre el cual estaba una imagen de nuestra Señora de bulto, de una tercia de largo y una cruz de palo, y los indios bárbaros ofrecieron aquellas hierbas y flores, habiéndose estregado primero las barbas con ellas, y luego se dejaron caer en el suelo, dando grandes suspiros, y llorando. Y el piloto Rodrigo de Palacios pidió por merced al Sr. Gobernador, le diese la imagen de nuestra señora, y él se la dió, y la cruz, y tomó para sí el sombrero, y se echó de ver, así por lo que decían aquellos bárbaros, señalando con los dedos, que allí estaban los Padres enterrados, como por haber hallado los dichos despojos, que allí los habían muerto los Albahuinas, y los indios amigos los habían enterrado de aquella manera. Con lo cual, y con mucha admiración del caso, volvieron marchando lo más a prisa hacia donde habían dejado el bote y canoa, y se embarcó el dicho Sr. Gobernador y los demás, y fueron por el río abajo a donde habían dejado la fragata, en la cual estaba la gente con muchísimo cuidado por lo que se había tardado el dicho Sr. Gobernador, y cuando vieron el suceso de haber hallado los cuerpos de los mártires, se admiraron y entre toda la gente hubo muchas lágrimas de alegría, y se admiraron más de que yendo el dicho Sr. Gobernador con falta de salud, y habiendo salido de la fragata aquella mañana que fué el mismo día de Pascua del año de seiscientos y veintitrés años, hubiese marchado tres leguas de ida y vuelta por tierra sin mucho trabajo, y luego mandó desamarrar la fragata y subir por el río arriba, hasta ponerse en el dicho camino, y que se desembarcase el capitán Pedro Meléndez con su compañía de infantería, y el día de San Esteban por la mañana, se puso la gente en orden, y con buena guardia y centinelas a lo largo se fueron marchando hasta (donde) el día primero, y después de haber repartido las guardias y postas, se cavó la tierra, y se fué hallando mucha cantidad de huesos de tortuga y espinas de pescado, y señales de otras cosas de comer, y luego se descubrió el cuerpo del bendito Fr. Cristóbal, vestido con su hábito, el cual se puso en capas de soldados, y fué conocido en que tenía todo el cabello de la cabeza y cerquillo de la corona con sus cabellos entrecanos, y luego se vieron muchas señales de lanzadas en el hábito y que tenía una mano cortada, y otra amarrada con una soga a la garganta y las espinillas quebradas; y luego se sacó el cuerpo del Padre Fr. Benito y el del Padre Fr. Juan de Baena, que estaban con las cabezas a la contra de como estaba enterrado el Padre Fr. Cristóbal y debajo de él, y fueron conocidos con mucha distinción de este testigo, como persona que les había tratado y del piloto Rodrigo de Palacios y otros marineros.

Tenían entrambos las espinillas quebradas y muchas señales de lanzadas en los hábitos, y el bendito Fr. Benito, la cabeza partida de un golpe; y volviendo a mirar el cuerpo de Padre Fr. Cristóbal, se vió que por la parte bajera le salía un troncón de estaca, que atravesándole todas las tripas y entrañas. le correspondía la punta a la nu-

ca, y los dichos cuerpos se cogieron y se trajeron a la fragata con mucha veneración, y allí se pusieron en sus ataudes, y el dicho Sr. Gobernador volvió a tratar de castigar a los que tal maldad habían cometido y a informarse por qué vía llegaría más presto a ellos, y fué informado de los dichos bárbaros, que era imposible, si no era llevando por espacio de dos soles que se entiende dos jornadas muchas embarcaciones para los soldados, respecto de que los dichos Albahuinas bajaban por el río que llamaban ellos la Rura que era otro diferente de aquel y que tardaban tres soles en venir por el río abajo en muchas canoas, y que cuando llegaban a ponerse enfrente de aquella campaña y río salían de ellas a hacer el mal que podían, como lo habían hecho cuando habían muerto los Padres, y porque juntamente habían muerto cinco indios y una india que aquella semana los estaban sirviendo, y entre ellos un cacique cuyos huesos tenían en un costal, y que otro indio que llamaban Pancho había escapado con una lanzada en el vientre y otra en un brazo, todo lo cual fueron representando por señas, y el mismo Pancho vino y mostró las heridas al dicho Gobernador y le dió a entender por señas el dicho martirio, y cómo el P. Fr. Cristóbal se había dejado caer de rodillas en el suelo y que hablaba mucho con los compañeros los cuales también estaban de rodillas y que él y otro indio así como estaban heridos, se pusieron a tiro de lanza a ver todo lo que pasaba, que cuando querían correr tras de él, él corría también, y cuando le dejaban de seguir volvía otra vez a mirar y ultrajar a los dichos Albahuinas, amenazándoles con el dicho Gobernador por haber entendido de dicho Padre cuando era vivo, que tenía por cierto que los había de ir a visitar, y el dicho Pancho, que por haber estado en la ciudad de Trujillo algunos meses sabía algunas palabras de nuestra lengua, dijo al dicho Gobernador que para castigar a los Albahuinas era necesario volver al Cabo de Gracias a Dios, y entrar por el río de la Rura que desaguaba en él, y entrar por él arriba con aquella fragata y gentes y todos ellos subirían con el dicho Gobernador y que dentro de cinco soles daría con ellos, y así salió el dicho Gobernador a la mar y fué al dicho Cabo, adonde dió fondo, y los indios fueron por tierra y enviando a sondar la barra no se hallaron más de cinco palmos y medio de agua, y dos veces se anegó la canoa en que fueron a sondar por los grandes golpes de mar que había, y viendo que la fragata demandaba once palmos de agua con lo que había de fondear y que la costa era brava, que de ninguna manera se podía dejar en tierra gente, ni armas, ni otras cosas sin riesgo de anegarse, resolvió el dicho Gobernador por no poder sufrir el estar sobre el amarra por los muchos balances y temor de garrar y dar a la costa, de hacerse a la vela con aquellos benditos cuerpos, y llevarlos a la ciudad de Trujillo, donde fuesen venerados, y dar de todo cuenta al rey nuestro señor y su Real Consejo de Indias y como lo dijo allí a todos y a los dichos indios bárbaros amigos que mostraban mucho sentimiento de que los Albahuinas sus enemigos no quedasen castigados, les prometió de volver,

dejándoles algunos regalos, y en treinta y seis horas llegó a la Isla de la Guanaja con los dichos benditos cuerpos, habiendo tardado diez y nueve días en ir, que se tuvo a cosa de milagro, y luego en otro día se fué a Trujillo, y sabido por el Cabildo de la ciudad, y religiosos del convento de San Francisco, todo lo que había pasado y cómo venían allí los cuerpos de los mártires, comenzaron a contender sobre la parte donde se habían de enterrar, y hubo muchos requerimientos y protestas, y el dicho Gobernador acordó que por bien de paz se depositase el cuerpo del bendito Fr. Cristóbal en la Iglesia Mayor y los otros dos en el convento de San Francisco, sobre que hubo autos y protestas a que este testigo se remite, el cual vió que toda la ciudad, grandes y pequeños, se conmovió mucho, y fueron a la playa y trajeron los cuerpos con grande acompañamiento, y habiéndolos descubierto en la Iglesia Mayor, a petición de toda la gente sin embargo de que el dicho Gobernador mandó poner soldados de guardia y que su merced asistió en la dicha iglesia mientras celebraban el oficio divino, acudió tanta gente a besar los cuerpos y tomar lo que de ellos pudiesen alcanzar, que no podían los soldados de guardia defenderlos, ni al mismo Gobernador se tuvo respeto, pues por cima de su misma silla saltaban hombres y mujeres a querer besar los dichos cuerpos y hurtar reliquias sin que se oyese cosa de los oficios divinos por los muchos alaridos que se daban, y viendo el dicho Gobernador que aquel desorden pasaba tan adelante que si no se repara no dejaran cosa de los dos cuerpos y hábitos, hubo de sacar la espada de la vaina, y dando muchos cintarazos a la gente desviándola y apellidando a los soldados que le ayudasen contra aquel movimiento popular, y vió este testigo que habiéndose por este modo aquietado algún tanto la gente, pidió al Padre Diego de Cañabate, cura y vicario de la ciudad, que estaba vestido con capa le diese algunas reliquias que señaló y entre ellas dijo que quería de aquella lanza con que estaba empalado el dicho Padre Fray Cristóbal, y habiendo un soldado, llamado Pedro de Montoya, por mandado de dicho Padre, tirado del remate de la dicha lanza con fuerza, la sacó, y en ella un pedacillo de carne ensangrentado con sangre fresca, que se tuvo por cosa milagrosa, y se aserró un poco de la dicha lanza y se dió al dicho Sr. Gobernador, y según lo que este testigo y todos los demás juzgaron por las señales de los indios, hacía más de seis o siete meses que fueron martirizados los dichos Padres, los cuales sabe este testigo porque los comunicó y trató que en vida eran llamados santos por su grande ejemplo y asperosa vida, y mucha oración, como generalmente es notorio a los que les conocieron, y este testigo después que los vió martirizados tiene particular devoción con sus santas reliquias, afirmando que deben ya de gozar de la divina gloria según los martirios que pasaron y les es devoto y ofrece sus oraciones pidiéndoles rueguen a la divina Majestad se acuerde de él, y que lo que de este caso sabe y pasa es la verdad como persona instrumental que se halló a todo

lo declarado. Y que no le tocan las generales, más de tenerles grandísima devoción por haberles tratado y comunicado a todos tres y que es de edad de veinte y ocho a treinta años.

Y lo firmó, y siéndole leído este dicho de verbo ad verbum *se afirmó y ratificó en él.*

Juan Bernardo de Quirós. — El Maestrescuela, Francisco González.—Ante mí Fernando de Lara, Escribano de Su Majestad".

* * *

En este expediente del martirio prestaron declaración otros testigos. Como el escrito no está completo solamente sabemos de la declaración del mismo Gobernador Juan de Miranda, la cual prestó a 18 de abril de 1624; y a 8 de mayo, o sea, un día antes que Bernardo de Quirós, la prestó el piloto Juan de Llano.

También dió testimonio a 13 de mayo y ante el escribano Damián de Sierra, por ausencia de Fernando de Lara, Jacinto de Molina que había llegado con las naos del Capitán Juan de Noguéral "abrá cosa de once meses y medio" *y que fué en una de las fragatas; a 13 de mayo declaró Pedro de Torres, que según dice el testigo Jacinto Molina era cabo de escuadra.*

El P. Varela pidió instrumento de todo, que se hizo ante Juan Bautista López de Lizana, Notario Apostólico, a 29 días de mayo del mismo año del Señor de 1624 en Valladolid de Comayagua.

He aquí algunos detalles consignados en otras declaraciones y que omitió Bernardo de Quirós en la suya que es la más completa y por eso la hemos trasladado íntegra.

Jacinto de Molina en su declaración nos dice que el río por el cual entró el Gobernador en su batel es el Río Guaní (había varios ríos en aquella Bahía). Además nos da el detalle de que el cuerpo de Fr. Cristóbal fué puesto aparte en una caja que clavaron y pusieron en ella un letrero con su nombre. Fr. Benito tenía la cabeza cortada y ambas piernas quebradas por las canillas y mucha carne por comer de la tierra, *en otra caja pusieron los cuerpos de Fr. Benito y Fr. Juan, lego, este debajo y aquel encima; Fr. Juan tenía la pierna derecha quebrada por la canilla y muchos golpes por el cuerpo de lanzas y arpones, y se notó mucho que no hedían", "antes por el contrario exhalaban buen olor."*

También nos dice Jacinto Molina que el Capitán Domingo de Linares que iba en la otra fragata se quedó atrás y no pudo venir por los huracanes. Y que yendo cinco soles por el río arriba (río del Cabo de Gracias a Dios), se daría con los Albahuinas.

* * *

De la declaración de Pedro de Torres se sabe que el Padre Cristóbal se fué solo a la provincia de Tagucigalpa (así llama al lugar donde estuvo y donde murió el padre) y a donde luego llevara a Fr. Benito y a Fr. Juan (los llevó Juan de Llano), que los indios amigos ocupaban el cabo de Gracias a Dios, Ancón de San Diego y Bahía de Suero.

Desde julio de 1623 tuvo levantados los soldados por su cuenta el Gobernador hasta su regreso con los cuerpos. Salió del puerto de Trujillo a quince de noviembre de 1623, el Capitán Diego de Linares iba en la otra fragata; llegaron a la Punta de Castilla y arribaron con temporal a la Isla de la Guayaba y puerto de Maza; perdieron un ancla, allí estuvieron nueve días y se fueron a la Isla de Guanaxa, todas cercanas a Trujillo.

En Guanaxa aguardaron algunos días, y en tres de diciembre de 1623 salieron y a pocos días un temporal los separó, yendo Linares al puerto o Bahía de Cartago, y la fragata del Goberndor pasó extraños trabajos y fué a la Punta Viciosa que dicen está a veinte leguas del Cabo de Gracias a Dios, allí estuvo dos días y dos noches al amarra y luego siguió su viaje y llegaron al Cabo de Gracias a Dios, a veintidós de diciembre de 1623.

Parece que los religiosos habían dicho a Juan de Llanos que los hallarían en el Cabo Gracias a Dios. De allí mandó traer a Pancho, pero mientras los indios (dos días) fueron a buscarlo, un norte les obligó a dejar cable y ancla y tuvieron que refugiarse en la Bahía de Suero. Los indios Albahuinas, según decía Pancho, engañaron a los Padres, diciéndoles que los querían llevar a su tierra y que querían ser cristianos, y el Padre Cristóbal abrazó al capitán, y el indio le apretó, y dió voces llamando a los otros, y vinieron a matarlo... que el Padre de rodillas puso los ojos y las manos hacia el cielo y habló... Pancho llamó a sus indios y vinieron a los dos días a enterrarlos a su usanza... con varas más pesadas y luego varas más ligeras, y comida, y la Virgen en una caja y la cruz... De la Bahía de Suero hasta donde se podía navegar por el río hay nueve leguas...

También nos dice Torres que el desenterrar los cuerpos fué al día siguiente de Pascua, y que él entre tanto estuvo haciendo carbón para fragua para las armas. También nos habla de que no estaban corrompidos los cuerpos, y que hicieron muchos milagros a los soldados durante el viaje, y que para ir a castigar a los Albahuinas era menester navegar por el río de Gracias a Dios hacia arriba varias jornadas (tres leguas del río), que se discutió esto allí donde estaban los cuerpos pero no pareció bien. Volvieron a la Bahía de Suero a ver si hallaban la otra fragata (de Linares), que era más pequeña por si podía entrar en el río, pero no se encontró, y saliendo de allí les cogió un norte que los baró en unos bajos de unos cayos, y allí estuvieron barados diez días.

Hasta aquí la declaración de Bernardo de Quirós y los detalles más importantes de las declaraciones de los otros testigos.

*
* *

La identificación geográfica de los lugares mencionados en las anteriores declaraciones puede ser motivo de discusión, damos nuestra interpretación sin considerarla definitiva.

Valladolid de Comayagua es la Comayagua actual.

Trujillo es la ciudad del mismo nombre.

Guayaba es una isla cercana a la de Guanaja, su puerto principal era Maza. La isla de Guanaja es la de todos conocida en la costa de Honduras, cerca de Trujillo, llamada también Bonaca.

Bahía de Cartago probablemente es la bahía llamada de Caratasca.

Punta Castilla es un cabo en el camino de Trujillo a la isla Guayaba, tal vez el llamado ahora Punta Honduras.

Punta Viciosa cabo en el camino del cabo Gracias a Dios a veinte leguas de él, al Oeste.

Laguna de los Anaguacas o Anavacas en la costa de Nicaragua, treinta leguas más adelante al Sur de cabo Gracias a Dios, tal vez el lago de Carata.

Bahía de Suero al Sur del Cabo Gracias a Dios, seis leguas de él, parece ser la que queda al Norte de la actual bahía de Sandy.

Río Guaní, que desemboca en la bahía de Suero, en el caminito que bajaba este río estaban los mártires. Vázquez le llama también Guapún.

Los Cayos a los cuales los arrojó el viento Norte de que habla Pedro de Torres tal vez son los Cayos Morrison.

El río Agalta lo llama Vázquez Pisicure, yendo de él a Punta Castilla se pasa por la desembocadura del río Aguán.

El cronista Vázquez al principio del libro quinto nos da los límites de la Taguzgalpa, de este modo: Norte, la ensenada de Gaimoreto junto a Trujillo, valles de Trujillo; Este, mar del Norte; Oeste, valles de Agalta, Olancho y Xamastrana; Sur, ríos Cayamble y Guayape. Según él la Taguzgalpa tenía cien leguas de Norte a Sur, y doscientas veinte de Este a Oeste, a partir de la boca del río Tinto.

Los límites de la Tologalpa los señala Vázquez así: Norte, río Tinto que llaman también Guayape y pasa cerca de Guampao; Este, mar del Norte; Oeste, valles de Jalapa, Ciudad Vieja, Fantasma y Sébaco; Sur, río San Juan.

Desde el río Zazacaulas hasta la laguna de Granada noventa y cinco leguas y al río de Ciudad Vieja lo llama Ocroy.

Fr. L. LAMADRID, o. f. m.

NOTA.—A continuación damos el Prólogo y Protesta que va al principio del tomo segundo de la edición de 1716, en el cual se incluían los libros IV y V. No extrañe, pues, el lector que se haga referencia a asuntos que no encontrará en este tercer tomo, sino que hallará en nuestro tomo IV.

PROLOGO

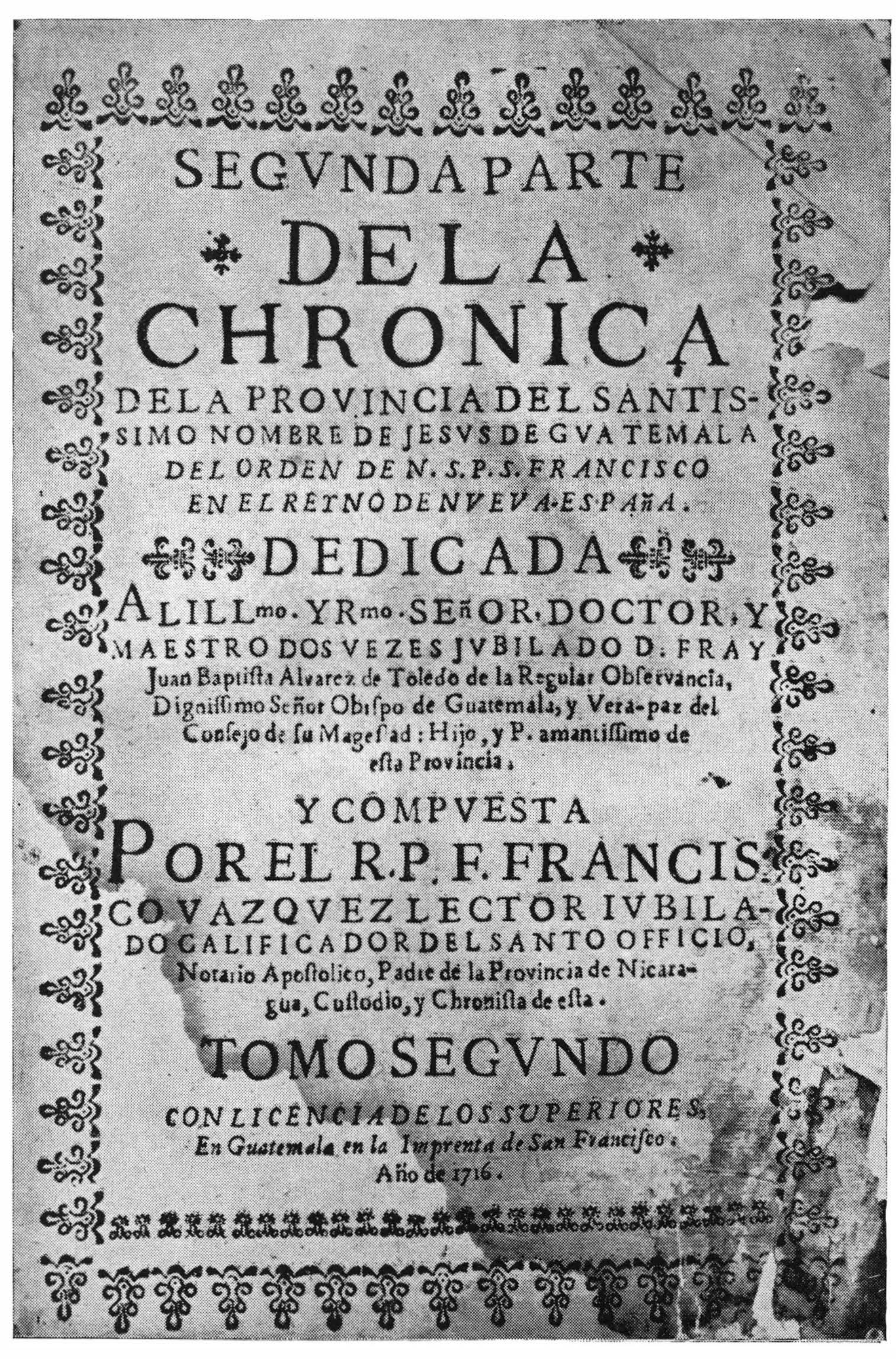
Conforme a lo que ya previno mi cuidado en el prólogo de la primera parte de esta seráfica crónica, y por que tengo muy presente lo que Terencio dice advertido sobre este punto: Nam in prologis scribendis operam abutitur; *digo que este tomo, o segunda parte de esta obra, se compone de dos libros, que corresponden a los dos de el Pentateuco,* Números y Deuteronomio, *en cuya conformidad, el uno se adorna de ejemplarísimas vidas, y virtudes, con que florecieron, en esta Santa Provincia del Dulcísimo Nombre de Jesús de Guatemala, muchos religiosos, que con apostólico celo siguieron las huellas de los venerables fundadores de ella. El otro libro se divide en tres partes, o tratados, llamado por eso* tripartito. *Y hacen precisa esta división, las varias materias de que trata; como es, la predicación de los hijos de esta Provincia a los infieles de Tologalpa y Teguzgalpa. El gobierno regular de estos últimos años; con varios acaecimientos, de diversos casos sucedidos en este tiempo. La fundación de la Venerable Orden Tercera de Penitencia en este reino, con la posible individual noticia de ejemplares vidas de personas que florecieron en ella. Por último va una adición a la obra, en que se refiere por extenso la fundación del Colegio Apostólico de misioneros franciscanos observantes en esta ciudad de Guatemala, y de la fundación del Convento de religiosas de nuestra madre Santa Clara, con todas las circustancias dignas de memoria, hasta el presente año en que sale a luz pública esta crónica, cuya dedicatoria, aprobaciones y licencias necesarias, se hallarán impresas en el principio del primer tomo de esta obra. En uno y otro resplandece la gloria de Dios Nuestro Señor por sus siervos, el lustre y crédito de esta Sta. Provincia y sus hijos. Vale.*

PROTESTA DEL AUTOR

Venerando con fiel y católico rendimiento los decretos de la Suprema y General Inquisición de Roma, confirmados por la Santidad del Señor Papa Urbano VIII, de feliz recordación y otras cualesquiera ordenaciones de la Apostolica Silla: catolicamente protesto, que todas las palabras que tocaren a milagros, apariciones, revela-

ciones y beneficios divinos, que se refieren en esta Historia y Crónica de esta Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala, no tienen hasta ahora en mi estimación, ni en la de todos más autoridad, que la que suelen tener las relaciones humanas en la común y piadosa estimación de los fieles. Así mismo protesto, que cuando nombro a alguno de los sujetos contenidos en esta Historia con algún título de Bienaveturado, o elogios sobresalientes, no es mi intención calificarlo por tal, porque solamente hablo en la común y vulgar aceptación, sujeto todo a la corrección de Nuestra Santa Madre Iglesia. Así lo siento, protesto y declaro.

Fray FRANCISCO VAZQUEZ.



SEGVNDA PARTE

DE LA

CHRONICA

DE LA PROVINCIA DEL SANTIS-
SIMO NOMBRE DE JESVS DE GVATEMALA
*DEL ORDEN DE N. S. P. S. FRANCISCO
EN EL REYNO DE NVEVA-ESPAÑA.*

DEDICADA

A L ILLmo. Y Rmo. SEÑOR, DOCTOR, Y
MAESTRO DOS VEZES JVBILADO D. FRAY
Juan Baptista Alvarez de Toledo de la Regular Observancia,
Dignissimo Señor Obispo de Guatemala, y Vera-paz del
Consejo de su Magestad: Hijo, y P. amantissimo de
esta Provincia.

Y COMPVESTA

POR EL R.P. F. FRANCIS-
CO VAZQVEZ LECTOR IVBILA-
DO CALIFICADOR DEL SANTO OFFICIO,
Notario Apostolico, Padre de la Provincia de Nicara-
gua, Custodio, y Chronista de esta.

TOMO SEGVNDO

*CON LICENCIA DE LOS SUPERIORES,
En Guatemala en la Imprenta de San Francisco.*
Año de 1716.

Facsímile de la portada del Tomo Segundo de la Chronica de la Provincia del Santíssimo Nombre de Jesús de Guatemala. Es una de las obras más importantes que se imprimieron en Guatemala en la segunda década del siglo XVIII.

LIBRO CUARTO

De la Historia y Crónica Franciscana de la Santa Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala en que se prosigue escribiendo las ejemplarísimas vidas y virtudes de los religiosos de esta santa Provincia, que siguieron a los venerables fundadores, e imitaron sus observantísimas operaciones, sucediéndoles en el discurso del tiempo hasta la Era presente, en que esta obra se finaliza

---

HACE ALUSION AL CUARTO LIBRO DEL PENTATEUCO, que se dice *Números* o en el griego Arithmos, por razón de que en él se numeran las familias, tribus, y varones esclarecidos que salieron de Egipto para la tierra de promisión, y los que de ellos procedieron, e ilustraron con obras laudables al pueblo de Dios. Lo cual parece insinuar Philon (lib. de Vit. Sap.)

(como en la inscripción del libro tercero dijimos), por estas palabras.

FUERUNT ENIM ILLI ANIMATAE, RATIONALESQUE, duabus de causis venerabiles: altera, quoniam ostendunt, quod praecepta legis, a natura non discrepant, altera quod hinc liquet, non esse opus magno labore, ad exigenda, vitam iuxta legum regulam, quando illi prisci ante leges singilatim proditas, non scripto iure usi pari facilitate, atque felicitate vixerunt: ut merito quis dicere possit, leges scriptas nihil aliud esse, quam vitarum Patrum comentarios, in quibus eorum dicta, factaque narrantur.

CAPITULO PRIMERO

De la apostólica vida y virtudes de B. P. Fr. Juan Sánchez, llamado el ciego, hijo de la santa Provincia de Valencia, grande operario en ésta de Guatemala, con virtud y ejemplo

Necesario me es, el volver a buscar los cauces de los cristianos raudales que he seguido: pues si alguna vez merece disculpa el dejarse llevar del corriente, es en ésta, así por ser de aguas dulces y limpias, como por ir con eso el hilo corriente y seguido: *reado meam ad propositionem meam.* Lugar muy preeminente merece en ésta crónica el V. P. Fr. Juan Sánchez, aún respecto de algunos venerables varones que puse en el libro 3 de la primera parte, así por sus grandes merecimientos de virtudes, como por el tiempo en que floreció en ellas; mas en aquella serie de intento dejé de escribir su vida por ponerla inmediata a la del V. P. y penitentísimo varón Fr. Augustín Dávila, que le fué superstite en días por haber sido los dos desde el noviciado amigos y compañeros de espíritu, como lo testifica el mismo Fr. Augustín Dávila, jurando sobre la vida y virtudes del V. P. Fr. Juan Sánchez por estas palabras: *Sabe* (dice como testigo) *que se concertó con otro corista, de que el uno fuese maestro del otro, y el otro de este otro, para que se reprendiesen las faltas que tuviesen para por este camino hacerse perfectos en la disciplina regular de la Orden.* Por esta razón y correlación de uno a otro, no quise separarlos en ésta historia, porque contemplo en éstos dos siervos de Dios, aquellas dos cítaras de igual temperatura que dice Casiodoro en el libro 2º de sus Epístolas, Epist. 40 que es tal la simpatía de ellas, que tocada la una, resuena la otra, cosa que aunque se admira, y se dan razones para esta igualdad de consonancia, pide la experiencia de lo que aquí voy escribiendo.

Nació el P. Fr. Juan Sánchez en una de las ciudades del reino de Valencia, mineral de santos y taller de virtudes. De sus niñeces y educación no declaran los testigos cosa especial, ni de quiénes fueron sus padres, serían sin duda muy cristianos y temerosos de Dios, pues tan virtuoso hijo tuvieron y tan sazonado fruto, aun siendo tan tierno, dieron a Dios. Recibió el hábito de Nuestra Sagrada Religión el año del Señor de 1575, y siendo de tan pequeña edad que algunos días hubo de pesar del año de la aprobación, para poder cumplir los diez y seis años que dispone el S. Concilio de Trento, para poder profesar, hizo profesión a fines del año de 1576, en el religiosísimo Convento del Val de Jesús de la santa Provincia de Valencia. Era, siendo corista, el ejemplar de toda la comunidad, tenido y reputado de todos por un santo, porque demás de sus buenas inclinaciones, se cultivó tanto en ejercicios espirituales y virtuosos, que continuamente vivía con grande anhelo y deseo de servir a Dios, y adelantar en todo género de virtudes. Buscaba para conseguir sus santos deseos modos nuevos de mortificarse, siendo para sí tan austero y penitente, que declara el V. P. Fr. Augustín Dávila, que si tuviera un poco de robustez, fuera de los más grandes penitentes, que se pudieran contar en

los anacoretas y religiosos, porque con ser de complexión flaca y de pocas carnes y lisiado de una quebradura desde mancebo, hizo tantas penitencias y tenía todas las noches desde corista tan sangrientas disciplinas, que parecía vivir del milagro. Sus ayunos fueron continuos pues solo el domingo en todo el año dejaba de ayunar, y los de entre semana, eran las más veces a pan y agua. En las cuaresmas así la de la Iglesia, como la de los *benditos,* y de San Miguel, solía pasarse de ocho a ocho días sin tomar otro alimento, que cada tercero día unas yerbas sin sal y cubiertas de ceniza, y lo mismo hacía en el Adviento. La Semana Santa y vigilias de nuestra Señora ayunaba al traspaso y en todo este tiempo y todo el año pasaba en oración sin perder rato alguno de tiempo que no ocupase en ejercicios virtuosos, y estudios de las Sagradas Letras, en que aprovechó suficientísimamente. Tuvo siempre la pobreza por vínculo de toda perfección y era tan solícito en la observancia de la Regla y preceptos de ella, que jamás se le conoció ni el más leve deslíz en su observantísima vida. La castidad le era tan connatural que más parecía de pasta angélica que humana, consiguiendo con la divina gracia lo que en el ángel es naturaleza; y así conspiran dos testigos de los que le conocieron desde sus principios en la Religión en que tienen por sin duda, que murió con integridad virginal.

Aunque fué tan grande en el espíritu, y sobresaliente en la virtud en todo el tiempo que fué novicio y corista, así en el convento de Val de Jesús, como en el principal de N. P. S. Francisco de la ciudad de Valencia, ordenado de sacerdote, y habiendo cantado Misa en el convento de Recolección de la corona de Aragón, se dió tan de todo al espíritu, que en pocos años estaba muy adelantado en él; y no pudiendo contenerse el ardor de su encendida caridad en los límites de la Europa, sabiendo que en las Indias había mucha ocasión de dar por Dios la vida en la predicación de la fe, vivía con estos deseos, comunicados con Dios y conferidos con su padre espiritual y hermano Fr. Augustín. Poco más de ocho años tenía de sacerdote, cuando, llevando Dios con bien a España, al Capitulo General que se celebraba en Valladolid, al reverendo y muy religioso P. Fr. Pedro de Arboleda, a traer misión de religiosos para las reducciones de indios infieles que se intentaban, y haciéndola el gran Padre de la ejemplarísima Provincia de Valencia, tocó Dios con eficacia al P. Fray Juan, y en compañía de su amado socio Fr. Augustín Dávila, y con unos mismos deseos (que solo consiguió ver puesto en ejecución el B. P. Fr. Esteban Verdelet, de quien ya escribiremos, y vino en esta barcada) de derramar su sangre por la conversión de los indios, y con otros religiosos de buen espíritu y celo que adelante se pondrán: vino en misión a esta santa Provincia de Guatemala, la cual misión entró en éste convento de N. P. S. Francisco de Guatemala con tan buenos auspicios, que la hora de su entrada fué a las nueve de la mañana a 17 de septiembre, día de las Llagas de Nuestro Seráfico Patriarca, del año de 1593, teniendo por feliz anuncio y conforte para seguir a Cristo crucificado, el venir tan negados a sus pasiones y con la cruz continua de la mortificación en sus cuerpos, dando exacto cumplimiento al Evangelio de aquel día.

Vino el P. Fr. Juan Sánchez de España, ya provecto, aunque no crecido en la edad, pues apenas tenía treinta y tres años, muy adelantado en el espíritu, y suficientísimamente versado en los estudios escolásticos y moral, predicador y confesor de opinión y séquito. Desde que llegó a ésta Provincia le ocupó la Religión en honrosos ministerios, ya haciéndole predicador de algunos conventos, y ya en la doctrina y enseñanza de los naturales. Dotóle Dios de gran talento y capacidad, facilitándole tanto el aprender los idiomas de los indios, que fue corriente opinión entre los religiosos, que Dios por su misericordia se las infundió, y con esto, grandísimo espíritu y aplicación y deseo de ayudar a los naturales, y asistir con vigilancia a la buena administración de ellos. Predicabales frecuentemente con tanta gracia, y fervor de espíritu, y con tan gallardo metal de voz, que los tenía suspensos y embelesados, ocurriendo de los pueblos más lejos muchos indios al lugar donde él predicaba. Hizo entre los naturales copiosísimo fruto, muchas conversiones y truecos de vida, porque a su ejemplo y doctrina movidos los tibios ánimos de los indios y atraídos de su grande sagacidad y benevolencia, le manifestaban con indecible confianza sus miserias, haciendo confesiones generales de pecados callados y culpas envejecidas. Tal era la discreción con que juntaba la caridad con el celo, que siendo entrañabilísimamente amado y buscado de los indios y demás personas que le conocían; era igualmente temido y respetado de todos y venerado por santo, y así le llamaban generalmente. Otros decían que era un ángel en la pureza y suavidad de su natural. En orden a la destreza con que pronunciaba la lengua bárbara de los indios, se cuenta de este siervo de Dios que encontrándose en un camino con un indio ciego antes que el siervo de Dios perdiese la vista, introdujo una conversación de espíritu, confortándole y consolándole en el trabajo de su ceguedad corporal, y mucho más alentándole para que la que tenía en el alma el ciego, por algunas supersticiones en que vivía, la depusiese. Como las palabras eran tan del cielo y la pronunciación de la lengua con tanta propiedad a lo indio, el ciego estaba confuso, porque ya se persuadía que era ángel enviado de Dios, pues le penetraba lo interior del corazón, y le manifestaba los errores que dentro de él abrigaba, ya pensaba que era otro indio como él, pues con la misma pronunciación, eco, tonada y síncopas que ellos usan, le hablaba. Confuso el indio, le pidió por el amor de Dios Nuestro Señor (por quien él le pedía dejase sus vicios) le dijese si era cortesano del cielo u hombre de acá de la tierra; porque sentía en su corazón no se qué efectos que le tenían fuera de sí, porque se le abrasaba y encendía el alma con sus palabras. A esta sazon llegó un pasajero, y haciéndose capaz de lo que pasaba le dijo que era el Padre Fray Juan Sánchez con quien hablaba. Entonces el indio ciego se echó a sus pies, y abrazándose con ellos le decía lo que el patriarca Jacob al ángel: *Non dimitam te nisi prius benedixeris mihi; Padre Fr. Juan, no me he de levantar de aquí si V. R. no me confiesa, y pone mi alma en el estado de la gracia y amistad de Dios, limpiándola de tantas culpas como la tienen manchada.* El V. Siervo de Dios llevó al ciego de la mano lo restante del camino hasta la primera iglesia que en él había, le confesó y trocó de tal suerte, que de allí para adelante fué el indio no sólo buen cristiano, sino muy contemplativo, mortificado y penitente, como discipulo suyo.

Y porque viene bien al caso y a la mayor honra y gloria de Dios, el tratar de la muerte que tuvo este feliz y dichoso indio alumbrado por el P. Fr. Juan, es de saber que llegando a la última enfermedad de que murió; vino a confesarse a la iglesia del convento de la Limpia Concepción de Zamayae, con tantas lágrimas y fervor de espíritu se confesó y refirió al R. P. Fr. José de Guzmán (que era quien le confesaba) todo lo arriba escrito, que no teniéndole por enfermo, pues tantos alientos mostraba, le dijo que ¿de dónde infería que se moría? que si sus achaques eran habituales y no hallaba novedad en sus dolencias, para qué tentaba a Dios con aquella aprensión. El indio respondió que aunque era así verdad, que no tenía nuevo achaque, que le causase la muerte, allá en su corazón le decía el P. Fr. Juan Sánchez (habiendo más de veinte años que había muerto) que se le llegaba el plazo de ir a gozar de Dios, y que así supiese que el día siguiente había de pasar de esta vida. Díjole el confesor que puesto que así había de ser, se fuese a recojer a su casa, y avisase a los mayordomos para llevarle el Viático, y con ésto se acabó aquella función. Entrose el religioso, por ser ya cerca de la oración, y de la noche para la mañana esperaba que le llamasen para administrarle los Sacramentos. Madrugó para decir Misa, y le avisaron cómo allí estaba el ciego que quería comulgar. Reconciliólo y diciéndole que ¿para qué se había venido a la iglesia? respondió que por que venía a morir, como lo vería presto. Dijo la misa y comulgólo, y acabada, saliendo a dar gracias el religioso, vió que el indio hincado de rodillas ante el Santísimo Sacramento, rasgó su camisa por el cuello por ambas partes y sacando un cuero se comenzó a dar tan crueles azotes a dos manos con grandes lágrimas y suspiros pidiendo a Dios misericordia y perdón de sus culpas. Llegó el religioso a él y cogiéndole en sus brazos en un suave deliquio dió su alma a Dios, dejándole bastantemente enternecido la disposición del indio, y con grande consuelo y esperanza de su salvación.

Esta y otras semejantes conversiones hizo la palabra de Dios por la eficacia con que la proponía su fiel siervo Fr. Juan, y por el grande ejemplo que a todos daba. Era su continua tarea la cruz y mortificación. Viviendo en el convento de Nra. Sra. de la Asunción de Tecpanatitlán en compañía de su carísimo amigo y hermano Fr. Agustín de Avila, todos los viernes del año tomaba bendioión y licencia al guardián o el uno al otro, si alguno de los dos lo era y cada cual con una cruz muy pesada en los hombros, sin sandalias y con un áspero cilicio que le cogía desde el cuello hasta la cintura, bajaban paso entre paso hasta el pueblo de San Francisco Panajachel, que son dos leguas de una cuesta de piedra la más agria y empinada que tiene toda esta provincia, y llegados allá, el uno y el otro, y lo más ordinario Fr. Juan Sánchez predicaba algún misterio de la Pasión a los pueblos que allí convenían, que no solo era el de Tecpanatitlán que les seguía, y el de Panajachel, donde hacían término a su Vía Crucis, sino otros muchos que se convocaban, fervorizados de este buen ejemplo. Era tanto el fervor de espíritu y lágrimas con que este siervo de Dios proponía el misterio o paso de la Pasión que predicaba, que muchas veces sacaba unas disciplinas y rompiendo el hábito se azotaba, y a su ejemplo todos los indios. con grandes lágrimas, sollozos y copiosísimo

fruto, que se experimentaba en sus almas. De allí volvían otra vez con el mismo ejercicio y cruz al hombro, subiendo con muchísima dificultad la cuesta, que sólo quien la hubiere visto sabrá conocer, cuan grave era esta mortificación.

Lo mismo hacía el siervo de Dios Fr. Juan Sánchez, siendo morador del convento de Tepán Guatemala, y al mismo tiempo siéndolo su individuo compañero Fr. Augustín del convento de Tepanatitlán; que por un camino que llaman *Chutibey,* que quiere decir camino estrecho, senda o atajo, salía cada cual del convento donde era morador a la hora de siesta y caminaba con su cruz cada cual, hasta encontrarse con una que estaba erigida, en donde el uno o el otro predicaba con el fruto que las otras veces. La Semana Santa se doblaba este ejercicio, porque habiendo gastado cada cual todo el día en oir confesiones de los indios y celebrar los piadosos misterios de aquel tiempo, en entrando la noche hacían su estación de las cruces, pié a pié, en que consumían toda la noche. El Viernes Santo, desde que se celebraba el descendimiento, hasta el sábado, que se cantaba la gloria, fervorizaban más sus penitencias y procuraban que fuesen más solemnes sus santos ejercicios, por destruir en los indios una diabólica tradición que en los más de ellos solía hallarse, de que después de muerto y enterrado N. S. Jesucristo podían pecar sin recelo, porque no llegaba a saberlo por estar difunto. Cosa tan maligna, perniciosa y detestable, que experimentaron los ministros más celosos muchas y gravísimas malas consecuencias, originadas de este depravado abuso.

No sólo los indios, sino muchos españoles y gente ladina fueron testigos oculares de la gran virtud, penitencia y santidad, que perseverantemente tuvo por más de veinte años, que trabajó entre indios y les administró el V. P. Fr. Juan Sánchez. Y para prueba de su grande perfección, bastaba el haber sobresalido ésta aún a vista de la muy excelente y singularísima del B. P. Fr. Augustín de Avila, y ser aclamado por santo Fr. Juan Sánchez, aún en comparación del S. Fr. Augustín de Avila: asi como la luz del planeta que luciera a vista del sol pudiéramos decir que si no le era igual, por lo menos tenía mucha similitud con él. Estos y otros muchos trabajos que padeció el siervo de Dios por la debilidad de su complexión y falta de salud, le llegaron a postrar de suerte, que cerca de tres años antes de su dichosa muerte, le llegó a faltar el vigor corporal y las fuerzas tanto, que se hubo de reducir por mandato de los prelados a venirse a la enfermería de este convento.

CAPITULO SEGUNDO

Que trata de la enfermedad del B. P. Fr. Juan Sánchez, y de cómo lo regaló N. Señor con que perdiese la vista corporal, su grande tolerancia y ejercicios, y su bienaventurada y dichosa muerte

---

Decía Sócrates, que entonces comenzaban a ver los ojos del entendimiento, cuando empezasen a turbarse los materiales del cuerpo. Del águila escriben los naturales, que en llegando a la senectud, va perdiendo poco a

poco la vista, por la deformidad del rostro, que se la impide, mas que con la percusión que ingeniosa hace contra una piedra y baños que próvida se aplica, rejuvenece de modo, que cobra nueva vida y vista perpicaz, no sé si asemeje al águila al P. Fr. Juan, lo cierto es que sus continuas maceraciones y contrición le pusieron en andar de aquilino en la vista intelectual, al paso que la corporal iba desfalleciendo, no por numerosos años (que no llegaban a sesenta los del varón de Dios) sino a fuerzas de sus continuas vigilias, traspasos en oración, ayunos y versión de su sangre al rigor de las disciplinas, porque como dice un aforismo:

.....amissio sanguinis,

Ista nocent oculis, sed vigilare magis.

Atenuada la potencia visiva, agravado del continuo achaque que padecía de la quebradura y todo el quebrantado de su continuada penitencia y mortificación, hecho una criba su cuerpo y tan deficiente ya, que parecía de cien años, aun no cesaba en el rigor de sus ejercicios, y en la tarea de la administración de los indios, que como le amaban tanto, iban a llorar con él sus desconsuelos, siendo el mayor que ellos sentían, el verle tan falto de salud y fuerzas, y conocer que se les iba acabando el tiempo de gozarle. Así sucedió, porque llegando a visitar el Provincial la Provincia, le halló en el convento donde era morador el siervo de Dios, tan cargado de achaques y penalidades, que le ordenó se viniese a curar a la enfermería del convento de Guatemala. Pidióle el siervo de Dios se lo mandase por obediencia para dejar con mérito, lo que con mérito había ejercitado tantos años, con tanto aprovechamiento de su espiritu, y utilidad de las almas que habían estado a su cargo. Recibida la obediencia, se puso en camino a pié como lo había hecho toda su vida, y solamente con un bordón que le servía de báculo, y un indio que le venía guiando, sin admitir la compañía de los pueblos que todos con lágrimas y alaridos le seguían, sintiendo ya la orfandad en que quedaban, y llorándole como a quien veían que ya caminaba a morir. El siervo de Dios los procuraba consolar con palabras dictadas de su gran talento y buen espíritu, aunque éstas a él, y a ellos más enternecían al despedirse amorosamente de sus amados hijuelos, con las palabras de Cristo Nuestro Señor (Juan 13 verso 33): *Filioli, adhuc modicum vobiscum sum.*

Llegado a este convento, fué recibido con la caridad que acostumbraba, en esta enfermería. El achaque principal que traía el varón santo, era su antigua quebradura, que ya con la edad y atenuación de fuerzas corporales le era tan molesta, que no le bastaban bragueros para contener las tripas, que frecuentemente se le iban. Lo que padeció de cauterios, lavatorios y otros medicamentos compresivos fué mucho y continuo, por que llegó a término que todos los días le lavaban las tripas con un cocimiento que le causaba grande escozor y dolor. En cuyos medicamentos se había con tanta paciencia, que los enfermeros y médicos se admiraban, por saber lo mucho que padecía, y ver cuan poca penalidad daba con quejidos o manifestación de sentimiento a los circunstantes. Lloraban los enfermeros, y el siervo de Dios con semblante alegre y sereno decía a veces lo que el ejemplar de paciencia, a quien imitaba: *Si bona susce pimus de manu Domini; mala, autem, quare non*

substineamus? Muchas veces le tuvieron por ya difunto del dolor y pena sensible que padecía, y era necesario para que volviese de los desmayos que padecía darle cordiales o aplicarle cauterios y otras invenciones. Volvía tan alegre y consolado que su ordinario decir era: ***Más, Señor, más, si os agrada el verme así.*** Testifica su confesor que siendo así que eran tan intensos los dolores que padecía, ya poniéndolo colgado, los pies arriba, ya cauterizándole y lavandole, que eran poco menos que mortales, sentía más el ejemplarísimo varón el haberse de descubrir, porque era tanta su honestidad, que le dijo alguna vez que si Dios no le trasportara, le parecía se muriera de pena de que le atrectaban y descubrían. Más dijo el confesor, que tenía por cierto no eran paroxismos los que le sobrevenían, sino extáticos arrobamientos en que perdía del todo los sentidos, porque en estos intervalos le regalaba Dios mucho con celestiales favores y consolaciones divinas.

A poco más de un año que estaba en la enfermería, acabó de perder la vista corporal, tan del todo que ni la más leve entrada tenia la luz a la de sus ojos; bien como el sacerdote Heli que *nec poterat videre lucernam Dei* (Reg. 1, cap. 3) y como otro Tobías, este trabajo y sus dolores los tenía y recibía como regalos de la liberal mano de Dios con tanto gusto y espiritual consuelo, que era admiración de todos y un espectáculo que tenía puesto en esta enfermería para ejemplo de todos; porque el siervo de Dios se hallaba tan imposibilitado aun al mas leve descanso, que ni acostado, ni sentado, ni en pie le tenía, y aun para haber de darse a la oración, dicen los testigos, que se ponía en un rincón de su celdilla, hincado de rodillas, y luego, sentado sobre los calcañales, pasaba tres y cuatro horas tan inmovil como si no tuviese movimientos vitales. En estos ratos, que eran casi continuos, pasaba el día y la noche, hallándose pronto siempre para tolerar las medicinas, y dar consuelo a muchos religiosos espirituales que iban a reconciliarse con él, y a conferir materia de su alma. Con tal expedición se mostraba así como estaba impedido y ciego, que menos que estando arrobado, no dejó de acudir al consuelo de quien le buscaba, conociendo las más veces los interiores de algunos. Pero en aquellas tres o cuatro horas estaba casi inmovil, era tal su abstracción de sentidos, que todo absorto en la contemplación de las cosas celestiales, ni sentía ni conocía a los que entraban a verle.

Desde que acabó de cegar, pidió al Guardián le conmutase el Oficio Divino en el de N. Señora, el cual rezaba con tanta devoción, como quien iba rumiando y contemplando lo que profería. Y aunque tenía esta conmutación, rezaba también el Oficio Divino, cuanto podía saber de memoria, y lo más frecuente era, que su amantísimo compañero Fr. Augustín de Avila, o Fr. Miguel Martínez, después de haber acudido al coro y comunidad, iban a rezar con el bendito ciego todo el Oficio Divino, alternando con él, y ellos leyendo lo que Fr. Juan no podía saber de memoria. Teníala feliz, y así fué muy pronto en rezar los salmos y oraciones con tanta piedad y genuina aplicación, que a todos edificaba. Rezaba todos los días el Oficio de Difuntos con sus tres nocturnos, y lo que le sobraba de tiempo ocupaba en rezar el rosario y estaciones del SS. Sacramento; y así como dicen los testigos, todo su vivir fué, una continuada oración mental y vocal, que aun en lo mas riguroso de sus dolores y en el mismo acto de la curación de sus dolencias, ni cesaba de

alabar a Dios con visísimas sentencias de la Escritura Sagrada, ni dejar de estar en su presencia divina, transportándose muchas veces como atrás dijimos, tanto que juzgaban los enfermeros paroxismo lo que era suave deliquio del divino amor.

Cerca de tres años fueron los que en ésta enfermería vivió el varón de Dios, con tanto ejemplo de éste santo convento y ciudad, que todos veían en él un dechado de virtudes y le veneraban por santo. No eran menos lo indios de los pueblos que le conocían (que casi eran todos los de la provincia) pues no hubo día en todo este tiempo en que viniesen a verle y hablarle y llorar con él, como con Job sus amigos, ya a acecharle desde la puerta, teniendo tanto consuelo en solo verle, que muchos de los indios se pasaron algunos días sin comer, ni apetecer, ni pedir con qué sustentarse, solamente mantenidos con la vista de lo que tanto amaban. Y como el siervo de Dios nunca tuvo otra cama que el suelo, y aun éste usó de él con tanta parsimonia, que no ocupaba ni tres pies en contorno hecho un ovillo y comprimido todo en un rinconcito, no solo los indios sino muchos caballeros y señores venían a solo verle sin hablarle, enterneciéndose todos y llorando muchos de ver un alma tan de Dios en aquel voluntario desprecio y enajenamiento de la tierra; bien como el alma del justo simbolizada en aquella mujer del Apocalipsis, que adornada de luces celestiales, hollaba en punto la luna como cuerpo esférico, correspondiendo bien a lo que S. Pablo pedía a los romanos, cuando les exhortaba a que hiciesen sus cuerpos hostia viva y santa y agradable a Dios, que explicó Orígenes: *Ne terrena vos tangant neque vos ipsa tangatis. Orig. lib. 36 t. 2.*

Así lleno de méritos, ejercitado en altísimas virtudes, favorecido y regalado de la liberal mano de Dios, habiéndose prevenido con el ejemplo de ésta Santa comunidad, que duró por mcchos años, y recibidos los Santos Sacramentos, pasó al Señor su fiel siervo día del Arcángel S. Miguel del año del Señor de 1613, a los sesenta y tres incoados de su edad, quedando la opinión de su santidad tan famosa, que a su entierro ocurrió toda esta ciudad, venerándole como a santo, aunque por el nimio celo de los prelados y experiencias que tenían del concurso de otros entierros de varones ilustres, abreviaron con el de este siervo de Dios, haciéndole antes de las veinticuatro horas de su dichoso fallecimiento y tránsito, que hizo su alma bendita a la eterna bienaventuranza.

CAPITULO TERCERO

En que se comienza la vida del muy penitente religioso, apostólico varón y dechado de virtudes, el bendito Padre Fray Agustín de Avila, llamado por antonomasia, el Descalzo

---

Escribió la vida de éste apostólico varón el muy docto P. Lector Jubilado Fr. José de Morera, que se contiene en seis capítulos donde aglomeró muy especiales noticias de su grande santidad. Mas por hallar yo como en un cúmulo amontonadas las piedras preciosas de sus virtudes, o como en una

floresta entretejidas las fragantísimas flores de sus santas costumbres, me determino, si no a labrarlas de nuevo, a disponerlas según su proporción, y coger de las flores de tan deleitoso vergel, las más sobresalientes y hermosas, para hacer un ramillete con que deleitar el espíritu de quien esto leyere, ahorrándole la modestia de la repetición que hallo en algunas cosas. También por seguir el hilo de mis rudos borrones, y que ya que no con la erudición que otros, con la seriedad narrativa y no hiperbólica que hasta aquí he llevado, manifieste al mundo las excelentes virtudes de éste asombro de penitencia, de quien predicando en sus honras un varón tan esclarecido, como el M. R. P. Fr. José de Gabaldá, dijo que no había religioso en la Orden desde San Francisco acá, que tan perfectamente guardase toda la Regla, ni tales penitencias hubiese hecho, como el P. Fr. Agustín de Avila, cuyo cuerpo estaba presente; y de quien con toda apropiación pudiera decir N. Seráfico Patriarca lo que el misterioso patriarca Isaac a su querido Jacob: *Ecce odor filii meisicut odor agri pleni.*

Con plenitud poderosa quiso Dios en el Paraíso, aunque pequeña, de ésta muy religiosa Provincia, poner a los ojos de todos una montea de todas virtudes y un taller en que todos tuviesen bien que aprender, bien como aquella pequeñuela varilla de humo, constipada de todo genero de aromas, donde la mirra, símbolo de la penitencia, sobresalía, y el incienso, significativo de la oración y contemplación, se dejaba conocer, aún en comparación de todos los olorosos polvos aromáticos, que confeccionaban el deleitable objeto del olfato. Nació el siervo de Dios en un lugar de la Mancha, aunque no se sabe el nombre porque jamás de su boca se pudo conocer, aunque de la de sus compañeros se supo, que huyendo de conveniencias con que le brindaba el mundo, vistió el hábito de N. P. S. Francisco en el convento de la ciudad de Valencia, dos o tres años antes que el siervo de Dios Fr. Juan Sánchez, que sería, según cómputo, el año de 572 o el de 573. Desde luego abrazó con tanto amor la vida religiosa y Regla de S. Francisco, que jamás se le conoció, ni la más leve imperfección; antes sí (declaran los testigos) no solo observó los preceptos, que no siéndolo en el Evangelio los abrazó como tales N. Seráfico Patriarca, sino que los consejos que como tales puso el Patriarca de los Pobres, abrazó Fr. Agustín como inviolables preceptos.

Fué en la humildad y silencio su continuo estudio. en que ahondando como diestro arquitecto, levantó tan encumbrado el edificio de la perfección, que lo llevó a avecindar a los cielos. El fué el corista que pactó con Fr. Juan Sánchez, para ser el uno maestro del otro; como tales se corregían, no solo el levantar los ojos, sino aún el más leve ademán que desdijese de la gravedad y compostura religiosa. Y así de uno y otro se dice que jamás les vieron reir. de Fr. Juan Sánchez dicen: que parecía un santo en su mucha modestía, mesura y compostura y gravedad de sus palabras, y de quien puedo decir lo que en semejante ocasión un erudito: *Amictus corporis et risus dentium et gressus hominis enuntiate de illo.* Como también del bendito sujeto de este capítulo, lo que Emil. lib. 8; *Forma corporis, oris dignitas, frontis gravitas, vultus maiestas, fulgor, vigor, acumen oculorum, spectantes omnes movet, tenetque et admonet:* pues como diré adelante, no sólo a los inferiores e iguales les infundía benevolencia y veneración, sino que aun a personas de clase superior fervori-

zaban y compungían. Volviendo a la humildad de este bendito religioso, hallo una cosa digna de advertencia en un cuaderno de su mano y letra, en que escribió los nombres de los religiosos que vinieron en misión del reino de Valencia el año de 1593, en la cual vino el siervo de Dios, y es, que poniendo los nombres y apellidos de todos los veinte y seis religiosos que vinieron, poniendo el suyo, calla el apellido y título de predicador, y solo pone Fray Augustín, confesor, indicio grande de que aun no quería darse a conocer por el apellido, que pudiera acordarse la nobleza de su nacimiento, ni por el título de predicador, siéndolo tan asombroso, y de tanta eficacia y espíritu, que solo verle en el púlpito causaba en los oyentes pavor y reprensión de sus culpas, entendiendo cada cual que le penetraba el interior de su corazón. Esto no solo le sucedía acá cuando ya provecto en años y adelantado en virtudes era de blanca nieve su cabeza, sino aun siendo mozo, en la santa Provincia de Valencia, pues por huir los aplausos y séquito de los pueblos, apeteció el venir a las Indias, con deseos de acabar su vida, o darla por confesión de la fe, derramando su sangre en lo remoto de éstas regiones. Como cosa de veinte años brilló ésta lumbrera, o éste sol con saco de cilicio en la S. Provincia de aconteció habrá seis años, que caminando del convento de Momostenango a los umbrales de los treinta y siete cuando vino a ésta Provincia.

Como era el siervo de Dios de aspecto venerable y penitente, y la fama de su virtud sobresalía entre sus compañeros aun siéndolo todos tanto, pues los más acabaron sus días con fama de santidad, desde luego le ocupó la Religión en ministerios proporcionados a su espíritu. Hiciéronle maestro de novicios, cuyo celo deja entender cuan religiosos y observantes discípulos sacó. De aquí le envió la obediencia a aprender la lengua de los naturales, en que se empleó por muchos años, con tanto ejemplo de virtudes, rigor de penitencia y utilidad de los indios, que hasta hoy tienen de memoria al S. Fr. Augustín, derivándose de padres en hijos la de las maravillas que Dios obró por él, la de sus mortificaciones y ejercicios. A mí que ésto escribo, me aconteció habrá seis años, que caminando del convento de Momostenango a la visita de Tzoloche, me dijo un indio que me guiaba (aun sin preguntarselo) señalándome un alto pino, que la resina de aquel árbol era con que se curaba el Sto. Fr. Augustín las grietas que se le abrían en los pies, por traerlos siempre inmediatos al suelo y sin sandalias; lo cual observó desde que recibió el hábito en un Convento de Recolección de aquella valenciana Provincia, o a lo menos desde que aportó a las Indias, pues corrientemente se dice de éste venerable varón que desde que desembarcó en Honduras hasta que se lo llevó Dios, que fueron treinta y siete años, jamás se puso sandalias, ni subió a caballo, y que instándole algunos de sus compañeros y muy espirituales, a que subiese en alguna cabalgadura, respecto de ser las ochenta leguas que hay desde el desembarcadero a ésta ciudad de Guatemala, camino áspero, pantanoso y enfermizo, respondió el siervo de Dios con alegría santa: *Lo que no hizo nuestro Seráfico Padre siendo tan gran santo ¿por qué lo he de hacer yo, que soy tan gran pecador?* En ésta observancia vivió siempre trabajando continuamente por más de veinticinco años en la administración de los naturales, con tanto tesón y fervor de espíritu, que parecía imposible poder vivir un hombre que tanta y tan áspera penitencia hacía.

Porque su ayuno era tan contínuo, que no se puede hablar de él en particular, porque toda su vida fue un ayuno, una abstinencia tan rara, que aún de veinte y cuatro en veinte y cuatro horas, le parecía muy frecuente el alimento de unas yerbas y un poco de queso, o por mucho regalo un poco de mal chocolate. Y aun esta bebida le hizo tanto escrúpulo por parecerle regalo, que se lo quitó de todo en todo, venciéndole aún con tanta debilidad como padecía. Desde España venció el apetito, pretextado de necesidad, de beber un trago de vino, y decía el siervo de Dios (cuando convenía parlarlo) que el primero y segundo día le hacía falta, el tercero y cuarto lo sentía y de allí para delante se connaturalizaba tanto a pasar sin aquel alivio, que ya no le era meritorio. Esta misma máxima observó en todas sus abstinencias y cuando le iban a la mano algunos religiosos celosos para que no atenuase tanto su naturaleza, decía, que vivían engañados, porque antes los manjares acababan la vida, y la abstinencia la conserva.

Sucedíale enfermar a causa de calenturas que le asaltaban sin que hubiese mes que no padeciese éste achaque; durábale tres o cuatro días la fiebre y en todos ellos no tomaba alimento alguno, ni una sola gota de agua, gozando de la ocasión para ayunar más, dando a entender a todos que aquel era su medicamento; y como veían que con la abstinencia sanaba, ya no había quién osase de reprenderle. Sus disciplinas eran continuas, de suerte que dicen los testigos, tienen por cierto, que no hubo dia de ésta vida, que no hiciese al rigor de cadenas de hierro sangrienta carnicería de su cuerpo; y esto viviendo en los pueblos de los indios. Y juraron algunos que lo solían acechar, que era con tantos gemidos, lágrimas y suspiros, que enternecía a los que lo observaban. Comenzaba este ejercicio desde hora de las ocho y duraba hasta que declinaba la noche en la iglesia donde era morador o Guardián, que en la realidad, más lo era de la iglesia, que de su celda. A la cual volvía y se recogía en una tabla nudosa que tenía puesta en el suelo, con una piedra por cabecera, allí resposaba, como cosa de dos o tres horas hasta que juzgaba era cerca del alba para darse a la oración hasta el día. Ordinariamente era su compañero Fr. Juan Sánchez, siendo el uno o el otro Guardián, y observaban con tanta puntualidad los ápices de la vida monástica, ni dispensaban disciplina, ni jamás dejaban de rezar juntos el Oficio Divino a las horas competentes; prima al rayar el día y a las nueve las tres horas menores y misa conventual, a las dos de la tarde vísperas, antes de la oración, completas, de suerte que se pudiese tener oración y disciplina y maitines a media noche, que como les cogía en la iglesia la hora, allí encendía luz el semanero, que era uno de los dos y se ponían de rodillas a rezar maitines, y con la misma disposición rezaban las horas canónicas.

Ya dije escribiendo la vida del V. P. Fr. Juan Sánchez, el ejercicio de la cruz que los dos hacían, bajando del convento de Tecpanatitlán al pueblo de Panajachel y volviendo a subir aquella agria y empinada cuesta de piedra con pesadas cruces a cuestas. Sucedió pues una vez, y en un salto y angostura de poco más de media vara de ancho, que está en un precipicio, que casi perdió el pie por el dolor grande que en ellos tenía el siervo de Dios Fr. Augustín, por tenerlos muy hinchados y llenos de materias. Fr. Juan Sánchez juzgó se despeñara e hiciera pedazos, y como no podía con la celeridad

que el caso requería ayudarle, se asustó lo que se deja entender; mas al instante le consoló Dios manifestándole visiblemente dos angeles que le suspendían por los brazos, caso que si maravilló al B. Fr. Juan, y le movió a tener más rendimiento con su buen compañero, lo calló mientras vivió y solamente lo dijo a su confesor para que lo guardase en sigilo, mientras perigrinase en ésta vida el B. P. Fr. Augustín. Otros casos maravillosos se cuentan de este gran siervo de Dios, que por no estar autenticados, sino solamente en tradiciones de los que le conocieron y comunicaron a los que alcanzaron, no les daré la extensión que pedían; aunque no dejaré de referir algunos en éste y los siguientes capítulos.

Tan penitente fué el siervo de Dios, que no sólo traía el hábito a raiz de las carnes y cosida la capilla, sino también la cuerda para nunca quitárselo, hasta que por viejo y no poderse tener de remiendos, se había de poner otro. Por ésta causa estaba tan lleno de piojos que por las arrugas del hábito solían verlos en gran número, y la mayor mortificación que en esto tenía el venerable varón, era sentir las picadas y no darse por entendido de ellas. Como todo su conato era buscar nuevos modos de mortificarse, hacía entre la capilla y el hábito que les hiciese el sastre un verdugón o ribete en forma de argolla, que le rodease la garganta para tener penalidad en ello. Causábale la lona de que se hacía el ribete un verdugón en el cuello, que las más veces se hacía llaga, y para que el sastre no entendiese lo hacía por mortificarse le decía que él por sus achaques necesitaba de aquello y que aunque parecía insufrible no le causaba molestia alguna. Otras muchas invenciones buscó su ardentísimo deseo de mortificarse y hacer penitencia, ya ingeniando cilicios de cerdas, de rayo y de alambre, ya buscando nuevos modos de disciplinas que más le mortificasen llegando a parecer un esqueleto vivo o un hombre muerto, sólo cubierto con la piel pegada al hueso, los ojos hundidos que parecía un S. Francisco, vivo terror de pecadores, asombro de la misma penitencia, y pasmoso espectaculo de la mortificación; porque como el siervo de Dios era naturalmente de aspecto venerable, rostro severo y grave, estatura corpulenta, el hábito corto, descalzo del todo, y un mapa de austeridad, causaba grima a quien lo veía.

En orden a ésto le sucedió, siendo Guardián en el convento de Momostenango y compañero suyo Fr. Juan Sánchez, que viniendo un Comisario a celebrar Capítulo y visitar la Provincia, llegando cerca del convento de Momostenango le envió el Guardián por regalo un poco de queso y algunas tablillas de muy mal chocolate, lo cual llevó el B. Fr. Juan Sánchez, pareciéndole iba muy prevenido para el recibimiento. Llegado a la presencia del Comisario, como el bendito varón era más versado en la oración y mortificación, que en la curia y policía de hospedajes, con un pañizuelo muy raído y otros adherentes semejantes, administró la vianda que llevaba. Extrañólo el Prelado, y el Secretario, que no debía de ser muy espiritual, dió a entender que aquello parecía hacer poco caso del Prelado, y que era falta de atención a la dignidad. Allí luego el buen Fr. Juan Sánchez llevó de contado la reprensión y protestó el Comisario de hacerle cargo al Guardián de aquella cortedad, y aún venía con ánimo de privarle, a que no poco ayudaba la indiscreción del Secretario. Llegados al convento y saliendo a recibirle con

el respeto y atención que se acostumbra a la puerta de la iglesia el Guardián, al verle el Comisario se quedó absorto de ver aquel pasmo grimoso, y espectáculo de penitencia. No sólo se horrorizó, sino que tuvo tal influjo en la verdadera santidad del siervo de Dios, que convirtió en docilidad y confusión el rigor de que venían armados el Visitador y el Secretario, sin que uno ni otro se atreviese, ni a mirarle a la cara. Mirábase el uno al otro, y el Comisario dijo a su Secretario si se atrevía a decir algo de aquel Padre? El Secretario le preguntó casi lo mismo: *¿Atreveráse V. P. a privarle?* Y compungidos los dos, dijo el Comisario a su compañero: *Tratemos luego de visitar, que no* veo la hora de salir, porque tiene traza este santo varón de despojarnos.

CAPITULO CUARTO

En que se prosigue la apostólica y ejemplarísima vida del bendito varón y penitentísimo religioso Fray Agustín de Avila

Como el varón de Dios celeba tanto en sí y en los otros la rigurosa y estrecha observancia de la regla de N. P. S. Francisco, aunque a pocos años de salido a los pueblos comenzó a enfermar de los pies y piernas, haciéndosele en éstas muchas y ulcerosas llagas y en los pies abriéndosele grietas muy profundas, que le molestaban mucho, y le pusieron las piernas, andando días, tan disformes, que más parecía unos gruesos troncos de palo bofo o de corcho, que otra cosa. Con todo eso jamás quiso, ni usar sandalias, ni subir en cabalgadura, siguiendo los ejemplares de los apostólicos fundadores de ésta Provincia. Tanta conmiseración tenían a sus dolores los indios, que como era forzoso el que el siervo de Dios fuese a dar misa muchas veces a pueblos distantes doce y más leguas de camino, y este tan áspero y fragoso, que eran cuestas y barrancas, le traían un caballo manso, para que ya que no subiese en él, tuviese siquiera el alivio de asirse a la cola de él. El siervo de Dios aún no lo hacía, si no era en los pasos peligrosos e impertransibles, y entonces, como si admitiera alguna dispensación en la Regla, le decía a Dios: *Señor ya veis que no puedo más.* Contínuamente rumiaba en el *modicum* del Evangelio, y en el *tempus breve est* de S. Pablo, y como quien conocía tan claramente que lo momentaneo y leve de la tribulación tiene por efecto el logro de la tolerancia, y ésta sea la escala más presta para el cielo; no dejó arbitrio de mortificarse que no pusiese en ejecución, ni discurrió modo de ejercer la caridad que no ejercitase en servicio de sus prójimos, reputando a los indios por mucho mejores que él, o por mejor decir, teniéndolos por buenos, al paso que el siervo de Dios en su estimación se tenía por merecedor de todo abatimiento, subiendo la balanza de la caridad con el prójimo, al paso que bajaba la de su amor propio hasta el profundo de su humildad. Y aunque han sido común en los religiosos de ésta Santa Provincia y se han señalado algunos con especialidad en el amor de los indios, curándolos y

medicinándolos por sus propias personas, haciendo todo lo que hiciera la madre más solícita y el enfermero más caritativo, con todo eso el B. P. Fr. Augustín y su compañero Fr. Juan, tan del todo se aplicaron a la caritativa asistencia y servicio de los indios, que en las enfermedades que tuvieron de esquilencia el año de 601, que fué peste general en los indios aquel y los años siguientes, redundando en cámaras y sangre, de que morían muchos, los dos siervos de Dios asistían a limpiarlos, echarles ayudas, sacarlas vasijas inmundas y todos los ministerios que se dejan entender de varones santos, y aún se cuenta de ellos, o de alguno de los dos, que alguna vez que el estómago no pudo sufrir sin asco la inmundicia, sus mismas bocas y lenguas hicieron que perdiesen el miedo a semejantes trabajos.

De su pobreza evangélica hay muy poco que decir, porque con afirmar que jamás tuvo otra cosa que el hábito, cuerda y paños menores sin remuda, y el breviario, se dice cuan apostólicamente observaron el Evangelio. En las celdas donde vivían, sino es la cama, que era un trozo y una tabla, no tenían otra cosa, ni aún silla en que sentarse, lo cual observó con tanta estrechéz el P. Fr. Juan Sánchez, como dijimos en su vida, y el P. Fr. Augustín, aún en los doce años que vivió enfermo en éste santo convento de Guatemala, fué necesario que el Guardián por obediencia le mandase tener una sillita pequeña de tablas muy débiles, y que su cama fuesen dos bancos y dos tablas, porque no se abreviase la vida, que tan útil era para todos.

Muchas cosas maravillosas sucedieron al varón de Dios, entre las cuales se cuenta por corriente noticia, que siendo el B. P. morador del convento de Santiago Atitlán, había ido a decir misa al pueblo de S. Bartolomé de la Costilla, nueve leguas distante del de Santiago, y de camino muy áspero y barrancoso (otros dicen que siendo morador de Tecpán Atitlán había ido con primera misa al pueblo de Santa Clara, que con poca diferencia es la misma distancia y fragosidad) sucedió pues, que estando diciendo misa en el pueblo, que había de ser la primera, llegaron unos pasajeros a tiempo, que estaba para alzar la hostia, y como vieron que ya no tenían misa, y era día de fiesta y casi al amanecer, en postas aguijaron a toda rienda por ver si pudieran alcanzarla en Santiago. Cuando llegaron entraba el pueblo en misa, fueron los pasajeros a oirla y vieron que salía a celebrar el mismo religioso que habían dejado en el altar nueve leguas de allí, y que era conocido de ellos, porque gastaba una hora el santo viejo en la misa. Admiráronse justamente de lo que veían, y acabada la misa fueron a la sacristía a certificarse de lo que tenían por engaño de la vista. Hallaron que era el mismo P. Fr. Augustín, y preguntando a los indios por dónde o cómo había venido aquel Padre tan aprisa, ellos dijeron que lo que sabían era, que no había más de un camino, y que el modo que había tenido en andarle el siervo del Señor, era venir a pie con las piernas hinchadas, los pies por el suelo, y sin algún género de resguardo. Entró Dios en ellos con ésta maravilla que veían, y haciendo el concepto que debían de tan santo varón, esperaron que acabase de dar gracias en bien prolijo espacio de tiempo, y con deseos de hallar luz en él para buscar su salvación, fueron a verle. Introdujeron la conversación por lo que aquella mañana habían experimentado, no les respondió otra cosa el siervo de Dios que decirles: *No es tiempo de perder tiempo, Dios nuestro Señor ayuda a*

quien no se desayuda. Palabras fueron éstas que traspasaron el alma del uno de aquellos dos españoles que había veinte años que vivía en notable desconsuelo, implicado en nudosos lazos, que le estorbaban la salvación.

Díjole el secular: *pues, Padre, sino es tiempo de perder tiempo, y si Dios ayuda a quien no se desayuda, heme aquí que he perdido el tiempo de mi vida, empleado en vicios, y que no quisiera perder ese tiempo y ocasión que me franquea Dios; yo deseo ayudarme, Dios, dice V. R. que me ayudará, pues hágalo así, como ministro suyo, sacando una alma perdida del poderío del demonio.* Alentóle el bendito varón a la confianza con palabras santas, llenas de espíritu, dictadas por el Espiritu Santo, que más y más encendían los afectos de aquel pecador dichoso, hasta derramarse en lágrimas y pedir le confesase. Era hombre noble y muy capáz, vecino de esta ciudad de Guatemala, que había largamente veinte años que tenía torpe amistad con una mujer en quien tenía algunos hijos. No había podido el rigor de los confesores atajar aquella raíz que ya tanto daño hacía a su alma, a la vecindad y a la república. El negarle algunas veces la absolución le llegó a obstinar de suerte que había ya algunas cuaresmas que no se confesaba, y actualmente se había retirado huyendo de la justicia, porque como materia que era ya de tanto escándolo, aun él mismo conocía el peligro (que no es lo menos en semejantes flaquezas, el tener por ciegos a los hombres, los que lo están de afecto) volvíase ya a toda priesa como a escondidas a su trato deshonesto, porque la pasión arraigada, avivaba más sus efectos. Confesóse, y el P. Fr. Augustín con suaves y mansas palabras, tomando argumento de las que antes le había dicho *que no era tiempo de perder tiempo etc.*, le aplicó una penitencia tan ligera que la pudo cumplir sin salir de la iglesia. El bendito varón estuvo en oración mientras el penitente rezó lo que le había ordenado, y acabado vino el buen hombre muy contrito y le pidió le encomendase a Dios que por su intercesión esperaba el verse libre de aquella tan pesada carga con que había vivido con tanto remordimiento de su conciencia, y volviendo a tratar la materia de su confesión, y deseos que tenía de enmendar su vida, abrió camino para que el siervo de Dios le dijese:

Yo, señor mío, en mi mocedad solía beber al comer un trago de vino, por la oportunidad de administrarse donde yo me crié, y aún me parecía dificultosísimo el poder pasar sin él; con todo esto probé un día a no probarle, y lo sintió el estómago tánto, que juzgaba morirme de flaqueza, al segundo también lo sentí, no sé si tanto y más que el primero; al tercero día ya no fué tanta la falta, ni al cuarto. Después me fuí haciendo a no beberle ni probarle, de suerte que aunque los años y la necesidad iba creciendo, yo fuí siempre cuidando el no quebrantar ni un sólo día el régimen que había cogido, y me he pasado sin él hasta la hora presente. Lo mismo sucedió con el chocolate, que por no cenar le usaba una sola vez y ésta de noche, pareciéndome que con aquello tenía fuerza para cumplir con mi obligación, y me hallaba ligero para que no me molestase el sueño. Faltóme una vez, porque como pobre fraile no lo tuve, ni a quien pedirlo, porque mi compañero, como mejor que yo, no lo usaba, ni lo tenía, y pasaba sin cenar. Aquella noche me ví perdido, porque la cabeza parecía que la tenía hueca, y una tan gran displicencia en cuanto quise hacer, que no lo sabré decir. Entré en cuentas conmigo, y hallé

que no era más que mala habituación, y propuse de no beberlo jamás, y aunque lo sentí, como la falta del vino, por postre me quedé en no beberlo y me hallo muy bien sin ello. De aquí saco que no es más de querer dejar una cosa y un gusto; y que nuestra naturaleza está apta para todo aquello a que la quisieremos enseñar; porque si en lo que es sustento, se vence con el favor de Dios, lo que no lo es y tan a riesgo de condenarse, menos difícil será.

No hubiera santos si no fuera esto hacedero, si no se procuran vencer en sus pasiones, de carne y sangre eran como Vmd., y como yo, y quizás pelearian más. Y así, quitar la ocasión, poner tierra de por medio, echar luego los idolillos de las prendas y memorias; que Dios ayuda a quien no se desayuda, y no hay que perder tiempo. Quedó tan trocado el hombre, que desde allí, sin llegar a Guatemala, trató de viaje para lejanas tierras, encargando a su compañero algunas dependencias de su conciencia y cuidado. Quien juró y declaró esto, y afirmó que por noticias ciertas sabía, que tan trocado vivía su amigo, que por ser vivo en la ocasión que hizo su declaración, no manifestaba el feliz estado que tenía. Presumióse que, haciendo Tebaida de ciertos bosques a propósito cerca del pueblo de los Esclavos, hizo vida penitente y solitaria, según se coligió de algunos casos sucedidos a un sacerdote espiritual de un beneficio cercano, a quien de noche venía un bulto cubierto de pieles y le confesaba y le comulgaba el día siguiente antes de amanecer, los días que observaron algunos curiosos.

Hoy vive un religioso de este convento, que siendo justicia de aquel partido, estando en compañía del cura, que se llamaba don Luis de Estrada, con otros vecinos del pueblo de Mataquescuinte donde sucedió. Una noche a deshora tocaron a la ventana del cura, habiendo precedido muchos latidos de perros, como que venía a pedir confesión para algún enfermo (que así lo juraron los seculares) salió el mismo cura en persona a ver quién era, y vuelto adentro, les dijo que les suplicaba le dejasen sólo y saliesen por una calle excusada. Hiciéronlo así, por darle gusto, y el día siguiente, y los otros más con curiosidad le acecharon y vieron un personaje corpulento cubierto de pieles y paste, que llaman barba de encina, sin que pudiesen descubrir ni saber del cura otra cosa, que el ser persona espiritual, que se le acercaba el plazo de la vida, y que por esta causa frecuentaba entonces lo que había años que hacía. Y de la curiosa observación de los indios supieron ser así, y que en unas montañas dilatadísimas de aquella región hacía vida eremítica aquel sujeto, cuyo fin fue tan dichoso y feliz, que habiendo recibido el Santísimo Sacramento una madrugada por viático, le fué conforte para la eternidad, asegurando el Cura las disposiciones y remitiendo al tiempo en que Dios manifestase para honra y gloria suya el sujeto, la cual noticia conferida con las que hallo escritas del caballero, que convirtió a Dios el ejemplo de santidad y virtudes del venerable varón Fr. Augustín de Avila; sale por constante ilación ser éste, el que a aquella vida solitaria se resolvió, por no volver a la ocasión, que le había tenido tan a raya.

Concluyo éste capítulo con reproducir aquí las memorias de N. V. P. y santo fundador Fray Gonzalo Méndez, de quien escribí en el libro tercero de ésta crónica dos casos muy semejantes, a otros dos que en las vidas de los BB. PP. Fr. Juan Sánchez y Fr. Augustín de Avila, escribo aquí. Y son el

que caminando con cruces en los hombros los santos varones Fr. Gonzalo Méndez y Fr. Francisco del Colmenar, vió éste que ayudaban a aquel los ángeles, como los vió Fr. Juan Sánchez que asistían al B. P. Fr. Agustín. Y que el B. P. Fr. Gonzalo fue corriente tradición que le llevaban celestiales espíritus a decir misa en lugares muy distantes, como se comprobó con un caso sucedido la noche de Navidad. Y porque el escrupuloso no entienda que fue equivocación mía en los nombres de los sujetos, afirmo que de unos y otros hallo esta noticia corriente y sin embarazo. De NN. PP. VV. Fr. Gonzalo Méndez y Fr. Francisco del Colmenar, que florecieron en la primera era de esta Provincia, que la computo desde su primer fundación en los cuarenta años inmediatos o poco más. De estos otros benditos religiosos Fr. Juan y Fr. Augustín, que florecieron casi cincuenta años después, le oi y recibí juramento de religiosos que los conocieron y alcanzaron, e información que hice por orden superior el año de 1681, y de unos y otros escrito lo que llevo referido, y como no hay repugnancia en que quisiese Dios hacer a estos dos últimos muchos favores que hizo a los primeros, y que aquellos imitasen en la vida y obras meritorias a aquestos, puede la pia credulidad dar el asenso que se da a historias fidedignas, a estas tradiciones de hombres graves, doctos y temerosos de Dios, que nos las dejaron escritas y autenticadas en la manera posible, pues demás de que *non est abbreviata manus Domini,* la Iglesia Santa, de el Confesor Pontífice, dice: *Nos est inventus similis illi, qui conservaret legem excelsi,* siendo tantos los santos confesores de quienes lo dice, y en las vidas de los santos vemos a veces tanta simbolización, que parece identidad de predicados, siendo en la realidad distintos los sujetos. Casos hay tan parecidos en las crónicas de las Religiones Sagradas, que parecen unos mismos. ¿Cuántos varones santos pasaron caudalosos ríos haciendo de su manto, o capa, barca? ¿Cuántos en estanques de agua helada y entre espinas se arrojaron y voltearon por no macular su pureza? ¿Cuántos fueron libres de incendios y de fieras por ministerios de ángeles? ¿Cuántos no sólo parece que imitaron a otros varones santos, sino que los remedaron? Un discípulo tuvo N. P. S. Francisco, que tan a la letra quiso imitarle, que si el santo hablaba, hablaba, si lloraba, lloraba, si reía, reía.

Esto he dicho por el escrupuloso, que el entendido y aficionado a la lección de vidas de santos, no necesita de estos rudimentos.

CAPITULO QUINTO

De la prolija y penosa enfermedad con que regaló Dios a su siervo Fray Agustín, su gran paciencia y santos ejercicios, hasta llegarse el tiempo de pasar de esta vida a gozarle en la eterna

---

Casi al mismo tiempo que se llegó a postrar la salud del B. P. Fr. Juan Sánchez, llegaron a desfallecer los gigantes alientos del V. P. Fr. Augustín de Avila, que como cítaras de una temperatura, pulsada la una había de

resonar la otra. Doce años antes del dichoso fallecimiento del B. P. Fr. Augustín, llegaron a hincharsele tanto las piernas por el mucho trabajo de andar a pie, y descalzo, que como cosa monstruosa no se distinguía en ella el pie, sino que pie y pierna parecía, que formaban un bronco y grueso tronco redondo. Llenáronsele las piernas de muchos agujeros y penetrantes llagas que llaman en lengua los indios *ychanzicat,* que quiere decir hormiguero, por la simbolización que tiene en las llagas y heridas que se comunican interiormente unas con otras. Salíanle de ellas muchas materias empodrecidas, que no solamente le molestaban a él, sino a cuantos le veían, movía a compasión, y fastidiaba tanto el mal olor que de ellas despedía, que aún sin acercarsele mucho se conocía, y la celda de su habitación era un hospital intensionado de dolamas. No pudiéndose ya tener en pie sin mucho trabajo, y habiendo trabajado en la administración de los indios cerca de treinta años con tesón y aplicación que queda dicho, y con tan incomparable tarea de mortificación y penitencia, hubo de resolverse por órden de los prelados a venirse a curar, o por mejor decir, a acabar los días de su vida, en madura senectud en ésta enfermería del convento de Guatemala.

Siempre ha habido en ella santos y caritativos enfermeros, y por la misericordia de Dios desde su fundación hasta los tiempos presentes, han ido sucediéndose en este ministerio religiosos como destinados de la mano de Dios y dispuestos por su infinita providencia para el consuelo de los pobres religiosos, que a causa de demasiado trabajo, de soles, aguas, intemperies y otras muchas incomodidades que padecen en la administración de los indios, pierden la salud, de suerte que suelen acabar los últimos años de su vida diez, doce y más en la enfermería. Había en aquel tiempo que el B. P. Fr. Augustín vino a ella dos enfermeros, uno sacerdote, que era el V. P. Fr. Francisco Gomez, y otro, a los dos religiosos enfermeros los había adornado Dios de gran caridad y otras virtudes, y consta de auténticas noticias que empleándose los dos con santa emulación en curar las asquerosas llagas del B. P. Fr. Augustín, aplicándole algunas hilas y lavatorios, hallaron que se le habían criado cantidad de gusanos en ellas que no le permitían quietud alguna. Queríanselos quitar porque eran tantos que aún sin las diligencias de pinzas pudieran desarraigarlos; el siervo de Dios, verdadero imitador del ejemplar de paciencia y patriarca admirable Job, los defendía diciendoles que los dejasen comer aquello que Dios les había señalado por sustento, que eran pobres animalejos y que si los querían matar no era razón, que quien tenía tipo y sombra de N. Redenptor que decía de sí: *Ego sum vermis & non homo,* fuese muerto por manos de cristianos y religiosos, habiendo sido El por las de los judíos. Esto decía el siervo de Dios con tanta alegría espiritual, que parecía chanza y se bañaba en lágrimas, motivadas de la contemplación de lo que padeció por nosotros nuestro soberano Redenptor Jesús. Era cosa de ver entre los tres puestos en éste coloquio el P. Fr. Augustín que se derramaba en lágrimas, el P. Fr. Francisco Gómez que se quedaba arrobado y muchas veces levantado del suelo con gemidos y suspiros tiernísimos, el Padre enfermero Mayor absorto, y todos tres dados a Dios, los gusanos vueltos a su lugar, bien como los que cundían al pacientísimo Job, dijo Origenes, que *in sinu suo, quasi ludendo revocabat.*

Por cierto que la contemplación de éste paso, acaecido varias veces entre estos tres sujetos, pudiera bien explayar lo que llegó a concebir, si no me fuera forzoso dejarlo a la consideración piadosa de religiosos que con más espíritu que yo lo rumiaran; y pasar a decir los ejercicios en que entendía en el tiempo de doce años que vivió como un ejemplar del cielo en ésta enfermería. Demás del achaque de las piernas, aquejaban al siervo de Dios unas fiebres que llamaban mensales, que muchos años había que le asaltaron. Mientras le duraba, pasaba en total abstinencia, empleando en la contemplación, sin salir ni el más leve instante de la celda. Allí rezaba de rodillas su Oficio Divino, hincándose en un pequeño trozo de palo que después de muerto sirvió como reliquia para muchas dolencias. Pasada la calentura volvía a su continuado ejercicio, que era levantarse todos los días muy de mañana de la oración en que pasaba lo más de la noche, bajar a decir misa, y después de dar gracias, ponerse en una sillita (que yo conocí y duraba pocos tiempos ha) en la capilla de San Antonio en la iglesia, sentado o arrimado, cuando no podía estar hincado de rodillas, y oía todas las misas, hasta la última, quedándose allí expuesto a cuantas confesiones se ofrecían, en cuyo ejercicio duraba hasta medio día, subía a tomar su alimento cuotidiano, que era una escudilla de caldo donde debía de echar algunas sopillas, que aún no se sabe de cierto, respecto de que él mismo a la hora de comer iba a la cocina y llevaba su escudilla de caldo. Los días de vigilias era solamente un plato de yerbas su sustento de veinte y cuatro en veinte y cuatro horas.

Reposaba en gran silencio y oración hasta hora de vísperas, y entonces, ya que no podía ir al coro, se bajaba con su breviario a la iglesia a la capilla de la Santa Veracruz, y allí pasaba en ferviente oración toda la tarde, salvo si se ofrecía el confesar, que jamás se excusó de hacerlo, teniéndose por muy dichoso de que Dios nuestro señor quisiese por medio suyo sacar a las almas de culpas. En éste santo ejercicio logró en mucho sus deseos, porque a su ejemplo, suavidad y consejos saludables, venían unos noticiados de otros, y saliendo todos aprovechados de su doctrina, hubo muchas conversiones y mudanzas de vida. Tal ansia tenía en órden a la salvación de las almas, que ni su vejez ni achaques le impedían este ejercicio. Era indecible la paciencia y mansedumbre con que se había en él; nada le espantaba, porque, como estaba lleno de caridad, conocía la miseria humana del pecador, y los precipicios en que cae, el que en vez de medicina, triaca y antídoto, saca de la confesión tósigo y veneno. Antes de emplearse en la contemplación o ejercicio de las confesiones, rezaba vísperas, habiendo rezado a sus horas las Horas Canónicas, confesaba o contemplaba hasta que tocaban a completas, y conforme era el día, hacía desde la iglesia su disciplina con la comunidad que estaba en el coro, o tenía con ella oración, porque como siempre aún en los pueblos de los indios, se había ejercitado en éstos actos de comunidad, no se hallaba sin incorporar sus obras con el común para asegurar el mérito y dignificarlas con las de tantos buenos.

Hecha su disciplina y acabada la función de la comunidad, se quedaba en el mismo lugar, en oración en la capilla de la Veracruz, donde pasaba lo más de la noche. Sucedíale frecuentemente hablarle allí los difuntos, a quienes socorrió muchas veces haciendo disciplinas y prolijas vigilias porque

Dios librase aquellas almas de las penas que padecían. A este intento celebraba muchas veces el Santo Sacrificio de la Misa, y aunque nunca dejó de decirla gastando en ella una hora larga con muchas lágrimas, como si se hallara presente el sacrificio cruento del Calvario, cuando era por necesidad de ánimas de purgatorio, se solía detener más, hasta conseguir, segun la voluntad divina, su petición, como manifestó Dios algunas veces al P. Fr. Francisco Gómez, que le ayudaba a misa.

Otras veces, estando el siervo de Dios en su frecuente oración, sucedía ser tantos los difuntos que se le aparecían, que le perturbaban en la contemplación, y solía decir a Dios: *Señor, con vuestra licencia me voy a la celda a acabar mi oración, porque aquí no me dejan.*

Y se dice que la imagen del Santo Cristo que en el altar de la Veracruz está, le hablaba y era el oráculo de sus peticiones, condescendiendo a ellas, aún con señas corporales. Cuando el siervo de Dios conocía que no era llegado el término prefijo, en que la divina Majestad tenía librado el descanso de las ánimas que le aparecían, entonces como decimos, pedía licencia para acabar en la celda su oración, hasta que con ilustración soberana conocía ser la voluntad de Dios el que pidiese por ellas, y aplicase misas, disciplinas y penitencias.

En la humildad era profundísimo, y quiso Dios le experimentasen algunos que dudaban de su verdadera virtud, y santidad porque como el bendito varon era de tanta austeridad y aspereza de vida, que parecía un anacoreta o ermitaño, con el hábito estrecho y corto, los pies en el suelo, el casco de la capilla tan escaso y ajustado a la cabeza, que con gran penalidad se quitaba o ponía la capilla, pareciendo a los que le veían, un horroroso espectáculo de penitencia que espantaba a los flojos, lastimaba a los buenos, y admiraba y edificaba a los que deseaban serlo. Sucedió que una vez le encontró en un dormitorio de este convento, un R. P. Comisario, quien por probar su virtud y humildad, o porque Dios permitió relaciones siniestras, para purificar y acrisolar la humildad de su siervo, y como a causa de lo estrecho de la capilla tuviese el cerquillo erizado el B. P. Fr. Agustín, le dijo el Comisario cogiéndole de él: *Bájese ese cerquillo, Padre, o yo se lo bajaré, que con capa de santidad se oculta también el demonio;* el siervo de Dios se arrodilló y puso en culpas, sin responder palabra alguna, más que decir en su interior: *Hágase la voluntad de Dios.* El Comisario le dijo así como con desprecio y vilipendio, y quedó el bienaventurado varón tan alegre y gustoso, como lo quedara un ambicioso de honra con un gran favor, porque como tenía hecho el ánimo mucho tiempo había a tener por sospechosos todos los consuelos humanos, y solamente buscarlos en Dios, no había cosa de esta vida que le inmutase ni diese pena, ni juzgaba que había otro mal que el apartarse de Dios por la culpa, deseando y anhelando en sí mismo, y en cuantos podía, solamente el que viviesen unidos con Dios.

Tan íntimamente lo estaba el siervo de Dios, que para que no conociesen sus arrobos, huía las ocasiones de oír música, porque conocía que sin poderse contener se abstraía de los sentidos, como le sucedió en algunas ocasiones con dos religiosos graves Lectores Jubilados, que eran N. P. Fr. Mauro Sánchez y Fr. Blas de Morales, que en algunas ocasiones solazándose espiritual-

mente tuvieron música prevenida, sin que lo supiese el P. Fr. Augustín, y llevándole a la celda donde estaban los músicos escondidos; después de algún rato de conversación de espíritu, tocaban los músicos y Fr. Augustín, de tal suerte se enajenaba de los sentidos, que todo el tiempo que duraba la música estaba sin el ejercicio de ellos, y era menester que mandasen cesar, para que volviese en su acuerdo, y lo que entonces decía era: *Sea por amor de Dios, bueno ha estado.*

Finalmente fué toda su vida el P. Fr. Augustín un ejemplo de santidad, una norma de penitencia, una idea de la humildad y un mapa de todo género de virtudes, en que se ejercitó no sólo en los veinte años que vivió en la santa Provincia de Valencia, sino en cerca de cuarenta que ilustró como un S. Francisco ésta Provincia, así en los pueblos de los indios casi treinta años, como diez o doce que le regaló Dios en éste santo convento y enfermería, observando con toda puntualidad aun los ápices de la Regla de N. P. S. Francisco, haciendo en los pueblos de los indios, las veces que fue guardián o súbdito, vida tan monástica como en el santo convento de Recolección donde tomó el hábito, viviendo allá y acá para Dios en tan gran silencio para con los hombres, que, si no era en materia importante al espiritu, con nadie comunicaba, y en todo el tiempo que estuvo en éste convento, solamente eran sus coloquios con el P. Fr. Miguel de la Raga, con quien se reconciliaba y trataba materias de su espíritu.

CAPITULO SEXTO

Que trata de la ejemplarísima muerte y solemnísimo entierro que se hizo al V. P. y perfectísimo religioso Fray Agustín de Avila

---

Con acelerados acentos llamaba el Esposo Santo a su querida, diciendola: *Surge, propera, amica mea, et veni.* Ven aprisa, que ya el invierno importuno ha pasado, ya se oyó la sonora voz a mis oídos de la gemituosa tórtola en esta tierra de los vivientes, y ha llegado el tiempo de la poda. Así, habiendo llegado (como piadosamente creemos) la dulce y tierna tórtolilla del B. P. Fr. Juan Sánchez, al acatamiento divino a gozar las perennes dulzuras que se negoció con su penitente vida, trocando los sollozos con que en este valle de lágrimas lloraba sus culpas, y acompañaba en su pasión a su celestial maestro Jesús, pasando de ésta peregrinación a la gloria, y pidiendo a Dios librase de las cárceles de la vida mortal al gratísmio socio de su peregrinación Fr. Agustín, al paso que él pedía a Dios le dilatase el penar para más merecer, hubo de conseguir aquella alma ya bienaventurada, el que Dios llamase para sí después de doce años de continuado martirio al P. Fr. Agustín. Sucedió, pues, que una tarde con los calores de marzo, se halló asaltado de las fiebres que solía, y aunque a juicio de los enfermeros no eran más rigurosas que las mensales que padecía el siervo de Dios, conociendo,

por lo que Dios le había manifestado, ser la última, pidió al enfermero que avisase al Guardián que a la sazón lo era nuestro V. P. Fr. Diego del Saz. El V. Guardián, como quien conocía los quilates de la virtud del siervo de Dios, y cuan poco molesto era en sus achaques, y que nunca había dicho que estuviese de peligro, y como quien bien sabía que el bienaventurado varón Fr. Agustín había pedido a Dios por merced el que permitiese no fuese molesto a sus hermanos, con enfermedad larga, que les impidiese la quietud por su asistencia; fué luego a verle, y conociendo el peligro en que se hallaba le consoló lo que pudo con palabras nacidas de su buen espíritu y mucha caridad, diciéndole que eran regalos de Dios, y que su divina Majestad sería servido de darle salud. El siervo de Dios oyólo con reverencia y respondió: *No, P. Guardián, que a su divina Majestad he pedido me dilate el tiempo de padecer y aumente los dolores, y es servido se llegue ya el término y fin de ellos, y no es tiempo de perder tiempo. Sólo una caridad pido por amor de Dios a V. R. y es que me conceda licencia para morir, y un hábito y paños menores para ser enterrado, aunque no los merézco, y que disponga el que se me den los Sacramentos antes que entre la noche.*

Enternecido y absorto el Guardián y los circunstantes, ponderando su rara obediencia y profunda humildad, dispuso mientras le administraban los sacramentos, que fuesen dos religiosos, los más solícitos a buscar al médico para que viniese a ver al doliente. Fueron el P. Fr. Silvestre de la Cruz (de cuya virtud y santa vida trataremos después) y Fr. Juan de Nájera, religioso de buen ejemplo, para que en su casa buscasen al médico, o discurriesen por la ciudad en su busca. Eran como las cuatro de la tarde, cuando salieron, y a las cinco estaban de vuelta sin haber podido hallar al médico; mas el médico antes que ellos volviesen, estaba ya en el convento, dando a entender que le habían llamado dos religiosos que no conocía. Y como fuesen tan conocidos los dos, a quienes había enviado el Guardián, estrañó lo que el médico decía, y viniendo ya éstos sin noticia del médico, careados todos, se supo que ni ellos le habían hallado, ni él había visto, sino otros dos que él no conocía. El Provincial, que como padre espiritual que era del B. P. Fr. Agustín, conocía cuan amigo de Dios era, examinó unos y otros, y hechas otras diligencias, llegaron a persuadirse que aquellos dos religiosos que habían llamado al médico eran enviados de Dios, para ir descubriendo el aprecio que de su amigo Fr. Agustín hacía.

Entró a ver al enfermo el médico, y saludándole con cariñosas y devotas palabras, le atajó Fr. Agustín, diciéndole que no era tiempo de perder tiempo, y que no le habían traído para que le curase, porque ya le llamaba Dios y le esperaba. Recibió los Santos Sacramentos, con grande edificación y ejemplo de la comunidad, porque aunque todos sabían por noticias su rara mortificación y virtud, muchos no habían visto por sus ojos aquel asombro de penitencia recostado en dos tablas desnudas, con sólo un pedazo de jerga y un trozo por cabecera con setenta y cuatro años de edad, hecho un esqueleto con su hábito y capilla sin admitir otra cosa de regalo, mas que una almohada de sayal, que el Guardián mandó traerle. Salieron todos, al paso que asombrados y compungidos de lo que veían y oían en sus palabras llenas de espíritu, enternecidos y llorosos de ver que tan amable Padre y santo varón les iba faltando.

A los achaques que padecía, había añadido Dios una perlesía, que le temblaba la cabeza y los brazos, sin poderse tener en ellos, porque como la edad era mucha, la abstinencia y mortificación tanta, se hallaba notablemente postrado y sólo el espíritu y la voluntad de Dios le habían podido mantener hasta entonces, sin hacer cama. Desde que en ella cayó fue continuándose el desfallecimiento, tanto, que casi en continuo paroxismo, pasó las horas que tuvo de vida con un denario [1] en la mano y solo moviendo los labios, que parecía que rezaba. Estando en ésta tranquilidad y casi ya moribundo trajeron una substancia y el Guardián le dijo que dejase de rezar y tomase la substancia. El, prosiguiendo en su rezo, dijo: *No es tiempo de perder tiempo;* entonces el Guardián le instó diciéndole: *Mire, padre Fray Agustín, que le mando por santa obediencia que tome ésta substancia;* el bendito enfermo con admiración de todos los circunstantes, como si estuviere sano (estando ya casi agonizando) se sublevó en los brazos con alientos raros nacidos de la obediencia, se medio sentó diciendo: *No es tiempo de perder tiempo, ni dejar de lograr la ocasión de merecer obedeciendo y muriendo;* bebió la substancia, y vuelto a la misma tranquilidad en que había estado, con grande serenidad de espíritu, y cantando la Comunidad el Credo cerca del *Incarnatus est,* entregó su alma al Señor, domingo primero de cuaresma, entre siete y ocho de la noche, a nueve de marzo del año de 1631.

Desde luego comenzó Dios a mostrar la inmensa gloria que aquella bendita alma gozaba, porque al mismo instante que despidió su espíritu, todo el mal olor de sus llagas, que tanto fastidiaba aún a los más robustos estomagos, se trocó en una fragancia admirable que confortaba los sentidos, así que se exalaba de su cuerpo como en toda la celda, que antes parecía contaminada. Juran los testigos que nadie acertó a distinguir qué olor fuese, porque ni era de rosas, claveles, jazmines ni violetas, y lo parecía todo con tan deleitable fragancia que a todos atraía, y así todos confesaban no poder ser sino celestial, con que premiaba Dios (por redundancia de la gloría que su alma gozaba) al cuerpo que había sido tan fiel compañero y tan obediente al espíritu, pues le había sido, quien había hecho los méritos con tanto padecer y penar, y tanta mortificación y penitencia. No quedó cosa alguna de las vendas de las llagas, ni cosa que hubiese sido del uso del siervo de Dios, hasta el trozo en que se hincaba, y algunas sandalias que alguna vez por mandato de los Prelados le habían servicio, que no llevasen los religiosos para sí y para sus bienhechores. El hábito con que murió se lo quitaron y pusieron otro, porque la devoción mal sufrida de todos los que le asistían, con tijeras y cuchillos le habían despedazado, y aun cortado mucha parte del cerquillo, y uñas de las manos y los pies.

Amortajado el cuerpo y puesto en la capilla de San Antonio de la enfermería, después de pasada la mayor parte de la noche, algunos religiosos de los que velaban el cuerpo, atrectaron sus brazos y manos y las hallaron tan dóciles como si estuviera vivo. A los clamores de las campanas se conoció luego en la ciudad, que era el siervo de Dios Fr. Agustín el que había dejado ésta vida mortal y pasado a la eterna. Porque como fué público la tarde antes el que sus achaques le habían obligado a hacer cama, y que cuidadoso

(1) Rosarito de solas diez cuentas.

el Guardián había enviado a buscar al médico; estaban todos atentos a las campanas de S. Francisco, y cuando las oyeron clamorear luego coligieron era el varón de Dios Fr. Agustín quien había fallecido. Crecia al paso que se repetían los dobles el sentimiento en todos, por la pérdida de quien era padre de todos. Era de ver cuando se abrieron las puertas del convento, aquel cuerpo que había sido un retablo de dolores, una criba de llagas y dolamas, y un Job en el estado más miserable y compasivo, que ocurriendo a él en tumulto todo genero de gentes, desde el Presidente y Oidores, hasta lo más ínfimo de la República, y del estado eclesiástico las personas de mayor graduación y religiosos de todas Ordenes; sin asco alguno llegar todos a besar los pies y las manos del siervo de Dios, teniendo a mucha dicha poner sus bocas en las de las llagas de pies y piernas, sin acertar a desviarse; antes sí con ansia de estar allí gozando de la fragancia que daba. No quedó venda alguna ni parte de las hilas con que llenaban las grietas de sus cavernosas úlceras, que no apeteciesen y llevasen por reliquias, pidiendo a los religiosos con empeño las personas principales y devotos, algo de lo que habían podido adquirir, que hubiese sido del uso del bienaventurado varón, y no contentos, hubo muchas personas, especialmente eclesiásticos, que con ansia de tener alguna cosa inmediata a su cuerpo, le volvieron a repelar el cerquillo, y aína sucediera lo mismo con los dedos y uñas, a no haber puesto todo cuidado los prelados, aplicando medios convenientes para que no le consumiesen, si bien no bastaron para que le dilaceraran el hábito, hasta mudarle segundo después de muerto, y tercero al enterrarle, porque no fuese desnudo a la sepultura.

Por consuelo de la Ciudad, y a petición de las personas principales de ella, y de las Religiones, se difirió el entierro el lunes todo el día hasta el martes, y también porque se determinó el R. P. Provincial, que a la sazón lo era el doctísimo, venerable varón oráculo de aquel siglo, Fr. José Gabaldá, a predicar sus honras de cuerpo presente, como quien había conocido tan de cerca sus virtudes desde la Santa Provincia de Valencia, aún antes de venir en su compañía a ésta de Guatemala, y le había administrado la conciencia los doce años que estuvo en ésta enfermería, para poder decir sin hipérbole algo de lo mucho que el siervo de Dios había solicitado merecer para la gloria en tantos años como fué peregrino en esta vida, y peregrino también en la penitencia. Entre las muchas que dijo el esclarecido varón panegirista del siervo de Dios, tratando de su observantísima vida y rara penitencia, dijo que desde S. Francisco hasta entonces no había habido religioso en su Orden que tan perfectamente hubiese guardado toda la Regla de S. Francisco, ni tales penitencias hubiese hecho, como el P. Fr. Agustín de Avila, cuyo cuerpo estaba para enterrarse; concluyendo con decir: *Queréis saber quién es éste religioso difunto? Pues, escuchad las voces en esas calles. ¿Qué dicen? Se nos ha muerto el santo Fr. Agustin. ¿Hay alguno que no lo haya dicho así ya a voces con notable sentimiento, o ya en su corazón?* Con estas y semejantes palabras, hablando como quien con tantos fundamentos podía decirlo, enterneció de suerte al auditorio (cooperando Dios con las maravillas que se insinuarán en el siguiente capítulo) que no solo el vulgo, sino aun personas muy graves, se deshacían en lágrimas sin que hubiese alguna en tan grave concurso de hombres doctos, religiosos y venerable clero, que tuviese por

hiperbólicas éstas y otras alabanzas del difunto que dijo el gravísimo predicador, antes sí diciendo muchos, que por mucho más que dijera, todo cabía en su grande perfección y santidad de vida.

Hízose hora de darle sepultura, en cuya acción todo el pueblo echó el resto a su devoción, soltando los cauces a copiosísimas lágrimas, y apiñándose de suerte que no sin mucho trabajo hubieron de darle sepultura en el presbiterio del Altar Mayor, y aún éste piadoso obsequio se hubo de hacer como arrebatando el cuerpo de las manos de los que piadosamente repitieron el cortarle el hábito, por no verse en lance de ponerle otros muchos, porque sucediera con ellos lo mismo, hasta enterrarle con el último despedazado a buena diligencia de poner presto la losa.

CAPITULO SEPTIMO

De algunas cosas maravillosas que obró N. Señor, que acreditan la santidad y virtudes del V. P. Fr. Agustín de Avila, en la función de sus exequias, y antes y después

Aun viviendo el siervo de Dios acreditó su divina Majestad sus virtudes y santidad con obras maravillosas, de que hay tantas noticias, entre religiosos, y aún entre indios en ésta Santa Provincia, que fuera largo de referir, si se hubieran de poner todas; mas, no dejaré de decir las que hallo más ciertas y comprobadas, sin afirmarlas por auténticas, sino referirlas sólo como verdaderas.

En el tiempo que el siervo de Dios vivió en el convento de Samayac, llegando en una ocasión una niña hija de Lucas Rodríguez, Síndico del convento, a besarle el hábito, le dió el V. P. unos nances, fruta de aquella tierra que le habían dado. Con ellos se ahitó la niña y enfermó tanto que llegó a lo último de la vida, juzgándola ya por muerta, su padre le puso su mortaja, y dejándola así fue a ver al P. Fr. Agustín y darle noticia de cómo por ocasión de los nances había peligrado. Era a tiempo, que el varón de Dios entraba en la Sacristía para decir misa. Díjole que no le diese cuidado, que tuviese esperanza en Dios, y que oyese aquella Misa, y que su hija viviría. Estando cerca de la mitad de la misa, vinieron de su casa a avisarle al Síndico que ya su hija estaba buena y sin accidente alguno. No le perturbó el gozo para que acabase de oir la misa, y dando las gracias al P. Fr. Agustín, que le parecía había sido el instrumento de aquella repentina salud, el varón santo le dijo se las diese a Dios, que era autor de todo lo bueno, y conociese cuanto ayudaba a conseguir los fines que son del agrado de Dios, la fe con que se le pide.

Estando en el féretro antes de ser enterrado, entre el numeroso pueblo que había concurrido, atraído de la fama de su santidad, se vieron y experimentaron admirables casos en que acreditaba Dios la gloria de que gozaba.

El primero que se ofrece, es que habiendo venido toda la comunidad del convento de N. P. Sto. Domingo, y quedando en él, el R. P. Prior por causa de un grave corrimiento en el rostro, que le impedía toda quietud, no pudiendo ya tolerar el dolor se vino con un compañero, y arrodillado ante el féretro donde estaba el bendito cadáver (como lo hacían todos los que entraban sin excepción de personas) aplicó el rostro a los pies del difunto, y al instante quedó libre del dolor y fatiga del corrimiento, y asistió al Oficio y Sermón, alabando a Dios en su siervo, publicando como cosa maravillosa lo que sucedía, de que hizo juramento en forma.

El capitán y Alguacil Mayor Tomás de Ciliezar Velasco, Caballero del Hábito de Santiago, como se divulgase luego la santidad milagrosa del R. P. Prior de S. Domingo, y fuese tan aclamada la santidad del B. P. Fr. Agustín; hallándose de el mismo achaque de corrimiento, sin que ningún remedio humano hubiese bastado a mitigarle el dolor, vino rompiendo por entre mucha gente, y habiendo besado los pies del difunto, pidió que un sacerdote le pusiese la mano del varón de Dios en la parte que sentía el dolor, y al instante se le quitó haciendose el buen caballero pregonero del caso, no solo allí, cuando sucedió, sino después, a los señores de la Real Audiencia, que asistían a la misa y entierro.

El Viernes Santo de la misma Cuaresma, en que murió el siervo de Dios, vinieron dos religiosos del Orden del Sr. S. Agustín y habiendo hecho oración dijeron al sacristán del convento (que era Fr. Juan de Nájera, quien lo juró después) que por caridad les enseñase el lugar de la sepultura del P. Fr. Agustín. Como estaba en el presbiterio detrás del monumento, dificultó el sacristián el que se atreviesen a subir por las escaleras de él los dos religiosos: a cuya duda dijo el uno con ansia notable, no sólo por aquí, si por ésta pared subiré, si necesario es, a trueco de conseguir tal dicha. El sacristán los guió y puso encima de la bóveda en el derecho que estaba el cuerpo del varón santo. Alli se hincó de rodillas el religioso de la necesidad, y puso el rostro sobre la sepultura, estando en ésta forma más de media hora. Levantóse y vuelto al sacristán, dijo: *No saben VV. RR. el bien que tienen en este santo varón, que aquí está enterrado, que había de estar colocado en ese retablo.* Y dió noticia de haber padecido en aquella Semana Santa un gravísimo dolor en el oído derecho, que le tenía como loco, y desesperado, sin haber hallado remedio en más de ocho días, ni poder pasar bocado, por cuya causa ni aún a los Oficios de la Semana Santa había podido asistir, y que el Jueves Santo, hallándose muy apretado, un hombre que no conocía le dió un pedacito de hábito, que había sido del siervo de Dios, de los que le habían quitado antes de enterrarle, (que le manifestó allí el religioso, y le dijo que era el del B. P. Fr. Agustín) y que se encomendase a él, aplicando a la parte que le dolía aquella reliquia. Hízolo así, y recostándose a ver si podía descansar un rato, se quedó dormido (lo cual no había podido hacer en todos aquellos días) y recordó sin dolor, ni muestras de haberle tenido, de que daba a Dios las gracias, y había venido a repetirlas a quien lo había alcanzado de su divina Majestad, cuya reliquia, que allí mostraba guardaría toda su vida sobre su corazón.

Un religioso de éste convento, llamado Fr. Andrés Barroso, tenía una hermana, que en un parto dificultoso se vió en peligro manifiesto de la vida, ya en agonías de muerte había algunos días. No hallándo remedio humano entre muchos que le habían aplicado, su hermano, que se hallaba con un cacle que habia servido al B. P. Fr. Agustín, se lo hizo poner sobre el vientre, y al punto echó la criatura, sin lesión alguna de ella, ni de la madre.

Un hombre había totalmente sordo, y tenía una hermana piadosa y devota, la cual guardaba con grande estimación un pedacito de hábito del siervo de Dios Fr. Agustín. Díjole a su hermano, en manera que le pudo entender, que se le aplicase a los oídos, asegurándole que con esto oiría. Hízolo así, y lo mismo fue tocar con él los oídos, que oir decir a su hermana: *Ten fe,* a que respondió: *Y como que debo tenerla, pues ya te he oído* Vino corriendo al convento, publicando a voces la maravilla con grande admiración de los que le conocían; y dando gracias a Dios y a su siervo pidió que lo tomasen por testimonio.

Un hermano de la Tercera Orden, llamado Nicolás Monroy, el mismo año que murió el B. P. Fr. Augustín, viéndose afligido de tener en su casa de parto una mujer, con notable riesgo de la vida, sin que las que asistían al parto hallasen remedio alguno, vino a este convento a buscarle, pidiendo la encomendasen a Dios; dióle el portero una parte del hábito que había sido del P. Fr. Agustín, asegurándole tendría efecto si impetraba su patrocinio. Fué con el confesor (que era lo que venía a buscar) y él mismo puso sobre el vientre de la mujer la reliquia, y luego experimentó el socorro de la intercesion del siervo de Dios, porque sin lesión ni detrimento alguno parió con facilidad y grande admiración de todos.

En la ciudad de Comayagua estaba un hombre, llamado Francisco Marín, gravemente molestado de dolor en el oído. Los remedios que le aplicaban, antes le aumentaban el dolor que se lo mitigaban. Era custodio de Honduras y Guardián de Comayagua, el R. P. Fr. Alonso Maldonado, quien tenía unos cabellos del P. Fr. Agustín, y una venda manchada con su sangre, que había servido en sus llagas. Consolando al doliente le dijo, se aplicara al oído aquellas reliquias, y se encomendase muy de veras al P. Fr. Agustín de Avila (dándole noticia de quién era) que experimentaría el socorro. Hízolo así de parte de noche, atándose la venda con los cabellos al oído, durmió con ella, lo que no había podido en muchos días, y dispertando a la mañana, al quitar la venda, despidió por el oído gran cantidad de materia de una postema, que en él tenía en la parte interior, con que quedó totalmente sano, como lo juró él mismo y algunos testigos de vista, que vivieron muchos años después.

Andrés de Espinosa Moreira, estando en unas haciendas de tinta hacia la costa de Guazacapán, habiendo tenido noticia de multitud de langosta que talaba los campos; y que habían cundido de tal suerte que muchos desesperaban de lograr el afán en la labor de la tinta, y él como quien tenía obligaciones que sustentar, viéndose afligido porque venían sobre los campos de su hacienda en enjambres innumerables de éstas perniciosas sabandijas, encomendándose al siervo de Dios Fr. Agustín de Avila, de cuyo patrocinio sabía se habían experimentado grandes socorros por medio de sus reliquias, subió a caballo, con una de su hábito en la mano, encaminándose a la parte donde

venía la langosta, pidiendo a Dios su favor, y a su siervo su intercesión. ¡Caso admirable! Lo mismo fué manifestar el pedazo de sayal, que volver el vuelo los enjambres de langosta y desaparecer, sin que en todos los campos de la hacienda quedase alguna. Lo mismo sucedió (a ejemplo de ésta maravilla) a don Jerónimo de Carranza, haciendo la misma diligencia en sus haciendas de tinta, donde amenazaba el mismo peligro.

En otras partes y haciendas de la misma costa, se experimentó lo que podía para con Dios el B. P. Fr. Agustín en algunos incendios, que se levantaron, que con facilidad pudieron cundir y abrasar todas las casas, que echando en el fuego reliquias del P. Fr. Agustín, se apagaba y bajaba la llama, como si no tuviese materia combustible. Así quiso Dios manifestar en todo este reino en vida y en muerte de éste apostólico varón. y después de ella su santidad, y cuán agradables habían sido a sus divinos ojos sus grandes penitencias, excelentes virtudes, y haciendo patentes con testimonios auténticos de ellas sus muy olorosas llagas, sus socorros y el cúmulo maravilloso de sus excelentes virtudes.

CAPITULO OCTAVO

Que comienza a tratar de la excelentísima vida y virtudes del extático varón Fr. Francisco Gómez, religioso lego, hijo de este santo convento de N. P. S. Francisco de Guatemala

Ocúrreme al tratar la vida y muerte del extático varón de Dios Fr. Francisco Gómez, religioso lego, hijo de éste santo convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, y enfermero de él, que pasó al Señor cuarenta días antes, que el siervo de Dios Fr. Agustín de Avila, una ejemplar maravilla, sucedida en la Religión Seráfica, por los años del Señor de 1283, en un convento de París, según refiere nuestro analista Wadingo, en el dicho año *num. 6.* Un religioso moderno en la Religión, aunque antiguo en la virtud y bien ejercitado en obras de perfección llegó a enfermar de manera que ya cercano a la muerte tuvo un paroxismo en que según el juicio de todos se había desatado su alma de las cárceles del cuerpo. Mas volviendo a respirar, con notable alegría, y preguntándole los que le asistían, lo que le pasaba, dijo: que en aquel éxtasis fué regalado con una celestial visión. Vió una escala grande y hermosa, cuya superior extremidad tocaba en los mismos cielos, y que él subía por ella gozoso a gozar de aquellas eternas dulzuras. Mas que llegado a la puerta, le fué impedida la entrada, hasta que el enfermero, que era un devoto humilde y caritativo religioso lego, que le asistía, y que era diligentísimo en su caritativo ministerio, le llegase a abrir la puerta, y le precediese guiándole para entrar en el Cielo: *Repulsus est ab ingressu* (dice Wadingo) *donec infirmarius, qui ei serviebat, vir pius et humilis, & erga infirmos*

valde officiosus introeuntem praeierit. Así sucedió con efecto, que dando gracias a Dios el enfermero que allí le asistía comenzó a enfermar, y dentro de pocos días pasó al Señor, y después de él el dichoso mancebo.

En la larga enfermedad de doce años de tanto padecer del V. P. Fr. Agustín, parece, según lo natural, que mucho antes de su dichoso tránsito había de haber pasado al Señor; mas trepando por la escala de la mortificación tantos grados de virtudes, hasta tocar en el cielo, parece que allí colocado en esta cima de merecimientos, le fué impedida la entrada hasta que su bendito enfermero, piadoso, humilde, santo y caritativo Fr. Francisco Gómez, le abriese la puerta, y le guiase para ser los dos colocados en el Cielo.

Fué natural éste B. varón de la Villa de Fuente Lencina en el partido de Corita del Orden de Calatrava en el reino de Toledo, hijo de muy nobles padres, como consta de una ejecutoria escrita en veinte y nueve fojas, que está con la licencia e informaciones, que se hicieron en éste santo convento para recibirlo al hábito. Nació según su fe de bautismo a **16** de septiembre del año de **1561**. Pasó a las Indias por los años de **1597**, bien surtido de papeles y acomodado de bienes temporales, llegó a la provincia de Zapotitlán, donde vivió como cosa de doce años con grande ejemplo de buen cristiano y temeroso de Dios, ejercitándose más en obras de caridad que de negociaciones de la hacienda, porque aún la que por buenos medios adquiría, la empleaba en el socorro de los pobres, multiplicándole Dios los bienes de fortuna, al paso que con tanta liberalidad tan bien los empleaba y adelantaba en la consecución de los espirituales. Tocóle Dios avisándole que ya era tiempo de poner en ejecución el deseo que desde que tuvo uso de razón le asistió de vestir el sayal de S. Francisco, porque se preciaba mucho de tener por nombre el del Seráfico Patriarca, y haber nacido la víspera de sus Llagas. Para conseguir el hábito escribió al R. P. Provincial desde Suchitepéquez, y con él muchos religiosos graves de nuestra Religión, el beneficiado de San Antonio, y otras personas seculares de calidad, acreditando todos la persona de Francisco Gómez Arias, en lo tocante a sus religiosas costumbres, cristiandad y devoción, como se halla expreso en la licencia que para tomar el hábito para religioso lego concedió el R. P. provincial Fr. Alonso de Padilla, a los **4** de diciembre del año de **1610**.

Desde luego que entró en la Religión, aún siendo ya casi de cincuenta años, se ejercitó en todo trabajo y obras de caridad, perfeccionando mucho de lo que por su buen natural y cristiana aplicación obraba cuando seglar. Pusiéronle los Prelados en la enfermería, para que ayudase al enfermero (que siempre hay en éste convento esta observación; que los que reciben el hábito y parecen a propósito para la enfermería, los aplican a ella para que con el enfermero se actúen en aquel santo ejercicio y lleguen a poder por sí, faltando los viejos, asistir al cuidado de los enfermos) en cuyo ejercicio mostró tanta caridad el buen novicio, que bien parecía haberse ejercitado mucho en ésta virtud. Cuando profesó, ya pudiera por sí correr con el cuidado de la enfermería, porque su expedición y práctica con el ejercicio continuado, nativa piedad y obras virtuosas, le pusieron en estado de que a falta de enfermero pudiese gobernar aquella oficina.

Este siervo de Dios fué a cuya doctrina y ejemplo se crió tan virtuoso y ejemplar el B. P. Fr. Juan de Vaena, porque era tal su estilo, tan singular su virtud, tanta su caridad y solicitud, que aun ocurriendo en aquellos tiempos mucho número de enfermos habituales de casi incurables enfermedades, a todos asistía con tanta puntualidad como si cada uno fuera sólo. Este caritativo varón curaba al B. P. Fr. Juan Sánchez y experimentaba de continuo sus arrobos, y así no fué mucho saliese tan excelente en su imitación, como después veremos. Curaba con lágrimas de compasión, y limpiaba con ternura y caridad las asquerosas llagas y fétidas materias del P. Fr. Agustín de Avila, como si en él viese al mismo Jesucristo, que por nosotros quiso padecer como leproso. Y finalmente en el discurso de mas de veinte años que fue enfermero tuvo tanto ejercicio en éste piadoso ministerio, que fué labrando coronas en muchos merecimientos.

Ni la ocupación contínua de esta trabajosa oficina le impedía para la frecuente asistencia en oración delante del SS. Sacramento, hurtando el tiempo para ayudar a misa, y asistir al coro todas las veces que podía, y no hacía falta a sus enfermos, buscando entre bienhechores cuantos regalos podía para ellos, siendo para sí tan austero y de tanta parsimonia, que aún no tenía hora de comer. Los demás ministerios concernientes a su estado, demás de la curación de los enfermos, los tomaba tan por suyos, que porque no hubiese falta alguna, ni sus hermanos tuviesen ocasión de disgusto, suplía muchas veces por el portero, hacíase hortelano y cocinero, celando en todo como verdadero religioso e hijo de N. P. S. Francisco, la santa pobreza, y que no se disipase superfluamente lo que se podía emplear en utilidad de los religiosos, socorro de los enfermos y bien de los prójimos.

Tuvo entre otras excelentes un don especial de no juzgar mal jamás de sus hermanos, portándose con tanta sencillez y caridad, que no se dijo de él que hubiese ni aún en leve materia tenido disgusto con alguno. Otra gracia especial le concedió la Majestad divina, que fué mucha aceptación de su virtud, sin que llegase alguno a presumir de él cosa, que desdijese de su regla y profesión. Procuraba radicarse en profunda humildad, estudiando sólo en adquirir nuevas virtudes sin que llegase a altivecerse su corazón por más y más favores que recibía de la liberal mano de Dios, ni por el mucho caso que hacían de su venerable persona, las principales de la república, pues muchas veces le hacían que comiese con ellos los señores Presidente, Obispo y Oidores.

Tenía impreso y escrito de su misma letra el modo y órden de vivir, en que estudiaba con frecuencia para no olvidar jamás la vocación; y tan a la letra lo observó el siervo de Dios, que fué su vida una oficina de virtudes, y porque se vea cuan arraigadas estaban en su corazón, referiré brevemente lo que le dijo a un religioso lego que le habían dado por compañero en la enfermería llamado Fray Juan Antonio: *Hermano os han hecho enfermero? Pues enfermero que no hace milagros hijo, me río del enfermero, y mejor fuera no serlo.*

Otra vez, diciéndole un religioso grave: *¿Qué hay santo viejo?* comenzó a llorar amargamente y dijo *Santo es Dios, tu solus sanctus,* y besó la tierra partiéndose de allí a darse una cruel disciplina, y hacer otras mortificaciones; en que se conocen los quilates de su mucha humildad.

Era naturalmente severo el siervo de Dios, alababa la virtud de sus hermanos, más con gran cautela. Decía cuando oía decir, "Fulano es santo": *Digan, que empieza bien, y que lleva buenos pasos, pero ¿porqué han de llamarlo santo?* A un novicio porque ven que baja los ojos y tiene la compostura que debe, dicen que parece un San Diego, un San Francisco, como si el novicio había de andar mangueando o sin compostura. Así los desvanecen (decía el varón de Dios Fr. Francisco Gómez) y no solo, no pasan adelante en la virtud, sino que vuelven atrás, por parecerles que ya han llegado a ser buenos, castigando Dios su tibieza y poco espíritu con privarles de lo bueno que tenían, y permitirles el que vivan sin el consuelo que trae la seguridad de la buena conciencia.

CAPITULO NOVENO

Del continuo ejercicio de la oración en que entendía el siervo de Dios Fr. Francisco Gómez, persecuciones que tuvo del enemigo, y varios casos que le sucedieron

---

En dos cosas como polos de virtud, puso todo su cuidado el bienaventurado varón de Dios Fr. Francisco Gómez. La primera, en ocupar todo el tiempo que le daba lugar la obediencia y ejercicios de sus caritativos ministerios, procurando no perder instante de tiempo en que no hiciese cuanto alcanzaba y podía, por adquirir más y más virtudes y hacer más y más actos de caridad y humildad; y lo segundo, en buscar confesores espirituales y doctos, que con espíritu e inteligencia le enseñasen lo que debía hacer (porque lo uno sin lo otro suele padecer muchas quiebras) y le corrigiesen y enderezasen lo que pudiera ser poco recto en los caminos de Dios; que como éstos no admiten oblicuidad por ser de luz, y verdad las sendas de la virtud para tener en ellas el consuelo que necesitaba, pedía y rogaba al R. P. Jubilado Fr. José de Gabaldá, que le guiaba su espiritu, y al B. P. Fr. Juan de Alcober, con quien también comunicaba el estado de su conciencia y a otros religiosos doctos y santos, que en aquella hora florida daban fragancia de virtud y letras a todo éste reino, le advirtiesen y enseñasen su obligación, preciándose siempre de principiante, y por consiguiente necesitado de todos estos socorros, que es bisoñería, poco espíritu e indicio de inflación, querer ser maestros los que ayer comenzaron a querer ser discípulos, y que un hombre o mujer sin letras, ni excelente virtud, quiera dar documentos de perfección, quien quizás sabe bien sus obligaciones y procura no faltar a ellas, pudiendo aconsejar a muchos; bien es verdad que suele Dios por instrumentos al parecer inútiles, manifestar

soberanas arcanidades, pero si los tales instrumentos no arraigan en la humildad y llegan a pagarse de sí, se ha visto muchas veces parar en ilusiones diabólicas, lo que comenzó por ilustraciones divinas.

Las que tuvo el bienaventurado varón Fr. Francisco Gómez, fueron muy sólidas, porque sus maduras costumbres, su profunda humildad, su llaneza sin embustes, su ardiente caridad y sencillez, y el rendimiento total con que vivió a sus padres espirituales, no dejaron ni el más leve motivo para dudar en sus frecuentes arrobamientos, y atribuyeron generalmente todos a fuerza grande de espíritu su enajenamiento de sentidos, así por verle a veces levantado de la tierra en el aire (como después diremos) y no poderse presumir embeleco en su profunda humildad, como por el riguroso examen que hicieron los hombres más doctos y temerosos de Dios, hallando siempre en el bendito varón total negación a estimaciones propias, muchos recelos de su seguridad y contínuo anhelo en adquirir virtudes. Después de curar sus enfermos y dejarlos reposando, si no había alguno de peligro, como a las nueve de la noche, se venía al coro delante el santísimo sacramento de donde, como de fuente de vida (dice su confesor) sacaba grandes consuelos y un embelesamiento y enajenación de sentidos, que parecía solo vivir en Dios, y Dios en él. Mas, jamás le estorbó este extático vivir para las ocupaciones de caridad, y obediencia en que ésta lo ejercitó. Daba con destreza espiritual las manos a la vida activa y contemplativa, sin que el gozo y tranquilidad de María le impidiese la solicitud de Marta.

Sólo el demonio rabioso can, y enemigo declarado suyo, que no sólo presagiaba la guerra que le había de hacer, sino que sentía la que actualmente le daba, procuró por todos caminos inquietarle y perturbarle en la oración. Aparecióle varias veces en figura de mujer, persuadiéndole con lascivas palabras y representaciones torpes, a que ofendiese a Dios, mas, como el varón santo vivía tan armado contra sus acechanzas, el efecto que causaban las hostiles sugestiones era hacer grandes disciplinas, duplicar cilicio y aumentar vigilias. Esto hacía con tan esforzado fervor, que si podía y era hora y lugar competente, en el mismo sitio que quería entablar el demonio su real para la pelea, allí hacía su disciplina más áspera de las que solía, como le sucedió algunas veces en el claustro y portería de este convento y en el coro muchas.

En una quedó tan irritado el demonio, que saliendo del coro corrido el maligno espiritu, de no haberle podido perturbar, ni hacerle divertir en la oración, le cogió por los cabezones a cosa de las once de la noche, y le arrastró con mucho estrépito y ruido que todos sintieron por la escalera que baja a la capilla de Nuestra señora de Loreto, causando con los formidables golpes que le daba gran cuidado a los Religiosos que cerca del coro tenían celda. Uno de ellos era el P. Fr. Tomás Coto (que a la sazón era Teólogo, y lo juró después siendo Definidor de esta Provincia) que habiendo oído los empellones hacia la escalera, y estando cuidadoso sin saber lo que seria, y sin atreverse a salir a reconocer el ruído, llegó el P. Fr. Francisco, y tocándole la puerta le dijo: *Abrid que ya sé que estáis despierto, y que tenéis luz* (siendo así que la tenía tan oculta para estudiar, que ni la podían ver de fuera, ni saberse si estaba despierto) *tomó luz y le dijo, no os espantéis del ruido que habéis oído, porque siempre que salgo del coro o de la celda a estas horas, se me pone delante*

un negro mastín, y muy grande que me quiere ahogar, aunque no saldrá con la suya, ni ha de salir, con la gracia de Dios, que ya sé el remedio que hay contra él, que es llevar luz, porque como miserable y mezquino, en viéndola huye.

En otra ocasión le sucedió lo mismo llegando a tomar luz a un farol o linterna que estaba en el dormitorio, que se le opuso un gran perro, amenazándole con muchas dentelladas, tanto que le obligó a llamar para que fuese con él a su compañero Fr. Juan Antonio. Otra vez dijo él mismo a este propio religioso, que le venía siguiendo una procesión de perros (díjolo así por este mismo lenguaje) que de la capilla Mayor, estando él en el coro, habían pasado a él, apagando primero la lámpara, cosa que le causó notable horror y le hizo salir del coro sin poder tomar resuello.

Mas no por esto dejaba de frecuentar el siervo de Dios aquel sagrado lugar, que ha sido tantas veces escala para comunicarse el cielo con la tierra, y que como decía N. V. fundador el P. Fr. Gonzalo Méndez, no hay otra gloria en la tierra que el coro y el altar. Frecuentábale Fr. Francisco Gómez, por más que el demonio se lo procuraba impedir, y una noche estando orando, representó el demonio, no en visión imaginaria, sino con especies materiales a la potencia visiva, que de la lámpara de la capilla Mayor que está delante del SS. sacramento, se levantaba tan grande llamarada, que prendiendo por el cordel arriba se abrasaba la iglesia y salía el fuego por las ventanas de ella. El buen religioso, no conociendo la diabólica astucia y viendo el daño ya tan crecido y el que se había de seguir, quemándose todo el convento, salió del coro dando gritos, diciendo: *Favor, que se quema la Iglesia.* El V. P. Fr. Juan Alcober, que tenía la celda junto al coro debajo de la torre del reloj, salió a él con blandas palabras y como sonriéndose le dijo, que se volviese al coro que era ilusión del demonio que le quería perturbar para que dejase la oración. Volvió y halló la iglesia como se lo había dicho, y así prosiguió su oración. Otras veces le representaba que se abría por el techo la Iglesia y veía las estrellas del cielo, y otras que se hundía el coro, mas no logró el enemigo el que en estas dejase de perseverar en la oración.

En otra estando en ella en el coro, le dieron (sin saber quién) una cruel bofetada, que aunque sonó, le pareció al siervo de Dios que era con una mano de lana, aunque muy pesada. Asustóse como se puede considerar y volviendo a una y otra parte a ver lo que había sido, el R. P. Fr. José de Gabaldá su confesor, que estaba en las sillas altas, le djo que eran ilusiones del demonio y mano suya la que le pretendía inquietar, haciéndole brevemente una exhortación con las palabras de Cristo a sus Apostoles, en que les manda velar y orar para no entrar por consentimiento en tentación, y como Satanás solicito, procura siempre quebrantar y trillar a los siervos de Dios, y que se precian de ser discípulos suyos, y concluyó por decirle que temiese a Dios que podía decirle: *Sic non potuisti una ora vigilare mecum?* Con esto quedó fortalecido el varón espiritual, y pudo resistir el segundo combate, que fué un animal incógnito de espantable figura y feroces garras, que le embestía, y aunque perseveró en la oración, constante en el espíritu, le sobrevino un desmayo prolijo, que fué necesario le sacase de la mano su confesor y le llevase a

donde le pudiesen confortar con algún sustento, porque como era viejo y ayunaba tanto, hacía disciplinas y después de tanto trabajo corporal tenía tan largas vigilias, aunque el espiritu estaba pronto, la carne desflaquecía.

Por último remedio acostumbró el venerable varón para vencer al demonio, el traer frecuentemente en la boca el dulcísimo Nombre de Jesús, que tan en su alma tenía. Con estas armas superiores arreaba y desmayaba a los infernales espíritus, que como es este dulcísimo nombre luz como dice S. Bernardo, manjar y medicina, lo fué para él, y confortativo, antídoto y luz con que desterraba las tinieblas con que el enemigo común, príncipe de ellas, le quería atemorizar, quedando victorioso muchas veces, a pesar de su diabólica fraudulencia.

CAPITULO DECIMO

De los éxtasis maravillosos del siervo de Dios Fr. Francisco Gómez, visiones celestiales con que Dios le regaló en esta vida y su gran devoción a las Animas del Purgatorio

---

Cuán agradable sea a Dios la devoción con que los fieles socorren a las Animas del Purgatorio, bien lo ha manifestado su divina Majestad, y se refiere en las crónicas de las religiones, y nuestro analista Wadingo en el año de 1283 lo enseña, en aquel caso de un religioso llamado Fr. Angélico (así nombrado por su angélica virtud) éste pasó de esta vida con grande opinión de santidad. Era estatuto en el convento donde murió, que los sacerdotes dijesen tres misas por cada fraile difunto. El Prelado, no por negligente, sino porque sabía la grande virtud del difunto, aunque era varón piadoso y bueno, juzgó que no necesitaba el difunto de aquellos sufragios, y así dejó de decir las misas. Dentro de pocos días, estando en contemplación le apareció Fr. Angélico pidiéndole tuviese misericordia de él. El Guardián le preguntó qué era lo que necesitaba, y respondió: *Tus misas y sacrificios me faltan para salir de las graves penas que en el Purgatorio padezco;* y así con muchos ruegos pidió le sacase de aquellos tormentos. *¿Pues tan severo ha sido para tí el juicio cuando acá juzgábamos que estabas en la gloria? ¡Ah! me miserum* (respondió el difunto) *nemo mortalium intelligit quam rigorosum subeant judicium, qui ex corporibus abeunt; stricté punit Deus errores, neque beatorum sedes ulli licet ingredi, nisi pure difaecato et perfecte purgato.* Dijo las misas el deudor y fué escarmiento esta aparición para que no solo él, sino todos los demás religiosos jamás difiriesen el socorro de sus hermanos difuntos. Otros muchos y maravillosos casos se cuentan, que fuera prolijidad el referirlos, basta saber la gran necesidad que padecen de nuestras oraciones y sufragios los difuntos, y cuánto en la aceptación divina tienen lugar los que por ellos se ofrecen.

Grande le negociaron las oraciones, vigilias y abstinencias del V. P. Fr. Francisco Gómez, que fué tan devoto de las Animas del Purgatorio, que mereció de Dios el que viese con descendidas sus peticiones. Muchas veces

le sucedía ver unas luces y resplandores que en sus mayores aflicciones y combates del enemigo, cuando no esperaba socorro humano, se le aparecían las dichas luces y claridades, de suerte que le alumbraban por grande espacio de la noche, así estando recogido en su celda, como estando viniendo o yendo al coro. Consultábalo a sus padres espirituales, y el principal, que lo era P. Fr. José de Gabaldá dice, que "no alcanzando lo que seria, persuadí al siervo de Dios se arraigase más y más en la humildad, que si fuese voluntad de Dios, su Majestad le manifestaría lo que significaban". Y dijo él mismo que después que vió la gran devoción y aplicación que tenía a socorrer las benditas Animas del Purgatorio, orar y hacer disciplinas y otras mortificaciones pidiendo a Dios las aliviase en sus penas, se persuadió a que debían de ser Angeles de guarda de ellas que venían a acompañar al siervo de Dios y favorecerle en sus afliciones en recompensa del socorro que él hacía a sus en comendadas; o que las mismas ánimas libres ya de las penas del Purgatorio, venían por permisión divina a mostrarse claras y resplandecientes a su bienhechor, como que ya pasaban a la gloria, para que conociese el efecto de sus fervientes oraciones, y se alentase más a proseguir en este santo ejercicio.

Otras veces veían pasar por medio de aquellas luces unas como sombras, como que se interpusiesen entre su vista y la luz, dándole a entender Dios la necesidad de algunas, para que orase por ellas, otra vez Día de Finados, habiendo el siervo de Dios pasado toda la noche en oración, pidiendo a Dios la libertad de las Animas del Purgatorio, y que admitiese por su Sacratísima Pasión y Muerte los sacrificios que en toda la cristiandad se ofrecen aquel día por los difuntos. Instó prolijamente en esta petición, derramando muchas lágrimas y representanto a N. Señor tantos sacrificios en que su Pasión sacratísima se renovaba. Púsole Dios en el corazón una dilatación y confianza, como que liberalmente condescendiese a sus peticiones. La noche siguiente vió en especies extraordinarias un profundo calabozo debajo de la tierra, obscuro y formidable, mas, destituido y despoblado de presos. Y le dió Dios a entender (como él lo manifestó a su padre espiritual) que habían conseguido aquél día las Animas del Purgatorio los socorros de oraciones y sacrificios, que se habían hecho por ellas, y que ya libres de pena, habían partido a gozar de los contentos eternos de la gloria.

Otras muchas visiones tuvo el siervo de Dios en orden a esta materia, enviadas del cielo, especialmente cuando oía o ayudaba a misa. Veía que de la patena, después de haber consumido el sacerdote que celebraba, salían luciendo unas como centellas de fuego que volaban hacia el Cielo, y esto no siempre, sino algunas veces. Dificultando en lo que sería, y deseando no poner diligencia por saberlo, por no ser como impertinente escudriñador de las cosas celestiales, oprimido de sus luces, le puso Dios en el corazón que aquellas que veía levantar de la patena, especialmente ayudando a misa al V. P. Fr. Agustín de Avila, eran ánimas del Purgatorio que por virtud de aquel soberano sacrificio ofrecido a su Eterno Padre por manos de aquel buen sacerdote, salían de penas y volaban a la gloria.

El mayor cuidado que el siervo de Dios tenía era el parecerle, que podía padecer algunas ilusiones del demonio en estos y otros aparecimientos. No dejaba de consultarlos y dejarse de todo en todo a lo que sus confesores le

ordenaban, procurando no solo hacer lo que le decían, sino olvidar cuanto le era posible lo que en la oración solían manifestarsele. Esto era casi a la contínua, porque andaba como extático y fuera de sí, ora estuviese en casa, ora fuera acompañado de algún religioso, tan dentro de sí en su contemplación, que brotaba señales exteriores, levantándose su cuerpo por los aires con las alas del amor de Dios muchas veces, de que tuvieron experiencia, no sólo los religiosos que le comunicaban y todos los del convento, sino grandes señores, Presidente y Obispo, que convidándole a comer, sin atender el siervo de Dios a la conversación que sobre mesa se solía tratar, le daban aquellos enajenamientos de sentidos, ocasionados a veces de su contemplación en que interiormente estaba, y a veces de alguna cosa espiritual que se trataba. Y como el Sr. Obispo D. Fr. Juan Zapata, era hombre tan espiritual, gustaba mucho de que el siervo de Dios le visitase con frecuencia, y pedía a los prelados se le enviasen para consuelo espiritual suyo, haciendo tanta estimación de su persona, como si viese entrar en su casa un santo, y aun así le llamaba: *El S. Fr. Francisco Gómez,* aunque no en su presencia, porque lo sentía mucho el humildísimo religioso.

Solíale suceder al oír música, frecuentemente perder los sentidos corporales, como se experimentó muchas veces y juraron los mismos que tañeron, que siempre que estaba presente y se tocaba algún instrumento, le daban al P. Fr. Francisco aquellos éxtasis con vehementes suspiros y dulces deliquios. En uno de ellos le sucedió (según declaró su confesor) que durándole largo espacio de tiempo, vió la gloria; y en ella aquellos amenisimos jardines, músicas celestiales, alegrías y gozos inenarrables, y que oyó muy sonoras voces que cantaban a Dios el divino Trisagio: *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabbaoth.* De cuyo arrobamiento le habían visto volver Pedro Granados y Juan García, Terceros de hábito exterior de N. P. S. Francisco, con voces tan lamentables y tiernas, que manifestaba mucho cansancio y pena; lo cual (preguntado) dijo a su confesor, que había sido ocasionado de dejar aquella gloria y haber de volver a la peregrinación de esta vida.

Era sobremanera devoto de su santo, y mío N. P. S. Francisco, especialmente se levantaba su alta contemplación al estupendo favor de haber dado sus santísimas llagas Cristo N. Sr. a S. Francisco. Iba con el espíritu al monte Alberna en frecuentes consideraciones y afectos; y en llegando la festividad de la Impresión de las Llagas, hacía para celebrarla muchas prevenciones de ayunos y disciplinas, dandose aún con mayor aplicación a la oración; porque como el siervo de Dios había nacido víspera de la festividad de las Llagas del S. patriarca, y a devoción suya le pusieron el nombre de Francisco, salía de sí como loco prorrumpiendo ya en deliquios, ya en lágrimas, ya en sollozos, quedando por largo tiempo casi sin pulsos, y otras veces arrebatándose más de un codo de la tierra. Bien como la esposa santa, pudiera, pedir Fr. Francisco confortativos del cielo, y fragancia de flores del paraíso, pues tanto enfermaba de *amor* y tan dulces fatales heridas hacía en su corazón el ardor de la caridad, todo absorto en el divino autor de tanta maravilla, que tan liberalmente quiso favorecer a su humilde siervo Francisco. En una ocasión, víspera de la festividad de las Llagas, a 16 de Septiembre del año de 1628, yendo a ver después de vísperas Fr. Francisco Gómez a una

noble mujer de ésta ciudad su bienhechora, y grande aficionada a Nro. P. S. Francisco (como yo que la conocí puedo jurar) llamada D. Luisa Ximénez Rendón, y tratando como acostumbraba el siervo de Dios de cosas espirituales, y del gozo que tenía siempre en aquella festividad, y cuán de su devoción era por haber nacido tal día como aquel. Encadenando la parla apocándose de lo poco que había servido a Dios, de lo mucho que le debía, del gran favor que hizo al mundo en sobrepintar él su Pasion en S. Francisco; se fue arrobando y trasponiéndose por largo espacio, que duró hasta las siete de la noche, levantándose de la silla en que estaba sentado más de dos palmos en alto hasta topar con la cabeza en un cuadro de N. P. S. Francisco, que estaba más alto que la silla, cuya efigie le había sido incentivo a aquel deliquio. En el cual arrobo admiró la señora y sus criadas, que estaban allí en labor, que sin asirse de cosa alguna ni estribar con los brazos en la silla, sino compuestos y cruzados dentro de las mangas, y el cuerpo derecho, y sin arrimarse, se quedó en aquella elevación de cuerpo y abstracción de sentidos. Así lo juró ella misma, citando a todas sus criadas ante el R. P. Fr. Fernando de Espino, y que volviendo el siervo de Dios del éxtasis, dijo: *No se espante Vmd., que como soy viejo me quedo dormido a cada paso.* Mas, ella, como conoció que había sido cosa más superior que sueño, hizo guardar la silla en que el siervo de Dios estaba sentado cuando tuvo este deliquio, y con toda veneración, sin que persona alguna se sentase en ella, la tuvo en esta estimación hasta que murió, dejándola por vínculo a sus hijos.

CAPITULO UNDECIMO

En que se prosigue la misma materia de los arrobamientos del siervo de Dios, trátase de su muerte y entierro

---

Aunque era viejo el siervo de Dios Fr. Francisco Gómez, que llegaba a setenta años cuando murió, y que las fuerzas corporales en él desfallecían, las del ánimo crecían más cada día, y se mostraba más fervoroso siempre en su oración y espíritu, tratando frecuentemente con Dios, prosiguiendo su carrera hasta su muerte, con grande aprobación de su virtud y edificación de todos. Ejercitábase en la consideración de la divina presencia, en que aprendió mucho, y se hizo ferventísimo su amor en la consideración de los soberanos misterios de nuestra redención. Ya hacía oficina de sus amores al pobre portalico de Belén, ya el Calvario lo constituía teatro de sus ternuras, viendo en una y otra parte padecer a su dulce Jesús por su remedio, y en una y otra contemplación, siempre le sobrevenía, el quedarse enajenado de sentidos.

Un día de Pascua de Navidad el devoto Provincial Fr. Pedro Guerra, haciendo cesar la lección de mesa, mandó que los religiosos (según su fervor y devoción) regocijasen con algunos versos a lo divino aquel soberano misterio

del nacimiento de Ntro. Dios con el sayal humano en un pobre pesebre. Comenzó el provincial con una breve plática y afectuosas razones a ponderar la fineza, y dando licencia para que prosiguiese cualquier religioso que quisiese el asunto comenzado, saltó Fr. Francisco Gómez por debajo de la mesa al medio del refectorio, y haciendo ademanes de placer, como quien danzaba dijo: *Jesús es nacido, Jesús es nacido, Jesús en un pesebre por nuestro remedio,* y diciendo y repitiendo estas palabras, se fué levantando de la tierra a vista de toda la comunidad, celebrando todos con lágrimas de edificación el misterio que con aquella patente demostración admitía en su agrado el cielo. Así duró en el aire hasta que el prelado hizo señal al acabarse la mesa, a que obedeciendo el siervo de Dios, volvió a su acuerdo y se sentó en su asiento muy risueño y alegre, como si de él no hubiera faltado. Salió la comunidad a dar gracias a la iglesia como se acostumbraba, y volvió a enajenarse Fr. Francisco de los sentidos tanto, que hubo de quedar con él, porque no cayese, el devoto Padre Lector Jubilado Fr. Blas de Morales.

Otra vez estando en Vísperas en el coro, y el siervo de Dios en una de las sillas últimas de arriba, por habérselo asi mandado el prelado para dar lugar que cupiesen todos los religiosos legos que iban a Vísperas, estando en la *Magníficat,* al cantarse el verso *deposuit potentes de sede et exaltavit humiles,* se fué levantando en el aire a vista de todos los religiosos un palmo de tierra, con un profundo suspiro, como si el corazón inflamado se le quisiese salir por la boca. Estuvo mucho rato, y al caer el cuerpo de la elevación (por ser el suelo de las sillas de tabla) hizo grande ruido, extremeciéndolas, causando en la comunidad muy celestial gozo, y afectuosa emulación de acompañarle todos al Cielo. Lo mismo le sucedió otras veces, y especialmente las más que oía cantar el *Gloria,* al decirse aquellas palabras: *propter magnam gloriam tuam,* que repitiéndolas el siervo de Dios, se elevaba y levantaba del suelo.

En otra ocasión, saliendo el siervo de Dios a acompañar al predicador un domingo de cuerda [1] en esta iglesia de N. P. S. Francisco de Guatemala, sentándose al pié del púlpito en la cabecera del escaño que está arrimado a la escalera de él, se quedó arrobado el siervo de Dios Fr. Francisco con los ojos fijos en el SS. Sacramento, prorrumpiendo en grandes gemidos en que duró mucho tiempo, tanto que el predicador acabó su sermón y la misa Mayor se acabó y hasta cerca de las once, no volvió del rapto el siervo de Dios, Esto juró y declaró el sacerdote que dijo la misa y muchos hermanos terceros, con la demás gente que asistía a ella y se agregó después de la misa a la novedad del suceso. Y aún dijo más Juan García hermano de la Tercera Orden; que estos arrobos eran muy frecuentes en el siervo de Dios, y que varias veces lo había visto él en los claustros y en la portería con el decenario en la mano, y que antecediendo un gemido se quedaba transportado por mucho espacio de tiempo.

Lo mismo veía la comunidad ordinariamente en el coro las veces, que asistía a él, el siervo de Dios (que como hemos dicho era siempre que podía). Una de ellas sucedió que saliendo de comer la Comunidad y estando en la

---

(1) Domingo en que se daba el hábito a los terciarios.

cocina de este convento rezando el *Miserere, y De profundis* mientras se lavaban los platos (como se acostumbra siempre) se fué arrobando a vista de todos en parte donde estaba colgado un garabato pendiente del techo, quedando asido de él por la capilla, de suerte que fue necesario desprenderlo para bajarlo.

Como quien conocía en esta comunicación frecuente con Dios, cuánto es de su divino agrado la salvación de las almas, deseó mucho en la ocasión que padeció en la Taguzgalpa el P. Fr. Esteban Verdelete y su compañero, y cuando fue a predicar a aquellos infieles el V. Fr. Cristobal Martínez y sus compañeros, ser uno de ellos: (1) *Oh hermano Fr. Francisco ¿y los pobres?* ¿ y la caridad? San Pablo ¿no decía: quién está enfermo, que yo no esté enfermo? ¿Quien padece necesidad que yo no la padezca? Con estas y semejantes razones sacrificado a Dios y resignado del todo a la voluntad del prelado, desistió de su petición el humilde y obediente religioso y prosiguió en sus santos ejercicios y contemplación y unión afectiva con Dios y pasó a gozarle con gran fama de santidad en este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, un miércoles 29 del mes de enero del año de 1631, con grande ejemplo y edificación de todos. Hubo numerosísimo concurso de pueblo en su entierro y universalmente todos le veneraban por santo y siervo de Dios, cuya fama y buen olor dura hasta el día de hoy, no sólo entre religiosos, sino en la memoria de muchos vecinos de esta ciudad, porque habiendo todos experimentado sus virtudes, por tradición de padres a hijos se conserva la del extático varón Fr. Francisco Gómez.

CAPITULO DUODECIMO

Comienza la vida ejemplarísima y virtudes del V. P. Fr. Juan de Orduña, hijo de este santo convento de Guatemala, y natural de la Ciudad Real de Chiapa

---

El P. Fr. Juan de Orduña, hijo de Juan de Orduña, conquistador y vecino de la Ciudad Real de Chiapa y de Clara Hurtado de Arbieto su mujer, gente esclarecida y cristiana, y hermano del V. P. Fr. Francisco Salcedo (cuya apostólica vida tratamos en el lib. 3 de esta Crónica) nació en la dicha ciudad de Chiapa el año del Señor de 1560 (era feliz, en que nacieron varones ilustres en perfección). Criáronle sus padres con la misma educación y doctrina que al primer hijo que fué tan raro en su nacimiento y virtudes, como también a Diego Hurtado de Arbieto hermano de los dos. Desde sus niñeces le enseñaron a vivir con temor de Dios y a aborrecer todo pecado, a lo cual su angélico natural ayudaba mucho, porque con el ejemplo de los buenos, los bien inclinados ponen en ejecución sus deseos. Supo las primeras letras con

---

(1) Aquí parece que falta algo. Así está en la edición de 1716.

expedición, porque con la comunicación de religiosos y cuidado de sus padres, no solo aprendió a leer y escribir, sino suficientísimamente la lengua latina y mucha parte de la mexicana, por tratar frecuentemente con los indios de la encomienda de sus padres en materias de cuenta y razón. Y aun a causa de esto, supo también la lengua zotzil y zozlen que se habla en los zendales, por dependencias que necesariamente trataba en aquellos pueblos. Ni por esto se vició jamás en la corruptela que otros españoles, tratando con aspereza o poca caridad a los indios, ni tampoco en servirse de ellos en más de lo que permitía lo que era equidad y justo. Antes, fue tan señalado en el cariño, benevolencia y afable trato con ellos, que los indios le tenían por ángel, muchos de los de su tiempo le tenían a mal, el familiarizarse tanto con ellos, que casi se les llegaba a igualar.

En ocupaciones decentes y cristianas entendió y se ejercitó el mancebo Juan, hasta que el ejemplo de su religiosísimo hermano, el estímulo de la devoción de sus padres a S. Francisco? observador antesignano del Evangelio, e imitador excelente de Abraham, y su afectuosa inclinación a profesar de hijo suyo, le hicieron dejar su casa, padres, hermanos, deudos, y amigos, y su tierra y patria y venirse a esta ciudad de Guatemala y convento de N. P. S. Francisco y vestir su hábito para el ministerio del coro, a los 6 de septiembre del año del señor de 1581, siendo el devoto mancebo de veinte y un años de edad; y basta decir que la licencia para recibirle la obtuvo de N. V. fundador y severísimo P. Fr. Gonzalo Méndez, para dar a conocer las virtudes, modestia y buenas partes que en él se hallaban. Pasado el año de aprobación y habiendo hecho la grande de su espíritu, aquellos celadores de la pura observancia de la Regla de N. S. P. S. Francisco, hizo profesión por la gran devoción que tenía a nuestra Sra. en el día de su Natividad a 8 de septiembre de 1582 en manos del muy religioso P. Fr. Francisco Muñoz de Reynoso, Guardián de este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, y vicario provincial de esta Provincia, por muerte del S. Fr. Gonzalo; con gran consuelo de su espíritu, por verse en el puerto de la salvación, que tanto había deseado, y júbilo de los religiosos, por darles Dios en el corista un angelical compañero en quien se ideaba un perfecto hijo de N. P. S. Francisco, y ansioso imitador de su humildad, pobreza y virtudes.

Desde luego hizo pacto irrefragable consigo mismo, como eficáz medio para ser perfecto religioso, de huir cuanto le fuera posible tres cosas que son: *oir, ver y hablar*, y para conseguir este intento (o ya fuese por tenerse ya alguna noticia de la santa vida de S. Pedro de Alcántara, que veinte años antes había pasado de la mortal a la eterna, o ya porque Dios lo amoldase en la forma de su mismo espiritu) usó siempre traer en la boca para guardar perpetuo silencio, unas piedrecillas que le avisasen y mortificasen (como juran los testigos que le trataron y conocieron) con que quedó tan habituado al silencio, que en cuarenta y seis años que vivió en la Religión, no solo no se le oyó palabra alguna ociosa, o vana, sino que aún lo más que mandaba siendo Maestro de Novicios o Guardián, era por señas, como mudo, dándose a entender las más veces sin hablar palabra. En la vida fue tan recatado que siempre traía los ojos casi cerrados, o por lo menos tan bajos que ninguno conoció si eran negros, pardos o zarcos; y el V. P. Fr. Diego del Saz (que es

uno de los testigos que juraron en la información de sus virtudes) dice que habiéndole criado este varón de Dios desde muy niño, siendo como de treinta años el P. Fr. Juan de Orduña, y habiendo sido después su Maestro de novicios en la Religión, y su compañero, y él su Guardián, jamás le vió los ojos porque le hablaba el siervo de Dios (aun siendo él niño y chiquito) sin mirarle a la cara; y con esta misma compostura le conoció siempre. Para no oir, vivía siempre retirado, encerrado en la celda y tan empleado en lo que hacia, como si estuviese en un yermo, sin saber si había otro individuo de la especie humana *in rerum natura.*

Pasó en este convento de Guatemala en la secuela indispensable de comunidad, los primeros años ejercitándose juntamente en los estudios de Artes y Teología (que como dijimos en el libro 2. ya en estos tiempos se leían de asiento en este convento) en que aprovechó como hombre de buena capacidad y mucho recogimiento, saliendo tan aprovechado también en la disciplina regular, que su mayor estudio ponía en observar la Regla y Constituciones a la letra, sin exposición ni dispensación alguna. Y como el santo ejercicio de la oración es el único modo para la consecución de todo lo bueno, se aplicó cuanto pudo y le permitían sus ocupaciones a ésta tan útil y del agrado de Dios, empleando mucho tiempo (demás de la oración de comunidad que siempre se ha tenido en este convento después de completas y después de maitines) con notable fruto de su alma, aprovechamiento de los que le comunicaban y crédito de nuestro santo hábito. Hecho predicador y confesor en Capitulo Provincial, celebrado en esta Provincia el año de 1589, o el de 90, ejercitó con grande utilidad de los fieles y mucho crédito de su persona estos dos ministerios, porque como su vida era tan ejemplar y no tenía el nombre de predicador de nombre, sino que en su vida, obras y ejemplo, manifestaba lo mismo que decía, hacía grande fruto en su boca la palabra de Dios, que aunque siempre lo es, siempre el efecto de ella se consigue por lo obrado, pues aun el hijo de Dios, siendo palabra eterna del padre, y no obra, como dice el Símbolo de la fe, *genitum, non factum;* para haber de hacer fruto en el mundo y convertirle el que era solo palabra en cuanto Dios, se hizo obra en cuanto hombre: *Verbum caro factum est,* de manera que acompañó con obras su palabra siendo Dios, no fiando la conversión de las almas de solo la palabra sin la obra, y así tuvo eficacia en la boca y obras del ejemplar varón Fr. Juan de Orduña, ya manifestada en el púlpito, y ya anunciada en el confesonario.

Como era provecto en la lengua mexicana y de las otras lenguas sabía suficientemente, habiendo sido examinado y aprobado en ellas, le envió la obediencia por morador del convento de N. P. S. Antonio de la Ciudad de Chiapa, y vicario de la doctrina de S. Felipe. En este ejercicio no sólo no olvidó los monásticos, que con tanto conato y edificación había abrazado, sino que perfeccionó la doctrina que había aprendido en este santo convento, con tanta observancia de la regular disciplina, que dice un testigo de toda excepción (por temeroso de Dios, docto y observante) que siendo él muy niño, como de ocho a diez años, con los deseos que tenía de ser religioso, se aplicó a asistir al P. Fr. Juan de Orduña, en cuya compañía aprendió muchas virtudes, andando con él en los pueblos de la visita, siempre a pié, y que jamás vió

que comiese ni bebiese cosa alguna, si no era al medio día, ayunando lo mas del año, y que por ser como era tan niño el declarante, no advirtió en los tiempos en que solía ayunar el venerable religioso, muchas veces a pan y agua, y que le decía instruyéndole en cosas de la Religión, que aquello era lo que debía hacer, si Dios le quisiese conceder sus deseos de hacerle religioso. Enseñábale a rezar el Oficio Divino y el menor de Ntra. Señora, y otros ejercicios espirituales, como lo pudiera hacer en un noviciado. Incitábale a que tuviese mucha devoción a la virgen María N. Señora, y así le llevaba en su compañía desde prima noche hasta cosa de dos horas, a rezar el rosario de quince misterios y la corona de Ntra. Sra. a coros, con tanta pureza y devoción, que tardaban en esto solo las dos horas, y entonces traía a la celda el niño para que se acostase, y él también reposaba hasta hora de maitines, que indispensablemente se levantaba a rezarlos, guiándose por algunas señales de la luna y de las estrellas allá en los pueblos, y hacía que se levantase a rezar con él, el niño, y después de haber rezado hacía muy larga disciplina y perseveraba en la iglesia hasta cerca de la madrugada.

Los lunes, miércoles y viernes, juntaba todo el pueblo a la entrada de la noche, y tenía disciplina, contándoles primero algún ejemplo y entonces hacía que se azotase también el niño que le asístia, todos los cuales ejercicios y su gran compostura y honestidad, hacían que conociesen en él todo género de gente, cuán adornada estaba su alma de todas virtudes y santo celo, que en él resplandecía, de dar buen ejemplo a todos, y procurar con todos el mayor servicio de Dios, y salvación de sus almas. Dijo más el testigo, que notó en el venerable varón que aún hablando con él cuando le crió niño y después cuando fue su novicio, y en tiempo de muchos años que le conoció, jamás levantó los ojos a mirarle y que entiende que sólo le conoció a él y a otros por el habla.

En la caridad fue singularísimo, así para lo espiritual, como para lo corporal, que nunca perdonó trabajo alguno, ni rigores de tiempo, sol ni aguas, siendo los caminos de los pueblos de visita que sirvió muy fragosos y doblados. Antes, con mucho gusto y alegría que manifestaba en su rostro, acudía siempre que le llamaban para alguna necesidad, a cualquiera hora que fuese, y las cuaresmas con notable tesón, desde la hora de prima hasta medio día, y desde la una hasta la noche, siendo tan piadoso con los naturales y tan llano con ellos, como si fuera su igual, acudíales en sus necesidades y enfermedades con tanto amor, como si fuera madre de cada cual, aplicándoles algunas medicinas saludables por sus propias manos, y sirviéndoles con toda humildad y prontitud. Predicábales todos los días de fiesta y domingos con mucho espíritu, porque como era tan inteligente en la lengua, explicaba con propiedad a los indios el Evangelio o Misterio del día, moviéndolos a contrición y lágrimas. Esto no sólo en aquellas tres lenguas, que sabía: mexicana, zotzil y zozlen en las administraciones de Chiapa y Gueiteupán, sino en la quiché, kacchiquel y tzutujil, que aprendió acá en la Provincia, sirviendo en ella muchos años, trabajando siempre y administrando con todo fervor, caridad y ejemplo, dándolo no sólo a los indios, sino a los religiosos que con

él vivían en los pueblos de esta Provincia, con grande celo de la honra de Dios, aumento de su santa fe y deseo grande de poner todas las almas, que estaban a su cuidado, en el camino del cielo.

Trajéronle por Maestro de Novicios a este convento, donde fué tan ejemplar, que los que le conocieron maestro, afirman experimentaron en él, en heroico grado, el ejercicio de todas las virtudes, su pobreza singular, que jamás tuvo otra cosa que el hábito que vestía, un par de paños menores, manto y sombrero, su cama, una frazada, una almohada de sayal y una cruz, sin que se le conociese otro trasto o alhaja. Vivió siempre desnudo y descalzo, sin usar lienzo aún en enfermedades graves que tuvo. Su silencio tan admirable, que las más veces mandaba por señas lo que se había de hacer, y traía en la boca una pedrezuela por no hablar. Su vigilancia en la ejecución de su ministerio era tanta, que jamás tuvo escrúpulo de omisión alguna, porque criaba sus novicios y coristas como para santos. Pasábales lo que habían de leer en comunidad, enseñábales el Oficio Divino, aficionábalos con palabras y ejemplos a la oración; aconsejábales la limpieza del alma y del cuerpo, haciéndolos confesar frecuentemente y que viviesen en la presencia de Dios, y juntamente cuidasen del aseo exterior de sus pobres celditas y hábitos, porque decía que, de quien no barría la celda, o permita una mancha en el hábito, se podía entender que cuidaría poco de purificar su alma y limpiar su conciencia. Estos y otros santos documentos daba a los nuevos en la Religión, asistiendo continuamente con sus novicios y coristas a todo. Y como en aquel tiempo la campana que se toca después de vísperas (que se dice la ordenación) era para que toda la comunidad fuese a limpiar las celdas de los enfermos, y sacar los vasos del servicio de ellas, hacer las camas y otras obras de caridad y humildad, era él el primero que se aplicaba, las faldas en cintas, y con sus alzaderas a este ministerio, emulándose unos a otros los religiosos en quién trabajaba más, haciendo con espiritual alegría muchas obras del agrado de Dios.

CAPITULO DECIMOTERCERO

De la paciencia de este siervo de Dios, su mucha humildad y pronta obediencia, en todo el tiempo que fué religioso, hasta su dichosa muerte

---

Mucho tuvo en qué ejercitar la tolerancia el varón de Dios Fr. Juan de Orduña, en cuarenta y siete años que fue religioso, sirviendo a la provincia en cuanto pudo, con humilde resignación y prontísima obediencia, procediendo con tan buen ejemplo entre todos, que en el tiempo que fué doctrinero en la vicaría de San Felipe, redujo muchos indios que vivían retirados en los montes, a que viviesen en los pueblos, en policía cristiana, y al régimen de la campana, lo mismo hizo administrando y sirviendo en la provincia, pro-

curando, con cariño y doctrina, domesticar a los más zahareños indios, sacándolos de cuevas y milperías, como quien con las experiencias de tan gran lengua, tan celoso y tan práctico ministro, conocía que los primeros pasos que da el demonio para la perdición de las almas de los indios es el persuadirles a que vivan retirados y lejos de sus ministros y sin comunicarlos, siendo este diabólico medio tan eficaz, que todos los daños que han amenazado y amenazan a los indios se fundan en este principio, y con él consiguen de ellos, amedrentándolos, el que vuelvan a sus supersticiones que habían dejado, y aún a idolatrías, que tenían detestadas y vivían ya olvidados de ellas.

Puso notable cuidado el P. Fr. Juan de Orduña, en no perderlos de vista, haciendo listas de muchachos y muchachas para la doctrina y de hombres y mujeres para la misa y sermón, visitándolos frecuentemente, como su padre y aún maestro de novicios. Ayudábale a su celo y espíritu la grande comprensión que tenía y adquiría de los pueblos que administraba. Conocía por sus propios nombres a todos, grandes y pequeños; acariciaba a los niños, amonestaba a los grandes, socorría y servía a los enfermos, y ni le faltaba tiempo para asistirles, ni era escaso en el que ocupaba indispensablemente en los divinos oficios (como dijimos en el capítulo antecedente) llevando siempre un mismo paso, tesón y perseverancia, con incontrastable valor, grave mansedumbre, cariño paternal y angélico modo. Por estas y las demás virtudes, que en el siervo de Dios conocían todos, solía decir el V. P. Fr. Agustín de Avila, que el P. Fr. Juan de Orduña podía ser religioso de opinión en tiempo del mismo S. Francisco y que era verdaderamente religioso muy observante de la Regla, de notable silencio, modestia y compostura, pobrísimo en gran manera, grande ayunador y muy humilde y perfecto obediente. Lo cual juró así como testigo de experiencia y comunicación el dicho V. Religioso Fr. Agustín de Avila, después de muerto el P. Fr. Juan de Orduña, que pasó a gozar de Dios tres años antes que él.

En orden a su profunda humildad y pronta obediencia, le sucedió, siendo Maestro de Novicios en este convento de Guatemala, la segunda o tercera vez que lo fue, teniendo cerca de sesenta años, que hallándose asaltado de una gran calentura y no dejando por esto de seguir en todo la comunidad, por cuya causa, sólo el enfermero sabía su achaque y otro que toleraba. Vinieron a pedir una confesión del pueblo de Santa María de Jesús, a cosa de las ocho de la noche. El vicario de aquella doctrina (que vivía en este convento) estaba enfermo, y por esta causa se excusó de ir, pidiendo al Guardián enviase otro religioso. Como el P. Fr. Juan de Orduña era tan gran lengua, no sabiendo el Guardián que estaba enfermo, le envió a mandar fuese a aquella confesión. No replicó ni hizo más que coger su bordón y sombrero y ponerse en camino, estando con calentura, con prontisima obediencia. Fué a pié, a hacer la confesión, con tanta diligencia y solicitud que con haber de ida y vuelta tres leguas de camino de cuesta y penoso, volvió a la hora de maitines, y asistió a ellos con su noviciado, sin hacer falta alguna ni dar a entender su trabajo (que se pierde muchas veces el mérito en los que se padecen en la Religión por cantarlos) y quiso Dios pagarle su obediencia y humildad con

que se le quitase con lo que sudó en el camino la calentura y se hallaba en adelante más ágil y robusto para servir y más pronto y resignado para obedecer.

Era cosa de ver lo que sucedía a este ejemplarísimo varón, que en los mayores trabajos, así corporales que tuvo, como espirituales que toleró en algunas persecuciones que se levantaron, sin haber dado causa alguna a ellas, por querer Dios purificarle más en el crisol de la paciencia; siempre lo veían con el semblante alegre y cariñoso, que aunque a veces daba rabia a sus perseguidores, ellos mismos se solían compungir y admirar de ver tanta serenidad en su semblante y tanta tranquilidad en su espíritu, que no le inmutaba cosa alguna el verse perseguido, empleando entonces con más conato sus oraciones, pidiendo a Dios por aquellos que le daban ocasión de merecer. Dejando siempre corrido y avergonzado al demonio, de no poder prevalecer contra su sólida virtud, profunda humildad, y asentado paso de ejemplar religioso; por cuyas reverendas era estimado de todos en todas partes, como varón apostólico, dotado de la mano de Dios de grandes virtudes, y mirado como si fuera un ángel bajado del cielo. Fue Guardián en algunos pueblos de los indios, aunque las más veces que lo eligieron prelado renunció el oficio, mas lo hubo de ser algunas por la obediencia, ejercitándose siempre en obedecer, y así supo bien mandar. Aunque era prelado, demás de obedecer a sus superiores con rendimiento humilde, obedecía también a sus súbditos, como quien los tenía por buenos, y ellos eran tales, que el buen religioso los tenía por maestros, y señalaba por semanas el que había de ser su prelado (habiéndolo consultado primero con el provincial) para no hallarse jamás sin tener a quien obedecer, porque decía le sería de gravísimo desconsuelo vivir sin reconocer siempre sobre sí mismo prelado que le mandase. Era esto tan de veras y libre de toda afectada simulación, que le sucedió muchas veces querer una cosa y mandarle el súbdito (a quien tenía por prelado) otra, y hacer él lo que se le mandaba, y desistir de lo que tenía comenzado. Especialmente al comer le mandaba comiese esto y no aquello, y aunque en hacer lo uno y dejar de hacer lo otro tuviera pena, por el mismo caso lo ejecutaba con grande alegría y consuelo. Solía a veces salir a decir las culpas ante sus mismos súbditos, pidiendo perdón por los defectos que él juzgaba haber cometido, corrigiendo con esta discreción, humilde muchas veces, lo que quizá no pudiera conseguir tan facilmente con la vara de la prelacía.

Siendo súbdito, era tan resignado y obediente a sus prelados, que declara como testigo el V. P. Fr. Diego del Saz, que habiéndole criado desde niño, de ocho a diez años, el P. Fr. Juan de Orduña, después siendo su Maestro de Novicios, llegando a ser su Guardián el declarante, era el venerable viejo tan rendidamente humilde, como si fuera actualmente novicio suyo; a que muchas veces teniéndole el Guardián respeto, por las razones dichas, y por ser ya muy viejo, y no osando a mandarle hacer algunas cosas del servicio del convento, el venerable varón instantemente se ofrecía a hacerlas, y aun dice el que declara, que le parece le adivinaba los pensamientos. En medio de su natural grave y circunspecto, era tan apacible y manso para todos, que naturalmente apetecía los ejercicios más humildes de la Religión, siedo abeja

solícita para el convento, padeciendo achaques y trabajos, con grande tolerancia y ejemplo, hecho un yunque en el confesonario hasta los últimos años de su vida, y aun hasta el mismo instante de su fallecimiento.

Y porque fué muy singular en las circunstancias, quiero ponerlas aquí. Era ya el venerable varón de edad crecida, pues contaba sesenta años, de los cuales los cuarenta y siete había empleado en la Religión. Vivía como morador en el convento de la Ciudad Real de Chiapa, siendo Guardián de él, el R. P. Fr. Pedro de la Tobilla. Aunque tan cargado de años, estaba con tanta expedición para servir, que le encomendó el Guardián que cantase la misa conventual el día de la Santísima Trinidad del año de 1628, que fué a 18 de junio. En esta conformidad cantó el día antecedente los vísperas, estando con disposición de decir la Misa Mayor. Muy de mañana, el domingo, fué a la celda del Guardián y le dijo, que encomendase la misa porque no hubiese falta, porque él se moría aquel día y que así le echase su bendición y dispusiese el que se le diesen los santos sacramentos. El Guardián, como le veía sin achaque ni accidente alguno, le dijo que no le diese cuidado, que él cantaría la misa, que fuese a recogerse, y apartase de su aprensión el que se moría. El respondió afirmando que en aquel día había de salir de esta vida, y que le socorriese con los sacramentos. Volviéndole a decir el Guardián que llamaría quien le curase, instó en que no tratasen de curación sino de sacramentarle.

Persuadido de sus razones el Guardián, y barruntando en ellas algún misterio, habiéndole reconciliado, trató de darle el viático por consolarle. Mientras fué por él se puso de rodillas el varón bendito, y cuando conoció que venía, salió con una candela a recibir a su Divina Majestad y volviendo a entrar a la celda se puso de rodillas para recibirle por viatico con muchas lágrimas y demostraciones de no ser digno de tan gran favor, pidiendo perdón y dando tan buen ejemplo en aquella hora, como había dado en toda su vida. Pidió con mucha humildad hábito y sepultura como se acostumbra en la Religión. Acabado de sacramentar, salió con su vela encendida acompañando a su Divina Majestad hasta la iglesia, y colocado en el Sagrario, pidió al Guardián le mandase dar la Extremaunción; mas, viendo el P. Guardián que estaba en pié y con tantos alientos como en salud, difirió el administrarsela, hasta después de misa Mayor. Entre tanto, el siervo de Dios se puso de rodillas en la misma iglesia a rezar las horas menores del oficio de aquel día, que le faltaban, y pidió beneplácito al Guardián para rezar vísperas y completas y los maitines del día siguiente, porque como buen siervo, no se contentaba con hacer lo que debía, sino aun más, obrando cuanto podía.

Acabado de rezar todo, y acabada también la Misa, se fué a acostar a su pobre cama y empezó a decir al Guardián que ya estaba acostado, esperando la Extremaunción, que en aquello consistia su consuelo. Trájola el mismo Guardián, movido de sus ruegos, ungióle con la conveniencia que se deja entender sin prisa ni tropel alguno, y allí, después de ungido, pidió el venerable varón la imagen de un crucifijo, y hablando en ella tiernísimas palabras con Jesús, le entregó su alma como en un leve sueño, sin ademán alguno, ni aún boquear, quedando todos tan edificados como persuadidos de que hubiese tenido luz del cielo que le predijo su muerte, y como esta era eco de una

vida santa y ejemplar, no hubo alguno que no coligiese y tuviese por sin duda había partido su dichosa alma a gozar eternamente de la gloria, y que premió Dios con la largueza de infinitamente liberal, la vida apostólica como regular observancia, virtudes y ejemplares costumbres de su siervo, con la eterna bienaventuranza, queriendo cuando la recibía en ella, manifestar por indicios en la tierra, la felicidad que gozaba su alma en el cielo.

CAPITULO DECIMOCUARTO

De la aclamación general de las virtudes del siervo de Dios Fr. Juan de Orduña, funerales, exequias y acaecimientos extraordinarios, dignos de toda advertencia

Como la vida del excelente religioso Fr. Juan de Orduña, había sido tan ejemplar y su muerte fué al entender de todos, tan digna de apetecer; comenzaron en la Ciudad Real de Chiapa las aclamaciones de su santidad, sin poder atajar al devoto vulgo las prudentes diligencias del sabio y discreto Guardián para que dejase de desahogar sus afectos en veneraciones. Era querer atajar un impetuoso y caudaloso río, intentar el que suspendiesen los elogios con que le publicaban, no solo virtuoso, sino santo. Y no era mucho, pues sus excelentes virtudes, con impetuosa corriente alegraban aquella ciudad, si antes, y ahora regia, entonces con regalías divinales. Era su patria, y en donde le habían conocido niño y mancebo virtuoso, religioso mozo ejemplar, y anciano con muchas perfecciones, ¿qué maravilla que le aclamasen santo? Si perseveró en su apostólico vivir, fiel siervo a su Señor hasta la muerte; ¿no le había de dar la corona de la vida eterna que a los tales promete? Si es Dios fiel en sus palabras, y de suma veracidad en cumplirlas, ¿había de ser más fiel una criatura, que de su cosecha es deleznable, falible y nada segura? Fué la conmoción de gentes tan general, que no solo la ciudad y sus barrios ocurrían al convento a besar los pies y manos al difunto, procurando llevar de su pobre celda hasta las tablas de su cama y esterilla, donde dormía, sino que los indios de los pueblos comarcanos, como si los llamasen con campana venían, clamando todos, y llorando, que se les había muerto su padre y otros apellidándole santo.

Desde la hora que murió, que fué cerca de medio día domingo 18 de junio de 1628, día de la SS. Trinidad, hasta el lunes por la mañana que se hizo su entierro, no quedó persona alguna, grande ni chica, en la ciudad y sus alrededores, que no viniese, atraídos todos con una indecible violencia; porque como el venerable religioso era tan conocido de todos y bienhechor universal, consuelo en sus trabajos y en enfermedades, médico y enfermero de los pobres, yunque en el confesonario, y todo para todos, como de sí decía el apóstol, todos sentían la pérdida, y la lloraban como propia. Los que venían y los que iban, todos contaban del varón de Dios las virtudes que sabían y habían visto en él.

Estando en el féretro su cuerpo, llegó un hombre, a quien molestaba de continuo un accidente de jaqueca, que le solía durar algunos días, y actualmente había tres que le tenía bien destemplado. Como corría la fama de la santidad del varón de Dios, y él hubiese conocido muchas de sus virtudes, encomendándose con viva fe al Señor, y haciendo oración, diciendo: Padre Fr. Juan, sí como yo pienso y todos claman, estáis en el acatamiento divino, pedid al Señor me quite este dolor. Y llegando al cuerpo, besóle los pies, y levantandole el pié derecho, se lo aplicó a la parte donde sentía el dolor, y a breve rato que allí estuvo, se le quitó tan del todo, que en adelante jamás le volvió a molestar.

Una mujer de la misma Ciudad Real de Chiapa, había muchos años que estaba tullida y en la cama, sin haber bastado diligencias ni medicamentos para que pudiese siquiera ponerse en pié, con muletas, antes le sobrevenían dolores intensísimos, y descoyuntamiento total. Conocía muy de cerca al P. Fr. Juan, porque la había ido a confesar varias veces, y a consolarla en su trabajo. Así que oyó decir, que había muerto, y las circunstancias singulares de su tránsito, afijó en su corazón el concepto que siempre había tenido de que era santo, y que por su intercesión había de conseguir la salud que tanto deseaba. Hízose llevar en una silla, a la Iglesia al tiempo que estaban en los oficios del entierro. Llegó y con ayuda de los que la llevaban, le besó los pies, y puso parte del hábito, que colgaba por un lado del féretro, su cabeza, estándose así mucho rato, porque sentía interior gozo y consuelo. Al acabarse los oficios y llevar el cuerpo a la sepultura, buscaba la buena mujer sus cargadores, porque no la atropellase la gente que cargaba, y no llegando tan aína, hizo diligencia por levantarse, y la logró tan felizmente a vista de todos, que por sus pies siguió el cuerpo hasta el lugar de la sepultura con la demás gente, publicando el suceso, y de allí fué sana a su casa, alabando a Dios, y vivió sin aquel tan habitual achaque muchos años.

El P. Fr. Pedro Ordóñez, religioso ejemplar y docto, refirió que viniendo él de una limosna fuera de la Ciudad Real de Chiapa, encontrando con un caballero de ella, llamado Pedro Ortíz de Velasco, le preguntó si había algo de nuevo en la ciudad, a que respondió que era muerto el V. P. Fr. Juan de Orduña, y cómo en ella se decía que había obrado Dios muchas maravillas en su muerte y entierro. Entre las cuales refirió, que teniendo él en su casa una enferma que había días estaba desahuciada, hallándose él en el entierro del bendito varón, y no habiendo tenido dicha de conseguir alguna reliquia suya; viendo que llegaban todos a tocar rosarios y paños, hizo él lo mismo, y cogiendo un tocador, que acaso halló en la faltriquera, se lo puso al difunto en los pies, mientras se cantó la misa, hasta que llevándolo a enterrar se lo quitó, y fué a su casa, atóselo en la cabeza a la enferma, y luego volvió en sí (que estaba ya agonizando) y dijo algunas palabras que no se acordó el declarante para poderlas decir, más de que claramente dió la mujer a entender que N. Señor, por intercesión del P. Fr. Juan de Orduña, le había restituido a la vida y dádole salud. Y que ésta y otras muchas cosas oiría en la ciudad, para alabar a Dios, como con efecto así fué.

Con estas aclamaciones se hizo el entierro del varón ejemplarísimo, y tan numeroso concurso, que apenas daban lugar a los oficios divinos y de piedad que en semejantes ocasiones se hacen. Finalmente quedó sepultado el venerable varón Fr. Juan de Orduña en la iglesia del convento de N. P. S. Antonio de dicha Ciudad Real de Chiapa, y dura hasta estos tiempos su memoria en la estimación de todos, y aun hay algunos retratos suyos que son de grande consuelo a todos.

Uno de los cuales tenía una mujer de Ciudad Real, llamada María de la Paz. Viólo un religioso que tenía muy buenas noticias de la virtud del P. Fr. Juan de Orduña, y por que se conservase mejor su memoria, pareciéndole lugar más a proposito en el convento, que no en una casa particular donde faltando el dueño, se pudiese perder, se lo pidió a la señora, aunque con dolor suyo lo dió. Pusiéronlo en una pared del claustro del convento, a la subida de una escalera, por ser lugar común en donde todos tuviesen el ejemplar para la imitación. Había sembrado años antes que muriese el P. Fr. Juan de Orduña, en el claustro, tres naranjos, y nunca crecieron altos, ni llegaron a más altor que de una vara poco más, porque, como es tierra tan fría, la de la ciudad Real de Chiapa, jamás se ha podido conseguir éste ni otros árboles que piden tierra templada. Acaso puesto el retrato del venerable varón, vino a estar enfrente del uno de los tres naranjos, y siendo así que había cosa de treinta años, que los había sembrado el P. Fr. Juan, todos a un tiempo, y que todos ellos no habían crecido más de una vara, desde que fué puesto el retrato, el que vino a estar enfrente, fué creciendo, con admiración de todos, hasta superiorizarse al alero del tejado, cubriéndose de azahar y naranjas, aunque pequeñas hasta estos tiempos, que ha cosa de ochenta años, tan maravilloso fué para todos, y es y será, el haber crecido,pobládose de hojas y flores y redundado en frutos el naranjo, como reconociendo en el retrato el beneficio de quien le plantó, y pregonando su santidad cuando no tiene riesgo de declinar, que continuamente lo despojan todos para llevar las hojas por medicinales, y como benditas; siendo en Chiapa el antídoto y sánalotodo las hojas del V. P. Fr. Juan de Orduña, que dando continuos frutos, goza gajes del árbol de la vida: *per singulos menses redens fructus suos, et folia eius ad sanitatem gentium.*

CAPITULO DECIMOQUINTO

De la conversión de algunas personas de calidad, que en estos tiempos llamó Dios a la Religión de N. P. S. Francisco en esta provincia con mucha edificación del siglo

---

Por estos tiempos fue llamado a la religión D. Pedro de Castañeda, canónigo que era de la santa Iglesia de Chiapa, hombre de grande estimación por su nobleza y aseo, criado entre caballeros entendidos, docto y no muy aplicado a la devoción de religiosos franciscanos. Era tan esquivo para con los

del convento de N. P. S. Antonio de Ciudad Real de Chiapa, que muy raras veces iba a él, ni religiosos a su casa, si bien con motivos interiores que él mismo confesaba no penetrar, daba limosna siempre que se pedía para el convento, y aunque de corazón era devoto de nuestro santísimo Patriarca, solía sentir mal de los sermones, cuando oía en ellos algunas alabanzas del santo, a su parecer hiperbólicas, y en este punto era notado de indevoto. Era gran canonista, muy lucido predicador, preciábase de eso y de dar a estimar mucho su persona, y a esta causa poco comunicable. Sucedió pues, que una noche, o entre sueños, o despierto, le vino vehementísimo deseo de ir a decir misa a S. Francisco a su altar en el convento de Chiapa. Hízolo así, y con especial discreción, habiéndose reconciliado con el Guardián y éste ofrecídole con la atención debida el convento, entreteniéndole algun rato de la mañana, con edificación suya. Fué el buen canónigo a su casa rumiando en su corazón, lo que este le acusaba de ingrato a vista de los humildes cortejos del religioso. Todo lo restante de la mañana hasta la hora de comer pasó en esta consideración, sin poder apartar de sí a S. Francisco y a sus frailes. Hízose hora de comer, y puesto a la mesa y aun sin haber suministrádose segundo plato en ella, le tiraron a la mesa con una piedra pequeña, que como le cogió de improviso le asustó, y aunque hicieron diligencia los criados por saber quién fuese el que tiró, no hallaron quién, ni por donde. Prosiguió en la comida y a poco rato tiraron con otra piedra mayor, que no sólo hizo estrépito en la mesa, sino estrago en algún vaso; levantose de ella, más admirado que enojado, salió con toda prisa al patio de su casa y con él toda la gente de ella, a ver por todas partes de dónde venían los tiros, presumiendo que era duende, o cosa mala quien le inquietaba.

Apenas se hallaron fuera, cuando se vino abajo toda la casa de romanía, escapando los que en ella vivían tan ajustadamente, que para librar la vida, no les sobró un solo instante de tiempo. Al punto le vino al corazón S. Francisco, y el nombre suyo a la boca, implorando su patrocinio, y de allí como estaba se fué corriendo al convento a rendir las gracias, conociendo (como él dijo muchas veces) con evidencia en su interior, ser S. Francisco el que le había librado, y efecto de la extraña devoción que aquel día había tenido, el socorro. Propuso y determinó consigo mismo vestir el hábito, de quien como tan verdadero padre le había patrocinado, aún cuando él no le era muy devoto. Vínose a Guatemala a pedir el hábito, confesando todo el hecho llana y sencillamente, manifestando con tiernísimos afectos, los que tenía ya de amantísimo hijo de S. Francísco. Era Provincial a la sazón el V. P. Fr. Alonso de Padilla, quien como hombre espiritual conoció ser vocación del cielo, la que al buen canónigo traía a la religión, y se le vistió el hábito de ella, con grande ejemplo de todo el reino, y concurso de lo más noble de esta ciudad, y la de Chiapa, a los 14 de noviembre del año de 1625, de mano del santo y docto religioso Fr. José de Gabaldá, que era Guardián de este convento, quien tomando por tema las palabras de David: *Haec mutatio dexterae Excelsi,* levantó tales consideraciones que acabó de abrasar el corazón del noble convertido en ardores seráficos.

Procedió en el año del noviciado, y después todo el tiempo que vivió en la religión, con grande ejemplo y edificación de cuantos le conocieron, porque veían que el que en el siglo se trataba con excesivo y costoso lucimiento de sedas y criados, ya procedía con tanta humildad en la religión, que jamás permitió tener quien le sirviese en una poca de agua, bajando él mismo con su brasero a la cocina, y haciendo otros actos de rendimiento, teniéndose por indigno del sayal que le cubría. El que afuera era tan regalón, que pasaba a nota de desperdicio su mesa, ya en la religión era su vivir la abstinencia. El que en el siglo anhelaba ambicioso ascensos y comodidades temporales, tan aficionado ya al retiro, tan desnudo, no sólo en lo material sino en lo espiritual de todas conveniencias, que la mayor que apetecía era servir y trabajar en cuanto le fuera posible, sirviendo a la religión. El que había sido tan tibio en la devoción de S. Francisco y sus frailes, hecho ya un hijo tan amante y agradecido a su Seráfico Padre, y tan caritativo con sus hermanos, que no cesaba de confundirse refiriendo la suavidad celestial con que le redujo a su casa y familia N. Seráfico Padre, tomando frecuentemente motivos para encomiar su patrocinio, ni menos en asistir cuanto le era posible, al servicio de sus hermanos, mostrándose siempre pronto al consuelo de todos, ya visitando y confortando a los enfermos, ya en colaciones espirituales exhortando a todos al cumplimiento de sus obligaciones, y a vivir agradecidos al favor grande que Dios les había hecho de llamarlos a la casa del Seráfico Patriarca: *Ut per bona opera* (decía) *certam vestram vocationem, et electionem faciatis.*

Perseveró él en su vocación, ocupando algunos puestos en la provincia, sirviéndola varias veces en los pulpitos con grandes lucimientos, crédito de la religión y buen espíritu, discreto en virtud, juicioso en sus razones y caritativo en sus obras, como quien había abierto los ojos con tiempo, y sabido apartarse de lo que le podía ser estorbo, reconociendo los disimulados engaños del mundo, agradecido de los singulares favores de Dios, aprendiendo o vivir bien, para morir bien.

Otro noble varón fué llamado de Dios por estos tiempos a la religión seráfica, que fué don Marcos de Paz y Quiñones, de la ilustre familia de los Paces y Quiñones de Guatemala, clérigo presbítero, beneficiado, que era de los Ateos. Fué este caballero noble en su nacimiento, estudioso en sus ejercicios y virtuoso en su conversación, tánto, que a vueltas de las ocupaciones de su curato, empleaba muchas horas en la oración. Era reputado por amante del retiro, casto en sus costumbres, caritativo en sus obras, y finalmente por hombre bendito. Vivía en su corazón radicada la devoción y afecto que su noble y generosa prosapia ha tenido siempre al hábito de S. Francisco, y deseaba cordialmente el vestirle, aunque por algunos respectos no le recibió cuando niño. Habíase criado en el convento por la cercanía, devoción y dependencia de religiosos deudos y parientes suyos, que nunca han faltado en esta provincia. Siendo beneficiado, todo su conato y pensamiento era S. Francisco, suspirando por anumerarse con sus dichosos hijos, *Unam petii a Domino* (decía) *hanc requiram ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitae meae.* Así lo decía frecuentemente a los religiosos que iban a pedir limosna en su curato, agasajándolos y acariciándolos con grande ternura y

afecto. Llegóse el tiempo que tenía Dios decretado, y se resolvió a renunciar el beneficio, vestir el hábito de N. P. S. Francisco y profesar su regla, con deseos de borrar en sí todo lo que pudiera ser resabio de mundana nobleza, y así se puso por nombre en la profesión Fr. Diego de S. Antonio, por la mucha devoción que a estos dos santos tenía, tomándolos por patronos, y procurando imitar sus virtudes. Hizo profesión en manos del R. P. Fr. Alonso de Padilla, siendo Guardián de esta casa, a 24 de julio de 1614, habiendo obtenido la licencia del M. R. P. Fr. Pedro de Sotomayor, que era Provincial.

Era gran latino, por cuya causa luego que profesó le hicieron preceptor de Gramática, aunque él era tan humilde y de tal recogimiento, que pidió por favor a los Prelados le dejasen en el noviciado debajo la mano del Maestro de Novicios, para que le instruyese en la regular disciplina. Aprovechó tánto en ella, que andando años fue Maestro de Novicios de los más observantes y religiosos que ha tenido esta provincia, enseñándoles con grande caridad y paciencia, las buenas costumbres que aprendió él con tan buen espíritu, haciendo que fuesen sus novicios y coristas frecuentes en la oración, y que unos a otros se hiciesen pláticas espirituales, a fin de que no solo se cultivasen en el espíritu, sino que se adiestrasen para cuando hubiesen de ejercitar el ministerio de la predicación evengélica.

En este ejercicio fue el varón religioso muy oficioso, en que trabajó siempre con deseo de la salvación de las almas. Fue muy humilde de corazón, viviendo con tanto temor de sí mismo, que jamás hizo cosa en público que no confiriese primero con los que tenía por maestros y mayores. Sirvió también en los pueblos de los indios con mucho ejemplo y aprovechamiento de ellos, continuando en la ejemplar vida, que siguió por veinticinco años en la religión. Finalmente, en el oficio de Maestro de Novicios acabó la vida en pié, y con su hábito en celda de los maestros, a 31 de diciembre de 1638. El achaque fué una apostema que le mortificó muchos días, y le ejercitó en grande tolerancia, sin dejar de seguir en cuanto podía la vida común. Pidió el viático aquella tarde, y continuándose la fatiga y color que padecía, habiéndole dado la extremaunción, cogió un santo cristo en la siniestra mano, y dándose muchos golpes en los pechos con la otra, repitiendo las palabras del publicano: *Deus propitius esto mihi peccatori,* a poco rato con grande tranquilidad dió su alma a Dios con mucha edificación de todos. Al amortajarle lo hallaron cargado de cilicios, y una cadena de hierro, quedando su nombre en la estimación de todos, por de varón ejemplar, y que pudiera hacer coro y clase con los más observantes que ha tenido esta santa provincia.

Por estos tiempos llamó Dios a la religión, al estado de religioso lego a Juan Rajo, español, gallego de nación. Este tenía por ejercicio y trato el rescate de tinta añil en la provincia de S. Miguel. Embarcóse en el río de Lempa con otros dos comerciantes amigos suyos. Era tiempo de aguas, y yendo en la mitad del río la barca o canoa, sobrevino una creciente que sin poder remediarlo fué llevada de los impetuosos raudales hasta el mar del Sur, donde se vieron en evidente peligro de la vida. Mas Dios, como misericordioso, cuando estaba más desesperado el remedio, permitió que tomasen tierra, a tiempo que el uno de los dos compañeros a fuerza del temporal había

muerto en la canoa. Causóle tal horror a Juan Rajo, ver morir sin confesión a su compañero, que hizo voto de ser religioso lego de N. P. S. Francisco, si Dios de aquel peligro le libraba.

Luego que se vió en tierra revalidó su propósito, dando de mano a las conveniencias del siglo, vino con mucha humildad a este convento de Nuestro Padre San Francisco de Guatemala, a pedir el hábito, siendo ya de cincuenta años de edad. Hicieron los prelados las experiencias, que vieron convenir, de su espíritu, y viendo que perseveraba constante y que sería de mucha edificación al siglo, por ser hombre acreditado, le dieron el hábito para religioso lego, en cuyo estado tuvo las ocupaciones de portero, enfermero y refitolero, los cuales ejercitó con grande caridad y edificación de todos, siendo reputado por muy observante de la Regla, como desengañado del mundo, y que solo vino a buscar a Dios a la religión en donde le halló, y sirvió muchos años, hasta que fué su Majestad servido de llamarle.

CAPITULO DECIMOSEXTO

De la vida del religioso P. Fray Gabriel Ponce, que floreció en este santo convento con opinión de grande espíritu y virtud, en el humilde estado de lego

---

Fué el P. Fr. Gabriel Ponce natural de la ciudad de Córdoba, de tan noble prosapia como su apellido manifiesta, pero su mayor nobleza la adquirió en los ejercicios de humildad en el estado de religioso lego de S. Francisco, cuyo hábito recibió en el convento de N. P. S. Francisco de Córdoba de la provincia de Granada el año de 1604. Pasó el año de la probación, y los otros que vivió en aquella S. provincia con mucha edificación de los religiosos, por las virtudes que en él veían resplandecer, que aunque su humildad las procuraba ocultar, la luz y claridad de las buenas obras hacían que se dejasen conocer de los observantísimos religiosos de aquel convento. Habiendo vivido en él algunos años, tocándole Dios para servirse de él en las Indias, pasó en misión a esta provincia de Guatemala, entre otros muy observantes religiosos (de algunos de los cuales iré haciendo número) el año del Señor de 1618. En la embarcación sirvió con grande caridad a los religiosos, tánto, que aun a vista de algunos muy ejemplares, así sacerdotes como de su estado, sobresalía el Hermano Fr. Gabriel, en la humildad y caridad con todos, ocupando muchos ratos en la contemplación a que con frecuencia se daba. Fué muy señalado también en la devoción a la soberana reina de los Angeles María Señora Nuestra, a quien con tiernísimo afecto amaba desde muy niño, ayunándole los sábados y rezándole todos los días su corona. Prorrumpía en grandes afectos su devoción, cantándole repetidas veces sus alabanzas y Letanías, con alborozo y júbilo de su alma. Especialmente llevaba sus atenciones el misterio de la original pureza de tan celestial Señora. Deseaba las

conversaciones que de este punto solían tratarse entre los religiosos, diciendo muchas veces que solamente en defensa de este misterio le pesaba no ser del estado del coro, para poder estudiar y defender la opinión piadosa, rubricando con su misma sangre su sentir. Como los religiosos conocían su fervor, por oirle hablar con tan afectuosas ponderaciones, solian controvertir la materia hasta llegar en alguna ocasión a estado, que algunos de la contraria opinión, manifestaron enfado, y aún llegó a algún rompimiento la controversia. Quisiera Fr. Gabriel que hubiera sido tal que pusieran en él las manos, y le dieran de coces y puñadas, deseando él recibirlas, y otros muchos oprobios en gloria de nuestra Señora.

Pagóle bien a él y a los demás religiosos la madre de Dios, su afectuosa devoción, porque navegando del Golfo de las Yeguas en demanda de tierra con otra nao, que venía en conserva y bien surtida, y con otra misión de religiosos de otra Orden, ya cercanos de tierra, se levantó una tormenta tan furiosa, que en ambas embarcaciones fué necesario arriar las velas, y a árbol seco procurar librar las vidas. El peligro fué tan grande, y tan fatal el riesgo, que la otra nao se fue a pique, sin que de ella escapase persona alguna. El navío en que venía la misión de religiosos franciscanos corriera el mismo detrimento a no embarcarse todos en la lancha escapando de la muerte, y viendo por sus mismos ojos que se fue a pique la nao en que venían, a poco rato que la desocuparon. En conflicto tan terrible, y a vista de tanto riesgo, donde todo era turbación, y todo sustos, el devoto Fr. Gabriel clamaba con fervorosas voces a la virgen María nuestra Señora, implorando por el misterio de su Concepción purísima, su patrocinio. Fué caso raro, que le apareció la soberana Reina de cielos y tierra en especie visible, con indecible hermosura, asociada de celestiales espíritus, y le alentó para que no temiese, asegurándole que ninguno de los que en la lancha venían peligraría en el naufragio. Y fué así, que arribando todos a tierra, y estando asegurados de la vida, la lancha se abrió he hizo pedazos, conociendo todos el milagroso socorro que habían tenido de la Emperatriz Soberana.

Escribieron a Guatemala lo sucedido, y en hacimiento de gracias se hizo un novenario solemne a Nuestra Señora, de que trataremos escribiendo la vida del devoto provincial Fray Diego de Fuenllana. (1)

Esta maravilla que luego se divulgó en la ciudad, fué el preludio para que se hiciese en esta provincia el concepto que se debía de la virtud del religioso P. Fr. Gabriel Ponce y de sus compañeros, tanto que cuando llegaron a Guatemala llamaban a los de esta barcada los benditos. Era Fr. Gabriel hombre de sencillo natural, de aquellos de quienes se dice que tienen el corazón en las manos; era para todos caritativo, que no sólo procuraba hacer bien a quien le buscaba necesitado, sino que buscaba él a quien servir, y en quien ejercitar su misericordiosa inclinación. Era cándido y sin malicia, tanto que más parecía declinar a la parte de simple, que de malicioso, mas no era en él simplicidad afectada, ni falta de inteligencia, sino una bondad nativa de que Dios le dotó, para juzgarse a sí mismo inferior a todos, y a los demás por merecedores de toda estimación, y que él les sirviese. Tan amigo era de

(1) Al capítulo XXIV.

la caridad y paz, que la que gozaba su espíritu, deseaba comunicar a todos como sucedió varias veces, que sabiendo el pacífico religioso que había algún disgusto entre algunas personas o en alguna familia, como si le hubiese Dios traído para iris de paz a esta tierra, salía en busca de los discordes, y con tal sagacidad los unía, que parecía le había dado Dios imperio sobre las voluntades de todos. Eran sus palabras tan llenas del amor de Dios, que encendían en cariñosas las aguas de las contradicciones, manifestando el cielo el sobrenatural don con que había adornado a su alma, comunicándole como a verdadero hijo de S. Francisco esta gracia, que con tanta excelencia relució en Nuestro Seráfico Patriarca.

Siempre sus pleitos eran por tener que dar a todos, y mostrarse obsequioso con los pobres. Sobre todo solía enojarse con los ricos con tan gracioso modo, que los edificaba y les sacaba cuanto podía para socorrer a los necesitados, diciéndoles y haciéndoles saber que eran mayordomos de Dios y depositarios de los bienes de los pobres, y no dueños de la hacienda que manejaban; y que los pobres eran los que a los ricos libraban del infierno, como ellos quisieran librarse. Con estas y semejantes palabras, no sólo los hacía de avaros, caritativos, sino muchas veces de distraídos, devotos. Todo su vivir era una continuada alegría, y al paso que más se mortificaba, traía el semblante siempre y su exterior como de un ángel, y en boca y en el corazón *in terra pax.* No parecía que podía caber en él, por ningún acontecimiento, pena o melancolía, ni había trabajo que le causase tristeza, ni placer que le inmutase de la serenidad en que siempre perseveró. Decía frecuentemente que no había otro trabajo que el pecado mortal, ní otro mal que el condenarse, y que así no había de haber hombre en quien cupiese tristeza, sino en quien estaba en pecado; aborrecía a los que veía que siendo en el exterior penitentes, y afectando tristezas, tenían el interior placentero en los negocios del mundo, como hijos de este siglo, penetrando muchas veces su interior les solía decir que trocasen los vestidos, la mortificación hacia dentro y en lo exterior la alegría, que todo se componía con la pureza del alma y trato familiar con Dios.

Cuando iba por las calles le rodeaban a porfía, a besarle las manos y el hábito, niños y viejos, y con todos se paraba aunque fuese un niño, explicábales las indulgencias que ganaban con ella, y con esta devoción atraía a todos, a que amasen y venerasen el hábito de N. P. S. Francisco, con tal sagacidad, que jamás vieron en él impaciencia o turbación, sino mucha benignidad con todos, conociendo la gracia de Dios que en él residía. Dicha es ésta que como privilegio concede la divina Majestad no a todos los varones santos, sino a algunos solamente; porque vemos que hay muchos que siendo ejemplares y caritativos no se les inclinan los que no lo son, sino que antes se retiran de ellos, o amedrentados o poco confiados. Otros virtuosos hay que sin artificio alguno, no sólo componen a los demás, sino que atraen las voluntades de todos a que los busquen y sigan, queriendo Dios que en unos mueva la facilidad y en otros cause compunción lo esquivez.

Hicieron portero de este convento al P. Fr. Gabriel, oficio [1] que ejercitó muchos años, con tanto extensión de su caritativo afecto, que no solo se contentaba con repartir a los pobres lo que comúnmente se da en la por-

(1) Falta en la edición de 1716.

tería, sino que andaba por las celdas, pidiendo limosna para sus pobres, agregando cuantos mendrugos de pan podía, tablillas de chocolate y otras cosas, que no solo pedía sino que tal vez hurtaba a quien le parecía no tener mucha necesidad. Cogiéronlo algunas veces en estos hurtos algunos religiosos, de que se holgaba mucho el caritativo padre, y aunque a veces disponían el ejercitar su paciencia y probar su caridad, siempre salía victorioso Fr. Gabriel, respondiendo a los fingidos enojos de algunos religiosos, con tanta alegría, donaire y risa, que conseguía sus intentos y dejaba edificados a todos. De propósito hubo religiosos que dejasen sobre la mesa en sus celdas alguna cosa, o regalillos que solían enviarles sus bienhechores, a la hora que sabían había de venir el portero al saco. Entraba alegre cantando, *in terra pax,* y cogiendo lo que hallaba, daban con él, llamábanle de ladrón, reíalo mucho; celebrábanlo los siervos de Dios, y bajaba consolado a su portería Fr. Gabriel, teniendo que dar a sus pobres.

Ninguno llegaba, que volviese sin consuelo; si venían juntos, hacía que hincados de rodillas rezasen las oraciones, puesto con ellos él, contándoles ejemplos, y dándoles como verdadero discípulo de Cristo, no sólo el pasto temporal, sino el espiritual. Para más mortificarse repartía lo que en las bateas sacaba para los pobres, puesto de rodillas contemplando en aquella acción al mismo Dios disfrazado en ellos, por cuyo amor les socorría.

Cuando llegaba alguna persona en busca de confesor, con celo de que no se le fuera aquella alma, y perdiera la ocasión de confesarse, si era hombre lo cogía de la mano y lo traía de celda en celda, hasta llegar a ponerlo a los pies del confesor, rogando con grande caridad a los padres socorriesen aquella necesidad, y si era mujer, dejando en su lugar a otro religioso que la entretuviese, contándole algún ejemplo o dándole instrucción para que examinase su conciencia, la entraba en la Iglesia y cerraba la puerta, haciendo que esperase hasta que él bajaba con el confesor. No se averiguó que persona alguna buscase, en el tiempo que fué portero Fr. Gabriel, la segura tabla de este sacramento después del naufragio, a quien no diese el consuelo de que tuviese confesor; porque como siempre en este convento (por la misericordia de Dios) no han faltado religiosos expertos y veteranos que toman por amor de Dios este ejercicio; estos eran marchantes de Fr. Gabriel, y su proverbio para hacerlos bajar: *una ovejita tenemos.*

También se ejercitó muchas veces en pedir limosna de pan en esta ciudad, y como era tan amado de todos y la gente es tan piadosa, y sabían cuan bien empleaba Fr. Gabriel la limosna que recogía, allegaba tantos panes, que no sólo las árguenas que él cargaba sino otras que llevaba un muchacho, y a veces también un costal, traía llenos de pan, segregando, de todo, lo más florido para repartir en la enfermería y a los religiosos viejos y necesitados, y si sabía de algunos de la casa del noviciado, que tuviese necesidad, con discretísima cautela les socorría diciéndole al Maestro de Novicios, que los bienhechores enviaban aquel pan para sus novicios y coristas. Y era así, porque el caritativo varón al darle la limosna, solía pedir beneplácito a los que la daban para emplearla en estas necesidades y otras de pobres, que encontraba por las calles, sin defraudar al común lo que pudiera tocarle, porque (como fué opinión corriente) se le multiplicaban los panes de suerte, que parecía cosa

maravillosa, estar dando y no agotarse el número. Los piadosos lo atribuían a milagro, y el siervo de Dios a la mucha caridad y liberalidad de los bienhechores.

Era también el P. Fr. Gabriel muy dado a la mortificación, teniendo todas las noches disciplina debajo del coro, por estar cercano a su portería. Pasaba hasta maitines de rodillas en oración mental y vocal, tan perseverantemente, que cuando murió se halló que tenía hechos grandes callos en ellas, de lo mucho que en aquella devota postura perseveraba. De allí se subía al coro a maitines, sin que se diese caso, en más de veintiséis años que vivió en este convento, que faltase a ellos, ora fuese siendo enfermero, o viviendo como los demás religiosos legos sin oficina. Finalmente fue el espíritu del P. Fr. Gabriel Ponce discreto, oficioso, caritativo y prudente, siendo ejemplar a todos en todas sus acciones, sirviendo a Dios perseverantemente con alegria.

CAPITULO DECIMOSEPTIMO

En que se prosigue la vida y virtudes del P. Fr. Gabriel Ponce, y se dice de los ardientes deseos que tuvo de padecer martirio por la exaltación de la fe

Son tan anexas a la virtud de la caridad como reina, las demás virtudes, que donde aquélla se halla son indispensables sus pedísecuas. De cada una pudiéramos decir que se vió en Fr. Gabriel Ponce, como en su propio lugar y asiento. Túvole en su alma la humildad en grado perfectísimo, encaminando con tanto acierto sus operaciones, que en todas ellas relucía la poca estimación que hacía de sí mismo, y el concepto que tenía de sus hermanos y prójimos, reputándolos por dignos y merecedores de ser servidos. Cuanto le era posible se ejercitaba en asistir a los religiosos, comidiéndose a traerles agua, barrerles las celdas, deseando que todo estuviese indicando limpieza. Madrugaba con la primera luz, pudiendo decir con el profeta *anticipaverunt vigilias oculi mei:* regaba y barría la portería y claustro con toda diligencia, para tener tiempo de subir luego a despertar a prima a los religiosos, antes de rayar el día, teniendo tan medido el tiempo para todo, que jamás hizo falta en lo que era a su cuidado. Volvíase a su portería (cuando servía este oficio) y allí se ponía de rodillas perseverantemente todo el tiempo que no le ocupaba el toque de la campanilla, que como en aquellos tiempos siempre estaba cerrada la portería, era de molestia el levantarse a abrir y ver quién tocaba, aunque es verdad, que como era poca la entrada de seglares en el convento, si no eran personas de calidad y devotos, y había menos trajín que en estos tiempos, no sería para el portero mucho el cuidado, y así con facilidad y sin hacer falta a la portería, se estaba el portero oyendo misas, hincado en la puerta reglar, como lo hicieron los más, y hoy lo hacen los que son bien aplicados.

Como lo era tanto Fr. Gabriel a lo bueno, los ratos que no podía estar corporalmente presente a las misas, por precisa ocupación de su oficio, se ponía de rodillas vuelto el rostro a la parte donde estaba la iglesia, y con el espíritu asistía a todas las misas que se decían, y al sonido de la campanilla adoraba al Señor con profunda humildad y reverencia, y besaba la tierra, como lo hiciera si se hallase ayudando a misa. Los que no penetraban su ingeniosa devoción, lo tenían por sencillez; mas los que conocían los quilates de su espíritu, juzgaban que real y verdaderamente se le hacía patente el santísimo sacramento; y que así como en la cruz, el velo de la humanidad ocultaba la divinidad en Cristo señor nuestro, y en el Sacramento, se cubre en los accidentes de pan, el ser divino y humano, sirviendo las especies de cortinas, celosías o pared (como sobre las tiernas palabras de la Esposa: *En ipse stat post perietem nostrum, respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos,* comentan los expositores) así Fr. Gabriel añadiéndole otro cendal, que eran las materiales paredes, avivaba su fe, encendía su amor, y le espiritualizaba de modo, que penetraba su alma soberanos misterios, sin que fuesen estorbos los multiplicados velos.

Cordialísimamente era devoto y grande venerador del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y en cualquier parte o lugar que se hallase, en oyendo tocar la campana al alzar el sacerdote, ora fuese en el convento, o en la catedral o en otra parte, se arrodillaba aunque fuese en medio de la plaza, y adoraba profundamente a su Dios, y besaba la tierra como si le viera. Si yendo a limosna, veía que llevaban el viático a alguna parte, iba en seguimiento de su divina Majestad, y dejando las árguenas en manos del primero que topaba, entraba en la casa, y si se lo permitían tenía en sus brazos al enfermo ayudándole a encender su corazón en afectos celestiales. Y era tan feliz, que jamás le hurtaron el pan ni le hicieron alguna burla, antes sucedía hallar más número de panes o permutarle por uno, cuatro las personas piadosas a quienes largaba las árguenas. Si era necesario hacía oficio de enfermero, aplicándose con notable caridad a lo que veía que podía hacer, esmerándose con todos sin distinción de pobres o ricos. Muchas cosas le acaecieron en estos empleos, que parecieron milagrosas, cobrando inesperada salud algunos enfermos, atribuyendo a veces al contacto de las manos del P. Fr. Gabriel la sanidad. No hallo evidencia que lo asegure, y sólo lo pongo por noticia del fervor y humildad con que él servía, y del mucho concepto que se hizo de su virtud.

En la de la obediencia fué muy excelente y prontísimo, aunque le mandasen los prelados alguna cosa al parecer imposible o muy difícultosa, jamás replicó ni se le puso inconveniente en poner luego por obra lo que le era mandado. Hicieron con él en orden a esto, grandes experiencias los prelados, mandándole a veces algo, como aquel caso que se dice de la lechuga que mandó sembrar con las hojas enterradas N. P. San Francisco, y experimentaron en él tal negación de la propia voluntad, que hubo vez que fue necesario mandarle por obediencia que no hiciese lo que (por probar su espíritu) le había sido mandado. Era su contínuo decir: *tuerto o derecho, se ha de hacer, lo que nos mandan, los que nos pueden mandar.* Siendo portero, le mandaban ir a limosna o a la huerta, o cocina, y con tanta alegría iba a

lo uno como a lo otro. Tanto fue lo que en esta excelentísima virtud, basa y fundamento de religión resplandeció, que le pusieron por nombre (como N. P. S. Francisco a uno de sus discipulos) Fr. Obediencia. De lo cual el buen religioso se reía, sin que llegase a hacerle fuerza este ni otro algún nombre que le pusieran.

Fué un poco de tiempo sacristán, y era cosa de admiración, el ver el aseo con que tenía la sacristia e iglesia, barriendo, componiendo y limpiando cuanto era a su cuidado, con tanto conato y alegría espiritual. Cuando sacudía los altares cantaba el himno *Gloria in excelsis,* con la ternura que lo hiciera si se hallase en Bethlem, contemplando siempre el soberano misterio del nacimiento de nuestro Salvador. Jamás pasó delante del SS. Sacramento sin hincar las rodillas y besar la tierra, aunque fuese repetidísimas veces (y aún por solo hacerlo así solía repetirlas) ni delante de otro altar, imagen, que no se hincase o hiciese reverencia. Y siendo así que siempre tenía el rostro alegre, risueño y angélico, sólo se ponía severo como enojado, cuando veía que alguna persona se arrimaba a algún altar. Entonces con semblante serio y palabras modestas, decía a cualquier persona que fuese, que allí o acullá tenía lugar, que dejase aquel, que sólo pertenecía a los sacerdotes. Y como con suave violencia motivaba su alegre compostura, amor y respeto, no había quien le replicase, sino que el más encopetado obedecía su precepto, como si un santo se lo mandase.

Insigne fue también en la castidad y pureza, sin que se oyese jamás de su boca palabra alguna que fuese, no deshonesta, pero ni aun jocosa, ociosa o de chanza; comunicaba con todos, hombres y mujeres, que le esperaban (1) por las calles y en las casas, mas con tanto recato, sencillez y honestidad, que se llegó a pensar le hubiese Dios concedido como don sobrenatural la castidad, y extinguido en él el humor libidinoso. Ni le inmutaba el ver mujeres hermosas y ataviadas, como si fuera sujeto negado a los apetitos. Conversaba con las que lo buscaban para pedirle consejos o limosna, como si fuese con sus hermanos los religiosos, dándoles documentos de vivir en gracia de Dios, confesarse bien y ser muy devotas de la Virgen Santísima N. Señora, y de su pureza. Y sin duda como tan devoto suyo, y experimentado de sus favores, aconsejaba los medios, que a él le habían sido tan eficaces, para vivir puro y casto.

Habíanse fomentado en su corazón con este todo de virtudes, los deseos que le sacaron de la santa provincia de Granada para las Indias, que fueron de padecer martirio, si fuese necesario, por la exaltación de la fe. Fervorizáronse más con la atroz muerte que dieron los infieles xicaques a los dichosos padres Fr. Estéban Verdelet y Fr. Juan de Monteagudo el año de 1612, años después llegado a esta provincia el P. Fr. Gabriel; pidió entonces el ir con algunos religiosos sacerdotes que estaban en los mismos deseos; mas como Dios había decretado otra cosa, se les impidió por entonces a él y a los otros este heróico dictamen y fervoroso viaje. Clamaba Fr. Gabriel por conseguirlo, y no cesó de intentarlo en la ocasión que fueron el V. P. Fr. Cristóbal Martínez

(1) Estiraban dice en el de 1716.

y sus compañeros. [1] Mas tampoco hubo lugar, por justos juicios de Dios, que sabe lo que conviene. Martirizaron los indios a los tres VV. religiosos el año de 1623 (como en el libro 5º diremos) y se encendió tanto el espíritu de Fr. Gabriel a seguirlos, que con lágrimas nacidas de su ardiente corazón, pidió licencia él y el V. Fr. Francisco Gómez, y otros de su espíritu para esta jornada, aun con mayores instancias que la vez primera. No pudo conseguirla Fr. Francisco Gómez por no haber en la ocasión religioso práctico como él, que fuese enfermero, y haber enfermos de cuidado, consolándole el provincial como a varón tan espiritual, con representarle el martirio que tenía en lidiar y ejercitar la caridad con los enfermos. Y aun poniéndole en escrúpulo el dejarlos, pues por la Regla estaba obligado a servirlos, y más siendo el venerable religioso tan a propósito.

Fr. Gabriel consiguió la licencia para ir sirviendo a dos religiosos sacerdotes (cuyos nombres ignoro) a proseguir las conversiones de la Taguzgalpa, y procurar restaurar las poblaciones y cristianismo, que habían zanjado los VV. Mártires. Salieron con las disposiciones espirituales que se deja considerar, como quienes iban a tan manifiesto peligro, y habían de hallar aun fresca la vertida sangre de sus hermanos en aquellas incultas tierras, y comenzaron su jornada el año de 1626. Llegaron a Trujillo, deseada escala para el término de su peregrinación, y hallaron toda aquella región tan apestada, y tánta mortandad, que imposibilitado totalmente el viaje, se vieron necesitados a desistir de lo emprendido por aquella parte. Tuvieron noticia de que en aquella cordillera y costa del Norte, desde Trujillo, Olancho, río de Ulúa y S. Pedro, había muchas naciones de indios infieles deseosos de recibir la fe, según que los que les informaron tenían noticias; y que cerca del Golfo Dulce y Amatique había poblada la nación de indios Toqueguas, enfrentando con la Guanaxa, y que hacia el poniente, entre el Golfo y Yucatán, había muchísimos indios infieles, Lacandones, Acaláes, Mancheés, Concachis, Tirumpíes, Bacalares y Taizaes, que componían otras nuevas Indias, confinantes unas naciones con otras, y que los Taizaes (como se dice por relaciones ciertas) tenían una isla en medio de una laguna, y en ella un suntuosísimo adoratorio de ídolos, y que era corte formada como reino aparte del Taiza, y tenían un fuerte castillo torreado, fundado sobre bóvedas de mucho arte y fábrica, que parecía de romanos (lo cual por relación jurada se supo algunos años con distinción y claridad, entrando a ellos el hermano Fr. Francisco Chacón (de quien diré en el libro 5º). [2] Estas noticias, y los buenos deseos de los religiosos, les hicieron emprender tan árduo, peligroso y trabajosísimo viaje.

Las angustias, penalidades, aflicciones y peligros que toleraron por ríos, ciénagas, montes y despoblados, ya por agua en canoas, ya en tierra a pie, hambrientos y desnudos, podemos entender fue dilatado martirio, y aún duplicado para el fervoroso y caritativo impulso de Fr. Gabriel y los otros dos religiosos, que no sólo padecían por la dilatación de la fe, trabajos, mo-

(1) De el martirio de estos he encontrado relación de los mismos que trajeron sus cuerpos.

(2) Como se ve es Petén-Itzá.

lestias y fatigas de caminos y asperezas, oprobios de aquellas montaraces y bárbaras gentes como muerte civil, tormento dilatado y prolijo martirio, sino el más acervo de sus encendidos deseos de dar por esta demanda la vida, que de aquellos tres mancebos felices, que el bárbaro Nabucodonosor hizo echar aherrojados en el horno encendido, que dijo con exclamación misteriosa Tertuliano: *Oh! martyrium et sine passione perfectum. Satis passi, satis exusti sunt* (Tertul. Advers. Gnost. cap. 9) enseñando que aún sin dar la vida se perfecciona con los deseos el martirio; porque si el darla gloriosamente a rigores del incendio era pretensión del ansia de aquellos generosos y esforzados jóvenes, verse sin la consecución de esta gloria era congojoso martirio, cruel torcedor y acerva pasión, al paso que el padecer la deseada muerte, fuera gozo, alegría y júbilo.

Después de muchos trabajos, peregrinaciones, hambres y penalidades, viendo que no hallaban entrada, ni el más leve resquicio para ella, y que el tiempo infructuosamente se perdía; se volvieron a este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, concediendo N. Señor al P. Fr. Gabriel, el martirio de deseo (noble linaje de padecer) que concedió a Ntro. SS. patriarca, al divino portugués S. Antonio de Padua, y al humildísimo S. Diego; pues en materias de amor, más hace quien vive expuesto a la muerte y deseoso de dar la vida, que quien valerosamente pasa por los filos de la Parca.

CAPITULO DECIMOCTAVO

De la muerte, entierro y sepultura del V. P. Fr. Gabriel Ponce, y se escriben algunas cosas de muchas con que Dios Ntro. Señor acreditó para con hombres sus virtudes

Vuelto a Guatemala el P. Fr. Gabriel, y conociendo por las diligencias que había hecho, que no era de los escogidos de Dios para el martirio, trató con mayor aplicación, espíritu y fervor de seguir la senda de los confesores de Jesucristo por los dilatados pasos de la mortificación, y ejercicio de las virtudes. Ninguna hubo, en que no se ejercitase en este santo convento, con el mismo estilo, aceptación y ejemplo que antes, si bien hallaba en sí una mutación extraña, porque la continuada alegría con que había pasado, casi cincuenta años de su carrera en esta vida mortal; [1] o con la edad o mucha contemplación y deseos de padecer por Dios, eran contínuas en él las lágrimas, aunque con tal discreción, que no viviendo alegre, no estaba triste ni causaba a los que le veían aflicción ni pena. Ejercitábase con prontísimo rendimiento en cuanto le era mandado, proseguía en sus ejercicios, ya apeteciendo la soledad de la huerta, ya asistiendo en la portería, o ya habiendo de pedir limosnas y acompañar religiosos, o de suplir después de muerto el V. Fr.

(1) Aquí parece falta algo en la edición de 1716.

Francisco Gómez en la enfermería; portándose en todo con tanta igualdad y perseverancia, que a todos era ejemplo, a todos procuraba servir, sin tener instante de tiempo que no tuviese ocupado en alguna cosa del bien de su alma o de sus prójimos.

En estos procedimientos y ejercicios pasaba el venerable varón, dando a veces muchos suspiros y muy tiernos, invocando el nombre SS. de Jesús, que en corazón y en la boca tenía lleno de paz y tranquilidad espiritual, comulgando frecuentísimamente, cuando le llamó Dios por interposición de una fiebre, que no pareciendo mortífera, fué dejando que se arraigase, y cuando se acudió con las medicinas, llegaron tarde. Y como se allegaba esto a su vivir tan mortificado y desprendido de conveniencia, que jamás tuvo su cuerpo otra cama, que un escaño, o silla, o tarima de la celda de algún enfermo, destroncado ya, la primera quiebra de salud fué fatal. Conocido el peligro, se le dieron los sacramentos, que recibió con grande edificación y ejemplo de la comunidad, pidiendo humildemente perdón a todos, y al Guardián le concediese hábito y sepultura de limosna, como se usa en la religión. Era Guardián de este convento el memorable P. Fr. Andrés Bernat, quien ayudándole en aquella acción humilde, le concedió lo que pedía, no haciendo diferencia de él a otro religioso, porque el demonio no asaltase su constancia con algún estímulo de vanagloria, viendo que era tan estimado. Puso notable cuidado el Guardián en que no le entrara de fuera persona alguna de los republicanos de esta ciudad, que deseaban verle, dejándolo con la asistencia ordinaria de religiosos que le hablasen al alma. Y él en una suspensión suave que le duró algunas horas, no hacía mas que arquear las cejas, como admirándose. Preguntóle el confesor el motivo que tenía para aquella acción, y respondió solamente: *¡Cuán bueno es Dios!* Continuóse esta abstracción hasta faltarle los sentidos, y que no se podía percibir lo que profería aunque le veían mover los labios. Llegóse la hora, y tocando a comunidad, cantándole el Credo, al entonar el cántico de Simeón: *Nunc dimitis servum tuum &.,* dió su alma a Dios en este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, un sábado en el mes de noviembre del año del señor de 1636.

Luego que se supo en la ciudad su muerte, ocurrió tanta gente a verle, y fue tan llorada y lamentada en el siglo, que en muchos años no se enjugaron las lágrimas en las personas devotas que le conocieron, (que fué toda la ciudad) porque como era tan grande bienhechor de todos, afable, cariñoso y ejemplar, todos le echaban menos, y así acudió el dia de su entierro toda la ciudad en ambos sexos a esta iglesia, haciendo demostraciones de grande sentimiento y mucha veneración. Y siendo así que no acostumbraba la Real Audiencia asistir, sino es, convidados los señores de ella en la muerte de algún religioso grave, vinieron aquel día, sin ser convidados sus señorías, asistieron a su entierro, cargaron su cuerpo los señores Oidores, teniéndose por muy dichosos de besarle los piés, y al ejemplo de personas tan principales, hicieron lo mismo cuantas en el concurso se hallaron. Fuele dada sepultura en el presbiterio, en la bóveda que está al lado de la Epístola, porque aunque pidió la ciudad se hiciese un cóncavo en la pared para depositarle; el Guardián como serio y juicioso, no quiso singularizarle diciendo que otros tan buenos como el P. Fr. Gabriel tenían en aquel lugar sus cenizas.

Después de dos años y tres meses que estaba enterrado aqueste buen religioso ,habiendo muerto otro, y cavando para darle sepultura en el mismo lugar que había sido enterrado Fr. Gabriel, hallaron su cuerpo aunque consumido, entero en la armazón, y con una singularidad peregrina, y fué que el brazo y mano derecha estaba entero, e incurrupto, habiendo pasado lo restante del cuerpo por la jurisdicción de la huesa. El R. P. Fr. Diego de Ocaña (sujeto benemérito por sus excelentes prendas, y Provincial que fue después de esta provincia) que a la sazón era morador de este convento, bajó a la bóveda por curiosidad, o por afecto, al tiempo que sucedió el descubrimiento del cuerpo del P. Fr. Gabriel, y se notó la incorrupción de la mano y brazo, y con fervor religioso para la edificación de los que estaban en la iglesia, levantó en alto el brazo, enseñándolo a todos, y diciendo: *Vean esta cuchara e instrumento de la caridad, con que tantas veces repartió a los pobres el sustento el P. Fr. Gabriel, que le ha conservado Dios para ejemplo de todos, alentando a los caritativos, y predicando esta virtud a los que no lo son.* Indicio por cierto de cuán aceptas fueron a Dios las limosnas y obras caritativas del V. P. Fr. Gabriel, y favor que a muchos que ejercitan esta virtud ha concedido la majestad divina, y aún el vulgo de los discretos observa, que persona caritativa, aun después de haber fallecido, tiene las manos tratables y suaves, y al contrario los que no lo son. San Diego después de muerto mostró su mano fuera de la sepultura y sacó el brazo para dar una rosa de limosna a un necesitado. Quien permitió aquesta maravilla, poderoso es para la otra y muchas más y mayores, y con altísima providencia, según tiempos y ocasiones las permite, para ejemplo y enseñanza de los hombres.

Otra no menos grave juró y testificó el muy religioso P. Fr. José de Valenzuela (que habrá treinta años murió) religioso anciano, grave y de mucho talento, que supo siendo procurador general de esta provincia, y morador de este convento de Guatemala. Había un hombre en esta ciudad llamado Baltasar de Vela, gran devoto de la religión, tánto que mientras vivió, todos los días de la limpia Concepcion de Nra. Señora daba de comer a los religiosos, de N. P. S. Francisco, y otros enviaba pan para todos en el refectorio, y privativamente a los enfermos y viejos. Llegó a estarlo tanto, y tan impedido el bienhechor, que cegó de ambos ojos, mas con todo eso él mismo hacía viaje a la costa a la de mucho trabajo, para traer pescado, y agenciar medios para celebrar su fiesta. El P. Fr. José de Valenzuela, ponderando esta solicitud y devoción, conversando con él, le preguntó el motivo que tenía para tanto fervor y conato en celebrar la fiesta de la Concepción y hacer aquellas limosnas? El buen viejo, cogiendo las manos del sacerdote, y jurando en ellas de decir verdad, le dijo que viviendo el P. Fr. Gabriel Ponce, y siendo él cordialísimamente devoto de N. P. S. Francisco y sus hijos, y teniendo con que socorrerles, solía hacerlo por mano del P. Fr. Gabriel, quien frecuentemente

le visitaba, y agradecido le correspondía con oraciones y ejercicios espirituales. Y que como este religioso era tan devoto de la Concepción Purísima de N. Señora, a él y a cuantos podía incitaba a que lo fuesen, llegando a ser en esta persuasión tan contínuo, que algunos en la ciudad le llamaban el P. Concepción.

Que movido de esto solía celebrar la fiesta de la soberana señora, mas no por voto ni promesa, hasta que le sucedió que habiéndosele muerto un hijo pequeño y estando toda su casa turbada y afligida con este trabajo, entró el P. Fr. Gabriel una mañana con el sombrero y bordón, y viendo la casa alborotada y llorosos todos, informado de lo que sucedía, se fué para el niño, que ya estaba amortajado. Dijo a los circunstantes que no llorasen, que tuviesen fe, que aquel muchacho no estaba muerto, y llegándose a él, le dijo así: *Bobillo, despierta, en nombre de Dios y de su Purísima Madre,* tentándole el rostro. Luego abrió los ojos el niño, y vivió muchos años. Desde entonces (dijo el viejo) que hizo voto de celebrar la fiesta de la Purísima Concepción, y había proseguido en tanta devoción al hábito de N. P. S. Francisco y sus hijos, como quien conocía cuán buenos los tenía el seráfico patriarca en este convento de Guatemala.

Y porque se vea cómo corresponde a sus devotos N. P. S. Francisco, concluiré este capítulo, con referir las circunstancias que hubo en la muerte del devoto Baltasar de Vela. Estando para morir, le trajeron de la iglesia catedral el Viático. Vivía cerca de este convento, y a tiempo que pasaba su divina Majestad por la calle, sobrevino un tan grande aguacero, que fué preciso entrase en nuestra iglesia el cura y acompañamiento. Puesto en el Altar Mayor con toda decencia y copia de luces el santísimo sacramento, bajó toda la Comunidad a asistir. Como debida política y obsequio a tan soberano huésped, y habiendo pasado el agua, fueron todos los religiosos acompañando a su divina Majestad, con velas encendidas en las manos, y llegando a la casa del enfermo (como novedad nunca usada lo que acontecía) todos a una voz alababan a nuestro señor, que así pagaba por los méritos de S. Francisco a su devoto, con que le asistiesen todos sus hijos. El enfermo que lo supo, se hacía un mar de lágrimas de agradecido, y recibió a su divina Majestad, teniéndole en brazos religiosos, y asistiendo estos al sacerdote que le administraba el viático y extremaunción. Quedó consoladísimo el enfermo, y el Guardián dió orden que quedasen a asistir algunos religiosos, mientras lo restante de la comunidad volvía acompañando al SS. Sacramento hasta su casa. Muchos de los religiosos que sobrevivieron a este tiempo lo contaban, haciendo gran misterio del que hizo toda la ciudad. Y cómo llegándose la última hora de la muerte del bienhechor, le cantaron los religiosos el credo, con la solemnidad, que si él lo fuera, y que con grandes demostraciones de su salvación, había pasado de esta presente vida.

CAPITULO DECIMONOVENO

En que se ponen algunos excelentes varones de aquellos, que en la primitiva era de esta provincia, la ilustraron con heroicas obras de perfección, y a quienes favoreció Dios con algunas maravillas

El P. Fr. Diego de Gobea, es uno de los sujetos que hallo dignos de memoria en los papeles antiguos. Este era religioso claustral y anciano en edad y con las noticias de la mucha perfección en que se educaba esta santa provincia de Guatemala, vino a ella con deseo de la salvación de las almas, el año de 1586, y deseando reducirse a la Observancia, renunció todos sus privilegios, y en especial la Bula Martiniana, e hizo profesión de la Regla de N. P. S. Francisco en la observancia en que se fundó esta provincia, a 7 de noviembre del referido año, en manos del M. R. P. Provincial Fr. Pedro de Arboleda, con grande edificación de todos. Era de ver en un hombre de edad crecida, y anciano, cómo emprendió la descalcez y desnudéz, como si fuera un niño de diez y seis años, con tanto espíritu y fervor, que movió a lágrimas a toda la comundad, que en el coro de este convento se había juntado a campana tañida. Introdujo su petición con las palabras del pródigo, que le admitiera por amor de Dios el provincial que en lugar de S. Francisco estaba, como a uno de sus jornaleros. Fué este paso de grande edificación al mundo, incentivo a los religiosos para la regular observancia, y utilidad grande de este convento, porque como era hombre tan docto, y graduado el santo viejo, criado en las más solemnes Universidades del mundo, y amantísimo de la doctrina de Escoto, fué mucho lo que ilustró los estudios, alentó los ingenios, y condecoraron sus canas esta Provincia. Pocos años fueron los que vivió en ella, siguiendo de todo en todo la vida común, y llegando los suyos a cerca de noventa, pasó al Señor por el de 1597, dejando mucha opinión de su doctrina y ejemplo.

Otro sujeto no menos ilustre y anciano, fué el devoto P. Fr. Juan de Mendoza, natural de México, que recibió el hábito en esta santa Provincia el año de 1564, vivió en ella hasta su muerte, que fué por el año del Señor de 1619, con cincuenta y cinco de hábito, y cerca de ochenta de edad. Vino cuando mozo con mercancía a esta tierra de Guatemala, tocóle Dios, recibió el hábito en este santo convento con buenos principios de la lengua latina, y no teniendo por entonces la forma que hoy los estudios, pues hasta el año de 1575 cogieron su corriente las aulas, le enviaron los prelados a la provincia del Sto. Evangelio de México, a que estudiase, porque no se malograsen los buenos deseos, y grande capacidad que en él se conocía. Fuéle de mucho consuelo por la ocasión de ver a sus padres, estudió y aprovechó tan bien el tiempo, que pasados los cursos de Artes y Teología con grande aprobación para leer una cátedra, se volvió a esta Provincia, dejando burlados los deseos con que sus padres vivían de verle ejercitar en las literales pa-

lestras. Tiróle más el amor de la madre espiritual que de la carnal, porque como era virtuoso, quiso poner en práctica para seguir a Cristo, lo que en su Evangelio aconseja de dejar el padre, madre y parientes. Desde luego que volvió, sirvió a esta santa provincia en el púlpito, y en la cátedra, con grandes créditos de la religión, aprovechamiento de sus oyentes y discípulos, y ejemplo de todos, porque fué varon esclarecido, muy observante de su profesión, muy pobre, descalzo, y desnudo, que jamás usó otra cosa que lo que la Regla permite.

Leyó catorce años la sagrada Teología, en este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, y faltándole uno sólo para jubilar, lo dejó por Dios sin continuar la lectura, diciendo que no era digno de tanta honra, y que temía le fuese causa este título de algún desvanecimiento. Emprendió (por no hallarse sin ocupación), el estudio de la lengua de los indios, en que aprovechó tanto, que supo tres o cuatro, y leyó públicamente la lengua mexicana y guatimalteca en este convento; escribió algunos libros de ellas, que sirvieron después de mucho alivio a los estudiosos, y procuró por todos caminos servir y trabajar en el aprovechamiento de todos, logrando los talentos, que de Dios solía recibir, teniéndose por indigno de ser Maestro de otros, cuando aun no se hallaba digno de ser discípulo de todos. Premió la Religión su humildad y buenos trabajos, con hacerle Guardián de algunas casas, y Definidor de esta provincia, en cuyas ocupaciones todo su desvelo era persuadir al ejercicio de las letras, y estudio de la lengua de los indios, regulando y acariciando cuanto le era posible a los que se aplicaban, y eran estudiosos, y por el contrario a los flojos (si alguno había) exhortándoles a que no comiesen de balde el pan de que trabajaban, y proponiéndoles continuamente el dolor y penitencia infructuosa de los que dejan pasar el tiempo, y la ocasión de aprovechar en letras y virtudes, comparándolos con persuasivas razones con los condenados, que sacan consecuencias de haber errado, y desviádose de la verdad, cuando no tiene remedio ni se pueden enmendar los yerros.

Entre las muchas virtudes de que se adornaba su alma, fué la mucha devoción con la virgen María Ntra. Señora, y su imagen de la Antigua, que es la que envió el Emperador Carlos V. Teníala copiada en un pequeñito lienzo, y en otro a nuestro padre S. Francisco, sin tener otra alhaja ni traste en la celda. Ante aquellas sagradas imágenes eran sus plegarias con instancia, como quien solamente atendía a cuidar de su salvación, y solicitaba tener el patrocinio de esta soberana señora y de nuestro seráfico padre en la hora de su muerte. Hubo deposiciones que le reveló Dios el día, que fue el de la Porciúncula del año del señor de 1619, porque habiéndose despedido de algunos religiosos la víspera, y preparádose con una confesión general la noche, con grandes afectos y ternuras, al otro día por la mañana, después de decir misa, llamó a un devoto de la religión, en cuya casa le solían socorrer sus necesidades, y como pobre y agradecido, que no tenía otra cosa que dar, le dió unos panes y unos panecillos de chocolate, diciéndole: que confiase en Dios y se quedase con él, a quien pedía le pagase la caridad que con él había tenido. Causóle novedad y admiración al bienhechor, y yendo a su casa lo contó, diciendo que juzgaba tendría algún largo viaje que hacer el P. Fr. Juan de Mendoza, por lo que con él le había pasado.

Confiriendo esto, y considerando su mucha edad y poca disposición para el viaje, resolvió venir a preguntarle si le servía de alguna cosa, o le podía ser de alivio en la jornada. No tuvo efecto su piadoso dictamen, porque a las once dal día, cuando se acabó el sermón, oyeron doblar, y preguntando por quién, supieron era por el P. Fr. Juan, que estando en el coro le dió un desmayo y llevándole a la celda, volviendo de él, sin poder articular más palabra que el dulcísimo nombre de Jesús; recibida la Extremaunción y absolución de la Orden, había pasado de esta presente vida a la eterna, consiguiendo como justo, el que no le tocasen los tormentos y agonías de la muerte, acabando en paz y amistad de Dios la carrera de su vida, que junto este prenuncio con las disposiciones y loable y ejemplar de su vida, dió motivo a que se entendiese había tenido revelación de la hora en que Dios le esperaba, saliendo el vigilante siervo a abrirle la puerta, recibiendo con amor y esperanza de su salvación a Dios, que a ella le tocaba.

CAPITULO VIGESIMO

En que se da noticia de otros ejemplares religiosos, que florecieron en esta provincia en el primer siglo de su fundación

Aunque fueron tantos en número los muy ejemplares religiosos que en aquellos primitivos tiempos, y aun en todo el primer siglo de esta santa provincia florecieron, dejando para el último libro las memorias de los que sobresalieron con virtud y ejemplo, o ya porque sobrevivieron a los que aquí se escribe, o ya por no alargar este libro, pondré en este capítulo algunos de los que del reino de Valencia trajo N. P. Fr. Pedro de Arboleda el año de 1593 (1) El primero que ocurre es el muy religioso P. Fr. Miguel de Agia, sujeto de los primeros de aquella ilustre barcada, habiendo leído las Artes con grande aprobación y utilidad en aquella santa provincia, y ocupádose en la predicación del Evangelio, con grandes créditos de ajustado a su obligación y ceñido a las de discípulo de Escoto, con deseo de padecer trabajos por la dilatación de la cristiandad, pasó en aquella ocasión con otros religiosos de su espíritu a esta santa provincia. En ella se ejercitó mucho tiempo en leer la sagrada Teología, con mucho crédito de genuino expositor del Sutil Doctor, y no menos lustre en la observancia regular. Radicó su saber en la humildad y era su común decir, que de una buena voluntad y un mal entendimiento, bien se podía hacer un santo; pero que de un buen entendimiento y una mala voluntad, sólo se componía un demonio. Y aunque fué de florido ingenio, excelente seguidor de la doctrina de Escoto, vivo en los argumentos, nervoso en las controversias, y agudo en sus sentencias, llegó a saber tanto en lo que era de su obligación, que fué el ejercicio la humildad, que deponiendo las emulaciones, que semejantes sujetos suelen motivar a los de su profesión, todo

(1) Véase el primer tomo, página 296.

su vivir fué ejercitarse en ser humilde, tanto que ni le engendraba presunción el saber, ni el aplauso le desvanecía, antes tan positivamente aborreció parabienes y plácemes, que jamás admitió alguno que le diesen.

Testigo fué de esta resignación humilde, el numeroso y grave teatro académico del convento de N. P. S. Domingo, en un acto dedicado al ilustrísimo Sr. Obispo D. Fr. Juan Zapata y Sandoval. Presidía el sapientísimo y ejemplarísimo varón Fr. Andrés del Valle, gloria de la religión Guzmana, y ejemplar todo de virtudes de esa Sta. provincia de predicadores; arguía el P. Fr. Miguel de Agia, con tanta agudeza y formalidad, que agradándose el siervo de Dios Fr. Andrés de su réplica, sin ser lisonjero (porque era santo y docto) le alabó el argumento, ponderando la gravedad de sus razones y aprieto en que le ponían sus instancias; Fr. Miguel de Agia, que así oyó alabarse, se postró en el suelo a besar la tierra, de donde ni se levantó hasta que cesó el que presidía de hablar. El Señor Obispo, y todo el concurso quedaron tan edificados, que no se supo si el venerable P. Fr. Andrés venció en humildad a Fray Miguel, confesándose a él inferior, o si Fr. Miguel abrazándose con la tierra, fué el que cantó la victoria con una acción tan humilde. Uno y otro fueron muy capaces de que el Sr. Obispo dijese que la sentencia de S. Pablo, cuando dijo que la ciencia hincha y ensoberbece, y la caridad edifica, se había de entender cuando se hallaba la una separada de la otra, mas no cuando concurrían como en los dos ilustres sujetos de esta acción. Tan lejos vivía de los humos de propia estimación, que a cualquiera otro cedía ventajas en el ingenio, y por consiguiente fué raro, y muy singular en esta excelencia el P. Fr. Miguel, según el dicho de Marcial: *qui vellit ingenio cedere, rarus erit.*

Nunca permitió, cuando había de predicar que le echasen ni dijesen que él predicaba porque sentía tan bajamente de sí, que más quisiera no tener quien oyese sus sermones. Nunca ponderó ni dijo que era suyo el pensamiento, sino que se ajustaba con el más humilde estilo en lo que decía, ni permitía le llamasen Maestro las personas de fuera, publicando y diciendo a todos que no sólo desdecía aquél título de un pobre fraile menor, sino que totalmente repugnaba al inútil Fr. Miguel de Agia, y cuando alguna vez le proponían lo mucho que trabajaba, decía que sólo estaba a cuenta de Dios el saberlo, y a la suya el aprender de todos y aguardar de la divina mano lo que Dios fuese servido. Escribió mucho, así en la facultad de Derecho Canónico, en que era muy versado, como en lo escolástico, expositivo, moral y místico, y con todo eso nadie pudo recaber el que diese a la imprenta, si no fué un libro intitulado *De exhibendis auxiliis,* a instancia de los prelados y persuasión del virrey, que entonces era de México. Cítale a cada paso, elogiándole grandemente el Doctor Solórzano en sus obras, y es digno de venerable memoria, y que no la pierda esta santa provincia de un sujeto, que tanto la ilustró en ambas sillas, con tanto crédito de observancia y religión, y que ocupó en ella honoríficos oficios, pues fué Guardián algunas veces, y definidor, y que por último la enriqueció con el tesoro de sus venerables cenizas.

No fué así el muy religioso P. Fr. Francisco Hurtado, que vino en compañía del que acabo de referir de la santa provincia de Valencia, quien habiendo sido discípulo del P. Fr. Miguel de Agia, y salido tan consumado,

que leyó muchos años cátedra de Teología en esta provincia, y a quien su mismo Maestro reconocía por excelente varón, y confesaba ventajas, y habiendo dado en esta santa provincia luces de mucho saber, y ejemplos de su virtud, no mereció la dicha de gozarle después de muerto, porque habiendo ido a España a negocios de la provincia el año de 1629, el amor de la primera madre que le crió, prefirió al de la que le dió el ser y educó en tan buenas letras y costumbres, como su vida ejemplar y religiosa manifestaron en treinta y seis años que floreció en esta santa provincia, con grande ejemplo de perfección, y muchos créditos de doctrina aprendida y practicada en esta santa casa de Guatemala, pues habiendo venido corista recién profeso a esta provincia, acá se educó, instruyó y perfeccionó, lo que sin duda consumaría gloriosamente en la Stą. Provincia de Valencia, juntando el fin con el principio, para que sirviese de corona a sus merecimentos.

También vino corista en esta ocasión, el venerable y muy ejemplar P. Fr. Miguel Martínez de la Raga, guipuzcano de nación, que recibió el hábito en la santa provincia de Valencia, de donde vino a ésta de Guatemala, ya provecto en las Artes, y muy adelantado en el espíritu. Cursó en este convento de Guatemala la Sagrada Teología, en que aprovechó lo suficiente para poder trabajar con aprobación y utilidad en los ministerios en que la obediencia le ocupó. Fué muchos años ministro de indios, porque desde luego, como su vocación a las Indias fué para servir a Dios en la conversión de estas gentes, se aplicó con grande conato al estudio de la lengua de los naturales, y supo las tres principales guatemálicas con grande aprobación. Trabajó con incesante espíritu en compañía de los VV. PP. Fr. Augustín de Avila y Fr. Juan Sánchez (de quienes ya dijimos) y con quienes vino de España. Y como quien se crió en el observantísimo convento de Val de Jesús, y aprendió allí los primeros rudimentos de la religión, y cartilla de S. Buenaventura, vivió siempre tan regulado a sus santos documentos, que no se le conoció en cuarenta y tres años que vivió en esta santa provincia, transgresión alguna de la Regla y constituciones.

En los pueblos de los indios, donde asistió y administró más de veinte y cinco años, jamás usó de dispensación alguna, así en lo que toca a la santa pobreza, como en el precepto de *non equitando,* preciándose, a lo humilde, de que tenía fuerzas corporales para andar a pie, y tolerar abstinencias sin usar jamás de chocolate, ni otro desayuno, ayunando no sólo los ayunos de la Regla, sino también los sábados en obsequio de la SS. virgen María Ntra. Señora, y otros muchos que su devoción y espíritu seguían, a imitación de sus venerables compañeros, cuya ejemplarísima vida (como él decía) le era estímulo para no flaquear, por más que ya las fuerzas corporales le iban faltando. Con efecto hubiéronse de rendir catorce años antes de su muerte, porque a causa de la penalidad de los caminos, y trabajo de la administración de los indios, enfermó de una quebradura, y otros muy graves achaques que le ocurrieron, que totalmente le impidieron el ejercicio de la administración.

Recogióse a la enfermería de este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, concurriendo en ella algunos años con el V. P. Fr. Agustín de Avila, permitiendo Dios que estos dos siervos suyos tuviesen el consuelo espiritual y el *emolumentum societatis,* que pudiera necesitar su espíritu. Reconciliábanse uno a otro frecuentísimamente, alentábanse a padecer y como

esta mutua correspondencia estribaba en tantos años de comunicación, y en el amor que engendra el haberles dado el ser una misma madre, era para los dos el mayor alivio, asistir junto a sus ejercicios y espirituales colaciones. Hallóse a la muerte del siervo de Dios Fr. Agustín de Avila, y si hasta allí había sido tan observante el P. Fr. Miguel, de entonces para adelante con santa emulación, la que hasta entonces había habido entre los dos conforme al consejo de S. Pablo, de que unos a otros tengamos emulación de las virtudes y en los mejores dones, que de la mano de Dios recibimos, fué un estímulo como el que tuvo Eliseo, viendo arrebatar a su Maestro Elías en aquel carro de luces, porque a vista del premio con que veía coronar los merecimientos del que burlando al mundo salía de él, alentó más y más su espíritu a su imitación, que este fué el sentir de S. Bernardo, cuando dijo hablando de Elías y Elíseo, *duplicabit spiritum vissio abeuntis.*

Catorce años continuos fueron los que lo regaló nuestro Señor en esta enfermería, con indecibles dolores, penas y trabajos, y era tal su fortaleza, y tan vehemente su espíritu, que así como estaba arrimado a un bordón, se bajaba a la iglesia a confesar todos los días, con tanta caridad y espíritu, que mientras ejercía este santo ministerio, decía que se le suspendían sus dolores. Indicio grande de cuán agradable es a Dios el aplicarse al confesionario, con celo de libertar las almas del tirano cautiverio de la culpa. Muchoss casos le sucedieron en conversiones de grandes pecadores, que pudieran ilustrar este capítulo, si hubiera habido alguna especificación en decirlos y curiosidad en apuntarlos. Mas, por hallarlos yo en una generalidad confusa, insinúo solamente, lo que puede ser edificación al que leyere, y estímulo a los confesores, para no malograr el tiempo y trabajo, que junta esta noticia con las muchas que hay escritas del servicio grande que se hace a Dios en este ministerio, podrá quizá servir de aliento.

Fué este buen religioso de condición apacible, candidez santa, y gran tolerancia en los trabajos y enfermedades, por cuya causa fué muy amado de todos, así dentro como fuera de la religión. Los indios de los pueblos que había administrado, y los demás que le conocían, o que tenían noticia de su afabilidad, le buscaban frecuentemente, y en especial las cuaresmas para confesarse con él. Amábales tiernamente como a hijos, correspondiendo las obras a los cariños. No permitía que persona alguna maltratase ni castigase a indio, que por esta razón siendo el venerable varón tan manso, solía enojarse con algunos pasajeros que maltrataban por el avío a los indios. Finalmente, purificado este V. P. en el crisol de catorce años de enfermedades, dolores y penas, hecho un yunque en el padecer, con grande edificación de todos los religiosos, llegándose el plazo de ser desatada su dichosa alma de la corruptibilidad del cuerpo mortal, y recibido los santos sacramentos, como verdadero hijo de N. P. S. Francisco, pasó a mejor vida con opinión de muy observante religioso, perfecto y ejemplar, en este convento de Guatemala, el año del señor de 1636, teniendo más de sesenta años de edad, y habiendo empleado de ellos los cuarenta y tres sirviendo y edificando esta santa Provincia.

CAPITULO VIGESIMO PRIMERO

De la vida del dichoso padre Fray Cristóbal Flores, que padeció atrocísima muerte en Argel a manos de los moros, por la predicación y defensa de la Ley Evangélica

---

Un paraíso ameno de las delicias de Dios, fué siempre esta religiosa Provincia, cuya variedad de flores deleitaban los divinos ojos, recreando los de los buenos, que con tanta aplicación admiraban las virtudes que resplandecían en este plantel hermoso. Y cogiendo un ramillete le consagró a Dios, tan vistosamente hermoseado en variedad de colores, como adornado de multitud de virtudes. Fué éste el P. Fr. Cristóbal Flores, criollo de esta Noble Ciudad de Guatemala, hijo de padres conocidos en limpieza de sangre y notoria calidad. Desde niño mostró tanta habilidad, que pasaba a bullicioso su natural, mas su viveza de ingenio y orgullo de condición, todo paraba en fabricar altares, imitar sermones, remedar predicadores, y juntar a su séquito otros de su edad, que le ayudasen a celebrar fiestas, parando todo esto las más veces en darse de cachetadas. Creció y aprendió las primeras letras, a leer y escribir con perfección, y la Gramática, sobresaliendo a sus contemporáneos, y llamándole Dios como a Samuel para que le sirviese en su templo, como era voz interior, no conociendo los fines, y pareciéndole con una llamarada de espíritu, que sería más conveniente recibir el hábito de N. P. S. Francisco en este convento para el humilde estado de lego, se determinó a pedirlo, aun no teniendo diez y seis años de edad. Y aunque los prelados le propusieron el que sería mejor el vestirle para religioso del coro; él hallándose en su estimación indigno de tan superior estado, perseveró en la vocación de lego. Recibió el hábito para religoso lego en este santo convento por principios de noviembre del año de 1603. Procedió en algunos meses que le tuvo con grande aprobación de humildad, porque conservando el fervor y calor de la primera vocación, todo el trabajo en las ocupaciones de su estado, se le hacía muy llevadero. Añadía a lo que corporalmente le era de carga y molestia, muchos ejercicios y mortificaciones, con tanta indiscreción, que dentro de pocos meses enfermó de achaques graves. Quería y deseaba ser santo, pero ir por el atajo a la gloria, porque su viveza y fervor no le permitían el detenerse en los plazos de la vida, y se la quitara él muy presto al rigor de las abstinencias y mortificaciones imprudentes, si su Maestro de novicios no le pusiera precepto, de no hacer cosa de mortificación de su cuerpo sin su licencia.

Sintió esto agriamente el novicio, cegándole el amor propio, y entendiendo que acertaba en hacer su voluntad propia, y que el mandato del Maestro le era impedimento para seguir la virtud, no conociendo que es más agradable a Dios la obediencia que las víctimas. Halló el demonio este resquicio por donde asaltar su virtud, y barruntando, como astuto basilisco, la sangrienta guerra que después le había de dar Fr. Cristóbal, trató de derrocar

sus principios. Representóle que con más comodidad ejercitaría sus mortificaciones, viviendo a su voluntad en el siglo que en la religión, sujeto a la ajena y ocupado el tiempo sin tenerle sobrado, para lo que le parecía adelantamiento en la perfección. Avivábale la imaginación para que se persuadiese aunque quebrada ya su salud, no podría ni servir a la religión, ni hacer la penitencia que deseaba, y por consiguiente que era tiempo perdido el del noviciado, malográndo su santa vocación, y fervoroso espíritu, con que Dios le había llamado. No conociendo el inocente mancebo la fraudulencia diabólica, consintió en dejar el hábito, y pedir sus vestidos para volverse al siglo, pretextando con sus achaques la tentación. Propusiéronle los prelados lo que le estaba mejor, los inconvenientes que de aquella mutación se le seguían, los malogros y malparaderos que tienen los que dejan el camino del cielo, que una vez emprendieron, pues como dice el evangelio, *ninguno que pone mano al arado, y mira atrás es conveniente al reino de Dios.* Mas no pudiéndo hacerle desistir de lo que como medio de su salvación le había hecho aprehender el demonio, y perseverando en pedir sus vestidos, hubiéronsele de conceder, poniéndole en libertad en la portería de este convento. Sintiéronlo lo que no es decible los religiosos, porque como lo habían experimentado en aquellos meses tan humilde y penitente, tan despreciador de sí, y tan circunspecto, a todos había aficionado, y se lastimaban de las desgracias que amenazarle podían. Encomendábanle a Dios pidiéndole le alumbrase en lo que fuese más de su servicio, y concerniente a la salvación de su alma.

Puesto afuera Fr. Cristóbal, con el regalo y maternales cariños, a pocos días se vió libre de sus dolencias, y lo peor, libertado en sus acciones. Ya el espíritu no tenía lugar en su corazón, las devociones había ahuyentado de su alma, la virtud se había retirado, la mortificación escondido, la frecuencia en implorar los socorros de la soberana reina María, totalmente se le había negado. El cielo se le había cerrado, y si no obstinado y terco, inadvertido, iluso y engañado, coloreando con título de recreo, pasatiempos y devaneos, se comenzó a estragar en las costumbres, apeteciendo compañías de ociosos, hecho espadachín pisaverde dándose con tanta prisa a todos divertimientos, que en breves días era aborrecido de todos, sin tener lugar entre personas de juicio, ni estimación con los de su calidad, ni cariño en su misma casa. Como Dios no se olvida de sus escogidos, y les permite peligrar hasta los últimos lances del precipicio, y como las obras buenas (según la opinión sutil) a lo menos por congruencia excitan las divinas piedades, para que se incline la misericordia de Dios a ofrecer a la alma muerta socorros poderosos para volver a la vida, las que feamente mortificadas por el estado de la culpa mortal, parecían indignas de los auxilios de la divina gracia, valientemente virtuosos, como hechas en amistad de Dios, inclinaron aquella suma clemencia, que con un rayo de luz aclarase las obscuridades y sombras en que se hallaba este pecador miserable. Y como si en una noche obscura se hallase en alguna cueva llena de basiliscos y animales ponzoñosos, sin conocer el peligro, y amanecido el día con la claridad del sol, descubriese los horrores en que había descansado, y los riesgos en que había vivido, volvió del letargo pesado, y hecho un mar de lágrimas, arrepentido de ver en su conciencia la muchedumbre de culpas que se habían abrigado, faltó poco para que desesperase, o perdido el juicio acabase con la vida.

Entró en cuentas consigo mismo, y a la luz del divino auxilio, que perseveraba a comunicarle los medios para salir del mal estado de su alma, conoció al paso, que la gravedad de sus culpas, la infinidad de las misericordias divinas; ponía en balanza la tranquilidad que su espíritu gozaba en la Religión, teniendo solamente la instigación diabólica, vestida del amor propio, imaginado virtud, que le molestaba; que antes si él no se dejara engañar, le pudiera servir de labrar merecimientos. En la otra los pecados, las culpas, los escándalos, discordias, y enemistades en que se hallaba implicado, y decir: *¡Oh Dios, y como quisiera deshacer a costa de mi misma vida los feos borrones con que he maculado mi alma!* Desde entonces comenzó a seguir otro rumbo, y ya le parecía que se hallaba indigno de la comunicación de virtuosos, y mucho más de volverse a enumerar entre los hijos de N. P. S. Francisco. Intentó el ser hermitaño, e irse a un bosque apartado del comercio a hacer penitencia de sus culpas. Con esta máxima, tratando primero de serenar su conciencia por medio de una confesion general, se vino a este santo convento, como quien en el tiempo antecedente conocía los benditos religiosos que le habitaban, y eligiendo confesor a su satisfacción, le manifestó su mala vida, estado infeliz, desconsuelo grande, y determinación resuelta. Conociólo el confesor (no sin inspiración divina) el paradero, que había de tener aquel pecador contrito, porque la veleidad y ahogo de la vanidad y desvarío le pudiera obscurecer con la inconstancia de la concupiscencia, los verdaderos bienes, y trastrocar las sendas. Dió treguas a sus dictámenes, mandóle frecuentar los sacramentos, y que viviese en el yermo sin salir de la ciudad. Y aunque luego quisiera él a cara descubierta mostrar a todos la mudanza de su vida, prudenció el confesor lo público de las penitencias que deseaba hacer, y trató de experimentar su perseverancia en obedecer a su padre espiritual. Como había sido el primer escalón para caída, seguir su propio dictámen, y dejar de obedecer el ajeno; el prudente confesor, para recuperar el daño, tomó por primer escalón para darle la mano a que subiese al ejercicio de las virtudes, el que obedeciese rendido y negase su propia voluntad con los resabios, que en ella se podían abrigar del propio querer. Impedíale el comulgar, cuando él quería frecuentar los sacramentos, mandábale ayunar, cuando quería comer, y comer cuando él buscaba abstinencia, azotarse, cuando no pensaba en eso, y cuando trataba de mortificarse, ponerlo en una calma, que llegase a conocer cuán poco merecía para con Dios. Practicó con él, lo que para la curación del leproso mandó Dios merecía que se hiciese con aquellos dos pajarillos, que no bastaba, el que tuviese el que era sacrificado la cabeza torcida, sino que también habían de quebrarle los alones. Con estas diligencias fue amoldando en término de muchos meses al mancebo, hasta que le vió a propósito para servir a la religión, a que siempre él se inclinó, como quien conocía los muchos bienes que en ella se encerraban.

Llevóle el confesor de la mano cuando fué tiempo, a los pies del piadosísimo P. Fr. Sebastián de Buenaventura, que era provincial de esta santa Provincia, la segunda vez que lo fué, y llevó en su compañía al excelente varón Fr. Alonso de Padilla, que era Guardián del convento. Puestos todos tres de rodillas ante el Provincial, dijo el confesor la culpa por el pretendiente, y representó, cómo venía cual otro pródigo a la casa de su padre a buscar su salvación, con las más humildes palabras, que pudo prevenir. El Provincial, piadoso y enternecido, le dió buenas esperanzas, mandándole que de allí se levantase, y fuése por la ciudad sin capa, ni sombrero hasta el hospital, a servir a los enfermos, hasta que él quisiese llamarlo. Entre tanto, confirió en el discretorio, de aquellos gravísimos hombres la materia, tratándola muchos días, si bien desde la primera vez todos de unánime consentimiento, como hijos verdaderos de S. Francisco, se inclinaron hacia la parte piadosa. Quedó resuelto en discretorio el que se le diese el hábito, pero que fuese para el coro, porque teniendo habilidad, y muy excelentes noticias de la lengua latina, pudiera mejor servir la provincia, estar más cercano a los prelados, y no desbaratarse con extremos en materia de mortificación, pues por la dignidad sacerdotal a que presto podía ascender y por la contínua asistencia del Maestro de Novicios, en tanto que se ordenaba, pudiera caminar seguro de vivir obedeciendo, y reconciliándose todos los días, para que a sus vivezas sirviesen de refreno las continuas correcciones. Con esta resolución, le hizo llamar el prelado, y mostrándose pronto, a cuanto de él quisiese hacer sin replicar en cosa alguna. Vistió el hábito para religioso del coro, en este santo convento de Guatemala, a los 27 de enero del año de 1605, cerca de los veinte de su edad, y continuando como desengañado y escarmentado en cabeza propia, perseveró en grande ejercicio de virtudes el año del noviciado, y tiempo de corista, con tanta edificación de la comunidad, que era el blanco de los ojos de todos, y el que llevaba las atenciones a los que admiraban y aun procuraban imitar su compostura.

Vivía él tan confundido de sí mismo, y tan avergonzado de sus liviandades, que continuamente lloraba el haber dejado el hábito, y se reputaba indigno de vestirle, haciendo repetidas veces (con licencia de su Maestro) tan profundos actos de humildad, que los más días de culpas entraba en la *Benedicta* desnudo, con sólo los paños menores, decía la culpa, pedía disciplinas, que a veces se le daban con liberalidad, y otras escaseaba la mano el Maestro, por no condescender a lo que él apetecía. Pero viendo que aquel era el camino por donde Dios le llamaba, muchas veces le permitió hacer estas y otras mortificaciones, impidiéndole solamente algunas circunstancias que pudieran parecer menos decentes, porque tuviese el merito, sin la inútil complacencia de hazañerías. Así advocó Dios a la religión a este su siervo, siendo en su boca continuo proverbio y sentencia, que a otros llama Díos como a nobles con suavidad, tratándolos como a hijos, pero que a él, como a ingrato y ruin, como a esclavo, y que conocía de su ruindad, que había de ser tratado mal, para hacer alguna cosa buena.

CAPITULO VIGESIMO SEGUNDO

De la ejemplar vida, y ardiente caridad del P. Fr. Cristóbal Flores, y de un acto heróico de esta virtud, con otras noticias del fervoroso incendio de su espíritu y ejercicios

---

Perfecta charitas foras mittit timorem, dijo S. Pablo, y con alas de fuego la delineó el Espíritu Santo. Así residía en el seráfico pecho de S. Francisco, que miradas a los ojos de la prudencia humana algunas acciones suyas, pudieran reputarse por desacordadas. Por frenéticas tuvieron algunos muchas de S. Pedro de Alcántara, cuando arrebatado del espíritu, se embocaba [1] por estrechas puertas, dándose a veces golpes desapiadados. Y en esta ciudad de Guatemala, vimos no ha muchos años, los mismos accidentes de furor divino, en el V. Hermano Pedro de S. José Betancurt, Tercero de hábito exterior de S. Francisco (cuya vida y virtudes se escribirá en el siguiente libro) con tales circunstancias, que los mundanos juzgaran por falta de cordura tales operaciones. Las del P. Fr. Cristóbal Flores fueron de este noble linaje de fuego, que como tenían tan alto su nacimiento y su centro, con inquietud continua no paraban, como la llama, de quien advirtió S. Bernardo, que estando vuela y volando tiene su quietud, y sociego, porque ese es su natural y propensión.

Desde que profesó, trajo siempre consigo la Regla de N. P. S. Francisco, no sólo estampada en su alma, sino aún materialmente escrita en un papel sobre el pecho, siguiendo el consejo de nuestro seráfico Padre en la colación 23, donde dice, aconsejando a sus frailes el modo de portarse y vivir entre los infieles: *Portetis vobiscum regulam et breviarium.* Y como la esclarecida virgen y mártir Sta. Cecilia, de quien se escribe que traía escrito y sobre el pecho el Sagrado Evangelio, como reliquia de tan estimable precio. Procuraba en todo la literal observancia de la regla, ajustándose tanto al sonido de las palabras, que a veces parecía ridiculidad lo que obraba. Solía descalzarle del todo, haciendo escrúpulo el traer sandalias, y haciendo cortar el hábito tan escaso y corto, que los prelados le solían reprender con aspereza, haciéndole que se conformase con la regular observancia de los otros. Y aunque se corregía por entonces, después volvía con otras novedades, cortando el cerquillo más de lo necesario, y ciñendo el uso de sus paupérrimas alhajillas a tener sólo un hábito a raíz de las carnes, con la cuerda y paños menores, sin querer tener otra cosa. Otras veces se ponía un grueso lazo por cuerda, y hacía cosas semejantes, motivando en los piadosos consideraciones de lo mucho que prometía su buen espíritu, y en otros el que lo desestimasen y tuviesen por loco, variable y de poca sustancia. Veníale un fervor de espíritu, y se ponía a predicar a los religiosos la estrecha cuenta, que les esperaba a los profesores de la regla evangélica, si no la guardaban con la perfección que N. S. patriarca quería, tomando varios motivos para la ins-

(1) La edición de 1716 dice invocaba.

trucción suya y de sus condiscípulos, levantando a veces tan alta consideración, o ahondando tánto en los puntos que trataba, que a sus mismos maestros y lectores, y a los hombres más sabios causaba admiración, y decían con justa causa, que aquella doctrina no era aprendida en la tierra, y que o algún espíritu le poseía, o era soberanamente ilustrado su entendimiento para discurrir en cosas tan arcanas.

Otras veces entraba en el refectorio, ya con una cruz, ya con una piedra muy pesada, que le colgaba del cuello, humillando la cerviz, ya con una tosca venda de sayal en los ojos, ya con un palo en la boca, conforme la culpa que conocía haber cometido, o de alzar los ojos, o de hablar alguna palabra ociosa, o de tener algún pensamiento soberbio, o menos decente. Decía su culpa sin haberle echado alguno la penitencia, manifestando aunque fuese oculto, lo que hallaba en sí mismo de imperfección, y si le preguntaba el prelado, quién le había mandado decir la culpa, respondía que S. Francisco. Sobre este punto y estas acciones exteriores, padeció no sólo correcciones, sino palabras, que le pudieran dar muy bien en que merecer, porque a este intento solían ejecutar los prelados severas correcciones y disciplinas en el pobre fraile, y otras veces decirle que era un embustero. Nada le inmutaba, ni el cariño le desvanecía, ni la aspereza le desconsolaba. Acabado de castigar y corregir, se levantaba alegre con el semblante risueño y placentero, que a los más de la comunidad edificaba, conociendo en él muchas propiedades de santo.

Esto era lo que todos veían, que en lo oculto fué maceradísimo, traía cilicios ásperos hechos de puntas de alambre, y otros de rayo, que llegaban a ensangrentarle, y como Dios le favorecía, en vez de amarillez, le salían al rostro arreboles de sanidad, siendo ésto para sus confesores confusión, y para los que no sabían de sus mortificaciones, motivo para sospechar de su virtud y no acabar de persuadirse a la verdad. Su oración fué muy frecuente, y a veces se fervorizaba tanto, que celando la honra de Dios y el bien de la religión cualquier omisión reprendía en los nuevos en la religión, y aún en los mayores con una santa libertad, solía emplear su fervor, oponiéndose a no dejar pasar cosa, que directa o indirectamente fuése contraria al amor de Dios y del prójimo, y observancia de la regla. Hacía a unos súplicas y a otros exhortaciones, y a otros reprendía sin más jurisdicción que su celo. Y las más veces era bien recibido lo que advertía, porque aunque algunos le consideraban indiscreto, los más sesudos le temían y respetaban, callando a la voz de su imperiosa virtud, edificándose a vista de su compostura ejemplar. Todo era dudas acerca de Fr. Cristóbal; y hubo religioso que le tenía tanta veneración, como si viese un vivo retrato de N. P. S. Francisco. Y aún siendo mozo, como rayo del cielo aterraba a todos, a unos para que levantasen el vuelo a las cosas altas, y a otros, que como insensatos juzgaban por infatuado lo que obraba y decía.

En estos ejercicios pasó los cursos de Artes y Teología con tanto aprovechamiento, que a pocos años era de los más selectos predicadores que tenía la Religión en esta Provincia, así por lo docto de sus sermones, como por el espíritu con que reprendía los vicios, atendiendo sólo al aprovechamiento de las almas, sin que jamás se le opusiese algún respeto humano para dejar de decir lo que su conciencia y estudio le dictaba.

Vivía desnudo de todo lo que puede ser conveniencia o abrigo terreno, no sólo no apeteciendo, sino aún aborreciendo los oficios con que la religión suele premiar los merecimientos. Y así como quien despreciaba todo lo caduco, y que todo lo terreno tenía debajo los pies, era claro en el decir, eficaz en el reprender, vivo en el discurrir, y resuelto en el ponderar. Temblaban de él los seglares por la grandeza de su mucha rectitud en todo, desnudez de afectos y de amor propio, y así jamás que saliese él a la iglesia había alguno que osase estar con alguna indecencia, o hincado con una rodilla, porque aunque fuese persona de calidad, revestido de celo le reprendía. Cuanto fue de su parte procuró, que las divinas alabanzas, oración y celebración de misas, fuése con toda solemnidad, haciendo aún más de lo que podía, cumpliendo con los deseos y alargando los afectos al ámbito de la posibilidad, en lo que tocaba al servicio de Dios, y así en el tiempo que fué Maestro de Novicios, que lo fué muy mozo, y en el tiempo que fué predicador conventual primero de este convento electo en el capítulo, que se celebró el año de 1622, por razón de su oficio, celó, adelantó y perfeccionó cuanto pudo, lo que le pareció digno de reforma, con sus exhortaciones, ejemplo y sermones, ardiendo en caridad, con que abrazaba aún a los más tibios.

Buen ejemplo del Etna que en su pecho ardía, fué la acción que hizo con un enfermo descuidado, y en el último peligro de la vida. Como era tan caritativo el Padre Fr. Cristóbal, todo el tiempo que podía ocupar en servicio y asistencia de los enfermos, empleaba en este piadosísimo y santo ejercicio. Diéronle *las unciones* a un religioso de prendas y espíritu, y como entonces eran tan rigurosas, y no se habían facilitado lo que en éstos, o porque el sujeto era débil o porque Dios quiso manifestar a este convento la ardentísima caridad de Fr. Cristóbal, llegó a tal término la enfermedad, que visitando el médico al doliente, le halló sin pulsos, casi exánime, y que a toda prisa se le extinguía el calor natural. Hízose junta, y se discurrió en ella, que sólo con el calor natural de otro cuerpo humano, podía recuperarse la vida, que ya en los últimos peligraba; mas, que siendo esto no sólo dificultoso, sino imposible, la curación no tenía que hacer en el sujeto, porque no le había para las medicinas. Súpolo Fr. Cristóbal, y abrasado en los incendios del amor de Dios y de su hermano, desnudándose el hábito y quedando sólo en paños menores, se abrazó con él, como otro Eliseo con el muchacho a quien vivificar intentaba, y estando un buen rato de aquella suerte, fué el enfermo refocilándose, sintiendo con aquel calor una nueva vida, hasta llegar a términos que pudo recobrarse y conocer a su bienhechor, y aun vivir muchos años después, hasta morir Provincial de esta Provincia, que fué N. R. P. Fr. Pedro de la Tobilla.

Súpose el caso, porque los enfermeros lo vieron, admiróse la acción, sin que hubiese cómo ponderar el ardor de la caridad de Fr. Cristóbal, que sin asco alguno del hedor y peligro de los pútridos humores que despedía por la boca el enfermo, se arrojase cual fénix racional, para renacer de las yertas cenizas de aquel casi cadáver frío en la pira de su ardiente caridad a nueva vida; que menos, que estando íntimamente unido con Dios por amor, no era creíble que un hombre expusiese en aquel martirio la vida por otro, pues la mayor caridad que ninguno alcanza es dar por el amigo la vida. El médico, que aun no se había ido del convento, sabiendo lo que pasaba,

volvió al enfermo, apartó de él a Fr. Cristóbal, y encargó al prelado que no le permitiesen llegar otra vez, porque se arriesgaba a quedar en aquella acción muerto. Mandóselo así el prelado, y como era el buen padre tan caritativo, se fué a la celda del provincial (que lo era el M. R. P. Fr. Francisco Carrasco) e hincándose de rodillas decía: *¿Qué es esto P. N.? ¿No es este mandato contra la caridad? ¿Así se atajan los socorros piadosos que N. S. P. ordenó tuviesen con los enfermos sus hijos? ¿No nos manda que les sirvamos como querríamos ser servidos?* El testamento y regla de S. Francisco, ¿ya no sirve? Y diciendo y haciendo se arrojó a sus piés, diciendo que no se levantaría de allí hasta que le diese su bendición, y licencia para asistir al enfermo. El provincial, confuso sin saber en qué determinarse, hizo llamar al Guardián, y de unánime consentimiento de los dos, se le dió el permiso para que hiciese lo que el Señor le inspirase, en órden al ejercicio de la piadosa asistencia de los enfermos. La cual continuó todo el tiempo que el que estaba tan a peligro y los demás tuvieron necesidad. Hizo su descanso y asistencia en la enfermería, desde donde acudía al coro y actos de comunidad, sin faltar a hora alguna, y el tiempo que le sobraba lo empleaba todo en servir y asistir a los enfermos, aliviando a los enfermeros, con grande edificación de todos. En este, o el antecedente tiempo (se escribe de este religioso) que solía pedir licencia para salir a la ciudad, y esto raras veces, por que apeteció en extremo la asistencia de la celda y convento. Iba por las plazas y calles pidiendo limosnas de pan y frutas, y otros regalos, y haciendo alforja del manto él y su compañero, partía a las cárceles y hospitales y casas de personas pobres, y repartía lo que había recogido de limosna, volviendo a andar de nuevo y pedir más, para volver a dar, ocupándose en este caritativo ejercicio con mucho trabajo corporal, gran mérito suyo, utilidad de los pobres y edificación de todos. Los prelados que lo sabían, y no ignoraban los ardimientos de su caridad, toleraban estas y otras que parecían locuras, porque conocían la grande utilidad y ejemplo que se seguía de ellas, y que aunque a los ojos del vulgo de los necios parecían irregulares, por no tener medida los fervores de caridad, a los de los discretos y temerosos de Dios eran de gran compunción, viendo reproducido en este humilde religioso el espíritu de un S. Francisco, y aquel abrasado incendio de caridad, que le hacía parecer seráfico a la consideración de los buenos.

Dentro de casa ejercía también heróicos actos de caridad y de profunda humildad, aplicándose a barrer el convento y otras oficinas, a lavar los pies a los huéspedes, buscar y solicitar los enfermos actuales o habituales, pudiendo decir con S. Pablo: *Quis infirmatur, et ego non infirmor?* Porque con todos se compadecía, a todos servía, y no era menester más que saber que algún hermano suyo tenía alguna necesidad espiritual o corporal, que deshacerse por socorrersela, consolar al necesitado y hacerse todo para todos. En estas y las demás virtudes se fue labrando este precioso rubí, para laurearse con los gloriosos esmaltes de derramar por la honra de Dios su sangre.

CAPITULO VIGESIMO TERCERO

De cómo fué cautivado por los moros el P. Fr. Cristóbal Flores y llevado a Argel, en donde padeció muchos trabajos, y dió gloriosamente la vida por la exaltación de la S. Fe Católica

Ofrecióse por aquellos tiempos sobre negocios de la provincia, enviar un procurador a España, y siendo tan diligente el P. Fr. Cristóbal Flores, y de quien se podía confiar la legacía, por ser su espíritu tan ardiente, y el amor a la religion tan grande, determinaron enviarle los prelados, según mis cómputos en el capítulo que se celebró el año de 1623 o poco después. Habida oportunidad, se aprestó al viaje con indecible gozo de su espíritu, porque, como decía él mismo, no sé que interiores avisos le decían que le importaba aquella jornada, sin llegar a conocer en qué materias o fines le podía ser de consuelo. Embarcóse en Honduras para Castilla, y llegando a las costas de la Europa, fué aprisionado con otros por unos navíos de moros, que andaban a corso, y trasladado a Argel, desembarcando en el puerto de Salé en la Africa; allí con otros cautivos le vendieron a un moro poderoso, y gran señor en aquellas tierras. Y como el fervor de su espíritu era tan ardiente, a vuelta de los ejercicios de esclavo hacía pláticas espirituales, fervorizando al martirio a los cristianos que con él habían sido aprisionados, y a los que halló cautivos en Argel ejercitándose, cual otro Tobías, en seguir el camino de la verdad, buscar y solicitar con doblado trabajo y tareas con qué socorrer a los cristianos que le eran compañeros en el infortunio, dándoles liberal el pasto espiritual, y en cuanto le era posible, el corporal. No disgustaba del todo a su amo, ni ignoraba algo de lo mucho que hacía entre los cautivos el Franco (que así le nombraban) pero se daba por desentendido en lo que pudiera ser, violación de su falsa secta, porque a vueltas de estos defectos tenía en él un esclavo que valía por muchos para servir, o lo más cierto sería no saber todo lo que Fr. Cristóbal hacía, por ser gran señor su amo, y como tal no ocuparse en registrar el vivir de sus esclavos. Mas, llegó a tanto lo que el buen religioso hacía en obsequio de su Ley evangélica y santa, con ocasión de el bautismo de una criatura nacida de una cristiana cautiva, que se le descubrió estarlo muchos años había; que ya con cuidado era acechado de los que regían los presos, y puesto a pocos lances en una mazmorra, y afligido con doble trabajo.

Mucho tuvo en ella el buen fraile, porque le ocupaban en los más bajos y asquerosos oficios que había, oprobiándole también con las palabras, llamándole encantador y hombre ruín, perro y embustero. Nada de todo esto sentía, como el verse alejado de sus concautivos cristianos: y diera por bien empleados los continuos afanes, calamidades y desventuras que padecía, por lograr un solo rato de exhortación a los suyos, y esforzarlos a padecer y perseverar en el cristianismo hasta dar las vidas por su santa ley. No perdía ocasión de hacerlo así, a voces y sin recelo de ser muerto, porque esto deseaba. Intentaron los astutos agarenos el contrastarle por medio de una

mora hermosa y licenciosa, porque hicieron concepto de que si le hacían renegar, tendrían un gran pregonero de su secta, a cuya persuasiva se rindieran y renegaran los demás cristianos. Mas como él era tan avisado, y su espíritu tan constante en la castimonia, desde los escarmientos de sus mocedades, aunque batalló, venció valeroso a ejemplo de nuestro seráfico Padre San Francisco, no con aquel estupendo arrojo a las llamas, ni con el donaire seráfico, sino con el ardimiento de sus abrasadas palabras y esforzada resistencia, que con la asistencia de la divina gracia, hizo todas las veces que con semejante deshonestidad intentaron provocar su invencible fortaleza.

Irritado de ver el escarnio que hacían aquellos bárbaros de la ley cristiana, contrapuntándola con su nefando Alcorán, se salía las veces que podía, y en voz alta decía la ceguedad en que vivían, teniendo por ley suave la perdición y anchura del vivir. Aunque los moros que le oían se escandalizaban de oir las (que decían), blasfemias de su secta, y se irritaban rabiosos, no osaban poner manos en su persona, por la atención que tenían a su amo. Y aunque él repetía sus fervorosas predicaciones, reprendiéndoles sus errores, anunciándoles por verdadero hijo de Dios a Cristo, y por verdadera madre suya a la virgen María nuestra Señora, lo cual ellos contradecían, confesando solamente ciertas limitadas veneraciones a estas dos dignísimas personas, no se atrevían a matarlo, como los más de ellos deseaban, por justos juicios de Dios.

Llegóse empero la hora de Dios, en que su majestad quería recibir en víctima aquella alma generosa, que cual salamandra divina en el fuego de la caridad abrasada, tanto deseaba dar en cruentísimos tormentos la vida por la detestación de las mahométicas sectas, y comprobación de las divinas leyes. Y fue así, que un día que celebraban en una mezquita una fiesta a su maldito profeta los agarenos, que (según los cómputos y patente que después se echó por esta Provincia) era un jueves santo del año 1627, acordándose con tiernísimos afectos de la solemnísima celebridad con que la cristiandad venera las memorias de la institución de SS. Sacramento del altar, le vino tal furor, y se encendió tan activamente aquél corazón seráfico en celo de la honra de Dios, que cogiendo en la mano una cruz de palo que él hizo, y aferrado de que según la palabra de Cristo Sr. Nuestro, quien le confesase delante de los hombres y potestades del mundo, se hace digno de que el mismo Hijo de Dios le confiese delante de su eterno padre, en el acatamiento de su indecible grandeza; partió como un loco, o embriagado de espíritu hacia la mezquita, clamando a voces por las calles ser solamente verdadera la ley de Jesucristo, y que en ella únicamente había salvación, y por el contrario en la perversísima secta del maldito Mahoma, que en los infiernos ardía, sólo le podía hallar condenación eterna en compañía de demonios. Entró en la mezquita, y púsose en parte pública dando voces y clamando su tema. Los moros quedaron asombrados de tan extraña resolución, y que tan pródigo de su misma vida la expusiese tan manifiestamente a la muerte el cautivo. *Franco,* le decían, *¿qué dices? ¿Vienes a embaucarnos con esas quimeras? Mira que conocemos que vosotros sois hechiceros a costa de dos infiernos, y que vivís engañados; conviértete tú, que desde luego te perdonaremos el desacato que has cometido contra esta santa casa del honor de nuestro santo profeta.* El varón esforzado, con más alientos daba voces,

y predicaba la ley de Dios, vituperando los engaños y errores en que aquella canalla vivía, con tanto ahinco, perseverancia y fervor, que aun apechugando muchos de ellos a echarle de la mezquita con bofetadas, palos y coces, haciéndole pedazos en la cabeza la cruz que llevaba en la mano, jamás pudieron echarle, protestando el esclarecido campeón de la fe que primero le harían menuzos, que dejar de clamar en defensa de la verdad católica. Y como con su buena habilidad había aprendido muchas voces de la lengua arábiga, en ella les predicaba y confundía, reduciendo a sangrienta palestra aquella abominable casa.

Resolviéronse los moros, sin atender ya los respetos de su amo, o porque él lo permitiría, a darle cruel muerte, y con una algazara y gritería que parecía aullido de demonios, a una voz clamaron todos: *Muera este perro loco, que con sus falsedades y embelecos nos quiere engañar, muera este maldito blasfemador de nuestro santo profeta, que está hallado de Dios, el santo Sid Mathameh, Nevi de Alá,* [1] *para que ganemos todos la gloria;* y cargando con furiosa rabia en el bendito varón aquella infernal canalla, a pedazos, golpes y alfanjazos le hicieron menuzos, dividiendo en muchas partes su cuerpo, sin cesar él de predicar mientras le duró la vida, dividiendo la última voz la muerte, para que acabase alabando a Dios en la gloria. Su cuerpo así quebrantado y dividido, fué arrojado a un muladar, en donde más no se supo de él, porque quedaron los cristianos cautivos tan amedrentados, que no hicieron poco en conservar sin negar la fe católica, la vida.

Ya, según la cuenta, era muerto el ínclito confesor del Evangelio, cuando llegó a esta ciudad la nueva de ser cautivo, y como era tan querido de todos el buen P. Fr. Cristóbal, hubo en esta ciudad tres piadosos hombres, que fueron Alonso Alvarez de Vega, y don Pedro de Barahona, deudos suyos, y Andrés Gómez Portugués, que dieron entre todos dos mil ducados para su rescate. Enviáronse con toda celeridad y cuidado para este efecto, y cuando llegaron los redentores, hallaron en España la dichosa noticia de su martirio. Avisaron de allá a los prelados de esta provincia, y ellos a los bienhechores, quienes con la liberalidad que habían hecho aquella donación, quisieron continuarla, y que empleasen la cantidad en ornamentos para el divino culto, que sirviesen en este convento, donde el P. Fr. Cristóbal se le había dado el ser en lo espiritual. Con estos efectos se hizo en España un ornamento negro de rico terciopelo, bordado de oro, y otro blanco, y otras cosas que de acá se insinuaron, queriendo Dios que aún después de muerto, fuese útil y provechoso a la religión el P. Fr. Cristóbal, no solo en el lustre que dió a este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, con su ejemplar vida y virtudes, y lo que esclareció a esta Provincia su dichosa madre con su feliz muerte, sino también en lo temporal, para que se perpetuase ante el augustísimo Sacramento del Altar, cuya dulce memoria, encendió sus afectos, la de quien por tantas razones es merecedor de que la tengamos.

Llegada la noticia de su muerte a esta Provincia, el muy religioso Provincial N. P. Fr. Alonso de Padilla, echó patente avisando de estas circunstancias que de España se le escribieron e hizo una plática con tanto fervor y espíritu a esta santa comunidad, que hizo salir las lágrimas a todos, y

(1) Es transcripción caprichosa de Vázquez.

encenderse en deseos de acompañar a su difunto hermano en dar gloriosamente la vida por la predicación del Evangelio, echándose a los pies del Provincial muchos religiosos con ferventísimo espíritu, pidiéndole licencia y bendición para ir a hacer lo mismo, así entre los infieles que no son sectarios, sino paganos como lo son los indios; como entre los bárbaros mahometanos, que tal corona habían labrado en sus crueldades a su dichoso hermano. De algunos que consiguieron la licencia para ir a predicar entre infieles, tenemos dicho y diremos, escribiendo sus vidas. Lo cierto es que aun el mismo Provincial tuvo impulsos de seguir los pasos de este feliz atleta de Jesucristo, y que lo hubiera puesto en ejecución, si no fuera por las ocupaciones de su oficio, y aunque propuso de hacerlo con otros a quienes consoló con que le acompañarían cuando acabase su oficio: *morte praeventus* pasó a conseguir la gloria correspondiente a sus muchos merecimientos y apostólica vida, y de los otros que vivían con esperanza de derramar su sangre por la exaltación de la fe, algunos consiguieron el intentarlo, y otros ni aun esto, porque como Dios sabe lo que más nos importa, corrige nuestros dictámenes encaminándonos por los medios más proporcionados a la salvación eterna.

CAPITULO VIGESIMO CUARTO

Que trata de la vida del muy ejemplar religioso N. P. Fr. Diego de Fuenllana, provincial que fué de esta santa provincia, con muchos créditos de observante

---

El R. P. Fr. Diego de Fuenllana fué natural del Puerto de Santa María en los Reinos de Castilla, hijo de la Santa Provincia de Andalucía, de donde vino a esta de Guatemala, en misión, con deseos de emplearse en la conversión de las almas, sabiendo cuan grande sacrificio es a Dios tan santo ministerio. Fueron sus condiciones y propiedades tales, que en su vida ejemplar representaba un perfecto religioso muy observante de la regla y constituciones de nuestro estado; grande en la humildad, verdadero pobre de espíritu, que siendo muy pródigo y liberal en socorrer las necesidades de sus hermanos, y en el servicio del culto divino, usó de tanta parsimonia consigo, que aun lo que pudiera por su misma mano tener de alivio en los trabajos con alguna excepción, jamás lo permitió ni quiso, aunque llegó muchas veces a tener necesidad de algún regalo. El mayor para él era ver la observancia regular de este santo convento, y que no se admitiese ni la más leve dispensación en las observancias monásticas. Fué maestro de novicios con grande aprobación y mucha utilidad de los que merecieron ser discípulos suyos, porque tenía singular gracia de gobernar, adornada de consejos saludables, santa doctrina y ejemplo general de virtudes. Por esta causa fué muy grato y amado de los hombres, y respetado de los religiosos, y acepto a los príncipes y señores del siglo, en cuyas voluntades dominaban sus razones,

siendo el oráculo para las consultas de las dificultades que se ofrecían en todos estados, y su parecer el primero que se seguía, y con más satisfacción se abrazaba.

Ejercitóse grandemente en el sacro ministerio de la predicación, con tanta aceptación de todos, tan universal aclamación y séquito, que motivado de esto N. M. R. P. Comisario General Fr. Diego de Otalora por una su patente de 26 de diciembre de 1617, después de haber acabado el oficio de Vicario Provincial de esta Provincia, el devoto padre Fray Diego de Fuenllana, le encargó el que no cesase en el ejercicio santo de la predicación, y que en los conventos donde se hallase (para crédito de nuestro santo hábito) siempre que cómodamente pudiese en cualquier solemnidad predicase. En que se conoce la mucha satisfacción que de su paternidad se tenía, y cuán útil era su persona para este ministerio. Y aún lo mismo más expresamente dice el mismo Rmo. Padre comisario en otra patente de la misma fecha, alentando al venerable definitorio de esta santa provincia de Guatemala, a conservar y mantener la mucha autoridad y crédito (son palabras formales) que tiene en materia de púlpito y letras.

Como era tan acreditado el sujeto y tan acepto a todos, en el capítulo que se celebró en esta santa provincia el año del Señor de 1615, fué electo el Padre Fray Diego de Fuenllana en Guardián de este convento de Guatemala, habiendo sido en el tiempo antecedente definidor. Ejerció este oficio, como los demás con toda aceptación y crédito. Fue sustituto del espíritu de los fundadores y celó tanto la observancia regular, que decía en las frecuentes pláticas que hacía a los religiosos que sólo por un milagro había de verse religioso de S. Francisco en la calle. En el oficio divino puso tanto cuidado, que jamás faltó al coro de día, ni de noche, ni permitió se dispensase una sola vez el que se rezasen los maitines a media noche, aunque fuesen causas muy urgentes. Tan tenaz fué en esta observación, que en ocasión de una peste general que hubo en su tiempo, pidiéndole los Padres de Provincia dispensase en la hora de los maitines, respondió que le absolviésen del oficio primero, que permitir que se introdujese por su causa tanta relajación. (1) En lo demás del séquito de la comunidad fué de la misma manera. Procuró el tiempo que fue Guardián, que estuviesen bien mantenidos los religiosos, y que más aína abundase, que no el que anduviesen hambreando o trayendo de fuera algún puchero. Con esto y muy suaves palabras los exhortaba a nunca faltar del refectorio de día ni de noche, diciendo que no malograsen la bendición, que a los sujetos y a las viandas daba Dios en comunidad, y que con experiencias grandes debían saber, que lo que fuera de la comunidad se comía hacía daño y perdía el sabor, porque no era con la bendición de la comunidad. Esto experimentaron algunos que no bajando a cenar por achacosos, bajando después, movidos de las suaves exhortaciones de este prelado, mejoraron de sus achaques, sirviéndoles de antídoto las viandas que en comunidad se administran.

Tenía especial gracia para corregir y reprender, y jamás usó de palabras ásperas, ni mucho menos mal sonantes, ni aun levantaba la voz para corregir, sino que usaba de palabras tan amorosas, y de tanto cariño y sua-

(1) A esta ocasión parece referirse lo que dice Vázquez en el Capítulo XVI de este mismo libro.

vidad que quedaba el corregido, no solamente enmendado, sino agradecido. Por esta causa le adapta el R. P. Jubilado Fr. José de Moreira en los fragmentos que tratan de su vida, y muy bien, un verso del psalmo 22 de David, que dice: *Virga tua, et baculus tuus, ipsa me consolata sunt,* porque en la misma corrección y vara administraba el báculo, para preservar de la caída, y uno y otro hacía que fuesen de consuelo a los inferiores y súbditos.

Habiéndolo hecho Provincial de esta Provincia el año de 1615, el M. R.. y religioso P. Fr. Juan de Castilnovo, y muerto a poco más de un año, siendo Guardián de este Convento de Guatemala el devoto Fr. Diego de Fuenllana, hallándose el venerable definitorio huérfano de tan amante padre, y sin la expresión de las leyes y constitución de la religión, que corren desde la congregación general de Segovia del año de 1621, dificultando en la elección, se juntaron cuatro padres de provincia, que habían sido provinciales de esta y los padres definidores, y confiriendo la materia, determinaron por auto de 24 de febrero de 1616 su fecha en el convento de la Limpia Concepción de Almolonga, el que se eligiese una cabeza que gobernase y rigiese la provincia, hasta dar cuenta al Rmo. P. comisario general Fray Cristóbal Ramírez. Y en ejecución de este decreto se volvieron a juntar en dicho día, y eligieron al P. Fray Diego de Fuenllana, que había sido definidor y era actualmente guardián de este convento de Guatemala, en comisario provincial. Con este título gobernó la provincia, y celebró el capítulo intermedio con grande aprobación del gobierno. Vino después a celebrar capítulo el R. P. Fr. Hernando de Nava, Padre de la Provincia de Yucatán, y pareciéndole que el provincial Fr. Diego de Fuenllana no podía haber sido nombrado por el definitorio comisario provincial, y no atendiendo a una patente que había expedido el Rmo. P. Comisario General Fr. Cristóbal Ramírez, en que aprobaba y daba por buena la elección que había hecho el definitorio, trocando el término comisario en vicario provincial, declaró no deber gozar de las exenciones de padre de provincia. Reclamó el P. Fr. Diego de Fuenllana al Rmo. P. Comisario General Fr. Diego de Otalora, sucesor del M. R. P. Fr. Cristóbal Ramírez, representando su justicia, y expidió patente (que original tengo entre las manos) en que declaró por legítimo y verdadero Vicario Provincial y prelado superior de esta Provincia, el tiempo que gobernó, el P. Fr. Diego de Fuenllana, y que como a tal se le debían guardar las preeminencias, exenciones, que al dicho oficio corresponden, precediendo a todos los padres definidores actuales y habituales, y morar en el convento que quisiese, y más bien visto le fuese en toda esta Provincia, honrando sus gravísimas prendas, religión y virtud, como consta de la misma patente, su fecha en el convento de Corpus Cristi de Tlanepantla, a 26 de diciembre de 1617.

Este reclamo que hizo al prelado superior, motivó a algunos pocos avisados a que hiciesen menos concepto de su virtud y religiosidad, como si el pedir justicia fuera delito y no hubieran hécholo así los santos, porque aunque es bien tengan tolerancia los religiosos, nunca pareció ajustado el que fuesen insensibles y con haber ocurrido al superior sosegó los disturbios, que se podían originar en lo jerárquico de la Religión. Mas, a los cuerdos pareció tan bién, y el sujeto era tan bien visto, que en el capítulo que se celebró en la ciudad de Chiapas a 7 de diciembre de 1619, fué electo en Ministro Pro-

vincial con general aplauso y aceptación de la Provincia. Gobernó su trienio con la aprobación y justificación que había procedido siempre, y acabado su oficio, como era tan acreditado en la amabilidad y don de gobierno, fué nombrado comisario y visitador y presidente de capítulo de la Santa Provincia de Nicaragua, a donde fué, y celebró sus funciones con muchos créditos de nuestro santo hábito, eligiendo Provincial al religiosísimo P. Fr. Antonio Roque, de cuya religiosidad duran en aquella Provincia hasta estos tiempos las memorias, y volvió sin el menor gravamen de conciencia de la celebración del capítulo, obrando en todas las eleccionones con tanto acierto, como quien propuso y afijó en su alma por dictamen, no hacer cosa que no hiciera si se hallara con la candela, y Sto. Cristo en la mano, para dar cuenta a Dios, y que todo su conato fué no tener de qué arrepentirse en aquella hora fatal. Dejó con sus acertadas operaciones, norma y expreso ejemplar de bien obrar a todos los comisarios, llenando con la práctica el gran concepto que siempre se hizo de sus prendas, celo y religiosidad.

Vuelto a esta Provincia se ocupó en el ministerio sacro de la predicación, hasta que nuestro señor fué servido de llamarle, dándole una ejemplarísima muerte y de mucha edificación a esta santa comunidad, declarando por la cuenta que le esperaba no haberse acostado jamás con culpa mortal, ni haber tenido mala voluntad a sus prójimos, y que el haber celado algunas cosas no había nacido de sospecha que tuviese de que alguno quebrantase la regla, sino de deseo de que se conservase en su más perfecta observancia, y que todos caminasen a Dios, que fué lo que más procuró en todas sus obras y acciones y que el haber estorbado a algunos religiosos el que fuesen a predicar a los infieles, con deseo de padecer martirio, fué por entender cuán gran servicio era a Dios el morir cada día el religioso, tener paciencia en las adversidades y padecer con conformidad de la propia voluntad con la de Dios. Y que así había dicho y decía: *Si quieren ser mártires, sigan la comunidad, y tener paciencia*. De esto tomó motivo para muy piadosas exhortaciones que hizo a los religiosos, y oyeron todos con mucha ternura, edificándose de la humildad, con que el devoto religioso pidió perdón a todos de sus yerros, deseando besarles los pies aunque el achaque y debilidad le impedía. Pasó a gozar de su divina Majestad, dejando muy edificados a todos los religiosos, y muy loables memorias de sus procedimientos religiosos, observancia regular y negación de su propio querer. Y todos le tuvieron por religioso venerable, y digno de memoria para norma de prelados y ejemplar de todos. Halláronle después de muerto un áspero cilicio a raíz de las carnes, y otras mortificaciones que usaba se descubrieron entonces, porque tenía ceñidos apretadamente los muslos con unos muy delgados cordeles, que juntas estas señales con su ajustado vivir y observancia regular, fueron motivo para que le venerasen por muy siervo de Dios, y para creer piadosamente había partido de esta penosa vida, a gozarle en aquella felicidad inacabable.

CAPITULO VIGESIMO QUINTO

De la ejemplarísima vida del muy virtuoso y doctísimo varón venerable N. M. R. P. Fr. José de Gabaldá, provincial que fué de esta santa provincia de Guatemala

---

Dichosa siempre Valencia, repitió en todos tiempos el dar ilustres hijos a esta santa provincia de Guatemala, que la ilustrasen con famosas letras y doctrina. Entre muchos que por dicha suya ha gozado esta provincia, hijos de aquella (como hemos dicho de algunos y diremos de otros), fué uno que valía por mil N. M. V. P. y varón doctísimo Fr. José de Gabaldá. Fué en su nacimiento ilustre en sangre, emparentado con los más ilustres caballeros de la misma ciudad de Valencia. Esclareció su nacimento con la recepción del hábito de N. P. S. Francisco en el convento de Nra. Señora de los Angeles de Jesús, en donde el tiempo del noviciado, y primeros estudios de las artes liberales, dió tan buen ejemplo que fué reputado de todos por virtuoso y ejemplar, concibiendo de él los religiosos de aquel observantísimo convento, lo mucho que había de ser en la religión, y cuánto había de adelantar en letras y virtud, quien con tan notorias ventajas en sus costumbres lucía, a vista de tan ejemplarísimos varones; que no está restricta la virtud y maduro juicio al número de años, sino a la pureza de vida, como dice el Espíritu Santo, pues las canas que más ilustran son la madurez en el hombre y la ancianidad juiciosa, no computada por tiempo, sino por limpieza y puridad en las obras. Fueron las de este religioso desde niño muy de hombre anciano, porque demás de que parece propensión de los de su estirpe el ser igualmente doctos y santos, lo particular de su modestia, buenas inclinaciones, aplicación y humildad, parece que se negociaban aún más que los lustres de sus ascendientes, y que en él, se derivaban de su patria; los que a él a ella y a ellos daba, y había de dar con su vivir. Hermosa es la generación casta con esclarecimiento; pero más bella la que al mismo esclarecimiento de la estirpe vuelve gloriosa siendo para con Dios, y para con los hombres conocida por inmortal su memoria.

Debiera serlo en nuestro agradecimiento la de tan V. P. y porque pasemos ya a escribirle entre los hijos de aquesta Santa Provincia, es de saber (como diremos escribiendo la vida y muerte del excelente varón Fr. Estéban Verdelete) que habiendo ido de esta Provincia el P. Fr. Estéban a negociar en el real Consejo, la facilitación de la entrada a los infieles de la Taguzgalpa, y traer para este intento misión de religiosos, y entre los ilustres y espirituales varones que trajo el año de 1608, que uno el hermano Fr. José de Gabaldá, corista de pocos años de hábito, y que solamente había acabado de oír el curso de Artes con grande aprovechamiento, por la rara claridad de su ingenio y aplicación virtuosa a su estudio. No le inquietó para venir a las Indias el ascenso a mayores puestos, ni la aptitud que pudiera tener a cátedras porque uno y otro en la Santa Provincia de Valencia, se le negociaron

seguros sus letras y virtudes. Persuadióle sí a desprenderse de los pechos de su amantísima madre, el fervoroso celo de la salvación de las almas, con que el P. Fr. Estéban solicitaba operarios para las nuevas conversiones que intentaba, proponiéndoles la roja púrpura del martirio que pudieran conseguir, y las cruentísimas insignias de afanes, trabajos y tormentos, con que podían a costa de sus sudores y sangre ganar almas para el cielo. Este único motivo, este impulso celestial, y este ardiente deseo sacó al hermano Fr. José de su patria, dando de mano al estudio a que había sido tan aficionado, por juzgar víctima más agradable a Dios la propia vida por la exaltación de su santa ley, que el continuado holocáusto en la penosa tarea de los estudios. Acción por cierto que manifiesta su buen espíritu, pues siendo su capacidad tan aventajada y su aprovechamiento en las Artes tan conocido; esto mismo que tiraba su entendimiento, no pudo servir de rémora a su voluntad, para que dejase de emprender la árdua jornada que pretendía. Que si fuera su vocación por hallarse ofuscado en los estudios y falta de la inteligencia (como suele suceder a los principiantes) aun fuera excelente su resolución. Pero que cebado en los papeles, embelesado en las sutilezas, y aprovechado en los estudios, les diese de mano para hallarse desembarazado, y ofrecer a Dios su misma vida por la espiritual de las almas, es sacrificio de hijos del entendimiento muy semejante al memorable del Fénix de los ingenios S. Agustín que le levanta a fueros de divino el ingenioso Vieira.

Como el dictamen del hermano Fr. José, que le traía a las Indias, era el padecer por la honra de Dios, manifiesta el mismo (sin dar a entender su nombre) en la vida que escribió del P. Fr. Esteban Verdelete, los grandes deseos con que venía, y constancia de ánimo con que apetecía el derramar su sangre por la exaltación del Evangelio. Este deseo y conato se continuó en el P. Fr. José, mientras vivió, avivándole más el feliz pronóstico de haber entrado aquella feliz misión en este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala el año de 1608, a los 13 de octubre, día en que la Religión Seráfica celebra los siete esclarecidos mártires de Céuta, teniendo por profecía en la representación de sus deseos el acaso. No tuvo efecto el que entrase con el P. Fr. Esteban el Hermano Fr. José en la ocasión, que él entró, por causa de no hallarse sacerdote ni tener edad para serlo en el tiempo que vivió el ilustrísimo señor Obispo de Guatemala, D. Fr. Juan Ramírez, y haber vacado la sede cerca de cuatro años por su muerte. En este tiempo le hizo la obediencia proseguir en los estudios de la Sagrada Teología, los siguió con tanto aprovechamiento, que a los tres años de ella era consumado teólogo, y tan de nombre, que en el capítulo provincial, que se celebró en esta provincia el año de 1612, habiendo sustentado un acto literario el Hermano Fr. José, con admiración del gravísimo teatro, el R. P. Comisario le llevó a México, con pretexto de que allá se ordenase por estar esta iglesia sin obispo, y para que en aquella Minerva descollase aquel ingenio entre tantos, como siempre han florecido en aquella Atenas indiana.

Fué pasante los tres años, que en el convento grande estuvo, con mucho aplauso de los entendidos, y séquito de todos, que quisieran se quedase en aquella Santa Provincia; mas, el amor de esta, que como a madre la estimaba, le hizo que volviese presto a ilustrarla con sus adelantadas tareas. Luego que llegó le hicieron Lector de Artes, y sacó tan grandes discípulos

de este curso, y otro que leyó después, que dió a la Provincia sujetos para las cátedras por muchos años. En el tiempo que leyó (y toda su vida) fué tan perseverante su estudio, que jamás dejó de levantarse a la hora del alba, acostándose siempre a maitines, a estudiar con tanto tesón, que en toda su vida no hubo persona que le viese desocupado. Su corriente era levantarse al alba a estudiar para leer a la hora competente, y después decir misa, encerrarse otra vez a estudiar, y rezar hasta la hora de comer. Apenas reposaba cuando continuaba la tarea (interponiendo lo que era servicio de la comunidad, y cumplimiento de su oficio) hasta maitines indispensablemente. Jamás se acostó sin haber tenido una hora de oración mental, otra de estudio de las materias que leía, y otra de las que pudieran ser a propósito para defender el misterio de la Purísima Concepción de Ntra. Señora, de quien fué sumamente devoto. Y como en aquellos tiempos no tenía la opinión piadosa de su original pureza, el feliz estado que hoy goza con los decretos y bulas apostólicas que se han expedido, trabajaba con todo conato por la devoción cordialísima que a este misterio tenía, escribiendo y apuntando las materias necesarias para la defensa del misterio. Entre las muchas obras que trabajó, he visto un volumen de más de doscientas fojas, de elogios de la purísima Reina de los Angeles y Señora nuestra dibujando en Ester y su incomparable hermosura, a la Madre de Dios con tiernos hemistiquios, elogiando su pureza. De las demás obras que en varias materias compuso, daremos noticia en lo que adelante escribiremos de su vida.

Fué toda la de este ejemplarisimo religioso una perfectísima idea de la observancia regular, una norma de recogimiento y pureza de vida, sus letras las más singulares y aventajadas que se conocieron en aquel florido siglo en todo el reino; su nombre, el más celebrado en las escuelas; tanto, que en el emporio de México en cosas muy dificultosas y resoluciones arduas, le enviaban a consultar para seguir su parecer, como sucedió, demás de otras ocasiones, en una sobre ciertas dependencias de la válida administración de los naturales, rita y canónica encomendada a la Religión Seráfica, por los reyes católicos de España, como patronos de las Indias, por indultos y concesiones apostólicas. Sobre esto escribió un tratado, cuyo título es *Antidoto del varias especulaciones,* discurriendo con esclarecido ingenio, viveza de palabras y nerviosidad de conclusiones lo concerniente a la materia, sobre las dos alas que fueron dadas a la misteriosa mujer del Apocalipsis; siendo tan irrefragables sus razones, tan sólidos los fundamentos de sus escritos, y tan prontas sus noticias, que consiguió el intento contra la emulación cavilosa, que en esta provincia y en el reino mexicano intentaba obscurecer las incomparables glorias, utilísimos servicios y grandes utilidades que la religión seráfica en las Indias ha dado a la monarquía de España, y las innumerables almas que con su predicación, doctrina y ejemplo ha colocado en el cielo. Prosigiuendo con incansable tesón en la lectura de Artes y Teología, llegó a jubilar con los cabales que piden los estatutos de la Orden, y con supererogaciones grandes. Y no contento ni fatigado con la penosísima tarea de quince años de lectura, conociendo lo que en esto servía a la Religión, continuó leyendo toda su vida, y aunque la religión le ocupó en varios ministerios y prelacías, nunca cesó de la lección, teniendo tiempo para leer con la puntualidad que antes de jubilar, para estudiar incesantemente tanto,

que considerando algunos grandes hombres de aquella era sus muy sobresalientes letras, le solían decir ya a la vejez, que ¿para qué estudiaba? y respondía que para saber algo. Y teniendo también lugar para escribir muchas obras y tratados, que aunque por no haber en aquellos tiempos, ni muchos después, imprenta en esta ciudad, no se dieron a la estampa. Porque no se pierda la memoria, diré aquí los libros que según la de muchos que viven compuso:

Dos cursos de Artes, con la Metafísica aparte, *iuxta Doctoris Subtilis mentem.*

Sobre el primer libro de las Sentencias, dos tomos de grande erudición y trabajo.

Sobre el segundo, otros dos tomos.

Sobre el tercero, tres.

Sobre el cuarto de las Sentencias, uno, y otros tratados y sermones, pláticas *ad fratres* y obras muy ilustres, que muchos de los que viven conocieron en la librería, y también supieron el malogro de tanto trabajo porque el celo de un R. P. Comisario, en órden a componer la librería de este convento, fué causa que habiendo tantos volúmenes manuscritos (que eran los referidos, y otros de este esclarecido sujeto y otros muchos) para que cupiesen en los estantes los impresos, mandó sacarlos, y tuvieron tan lastimoso paradero, que en las boticas y pulperías se consumieron.

Por sus relevantes prendas, nombre excelente y mucha virtud, en el Capítulo Provincial de esta Provincia, que se celebró en Chiapa, a los 14 de octubre del año de 1628, aun teniendo escasamente el P. Fr. José de Gabaldá treinta y nueve años de edad, fué electo, con general aplauso, en Ministro Provincial de esta Provincia, poniendo los ojos en él aquellos antiguos VV. PP. por hallar en este sujeto la madurez, prudencia y expedición que el oficio requiere. Cogióle la nueva de su elección tan de improviso, e impensadamente leyendo su cátedra de Teología en este convento de Guatemala, cuanto por pensamiento jamás le había pasado tener aptitud para tan oneroso ministerio. Estuvo de parecer de no admitir el oficio, porque como su natural era de tanto recogimiento y su vivir tan retirado, que solamente le veían los religiosos en el coro, iglesia o clases; se le hacía muy pesado el perder la quietud de su celda y estudios, y haber de ocuparse en materias, que a él le parecía imposible, por su humildad, tener expedición para ellas. Sin embargo, por no resistir a la voluntad de Dios, y persuadido de los religiosos de este convento, que le había experimentado de Guardián en el trienio antecedente, y conocido su prudencia, religiosidad y talento para el gobierno, instado con las palabras que la iglesia N. Madre dice a N. P. S. Francisco, cuando consultando a Dios por medio de N. M. Sta. Clara, y del V. P. Fr. Silvestre, tuvo por divino oráculo, que no sólo había de vivir para sí, sino para aprovechar a otros, casi compelido de afectos y razones hubo de aceptar el oficio.

CAPITULO VIGESIMO SEXTO

En que se prosigue la vida de N. M. R. P. Provincial Fr. José de Gabaldá, y se dice de su mucha prudencia, devoción y celo religioso

---

No mudó el ejemplarísimo varón con la dignidad sus religiosas costumbres, antes sí las perfeccionó, como quien conocía que le había puesto Dios en el candelero de la prelacía, para que alumbrase a todos, y que a fuer de antorcha resplandeciente, se había de deshacer y consumir, por desterrar sombras y que ninguno de toda la casa dejase de participar sus claridades. Y que siendo sal (como lo deben ser los prelados), había de conservarse a los ardores de la divina gracia, sin admitir terrestres humedades para no enfatuarse, y poder servir sin contingencia de ser arrojada, como inútil. Era ciudad puesta sobre el monte del superior oficio, a vista de todos, para que su ejemplo fuese la norma y pauta de las religiosas operaciones. Y así, como sol, sal y ciudad procuró este venerable varón, que las suyas no sólo no desdijesen de lo que hasta allí, sino que levantándose a sí mismo sobre sí, poniendo en el polvo del paradero de todo, su consideración, no tuviese de qué dar cuenta a Dios en la terrible residencia que a los prelados espera. Si hasta allí había sido el esclarecido P. Fr. José de Gabaldá obediente, de allí para adelante, fué mayor su resignación, oyendo y obedeciendo lo que le hablaba nuestro Dios y señor, así por los mandatos superiores, como por los súbditos que le insinuaban lo que le podía importar.

Siempre tuvo compañero religioso a quien señaló por su guardián a imitación de N. P. S. Francisco, para obedecerle con tal rendimiento, que no pudiese ir ni hacer contra su obediencia y voluntad cosa alguna. Observación digna de tan venerable religioso, y digna también de ser imitada de todos, especialmente de los sujetos crecidos en la religión, para que sujetándose al dictamen prudente de otros, no sólo aseguren los aciertos en el gobierno, conforme a lo que el Espíritu Santo dice: *Salus autem, ubi multa consilia* (Prov. cap. II) ni solo ejerciten la heroica acción humilde de obedecer, aun siendo de la clase superior de mandar, sino que también afiancen el no precipitarse ciegos, en el laberinto del propio capricho, a que el amor propio con nocivos impulsos persuade.

Si hasta allí había sido pobre lector el muy religioso varón, de allí para adelante lo fué tan extremadamente, que jamás tuvo aun lo que había menester, siendo júbilo grande de su espíritu, el faltarle a veces en la celda algunas cosas necesarias para pasar la vida. Tan frecuente era en èsto, que algunas veces le socorría el compañero de algunas tablillas de chocolate; porque, o divertido en el estudio, o lo más cierto olvidado de lo temporal por buscar lo eterno, no cuidaba ni de comer ni de beber, de manera que me certificó a mí el M. R. P. Fr. Diego de Ocaña, qúe le asistió de compañero mucho tiempo, que parecía imposible, el que pudiese conservar la vida con tan débil alimento, y tantos cuidados en un sujeto. En la castidad fué tan excelente como antes y después, pues la conservó tan pura hasta la muerte,

que sin macular la virginidad pasó a gozar de Dios como diremos después. Tanto se deshizo a fuer de luz, que aun no teniendo cuarenta años, tenía ya la cabeza blanca como si tuviese sesenta. Gobernó pues la Provincia, con la equidad, prudencia y celo que había gobernado este convento siendo Guardián (que otra comparación no quiero darle) tanta fué su virtud, tanta su afabilidad, amor a los religiosos y celo de la observancia regular, que sin apasionarse a parte alguna, hallaba su discreción modo, para que conociesen los más virtuosos lo mucho que le agradaban, cuanto más lo eran. Celó mucho la descalcez y desnudez, sin usar jamás de lienzo, ni dispensación en el calzado, aunque padecía continua flaqueza de estómago, el permitir que religioso alguno, sin urgentisima necesidad usase de alguna dispensación. Veces hubo, que dando licencia los médicos a algún religioso para usar lienzo o calzarse por sus achaques y enfermedades, al ir a refrendarla del Provincial, con tanta suavidad proponía la estrechísima obligación de nuestro estado, y lo que Dios favorecía por medio de N. P. S. Francisco a los observantes de su apostólica Regla, que aconsejándoles hiciesen experiencias de sus fuerzas, interpolando los días, hubo frailes que estando llenos de achaques, experimentaron en la descalcez y desnudez, una como milagrosa convalecencia, que atribuían a las palabras de su prelado y oraciones que él prometía hacer por ellos, en orden a su salud.

No sólo celaba en los religiosos la observancia de la Regla, sino que para no dar lugar a que algunos emprendiesen la vida religiosa, sin el espíritu y fervor que se requiere, hacía varias experiencias con los que venían a pedirle el hábito, a unos hacía que antes de recibirle, en su propio traje. aunque fuese muy aseado, fuesen a la cocina a lavar los platos y escudillas, y barrer, y otros ejercicios que les hiciesen perder el miedo de contaminar la limpieza y pulimento de sus vestidos. A otros enviaba a la huerta a que limpiasen las eras y cavasen la tierra. A otros que anduviesen con el humildero, sin sombrero ni capa, limpiando el convento de basuras, haciendo candiles para los faroles, y con una esportilla (que llaman cogedor) al cuello. A otros, probaba con otros ejercicios humildes y de penalidad, así en la enfermería como en las demás oficinas del convento con simuladas acciones y palabras al parecer injuriosas y otros modos que diesen experiencia de lo que había de hacer en la Religión el novicio, para que con este ventilabro se aventase la paja y quedase el grano. Con un caballero que le vino a pedir el hábito, usó una cosa, al parecer de algunos, descomedida, mas a los ojos de los verdaderos prudentes a lo de Dios, muy proporcionada. Era el tal mancebo entonado, de aquellos que llaman de copete, aseado y pulido y de presunción. Entróse en su celda a tiempo que el prudentísimo provincial estaba escribiendo, echósele a los pies, pidiéndole por amor de Dios le diese el hábito, para poder servir a Dios y salvarse. No quiso el provincial darse por entendido, y así no le respondió ni soltó la pluma, como si no hubiera entrado persona alguna en su celda. Segunda y tercera vez repitió su petición el pretendiente, y lo más que dijo el Provincial a la tercera vez fué: *Al astillero;* y diciendo y haciendo cogió un libro de sobre la mesa y le tiró con él. El mancebo con toda humildad alzó el libro del suelo, y besándole la mano se lo dió. Entonces, quitándose los anteojos, le miró de hito en hito la cara, y sonroseándose el mancebo, fué indicio por donde conoció el Pro-

vincial (como quien no solo por su saber entendía mucho de fisonomía, sino que estaba muy bien en la doctrina de San Buenaventura) que traía espíritu, y sin más dilación le dió la licencia, acción fué esta que aunque no pareció bien a algunos prudentes del mundo, el efecto manifestó el acierto de ella, porque el sujeto fué muy ejemplar religioso, y le sirvió siempre de estímulo para perseverar en su vocación procurando conseguir la salvación, que había venido a buscar.

Muchas fueron las virtudes, que relucieron en este ejemplarísimo varón, y de cada cual se pudiera escribir mucho, que por no dilatarme, refundo en que no hubo virtud alguna, que no estuviese como en su propio lugar en este gran Padre. La devoción a la SS. Virgen Ntra. Señora, fué tan arraigada en él, que desde que tuvo uso de razón, hizo voto de rezar cada día tres veces el rosario de N. Señora. Y como para profesar le preguntasen si tenía algún voto hecho, y él lo declarase, y el prelado le propusiese el conmutársele o dispensársele, su padre que estaba presente, hombre devoto y gran cristiano, se hincó de rodillas pidiendo a los prelados no le permitiesen emitir dispensación en el voto, y a él, el que perseverase en él (que era lo que él más deseaba por la buena educación en que había criado) controvirtiose la materia en el discretorio, y viendo aquellos gravísimos padres que no se oponía a los que hacía en la profesión, antes sí se fomentaba con eso su buen espíritu, dándole la inteligencia y lugar que se debía, quedó él en perseverar en su buen propósito, como lo hizo hasta la muerte, sin faltar día alguno a rezar tres veces el rosario. Como es de grande obsequio a N. Señora esta ocupación, y comunicaba él a esta celestial señora con tanta ternura y frecuencia, se encendía siempre más en su devoción, en cuyo ejercicio (no es dudable) tuvo muy prontos y celestiales socorros. Y aunque ninguna cosa de aparecimento milagroso se escribe de este venerable varón, podemos entender que de la inflamación de su voluntad a esta devoción con la Santísima Virgen, se le originaban los adelantameintos grandes de su entendimiento; porque así como en el alma malévola no entra la sabiduría, ni habita en el corazón donde los pecados se abrigan; por el contrario, en el alma que se halla poseída de la mística sabiduría María, Señora nuestra, se hallan con ella los inestimables tesoros de la sabiduría y ciencia divina.

En la devoción de los santos tenía mucha parte la del esclarecido Patriarca San José, no solo por ser santo de su nombre, sino porque como hombre docto sabía hacer aprecio de la encumbrada dignidad de Esposo de la madre de Dios. Y así no era necesario mientras él vivió que otro predicador tomase a su cuidado el sermón de San José, compúsole oficio propio a su devoción, que rezaba todos los días. Y como en esta ocupación, y otras entendiese, nunca le faltó tiempo para otras muchas devociones, para el Oficio Parvo de N. Señora, y muchos salmos, que rezaba todos los días. Ninguno le halló jamás desocupado (como dijimos), sino en la celda de rodillas rezando, estudiando o enseñando a cualesquiera religiosos que querían irle a preguntar o aprender de su celestial sabiduría. Y cuando se hallaba sólo a sus horas se entregaba al ocio santo de la contemplación. Esta fué tan perseverante en él, que jamás salió fuera de casa sin tener antes media hora o una de oración, pidendo a Dios dirigiese sus pasos a la guarda de sus justificaciones y mandatos, y que fuesen antorchas sus divinas palabras,

que le alumbrasen en el camino para asentar los pies en la senda de sus divinos mandatos. Por la calle iba rezando con el companero el oficio menor y de difuntos, y por cualquier ermita o iglesia que pasase, se hincaba de rodillas a la puerta, a rezar en cruz por las almas de los que allí estaban enterrados, la estación del Santísimo Sacramento. Cuando volvía a la celda tenía otra hora de oración en hacimiento de gracias por haberle Dios librado del Egipto del mundo, y traídole a la tierra prometida de la religión, y por haber asistídole aquella vez para volver incontaminada su alma y libres sus potencias y sentidos de las fantasmas del mundo. Aun para salir de la celda para otra en el convento, primero oraba de rodillas y pedía a Dios licencia, y después de vuelto hacía oración dándole gracias por hallarse ya en la quietud y recogimiento de su celda, donde tenía todo consuelo espiritual.

Entre sus continuos ejercicios tuvo singular devoción con el esclarecido apostol S. Pablo, cuyas epístolas todas las tenía de memoria, y se llegó a entender que el santo apóstol le dictaba en lo que escribía y estudiaba. Jamás se le pasó día sin leer un capítulo de la Sagrada Biblia, puesto de rodillas, y en lección de Santos Padres, en que gastaba algunas horas. Todas las del día y noche tenía tan ocupadas, que no vacaba un solo instante, y demás de estas cosas en que entendía, se aplicó a tañer el órgano, y con tanta humildad suplía en este ministerio las veces que era menester, que jamás mientras él vivió hubo falta en él, porque como era tan continuo en el coro a todas horas, antes que se sintiese la falta tenía prevenido el que no la hubiese, como si tuviese por oficio el ser organista. Lo mismo hacía para regir el coro, porque aunque la voz no le ayudaba, la destreza e inteligencia del canto le facilitaba, suplía no solo las ausencias del vicario, sino talvez ayudándole a las entonaciones, preciándose mucho de poder servir en este y otros ministerios a la comunidad. Y como el buen religioso, al paso que era venerado, era tan amado de todos, todo lo que hacía era bien visto, y el se daba lugar, enseñando cuanto él sabía sin escasez a sus hermanos, que como él aprendió con verdad sin emulación la comunicaba, pudiendo decir lo que la saviduría: *Sine fictione didici & sine invidia communico, et honestatem illius non abscondo.*

Zanjó en la humildad lo profundo de su saber, teniéndose por ignorante a vista de todos, y confesando ingenuamente que sólo sabía que no sabía. Era tan aclamado, así de maestros de las Religiones, como de los señores, que el ilustrísimo señor Obispo y doctísimo varón D. Fray Juan Zapata solía decir: no había mayor capilla que la del P. Gabaldá en las Indias. En ocasiones de alguna réplica en conclusiones o disputas escolásticas, le sucedieron algunos pasos piadosos y a la vista entretenidos. Un día viniéndole a visitar el Dr. don Arbrosio Díaz del Castillo, deán de esta Catedral de Guatemala, hombre doctísimo y muy ejemplar, se echó a los pies del padre Fr. José de Gabaldá con ademán de besarlos, diciendo: *Esas sandalias habían de estar sobre mi cabeza.* Asombrado el humilde religioso, hizo el mismo ademán postrado en tierra, y diciendo: *Esos zapatos habían de coronar mis sienes,* porfiando los dos, a quien a cual vencía en humildad, quedando el campo por ambos sin ser de alguno más que del otro la victoria. Lo mismo le sucedió con el P. Cristóbal Bernal, sujeto insigne de la Compañía de Jesús, y con otros muchos que fuera largo de referir, le sucedieron singulares

acontecimientos, argumentos todos de su profunda humildad, saber singular, negación a la presunción y excelencia en letras y virtud, siendo muy general su doctrina, así en la del sutil Escoto que profesaba, como en la tomista, en que fué tan versado, como si aquella siguiera teniendo su feliz memoria el texto de ambos doctores por norte de sus agudas consecuencias.

CAPITULO VIGESIMO SEPTIMO

En que se dice de los honoríficos oficios con que la religión premió las esclarecidas prendas de N. P. Jubilado Fr. José de Gabaldá, y se trata de su muerte

Ya dijimos cuan mozo fué electo en Ministro Provincial de esta Provincia N. P. Jubilado Fr. José de Gabaldá, habiendo sido antes Guardián de este convento de Guatemala. En uno y otro oficio, y en todos los que tuvo, dió tan buena cuenta de su persona, rectitud en el gobierno, caridad y prendas para ocupar siempre las prelacías, que acabado el trienio de su provincialato, fué electo otra vez en Guardián de este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala. En este ministerio se ejercía el trienio subsecuente al de su provincialato, cuando murió el muy R. P. Provincial Fr. Pedro Sobrino, y viendo el R. y Venerable Definitorio cuan apropósito era para el oficio de provincial el venerable varón Fr. José de Gabaldá, le eligió en Vicario Provincial de esta Provincia, para que como quien tenía tantas experiencias (y la Provincia de su gobierno) la conservase en paz, observancia y religiosidad. No le embarazaron los dos oficios para la expedición corriente y pronta de los negocios ocurrentes a la Provincia y convento, porque tenía para todo caudal. Celebrado capítulo provincial en que fué electo N. M. religioso P. Fr. Pedro Guerra el año de 1634, fué nombrado N. V. P. Gabaldá, comisario visitador y presidente de Capítulo de la Provincia de Nicaragua. Por el mismo caso que el bendito varón huía el cuerpo a los oficios; ellos le seguían como sombra que a quien la sigue huye y a quien la huye sigue. Celebró en aquella Provincia capítulo, con general aplauso y aceptación de toda aquella provincia, de donde volvió rico de merecimientos, porque como su recogimiento era tanto y los caminos tan dilatados y penosos, tuvo bien en qué atesorar merecimientos, pues estos fueron los que él premió allá, y los que a él le labraron la corona en las aceptaciones divinas.

Vuelto de allá por principios del año de 1635, vivió en este convento en el mismo recogimiento y ejemplo que antes, y habiendo fallecido el muy religioso Provincial Fr. Pedro Guerra, a fines del trienio de su provincialato, deseando la Provincia ver siempre en la silla de la prelacía a nuestro esclarecido P. Gabaldá, le eligió el R. Definitorio esta segunda vez también en Vicario Provincial de esta Provincia. Lo que hizo y trabajó en utilidad de este convento desde el año de 1625, que fué electo Guardián de él, hasta los

fines de su vida; fué mucho, porque su aplicación dió ser a todo lo que no le tenía en este convento, no en lo espiritual, porque por la misericordia de Dios, lo que hizo su buen espíritu y ejemplo fué conservar lo que los antiguos padres dejaron radicado. Y aún en esta conservación le podemos publicar aun más admirable que los fundadores, según sentir de S. Juan Crisóstomo, que dice: *Non minus est continere mundum, quam fecisse: sed si oporteat aliquid admirandi dicere, adhuc amplius est, nam in faciendo rerum quidem essentiae productae sunt; in continendo vero ea quae facta sunt ne ad nihilum reddeant continentur:* (1) pues en más de doce años que corrieron en que fué Guardián dos veces y Provincial tres, mantuvo en tan religiosa observancia esta Provincia y convento, que fué el oráculo de toda esta república, por el buen ejemplo de los religiosos, y la Atenas cristiana y minerva sagrada de este reino, porque a su influjo y con su doctrina florecieron los estudios, se adelantaron los ingenios, sobresalieron los predicadores, porque sólo con saber que les había de oir predicar, argüir y defender el P. Gabaldá, no sólo los de casa se desvelaban en las tareas del estudio, sino que fuera también se excitaba para poder parecer ante aquel Escoto guatemálico. En lo temporal fué donde echó el resto su cuidado, porque parece dió Dios a esta Provincia este gran religioso, para que tuviese parte en todo lo bueno que tiene.

En su tiempo, según consta de los libros de convento de aquella era, se fabricó lo más que hoy goza, a sus asistencias, y del V. Guardián N. P. Fr. Diego del Saz, que lo fué siendo su paternidad Provincial. Hízose entonces el noviciado tan decente y bien dispuesto, para la crianza de los nuevos de la Religión, que estando los coristas y novicios debajo de una llave, los divide otra para que se estorbe la comunicación, según disponen nuestras constituciones. Labróse la insigne portería de este convento, tan bien dispuesta, que siendo obra de eterna permanencia por sus bóvedas y arquería, no desdice de lo humilde, decente y religioso, antes la entrada al convento es tan edificativa, que a cualquiera persona de fuera, se le infunde entrando por ella, una alegría espiritual y un no sé qué, que indica santidad. Hizo pintar su paternidad la vida de N. P. S. Francisco en el claustro, y es la que hoy está en el convento de Almolonga, porque se hizo nueva de pintura mexicana, (2) y con marcos dorados el año 1695. También hizo poner en lienzos muy aseados las efigies de muchos santos y varones excelentes de la religión, en los pilares y cantones del claustro. Hízose en su tiempo la sala que llamamos *De produndis* y mucha parte de aquellas fortísimas, hermosísimas y grandes oficinas de refectorio y cocina, que se le siguen. Y para que no se perdiesen las loables memorias de N. V. fundador y el P. Fr. Gonzalo Méndez, hizo que de las tablas que le habían servido de cama se fabricase el tabernáculo de la Virgen María Nuestra Señora del Coro, que hasta entonces estaba solamente en un nicho y altar tendido, lo cual está hoy en la capilla de la enfermería, por haberle mudado cuando se hizo de plata el trono de nuestra Señora del Coro. Y finalmente, en su tiempo tuvo

---

(1) No es menos conservar el mundo que haberlo hecho; mas si conviniere decir algo digno de admiración, aun es más, pues para hacerlo fueron, es verdad las esencias de las cosas; pero en conservarlas, es necesario detenerlas para que no vuelvan a la nada.

(2) Se refiere sin duda a los cuadros de Francisco Villalpando, a los que llama *pintura mexicana,* así podemos comprobar por la fecha que da, 1695.

ser lo más insigne, útil y memorable que tiene este convento, siendo de grande edificación al siglo, ver al Padre Gabaldá hecho alarife, y a su ejemplo los estudiantes y coristas hechos peones, cargando lodo y piedra, para que gozásemos en estos tiempos, lo que aquellos benditos padres trabajaron.

Llegado el año de 1638, y habiendo venido por visitador de esta Provincia el M. R. P. Fr. Luis de Vivar, P. de la S. Provincia de Yucatán, trajo pliegos cerrados, con órden de que no se abriesen, hasta después de celebrado el capítulo, que se tuvo en este convento a los 13 de febrero. Habiendo pues, sido electo en Provincial de esta Provincia el M. R. P. Fr. Pablo Camargo, y abiértose los pliegos, se halló que el muy R. P. Comisario General enviaba patente y orden expreso, para que N. P. Fr. José de Gabaldá, fuese a visitar y celebrar capítulo a la Santa Provincia de S. José de Yucatán. Fué para él tan inesperado este órden y mandato, que intimándosele por el V. Definitorio, lo que hizo fué hincarse de rodillas, y decir con S. Pablo: *Dne quid me vis facere?* quedando cuasi absorto del susto de la novedad, bañado en lágrimas, y muy conforme con la voluntad de Dios, que obedecía en la de su prelado. Desde entonces estuvo el V. varón, al paso que resignado y pronto, tan melancólico, que parece presagiaba la muerte, que en Yucatán le esperaba. Era igual el sentimiento de todos, mas como quien tenía fueros de resplandeciente sol, casi conociendo su ocaso, fiel siempre, y siempre pronto, aprestó para allá su jornada, dejando aún al comisario visitador de esta Santa Provincia en este convento porque el órden era éste. No quiso se le retardase la ejecución de la obediencia por ir por tierra desde aquí a Yucatán, y facilitándosele el embarcarse en el puerto de Santo Tomás de Castilla, con solo su compañero y secretario, que lo fué N. R. P. Fr. Diego de Ocaña, con escaso matalotaje de muy pobre religioso, se hizo a la vela, pactando siempre y confiriendo con el compañero los santos designios que llevaba de hacer solamente lo que fuese servicio de Dios. Muchas veces (como después testificó el secretario) decía que iba a hacer la voluntad de Dios, pero que no iba a celebrar capítulo, y aunque por entonces no penetraba el secretario el misterio, después conoció que parecía haber tenido revelación del fin de su jornada.

Durante la embarcación solía tener este varón ilustre unos como deliquios o arrobos, que atribuía su compañero y demás gente de la embarcación a efecto de su continua oración, y le apellidaban todos varón santo, y aunque en la realidad era así, no faltaron motivos para entender después, que sabía que caminaba a la muerte. Esos mismos discursos se habían hecho en este convento al tiempo que él se despidió de esta S. comunidad, con las palabras de S. Pablo: *Amplius non videbitis me,* y los hacían cada día los pasajeros que con él iban, por ver su total despego, aun a los divertimientos de las ondas, y empleo único en oración vocal y mental. Mas, alentando la que le parecía cobardía en el venerable varón, llegaron a desembarcar al puerto de Bacalar, sin que tuviese accidente él ni su compañero en la salud. Puestos en tierra, caminó a pie por cienagas y pantanos, hasta el convento de *Tecax,* primero de aquella Provincia, donde le esperaban el Provincial y Definitorio. Como la fama había corrido en Yucatán del V. Comisario Gabaldá, aquellos religiosos padres le recibieron como a un S. Francisco, y habiendo conversado breve rato, sintiéndose indispuesto, se retiró a una

camilla donde le asaltó una calentura, que aunque por entonces se atribuyó al cansancio, él bien conoció era la señal de que se le cumplía el plazo de la vida.

Procurábale consolar su confesor y secretario, en lo que le parecía serle penoso de agravársele la enfermedad en aquel paraje retirado de su celda, ausente de sus conocidos y lejos de su amada Provincia. El respondió dando a Dios gracias por haberle puesto en aquel estado de tanta quietud interior y exterior y diciéndole que el cielo estaba cercano a cualquier parte de la tierra, habiendo en los habitadores de estas buenas obras y merecimientos que abriesen aquella celestial puerta, y que estos quisiera tener, y ya que no se hallaba merecedor de la gloria, le dejase un rato contemplar en los misterios y grandezas de la virgen María nuestra Señora, que era feliz puerta del cielo, y escala para la gloria, en cuya contemplación, quedó por mucho rato en una quietud, que indicaba el gozo que su alma tenía, tan sin muestra de accidente que le perturbase, como si estuviese en beatífica fruición. Pasadas algunas horas llegaron algunos religiosos, y hallándole casi sin pulsos, aunque con operaciones vitales y expedición en el uso de sentidos, le dijeron el peligroso estado en que le veían, y que sería bueno recibiese los sacramentos. Admitió este fatal decreto con grande valor y conformidad con la voluntad de Dios, repitiendo el *fiat voluntas tua,* que nos enseñó Cristo nuestro señor. Reconcilióse declarando a su confesor cómo moría incontaminada su pureza, y que no le hacía novedad el ser en aquel retiro, antes lo tenía por especial favor de Dios que con aquel fin natural precisa cláusula de la vida condescendía a sus ruegos y peticiones, nacidos de ansias, con que su alma anhelaba el ver y gozar a Dios, y que solo sentía no haberle servido como debiera, y es digno Dios de ser servido. Quedóse mirando hacia el cielo, suspenso en contemplación, trajéronle el viático, y no dándole lugar el achaque a recibir a Dios sacramentado le adoró con profunda humildad y reverencia, comulgando espiritualmente, y en este ademán piadoso dió su alma a Dios con una tranquilidad indecible, fijados los ojos en el SS. Sacramento, e invocando con el corazón y la boca, los dulcísimos nombres de Jesús, María y José.

Pasó el V. P. como siervo puntual de *sua spe, et operatione securus* (como decía S. Gregorio) abriendo pronto la puerta al señor, recibiendo al supremo Juez alegre, sin experimentar las acedias de la cercana muerte, por la seguridad de la retribución divina. Fué pues su feliz tránsito a los 19 de mayo de 1638, a los cuarenta y ocho años de su edad, dejando en aquella Provincia con el sentimiento de no haberle gozado presidente de su capítulo, el nombre de santo comisario, y en este el sentimiento y dolor de haber perdido tal padre, la memoria de sus esclarecidas letras, de su ejemplarísima vida y virtudes. Divulgóse luego que se lo llevó Dios en el convento de Tecax, cómo murió virgen, testificación que dieron los inteligentes sobre su verísima declaración y en testimonio de esta evidencia y para ejemplo de todos dispuso el R. P. Provincial de aquella Provincia, llamado Fr. Juan Pobre, le enterrasen con palma de flores, como a quien había triunfado de la carne, viviendo en ella con purezas de ángel. Allá y acá es y será su nombre venerado, y la aclamación de su virtud y letras dura después de setenta y siete años, como el mismo dia de su fallecimiento. Del cual habiendo llegado a esta ciudad de Gua-

temala las noticias, se le hicieron solemnísimas exequias, predicando en ellas el doctísimo P. Mtro. y gran religioso de la Orden de N. P. S. Domingo, Fr. Francisco Ceballos, cuya declamación renovó en los corazones de todos las tiernas memorias de sus excelentes prendas, excitando a la imitación de sus virtudes, las muchas que refirió por recapitulación de sus honras sujeto tan acreditado. Serálo N. V. P. mientras esta Provincia viviere, pues no murió, antes sí vive con las estimaciones que se mereció en los afectos de todos, no sólo los que tuvieron de tan venerable sujeto las inmediatas noticias, sino aun los que las participamos remotas, aunque no remisas, claras siempre, estimables y dignas de eterna memoria.

CAPITULO VIGESIMO OCTAVO

De otros VV. religiosos que gobernaron esta santa Provincia de Guatemala, y dejaron nombre de varones ilustres y muy celosos de la regular observancia

Va mucho de Pedro a Pedro, dice un adagio vulgar, y en los sujetos de quienes he de tratar en este capítulo muy poca es la diferencia de Pedro a Pedro. El primero es N. M. religioso Padre Fr. Pedro de Sotomayor, a quien bastaba para calificación de su virtud y espíritu el haberle dado el hábito de la Religión N. V. y apostólico fundador Fr. Gonzalo Méndez, y haberse criado con aquella educación de los primitivos padres. Vistió, pues, el hábito de nuestra sagrada Religión en tres de febrero del año de 1831, y profesó el de 1582 a cuatro de febrero en manos del muy religioso P. Fr. Francisco Muñoz de Reynoso, Guardián de este convento de Guatemala, y con licencias de N. V. Padre Fr. Gonzalo Méndez, que era Provincial, teniendo edad como consta del libro de las recepciones. No se dice si era criollo de Guatemala, o si vino nacido de España, sus padres se sabe fueron Hernán Méndez, primer Alférez Mayor de esta ciudad, y doña Fulana de Sotomayor su mujer, uno y otro de las más nobles prosapias, que pasaron a las Indias. La mayor nobleza de la virtud, adquirió en la Religión despreciando, para vestir el humilde sayal de S. Francisco, hacienda y conveniencias que tenía y podía adelantar en el siglo, por lo ilustre y acepto de sus padres.

Desde luego fué en la religión Fr. Pedro tan apropósito para ella, que le venía el hábito como nacido, y la regla y apostólico instituto, como si en él se hubiera criado desde que tuvo uso de razón, obrando sin repugnancia aún lo más perfecto de las observaciones religiosas. Fué muy amado de aquellos VV. varones, aprendió las ciencias con facilidad, saliendo muy buen predicador, y suficiente para la cátedra, pues leyó una de Teología muchos años, sin llegar a jubilar por su humildad. Fué también gran ministro de indios, especialmente en la provincia de Chiapa y Gueiteupán, donde asistió muchos años y escribió en aquellas lenguas Arte, Vocabularios y Sermones,

que sirvieron de mucho alivio a los que le siguieron y continuaron la fructuosa tarea que este gran religioso tuvo en el aprovechamiento y educación de los indios, en que entendió con espíritu y aplicación de varón apostólico. El año de 1612, en el capítulo que se celebró en esta Provincia, a los principios del mes de marzo, fué electo en Ministro Provincial, con general consuelo y estimación de todos, gobernó con mucha afabilidad y prudencia, y después de acabado el oficio, le volvió a ocupar la Religión en la doctrina y enseñanza de los indios acá en la Provincia, a que acudía con tanta humildad y prontitud, como si fuera fraile mozo que acabara sus estudios. Era prontísimo a obedecer la voz de su Guardián, muy ágil para servir a los indios, tratándolos como a hermanos, muy aplicado a las cosas de devoción y culto divino, muy fácil en predicar y enseñar a los indios, muy ejemplar a todos y muy perfecto observante de su profesión.

Llegó a ser padre más antiguo de esta S. Provincia, y varias veces Comisario Provincial de ella en ausencias, que hacían los Ministros Provinciales a visitar la custodia de Honduras, o la provincia de Nicaragua, como lo era el año de 1629 y el siguiente, por N. M. R. P. Gabaldá; y como tal Comisario Provincial celoso de la religión, y en virtud de patentes del ilustrísimo señor Obispo de Orense, D. Fr. Juan Venido, siendo Comisario General de Indias, y de Ntro. Rmo. P. Comisario General F. Juan de Santander, hizo una información de los varones ilustres, que hasta entonces habían florecido y pasado al Señor en esta santa Provincia, obra en que se conoce su gran celo, prudencia e inteligencia en las materias, porque con todas las solemnidades debidas, según derecho, procedió con mucha curialidad a dicha información, dando este alivio a las fatigas de buscar papeles e instrumentos antiguos y noticias de las virtudes, y ejemplo de aquellos grandes religiosos, y dando también como buen hijo a esta Provincia su madre, los lustres que de la dicha información se le han seguido, que ojalá se tuviera (siquiera cada cincuenta años) esta advertencia en la Religión, que sirviera de grande alivio a los escritores, y de adminículo utilísimo a las noticias.

Siendo ya este esclarecido padre de edad crecida, pues llegaba a setenta y siete años de edad, y cincuenta de hábito, le llamó nuestro Señor para sí en este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, dejando a todos los religiosos, con mucha edificación, por ver en él un perfectísimo religioso de los primitivos, y dejando así mismo mucho nombre y memoria de sus virtudes y buenas letras en toda esta ciudad, contándole entre los felices hijos de N. P. S. Francisco, y varones ilustres, que con su ejemplo y doctrina conservaron las gloriosas memorias de su perfectísima fundación.

El segundo Pedro, bien semejante al de arriba, es nuestro muy reverendo Padre Fray Pedro de Guerra, Provincial que también fué de esta Provincia. Vino en misión a ella el año de 1593 entre aquellos ejemplarísimos religiosos que trajo de la Provincia de Valencia N. P. Fr. Pedro de Arboleda, aunque este religioso no era valenciano, sino de la Provincia esclarecida de Santiago nuestra madre. Desde luego que llegó a esta provincia, fue tan acepta su modestia, circunspección y buena crianza religiosa, que le aplicaron a maestro de novicios aún en aquellos tiempos, que lo eran los más graves religiosos, y aun los que habían sido provinciales. Era de aspecto venerable, si bien en él se falsificó el adagio de que convienen las más veces los nom-

bres a las cosas, porque siendo su apellido Guerra, fué toda su vida paz y tranquilidad, verificándose en él, el vaticinio de David, de darse en amistoso maridaje dulces ósculos la paz y la justicia. Una y otra vivían tan de asiento en el corazón de este insigne padre, que jamás faltó a la equidad justa, ni la tranquilidad ni serenidad de espíritu, dejó de tener en él su lugar. Reprodujo y fortificó en la crianza del noviciado las ceremonias santas en que lo criaron los gravísimos padres de la santa Provincia de Santiago, teniendo por pauta para sus ejercicios, mortificaciones y ocupaciones y modo de vivir, la cartilla de nuestro Seráfico Doctor S. Buenaventura.

Pasadas estas y otras ocupaciones que tuvo en este convento de Guatemala con grande aprovechamiento suyo en el espíritu y utilidad de esta S. comunidad en sus observaciones regulares, fué destinado para la administracción de los naturales, cuyo empleo había motivado sus deseos para pasar a las Indias. Aprendió con mucha aplicación el idioma de los naturales, saliendo muy provecto en las tres lenguas guatemálicas. En ellas trabajó más de veinte años en continua tarea, aplicado con tan paternal cariño al servicio y enseñanza de los naturales que con ellos conversaba como si de ellos hubiera nacido. Era el imán de las voluntades de los indios, llamándole ellos en frase propia significativa de su benevolencia, paloma o ángel. Al modo que decía Aratro hablando del misterioso ramo de oliva, que trajo en la boca el arca la paloma, que envió Noé por exploradora de la serenidad de la tierra.

Rostrique modesti, pignus oliva fuerit: dilectio semper in ore fructum pacis habet. Arat. lib. 2. in Act. Ap. (1)

Crecido en méritos, grande en virtudes, y experto en materias de la religión, habiendo sido definidor de esta provincia, fué enviado por pro ministro de ella al capítulo general que se celebró en Roma el año de 1625, donde sufragó y dió en aquella ocurrencia de gravísimos y muy observantes religiosos, el ejemplo de verdadero hijo de N P. San Francisco, ilustrando con el honroso sobreescrito de sus muchas virtudes esta provincia, para que se conociera por tal índice lo que ella era.

De vuelta del capítulo, haciendo su camino por la Villa de Carrión, con las noticias que corrían de las singulares virtudes y santidad de la V. M. Luisa de Carrión, deseando comunicarle algunas perplejidades en que se hallaba su espíritu, persuadido por parte del deseo del retiro a quedarse en su santa Provincia de Santiago, y discurriendo por parte de la caridad y deseo de la salvación de las almas, peleando en su interior estos encontrados afectos, intentó comunicar a la V. M. sus neutralidades, y seguir en todo su parecer y consejo. Fué con el confesor de la sierva de Dios a verla, y sin estar prevenida la hallaron en la grada, y dijo entonces ella al P. Fr. Pedro estas o muy semejantes palabras, según que él refirió muchas veces. *¿Qué hace padre? ¿qué aguarda? ¿qué le tiene aquí? ¿Porqué no va a defender a aquellos pobrecitos indios y predicarles? Vaya, defiéndalos y enséñeles el camino del cielo, que son unos pobrecitos.* Con estas palabras, quedó el P. Fr. Pedro bien enterado de lo que era voluntad de Dios, dándole gracias por habérsela

(1) Que la oliva fuera prenda del pico sencillo: el amor siempre tiene en la boca el fruto de la paz.

manifestado por medio de su sierva, pues era imposible que ella por medio humano hubiera conocido sus indiferencias. Referíalo el buen religioso muchas veces a los de esta santa provincia, para que conociesen la mucha importancia de la doctrina de los indios, y cuán del agrado de Dios es el ocuparse en enseñarles, predicarles y defenderlos, como a pobrecitos, tardos y rudos en el entender, indefensos por su ineptitud de los malos tratamientos que los pocos temerosos de Dios les hacen, y expuestos a toda calumnia, oprobios y ultrajes. La consecuencia que este religioso padre sacaba de las palabras de la V. Madre, para exhortación de los ministros de los indios, sale legítimamente para calificación de cuán agradables eran a Dios sus ocupaciones, cuán gran ministro era de los indios, y de cuánta importancia su asistencia en esta Provincia, pues la luz del cielo calificó y esclareció sus operaciones.

Vuelto a esta santa Provincia, se empleó con mayor ahinco este gran religioso en la enseñanza y doctrina de los indios, como quien sabía, que para aquello era enviado de Dios a estas tierras. En este ejercicio incesantamento se ocupó, hasta que en el capítulo provincial que se celebró en este convento de Guatemala, a dos de septiembre del año de 1634, fué electo en Ministro Provincial, no sin reluctación de su espíritu. Gobernó con felicidad y mucho consuelo de los religiosos casi todo el trienio, hasta que a los fines de él se lo llevó Dios, cerca del año de 1638, habiendo trabajado en esta Provincia cuarenta y cinco años, siempre con grande ejemplo de observancia regular, limpieza y honestidad de costumbres, prontitud en la voluntad divina y caridad pacífica con todos.

Tercer Pedro que ocurre es N. M. R. P. Fr. Pedro de la Tobilla, de inmortal memoria, por haber depositado Dios en él un cúmulo maravilloso de sobresalientes prendas. Fué natural de la Ciudad Real de Chiapa, de la nobilísima estirpe de los Tobillas, no sólo ilustre en aquella Ciudad Real, sino en esta de Guatemala y emparentada con los Aguilares, Mazariegos y Medinillas, caballeros de tanto nombre como es notorio. Nació el año de 1576, y siendo de diez y seis años recibió el hábito en este convento de Guatemala, y profesó en manos de N. V. P. Fr. Sebastián de Buenaventura, siendo Provincial de esta Provincia el año de 1593, a los 14 de julio por cuya razón se puso en la profesión Fr. Pedro de S. Buenaventura. Desde luego se conoció el gran talento de que le había dotado Dios, aplicándolo a los estudios, en que habiendo salido consumado, deseosos los prelados de mayores adelantamientos le enviaron a México por pasante, de donde volvió tan provecto, que ocupó con muchos merecimientos una cátedra de Teología, y leyó mucho tiempo la teología moral, con grande aprovechamiento de sus oyentes, en una y otra facultad.

Fué gran predicador, y de tanto nombre, tan viva retórica, y tan excelente doctrina, que fué el Hércules que con cadenillas de oro pendientes de su lengua y terminadas a los oídos de todos, los atraía de suerte que no sólo se llenaba la espaciosa iglesia de este convento, y otra cualquiera donde predicaba, sino que las puertas, claraboyas y troneras se apiñaban de gente a escuchar su celestial doctrina. Largo fuera de referir si hubiera de individuar los muchos acaecimientos que hubo en el séquito de sus sermones, baste decir que fué el Demóstenes de Guatemala. Crecido en prendas y

lleno de merecimientos, le nombró la religión por custodio para el capítulo general que se celebró en Toledo el año de 1633, a los 14 de mayo. Llevó instrucciones para proponer lo más conveniente a la utilidad de esta provincia en aquel gravísimo consistorio. En cuya ejecución propuso, cuán conveniente debía ser el que hubiese alternativa en los oficios y prelacías de esta Provincia, porque hasta entonces no la había, y solamente los religiosos nacidos en España obtenían la dignidad suprema del provincialato y oficios mayores, aunque en la realidad fueron tan ajenos aquellos religiosísimos padres, que no mirando a naciones sino a méritos, habían elegido Provincial de esta Provincia el año de 1596, a N. V. P. Fr. Francisco Salcedo, criollo de la Ciudad Real de Chiapa, y experimentado en el casi cuatrienio que gobernó cuán a propósito son los nacidos en Indias para dignidades y prelacías (como largamente probó en un memorial de siete hojas que presentó nuestro padre Tobilla en el capítulo general) y después del año de 1623, por muerte de nuestro padre Fray Francisco Carrasco, que era Ministro Provincial, fué electo nuestro Padre Fray Pablo Camargo, que era criollo. Donde se conoce el desinterés de los electores.

Negoció pues nuestro Padre Fray Pedro de la Tobilla en dicho capítulo general, ya que no alternativa, *ternativa,* poniéndose por constitución general, que en el inmediato capítulo, que se celebrase en esta Provincia, se comenzase por los criollos. No tuvo efecto, por causa de haberse retardado los despachos, a no haber venido el breve y bula pasados por el Real Consejo. Y así celebrándose capitulo en esta Provincia el año de 1634, fué electo.Provincial nuestro Padre fray Pedro Guerra, de quien poco ha dijimos. Llegó a noticia de nuestro reverendísimo padre Comisario General de Indias, Fray Francisco de Ocaña, el no haberse ejecutado el decreto del Capítulo General, y despachó una patente dirigida al Reverendísimo Padre Comisario General de Nueva España, o al que viniese a visitar y celebrar capítulo a esta santa Provincia, mandando con graves penas, que en el capítulo inmediato se ejecutase como consta de la patente original que para en el archivo de esta Provincia.

El año de 1638, se celebró a 15 de febrero capítulo provincial de la facción de los criollos, y fué electo con aclamación de todos nuestro muy reverendo padre Fray Pablo Camargo, que había sido antes Vicario Provincial. Después en el capítulo general celebrado en Toledo el año de 1641, se hizo decreto para que se guardase alternativa en esta santa Provincia, en las dos facciones, la una de criollos y la otra compuesta indivisiblemente de los religiosos nacidos en España, ora tomasen el hábito allá (que se llaman acá cachupines) ora le hubiesen vestido acá (que se dicen hijos de Provincia) el cual decreto inserto en bula apostólica, y pasado por el Real Consejo de las Indias se guarda en el archivo y se practica *illaeso pede* en esta santa Provincia.

Quiso Dios que nuestro muy reverendo Padre Fray Pedro de la Tobilla, que fué a quien se le debió el zanjar los fundamentos para la alternativa, fuese el primer Ministro Provincial de la facción de los criollos, cuando se estableció esta alternativa, que fué en el capitulo provincial, que se celebró en esta santa Provincia de Guatemala, a 26 de febrero de 1647. Los júbilos con que se celebró esta elección en todo este reino fueron grandes, porque

como demás de la gloria de conseguirse lo que tanto se había deseado, las muy sobresalientes prendas del Provincial electo, el estar tan emparentado con lo más notable de esta Ciudad y la de Chiapa, hizo que se celebrase acá y allá con fiestas públicas su ascenso a la dignidad.

Poco tiempo duró en el oficio, porque queriendo Dios tuviese el premio de sus muchos trabajos en el cielo, le abrevió las jornadas en la tierra, llevándole para sí en este convento de Guatemala, el día octavo de la fiesta de Corpus, a 27 de junio del mismo año de 47 de enfermedad de años, porque contaba setenta y un años de edad y empleados en continuas tareas de púlpito y cátedra, que montaban muchos más. Y aunque, según sus alientos y expedición, fué inopinada su muerte para el siglo, para él fué muy prevenida y premeditada, porque vivía de tal suerte que estaba aparejado a todas horas para el viaje a la eternidad, reconciliándose frecuentemente, y aquella noche con extrañas demostraciones, y tan pobre, que dice en su librito de apuntamientos don José de la Cerda, que admiró a todos la gran pobreza que tenía, porque demás del hábito, cuerda y paños menores, sólo tenía dos tuniquillos de estameña, y en un papel escrito que usaba de ellos por su edad y achaques, con licencia del médico y el prelado.

Fué muy llorada su muerte, porque como se sabía granjear las voluntades con atenciones nacidas de su nobleza, y con atractivos originados de sus virtudes, letras y grandes prendas, grande y pequeños, de España, y criollos todos lloraron con ternura la gran pérdida que tuvo esta Provincia con su fallecimiento, quedando su nombre impreso en los corazones de todos, para aclamarle siempre grande en gobierno, grande en las virtudes, grande en las letras, y gran padre de esta Provincia, varón ilustre y digno de memoria, que la sirvió cincuenta años, ilustrándola con su ejemplo, enseñándola con su doctrina, fomentándola con su protección y esclareciéndola con sus nobilisímas, calificadas y memorables prendas.

CAPITULO VIGESIMO NOVENO

De la vocación, vida y virtudes del muy ejemplar y observante Padre Fr. Luis de S. José Betancurt, hijo de este convento de Guatemala, natural de las Canarias (1)

Merece muy buen lugar en esta crónica el ejemplarísimo P. Fr. Luis Melián de Betancurt, que en la profesión dejando con el mundo sus nobles apellidos, se llamó Fr. Luis de S. José, aunque no se pudo borrar de la memoria de todos el apellido de Betancurt con que vino a la Orden, y por donde era conocido en ésta y otras ciudades populosas. Fué natural de la

---

(1) La bellísima novela "El Visitador", del eximio escritor guatemalteco José Milla, indiscutible gloria de las letras hispanoamericanas, recoge esta biografía, que le sirve para crear uno de los principales y mejor desarrollados personajes de ella.

isla de Tenerife en las Canarias, hijo legítimo del capitán Antonio Laurencio de Acosta, regidor de aquella ciudad, y de Doña Isabel de Trujillo Betancurt su mujer, uno y otro consorte de la gente más calificada y noble de aquella tierra. Estudió en su niñez los rudimentos de la lengua latina con intento de ser eclesiástico, mas halagado del manejo de la hacienda, inteligencia en cuentas y papeles, le trajo de madera que se halló en las escuelas de Marte, el que intentaba alistarse en la esclarecida milicia de Mercurio, y a pocos lances empuñó el venablo en lugar de la borla que le pudiera negociar el saber. Como era capitán de infantería su honrado padre, buscando los adelantamientos de su hijo, juzgó por medio eficaz el aficionarle a la milicia. Era el natural del mancebo, apto para todo, la capacidad grande, el aspecto y presencia agradable, la cortesanía y buena crianza mucha y todo lo personal un atractivo de cariños y rémora de estimaciones. Sirvió con valor en las ocasiones que hubo de defender del enemigo la isla, experimentando muchos peligros, especialmente el de una bala de cadena de que por permisión divina escapó. Desde entonces teniendo por aviso del cielo el eminente peligro en que se vió, recogió ya las velas a los pasatiempos, procurando vivir con la consideración de la inevitable muerte, que le avivaba los deseos de vivir bien.

Aunque esta continua consideración y frecuente recuerdo le mortificaba los ardores de su lozana edad, y le hacía vivir moderado en los placeres, no le desarraigaba del todo de las vanidades del mundo, sino que alternando en la victoria el espíritu y la carne, banbaneaba a veces su constancia, ya dejándose llevar de la corriente del siglo, admitiendo honras y dando treguas a los impulsos divinos; ya recibiendo éstos, y dando de mano a aquellas, motivos de varios discursos en casi inevadibles peligros, de ríos y fieras en que inopinadamente se hallaba. Hacía propósitos, volvía en sí, tiranizábale la pasión sus afectos, tiraba la rienda a los gustos: pero como flaco y miserable volvía al laberinto de mundanas apariencias, y se hallaba implicado en la resolución, sin acertar a desprenderse de lo temporal ni a perseverar en buscar lo eterno. Eran las perplejidades dilatado martirio para su alma, la ineficacia de los medios que ponía para emprender el camino de la verdad, era tósigo que le acibaraba los gustos, porque como Dios le tenía para los durables, cercaba de espinas y piedras cuadradas sus pasos, estorbándole los malos, aunque le suspendía la licencia de seguir del todo los buenos, por experimentar su constancia y hacerle merecer su asistencia. Bien pudiera Dios hacerlo todo, y que fuésemos santos, y pudo crear impecables (por gracia suya) a los hombres; mas, no quiso su liberalidad y misericordia infinita, privarnos de la corona del merecer, porque pareciese darnos de justicia lo que con su gracia adquirimos. Quería Dios que este escogido suyo pelease y trabajase cayendo, para que con experiencias y escarmientos en propia cabeza, saliese valeroso soldado de su milicia, y diese con resolución de pie a las vanidades que le arrastraban.

Con todo eso, como el mundo le brindaba, y él era bisoño en la milicia espiritual hacía la presunción y estimación propia, no sólo batería grande a su nobleza y prendas, sino contrastes conocidos a la quietud que deseaba. Poco más de treinta años contaba, y ya había obtenido los más honoríficos oficios de la ciudad, porque los respetos de su padre, y el no sabérselos él

desmerecer, por su honrado y generoso trato, hacían que ellos le siguiesen, sin poner mucha diligencia en pretenderlos, aunque obtenidos, era exacto, como noble, en el ejercicio de ellos. Y conociendo su padre como prudente, cuanto adelantan saliendo de su patria personas de tales prendas, que como dijo Filón (lib. de Abraham) que hacen tanta ventaja los que han peregrinado, a los que no han perdido de vista su patria; cuando hace el que tiene la vista sana, a el que no la tiene; determinado su padre a enviar a cobranzas y dependencias de hacienda a su hijo al Perú, para que a vuelta de estas negociaciones, consiguiese la prudencia y experiencias que gozan los que con ánimo varonil ven y tienen contrastes y favores de fortuna. Túvola en sus despachos el honrado caballero D. Luis y para mayor señuelo de las prosperidades, que la esperanza le coloreaba, le deparó la dicha en Chucuyto al Conde de la Gomera, D. Antonio Peraza de Ayala y Rojas, que de aquella gobernación era promovido a la Presidencia de la Real Audiencia de Guatemala. Quien por deudo o amigo del padre de don Luis, le abrigó, honró y favoreció en aquel gobierno, y prometió acomodar y favorecer en el de Guatemala, si quisiese venir en su compañía, más por familiar amigo, que por criado suyo.

Hízolo así don Luis, escribiendo a su padre su determinación, y entró en compañía del Conde con título de secretario de cartas un lunes 19 del mes de septiembre del año de 1611. Vivió con toda estimación en el palacio, gozando de las conveniencias y comisiones que se ofrecieron hasta la de la visita general de los obrajes, vacando poco al ocio, y estando siempre entendiendo en negocios que aun yendo la balanza tan crecida, carecía de emulaciones que suele excitar la bien nacida queja de los beneméritos, por más callos que haga en ellos la tolerancia, y por más cándidos que les ponga la imposibilidad del recurso. Mas, como no hay señal más cierta de la caída que los mismos vuelos del valimiento; ni más seguro precipicio que el que labra en la prosperidad la fortuna, o ya quitando el clavo a la rueda, o ya acortando la escala que sirvió al ascenso, para que el descenso sea caída; o lo más cierto, como Dios tenía puestos los términos a los halagos del mundo y señalado el tiempo en que había de resolverse, constante a seguir sus banderas este soldado suyo, en la previsión, aunque por entonces tan del mundo en sus divertimientos permitió su conversión por este estraño medio.

Vivió aficionado y prendado para celebrar bodas D. Luis con una señora noble, hermosa y discreta de esta ciudad, tan en ello, que no vivía, sino el tiempo que gastaba en comunicación de su pasión, o ya en versos, a que era como fino amante aficionado, o ya en compañía de amigos que le lisojeaban el gusto, o en pasear la calle, con tan total empleo de sus sentidos y potencias, como quien con la fuerza del amor había hecho trasmigrar su alma al dueño de su voluntad, y que sólo era animado por la buena correspondencia de la que era centro de sus amores. Hizo una y otras veces falta en palacio, notólo el Conde, y llegó a ser sabedor de sus divertimientos, hasta entonces con fines honestos, que pusiera luego en ejecución a no ser torcedor de su esperanza algunas demoras que necesariamente había de tener el ajuste. El Conde, o por estorbarle sus desvelos, o porque (según se dijo) tenía empeño para dar estado a un hijo suyo con la señora, arbitró por medio para quitar a don Luis, el enviarle honrado lejos

de la ciudad de Guatemala. Llamóle una mañana y le dió firmado un decreto para que se le hiciese título de Justicia Mayor de Amatique. Agradeció el favor D. Luis, y suplicó del despacho, dando por excusa lo malsano de la tierra para donde le hacía merced. Replicó el Conde que le daría el corregimiento de Quetzaloaque, en la provincia de Nicaragua. Reclamó D. Luis que le atrasaba lo lejos para sus pretensiones, e instando el Conde, se encadenaron las palabras, hasta decir D. Luis que más parecía destierro que favor. Declaró el Presidente, con palabras de superior, el motivo, que era, porque no gustaba de que tomase estado con aquella señora, ocultándole el misterio que le motivaba al impedirlo, paliando con celo de la honra de su familia su intento, y viendo constante roca en sus amores al D. Luis, volviéndole las espaldas le dijo, que no quisiera tener en casa persona que no hiciese su voluntad.

A estas razones correspondió D. Luis, con significar lo que sentía serle motivo de enfado y que le prometía no tomar más en boca el casamiento, concluyendo con hacer al Conde una gran cortesía, y despidiéndose de él, decir: *Yo me iré, señor, a casa donde no embarace, ni me echen de ella.* Bajosé a su cuarto, y pensando en lo que sucedía confiriólo con su amor, con sus buenos servicios, con su pundonor y estado, rayó la luz del cielo, a la de la calavera que tenía pintada, y juntando acuerdo a sus sentidos y potencias, representándosele toda su vida, hasta la edad presente, que era de treinta y siete años, los peligros de que Dios le había librado, los auxilios divinos a que había resistido, los medios que Dios había puesto para buscarle, ya enviándole aflicciones, ya recuerdos, ya permitiéndole aplausos y estimaciones, cogió la pluma, y como era tan aficionado a desahogar en versos su pecho, escribió así:

Maldito el hombre, que en el hombre fía,
solo fiar en Dios es lo seguro,
descargar la conciencia cada día,
es contra todo mal un fuerte muro.

Dios los trabajos por la culpa envía,
forzoso es el morir: mas trance duro,
hombres vivid, como si siempre fuera,
cada hora del tiempo la postrera.

Solo el amigo es Dios, que es sobre todo,
que la amistad del mundo solo es sombra.
¿De qué te ensoberbeces tierra y lodo?
pues no mereces menos, por ser hombre.

Todo tiene su fin, y cierto modo;
sigue el bien, huye el mal, y no te asombre,
sino el ver, que eres hoy tierra liviana,
y que no sabes quien serás mañana.

Mundo quien te conociere,
cierto estoy que no te alabe:
quiérete quien no te sabe,
sábete quien no te quiere.

Habiendo solazado con esto su pecho, cogió su capa y espada, y dejando a buen recaudo su menaje, se vino a este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala y comunicando con el muy religioso padre Fr. Alonso de Padilla, que era Guardián de este convento, sus designios, que eran de ser religioso de N. P. S. Francisco, para asegurar su alma y ordenar a Dios sus pasos, habiéndole hecho sosegar, y dado celda el Guardián; y examinado y probado su espíritu y vocación por algunos días, viendo que era su resolución de varón esforzado, y mero llamamiento de Dios, le remitió con carta al M. R. P. Provincial que lo era N. V. P. Fr. Pedro de Sotomayor, que se hallaba a la sazón en Itzapa, tres leguas de Guatemala. El convertido caballero, para probarse él también, y hacer méritos para conseguir su pretensión, fué a esta jornada a pié, a la cual salió de noche por huir de que el Conde tuviese noticia, porque sabía andaba a buscarlo. Detúvose el devoto, prudente y docto Provincal los días que fueron suficientes para experimentarle convertido, que ya en los tiempos antecedentes le había comunicado devoto, y en estimaciones. Dióle la licencia cuya fecha es de 2 de julio de 1614, mandándole fuese a ver con ella al señor Conde, y le manifestase su vocación, para que su señoría conociese su buena amistad, y que dándole gusto en desistir del casamiento, hacía lo que Dios le había inspirado para salvarse. Y con esta última, acción aseguraba el provincial, como prudente y experto, no sólo el que se hiciese a gusto del Conde su recepción, sino que por última experiencia vería si los halagos del palacio vivían todavía en D. Luis, o si su resolución y espíritu perseveraba.

Ya había el Conde venido al convento una y otra vez, y se le había dado noticia de la determinación de su secretario; de que como prudente y cristiano se había alegrado, protestando el favorecerle, y diciendo a los religiosos que nunca esperó menos de su cordura. Luego que D. Luis obtuvo la licencia del Provincial, se vino de Itzapa a palacio, como le era mandado, y manifestando al Conde sus designios, y con beneplácito suyo, trató de expender sus bienes, repartiendo a pobres cuanto tenía, según el consejo del Evangelio, que manifestó Dios a Fr. Bernardo de Quintaval: si quieres ser perfecto anda y vende lo que tienes, y dalo a los pobres. En tres o cuatro días concluyó con el desprendimiento del mundo el desengañado hidalgo, y desembarazado ya de los cuidados del siglo, se vino al convento, donde el día 8 de julio en el cual entregándose en manos del Guardián, hizo el juramento que se acostumbraba antes de recibir el hábito. Dióle el guardián el término que juzgó conveniente, para que hiciese confesión general de toda su vida, la cual efectuó con muchas lágrimas y demostraciones de fervoroso espíritu, y recibió el hábito para el coro en 13 de julio del año de 1614 siendo de edad de treintisiete años. Al año hizo profesión el mismo día del seráfico Doctor S. Buenaventura, trocando el nombre de Luis de Melián Betancurt, en Fr. Luis de S. José. Fué su vocación y recepción de mucha edificación en esta ciudad, y de tanta conmoción entre la gente de la república, que demás de asistir a su recepción y profesión el Conde de la Gomera y muchos caballeros, tuvo el buen ejemplo que dió, tanta eficacia, que dentro de poco más de un

año le siguieron Fr. Juan de Vaena, y Fr. Benito de S. Francisco, y otros muchos que con fervoroso espíritu y ejemplo de virtudes ilustraron esta santa Provincia.

También motivó su entrada en la religión, el que la señora con quien trataba de casar, dejase las vanidades del siglo, y tratase de buscar a Dios, viviendo solo para su esposo Jesús, detestando los aliños y atavíos de la hermosura, trocando la discreción y donaires en mortificaciones y ejercicios espirituales, haciendo de su casa un yermo, donde en oración casi continua, y frecuencia de sacramentos, acabó dentro de pocos años su vida. Y alcanzándola en días el P. Fr. Luis, siendo portero de este convento, para tener el espejo de su desengaño a la vista, pasados algunos años de corrupto el cadáver de aquella buena señora, hizo sacar de la sepultura su calavera, para que si su ornato viviendo, había sido asombro de la hermosura, el horrible aspecto de su descarnado semblante fuese despertador a la tibieza, y engaño de los hombres, y para esto la colocó en un hueco con esta inscripción:

En esta calavera descarnada
toda tu vanidad verás pintada.

CAPITULO TRIGESIMO

En que se prosigue la vida y virtudes del P. Fr. Luis de Betancurt, y de los ejercicios que tuvo en la Religión

---

A poco tiempo de profeso el P. Fr. Luis, estando muy aprovechado en las observaciones del noviciado y vida religiosa. trataron los prelados de promoverle a las Ordenes, para lo cual el muy religioso Padre Provincial Fr. Juan de Castilnovo, en cuyas manos había hecho profesión, disponiendo el ir a visitar los conventos de la provincia de Chiapa, le llevó en su compañía por su secretario, no solo por la mucha curialidad que tenía en materias tocantes al gobierno de la Provincia, sino porque recibiese las Ordenes en aquella ciudad, donde era Obispo el ilustrísimo Sr. D. Fr. Juan Zapata y Sandoval, por estar en aquella ocasión vaca la sede de Guatemala. Recibió las Ordenes, dispensados los intresticios porque no se perdiese tiempo en el aprovechamiento que habían de tener las almas con el sacerdocio del P. Fr. Luis. No una, sino muchas veces dijo, como con espíritu profético el Sr. Obispo, que sería gran sacerdote aquel religioso, porque su modestia y compostura manifestaban la mucha virtud de que su alma se adornaba. En los días que estuvo en el convento de N. P. S. Antonio de la Ciudad de Chiapa, se le aficionaron los religiosos de él, que hizo mucha instancia al V. P. F. Diego del Saz que era Guardián, en que le dejase allí por morador el Provincial. Mas su paternidad lo excusó, diciendo de cuánto alivio le era para la expedición de su oficio, y cuan útil para este convento de Guatemala. Luego que llegó a él fué puesto en la portería, porque su ardiente caridad tuviese en qué ejercitarse. Acudía

a este ministerio con tanta edificación de todos, que era padre de los necesitados, y socorro de los menesterosos, procurando para los pobres no solo el sustento corporal, sino también el espiritual, ocupándose en enseñar a los niños las oraciones y el que supiesen ayudar a misa, sin omitir diligencia en orden a ejercitar la caridad siendo tanta la fuerza, que esta virtud tenía en su corazón, muchas veces le sucedió llevar la leña en hombros a las casas necesitadas, porque parece que con luz del cielo, conocía las que más lo estaban de estos y otros socorros.

Tan corriente fué entre los religiosos y entre las personas del siglo, que el P. Fr. Luis era ilustrado de Dios y avisado de las necesidades, que padecían los pobres, que sucedió muchas veces el socorrer a personas que sólo a Dios habían manifestado sus trabajos. Una mujer llamada Catarina de Zamora, vecina que fué de esta ciudad de Guatemala, afirmó con juramento, después de fallecido este religioso, que siendo portero le sucedió entre otras veces, haberse hallado un viernes a la mañana tan pobre y falta de alimento, que solo tenía en su casa una pequeña *zemita,* teniendo tres criaturas pequeñas que sustentar, y hallándose ella viuda, y sin tener a quien recurrir. Repartida entre los tres niños la *zemita,* quedándose ella en ayunas, con esperanza de reparar por algún camino la hambre. Pasóse el día sin saber discurrir ni buscar modo de remediar su necesidad, ni poder salir de su casa, por ser la una criatura de pecho, y no tener a quien encomendar el que cuidase de ella y de las otras. Lloraban muertas de hambre las criaturas, la madre se afligía lo bastante, y casi desmayada de no haber comido todo el día, siendo ya las cinco de la tarde, por no ver morir de hambre a sus hijos, hizo lo que Agar, dejando a Ismael por no verle agonizar. Salióse de su casa contristada y afligida, y sin determinar lo que haría en tanto conflicto, pidiendo a Dios la encaminase a donde su necesidad socorriesen. Acaso como había de ir por otra parte atravesó por el compás de este convento en ocasión que el Padre Fray Luis estaba barriendo (como acostumbraba todas las tardes) la puerta de la iglesia y portería.

Así que la vió la llamó el religioso con la mano, y volviendo ella la cara volvió él las espaldas, sin hablar palabra, y continuamente se fué hacia la portería. Ella dudosa de si la había llamado o no, batallando con perplegidades entre sí, viendo dos acciones en el P. Fray Luis al parecer encontradas, pues al llamarla volvió las espaldas como que la burlaba, comenzó ella a hacer juicios de lo que sería. Por una parte la acreditada virtud del buen religioso, y opinión grande de su muy ardiente caridad, la persuadían a que ya Dios por aquel medio quería socorrerla; por otra, viendo que el religioso la llamaba y se iba, sin decirle siquiera que esperase, se resolvió a proseguir su viaje atravesando el cementerio. A este tiempo salió el Padre Fray Luis con un sombrero en la mano, la copa hacia abajo y la tornó a llamar. Llegando alargó el sombrero, que estaba llena la copa de cacao, y sacando de la manga algunos panes, le dijo, que tomase aquello y que perdonase, que fuese y remediase su necesidad y tuviese mucha confianza en Dios nuestro Señor, que jamás falta a quien le busca confiado; que tratase de recogerse, porque iba entrando la noche, y que se asegurase que no le faltaría socorro a sus necesidades, si tuviese cuidado con su alma, y no la arriesgase por bienes

temporales. Volvióse la mujer a su casa bañada en lágrimas, dando gracias a Dios, y haciendo muchos propósitos de ser más confiada en sus misericordías, y vivir más atenta a sus divinos mandatos, pues veía en lo que le sucedía, cuán a la clara Dios la favorecía, y que por permisión de su divina majestad le había penetrado el P. Fr. Luis el corazón.

Una vez hurtó algunos panes del refectorio para los pobres, y enojándose el refitolero, excusándose el piadoso padre con decir que las oraciones de los pobres multiplicarían el pan; y diciéndole el refitolero, que eso no veía él, sucedió que como saliendo al desempeño la Providencia divina, tocaron la campanilla de la portería, y saliendo Fr. Luis a ver quien era; se encontró con una canasta de pan que enviaba un bienhechor. *Ese es Dios* (dijo Fr Luis) y volviendo con ella cargado al refectorio, entró cantando, *Oculi omnium* etc., caso con que se confundió la desconfianza, y se alentó la piedad.

En estas ocupaciones entendía este buen religioso, encendido tan intensamente en obras de caridad y amor de Dios y del prójimo que considerando la multitud de almas que en la provincia de la Taguzgalpa se perdían por falta de doctrina, e inopia de ministros, se determinó a pedir licencia para ir a predicar a aquellos infieles en compañía del apostólico varón Fr. Cristóbal Martínez; alentados estos dos valerosos campeones del Evangelio, como misteriosos elefantes, de quienes se escribe, que viendo la sangre de los hombres vertida cobran nuevo esfuerzo y aliento para las batallas. Valor bien de ponderar el de los dos, por estar tan reciente la noticia de la cruelísima muerte que habían dado aquellos infieles a los VV. PP. Fr. Esteban Verdelete, y Fr. Juan de Monteagudo. (1) Conseguidas las licencias, salieron los dos para su jornada, a los fines del año de 1616, en la cual experimentaron grandes trabajos, no solo por la mortificación que llevaban en la vida apostólica que seguían, sino por los contrastes de los malos temporales y descomodidades del camino. Fueron en esta ocasión el P. Fr. Cristóbal Martínez, y el P. Fr Luis de Betancurt en compañía de un Sr. Oidor llamado Juan Maldonado de Paz, que iba a diligencias del servicio del rey a la provincia de Honduras; mas no llevaban los religiosos onerosidad ninguna de carruaje, sino que caminaban a pie y descalzos con mucho ejemplo de todos y grande penalidad en los ejercicios de mortificación. Llegados allá se embarcaron el P. Fr. Cristóbal con algunos soldados, y gente en una fragata, y en la otra, el P. Fr. Luis asistiendo al Sr. Oidor; tuvieron naufragio, en que se hubieron de apartar con fuerza de temporal las dos embarcaciones, y la en que iba el P. Fr. Luis hubo de varar por singular dicha, y no con poco trabajo en tierra. Tanto fué el rigor de la borrasca, que cada cual en las dos fragatas tuvo por perdida la compañera, hasta que la mano de Dios los volvió a juntar en Trujillo con grandes júbilos de sus almas.

De allí, por haberse ya celebrado capítulo en la Provincia, confiriendo las circunstancias que ocurrían y la imposibilidad que tenía la entrada a los infieles, se determinaron volver a este convento a dar cuenta al Provincial

---

(1) Verdelete y Monteagudo no fueron martirizados en la Taguzgalpa sino en Costa Rica. Sobre el martirio que padeció más tarde el P. Cristóbal Martínez tenemos relación inédita de testigos, la cual publicamos en la introducción a este tomo.

de lo que pasaba. Llegados acá, y siendo bien recibidos del Provincial, con la caridad que merecían sus fervorosos deseos, ocupó el Provincial al P. Fr. Luis en que le asistiese para los despachos del oficio, y así no tuvo cabimiento el que hiciese segundo viaje a la Taguzgalpa con el P. Fr. Cristóbal.

En el ministerio de la secretaría, demás de ser tan a propósito para su expedición, procuraba hacer bien a todos, no como el mayordomo, mundanamente prudente del Evangelio, para tener lugar con los hombres en acabando el oficio; sino como verdadero humilde y caritativo, sirviendo de internuncio para el consuelo de los religiosos, procurando ser a todos propicio. No por esto le faltaron emulaciones, que fuera *rara avis in terra.* estando al lado del prelado, y procuraron algunos Zoilos desgraciarle con él, levantándole algunos testimonios y calumnias que llegaron a excitar la severidad del Provincial, para que le sacase en culpas, y le reprendiese con palabras ásperas en capítulo de ellas, lo que sin duda jamás él pudo perpetrar. Y porque no es bien queden en el silencio las imposturas, que hicieron a este buen religioso afinar su virtud en el crisol de la tolerancia al rigor del fuego de las persecuciones, es de advertir, que lo que le imputaban era, que él se hacía dueño del gobierno, y que el Provincial obraba por su consejo, siendo así que la severa religiosidad del muy observante padre Fr. Antonio Tineo que era Provincial, no necesitaba de quien le advirtiese en cosas de su ministerio; y más esta vez que era ya la tercera que había gobernado como Provincial esta Provincia. El motivo que tuvieron, los que como instrumentos de que Dios se valía para ejercitar el sufrimiento de el varón religioso, fué el ser tan piadoso, y que por hacer bien a sus hermanos solía no reparar en algunas dependencias. Y como su ardiente caridad y encendido amor a sus prójimos no discurría en otra cosa que en hacerles bien, pudo ser que cometiese algunos inculpables defectos que le acriminaron hasta ponerle en estado de ser ásperamente reprendido del Provincial y aún afrentado a vista de los mismos que le procuraban ver desfavorecido

Y aun fuera tolerable si se le hubiera levantado la persecución por parte de algunos, a quienes él hubiese agraviado, porque como dice David: *Si mi enemigo me maldijese, tendría yo por ventura tolerancia, y si aquel que me aborrecía hablase mal de mis operaciones, tendría yo el consuelo de esconderme de sus ojos para no irritar sus iras;* pero que aquellos mismos que se valían de él para sus negociaciones, compañeros y compatriotas magnificasen contra el P. Fr. Luis sus calumnias, esto era lo doloroso del sentimiento. Mas, no lo fué en el prudente, humilde y ejemplar religioso, pues aun llegando algunos amigos (que nunca faltan aun a los más desvalidos) a consolarle entendiendo, que afligido su ánimo necesitaría de estos confortes, y que quizá pudiera desfallecer su tolerancia al oir la aspereza de las palabras del prelado: bien como los amigos de Job, pues procuraban en sus adversidades consolarle, respondió con sereno semblante y apacible rostro el P. Fr. Luis, que tan lejos estaba de desconsolarse por la áspera reprensión del prelado, y tan ajeno de sentir sus razones. como quien conocía que la tenía muy grande, porque era sus culpas muy enormes y que daba gracias a Dios, porque las había ocultado de los ojos de los hombres, que si la supieran le reputaran por indigno no sólo del hábito religioso que tenía, sino de aun ser el más des-

preciado sirviendo en la casa de Dios. Y que había andado el Provincial benignísimo, como piadoso padre con él a que debía ser agradecido, y tenerle por verdadero amigo, pues con su corrección tenía él el logro del aprovechamiento en la humildad, la utilidad del conocimiento de su bajeza, y la oportunidad no sólo de enmendarse en los defectos que ya eran notorios a todos, sino de prevenirse advertido, para no caer en los que él confesaba, tenía ni en otros a que pudiera su miseria derribarle.

Mostró con estas y semejantes respuestas el varón religioso el mucho fondo de su virtud a los que lo eran, y a los que paliadamente lo consolaban los confundió practicando la doctrina del experimentado rey penitente, que decía: *Los que me atribulan o procuran inquietarme, se holgarán si yo me diere por entendido de sus agravios, y de que siento lo que padezco.*

Y con esta, y otras espirituales consideraciones consiguió que las saetas de los pequeñuelos (que siempre lo son los que hace asestadores la envidia) se volviesen contra ellos mismos para herirles sobre la misma llaga de no sentir, o no manifestar el sentimiento el perseguido, y sus lenguas contra ellos mismos enfermaron. El prudente religioso Provincial no sólo le recuperó después a su gracia y estimación, sino que avivó más las acciones manifestando el concepto que había añadido al mucho aprecio, que del P. Fr. Luis hacía en este último combate de la adversidad, y de allí para adelante conociendo lo ardiente de su caridad, con más facilidad obraba lo que él pedía, porque todo su conato era el hacer bien a todos.

CAPITULO TRIGESIMO PRIMERO

Prosigue la materia del capítulo precedente, y de la ardentísima caridad, que más y más fué encendiendo Dios en el corazón de su siervo Fr. Luis de Betancurt, y de sus efectos maravillosos

---

Cuestión es controvertida entre gravísimos teólogos y doctores a quién debe la caridad acorrer primero, si al pecador que sumergido en la culpa arriesga la salvación eterna o a las ánimas de los fielés, que en los tormentos del fuego del purgatorio están clamando y solicitando de los fieles las piedades. Favorece la primera parte del problema buen número de doctos fundados en el mayor peligro y menor seguridad, mayor daño y menos disposición para evadirle que tiene el pecador; por cuya causa debe ser más aina socorrido, para ser de tan gran mal como la condenación librado, de la cual están aseguradas las almas por más penas que en el purgatorio padezcan. De la otra parte opinan graves Maestros, que deben ser más aina favorecidas las almas, por no estar en estado de poder por sí mismas (aunque quieran) librarse y necesitar de ayuda de los fieles, lo cual no acontece en el pecador, porque como él quiera puede salir de las culpas y ponerse en estado de salvación, y de ambas partes hay tantas razones y ejemplos, y en la prác-

tica de una y de otra opinión tantas maravillas, que distraídos en sus opiniones los doctos, comprueban unos con lo acontecido a Sta. Catarina de Sena, procuradora de los pecadores, su sentir, y otros con lo acaecido a S. Cristina, solicita de las almas su pensar. Una y otra parte siguió en la práctica con tanta aplicación el P. Fr. Luis, como si sola una de las dos opiniones abrazase. A las almas del Purgatorio hizo universales herederas de todas sus obras meritorias, hasta las muchas que ejercitaba en orden a sacar de culpas a sus prójimos. Y para conciliar estas con aquellas, pedía a Dios continuamente le diese a padecer a él las penas que unos y otros merecían. Y con efecto parece fué oída su piadosa petición, por lo que en su última enfermedad se vió, y diremos en su ocasión.

Afligíase notablemente su espíritu en sabiendo que alguno perseveraba en ofensas de Dios, y usaba de todos los medios posibles para estorbarlo, unas veces haciendo muy rigurosas penitencias por ellos, y pidiendo a Dios de continuo en sus oraciones, y sacrificios los redujese a estado de gracia; otras amonestando con todo amor, prudencia y discreción a los tales, representándoles los castigos a que provocan la ira de Dios los pecadores, y cuán grande mal es el pecado, que es mayor mal que el infierno. Y finalmente, tales cosas y con tanta ternura y caridad y discreción las decía, y eran tan encendidas sus palabras, tan eficaces sus lágrimas, y tan bien propuestas las sentencias de Santos y lugares de Escritura, que en argumento de su persuación traía, que los mas tercos, rebeldes, y obstinados pecadores, se reducían a enmendar su vida y mudar de rumbo, buscando el de su salvación. Hacía varios conciertos con los que se convertían, ya de aplicar por ellos en satisfacción de sus culpas, tales, o tales penitencias, ya asegurándoles el sustento, y aun el vestido, para que si la necesidad era causa en algunas mujeres de vivir en ofensas de Dios, el socorro de ellas les fuese estímulo para salir de las culpas. A tales personas llevaba él a sus casas, y lugares de recogimiento, donde procuraba se albergasen; la leña, el agua, el pan, la carne y todo lo necesario que podía haber (pidiéndolo a los bienhechores) para que con moderada suficiencia y natural cristiano trato, pudiesen pasar la vida sin estar atenidas a la culpa, que es muerte del alma, para mantener la vida del cuerpo.

Viendole ir por las calles cargado a veces de leña, y otras cosas onerosas e indecentes, a unos edificaba, a otros causaba algún género de menosprecio del sujeto, y era lo que él quería, como verdadero despreciador de las estimaciones del mundo y como quien ardía en los incendios de caridad que le transformaba (según lo que S. Juan dice) en un divino ser, y le hacían habitar en Dios, y que Dios viviese en él. ¿Quién podrá decir suficientemente el gran servicio a Dios que en estas cosas hacía su siervo Fr. Luis? A si mismo se ejercitaba en virtudes, se habituaba en la humildad; a los pecadores, con estas diligencias, sacaba del abismo en que vivían sumergidos, y aun muchos de ellos obstinados, sirviéndoles de cordel ingenioso para poder salir del laberinto de la ocasión. Y también a los ricos era de grande utilidad, y a los que tenían con qué pasar, pues puso Dios en este mundo pobres y ricos, como dice S. Juan Crisóstomo, para que aquellos ejercitasen a éstos en la virtud de la caridad, y los ricos fuesen despenseros destinados por la mano de Dios para el socorro de los menesterosos; no para atesorar avaros (como muchos

ricos del mundo a quienes Dios pedirá estrechísima cuenta de las riquezas que les dió), sino como verdaderos hermanos en Cristo (que esto quiere decir cristianos) con los pobres, para que atesorando en el socorro de ellos y trasladando al cielo sus riquezas (como dice San Pedro Crisólogo) las aseguren y las libren de la polilla de la caduquez temporal, y haciendo amigos de *mammona iniquitatis?* tengan seguro hospicio con el misericordioso padre Abraham en los tabernáculos de la eterna bienaventuranza.

Cuanto ocurrió y llegó a su noticia en que pudiese él con su ardiente celo y fervorosísima caridad, remediar necesidades y estorbar ofensas a Dios, fué tan vigilante, que no omitió diligencia alguna, así en exonerar a muchos de los penitentes, que le buscaban para confesarse, como a los pecadores que él buscaba para sacarlos de culpas, cargando sobre sí muchas obras satisfactorias, y obligándose a procurar a todos sus enmendados el sustento del alma y del cuerpo. Para poderse aplicar sin embarazo alguno a estos santos ejercicios, pedía a los prelados con instantísimas súplicas no le ocupasen en oficios de la Orden, y le permitiesen el ministerio de la portería para hallarse más pronto y andar a caza de almas. Por esta razón no tuvo los oficios que merecía en la Provincia y una vez que por la obediencia hubo de hacer viaje a España a negocios que ocurrieron, volvió con tanta presteza, que pareció milagrosa su jornada. Solo le ocupaban los prelados en la secretaría, siempre que era menester, por su buena inteligencia y expedición, y así se hallan muchas cosas en los libros antiguos del convento de Guatemala y de la provincia, escritas de su letra, que es conocida por buena, y la información que se hizo de religiosos ejemplares de esta provincia el año de 1630 en que hizo oficio de notario.

En el socorro de las Benditas Animas del Purgatorio fué tan excelentemente ejercitado, que no sólo pedía a Dios le diese a padecer en esta vida las penas de algunas almas encomendadas, sino que haciendo a todas universales herederas de sus mortificaciones, ayunos, cilicios y obras meritorias. mereció le concediese Dios nuestro Señor valor para comunicar con los difuntos, como con los vivos. Venían a él las ánimas (o sus ángeles custodios en forma de sus cliéntulas) a pedirle socorros, y tenía tanta facilidad en oírlas y despacharlas, que en dando a deshora de la noche un golpe sobre la mesa que tenía en la celda, en oyéndolo preguntaba con exhortación de parte de Dios quién era, y qué pedía. Allí le manifestaban los difuntos sus necesidades, y él era tan puntual en el socorro, que coñforme lo que le era pedido, no solo por sí y por otros sacerdotes que le comunicaban el espíritu, sino por otros bienhechores seculares, ponía cuanto más aína en ejecución lo que convenía. Como le sucedió en ocasión que habiéndose retraído a este convento ciertos homicidas y abrigándolos caritativamente el P. Fr. Luis, siendo sacados por mandato del Ordinario intimado por censuras, y no sin mucho escándalo de los piadosos, y gravísimo dolor de los religiosos, que hubieron de salir por mandatos superiores, rígidos y criminosos, dejando el convento libre para que le trajinase la justicia.

Habiendo ajusticiado a los retraídos, pasados días de este suplicio, oyó la seña de difunto Fray Luis, y preguntando, como acostumbraba, le fué respondido quien era el sujeto de la acción, y que necesitada le dijese

una misa en el altar de Nuestra Señora de las Angustias. Hízolo al amanecer, y no contento con decir misa él, con cuanta devoción le fué posible, solicitó que dos religiosos hiciesen lo mismo en el dicho altar excitándolos con la cautela piadosa, que su discreción le dicta. La siguiente noche, como a las once, oyó en la misma parte la señal, y diciendo el P. Fr. Luis al que la hacía, que bien podía decir lo que quisiese, vió una claridad como que pasaba, y oyó una voz que le dijo: *Dios te lo pague, que mediante lo que por mi has hecho se abrevia el tiempo que habia de estar en el Purgatorio.*

Otras muchas veces le sucedió lo mismo estando recogido en su celda. Las que en la iglesia le acontecieron semejantes aparecimientos fueron casi innumerables, porque como lo más de la noche pasaba en la iglesia colgado de tres escarpias, que tenía clavadas enfrente del altar de la Vera-Cruz, para estar algunas horas con grande tormento en ellas, contemplando las tres, que N. Redentor estuvo pendiente de la cruz, a vista de su sacratísima imagen; y como en acabando su oración cogía una caldereta, que para esto tenía, con agua bendita, y se iba por todas las sepulturas asperjándolas, y gastando una hora en decir responsos, dando vuelta a toda la iglesia, sucedió muchas veces salir de las sepulturas (a lo que le parecía) algunos difuntos, y le pedían lo que habían menester. Era él tan fiel ejecutor de lo que se le pedía, que las más veces le buscaban para darle las gracias las ánimas sin que jamás le causasen pavor las apariciones de difuntos, por horrendas que fuesen, ya de cadenas y fuego, ya de otros tormentos que indicaban las gravísimas penas que padecían.

Solamente en una ocasión manifestó el V. P. a su confesor que tuvo tan extraño miedo y horror, que le faltó el ánimo para hablar o preguntar qué quería un difunto, que le apareció en forma de religioso en la iglesia, a cosa de media noche, al tiempo que iba él en su ejercicio de asperjar las sepulturas. Vió en el escaño que está cercano al púlpito sentado un religioso puesta la capilla, y la mano en la mejilla, en ademán de que estaba oyendo de confesión. Asombróse tanto el P. Fr. Luis, que apenas tuvo valor para volver atrás, y llegar casi sin aliento vital al seguro de su celda. Allí se recobró, y reprendiéndose a sí mismo de la extraña cobardía que había tenido, y que era falta de caridad, el no haber socorrido a aquel pobre religioso, estando con impulsos de volver a buscarle, se puso de rodillas pidiendo a Dios le asistiese y valorizase su ánimo. Fuéle dado a entender por modo que él no acertó a explicar, aunque lo sabía bien sentir, que aún no era tiempo, ni había llegado la hora determinada para que tuviese alivio aquella alma en las penas que padecía por algunos leves defectos o negligencias, que había tenido en el ejercicio en que se le había representado, purgando allí con perseverante asistencia al confesonario las veces que dejó de acudir en él a las necesidades de los menesterosos, pudiendo y debiendo hacerlo.

Con esta luz que tuvo de lo que le acaecía, no dejó de continuar su piadoso ejercicio en la iglesia, sabiendo que de parte de Dios se le afianzaba el valor que en otras ocasiones le había sobrado, cuando era voluntad de Dios que le tuviese, y se llegaba el plazo de que consiguiesen efecto las apariciones lastimosas de difuntos.

Y por concluir en esta materia clausurando este capítulo con el argumento de él; bien verá el lector cuán discretamente hermanó el V. P. Fr. Luis las dos opuestas partes del problema, ingeniando su ardiente caridad, modos para atender, como empleado del todo a las peligrosísimas necesidades de los pecadores que arriesgada su salvación, vivían en peligro del eterno daño, y para aplicarse como único destino de su abrasado pecho en el socorro de las benditas almas, que imposibilitadas de operaciones meritorias propias, esperan ansiosas las piedades ajenas; no contentándose este siervo de Dios con lo que él hacía por ellas, sino recabando de sus familiares y bienhechores, con sentidas, eficaces y tiernas razones, que les proponía, representando las penas y necesidades de ellas; el que todos fuesen devotos de las ánimas del Purgatorio.

CAPITULO TRIGESIMO SEGUNDO

De otras devociones, santos ejercicios, y virtudes del V. P. Fr. Luis Betancurt, y de su prodigiosa muerte y solemnísimo entierro y aclamación

---

Trato de recoger las velas ya en el mar de las virtudes de este gran siervo de Dios, compendiando las que, más sobresalientes, fueron notorias a todos. No le embarazaban las ocupaciones que se han dicho de la vida activa, ni le impedía la asistencia a la portería y socorro de los pobres, para emplearse en el santo ocio de la oración, ni para usar de rigidísimas penitencias con que araba su cuerpo. Tenía por despertador sobre la puerta un letrero que decía: *Cuidado con los pobres, cuenta con Dios,* que a él le movía a grandes cosas. Casi lo más de la noche pasaba en la iglesia en la oración de la cruz, que como dijimos era en esta disposición. Tenía clavadas en la pared que está frontero del Altar de la Vera-Cruz, tres alcayatas gruesas, en tal proporción que de las dos superiores se asía por las manos, y se crucificaba; la inferior estaba cercana al suelo, de manera que si soltaba de ella los pies, escasamente llegaba con los extremos de los dedos a tocar la tierra, quedando todo el cuerpo atormentado, por cargar tanto peso cuasi en el aire, pendiente solamente de los brazos, si fijaba los pies en el clavo o alzaba, se los martirizaba, cargando un pie sobre otro, y los dos todo el peso del cuerpo, conque era de cualquier modo mortificación grande y penosa. Perseveraba en ella hasta tres horas los viernes, y los otros días algo menos en profunda contemplación de las tres horas de la cruz de Cristo S. N. haciéndole oraciones tan agradables, bien al modo de la que hacía la V. Madre y esclarecida virgen D. María de Escobar, a quien manifestó Dios serle de tanto agrado tal modo de oración.

Y porque de paso demos esta noticia tan útil y eficaz para pedir a Dios todo el bien espiritual que se desea alcanzar, es de saber que en el Capítulo 26 de la segunda parte de la vida de esta V. Madre, refiere ella misma que se deshacía en ardentísimos afectos, causados de un conocimiento de su propia vileza, el cual el Señor ponía en su alma, y con él concebía la sierva de Dios muchos males de si misma, y le decía al señor: *Dios mío: ves aquí una alma pecadora, perdida, ingrata, llena de todas las faltas y miserias; indigna de parecer ante tu divino acatamiento; suplícote por aquella hora en la cual colgado en la Cruz entregaste tu espíritu en las manos de tu eterno padre, que...* Entonces el Señor con un ademán de suma majestad y amor la atajó diciendo: *calla, alma, calla, eso guárdalo para tí sola, que te digo de verdad que por allí alcanzarás cuanto quisieres, pues no hay cosa que no se consiga por medio de esa petición tan eficaz, y agradable a mis oídos.* Indicio, o por mejor decir evidente señal es esta amorosísima respuesta de nuestro piadosísimo Redentor, de cuán agradable le sea este modo de oración, y el motivo de la súplica, para que no afloje, aun la mayor tibieza, pues tiene a tan breves cláusulas de oración tan eficaz promesa, e impetración.

A este modo, y con el mismo espíritu de desprecio de sí mismo, que ponía Dios en su corazón, oraba el P. Fr. Luis, envileciendo su pequeñez, llamándose ingrato, ruín, y pecador tan indigno de parecer delante de la grandeza de su señor que aun no se reputaba merecedor de ser un *inútil mendiguillo* que esperaba sólo por el amor de Dios una limosna. Al modo que N. P. S. Francisco admiraba la inmensa majestad de Dios, y la suma bajeza suya sacando de este asunto del conocimiento propio y conocimiento de Dios tanta utilidad que le era escala para repetir con intensísimo dolor: *vos Señor mío, infinito, inmenso, y tan digno de ser venerado de infinitas criaturas en esta cruz por mí, ¿y yo tan vil, tan ruín, tan ingrato, ofendiéndote, y pecando desenfrenadamente? ¿Qué es esto? Consumidme Señor y aniquiladme si he de vivir para ofender.* En esta oración fué corriente tradición que tuvo celestiales muy frecuentes consuelos, y que hubo veces que le habló el Santo Cristo, y le manifestó con señas y con palabras lo que le convenía para salvarse, y para encaminar a otros a la perfección, aficionándolo y fervorizando más sus afectos a la devoción y ejercicio de la Cruz.

Tenía una muy pesada, labrada toscamente de dos gruesos maderos traídos del monte, con la cual a los hombros andaba las estaciones de los claustros, a imitación de aquellos apostólicos padres antiguos, que hicieron poner los siete cuadros de las estaciones de Roma en el claustro, y frecuentaron tanto este ejercicio rezando los salmos penitenciales. Como era pesado el madero, le rendía de manera que solía dar muchas caídas, y se quebrantaba con él. Sucedióle una vez, que como le viese el Guardián una noche andando visitando el convento, y al ruido de la caída allegándose al lugar donde sucedía, cogido en el hurto el P. Fr. Luis, y descubierto, hallándose como avergonzado de que se llegase a saber aquella mortificación que él procuraba ocultar haciéndola a deshora de la noche, y como el Guardián con interior gozo y exterior severidad le reprendiese por el ruido, que a hora de silencio había escuchado aquella vez, y otras, le dijo (en su sentir en chanza): *Llevará la cruz al refectorio;* y entendiéndolo a la letra el siervo de Dios, entró otro

día con ella a vista de toda la comunidad, dando tantas caídas con el peso de ella, que edificó, enterneció y lastimó los piadosos ánimos de los religiosos. El Guardián porque no peligrase en la vanagloria su espíritu, le reprendió por el quebrantamiento del silencio, con palabras tan nacidas de compasión y caridad, que en sí y en toda la comunidad hizo brotar a los ojos abundancia de lágrimas, y concluir su exhortación con permitirle, y aun mandarle por obediencia para mayor mérito que continuase aquel ejercicio, discurriendo (sin manifestarlo a Fray Luis, sino después a los religiosos) que quien con tanta prontitud se había mostrado obediente a la leve insinuación de que llevase la cruz, e hiciese la penitencia, adelantaría mucho con el mérito de obedecer en aquel santo ejercicio, para que junta esta porción con la de lo penal de la mortificación y agregación de las muchas indulgencias concedidas a las estaciones, atesorase más y tuviese más caudal para hacer bien a las ánimas de los difuntos y a los pecadores.

No fué menos excelente este virtuosísimo religioso en la virtud de la pobreza, que en la de la obediencia pronta, humildad profunda, y caridad bien ordenada; pues, para ser perfecto pobre, y no sólo en el parcísimo uso de las cosas muy necesarias, sino también en el nombre imitando a Cristo Redentor nuestro, que dijo por David de sí mismo: *Pauper sum ego;* se puso por nombre F. Luis el Pobre, dándose a conocer a todos por el ilustre apellido de la pobreza evangélica que profesó observándola tan a la mente de N. P. S. Francisco, que aunque era rico, despreciador y gastador de las limosnas que allegaba para el socorro de sus pobres, y encomendados, era para sí tan escaso, que ni aun la ración que le cabía poseía como dueño, sino que teniendo por propio de ella al primer necesitado que veía (según lo que tenía pactado con Dios) le decía: *Tome, Hermano, lo que le toca.* Las cosas de su uso no fueron otras, que las precisas, y permitidas por la Regla de N. P. S. Francisco al moderadísimo socorro de lo inexcusable a pobres religiosos.

En la limpieza y honestidad fué un ángel y espejo, donde se veían los más claros candores de la castidad. Pues desde que se convirtió a Dios, y dejó el mundo, jamás contaminó en cosa grave, ni tuvo impuridad su conciencia, que llegase a pecado mortal. Que fué cosa maravillosa, y en que manifestó Dios su poder, y haber sido la mutación de su vida hecha por la diestra de su majestad excelsa. Y aun más digna de elogio debe ser en esta virtud, siendo hombre, y de la pasta corrupta de Adán, y contaminado, antes que si fuera ángel por naturaleza; porque vivir en carne sin resabio de carne, y en carne contagiada, sin contagio, es un linaje de angelical pureza, que manifiesta la valerosa eficacia de la divina gracia.

Estas y las demás virtudes que diestramente con perseverante espíritu, procuró adquirir en veintiocho años que fué religioso, a que añadió Dios un lustre de santidad, una especial gracia y condecoración, que le negociaba estimaciones de todos, y un favorecerle a lo descubierto en cosas públicas, pues le sucedió muchas veces ante el Santísimo Sacramento los domingos de la cuerda al tiempo de la profesión, salir de sí embriagado de los divinos amores inventando cantares y danzas a vista de todos, y otras, quedarse inmóvil como descansando en Dios en pie o de rodillas, o postrado en el mismo suelo, con admiración y grande edificación de todos; le hicieron ser tan acepto

generalmente dentro y fuera de la Religión, que todos le tenían por siervo de Dios, y amigo suyo, y le buscaban como a maestro, y le veneraban como a sujeto en quien Dios atesoraba muchos bienes espirituales y consuelos del cielo.

Llegóse el tiempo en que Dios premiase sus buenas obras, que quedan escritas, y otras muchas que por la prolijidad se dejan, así de la secuela de coro y comunidad, como del ardiente celo con que solicitaba adornos para los altares, lámparas que alumbrasen, y otra multitud de excelentes obras de religión, caridad y perfección. Llegado el tiempo, y asaltado de la última enfermedad puesto en la enfermería, comenzó a regalarle Dios con repetidos asaltos de diversos accidentes que causaban en él bien extraños efectos. No eran originados de su mucha edad, pues no pasaba de sesenta y cinco años, sino que le eran enviados de Dios para ejercitar su virtud, y manifestar cuán aceptas le habían sido sus oraciones, y que condescendía a lo que tan perseverantemente le había pedido su siervo, de que le diese a sentir los dolores, penas y tormentos que habían de padecer las ánimas, y personas que tenía en su clientela. No atinaban los médicos con sus achaques, ni servían los medicamentos de aliviarle en algo sus dolores, disparando estos de suerte, que el juicio que se procuraba hacer de su enfermedad un día, se hallaba falsificado el siguiente, y motivos de tanta contrariedad en lo que padecía, que las reglas de medicina faltaban, los aforismos no valían, las experiencias no tenían lugar, ni había cosa que diese el menor alivio a sus males, o treguas a sus dolores, ni que a lo médico y enfermeros aquietase en sus discursos, viendo fallida su ciencia en la curación de un sujeto de tanta suposición, y que su vida era el juicio de todos tan esencial para muchos. Afligíanse los religiosos, y el guardián, que lo era el muy grave y prudente Padre Fr. Pedro de la Tobilla, deseando con afectuosísima voluntad el que tuviese modo la curación del V. Religioso, hizo llamar cuantos médicos y curanderos se pudieron descubrir, y cada uno de por sí, y todos juntos jamás resolvieron cosa que fuese a propósito para mitigar las penas que padecía el doliente, o coger corriente a medicinarle.

Era cosa de ver, y que causaba notable compasión y dolor a los que lo experimentaban, ver a un apostólico varón, y de tan ejemplar vida, y opinión de virtudes, que como frenético, haciendo visajes, y gestos abominables, o ya quedando sin sentido y echando espumarajos por la boca, horrorizaba a los que lo veían. Otras veces era visiblemente levantado de la cama, sin que se viese quién le impelía, y arrojado al suelo, donde se daba cruelísimos golpes en su persona con las manos, se mordía, y laceraba acerbísimamente, y volteándose a una y otra parte después de muchos golpes, sin que le pudiesen sujetar cuatro religiosos de mucha fuerza, quedar como insensible tronco, casi sin vida dos y tres horas, al cabo de las cuales volvía en sí con tan dolorosos gemidos y quejas nacidas de los gravísimos dolores del mucho quebrantamiento, que hacía llorar a los que lo asistían. Y preguntándole en el breve espacio que le solían permitir alguna quietud aquellos impulsos, qué era lo que sentía o lo que causaba aquella furia, no respondía más, que ser la voluntad de Dios. Y volviendo otra y otra vez a dilaniarse, prorrumpía en delirios, visajes, y acciones desacordadas, como antes. Mas, lo que

advirtieron los que le asistieron, fué que ni de obra ni de palabra se vió en él cosa, ni acción deshonesta, ni palabra que dañase a persona alguna, ni en toda la furia, operación que pareciese pecaminosa.

Entrando en juicio el Guardián con religiosos graves determinaron hacerle exorcismos, y conjurarle, porque según las demostraciones, parecía estar poseso del demonio, ya mudando voces, y hablando misterios, ya cantando, sacando la lengua, torciendo los ojos, encorvando las manos, y dedcs, y otras cosas, que era imposible ser hechas por el mismo individuo, y así se persuadieron a que invisiblemente espíritus obsidentes (que sería lo más cierto) o que interiormente demonios posidentes (como por entonces se presumió) causaban aquellas extrañezas y horrores. No tuvo efecto el conjuro; ni dió muestras de espíritu posidente, aunque bien manifestaba que lo que interiormente estaba padeciendo excedía a todo lo natural. Los que conocían su espíritu y conciencia y sabían lo repetido de la petición que había hecho a Dios de que se sirviese de darle a padecer las penas de sus alumnos; tuvieron por cierto era cumplimiento de su petición y condescendencia a los instantes ruegos con que la representaba a Dios.

No era el menor dolor para los piadosos el ver que en aquellos últimos días de su vida, en que era tan enormemente martirizado, jamás hubo coyuntura de que pudiese recibir los sacramentos, porque la quietud, que tal vez se le permitía era por tan breve espacio, que pudiera correr mucho riesgo de alguna indecencia, si le comulgasen, como le sucedía con los mantenimientos que le daban, que los volvía y mexclaba con inmundicias, sin que pudiese estorbárselo el cuidado de los que le asistían, hasta obligar a la piedad religiosa a que le pusiese prisiones en las manos, y pies, y una gruesa cadena, que de parte a parte atravesaba la cuja en que estaba, cogiendo el cuerpo en cintura. Mas, era tanta la furia, que rompía las esposas, y era más cruel la carnicería que hacía de sí mismo.

Quiso Dios apiadarse ya de lo que su siervo padecía, y habiendo admitido en satisfacción sus tormentos, le permitió una tranquilidad como de quien estaba en el Paraíso, o volvía de un sueño con tan expedita razón, acuerdo y compostura, que bien se conocía haberse agradado su divina majestad de las fatigas del P. Fr. Luis, y que le concedía en *las alegres vísperas de la Natividad del Señor* por aguinaldo [1] el que pudiese recibirle sacramentado, tomando en descargo el ayuno que de este pan celestial tantos días había tenido, como le tienen careciendo de sus dulzuras las ánimas del Purgatorio. Reconcilióse con grande edificación de todos, recibió los sacramentos, y concluyendo en el intervalo de tres a cuatro horas con todas las funciones cristianas, y religiosas de aquellas últimas, sosegado de todo en todo, el semblante hermoso, como de quien caminaba al cielo, fijos los ojos en él con una serenidad apacible sin movimiento, ni acción, cantándole el credo, partió a gozar del señor a los sesenta y cinco años de su edad, y veinte y ocho de Religión, que empleó perseverantemente en obras meritorias, servicio de Dios, y bien de los prójimos. Fué su dichosa muerte el año del Señor de **1642** en este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala.

(1) Aquilando dice la edición de 1716.

Luego que se supo en la ciudad su muerte, como se había divulgado entre todos el lastimoso espectáculo de su formidable achaque, se convocó todo el pueblo, y en vez de Pascuas alegres ocurrieron las principales personas, y mucho vulgo a besar los pies al cadáver del siervo de Dios, continuando el asistirle con mucha devoción todos los fieles, haciendo Dios constante a todos los regalos, con que le había asistido, cargando la mano en darle en qué merecer, cuando se le iba acercando el plazo de la vida, y que con la muerte venía la noche en que ninguno puede obrar según que el mismo Cristo dijo en el Evangelio. Al día siguiente, que fue el primero de Pascua de Navidad, a la misa mayor con el Oficio del día se le dió sepultura, significando misteriosamente nuestra madre la Iglesia en el introito de la misa, el haber nacido para Dios aquella alma, cantándole nuevos cánticos por las maravillas que en él había obrado, haciendo notorio a todos cuán de su agrado habían sido las operaciones de aquel hijo de S. Francisco, y tan benemérito de la Iglesia. Fué menester todo cuidado, para que le dejasen de cortar pedazos del hábito con que estaba amortajado, y fué sepultado en el común entierro de los religiosos, que hasta entonces era el presbiterio del altar mayor de este convento.

CAPITULO TRIGESIMO TERCERO

En que se comienza la vida y virtudes del religiosísimo hijo de San Francisco N. P. Fray Diego del Saz, hijo de este convento de Guatemala, y natural de la Ciudad Real de Chiapa

No está aligado Dios a lugar ni tiempo para la salvación eterna de las almas, que aunque en la Escritura Sagrada se dice, que este rey inmenso de la gloria está atado a las canales, se debe entender (como explican los padres) a sus divinas palabras para la eficacia de los sacramentos que como autor de ellos los quiso ordenar así. Extrínsecas son el lugar, tiempo, y otras circunstancias externas, materiales y temporales en órden a la salud eterna, mas, no se puede denegar, que tales veces el lugar, y tiempo del nacimiento, o muerte del hombre, son circunstancias que ordena la divina providencia para la salvación o condenación de algunos, como latamente escriben los teólogos, hablando de los efectos de la predestinación, y aun en propios términos, hablando de lugar y tiempo, apadrinan con sentencias de S. Agustín la parte afirmativa, poniendo el ejemplo en el niño, que nace junto a una fuente, habiendo de morir luego, y que haya allí quien le pueda bautizar; donde se ve, que faltando aquestas dos circunstancias, aquella alma, según el orden de las operaciones había de carecer de la visión eterna de Dios, si no obraba su divina majestad milagros, criando otra fuente, o trayendo agua por ministerio de quien gustase, y permitiendo viniese al tal páramo (que constituímos para la cuestión) quien al niño bautizase. Conque no hemos de hacer tan poco

caso, como quieren los escrupulosos del lugar en que uno nace o muere, y del tiempo, pues las ordenaciones divinas, y decretos infalibles eternos, como libres en Dios, puede hacerlos como dueño de todo, y querer tales o tales circunstancias para conferir su gloria a sus criaturas. Tierra santa era la que pisaba Moisés, y se llama así la de Jerusalén, no porque sea sujeto la tierra de santificación, sino porque en Horeb apareció Dios, y en la zarza; y Jerusalén fué teatro de los gigantes pasos de la vida y muerte de nuestro Salvador Jesucristo.

Corta ciudad es la Real de Chiapa, no en su nobleza y policía, no en sus edificios, y religiosas costumbres de sus conventos; sí en el número de los vecinos, que solo siendo sus ánimos tales, que cada uno en valor se debe computar por diez mil, puede tener el lugar que en la grandeza se merece. De allí como de tierra santa, ha salido tanto número de sujetos esclarecidos en letras y virtudes, que solo en esta crónica se cuentan más de diez naturales de la Ciudad Real de Chiapa. Entre estos ilustres varones no es el de menor cuenta N. V. P y religiosísimo ejemplar de observancia regular Fr. Diego del Saz. Nació esta nueva luz del mundo, y esta nueva gloria a la Religión Seráfica al tiempo de los repiques del medio día de la víspera de la festividad de N. S. P. S. Francisco el año del señor de 1579. Sus padres fueron de los nobles ciudadanos, e ilustres republicanos de la Ciudad Real de Chiapa, cuyos nombres por ahora se me ocultaron si bien no será difícil de aquí a que salga a luz esta historia, el conseguir de ellos individuales noticias. Las que son irrefragables, y constan del sermón predicado a la traslación del cuerpo de este V. religioso (de que diremos en su lugar) son de su nobleza, y notoriedad de ilustre sangre, virtuosidad de su parentela, y buenas costumbres de sus ascendientes, y deudos; pues se dice, *que parece generación bendita la de este varón, y que en la misma sangre heredaron todos la dirección del vivir.* Apoyando esto con el ejemplo de algunos deudos suyos y aun de un hermano del V. P. Fr. Diego eximio venerador del estado sacerdotal, y por esto favorecido de Dios con singularidad.

Fué educado el niño Diego en la virtud, letras y buenas costumbres, que los padres virtuosos y nobles practican con sus hijos, y más con aquellos con quien se señala el afecto, o por circunstancias que advierten, de gracia particular en los niños, o porque Dios pone en los corazones de los padres la estimación que deben hacer, y diferencia que puede caber en el común paternal cariño. De su puericia, aunque podemos conjeturar en ella muchas cosas que este sujeto ilustren, no tengo otras noticias que las que aquí diré. Desde que tuvo uso de razón fué tan inclinado a la virtud, y recogimiento, que como oyendo a Dios que le decía al corazón: *Fili, praebe mihi cor tuum,* hizo entrega de todo cuanto era al señor, haciendo medianera de esta dádiva a la serenísima reina de los ángeles María, señora nuestra, por cuyas purísimas manos ofreció a Dios desde sus mismas luces de la razón, que amaneció en él muy temprano, su pureza e inocencia, resignándose totalmente en la voluntad de Dios. En todo el día, y la noche no se le pasaba tiempo sin hacer algo por la reverencia y honor de la Reina de los Angeles, conociendo desde aquella puericia (¿quien duda que no sin ilustración del cielo?) ser este medio atajo poderoso para adelantar en virtudes. Cada día por

consejo de religiosos ejemplares de nuestra orden, que frecuentaban su casa como de gente virtuosa, y muy devota de N. P. S. Francisco; hacía nueva entrega a Dios, por medio de su Santísima Madre de lo que primera vez le consagró. Adelantaba repitiendo esta tradición conforme le iba alumbrando el entendimiento muchas circunstancias dignas de no pasar en silencio.

Encomendábase para todas las horas del día al señor, que es día eterno, sin mezcla de noche, pidiéndole que no permitiese que la de la culpa, y sus tenebrosidades, presidiese en su alma. Hacía depositario a Dios al principio del día de todas las obras, que en él hiciese, y procuradora suya que pusiese en el erario del divino acatamiento sus trabajillos, penas, mortificaciones y ejercicios a María Santísima. Al ángel de su guarda invocaba para que como internuncio suyo para con Dios, haciendo digno acatamiento a su santísima madre suplicase a su divinísimo hijo las aceptase, prometiendo debajo el amparo, y tutela de su custodia, perseverar en el que prometía, y adelantar cuanto pudiese en el culto y reverencia debida a Dios, y a su Santísima Madre. Entre día se ocupaba en aprender a leer,y escribir, en que salió consumado. A la noche jamás se permitió al sueño sin haber rezado el rosario de nuestra señora, y un largo catálogo de devociones, entre las cuales después de la de su Angel Custodio estaba nuestro Padre San Francisco, y el santo de su nombre San Diego de Alcalá, pidiéndoles le asistiesen, y dirigiesen en el camino que más ordenado fuese a la imitación de sus virtudes, y especialmente de la de su humildad, a que fue siempre aficionado, que parece la conocía como fundamento sólido de toda perfección.

Apenas tenía de ocho a diez años (aunque para lo adelantado que estaba en las virtudes parecía de provecta edad) cuando con deseos vehementes de no declinar de la vida espiritual que tan temprano había comenzado, entrando en casa de sus padres el V. P. Fr. Juan de Orduña (cuya vida, y virtudes ya queda escrita) como se confesaba con él el niño Diego, y era instruído de aquel ejemplarísimo religioso en virtudes, pidió a sus padres le permitiesen, el ir a servir y vivir en compañía de quien le había de ser maestro de perfección. Llevóle el V. P. Fr. Juan, no para que le sirviese, sino para que le acompañase, y aprendiese lo que después le había de ser de tanta utilidad. El modo con que le enseñó la lengua latina, fué construyéndole el breviario, y haciéndole tomar de memoria mucha parte del Saltorio, el Oficio Parvo, que rezaba todos los días, y el de difuntos, y las más veces el Oficio Divino del día. Explicábale las sentencias que en la Sagrada Escritura se encierran no contentándose con que supiese lo gramatical de la lección sagrada, sino que aprovechase en la inteligencia de lo que rezaba, y pudiese contemplar los profundos misterios que en las Sagradas Letras puso su soberano autor. Con el ejemplo del varón de Dios Fr. Juan de Orduña, adelantó también mucho en la devoción a N. Señora, no contentándose ya con el rosario que todos los días indispensablemente, desde que supo articular razones le rezaba, ni dándose por satisfecho su amor con el de quince misterios, que a coros rezaba con su maestro todas las noches, en que se empleaban dos horas de ampolleta [1]; sino que a imitación suya rezaba todos

(1) Reloj de arena.

los días el Salterio de N. Señora, que compuso nuestro Doctor Seráfico, quedando tan avezado a éstas y a las demás devociones, como quien las aprendió para no dejarlas hasta morir.

Más que imitador de las virtudes de su maestro parecía que remedaba sus pasos. Ayunaba casi frecuentemente como el P. Fr. Juan ayunaba, aunque a las veces solía dar a entender que comía: si bien su maestro bien alcanzaba lo que procuraba ocultar de sus virtudes el niño. Disciplinábase, no solo los lunes, miércoles y viernes, que por disposicion del P. Fr. Juan se juntaba el pueblo a este ejercicio, sino otras muchas veces cuando su maestro entendía que lo dejaba dormir en la celda. Lo mismo le sucedía en la oración, y contemplación, que no solo gastaba en ella los ratos que su maestro le ordenaba, sino otros muchos que hurtaba al descanso de su tierno cuerpecillo. Traía cilicio, y procuraba añadir otro los viernes, y en todo amoldarse por el ejemplo de su religiosísimo espejo, en quien se miraba, para copiar en sí sus virtudes. Sabedor era de todo el P. Fr. Juan, y en sus obras y palabras procuraba ser dechado a la tierna puericia del niño Diego, que le incitase no solo a perseverar en lo bueno a que su suavísimo natural le inclinaba, sino a mejorar y perfeccionar en todo, para que en adelante no solo pudiese ser bien copiada imagen de religiosas costumbres, sino original y dechado por donde otros copiasen las suyas. Que es la mayor prudencia de los hombres, no sólo no dar a los niños mal ejemplo, que les sirva de precipicio en las costumbres, sino enseñarles tales, que nunca avergüencen a los maestros los discípulos, por crecidos que lleguen a ser en lo de adelante. Que como la puericia es una tabla rasa, y una materia prima desnuda de toda afección, si las formas que la informan, o la pintura que en la tabla se delínea es oblicua, imperfecta y prava, o si en la cera blanda en que se había de imprimir una imagen perfecta, se caracteriza un abominable demonio; no solo lo será el impreso, sino que se viciará la cera, y quedará en la materia la forma horrible, y en la tabla la monstruosa pintura. Las consecuencias de estos malos principios, y progresos peores nacidos del mal ejemplo, que dan hombres poco temerosos de Dios a la puericia, las lamenta el mismo Cristo diciendo en el Evangelio, que a cualquiera que escandalizare a alguno de los pequeñuelos creyentes le importa no menos, que ser colgada a su cuello una mola asinaria, y ser sumergido en los abismos.

Cosa de cuatro años vivió en compañía del venerable varón Fr. Juan de Orduña el virtuosísimo niño, adelantando en todo género de virtudes, y aprovechando grandemente en las facultades necesarias para ser buen eclesiástico y perfecto religioso, supo por el medio de la construcción grandemente la lengua latina, como si fuese propio idioma natural en que hubiese nacido, y se criase. Y bien, porque a la verdad en el ejercicio de la latinidad le crió el P. Fr. Juan. No solo en esto sino en la penetración de los conceptos, y énfasis de los salmos, y escritura estaba en su tierna edad tan provecto que su capacidad no parecía de niño, ni su juicio de aquella edad sino que aquella y éste se medían por los vuelos de singularísimos adelantamientos, que pudieran motivar, a que se le computasen las horas que había vivido por días, y los días por años.

En este estado se hallaba este mancebo, y con el deseo vehemente, que desde su primera niñez vivía en su corazón, heredado de la devoción de sus padres, de ser religioso de N. S. Patriarca S. Francisco. De consejo de su padre espiritual, y bendición de su padres naturales, vino a Guatemala, y vistió el hábito de nuestra sagrada Religión para el coro a 26 de noviembre del año de 1593. Pasado el año de aprobación con grande ejemplo de la comunidad, práctica de las virtudes en que se había criado, y adelantamiento de las buenas costumbres, y observaciones religiosas. Como la capacidad era tan madura, el juicio tan adelantado, y la disposición de su cuerpo que indicaba tener la edad cumplida, trató el muy V. Provincial N. P. Fr. Sebastián Buenaventura de darle la profesión. Ya se prevenía el día, cuando llegó a manos del Novicio Fr. Diego una carta de su padre, y con ella la fe de su bautismo. Hallóse por ella que le faltaba casi un año para cumplir los diez y séis que dispone el Santo Concilio, y cuando pudiera entristecerle, o inquietarle la noticia, no solo no le perturbó en su vocación, sino que si hasta allí había tenido el espíritu de un Elías, continuando el caparón de novicio parece que duplicó para recibir la capa o capilla de religioso de S. Francisco el espíritu, que hasta allí había tenido, renovando sus propósitos, y disponiendo más grados de virtudes, y ascensos de perfección en su corazón en este valle de lágrimas, asegurándose con más cautela, y más continuos ejercicios en esta santa casa como había propuesto hasta caminar de virtud en virtud hasta ver a Dios en el monte Sión amado del Señor, y atalaya para conocer desde la cima de la Religión los grandes peligros del siglo, de que Dios por su misericordia le libraba.

Llegado el término y plazo de su edad, cumplidos los diez y seis años a tres de octubre del año de 1595, hizo solemnísimamente profesión el mismo día de N. Seráfico patriarca después de vísperas, en manos del ejemplarísimo Provincial, quien como tan amante de las virtudes, y especialmente de la pureza del alma (en que como dijimos en su lugar, permaneció hasta la muerte) tomando por asunto la perfecta imitación de N. Seráfico P. le hizo tan eficaz exhortación, con tan santas y fervientes palabras, y razones tan nacidas a los dictámenes y espíritu del profesante, que las tuvo toda su vida en su memoria, y las rumiaba de continuo para no descaecer de las virtudes que había aprendido sino perseverar en castimonia, y adelantar en todo género de santas y religiosas costumbres.

CAPITULO TRIGESIMO CUARTO

Del grande aprovechamiento del P. Fr. Diego del Saz, en virtud y letras, en el tiempo de su noviciado y estudios, y de la perseverancia en su santa vocación y espíritu

---

Virtus boni operis, perseverantia est, dijo el grande S. Gregorio. Desde luego propuso y estableció en su corazón el nuevo religioso Fr. Diego, no sólo el guardar la Regla de N. P. S. Francisco, como verdadero hijo suyo,

sino perder mil veces la vida si necesario fuese por su perfecta observancia. Todo su estudio puso en la cartilla de S. Buenaventura (sobre) instrucción de religiosos, como quien tanto deseaba serlo verdadero. Dióse mucho a lección de libros espirituales, y vidas de santos, como quien a éstos quería imitar, y los ejercicios de aquellos en la práctica poner en su vivir. Tan acérrimo fué en las observaciones monásticas, e inviolabilidad de la Regla, que profesó, que pudiéramos decir de él que con cincuenta y dos años que fué religioso, *non declinavit, neqne ad dexteram, neque ad sinistram;* andando en los caminos del antonomástico David S. Francisco como allá del rey Josías se escribe en el capítulo 34 del 2º Lib. del Paralipomenos. Seguidor perfecto en su reinado de su Padre el Real Profeta. Era en el tiempo que fué corista espejo en que la misma Regla de S. Francisco se leía llegando a radicar tanto en la observación de sus preceptos y consejos, que si la regla se llegara a perder, parece se pudiera hallar en este gran religioso. Por esto era tan amado de todos aquellos apostólicos varones, que en uno de los viajes que hizo a la curia de México el siervo de Dios N. P. Fr. Francisco Salcedo, llevó en su compañía al hermano Fr. Diego del Saz, por ser tan de su satisfacción para el consuelo de su espíritu, y para que recibiese las Ordenes por estar en la sazón sin obispo esta iglesia de Guatemala, por haber fallecido el ilustrísimo varón apostólico D. Fr. Gómez de Cordoba, el año de 1598.

Puesto allá como era tan aficionado el P. Fr. Diego al estudio de las letras, negoció permiso del prelado superior para quedarse a cursar en aquel emporio y Atenas cristiana, lo cual no fué dificultoso, porque aficionados a su gran talento y mucha religiosidad, se supo hacer lugar entre los religiosos de aquella santa Provincia. La máxima que tuvo para esta determinación fué, no sólo el mayor adelantamiento, que interesaba en todas facultades por la copia de maestros (como testificó un condiscípulo suyo, que fué el muy nombrado P. Fr. Lucas Benitez, hijo de la provincia del Santo Evangelio), sino que conociendo lo que dijo sentenciosamente Ovidio. *Nec iacet in molli veneranda scientia lecto.* Que en mejores letras dijo el Espíritu Santo cuando en el libro de Job al cap. 28 preguntando en donde se hallaba la sabiduría, y cual es el lugar de la inteligencia, dice que *non invenitur in terra suaviter viventium* enseñándonos las letras humanas y divinas cuánto importan para la disciplina de las ciencias, y aprovechamiento en sabiduría la aspereza en el trato del amor propio, y cuánto la delicadeza y el descanso de los flojos les sirve de atraso para la adquisición de lo que siendo adorno de los hombres hace que se asemejen a los ángeles. Y la experiencia como maestra enseña que las más veces aprovechan más los estudios fuera de su patria y centro que en la suya, porque los halagos suelen servir de embarazo, como por el contrario la inopia, la necesidad, y el retiro, pihuelas (1) para el adelantamiento en los prudentes, que consideran ser estas penalidades eficaz medio para conseguir la sabiduría y volver a su patria, no sólo honrados, sino en el estado que puedan servir de condecoración.

Así le sucedió al P. Fr. Diego, porque como él tenía tan buenos principios desde su tierna educación, tan cultivada la capacidad, y tan encendidos los deseos del aprovechamiento, no malogró instante de tiempo, em-

(1) Piguelas dice la edición de 1716.

pleándole todo en el estudio y oración, hermanos que en concatenación admirable se dan las manos, siendo asiento el corazón limpio y desembarazado de mundanos entretenimientos de la verdadera sabiduría del cielo. Como en aquel ha habido siempre concurrencia de grandes ingenios, doctrina de grandes maestros, ejercicios de todas letras, y lucimientos de tantos sujetos, entre los más sobresalientes discípulos tuvo lugar el P. Fr. Diego, saliendo tan provechoso que pudiera pasar a maestro de la clase de discípulo, si su grande humildad no se hubiera hallado tan bien con aprender, sin presumir enseñar. En la Filosofía y Sagrada Teología, sustentó actos con que honró a la Religión, en la Teología Moral fué casi singular, porque como el genio era de tanta aplicación, a la tranquilidad de su conciencia, perseveró mucho entonces, y después en este utilísimo estudio. No menos en el de las Sagradas Letras, y sentidos de la Escritura, que como solía decir después, por más y más que a él se aplicase le temblaban las carnes de estudiar para el púlpito. Hacía e hizo siempre mucho escrúpulo de dar otro sentido que el más propio a la sagrada Escritura y aun solía exclamar si oía tal vez algunas palabras de la Escritura, en diferente sentido del que a ella fueron dichas: *¡Ah señor cuantos falsos testimonios os levantan!* La palabra de Dios, para que lo sea no son las que los hombres imaginamos, sino las que según la mente del Espíritu Santo, que dictó la Escritura discurrimos fundados en la lección de los Santos Padres. Fué en este ministerio un sustituto de S. Pablo, como manifiestan los siete libros de sermones que dejó escritos de su misma letra, y están en la librería de este convento. En ellos se halla solidísima doctrina, grande inteligencia en la sagrada Teología, como que penetraba las materias más arcanas de esta sacra facultad. La escritura con tanta propiedad y conciliación, con los dogmas católicos, como quien tan versado era en la lección de los Santos Padres. Todas estas gracias si bien las adelantó en esta santa provincia con el continuado ejercicio del púlpito en esta ciudad, en la de Chiapa y en la de Comayagua, y con la conferencia que siempre apeteció y procuró, no se puede negar que dimanaron de los años que con tanto aprovechamiento vivió cursando los estudios en la Provincia del Santo Evangelio de donde vino pasados, y aprobados sus cursos a ser astro resplandeciente entre los que había brillante en el cielo de esta provincia. Cantando siempre elogios grandes de la de México, que tan madre le había sido, y en donde había adelantado tanto en letras y religión.

Estando lleno el número de las cátedras en este convento, única casa de estudios entonces en esta Provincia; porque no se malograsen sus desvelos le aplicó la Religión al ministerio sacro de la predicación, y lección de casos de conciencia. Dió en uno y en otro muchas luces a todos, y como de aquí le pusiesen por maestro de novicios aplicó todo su conato en que los que educaba, no solamente saliesen perfectos religiosos, y observantes hijos de S. Francisco, sino que aprovechasen en todo enseñándolos a hacer pláticas espirituales, especialmente poniendo cuidado en los que conocía aptos, y que tenian genio para la predicación; a todos enseñando su obligación, como los que habían de llegar a ser sacerdotes, y confesores, y poniéndoles todo aborrecimiento a la ociosidad y parlas, porque demás de que su recogimiento, y aplicación era espejo para todos, constituyéndose enemigo acérrimo del

ocio, y detracción reprendía con tan fervoroso espíritu, y castigaba con tan prudente celo, y amonestaba con tan paternal cariño que sacó de aquellos nuevos en la Religión, que se encomendaron a su cuidado, y enseñanza, grandes religiosos, que después sirvieron de dechado de perfección a los que se siguieron, y de maestros excelentes a los que tuvieron la dicha de alcanzarles.

Aplicólo la Religión al estudio de la lengua de los naturales, y administración de los indios, en que aprovechó mucho con doctrina y ejemplo en las partes y pueblos en donde fué morador. Fué siempre proverbio suyo en cualquier parte que estaba, y tenía escrito en un papel de letras gruesas puesto en la puerta de la celda, y grabado en el corazón aquel sentencioso documento de S. Gerónimo: *Erras, frater, erras si & hic vis gaudere cum seculo, et postea regnare cum Christo,* que le servía de práctico ejemplar, con que no solo se estimulaba a obrar siempre bien, sino que, tomando de las palabras del Máximo Doctor, motivó con sagacidad, como que hablaba consigo exhortaba a los religiosos con quienes comunicaba, y a todos los fieles (que tenía por hermanos en caridad) a la perfecta observancia de lo que unos y otros eran obligados. Y era tanta la suavidad de este gran religioso en el decir, la prudencia conque sazonaba sus dichos, y sentencias tan raras, su humildad, y benevolencia tan acepta que jamás hubo quien tuviese osadía de contradecir ni impugnar lo que él enseñaba.

Era en todo (como dotado del cielo) perfecto. En lo personal benévolo y agradable, hermoso cuanto lo varonil permitía, venerable en el aspecto, que movía a todos a que le respetasen, como testificaron muchos, y de el Marqués de Lorenzana, Presidente que fué de esta Audiencia, testifica el Demóstenes panegirista de la traslación de su cuerpo por estas palabras: *En viendo el semblante un caballero entendido, que gobernó esta república, decía: Padres, en viendo al Padre Fr. Diego del Saz me compongo, y me causa tanta devoción el verle, que me parece que de aquella data era San Francisco.* Tal era su modestia, que con ella como un S. Francisco predicaba, ¿qué sería con las ardientes palabras de su espíritu? Era su benevolencia grande, su condición, semblante y acciones, de paz; la serenidad de su rostro, indicio de la sanidad y tranquilidad de su ánimo la sencillez columbina. No era el ceño severo; que es abuso de los que poco saben de Dios, querer atribuir al ceño y severidad la virtud como si pudiera haber alegría verdadera sino en la casa de Dios, y como si pudiera ser alguno siervo suyo al genio de N. P. S. Francisco sin manifestarse en sus obras, palabras, acciones y semblante lo que el Real Profeta aconseja diciendo: *Servite Dño. in laetitia.*

Varios estímulos tenía para la perseverancia en su santa vocación el V. P. Fr. Diego, ya trayendo por recuerdo rumiando en su corazón aquel verso del Real Profeta: *Vota mea Dño. redam coram omni populo eius.* Testigando con su ejemplar virtud (sin mezcla de hipocresía) su obser-

vancia, ya mortificándose con rigurosas penitencias y continuos cilicios, con tanta acervidad que llegó a enfermar, y padecer muchas quiebras en su delicada salud, por lo continuo de las disciplinas con que araba su cuerpo, y repetido de los ayunos, casi siempre vivía en abstinencia. Ayunaba no solo los días que por obligación deben hacerlo los frailes menores, sino las cuaresmas de los benditos y de S. Miguel, y otras que su devoción y vehemente deseo de imitar a los santos y a N. Sto. patriarca le dictaba. Traía también de continuo como compañero de por vida un devoto crucifijo de bronce vaciado con unas puyas a la vuelta de la cruz, para que mas le mortificase, y le avivase a sentir los dolores de N. Redentor. Especialmente tenía estos recuerdos al dar golpes de pechos, que eran frecuentes en él, y muy recio el impulso de su mano, con cuya diligencia aunque le vieran, no conocían lo mucho que en esto padecía. Por esta causa tenía siempre la tabla del pecho ulcerada y lastimada.

Los cilicios del cuerpo y brazos, que continuamente eran de cerdas o rayo, que remudaba según los días, hacía que encarnasen bien, y para que que tuviese algo más que la mortificación del cilicio, hacía ardid de su benevolencia, familiarizándose con los religiosos que venían de fuera, o personas devotas suyas, y los abrazaba estrechamente, sirviendo los amplexos no solo de manifestación de la caridad que en su corazón vivía, sino de ejercicio de la mortificación con que su cuerpo domaba. Hubo religiosos que conociesen y rastreasen por conjeturas esta sagacidad de este religiosísimo varón, y que se excusasen (por no darle a padecer más de lo que sentía) el abrazarle. A lo cual con angélica serenidad solía argüir el siervo de Dios, como que extrañaba alguna falta de cariño en el sujeto, y con palabras suavísimas le persuadía a que diese aquel consuelo, y aun hubo ocasión que diciéndole un religioso el motivo que tenía para no hacer aquella demostración cariñosa (que era por no mortificarle más) descubierto ya en la trampa espiritual, le rogó que guardase secreto, y que pues era sabedor de sus penitentes designios; no le privase como siervo de Dios, del merecimiento que en ello podía tener.

Siendo maestro de novicios muchas veces, especialmente los viernes se tendía boca arriba en el suelo a imitación de N. S. P., y hacía que los novicios y coristas le pisasen la boca, no por ceremonia sino por ejercicio de mortificación mandándoles (si se excusaban) por obediencia. Otras besaba los pies a todos, y hacía otras muchas mortificaciones con que los ejemplificaba, confundía y enseñaba. Exhortábalos siempre a la modestia circunspecta, obediencia pronta, humildad profunda, y desprecio de sí mismos, y como veían que practicaba lo mismo que les advertía y enseñaba y que en el siervo de Dios se hallaba una universidad de virtudes, y un lleno del ejercicio de todo género de perfección fué cosa maravillosa lo mucho que aprovecharon todos a la poderosa eficacia de su ejemplo, que como dijo un poeta: *Praesulis exemplo totus componitur ordo. Movile mutatur semper cum praesule vulgus.*

CAPITULO TRIGESIMO QUINTO

De los oficios con que honró la Religión a N. P. Fr. Diego del Saz (aunque con renuencia suya) y otros que renunció, y las utilidades grandes que se siguieron de los que aceptó

Treinta años tenía de su edad el V. P. Fr. Diego del Saz y diez y seis de religión el año de 1609, que celebrándose el capítulo provincial en esta provincia fué electo en guardián, del convento de la Asunción de N. Sra. de Gueyteupan. Mucho desconsuelo causó a su profunda humildad, y a su muy amada quietud el verse en categoría de prelado, cuado él se estimaba por humilde súbdito, no solo a sus prelados sino aun a toda criatura. Procuró renunciar, y de facto lo hizo en manos del prelado, representando la grande ineptitud que sentía de sí para mandar, y que aún no se hallaba suficiente para saber obedecer; mas los prelados conociendo nacer aquello del bajo concepto que de sí mismo hacía, y hallando los ojos claros de la razón, muchas para persuadirse sería, no solo oportuno, sino muy necesario el ejemplo y trato del P. Fr. Diego para poder adelantarse en virtudes a sus súbditos, y que como dice S. Agustín, quien es buen obediente, y se sujeta al superior es apto para mandar a otros, le pusieron precepto formal de obediencia para que aceptase como lo hizo.

Tuvo gran dicha que la Religión le dió, tener por compañero y súbdito al V. Fr. Cristóbal Martínez; porque aunque la virtud del siervo de Dios Fr. Diego era tan cuasi connatural a él, con todo le era grande estímulo el ver adelantadas en el P. Fr. Cristóbal, virtudes que él como humilde deseaba para sí, y de que le parecía carecer. Bien demostró esta hidalga emulación en la declaración que hizo como testigo el año de 1630 en orden a las virtudes del V. P. Fr. Cristóbal Martínez, pues tratando de su grande mortificación y obediencia regular, declara ingenuamente que siendo guardián, haciendo un viaje a un pueblo de visita que dista doce leguas en compañía del P. Fr. Cristóbal, siendo el camino muy áspero, doblado y pantanoso, no fué posible persuadir a Fr. Cristóbal a que fuese en una cabalgadura; aunque el P. Fr. Diego viéndole enfermizo, estándolo también él, le facilitaba el hacerlo, yendo en una cabalgadura, y aún con todo eso llegó tan cansado y enlodado, que fué menester lavar el hábito, y tomar algún descanso. Era perfecto humilde, y verdadero virtuoso el P. Fr. Diego, y como tal veía en el P. Fr. Cristóbal las virtudes muy crecidas y en sí mismo muy pequeñas, como de unos espejos refieren los naturales unos que representan las cosas mayores de lo que son, y otros que las dan a conocer menores de su grandeza. Lo cierto era, que uno y otro estos dos apostólicos varones eran grandes, y que santamente se emulaban en las virtudes, y en los dones de la gracia y de los dos pudiéramos decir, lo que de Tulio príncipe de la elocuencia romana se dijo, comparándole a Demóstenes. *Demosthenes tibi peripuit ne esses primus; tu illi, ne solus.* O lo que Virgilio en la Egloga 5ª *Eri alter ab illo.* Pues entre los dos, aun más que mayorías podemos justamente admirar igualdades.

En el tiempo que fué Guardian de Gueyteupán el V. P. Fr. Diego, y de su compañero, y fidelísimo Acates Fr. Cristóbal, sucedió aquel estupendo milagro del rosario que comprobó el ilustrísimo Sr. Obispo de Ciudad Real D. Fray Tomás de Blanes visitando el pueblo de los Plátanos. Aficionando tanto a todos a la devoción del rosario que habiendo cerca de ochenta años que sucedió, están hoy tan vivas las memorias, y tan fervorosa la devoción, que las más noches salen por las calles los indios de aquella administración (como acá en la Provincia los de la nuestra por el mucho cuidado que ponen los religiosos) cantando en voz alta a coros el rosario de la Virgen Sma. y otras devociones que la piedad previene.

No solo esta utilidad tuvo aquella guardianía en el tiempo que fué su prelado el V. P. Fr. Diego del Saz, sino que en lo material también adelantó la obra de aquel convento e iglesia, demás de haber sido en lo espiritual la edificación de su persona grande y continuo para la regular observancia a los religiosos, para la composición de costumbres, y devoción a todos los fieles. Por estas buenas prendas, que se reconocieron en el siervo de Dios fué, no solo otras muchas, así en la Provincia como en la Ciudad Real de Chiapa, donde aun siendo así que según el Evangelio ningún profeta tiene aceptación en su patria, lo fué tanto en la suya el ejemplar varón, que vivía como dicen sobre la haz de la tierra, teniendo tan buen nombre en ella, tan grande fama de virtud, y tanta aclamación en sus obras, doctrinas, ejemplo, que universalmente era aclamado en la provincia de Chiapa, donde le conocieron por digno, y merecedor de los créditos de virtud y santidad, que la vida inculpable con suave violencia se negocia, y con tanta estimación, que los príncipes y señores le buscaban como a oráculo para las consultas, y les servía la modestia religiosa del V. P. Fr. Diego, no solo de edificación grande, sino de infundirles a todos un nuevo espíritu, y atraerlos con invencible eficacia a que le amasen y venerasen.

Con todo eso queriendo Dios ejercitarlo en la humanidad, y desprecio propio, que era el camino por donde le guiaba al interior de su comunicación y familiaridad, al modo de la que se dice que tuvo Dios con Moisés. Le sucedió siendo Guardián (no se si de Chiapa o de otro convento) que habiendo trabajado mucho desde el capítulo en que fué electo hasta la congregación intermedia, no solo en lo que siempre acostumbraba del buen ejemplo, y servicio a los fieles, sacrificándose a Dios en utilidad de todos; sino también en lo material de la obra, que celaba mucho estuviesen los conventos decentes, aseados, y religiosos con perfecta clausura y oportunas oficinas: tocó Dios a los RR. PP. del Definitorio, y permitió (no se sabe con qué motivo) que le dejasen a la congregación sin guardianía, sin haber habido queja contra él, ni haber resultado cosa que pudiese estorbar el proseguir. Cuando todos esperaban en el convento donde era Guardián la continuación de su P. y prelado y en otros el que le pusiesen en ellos, para norma de Guardianes, se hallaron que no se hacia mención del P. Fr. Diego del Saz en la tabla capitular intermedia.

No le alteró, ni hizo la menor novedad el impensado suceso, (cuando algunos juzgaban que a lo menos lo sentiría) antes sí alabando la divina Providencia con rara humildad, y alegría espiritul dijo: *Sin duda me deben*

querer ocupar en alguna oficina de portería, huerta o cocina: porque, yo bien he echado de ver que no soy para Guardián, ni aun para aquello. Con esta santa resignación, no solo edificó a los que le amaban y veneraban, sino que alguno quien había intentado darle pena, en vez de recibirla, le dió Dios el consuelo de la negación del propio querer, de que no pequeña confusión sacaría, quien le intentó mortificar.

Mas, como la verdad adelgaza, y no quiebra, conociendo la rectitud de los prelados su mucha religiosidad y partes que le adoraban para cualquier oficio de prelacía, siempre le buscaban para ponerle en las casas principales, especialmente donde había Obispo, y concurso de gente política, porque al paso, que a todos edificaba con su ejemplo, enseñaba con su doctrina y atraía con la suave violencia de su amabilidad; le hacía mucho más estimable y apetecible su singular abstracción del siglo, raro recogimiento y retiro, sin salir de la celda, sino para cosa muy urgente, y del servicio de N. Señor y bien de los prójimos. Practicaba lo que N. P. S. Francisco aconseja, y le sucedía lo que S. Pedro Damiano escribe, asimilando al religioso a una pintura que desde lejos se deja ver mejor que de cerca, retirada se desea, frecuente se desestima. Y lo que la experiencia manifiesta que las imágenes que ocultan los velos son más veneradas que las que están patentes a la vista. Buscaban al P. Fr. Diego los más soberanos señores como a un S. Francisco, teniéndose por muy dichosos de que se dejase ver de ellos.

Fué Custodio de Honduras, y juntamente Guardián del convento de S. Antonio de Comayagua, en ocasión que era obispo de aquella iglesia el Illmo. Sr. D. Fr. Alonso Galdo, quien hacía tanto aprecio del V. P. Fr. Diego, como pudiera hacerle de un Apóstol. No era menos el gobernador D. García Garavito de León, y toda la ciudad, adelantando todos en virtud y santas costumbres, como se vió y manifestó la muerte en Doña Margarita de Tru jillo, mujer del dicho gobernador, a quien hallaron al amortajarla cubierta de cilicios crueles hasta los brazos, y uno de particular invención, entretejido de puntas de hierro y a escondidas en la carne de la cintura. La cual Sra. y otras hijas espirituales del V. P. Fr. Diego dieron por su doctrina grande olor de virtudes, porque al ejemplo de las que practicaba su padre espiritual, y que veían todos en él se adelantaban a imitarle, aun los más flacos y de más delicada complexión haciendo muchas penitencias, y dándose con todo conato al santo ejercicio de la oración, que es por demás la dirección a la penitencia, y santos ejercicios, si la del P. espiritual no corresponde a lo que enseña, porque mueve más el ejemplo que la voz, y es más eficaz la práctica de las virtudes, que la plática de ellas y el hablar con Dios (como decía N. P. S. Francisco) es mejor que hablar de Dios.

Trabajó mucho en hacer la iglesia y convento de Comayagua, yendo él mismo con los cortadores de la madera a los montes a traerla, y cargando la piedra para la fábrica sobre sus mismos hombros, cosa que edificaba tanto a la ciudad, que los más nobles se sentían por dichosos en servir de peones. Surtió la sacristía de muchos y buenos ornamentos, fundó el coro trayendo de los pueblos instrumentos músicos que sirviesen de órgano, para que no solo se continuase en todo la secuela del coro, sino que en las fiestas y días solemnes, hubiese el aparato posible y decente que remediase la solemnidad

y puntualidad del coro de Guatemala. Pulió los retablos hasta ponerlos en perfección, y finalmente fué este V. religioso el que en lo material, y en lo formal, y espiritual dió el ser al convento de Comayagua, y aun a todos los de la Custodia de Honduras.

Al capítulo fué electo Definidor con mucha aceptación de la Provincia, y después Guardián de este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, donde fué lumbrera puesta en el candelero de la prelacía para ejemplo de toda esta ciudad, y norma de religión a este convento solo pudiera ser mayor lumbrera a vista de la magnitud del Guardián, el Provincial (que lo fué aquel trienio N. P. Fr. José de Gabaldá) quien en compañía del guardián y librando en él los cuidados de la obra de este convento de que con toda eficacia se trataba, a su diligencia y cuidado se debió lo que mas hoy lo ilustra en su garboso edificio. Hízose al genio de N. V. P. Fr. Diego del Saz el año de 1630 el noviciado, mucha parte de la portería, y la sala *De profundis,* y otras muchas obras, unas que se acabaron en ese tiempo, y otras que se principiaron, y andando días llegaron a la consumación que tienen. Como había sido siempre de tan buen consejo, fué otra vez elegido por Definidor (y lo fuera otras si no se excusara por su humildad) y aunque el retiro que siempre deseó juzgaba el varón de Dios que se le pudiera perturbar, su grande prudencia supo hermanar las solicitudes de Marta en asistir y sustentar la comunidad, con las quietudes de María, teniendo tiempo (aunque a costa de su desvelo, pues no dormía dos horas cabales en cada 24 horas) para sus ejercicios y contemplación. Como lo hizo también siendo Definidor, y prelado las veces que lo fué.

CAPITULO TRIGESIMO SEXTO

De cómo fué nombrado N. V. P. por Visitador, Presidente de Capítulo de la Sta. Provincia de Nicaragua, su grande rectitud y desinterés, y cómo fué propuesto para Provincial de esta Provincia

Lleno de méritos, experiencias y adornado de muchas virtudes N. V. P. Fr. Diego del Saz, el año de 1637 fué nombrado por Comisario Visitador, y Presidente de Capítulo de la Sta. Provincia de S. Jorge de Nicaragua. Y aunque el varón de Dios, como quien aborrecía los oficios, y conocía los peligros que tienen, solicitó excusarse, proponiendo su mucha edad, pues llegaba ya a sesenta años, y su poca salud, y otras razones que dispuso su humildad; con todo eso fué compelido por santa obediencia para hacer esta jornada, emprendiéndola sólo por obedecer; porque como él decía, a quien le faltaba la plena resignación en la voluntad del prelado, le faltaba el fundamento de todas las virtudes, y que las que pudieran parecerlo, en el religioso faltándole

obediencia eran falsas, y engaños cautelosos, el demonio que como tan astuto procura llevarse las almas martirizadas, persuadiendo a que los que tratan de virtudes, hagan penitencias, y tengan otros ejercicios voluntariamente, faltando a los que son de obligación, y dejando de seguir la vida común, sustrayéndose a veces de la prontitud en el obedecer, por seguir su propio albedrío, coloreando las faltas a esta virtud con las apariencias de algunas, que sin la de la obediencia, no tienen raíz, y son fáciles de marchitarse, y dejar de ser.

Emprendió pues con valor y ánimo resignado en obediencia, el viaje a Nicaragua con compañero y secretario a su genio y satisfacción. Llegado allá fué recibido como ángel de paz, porque toda su prudencia, religiosidad y benevolencia, era menester en aquella sazón para sosegar algunos ánimos inquietos, que perturbaban la paz en aquella provincia, que nunca faltan como en provincia corta, algunos bulliciosos que o movidos de ambición o persuadidos de algunas rencillas domésticas, suelen intentar dar pesadumbre a los que menos la merecen, por salir ellos con los caprichos mal ordenados. Sosegó con toda prudencia el V. P. Comisario los ánimos de los que eran motores, en lo público y en lo secreto, de los disturbios valiéndose, como seráfico prelado, de las seis alas que el Seráfico Doctor S. Buenaventura (norma de todo gobierno) escribió había de tener el prelado, para saber gobernar a lo de Dios, que son: celo de la justicia, piedad o compasión fraterna; paciencia, ejemplo de vida, discreción circunspecta y devoción a Dios. Con estas seis alas que el seráfico Doctor propone en aquel librito de oro intitulado *De sex alis seraphin,* que casi de memoria, y absolutamente en la práctica tenía N. V. P. Fr. Diego, usando a veces de severidad y discreción singular; dió corte a las más árduas materias, quemando causas, sentenciando las que convino, rastreando los motivos que algunos tenían para intentar, con capa de celo, venganzas propias, y mostrándose en todo tan desinteresado, tan enemigo de la relajación, tan adicto a la justicia, tan pronto a la piedad y compasión, y tan único para aquella árdua empresa, como destinado de la mano de Dios, por altísima providencia para aquella ocasión.

No solo ilustró a aquella Provincia con virtudes y ejemplo, sino con su admirable doctrina, dejándolos a todos admirados, en paz y grandemente edificados de las loables prendas que Dios puso en este grande sujeto. Especialmente el Ilustrísimo Señor Obispo de aquella iglesia D. Fr. Hernando Núñez Sagredo, que como tan docto y ejemplar supo hacer los aprecios que se merecían la virtud y letras de N. V. P. Fr. Diego, a quien Dios dió gracia, *in conspectu omniun principum,* tratándole como a su fiel amigo Moisés, según que de él se cuenta en el Cap. 45 del Eclesiástico.

Celebró el de aquella Provincia con general aplauso y consuelo de ella, que no fué poco en aquella ocasión, porque aunque no es posible que en los capitulos queden todos contentos, suele ser la elección de superior de tanto lleno, que de esta redunda el consuelo en todo el cuerpo místico de la provincia, de tal suerte, que aún los más retirados participan de aquel conforte, amparo y patrocinio, que de las buenas cabezas se deriva a todo el cuerpo al modo de aquel purísimo ungüento, unción de la divina gracia, de que habla

David en el Salmo 132, elogiando la caridad fraterna, y publicando cuán bueno y cuán gustoso es vivir en fraternal concordia los hermanos, que de ésta se toma la semejanza en el ungüento, que de la cabeza desciende no solamente a la barba del prelado, significando en el sacerdote Aaron, sino hasta las últimas orlas de sus vestiduras en que se entienden (según los PP. y Expositores) no solo los ínfimos súbditos de una provincia o comunidad, sino aun los más retirados del corazón, centro del amor; que a todos hace que se participe lo bueno, una buena cabeza. Tal lo fué la del Provincial que salió electo, que conservando en su gobierno los santos documentos y prudentes dictámenes del Comisario, mantuvo en paz la provincia todo el tiempo que la gobernó sin dar entrada a chismes, ni disensiones, solicitando en todo, como le había sido encargado, la paz y caridad entre los religiosos. Así lo consiguió y lo escribió él mismo al V. P. Fr. Diego, casi al fin del trienio de su provincialato, pues no le faltaban más que meses, diciéndole en una carta: *Doy a Dios las gracias, y a vuestra paternidad de que no ha habido pleito desde que se fué hasta hoy, no me falta más de tres meses. Págueselo Dios a N. P.*

Antes de salir del convento de Granada, en donde celebró su Capítulo hizo a toda la Provincia congregada una muy espiritual plática en órden a la paz y caridad, y cuál debe ser la verdadera, reprobando la paz del mundo, y con aquel texto de S. Juan, donde dice Cristo Sr. N.: *La paz que es mía, os dejo, y no os la doy como la da el mundo,* excitó su fervorizado espíritu tan vivamente los afectos de todos, que allí exhibieron las acusaciones que en algunos papeles, unos contra otros habían escrito, y se volvieron a trasegar los archivos, para que no quedase rastro de la maldita discordia, y se quemasen los instrumentos que pudieran motivar la resipiscencia de tal semilla, quedando por decreto inviolable con graves penas el perpétuo silencio que puso a todos. Despedido de aquella santa Provincia, como no tenían cargas que sacar, ni otra cosa que lo muy necesario a su uso, y del compañero, sin que pesara la petaca que sería para los dos, una onza más de lo que pesó al entrar, se salió de la ciudad, y para no sacar de aquella tierra ni aún el polvo, al salir de ella se quitó las sandalias (según el consejo evangélico) y las sacudió con grande edificación de todos, y evidencia de su gran pobreza, y desinterés, y de no haber admitido ni lo más leve, que pudiera exceder la parvedad de materia; por cuya causa podemos justamente aplicar lo que en el capítulo 31 del Eclesiástico se dice, que el justo fue probado y perfecto, porque pudo ser transgresor, y no lo fue, pudo obrar mal, y no lo hizo, y que por esto estableció Dios bienes soberanos en él, que no es la mayor virtud librarse del peligro, sin haberse hallado en él, ni la corona se da, sino a quien a costa de la pelea consigue el triunfo. Dícese que antes de salir de Granada, como la petaca (que es un cesto forrado en cuero a modo de arca) en que iban las frazadas del Comisario y secretario, era una sola, y la llave común, registrándola el P. Comisario, y viendo en ella, no sé que regalillo, como una libra de hilo, se enojó tanto con el secretario, que allí luego hizo que le entregase al Provincial con harta confusión suya, y edificación de todos, haciendo manifestación a los que ocurrieron de solo traer en la petaca sus frazadas y pobre ropa, y de su secretario.

Hasta estos tiempos dura en aquella Provincia (como puedo jurarlo) la muy loable memoria de este V. religioso. llamándole todos por tradición de los mayores, varón apostólico y verdadero hijo de N. P. S. Francisco, que a se imitación si no fundó de nuevo aquella Provincia, la reformó con gran suavidad y ejemplo, dándole santas leyes, arrancando cizañas, y reduciéndola a la más pura observancia de nuestro estado, siendo este eficaz y único medio, para que floreciesen en aquellos años que se siguieron a la visita y reforma de N. V. P. Fr. Diego del Saz muchos religiosos, que acabaron la vida con grande opinión de virtud, y créditos de santidad, como lo fueron el V. P. Fr. Bartolomé Merdo, el muy religioso P. Fr. Pedro de Zúñiga, y otros.

Vuelto a esta Provincia N. V. P. Fr. Diego del Saz, como sus créditos, siendo tan grandes iban en tanto aumento por ser Dios el que dirigía sus operaciones, habiendo sido las del Capítulo Provincial de Nicaragua tan aceptas al superior, y a toda esta Provincia en el Capítulo, que se celebró el año de 1638 a 15 de febrero, presidiendo el M. R. P. Fr. Luis de Vivar, comisario visitador nombrado por nuestro Rmo. P. Comisario General Fr. Luis Flores, habiéndose de dar asiento a la *ternativa* (por entonces mandada en capítulo general, y vuelta a remandar por nuestro Rmo. P. Comisario de Indias Fr. Francisco de Ocaña) trató aquel grave Capítulo de que el V. P. Fr. Diego del Saz fuese electo en Ministro Provincial, comenzando en él la nación de los criollos a obtener por derecho concedido por la Religión esta dignidad, que ántes una y otra vez había pasado por varias contingencias. Escribiéronle al venerable varón al convento donde era morador, solicitando su aceptación para proceder a elegirle. Tan corriente fué en el Capítulo, y a juicio de todos los padres esta elección, que hubo de persuadirse por cartas del Superior, y de los Padres de esta Provincia el V. religioso a venir el día de capítulo (por no ser vocal en él) a un pueblecito cercano a esta ciudad a esperar la noticia, que del capítulo se le daba.

Encontró en Jocotenango con el doctísimo P. Maestro Fr. Francisco de Cevallos, religioso de N. P. Sto. Domingo, que allí residía, y como familiar amigo, que le estimaba le preguntó adonde iba? Respondió el V. P. Fray Diego: *A dar la obediencia a mi Provincial.* Replicóle el P. Maestro Cevallos diciéndole: *Yo sé que a serlo,* fundado en que era tan corriente voz el que lo elegían, que nadie hubo que dudase en ello: antes toda la ciudad, y religiones esperaban gustosos este buen día. Volvió el P. Fr. Diego a decirle: *Yo voy a obedecer lo que fuere voluntad de Dios, quien aunque los hombres quieran, si no lo ordena así, nada hay hecho, y si Dios quiere hará que quieran, como sabidor de lo que más nos conviene.* Estas, y otras razones pasaron entre los dos religiosos, confesándose humildemente el P. Fr. Diego por inútil para tan grande puesto, y cuán indigno se hallaba, no sólo de obtenerlo, sino aun de que le tomasen en boca para él. Así lo testificó elogiando su mucha virtud, y humildad, y su gran desasimiento, y resignacion en la voluntad de Dios, el P. Maestro que se lo oyó.

Llegada la hora, manifestaron los repiques la elección hecha, y se divulgó haber sido en el R. P. Fr. Pablo Camargo, sujeto merecedor del oficio. No por esto hubo novedad alguna en el V. P. Fr. Diego; antes si, como verdadero humilde sin tener la menor presunción, ni sentimiento, ni volver atrás

en el viaje que había emprendido prosiguió su camino hasta llegar a la presencia del Provincial, y darle la obediencia, y tomarle la bendición de rodillas, sin tomar en boca materia alguna con él, ni con los otros religiosos, que tocase a capítulo ni oliese a queja. Alguno hubo que entendiendo hubiese recibido alguna pena por la burla que sin querer se le había hecho le intentaron consolar; mas el V. P. con grande igualdad de ánimo, circunspección y benevolencia les respondió con tan santas palabras, diciendo que Dios es quien elige, y no los hombres, y que lo que él quisiera era ser electo de Dios (como decía S. Pablo a los efesios) para ser santo, y otras semejantes, tan eficaces y espirituales, que no solo serenó los ánimos de muchos que habían sentido gravemente el trueque de la elección, sino que también los que fueron parte en ella para que se hiciese en el sujeto electo, quedaron edificados.

CAPITULO TRIGESIMO SEPTIMO

De las virtudes en que se ejercitó en este convento de Guatemala N. V. P. Fr. Diego del Saz, y casos singulares que le sucedieron, con que comprobó Dios su virtud

Aunque siempre fué la aplicación de N. V. P. tanta a la perfecta observancia de la Regla, quiso en estos últimos años de su ejemplar vida, emplearse tan del todo en los santos ministerios que hasta allí había entendido, que podemos decir le disponía Dios, e iba amoldando, para que fuese una perfecta idea de la vida religiosa, y de la variedad de acaecimientos con que procuró inquietar la inmovilidad de su verdadero espíritu el adversario común. Mas prevaleciendo su constancia al servicio de las asistencias de la gracia, podemos decir nos le puso Dios para perfecto dechado de la perfecta sabiduría, a lo del cielo, y de la verdadera virtud, como allá lo escribía Horacio hablando de Ulises, ejemplar glorioso a los siglos de lo que alcanza el valor, y de lo que consigue el saber.

Rursus, quid virtus, & quid sapientia posuit utile, proposuit nobis exemplar Ulysses. Destinóse pues al varón admirable a vivir en este convento con el mérito de obedecer al prelado, y el ejercicio de todo aquello a cuanto la comunidad acude. Ni el novicio más desengañado era más puntual que N. P. Fr. Diego al coro y al refectorio, ni tenía menos alhajas, que él, que había sido tantas veces Guardián, y obtenido otros oficios que por lo político permitían alguna decencia más en su celda, o por sus achaques y edad, alguna dispensación en la observancia puntual de la Regla. Mas, era tal el celo que le asistía de seguir perfectamente a N. P. Seráfico, que ni en su persona traía más que lo que la regla dispone, ni en la celda otra cosa que una mesa desnuda y una silla, un Sto. Cristo, y variedad de cilicios, y disciplinas, con que celebraba las solemnidades de Cristo Sr. N. y de su Madre con rigurosas abstinencias, mortificaciones y penitencias.

Sucedióle una vez, que, habiendo prestado su pobre manto a un corista para que fuese a un entierro, tardó en volverle, hasta dos o tres días, y como el siervo de Dios no tenía sino una sola frazada, y su edad era mayor, y el tiempo de muchos fríos, lo sintió tánto que no pudiendo tolerar, ni teniendo con qué cubrirse, pidió el manto al corista diciéndole con graciosa equivocación: *Mire, hermano, que este manto de día es manto, y de noche manta;* porque con él se cubría sirviéndole de cobija. En las demás observaciones regulares fue tan puntual, que a hora de silencio jamás habló cosa que pudiera oirse en media vara de distancia, y si se le ofrecía alguna urgente la decía a quien convenía tan arrimado al oido, que era una corrección tácita de los que en él admiten la parvedad de materia. En la abstinencia fue raro, por que jamás tomó fuera del refectorio cosa alguna, y lo que en el comía era tan tenue, cuando pudiera ser forzoso para vivir, diciendo muchas veces con suavidad, que no se había de vivir para comer y dormir, sino dormir y comer solo para vivir, significando en esto la parsimonia, con que debe tratarse el religioso, y la abstinencia que debe tener, quien aspira a caminar al cielo.

En las demás virtudes pudiéramos también ponerle por ejemplar, porque ninguna hubo en que no diese luces de grande ejemplo y edificación, porque como se las veían practicar en su vivir, no solo le procuraban muchos imitar, sino que aun el más divertido, se procuraba comprimir considerando le había Dios puesto aquella práctica idea, para que a cada cual fiscalizase en sus negligencias en el severo tribunal de Dios. Nadie se atrevía (viviendo este grande varón) ni aun a una parla jocosa, ni se oía una voz en todo el convento, pareciendo un yermo sus claustros y lugares comunes, no porque él fuese rígido, ni áspero en las reprensiones, sino que puso Dios tan venerable aspecto, benevolencia en su siervo, que infundía a todos, (aun siendo de superior esfera) respetuosa veneración y temor, y amorosa propensión a su persona; era cariñoso, cuanto la caridad permite, sin dejar la severidad, que la prudencia dicta. En una ocasión habiendo salido del convento a la ciudad dos religiosos, que el uno de ellos era corista, tardaron en la vuelta más tiempo de lo que era costumbre, porque como en aquel, se tocaba a cenar a las cinco de la tarde, el que volvía una hora después volvía tan tarde, que hallaba cerrado el refectorio, y era castigo de su tardanza en la vuelta el que no se le diese ración. Costumbre loable fomentada de órdenes superiores que duró aun hasta nuestros tiempos. El corista (que fué quien después de muerto el siervo de Dios lo juró así) tenía necesidad, y no a quién recurrir para que se la socorriese, porque ni en el noviciado se permitía, ni aun un mendrugo de pan ni podía pedirlo a los padres de arriba por haber puesta obediencia para no hablar unos con otros, ni aun entrar unos sacerdotes en celdas de otros, cuanto más coristas. Subía triste, sin esperanza de socorrer su necesidad, y con algún dolor de estómago por ser día de ayuno, y haberlo de ser el siguiente. Salióle al encuentro el P. Fr. Diego del Saz, y dándole un panecillo (que llaman acá bollo) le dijo: *Haga colación, hermano, encomiéndeme a Dios, y no diga a nadie esto.*

Estas palabras, y el no haber manifestado el corista a persona alguna su necesidad, ni hablado otra vez al siervo de Dios, y el salir inmediatamente al tiempo que él pasaba el P. Fr. Diego, hizo discurrir al corista entonces y

después (que fué hombre grande en letras, y en virtud en la Religión, y bien conocido de todos, Fr. José de Torres) que había sido inspiración divina, y revelación que Dios había hecho a su siervo, de la necesidad que el pobre corista tenía. Porque atendiendo las circunstancias de este caso y otras de otros muchos semejantes, que *adujo* el orador de sus exequias, apellidando prodigioso varón y P. venerable a N. Fr. Diego, remitiéndo el expresarlas a la esperanza que tenían todos de que la santa Sede Apostólica las calificase, motivaron al declarante a hacer el prudente juicio y piadoso asenso, que dijo, para gloria de Dios y honra de su siervo a quien Dios, adornandole de tanta caridad, parece quiso ilustrar también con manifestarle por tan singular camino la necesidad de su hermano, en que pudiera ejercitar su piedad.

Con los enfermos era tánta la que tenía el V. P. Fr. Diego, que habiendo sido toda su vida grande amante de la enfermería y perpétuo asistente y consolador de los enfermos, y habiendo cuando Guardián aplicado todo su conato al aseo de ellos, se excedió a sí mismo en estos últimos seis años que vivió en este santo convento, siendo un Argos en la vigilancia al socorro de los menesterosos, empleado tan del todo en asistirles, que sin que le impidiese su mucha edad, ni se le atrasasen sus santos ejercicios, secuela de Comunidad y oración: estaba en la enfermería, visitaba a todos los dolientes, cuidaba de su limpieza y aseo, barriéndoles las celdas, haciéndoles las camas y aun sacando a veces las inmundicias; y sobre todo consolándolos espiritualmente tan a medida del genio de cada uno, que para todo tenía distintas sentencias, y graciosidades, con que a un tiempo los alegraba y compungía, siendo causa su asistencia (y el fin principal que en ella tenía) de que se dispusiesen como debían aunque no estuviesen en peligro mortal, desprendiéndolos de los afectos de esta vida, y encendiéndolos en los deseos de la eterna.

Era su ordinaria entrada cuando disponía a algún religioso enfermo, y le confesaba, asentar por basa que se moría, y que de aquella enfermedad no tenía esperanza en lo humano de escapar, para que, con esta consideración, y fija aprehensión, desestimase todo lo temporal y caduco, y conociese esta vida, como llena de miserias y trabajos, y que aun los que parecen bienes, son fugaces y deleznables; para que anhelasen solo a los durables y eternos, y solicitasen con verdadera contrición y lágrimas el conseguirlos, haciendo amistades con N. P. S. Francisco a quien aconsejaba invocasen como hijos suyos con las palabras del pródigo en pluma de San Pedro Crisólogo, confesando haber perdido la dignidad de hijos de tal padre, y empeñándole a serlo verdadero el no haber deiado de serlo (como otro Abraham en la gloria) por haber degenerado los hijos de la hidalguía y santidad de tal padre. Referíales y les hacía memoria de la variedad de visiones horrorosas, que se hallan en nuestras crónicas del tremendo juicio que esperan a los frailes menores, y que el más severo juez es Nuestro Seráfico Patriarca, por cuyo registro han de ser reseñados sus verdaderos hijos, y expelidos al profundo de negras aguas los relajados. Mas no por esto los ponía en contingencia de desconfianza, ántes les aseguraba el tribunal propicio y trono de piedad de nuestra señora la Virgen María, y les alentaba, para que si hasta allí habían degenerado de verdaderos hijos de nuestro seráfico patriarca San Francisco; de allí para adelante procurasen serlo, imitando en todo sus pisadas, y proponiendo fir-

memente la inviolable observancia de la Regla en el poco o mucho tiempo que tuviesen de vida. Con estas y semejantes exhortaciones ganó para Dios muchas almas de religiosos, que quizás sin ellas pudieran peligrar, unos, que así dispuestos, conformes y resignados pasaron de esta vida, y otros que, prolongándosela Dios, le hicieron nueva, empleados en negocios de su salvación hasta los últimos.

En la tarea de visitar los enfermos, le sucedió que estándolo en una general peste un mancebo, que servía en la sacristía, aquejado de un tabardillo riguroso, que en cosa de veinte y cuatro horas le puso en los trances últimos, después de muchas sangrías, y medicamentos. Llegando el médico en una ocasión, no hallando esperanzas de vida en él, dijo que le diesen el sacramento de la Extrema Unción, y tuviesen cuidado aquella noche, porque no amanecería. Hallóse el P. Fr. Diego a esta fatal sentencia, y no por oponerse al médico su humildad, sino porque (como se presumió) tuvo ilustración del cielo, dijo: *Amanecerá, y vivirá queriendo Dios, y servirá a N. P. S. Francisco, yo lo espero así de su Divina Majestad.* Halláronse presentes a esto el P. Fr. Juan Corleto, que era vicario de coro, y el P. Fr. Antonio de Medina, que era sacristán mayor, que uno y otro por el concepto que tenían del siervo de Dios afijaron en su mente se levantaría de aquella enfermedad el doliente. Corroboró su juicio el haber prometido al moribundo el P. Fr. Diego diría nueve misas en el altar del Sto. Ecce Homo por su salud. Estuvieron con el enfermo mucha parte de la noche, y habiéndose venido desde la enfermeria a maitines el P. Fr. Diego, acabados éstos bajó a la iglesia, y se dió una muy rigurosa disciplina ante la devotísima imágen del Sto. Ecce Homo, y a la hora oportuna, antes de amanecer, dijo en su altar la primera misa de las nueve que había prometido.

De allí subió inmediatamente a ver a su enfermo, y le halló sin habla, y ya expirando con la candela y el Sto. Cristo en la mano, cantándole los religiosos el credo. Puesto en aquella agonía pasó al parecer de esta vida, teniendo un muy dilatado paroxismo, que pareció haber expirado. A buen rato volvió de él, y lo primero que habló fue decir le llamasen al P. Fr. Diego del Saz. Estaba allí el siervo de Dios, llegóse a él, y preguntándole lo que le quería, habiéndose apartado los circunstantes, porque parecía quererse reconciliar el enfermo, y hablando los dos por largo espacio, prorrumpió el P. Fr. Diego en estas palabras: *Hijo, no temas, porque la última misa de las nueve me has de ayudar tú, y Dios Nuestro Señor te ha de dar salud para que sirvas en la Sacristía con el hábito de Donado.* Los presentes se volvieron a fijar en lo que primero habían concebido, aunque en el período de su agonía, no dejaron de declinar a la parte de la incredulidad. Sucedió como lo dijo el siervo de Dios, que al noveno día le ayudó a misa el enfermo, y comulgó, y recibió el hábito de donado, llamándose Melchor de San Francisco, y en él sirvió muchos años a este convento.

Muchas cosas singulares de este gran Padre se ignoran hoy, por el cuidado grande que siempre tuvo en ocultar sus virtudes, como radicado en la perfecta humildad. Con ésta oraba a Dios, y haciéndole holocausto de todo, ponía las estimaciones que el mundo le daba a los piés de Cristo Sr. Nuestro

Crucificado, ante cuyo acatamiento, en el tremendo sacrificio de la misa se ofrecía, y todo, especialmente el día que había de predicar, se resignaba diciendo: *Si para honra de vuestra Majestad, Dios y señor mío, y provecho de vuestras criaturas, es conveniente el que el sermón se me olvide, y yo quede afrentado, desde luego os ofrezco la vergüenza, que por ello padeciere, aceptádmela señor, y permitid se haga en mí vuestra santa y muy agradable voluntad, con la cual deseo en todo conformarme, y hacer agradables a vuestra Majestad mis obras, palabras y pensamientos.* Y finalmente tan adornado fué este venerable varón de todas virtudes, que en el sermón de su translación, dijo el doctísimo orador, había sido este gran religioso, *huella de las plantas de N. P. S. Francisco, y copia de su observancia, retrato de la predicación de S. Antonio de Padua, de la mansedumbre de N. Seráfico Doctor S. Buenaventura, de la humildad del antonomástico humilde S. Diego, de la pureza del cándido lirio de la virginidad y esclarecido pontífice S. Luis, y de la virtud de todos.* Sin que pareciesen estos, ni otros muchos encomios, llegar a los linderos de lo hiperbólico, por haberse hallado en el siervo de Dios un todo de virtudes, y haber conocido todos en él un ejemplar de la más acreditada perfección.

CAPITULO TRIGESIMO OCTAVO

De la dichosa muerte de N. V. P. Fr. Diego del Saz, y de cómo se divulgó haber tenido precognición de ella, y lo constante que fué haber conservado integridad y pureza virginal

---

Más de seis años había sido morador en esta ocasión el V. P. en este Convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, siguiendo de todo en todo el coro y funciones de comunidad a que acudía ya muchas veces casi yendo arrastrando, porque la mucha edad, contínuos achaques y frecuentes penitencias le llegaron a postrar de manera que casi le imposibilitaban la secuela de la comunidad. Pidió licencia al Provincial (que lo era N. P. Fr. Pedro de San Francisco) para ir a vivir al convento de Santiago de Atitlán, donde era Guardián un sobrino suyo. El Provincial le concedió con amplitud y caridad, ordenándole fuese y estuviese donde más fuese de su conveniencia y consuelo, porque el mayor que el caritativo prelado podía tener era, todo el que al varón pudiera serlo, por la grande estimación, que de él hacía. No era menos la que el P. Fr. Francisco Perea, Guardián que era de este convento hacía del V. P., y sabiendo que se iba al convento de Atitlán, le procuró persuadir a que desistiese del viaje por las razones que dictó la caridad, y veneración del sujeto. Respondió a éstas nuestro ejemplar viejo que se iba donde no diese mal ejemplo a los mozos, con no seguir la comunidad, porque aunque conocía en sí, no tener fuerzas para ello, y tener bien justificada para con Dios esta partida, para con los hombres no hallaba satisfacción por ser tremendo su

juicio, y menos pronta la piedad para la disculpa, y que ya que comiese el pan no fuese tan de balde, porque le parecía que el no servir a esta santa comunidad con la prontitud que antes, era serle oneroso. El Guardián con caridad le replicó, y habiendo entre los dos cuestión sobre el caso, le concluyó el siervo de Dios con decirle, de aquel convento salí para recibir el hábito, y así vuelvo a él a acabar mis días.

Fue al dicho Convento de Santiago Atitlán, habiendo hecho primero confesión general de toda su vida con el R. P. Lector Jubilado Fr. José de Moreira, como si fuera la última que hubiera de hacer en su vida. Estas y otras cosas que pasaron, levantaron un asentimiento en el común a decir, que se iba a morir el V. P. a que ayudó mucho el que preguntándole un religioso grave si iba a mudar temple. Respondió: *No, Padre, sino a mudar templo.* Los que lo oyeron lo interpretaron en sentido de que quería decir que iba a mudar templo donde ser enterrado, otros más piadosos, y con más atención a su religiosa vida lo entendieron de que trataba de mudar templo del militante al triunfante. Todo suena conocimiento de su muerte, y prenuncios de lo que esperaba, y así ni ésta tuvo que hacer en él, ni él que temerla; porque la muerte es horrorosa, y mata a quien halla vivo, no a quien halla muerto a las pasiones, de quienes dice S. Juan: *Bienaventurados los muertos, que mueren en el Señor.* Trajo a la muerte siempre presente, y así no le hacían novedad su amagos. Habiendo pedido a los religiosos de este convento le encomendasen a Dios, fué al de Atitlán con el matalotaje preciso a hijo perfecto de San Francisco, llegado allá, procuró en cuanto sus fuerzas alcanzaron, continuar sus santos ejercicios, penitencias, y oración, de que aun hasta estos tiempos hay muchas memorias, derivadas de unos en otros entre los indios del pueblo de Santiago Atitlán, teniéndola muy viva de su mucha caridad con todos, y especialmente con los enfermos, y santa conversación dentro y fuera con todos, durando la veneración de su persona.

Entrando el año de 1645 comenzó a enfermar de una disentería fatal, y continuas calenturas, enfermedad muy dificultosa de medicinar, y en sujetos de aquella edad casi incurable. Corrompíase, y se licuaba aquella naturaleza, sin que hubiese curación, que pudiese atajar la violencia del humor y flujo del vientre, que le consumía; debilitadas las fuerzas le fué forzoso hacer cama, y recibir solemnemente los santos sacramentos, conociendo se aprestaba para jornada de la eternidad, no faltaba quien le diese esperanzas de vida; mas, siempre las tuvo en la eterna a que aspiraba, pidiendo de contínuo le dejasen solo para tratar con Dios, como quien siempre había amado su comunicación, y para ella había tanto apetecido el retiro. A la noticia que se divulgó de la gravedad de su achaque, ocurrió a aquel convento el Reverendo Padre Fray Francisco Becerra, Guardián que era del de San Francisco de la Costilla, que llegó ocho días antes que el venerable padre falleciese. Con él se reconcilió varias veces, manifestándole para honra y gloria de Dios el estado de pureza virginal en que se había conservado. De lo cual hizo juramento después este religioso, que comprobó con toda aseveración el R. P. Jubilado Fr. José de Moreira, con quien generalmente se había confesado.

Ocho días de recibido el Santísimo Sacramento por viático, duró en aquella presura, recibiéndole casi todos sin solemnidad sino por consuelo de su espíritu, sin que hubiese materia de que se reconciliase para recibirle.

Habiendo de darle el sacramento de la Extrema Unción, y la absolución plenísima de la Orden en los últimos trances de la vida, le preguntó el confesor si tenía alguna cosa de qué reconciliarse, para impartirsela. A que respondió con toda serenidad y quietud: *Por la misericordia de Dios no tengo cosa, que agrave mi conciencia, ni me de cuidado.* Diósele la absolución y sacramento último, a cuyas funciones él mismo salmeaba y rezaba, porque hasta que dió su alma a Dios no le faltaron los sentidos, ni se le turbó la razón. Acabado esto puso las manos sobre el pecho en forma de cruz, pidiendo a los religiosos le rezasen la recomendación del alma, estando el venerable padre a toda ella fijos los ojos en el cielo, sin más movimiento que el de los labios, y con una alegría en el semblante que causaba a todos ternura. Creció ésta en la piedad de los religiosos, y en la advertencia de muchas personas seculares, españoles e indios que habían concurrido, viendo entrar sin saber por donde, en la celda una mariposa de extraña magnitud, candidez y hermosura tal, cual nunca otra vez se había visto, su tamaño casi llegaba al de una paloma, su color albísimo con un género de resplandor y claridad, que causó admiración y alegría a los circunstantes. Esta dando tornos al cuerpo del venerable padre, como que quería sentarse sobre su cabeza, sin que el consurso de los que estaban al rededor de la cama la espantasen; perseveró en esta circunvolación hasta que el venerable viejo dió su alma a Dios, como en un suave sueño sin acción, ni ademán más que tener los ojos fijos en el cielo, abiertos y claros, que para haberlo de amortajar fué menester cerrárselos, y aun no bastó para que del todo lo estuviesen la mayor diligencia.

Con su tránsito, de esta vida desapareció la mariposa, sin que alguno viese por donde había salido, minorándose en la celda la claridad, y resplandor que parecía haber en ella comunicado, dejando en los ánimos de todos un extraño consuelo, y general parecer de no haber sido cosa natural sino misteriosa, y de superior providencia aquella mariposa, y su aparecimiento.

En aquel convento e iglesia se dió sepultura al venerable varón, proveyendo el Guardián para que no se mezclase aquel cuerpo, en quien tantas virtudes habían visto practicar, con los otros, el que se hiciese en el foso, que se acabó capaz, un tabique de mezcla y ladrillo, que sirviese de arca soterránea al cadáver. Así se hizo, y con la mayor solemnidad posible en aquel paraje, concurso de los religiosos de los conventos circunvecinos, en numerosa asistencia, y mucha de los pueblos y vecinos de ellos, se hizo su entierro a los catorce de marzo del año de 1645, [1] habiendo pasado al Señor el día antecedente. Bien quisiera la devoción de los indios haber hecho muchas demostraciones de veneración al difunto, mas, la prudencia y discreción del guardián no permitió alguna que excediese los límites de la estimación debida a un amado padre anciano y merecedor de respetos, permitiendo que

(1) La edición de 1716, dice 1643, pero es equivocación.

los de la gente común, que pudieran pasar a veneraciones se contuviesen en derramar flores sobre el féretro, y besarle como a padre las manos, tocando ellos en ellas por no podérseles impedir, sus rosarios.

Allí quedó sepultado, y lo estuvo cuatro años y medio como diremos en el capítulo siguiente. Habiendo sido enterrado con palma y corona de flores que manifestaba la incontaminada pureza en que perseveró por setenta y seis años que tuvo de vida, en los cuales cincuenta y dos sirvió a la religión en esta santa provincia, como hemos dicho en oficios de prelacías y muchos onerosos, continuado ejercicio de púlpito con grande inteligencia de la sagrada escritura, como manifiestan siete libros que dejó escritos de su mano, donde con solidez de doctrina, sana y sagrada elocuencia, claridad y eficacia se manifiesta el cúmulo de prendas y celestial sabiduría, de que fué adornado. Los espolios que se le hallaron fueron variedad de cilicios, disciplinas ensangrentadas, y los papeles de sus sermones que hizo encuadernar su sobrino, guardián que era del convento de Santiago Atitlán N. P. Fr. Antonio del Saz.

CAPITULO TRIGESIMO NOVENO

De la traslación del cuerpo de N. V. P. Fr. Diego del Saz al entierro de los Religiosos de este convento de Guatemala, repetición que se hizo al suyo, solemnidad de estas exequias, y se ponen por último el juicio que hizo el orador con título de argumento

---

Como es tan voluble el tiempo llegó el no pensado, y por consiguiente dichoso de que esta Santa Provincia gozase de su Provincial nuestro ilustre, grave, y prudente religioso Fr. Antonio del Saz, a quien más que la edad en la Religión, sus merecimientos, loable aplicación y doctrina hicieron merecedor de que por muerte del M. religioso P. Fr. Pedro de la Tobilla (de quien ya dijimos) fuese electo en Vicario Provincial de esta Santa Provincia. Como era sobrino de nuestro difunto, y le había experimentado de cerca en vida y muerte, con la estimación que se deja entender, dió en pensar sería acordado el traer su cadáver de la sepultura que tenía en la iglesia del convento de Santiago Atitlán a la bóveda, que la diligente solicitud del provincial había hecho labrar en el piso de la sacristía de este convento de Guatemala para entierro común de los religiosos. Y habiéndose de trasladar del presbiterio de él, las cenizas de tantos venerables religiosos que allí yacían, determinó entrase en esta traslación el cadáver de su tío, y para ello el que fuesen traídas sus cenizas de donde primero, cuatro años y medio antes se le había dado sepultura. Ocultos juicios de Dios que disponían que esta piadosa diligencia cediese en admiración de lo que al intentarse su ejecución advirtieron todos.

Para ejecutarse el orden que el Provincial en la segunda visita había dado, el Guardián y religiosos del convento de Atitlán, dispusieron una noche (por no ser sentidos de los indios) bajar con azadas como lo hicieron, y personalmente romper la sepultura, abrir el arca de ladrillo, y poner el cadáver en una de madera que había prevenida. Descubrieron el cuerpo difunto entero, como si a la hora hubiese sido sepultado, habiendo cuatro años y medio que lo había sido, y ya con más cuidado desenterrándole, le hallaron, y vieron a buena luz de las que se encendieron, estar la piel y cutis de la cabeza a los pies continuada, sin lesión alguna, las piernas y brazos unidos por sus tendones, ligamentos y nervios, y trabados con el cuerpo; la cabeza con su cerquillo, y el rostro entero aunque macilento, y de difunto, sin otra lesión, que en la punta de la nariz algo comido, que pudiera haber sido de algún golpe de la azada. Lo restante del cuerpo aunque enjuto y consumido, entero y continuado, sin corrupción ni horror, ni indicación alguna de mal olor; ántes con el de la tierra húmeda se mezclaba una suavidad agradable. Todo el cuerpo estaba desnudo; porque el hábito, paños menores y ligaduras estaban hechos polvos y cenizas, sin que hubiese de esas cosas alguna parte entera o sana. No les causó tanta admiración a los religiosos (atendiendo a la fama del sujeto, y poder de Dios) cuanto ternura grande, y afectos, que les hicieron brotar muchas piadosas y devotas lágrimas, alabando a Dios en sus operaciones, que como dijo el real profeta: *Es grande Dios, y digno de toda alabanza, in domibus eius,* esto es, *in operibus, & in aedificationibus suis,* como explicó San Ambrosio.

Como el arca que estaba prevenida era pequeña, por haberse dispuesto para concha de osamenta desunida, hubieron de poner el entero cuerpo en una tabla, tendido, hasta que llegado el día se labrase un féretro o ataúd, donde cupiese. Así se hizo, y como si de nuevo le amortajasen, le pusieron paños menores y hábito, avisando al Provincial de lo que sucedía. Ni fué tan secreto que no llegase a noticia del Corregidor (que era un caballero devoto) y éste la participase por escrito y de palabra, como cosa maravillosa y singular, a sus amigos, dentro y fuera de su corregimiento, y llegase a ser sabido todo el caso en esta ciudad de Guatemala. Ya no le fué fácil al Provincial el ocultar la noticia que tenía, y así ocurriendo a él algunos caballeros y personas principales de esta ciudad a certificarse de las que les habían sido comunicadas, mostró la carta, y así se vino a divulgar y saber tánto, que aunque la jornada que se hizo de Atitlán acá fue siempre de noche, ocultando de los indios, y de la notoriedad, los despojos que traía el religioso a cuyo cuidado venían; hubo personas devotas y republicanos curiosos, que pusieron vigías para saber, y rastrear el cuándo entraban en esta ciudad las que decían reliquias, bien entendiendo, que como verdadero israelita, y como otro Moisés, de quien se dice en el Exodo, venía rico trayendo consigo los huesos de José; el religioso venía asegurado de infortunios trayendo en su compañia el cuerpo de tan esclarecido padre.

Salieron muchas personas eclesiásticas y seculares al camino, y numerosa muchedumbre a la entrada de esta ciudad el día once de septiembre del año de 1649 con velas de cera encendidas en las manos, acompañando el cuerpo hasta dejarle depositado en este santo convento, en donde le recibió

la comunidad con la misma solemnidad, y solemnísimos dobles, colocando desde aquella hora el féretro, manifiesto y patente, en lugar común donde le velaron, como a los otros cuerpos difuntos los religiosos, asistiendo también muchas personas del siglo, graves y devotas. Todo el día siguiente se continuó esta velación porque así convino el que se manifestase a todos aquel singular acaecimiento, y preservación de corrupción, que parecía de orden sobrenatural.

Ya estaba avisado para que predicase en las honras del difunto el M. R. P. M. Fr. José Monroy, Vicario Provincial de su Provincia de la Presentación de Guatemala, quien por haber comunicado con alguna cercanía al difunto, y por su singular elocuencia, fue el elocuente Tulio, que panegirizó sus exequias. El aviso que precedió a ellas no fue convite sino aclamación de todo el pueblo, excitado a lo singular del suceso, y movido a los solemnes clamores, con que, repitiendo este convento los sentimientos de la pérdida de tal padre, le correspondieron las campanas todas de la catedral, conventos, y parroquias, con tan extraña solemnidad como si hubiera muerto el padre y superior de cada familia. A la mañana del siguiente día 13 de septiembre dijeron todos los religiosos de casa, y muchos sacerdotes de fuera, misa por el difunto, honrándolo todos, y conspirando voluntariamente al socorro de su alma, y honra de sus memorias. Ocurrieron todas las religiones, Señores de la Audiencia, Ilustrísimo Señor Obispo, y su Venerable Cabildo, siendo tan numeroso el gentío, que se escribe no haberse visto jamás concurso tan grande en esta ciudad. Todos admiraban el ver después de cuatro años y medio, que parecía haber muerto el día antes el venerable padre Fray Diego del Saz, llegaban a besarle las manos y los pies, verle y tratarle tan sin accidente, de corrupción, como si no fuera difunto, tan dócil y tratable como si acabara de expirar; admirando todos en él, y alabando la divina providencia causa de aquellos raros efectos. Cantó la misa mayor del funeral, como para hacerle nuevo entierro, su sobrino el Muy Reverendo Padre Vicario Provincial Fray Antonio del Saz, quien como tan piadoso e interesado en lo que sucedía, excitó con sus lágrimas copiosísimos arroyos en aquel numerosísimo concurso.

Acabada la misa subió al púlpito, si para suspender los ánimos de todos, excitar nuevos lloros en los piadosos afectos el muy docto, grave y elocuente predicador que queda dicho, quien tomando por tema las palabras del primero de los Reyes en el último capítulo, que comienzan: *Quod cum audissent habitatores Iabes Galaad etc.,* contextándolas con las del 2º capítulo del 2º de los Reyes, que comienzan: *& nuntiatum est David quod viri Iabes Galaad sepelierunt Saul etc.,* hizo una tan docta y erudita, como elocuente y gravísima oración, la cual para que no quedase en los límites de lo pronunciado, sino que se comunicasen a todos, y durase siempre en las memorias, se dió a la estampa en México el año de 1651, a donde remito al ingenioso, para que admire si del difunto las virtudes, del orador la singular excelencia.

Acabado el sermón se trató de darle sepultura, no ya en la bóveda común, donde se había intentado, sino en un nicho o alacena que estaba en el crucero de la iglesia antigua de este convento en la capilla del Señor San Antonio, donde cargado el féretro en hombros de las personas principales,

señores prebendados y capitulares, fue colocado el incorrupto cadáver para que acompañase los rubicundos huesos de los tres religiosos, que padecieron por la exaltación de la fe en la Taguzgalpa el año de 1623, permitiéndolo así Nuestro Señor para que no apartase la muerte al V. P. Fr. Diego del Saz de su individuo compañero Fr. Cristóbal Martínez, y que quien dió testimonio de las virtudes de los tres felices religiosos que padecieron, jurando como testigo de toda excepción en la información que se hizo el año de 1630, fuese autorizado con el testimonio que con rojos esmaltes rubrican de su virginidad estos ínclitos adalides de la fe. Allí sobre la alacena se puso por epitafio un dístico más, que por ser tan anexo al caso precedente no excuso el poner aqui el primer verso. *Clauditur hic Didacus Saz, virginitate triumphans.* El cual epitafio por haberse de depositar en el mismo nicho el cadáver del venerable varón Pedro de San José, de la Tercera Orden de penitencia, a mi diligencia y cuidado se mudó en otro comprensivo de todos cinco sujetos, que comienza así: *Quinque iacent Christi flores etc.*

Y el dístico que toca a N. V. P. dice así:

Didacus a Saz incolumis nunc virginitate.

Florvit: incolumes redere sola potest. Para colocar el nuevo huésped se abrió la alacena; y vimos el cuerpo de N. V. P. Fray Diego muy consumido, mas no resuelto, está como acostado sobre el lado derecho, todo unido del tamaño de casi vara y media. El hábito y cuerda sí están casi que se desvanecen, mas el cuerpo íntegro y trabado. No lo atrectamos los religiosos y sacerdotes que allí nos hallamos, porque como el motivo de abrir aquel erario no fue curiosidad sino necesidad para colocar los huesos del V. Pedro, no quisimos incurrir en nota de temeridad, o ser oprimidos por curiosos ni investigadores de la venerable majestad que representa. Mas, puedo testificar que lo ví, como llevo dicho, y que abierto el hueco, y hecho patente el tablón en que está depositado este venerable cadaver, ni él, ni los huesos de los religiosos que murieron por defensa de la fe (como ni los del hermano Pedro) ningunos causan horror ni despiden fetidez, que indique corrupción, porque Dios que quiere honrar a sus siervos parece que ha puesto en aquellas cinco flores seráficas fragancias singulares.

Prometí en el título de este capítulo, poner por último el juicio que hizo el orador de las exequias, de la incorrupción del cuerpo de nuestro venerable Padre Fr. Diego, así para concluirle lo pongo aquí.

ARGUMENTO Y NOTICIA DE LA OBRA AL LECTOR

"Aunque no es argumento la incorrupción del cuerpo para probar la santidad del sujeto, ni por el contrario, que la corrupción sea descredito de la vida, pues los cuerpos de los Patriarcas antiguos se corrompieron, efecto de la naturaleza, por estar compuestos de partes contrarias, con tan contrarios temperamentos y cualidades corruptibles (como dijo Santo Tomás, opúsculo 2, capítulo 152) las cuales haciendo unas en otras, se destruyen corrompiendo el sujeto.

También nace la corrupción efecto de la primera culpa: *Omnis caro fenum, & omnis gloria eius quasi flos agri* (dijo Isaias capítulo 40). Hay también causas naturales, para preservarse incorrupto, como doctamente trae el Doctor Juan Gutierrez Godoy, insigne médico de la ciudad de Jaen, en especial tratado que hizo de esta materia. Mas, cuando no hay causa natural que pueda impedir la putrefacción, el cual naturalmente se había de deshacer; y a esto se junta una opinión común, firme y constante, de que el sujeto, cuyo cadáver se conserva incorrupto, fue de sólidas y heroicas virtudes, y tuvo una grande pureza de vida; circunstancias que se notan en los siervos de Dios, y se tienen por señal de santidad. Por tal, dice el V. Beda, se juzgó el haber hallado sin corrupción alguna y con semblante apacible, como si estuviera vivo, el cuerpo de San Euverto, once años después de su muerte. Lo mismo siente San Gregorio Turonense de haber hallado incorrupto el cuerpo de San Gregorio Obispo Linconiense, algunos años después de su muerte. En nuestros tiempos por tal se ha juzgado el haber hallado el cuerpo de Santa Teresa de Jesús incorrupto después de nueve meses enterrado, como se refiere en el libro y relación de sus milagros, que la Rota dió a la Santidad de Paulo V. Pudiera también hacer memoria de haberse hallado, el año de 1668, el cuerpo del Santo Rey don Fernando Tercero, entero e incorrupto, después de más de cuatrocientos años de enterrado, como se refiere en el compendio de la vida, muerte y milagros de este Santo Monarca. Dejo otros grandes ejemplos (prosigue el autor) que apoyan esta verdad, y voy a ver si hubo alguna causa natural que preservase de corrupción el cuerpo de nuestro Venerable Padre Fr. Diego del Saz para después conocer el argumento de sus heroicas virtudes a lo incorrupto de su cuerpo.

Después de cuatro años y medio que murió este V. P. en el convento de Atitlán, de su sagrada Orden, quince (y más) leguas de esta ciudad de Guatemala, siendo allí Guardián el Reverendo Padre Predicador Fr. Antonio del Saz, que hoy es Vicario Provincial, sobrino suyo se dispuso traer sus huesos al convento de esta ciudad, cabecera de esta Provincia, para que en la bóveda grande se acompañacen los huesos de los Padres, que la habían gobernado, donde todos gozasen del común sufragio que la Comunidad ofrece. Con este color se vistió la piedad en sus hijos; medio que, escogió la disposición divina, para hacer patente lo que la tierra ocultaba, y confirmar el concepto de la vida con lo singular de la muerte. Después de la segunda visita provincial, ordenó se trajesen los huesos en una caja; abriendo de noche una bóveda pequeña para traerlo, donde solo estaba enterrado, valiéndose de la obscuridad, porque los indios de aquel pueblo, que tanto le reverenciaron en vida, no dejarían que les quitasen aquella prenda, o porque llevados de la novedad de verle incorrupto, no se dejasen llevar de veneraciones anticipadas, le hallaron sin corrupción en los principales miembros de su cuerpo tan unidos, que parecían animados; cuya composición mas parecía de un viviente dormido, que de un cadáver helado.

El olor, ni me atrevo a decir, que tenía fragancia, lo cierto es, que según el olfato de todos los que concurrieron, que no parecía de cuerpo muerto, ántes se percibia un género de suavidad lenta, que no se puede

significar; dejo el olor y voy a la suavidad, verificándose allí lo que dice San Gregorio: *Ipsa odoris corporis suavitas ostendit in illo corpore auctorem suavitatis existere.* Causando en lugar de horror, ternura. Desnudo quedó, haciendo efecto la humedad de aquella región en los hábitos y paños menores, y no en el cuerpo. Tal se cuenta por el Padre Fr. Juan Ximénez, en su Crónica del B. S. Pascual Bailón, Religioso descalzo de la misma Orden, que incorrupto el cuerpo se conserva, y solo los hábitos se consumieron; ¿de dónde nació esto, que ni el temperamento y naturaleza del sujeto; ni la región y temperamento del aire donde murió; ni el lugar donde fué enterrado; ni el género de muerte, o enfermedad que padeció; ni los bálsamos, o ungüentos de cal viva con que le embalsamaron, ayudaron a la incorrupción? No el sujeto, ni temperamento de su naturaleza: pues aunque los cilicios y mortificaciones le tenían tan macerado, no enjuto, por ser algo lleno de carnes. Y si la causa material de la corrupción, es la materia húmeda y la eficiente el calor extraño: *& videtur putredo omnis ex materia quidem gigni humida, ex causa veró efficiente calore extraneo,* dijo Galeno.

No la región y temperamento del aire, pues el convento de Atitlán está fundado casi a las vertientes de unos volcanes y en las riberas de una laguna, que puede en ella temer tormenta la mas arriscada nave, donde por todas partes se padece humedad. Fué su muerte en tiempo de calores, pues parece que en estas partes son los de la canícula en marzo, cuando murió, donde se juntaron a la humedad. No el género de enfermedad, que fué una *disentería* y calenturas, donde parece, que antes se curó muerto, de la corrupción que tenía estando vivo. No la sepultura en que le enterraron, pues fue menester hacerla desde que murió para enterrarlo y un tabique de mezcla, acabado de hacer, corriendo agua, sirvió de losa a su sepulcro, buscando en esto no se perdiese entre lo común muerto, lo que vivo había sido tan singular. Los ungüentos, que le pusieron, no fueron los que refiere Diodoro y Herodoto que usaban los egipcios, sino cal viva, que solo pudo cebarse en el vestido y hábito. Nada le ayudó, y entre tantos principios de corrupción se conservó cuatro años y medio, tan tratable, que le volvieron a besar su hábito y trayéndole en una caja, le pusieron en la Capilla Mayor, sin mas veneración, que repetir sus exequias, que parecían las primeras, pues se juzgaba haber muerto la tarde antes, besábanle las manos, no por santo, sino por Padre. Del concurso que con motivos de curiosidad, ya de afectos piadosos, ya de amorosos incendios, llegaba a ver al que había conocido en vida, pudo admirarse otra vez Augustino, y repetir lo que dijo en la translación del cuerpo de San Esteban: *Exiguus pulvis tantum populum congregavit, finis latet, beneficia patent.* Solo se puede ver de este argumento, si se han mutuamente la virtud a la incorrupción, y la incorrupción a la vida ejemplar, que solo contiene el sermón lo heroico del sujeto, sin pasar a casos particulares de su vida. Dios los mostrará cuando sea su voluntad y divina Majestad servida."

CAPITULO CUADRAGESIMO

De la muy ejemplar vida del Rdo. P. Lector Jubilado Fray Blas de Morales, natural de esta ciudad de Guatemala, varón excelente en letras y virtudes

---

En el libro de profesiones de religiosos que se han hecho en este santo convento de Guatemala está la del reverendo P. Lector Jubilado Fr. Blas de Morales, con nombre de Fr. Blas Hidalgo de Morales, a 6 de septiembre del año de 1607. Fue este religioso hijo de honrados y nobles padres, vecinos de esta ciudad de Guatemala; su padre se llamó Blas Hidalgo Cabeza de Vaca, y su madre Doña Isabel Morales de la Parra, uno y otro consortes, si nobles, y emparentados con los más sobresalientes de esta república, muy más ennoblecidos por las virtudes y cristiandad grande, de que siempre se preciaron. Dióles Dios a estos buenos casados cuatro hijos varones, y como, tan devotos de nuestros esclarecidos patriarcas Sto. Domingo y S. Francisco consagraron dos a cada familia, conociendo con prudente y sólido juício que todos cuatro se empleaban en una misma Religión, aunque cada dos diferenciaban en la exterior divisa del hábito, y en las anexidades del instituto El mayor de todos fué Blas que apellidado hasta la profesión como su padre, cogiendo de la madre el otro apellido, se llamó Fr. Blas Hidalgo de Morales Y ya fuese por causa de huir el nombre de la temporal hidalguía, o por acostumbrarse a llamarle por el segundo apellido de Morales, fué por él bien conocido en toda esta república en cuarenta años que fué religioso de N. P. S. Francisco, sin salir jamás de este convento de Guatemala.

De su niñez no tengo especiales noticias, sino las generales de la buena crianza, en mucho temor de Dios, frecuencia de sacramentos, y gran devoción a la soberana reina de cielos y tierra María Santísima señora nuestra, y a su rosario, que trajo siempre, cuando ya crecido, en público el cuello, como lo traen los religiosos de N. P. Sto. Domingo, por haber sido esta devoción en él como connatural y tánto, que alabando muchas veces este varón excelente al esclarecido doctor de la Iglesia Santo Tomás de Aquino, solía decir: *Cuando no tuviera otra excelencia el Angélico Doctor que haberse tragado el Avemaría desde la cuna, bastaba para que infiriésemos su mucha pureza, porque es incompatible impuridad y el Avemaría.* De éstas y semejantes palabras que como gran devoto de la Virgen María, y del Sto. Doctor solía repetir, fue corriente tradición (y lo predicó en su entierro el Rdo. P. M. Fr. Andrés de León, prior del convento del Sol de los Doctores S. Agustín, entre otras virtudes) que desde la cuna el P. Fr. Blas había sabido rezar el rosario de Ntra. Señora, y a imitación del Doctor Angélico había conservado la pureza virginal hasta la muerte, habiendo vivido casi sesenta años.

Desde luego mostró en la Religión esta devoción a la Virgen Ssma. esperando para profesar algunos días (después de cumplido el año de aprobación) por hacer este holocausto a Dios la víspera de la Natividad de Ntra.

Señora, y ofrecer por sus purísimas manos la candidez virginal, con fervorosos deseos de conservarla siempre, y ser como dijo San Ambrosio, mártir de virginidad; porque por el mismo caso, que acertó tan alto el tiro, queriendo cayese en el voto, lo que por difícil no puso Dios por precepto, fueron grandes los combates que tuvo contra la virtud de la castidad, obligándole los ardores libidinosos con que el demonio procuraba contrarrestar el fuerte de su constancia, y las ocasiones que le ofrecía, valiéndose de la perfección que en lo personal tenía; obligándole, digo, estos combates a hacer rigurosas penitencias, muchas disciplinas de sangre, ayunos con que atenuaba el vigor, y reducía a la razón con el castigo su cuerpo; y traer de contínuo ásperos cilicios, raras invenciones de padecer con ellos. Así venció, sobre todo con la oración frecuente, y total retiro de conversaciones mundanas, porque como dijo sentenciosamente N. S. Padre norma de toda perfección, y dechado de la pureza *Ha de huir el mundo, quien quiere estar limpio,* y la mayor señal de esta limpieza es no deleitar el mundo ni sus cosas al religioso. Tan abstraído vivió siempre, el siervo de Dios Fr. Blas, del mundo, que aun las visitas que le era forzoso por urbanidad hacer, y que no podía excusar, procuraba siempre fuesen muy breves, y tenía a dicha el no hallar en su casa al personaje que (obligado de la cortesanía y política) salía a buscar. Y cuando a él le visitaban, si la materia no era de espíritu, o se entretejía alguna conversación inútil, suspendía sagaz y discretamente la conversación, que, haciendo punto o la inclinaba a cosas espirituales, o ponderaba cuán apreciable es el tiempo, y cuán detestable vicio el de la ociosidad, en que cuando menos hay dos gravísimas pérdidas: el tiempo imposible recuperar, y la quietud del alma dificilísima de volver a conseguir.

Solamente con religiosos, y especialmente de la Orden de N. P. Santo Domingo gustaba de conversar, y ser visitado. Eralo frecuentemente del muy esclarecido P. Maestro Fr. Francisco de Ceballos, y se correspondían los dos al modo que los dos sagrados doctores Sto. Tomás de Aquino, y S. Buenaventura de Balneoregio, concurriendo entre Fr. Francisco y Fr. Blas algunas razones de las muchas que han advertido los devotos de una, y otra Religión, combinando las vidas de estas dos lumbreras de la iglesia. Eran Fr. Francisco y Fr. Blas de una edad, de un mismo tiempo de hábito, entraron a leer a un mismo tiempo, en la profesión, ya se deja entender la igualdad, en la estimación que en el siglo, y en las religiones se hacía de sus personas, muy semejantes; en el espíritu muy parecidos en la doctrina (aunque de diversas escuelas) muy conformes. Ambos por último criollos de esta ciudad de Guatemala, amigos antes de ser religiosos, y confirmándose en Dios la verdadera amistad después de profesos; fué tan sólida que jamás padeció la menor quiebra, antes sí estrechándose más y más con la espiritual comunicación; eran sus conversaciones del cielo, lo que trataban materias escolásticas útiles a los dos, y a las conciencias de todos, y adelantamientos en el espíritu, procurando cada uno imitar las virtudes de su amigo, y correspondiéndose los días solemnes, y de NN. gloriosos Patriarcas, quedándose con licencia de los prelados el Maestro Fr. Francisco a los maitines de su

Santo y P. N. Seráfico, y Fr. Blas a los de N. P. Sto. Domingo, teniendo en estas y otras semejantes ocasiones que hacían lo mismo, el consuelo espiritual que se deja entender.

Era fidelísimo discípulo, y muy amante de la doctrina de N. Doctor Subtil, que como desde niño la aprendió, y fué la primera que se estampó en su inocente alma con operaciones de grande entendimiento, de que dió muchas muestras desde que comenzó los estudios, hermanando al continuado de las ciencias el de los ejercicios virtuosos, salió tan aprovechado que como acérrimo defensor de la doctrina escótica, se dice de él, que si hubiera mártires de opiniones, diera la vida, y derramara su sangre Fr. Blas de Morales por las de Escoto, como por la santa fe la vierten los mártires de la iglesia. Radicó su saber en profundísima humildad, estudiando continuamente en la práctica de esta virtud, ahondando con ella, como manuductriz en las más profundas materias de la sagrada Teología, y como tomaba el vuelo tan de lo bajo, penetraba con enérgica sutileza las más sagradas arcanidades y misterios de las materias que trataba. Desde que acabó sus estudios habiendo aprovechado en ellos con gran desempeño y aceptación de las escuelas, fue instituído lector de Artes, cuyo ministerio, con tanto aprovechamiento de los que le oyeron ejerció, que sacó estudiantes provectos, los cuales después ocuparon cátedras, e ilustraron la provincia en el desempeño del púlpito. Continuó la tarea del dilatado martirio de la cátedra, hasta conseguir el lauro de la jubilación después de los quince años de lectura, que dispone la religión seráfica, leyendo varias materias, y repitiendo a los últimos el leer otra vez las artes por el interés que se seguía a los oyentes, de lograr con su enseñanza sus talentos.

No por el continuado estudio, y desvelos de la Escolástica Teología, se eximió ni excusó jamás de la ocupación en la expositiva, ni del ejercicio santo en la predicación evangélica; antes sí fué en éste tan frecuente, que bien se echaba de ver acompañaba a la facilidad en el decir, la continuación en el estudiar, dando diestramente las manos a estas dos sagradas facultades, que no se oponen entre sí, aunque adversan una y otra a los flojos. Y como su vivir era tan ejemplar, y sus virtudes tan sólidas, reprehendía con santa libertad los vicios en el púlpito, como quien amante de Dios sentía tanto sus ofensas. Era su ardor y viveza tanta en la inventiva, que parecía a los que lo oían que brotaba fuego del rostro, y hubo quien se persuadiese a que centellaban sus ojos en ocasiones que reprehendía culpas. Celó mucho (especialmente en los nuevos en la predicación) el acierto en los sermones. Exhortábalos a que el estudio de ellos más fuese para persuadir virtudes, y corregir vicios, que para pintar jardines, o representar, como en teatro, lo que debe ser sagrada oración. Huía las flores, y así solía decir: en sermón de Pasión, Pasión; en sermón de Santo, Santo; en sermón de Moral, Moral; y en sermón de Juicio, Juicio.

No le faltaron al siervo de Dios para acrisolar sus virtudes, algunas persecuciones o ya nacidas de emulación, que es lo ordinario en los que practican ciencias, pues como dijo un poeta:

Nec feriunt nisi magnos fulgura montes, o ya por permitirlo así Dios para más radicarle en las virtudes, y profundarle en las humildades. Y como a los siervos de Dios nunca falten semejantes perturbaciones, unos más y otros menos, consideraba el siervo de Dios Fray Blas, que todo esto era motivo para sacar utilidades su espíritu, y así jamás formó queja, ni le vió alguno turbado, ni por más adverso que fuese algún suceso, jamás fué visto dejar la quietud interior y exterior, antes sí muchas veces, dándole alguna noticia alguno que quizás intentaba darle pena, con santa discreción hizo muy penoso el sentimiento del hechadizo, con no manifestar tenerle en acontecimiento que no estorbaba la salvación. Respondiendo, lo que como proverbio traía siempre en la boca y en el corazón, que era pedir se hiciese en todo la voluntad de Dios, protestando y actualizando siempre la resignación en que vivía de conformar con la divina su voluntad. Otras veces aludiendo a esto mismo solia decir:

Solo debe pena darnos
Lo que puede condenarnos.

Acabada la carrera de los quince años de lectura con general aplauso, y habiendo sido, aun en el tiempo que actualmente leía, grande seguidor del coro, dejando continuamente de gozar algunas exenciones de coro, que la religión concede a los que estudian, pues jamás faltó a maitines, ni dejó de acudir a cuantos actos de comunidad pudo, obrando de supererogación mucho, a que *alias* no era obligado, jubilado ya se empleó de todo en todo en seguir el coro y comunidad, con tan vivo ejemplo de ella, que apenas perdonaba hora de oficio divino en todas las que con tan incansable tesón frecuenta este gravísimo coro de Guatemala, donde a la continua está obrando Dios maravillas, pues hay estudios en este santo convenio, como si no hubiera coro, y hay coro como si no hubiera estudios.

Tan amante era de uno y otro, de la secuela de comunidad el siervo de Dios Fray Blas, como quien concocía la grande utilidad que saca el espíritu de esta secuela, y que (como se refiere en el Spec. Vitae S. Franc.) ha sido desde lo primitivo de N. Sagrada Religión proverbio corriente en los mayores, que para conseguir la perfección de nuestro estado se ha de seguir en todo lo posible la comunidad. Por seguirla el Padre Fray Blas, jamás quiso admitir oficio, y así renunció no sólo algunas guardianías de pueblos de indios que se le dieron, sino también excusó el serlo en éste de Guatemala, recabando con humildad de aquellos gravísimos padres que le deseaban ver guardián de este convento, el que no le pusiesen en ocásión de perderse, porque decía de sí mismo con humildad, que no era apropósito para mandar, sino para ser mandado y servir. Y así suplicaba siempre a los prelados, le permitiesen vivir en este santo convento, llevando el peso de la comunidad y ceremonias monásticas, como corista, asistiendo siempre a las aulas como si fuese lector actual. Ocupábase demás de esto las mañanas y ratos que era necesario en el utilísimo ministerio y ejercicio de administrar el santísimo sacramento de la penitencia, indiferente a cuantos a él llegaban. Tenía también muchas personas a quien frecuentemente confesaba, y a quienes adelantaba con

vigilantísimo celo en los santos ejercicios y oración vocal y mental. Divulgó entre sus hijas de confesión la buena costumbre y devoción de que rezasen el Oficio Parvo de Ntra. Sra., y que lo enseñasen a rezar en sus familias, y otras muchas virtudes en que las procuraba fundar, de algunas de las cuales diremos después.

Era en todas sus obras el siervo de Dios Fr. Blas, no sólo verdaderamente humilde sino el ejemplar de esta virtud, por cuyo amor jamás quiso ser prelado, sino que se preció en todo de súbdito, usando frecuentemente, para eximirse de los oficios que le buscaban, las palabras de Cristo, *non veni ministrari, sed ministrare.* Solo admitió (y eso por una casual contingencia) el ser Definidor en el Capítulo que se celebró en la ciudad de Chiapa a 14 de octubre del año de 1628, y fué el caso, que habiendo ido el P. Jubilado Fray Blas a presidir un acto capitular, y disponiendo nuestro Señor que enfermase uno de los vocales, sin llegar a Ciudad Real, se dispuso el que el P. Fr. Blas votando en Capítulo entrase en la Definición, que había de obtener el que no llegó a votar.

Ni por esta dignidad ni las otras muchas que le condecoraban, jamás perdió el sosegado paso de su profunda humildad en cuarenta años, que como hemos dicho fué morador de este convento, y porque es de edificación un caso que le sucedió un día de la Asunción de Nuestra Señora, en que su verdadera humildad, tolerancia y obediencia se lució, le pongo aquí. Hacía el oficio de preste, como día de tanta gravedad el R. P. Fr. Blas. Entró al coro a vísperas revestido, como es costumbre, habiendo entonado desde el altar mayor la primera antífona, y comenzando las Vísperas. No traia la estola en la proporción del aseo, ni el amito tan bien puesto, porque la prisa, o poca proligidad, no le permitió otra cosa. El vicario, que tenía más condición de lo que debiera, y celaba nimiamente cualquier defecto (ojalá y fueran todos así) no advirtiendo en las muchas prendas y condecoraciones del preste, se llegó a él con impetuosa fuerza, cogiéndole de la estola le dijo, que si no sabía cómo se había de vestir para salir al altar, y otras razones, que parecieron de menosprecio, aunque en la realidad fueron nacidas de celo. N. P. Fr. Blas, con semblante alegre sin responder palabra, hizo lo que le mandó el vicario, como si fuera un novicio. Alguno de los religiosos entendiendo darle agrado al P. Fr. Blas, o agradado de su paciencia, encontrándole después de Vísperas, le dijo: *Ha obrado V. R. muy conforme a lo que S. Pablo escribió a los de Corinto: libenter suffertis insipientes, cum sitis ipsi sapientes.* El humilde religioso respondió: *Hizo lo que debía, el P. Vicario, y yo no debiera hacer otra cosa,* prosiguiendo con toda serenidad, sin que le hiciese novedad, ni entrase en su interior lo que había parecido menosprecio de su persona en el Vicario, ni lo que juzgaba el consolador, estimación de tan ejemplar religioso.

CAPITULO CUADRAGESIMO PRIMERO

De otras virtudes y devociones que practicó el siervo de Dios N. P. Fr. Blas, y de su acelerada muerte, como la había pedido a Dios con instantes y humildes ruegos

Del fundamento de la humildad, que lo fué de sus virtudes; de la devoción a N. Señora, que le fue tan cordial; del deseo de la imitación de Cristo, y contínua mortificación de la carne, para vivir crucificado al mundo, nacieron en N. V. P. Fr. Blas muchas ramas que pudieran ser árboles, y servir de tronco a grandes virtudes. No le embarazaban sus muchas ocupaciones, ni le era estorbo su dignidad para cuidar por su mano del aseo, limpieza, y adorno de N. Sra. del Coro, de quien era cordialísimamente devoto. Lo que hiciera un fraile mozo que aplicaran a sacristán, hacía N. P. Fr. Blas, limpiando y barriendo; cuidando de adquirir de los bienhechores, ricos vestidos y joyas para la santa imágen, adornando continuamente su trono de flores naturales y de mano, curiosamente labradas, para que buscaba sedas, y mantenía hijas espirituales en las monjas. En su tiempo se labró el tabernáculo antiguo de la Virgen santísima del Coro, solicitando este siervo de Dios el primor en la obra, y descuidando en mucho al devoto prelado que con devoción lo deseaba, y con solicitud agenciaba sus costos. Y como había tanta sagrada emulación entre religiosos graves a esta sagrada imágen; podemos decir, que aunque siempre fue venerada, desde aquellos tiempos creció el fervor y frecuencia, porque el pueblo excitado al ejemplo de tales religiosos, y movido con los beneficios que a su invocación recibían, se adelantó como experimentamos en las debidas veneraciones.

También solicitó N. P. Fray Blas con todo conato el que se celebrase con mucha solemnidad la fiesta de los gloriosos mártires del Japón, tomando a su cuidado aquellos primeros años, y todos los que él vivió el celebrarle, concurriendo a los gastos algunos bienhechores, que como era tan acepto en la ciudad el P. Fr. Blas, asistían de muy buena gana, y costeaban las invenciones de pólvora, y demás festejos con que solemnizaban a todos los mártires, y en especial al esclarecido criollo San Felipe de Jesús, a quien (no sin intervención del P. Fr. Blas) juró patrón esta noble ciudad de Guatemala conque se logró y perpetuó el fervoroso deseo de N. V. Padre. Predicó muchas veces su paternidad estas glorias dándolas a la majestad divina, y muchas a la religión seráfica, entrando en parte a ellas la noble nación criolla. A su diligencia se hizo retablo de los mártires, que se puso en una capilla a la mano izquierda de la entrada de la iglesia, donde con la perfección posible se puso de mano de los mejores oficiales que había, la efigie y efigies de los mártires, que se ven en estos tiempos; por ilustrar más el altar, se colocó en el primer cuerpo el esclarecido patriarca S. José, a devoción de los bienhechores que lo costearon: no por esto se omitieron las pinturas de los mártires, ni se deja

de llamar altar suyo el que dió lugar al que tanto le tuvo en los sagrados lirios de la pureza. Celebra anualmente esta noble ciudad la fiesta de San Felipe de Jesús como patrón suyo, enviando cera, y acudiendo en forma de ciudad lo más noble de ella, y a la tarde solía haber carrera de caballería, juego de cañas y alcancías en la calle que comienza en el compás de esta iglesia. El sermón se discurre sobre el Evangelio *Nolite arbitrari,* sacando de sus cláusulas glorias del Santo difundidas en sus compañeros, y se pide su propia impetración para la ciudad.

Tambien solicitó N. P. Fr. Blas la fundación y aumento de la confraternidad del santo negro S. Benito de Palermo, y la procesión de sangre que salió algunos años el viernes antecedente a la Pascua de Pentecostés, la cual después se antepuso, y tomó asiento en el viernes tercero de cuaresma. A su diligencia se deben los aumentos que hasta hoy ha tenido, porque desde sus tiempos se trató del edificio de su capilla, fervorizando los ánimos de los cofrades al adelantamiento en los cultos de este glorioso santo. Y quiso Dios condescender a sus fervores con una maravilla que obró por intercesión del Sto. Moreno en el P. Fr. Domingo de San Lucas, religioso de San Agustin, siendo niño, con repentina y no esperada salud en una grave dolencia.

Trabajó también mucho en la reproducción de la venerable Orden Tercera en estas tierras, por los primeros años en que floreció este V. religioso, asistiendo muchas veces como quien tenía las de N. P. Fr. Pedro Soto Mayor, a los ejercicios de esta V. Orden (de quien diremos en el siguiente libro) y fomentándola como maestro y P. espiritual cuanto le fue posible, hasta ponerla en el estado de tener capilla propia, lateral a la iglesia de este convento, en cuya reedificación (cuando se apropió con ciertos pactos a la Tercera Orden el año de 1634) trabajó personalmente N. P. Fr. Blas lodo y canto como peón, siendo este ejemplo excitamiento a los Hermanos para que trabajasen en su obra con espíritu y fervor. (1)

Otros oficios tuvo intermedios a estas ocupaciones, porque fué maestro de novicios muy espiritual, vigilante y experto, fue vicario de este convento, y fue, finalmente, en los cuarenta años que vivió en la religión un todo para servir, y resignado a todo cuanto podía hacer en servicio de Dios y de sus Santos, y honra de la religión. No le faltaba tiempo para sus mortificaciones, pues de testimonios fidedignos es constante que unos tunicones de sayal que usaba, y los paños menores, estaban siempre que los lavaba teñidos en sangre, así por la que le brotaba de los cilicios, como por la que vertía al rigor de

(1) Esta capilla tal vez es la capilla de Santa Ana a la que hace referencia un expediente conservado en el Arch. Gral. del Gobierno (Leg. 21, Exp. Nº 1698 clasif. antigua) con motivo de una edificación que contigua hizo la V. O. T. en 1774 sin la Real licencia.

El P. Calvillo que en 1774 era comisario de la V. O. Tercera hace constar que entrega al Guardián la escritura de cesión de la capilla a la V. O. T. y dice que el Sr. Fiscal difunto Dr. Felipe de la Romana, (fué Fiscal de la Audiencia por los años de 1758). Hizo dicha cesión de la capilla de Santa Ana en nombre del Rey, como consta por documentos que se hallan entre alhajas del dicho señor Fiscal.

En el mismo expediente la V. O. T. dice haber dado para la cesión dicha, un eclesiástico terciario al convento, 6000 pesos y que la escritura la tiene el Hermano Vicente Santa Cruz, residente en la Hermita; que el documento de propiedad se ha perdido en la ruina; que aún sabiendo todo esto el P. Jubilado Fr. Pedro Yribe tomó la mayor parte de dicha huerta, (debe ser algún sitio contiguo a la capilla de Santa Ana) para la capilla de Concepción y que no protestó la V. O. T. por amor a la paz; que la Provincia cedió a la V. O. T. la capilla de Santa Ana por obligarse los terceros a celebrar la fiesta de la Santa, el Domingo de Ramos y el aniversario de los Indios, sin tocar a las expensas propias de la capilla; que visten el Santo Hábito y se emplean en la administración del convento que es penosísima.

las disciplinas, especialmente doblaba la tarea la noche antes del día que predicaba para coger en rojas letras de la sangre en que se bañaba, los frutos que de las que estudiaba en la cátedra de la cruz conseguía; o para rubricar las verdades sólidas que predicaba, como reglas de bien vivir, y como de bien obrar.

A los últimos años de su vida llegaba el varón de Dios, cuando habiendo infestado la canalla herética la costas de Trujillo, y asolado aquella ciudad, y maltratado con escarnio y ultrajes una imágen sagrada de Cristo Sr. N. Crucificado, fue traída la cabeza a este convento para que fuése la imágen desagraviada, (1) el prelado superior, que lo era N. P. Fr. Pedro de S. Francisco encargó al cuidado de N. P. Fr. Blas así los sermones como la disposición de lo que se debiera hacer para honra y gloria de Dios. Tomólo tan a su cargo, y fue tánta la piedad que excitaba en su corazón el ver la sagrada cabeza de Cristo Crucificado herida y maltratada, que pidió muchas veces a Dios, y lo manifestó algunas, predicando, el que le concediese sentir las heridas que la cabeza de la imágen tenía, y que como le cogiese en su gracia, permitiese llevarle de esta vida con aceleración para no dar pena, ni molestar a sus hermanos.

Oyóle Dios esta súplica, y condescendiendo a su ruego, premió con manifiestas señales sus deseos; porque como el venerable varón tuviese de costumbre el seguir todas las tardes la calle de la Amargura, rezando y contemplando los pasos, y estaciones de la Via Sacra, empleando en este santo ejercicio desde las tres de la tarde hasta cerca de la oración. Y llegando al Calvario, tomaba disciplina de sangre por compadecer con Cristo Ntro. Sr. a quien hallaba desnudo en la cruz, y a quien procuraba imitar, desnudándose, no sólo de los afectos terrenos sino aún también del saco, para con más libertad disciplinarse. Un martes que se contaba 6 de noviembre del año de 1646, viniendo de este santo ejercicio, declinando ya la tarde, al entrar por la portería, viniendo sano y bueno sin accidente alguno, sólo sí tierno y lloroso con el rosario en la mano, no siendo la edad tan crecida que viviese trompicando pues apenas llegaba a sesenta años, impensadamente dió una caída en la misma entrada de la portería, dando con el rostro en un clavo grande de la puerta, que le hizo una señal y herida lastimosa. De allí inmediatamente dió en el suelo, de donde no se levantó, y acudiendo el portero y otros religiosos a tomarle en brazos le hallaron ya difunto. Alborotóse el Convento; entraba a la sazón el doctor don Ambrosio Díaz del Castillo, Dean de la Santa Iglesia Catedral de esta ciudad, y otra gente que a la novedad concurrió.

Lleváronle a la celda presumiendo hubiese sido algún desmayo, o que pudiera con diligencias recuperarse a la vida. Desnudáronle el hábito para poder medicinarle, dándole cordiales por si acaso con ellos volvía en su acuerdo. Lo que hallaron fue que el saco o tunicón estaba empapado en reciente sangre, la cintura muy apretada con una gruesa cadena de hierro. Un saco de cilicio, o una malla de púas como un S. Hilarión, o S. Guillermo, que con grande dificultad se la pudieron arrancar de la carne. La herida que

(1) Todavía se venera dicha Santa Cabeza en la iglesia de San Francisco de Guatemala en un altar lateral a mano izquierda, el segundo.

se dió en el clavo de la puerta sobre la ceja en la misma forma, hechura y lugar que la tenía la santa cabeza de la imagen de Cristo N. Señor que le debió de dar algún hereje con algún chuzo o puñal. Conocióse haber pasado ya de esta vida el siervo de Dios, y como las señas correspondían a sus peticiones, y estas eran notorias a todos por haberlo dicho en vida muchas veces y algunas en el púlpito, se conoció piadosamente haber sido merced especial con que Dios había condescendido a su afectuosa y devota petición.

El Dean cogió para sí por despojos estimables de tan esclarecido varón la cadena y cota de malla, y como tan devoto, y verdaderamente virtuoso. sin reparar en apariencias humanas, estando en el entierro el día siguiente las mostró al pueblo diciendo (teniendo en la una mano la cota): *Esta es la camisa que tuvo el P. Fr. Blas,* y señalando con la otra la cadena: *Este es el jubón que trajo puesto este apostólico varón.* Fue la edificación del pueblo muy grande, porque siendo el concurso numerosísimo, y todos sabedores de muchas virtudes del siervo de Dios, a voces le llamaban varón santo, columna de la religión seráfica, y le daban otros epítetos muy honoríficos, que comprobó con muy espirituales, y bien fundados discursos el doctísimo P. Maestro Fray Andrés de León, Prior del convento del Sr. San Agustín de esta ciudad, quien entre otras muchas virtudes que dijo del difunto refirió la petición que había hecho a Dios, y que se había cumplido, y que para honra y gloria suya, manifestaba en aquel gravísimo teatro lo que a muchos era notorio, que era haber muerto el V. P. Fr. Blas sin haber contaminado la virginal pureza, llamando muerte de justo la que Dios le dió, pues pasando por la forzosa división del alma y cuerpo, le dispensó Dios en los amargores de la agonía.

Fué igualmente sentida como edificativa su muerte, y su venerable cuerpo, de los primeros a quienes se dió sepultura en la bóveda, que está en la sacristía de este convento, porque quiso Dios que quien había sido tan celoso de la honra de él, y tan aplicado a las obras y edificios que ilustran este convento, tuviese descanso hasta la universal resurrección en oportuno lugar entre las cenizas, y cuerpos de otros VV. religiosos que en aquel panteón yacen.

CAPITULO CUADRAGESIMO SEGUNDO

En que se comienza la vida del observantísimo religioso, y apostólico varón de Dios N. P. Fr. Juan de Alcober, valenciano de nación, hijo de esta Santa Provincia de Guatemala

Floreciente siempre el reino feliz de Valencia, erario fértil de virtudes trox sagrada de perfecciones, continuó en dar a esta Santa Provincia de Guatemala tales hijos que siéndolo perfectos de N. Seráfico P. S. Francisco, pudieran ser norma de la regular observancia, por donde se copiara, si pudiera haberse perdido. Tal fue N. R. P. Fr. Juan de Alcober, a quien sin agravio de los más excelentes varones que componen esta historia, podemos dar lugar

entre los de primera clase, y ponerle en parangón con sus primitivos padres. Fue natural del reino de Valencia, aunque no he podido averiguar el nombre del lugar de su nacimiento. Sábese sí, que desde que vistió el hábito de aquella santa provincia, vistió juntamente el espíritu de N. S. P. S. Francisco, arraigándose en su corazón tánto los ardientes deseos de imitar a N. P. seráfico, que en todo procuró desde sus primeros años seguir sus pasos, y no declinar jamás de su instituto. Así como lo propuso lo procuró efectuar en más de cincuenta años que militó en los reales del Cristífero Alférez de Jesucristo. Fue novicio, y corista de muchas virtudes, adelantándose aun a muchos que se señalaban en ellas en la santa comunidad y casa donde recibió el hábito y profesó, procurando siempre tener su conversación en el cielo, y vivir en todo tan abstraído de cosas de la tierra como si en ella no tuviese parientes ni allegados.

Por esta causa habiendo oído las artes, tuvo singular consuelo el ser enviado al convento de N. P. San Antonio de la ciudad de Denia, a oir la Sagrada Teología, dando siempre en los conventos que le asignó la obediencia, el ejemplo de virtudes que testificaron a una voz los religiosos que con él pasaron a esta santa provincia de Guatemala. Fué su vocación para ella muy especial a dicho de todos, aunque el haber faltado todos sus compañeros antes que el siervo de Dios muriese, y haber sido él a todos ellos supérstite en días, ha sido causa de que no se supiese con individualidad el especial motivo, que siempre vivió oculto de la memoria, aunque no la ocasión y tiempo de su venida, por constar de los papeles, y memorias antiguas de esta provincia.

En la ocasión que fué a España el fervorosísimo P. Fr. Estéban Verdelet, como sus fervorosos deseos miraban a traer a esta santa provincia una misión de religiosos de perseverante espíritu, y deseos de derramar su sangre por la exaltación de la fe. Y el V. P. Fr. Esteban, como hijo de la santa provincia de Valencia, conocía haber en ella muchos favorecidos de Dios y con estas ansias del martirio, informando de los religiosos de espíritu, los que serían útiles para sus intentos, puso los ojos en el Padre predicador Fr. Juan de Alcober, que habiendo acabado ya sus estudios en edad de poco más de treinta años, practicaba el principal de la santa oración y devoción en una casa de Recolección de aquella santa provincia. Viéronse el comisario y Fr. Juan, y simbolizando el ardor espiritual del comisario con los deseos de aqueste buen religioso, se afijó el viaje para Indias con máximos y fervorosos deseos de padecer martirio, y no vivir para sí solo en la estrecha comunicación con Dios, sino trabajar con todas sus fuerzas por el aprovechamiento de las almas, sacando las de aquellos pobres infieles de las tinieblas en que obcecados los tenía el adversario. Este celo que le guiaba, y este amor de Dios y de sus prójimos que le impelían, le sacó del retiro en que tan bien hallado estaba, bien ejercitado en mortificaciones, muy adelantado en la contemplación, mortificado en sus sentidos, austero y penitente en su vida, y tan grande ayunador, que en todo el tiempo que fue religioso jamás probó carne. Criado en la continua secuela del coro, versado con grande inteligencia y espíritu en el púlpito y confesonario, provecto en las ciencias, y sobre todo verdadero observante de la Regla de N. P. S. Francisco.

Llegó con su comisario y los demás religiosos de la barcada a este S. convento de Guatemala a los 13 de octubre del año de 1608, siempre con el dictamen de ir a predicar a los infieles de la Taguzgalpa la fe, en compañía del ferviente padre Fray Esteban. Mas, como Dios dispusiese el que no se expidiesen tan aína los negocios que habían de preceder a la entrada, por ser materias que dependían de la caja real y direcciones del gobierno superior. (1) En este tiempo se celebró Capítulo Provincial en esta Provincia, por principios del año de 1609, y conociendo los graves padres que en él se congregaron cuán a propósito era el P. Fr. Juan de Alcober para el oficio de maestro de novicios por el lleno de virtudes de que era adornado, y grande fondo que en él se descubría, como varón santo enseñado del cielo para cargar en él el peso de tan gran ministerio, le eligieron en aquel capítulo por maestro de novicios, obligándole a ello con precepto formal de obediencia, no porque se escusase de servir en esto a la religión, sino porque con el mérito de obedecer se entretuviese el fervoroso espíritu, dando lugar a que otros fuesen primero a las reducciones de infieles, para que después siguiese los vuelos de su espíritu, y en el entretanto tuviese el martirio del deseo, que le sirviese de idea para el que esperaba padecer por la exaltación de la santa fe.

Ejerció el onerosísimo ministerio de maestro de novicios con grandísimo fruto y aprovechamiento de los que tuvieron la dicha de ser educados de su cuidado, de muchos de los cuales hemos escrito ya, y de otros escribiremos en adelante. Fue dichoso en sacar perfectísimos religiosos y hombres santos que sirvieron a Dios y a la religión con grande ejemplo de virtudes. Entre las que relucían en este gran religioso, era mayor la profunda humildad, haciendo para ejercitarse en ella que le pisasen la boca sus novicios y coristas, y le diesen severas disciplinas. Ponía todo cuidado en la abnegación del propio querer, conociendo como enemigo de las virtudes al amor propio. En sí, y en su noviciado, solicitaba arraigar el menosprecio del mundo y de todo lo aparente, y poner el amor en las injurias, teniendo gloria en recibirlas y tolerarlas por Dios; aconsejaba la limpieza de cuerpo y alma, la observancia puntual del silencio y recogimiento, haciendo frecuentes y muy espirituales pláticas, que juntas con el grande ejemplo y cuidado que ponía en la educación de los novicios y coristas, fueron incentivos para que muchos de ellos saliesen hombres de mucha virtud. Privábales de toda comunicación y trato, no solo con personas de fuera (que esto era en aquel tiempo sacrilegio) sino aún con los religiosos, no permitiendo ni aún la más leve parla. Lo mismo celaba en la observancia de la pobreza, tanto que ni aún una imagen de Cristo crucificado quería que tuviesen, o por mejor decir, que tuviesen en ella puesto el amor, y si conocía que alguno era aficionado a alguna curiosidad aunque fuese espiritual, le privaba de ellas repitiéndoles aquella sentencia bien practicada de los padres antiguos: *Tras esa imágen de Cristo, está el demonio cual cocodrilo...*

Con estos santos documentos, palabras santas, y ejemplares claros, persuadía, según los genios y virtudes, alentando a todos, y enseñándoles a que no desconfiasen de sí mismos para adquirirlas, que no todos pueden en

(1) Aquí falta algo en la edición de 1716.

breve tiempo encenderse, y que es menester macear en la virtud, como en el hierro para calentarle, cuando no le enciende la fragua, y que procurasen siempre vivir en la presencia de Dios, practicando todas las virtudes, y teniendo para cada una día señalado, en qué ejercitarla, para que con esta diligencia, al cabo del año estuviesen todas, con conexión misteriosa, hechas un ramillete, cuyas fragancias fuesen agradables a Dios. Traíales frecuentemente muchos ejemplos de santos, y hacía que ellos los tomasen de memoria para que mejor pusiesen en ejecución lo que en ellos se les enseñaba. Al primer toque de la campana hacía que se levantaran, visitándolos frecuentemente de día y de noche, no permitiéndoles otro alivio al acostarse, que el que se quitasen las sandalias, siendo indispensable el que durmiesen puesta la capilla, cruzados en las mangas del hábito los brazos, y entre ellos y el pecho una cruz de palo, como quienes estaban a la vista del mismo Dios, que escudriña no solo lo interior, sino que sabe también pesar las exteriores acciones.

Tan a satisfacción de los prelados ejercitó este oficio, que le continuaron en él muchos años, alternando con el de predicador de este convento con grande perseverancia en el estudio, para poder predicar. Costábale mucho el hacerlo, porque no tenía facilidad, por más que continuaba las tareas, y cada sermón era para él una muerte, haciéndolo, y estudiándolo con grande aplicación, en que no hay duda tendría en los aprecios divinos, muy grande merecimiento. Y se conocía ser muy aceptos a Dios sus sermones, por el copiosísimo fruto que hacía en todos la divina palabra proferida por el siervo de Dios, tan eficaz que no siendo la gracia natural mucha, era el séquito de los auditorios a sus sermones muy numerosos, con ser muy frecuente en predicar, no solo en este convento sino en las calles y plazas de esta ciudad, como misionero apostólico, que con órdenes superiores ejercía este santo ministerio. Fueron casi innumerables las conversiones que se originaron de su doctrina, y muchos pecadores arraigados en vicios dejaron de seguir su perdición, porque parecía les leía los interiores, y los aterraba, con tan celestial eficacia, que muchos de ellos dijeron les parecía, que veían abierto el infierno para devorarlos, y que interiormente sentían una suave voz que les persuadía, hiciesen para librarse de la condenación lo que el P. Fr. Juan les predicaba.

Aun solo el aspecto de este siervo de Dios causaba compunción aun en los más divertidos, confundiéndose, y avergonzándose de verle si se hallaban en pecado, porque solía Dios poner en la boca de su siervo tales palabras, que sin que él penetrase el énfasis divino, los que se las oian las tenían por profecías o por dictados del cielo, para corregir sus desórdenes. A muchos caballeros y personas principales dijo con sencillez santa muchas cosas que interiormente pasaban en las fraguas de sus negocios y conveniencias temporales, como si estuviese mirando aquello en que cada cual entendía. Conociendo todos ser gracia especial de que Dios había dotado a este humilde siervo, el que tuviese tanta aceptación su ejemplo, y eficacia su persuasiva, que componía aun a los menos cuidadosos de su salvación.

Entre las invenciones que halló su fervoroso deseo para vivir en pureza, y ponerse en el altar con la mayor decencia que le era posible, fué tener siempre a la vista una redoma de agua cristalina, que por espejo claro de

la pureza, que para celebrar se requiere, contemplaba de continuo, y le excitaba tiernísimos afectos en su alma con la consideración de haber N. S. P. S. Francisco retraídose del estado sacerdotal, por aquella celestial visión, con que le avisó el Cielo por ministerio de un ángel, en otra cristalina redoma, la obligación del estado sacerdotal. No se pasaba día que no tuviese el ejemplarísimo P. Fr. Juan de Alcober una hora especial de contemplación demás de la contínua en que andaba, sobre este punto, poniendo la redoma en una ventana hermosa que tiene la Capilla de Nuestra Señora de Loreto, para que a la luz que se le comunicaba al cristal por la vidriera, excitase en su alma fervorosísimos deseos, y conocimiento de la pureza debida a la contrectación de Dios Sacramentado; confusión y abatimiento humilde, y otros muchos celestiales pensamientos con que alentaba y confortaba su espíritu.

Antes de las cuatro de la mañana, todos los días indispensablemente, se bajaba a la iglesia y sacristía a oir todas las misas, que se decían, y ayudar muchas de ellas, salvo cuando era maestro de novicios, y que le era preciso, por obligación de su oficio, el subir al coro con su noviciado, hasta que se acabase de cantar o rezar prima, y la misa o misas que se suelen cantar. De el coro después de ellas inmediatamente se bajaba con sus novicios a su ejercicio de ayudar a misa en tanto, que los estudiantes iban a lección. Tenía grandísimo consuelo en este santo ejercicio, porque a una vista hincado de rodillas en la iglesia, veía la compostura de los que educaba, que cada cual de sus novicios le era motivo de mucho agrado. Si en algún sacerdote reconocía, oyendo o ayudándole a misa, algún defecto en alguna ceremonia, con grande acridad se lo advertía, y enseñaba su obligación, solicitando con la comunicación familiar con los estudiantes, no solo el ejercitar su humildad, buscando gente moza (aun siendo él anciano, y tan benemérito) para conversar; ni solo el darles frecuentemente muchos documentos de virtud, y enseñanza de casos morales, y de ceremonias de la misa, sino también el que algunos de ellos le buscasen, como a padre espiritual, y compusiese a imitación suya su vida.

Tan incansable fue en esta devoción de oir y ayudar las misas, estándose en ayunas, hasta después de la mayor conventual, para decir él misa después de todas, que las más veces, o casi siempre mientras el vivió, aunque se echase en la tabla de los oficios que se lee el sábado la misa última a algún P. Hebdomadario (como es costumbre) el siervo de Dios no solo se encargaba de decirla, sino que lo pedía al que era nombrado en la tabla, para tener este mayor merecimiento en mortificarse. De la continua tarea de estar de rodillas, aunque tuviese enfermedades, llagas y otras dolamas, como las tuvo con la mucha edad que llegó a tener, jamás llegó a desistir de esta ocupación, ni sentir en ella trabajos ni cansancio, siendo así que de ella se le originó el hacérsele tan gruesos callos en las rodillas, que parecía cosa increíble, cuando con su muerte se manifestó mucho de sus mortificaciones que ocultaba viviendo.

CAPITULO CUADRAGESIMO TERCERO

En que se prosigue la vida de nuestro ejemplarísimo y muy amable P. Fr. Juan de Alcober

Si hubiéramos de especificar las noticias que se hallan de las grandes virtudes, mortificación y ejemplo de este grande siervo de Dios, pudiéramos escribir un libro entero, y aún no quedara desahogada la obligación del historiador, porque sin duda excediera incomparablemente a la obra, la materia. Pero como es preciso dar por lo menos algunas generales, y no me sea posible el dilatarme, me será preciso hacer en este capítulo un ramillete de flores, o manojo, que aunque sin las ataduras de la elocución, pueda servir para el ejemplo de todos.

Fue N. P. Fr. Juan de Alcober de tan angelical vida, de tan rara abstinencia, de tan frecuente oración, de tan continua contemplación, y hombre tan del cielo, que no parecía vivía este hombre, ni tener pasiones de carne y sangre. Nadie le vió enojado en casi cuarenta años que vivió en este convento, ni jamás le oyeron palabra ociosa, ni porfiar, ni altercar sobre cosa alguna, ni tener cuidado en el hábito, libros o cosa semejante. Era su continuo decir, con mucho sainete, y espiritual alegría: *Vivir sin carne, vivir sin carne, sin ojos, sin corazón, para enderezar por el camino del cielo, para que no se ponga nada temporal por delante, que estorbe la salvación, y para que viviendo con los hombres, no se sientan ni lastimen dichos, ni cosas de hombres; vivir sin carne.*

Era como ya dijimos su más frecuente conversación con los Padres Estudiantes y Hebdomadarios, no apeteciendo comunicación con religiosos graves, ni por pensamiento con seculares, porque, como deseaba la utilidad y buena crianza de la juventud, tenía por tiempo bien ocupado el que empleaba en enseñarles muchas cosas de virtud y de su obligación, aficionandolos a los estudios y a la oración. Enseñábales a los que veía aplicados, el modo que él tenía para hacer sus sermones, que fue tan curioso, que dejó más de mil, escritos de su letra de distintas festividades y asuntos, de muy grave doctrina y sólida Teología. Y como tal vez la gente del curso se deslizase en alguna palabra de murmuración, puso de letra gruesa en verso una sentencia de San Augustín en esta forma:

Ninguno del ausente aquí murmure, antes quien piense en esto desmandarse, procure de esta celda retirarse.

Aborreció con todo extremo el vicio de la detracción, predicando contra él, y conversando siempre los muchos daños que trae al alma este vicio tan aborrecido de nuestro seráfico padre San Francisco. Traíales al propósito muchos lugares sagrados, como son y se hallan en los Proverbios: *No quieras amar el desdoro y detracción, para que no seas destruido de raíz;* y otros muchos de los Salmos, donde David dice, que perseguía al detractor oculto, y que no comía bocado de pan con el murmurador; alabando al justo, más por

no haber admitido ni creído oprobio contra sus prójimos, que aún por muchas virtudes, que con la de caridad fraterna tienen conexión misteriosa. Era continuo en decir N. V. P. Alcober: *Si pudieran los santos convertirse en crueles tiranos, solo habían de ser contra el vicio de la detracción, y para perseguir a los murmuradores, que reprehendiendo la vida ajena es lo más frecuente descuidar de la propia, mirando a lo farisáico la paja en el ojo del vecino, y no reparando en la viga que cargan sobre los suyos; ni tomando para sí el consejo que da Cristo Señor Nuestro en el Evangelio, antes como obstinados, malsines y revoltosos, dando en el abismo de la malevolencia, para precipitarse en el de la eterna condenación.*

En orden a esto, y en prueba del celo con que reprehendía los vicios y pecados públicos, particularmente los daños que causan en los palacios, y para con los magnates y superiores, los chismosos, siendo causa estos malos lados de enemistades y rencores, y de injusticias a los desvalidos, le sucedió un día, habiendo de predicar en concurso de la real Audiencia, y Cabildo eclesiástico y secular, y de todo lo más ilustre de la república, habiendo de reprehender algunas extorsiones que se hacían, y se causaban de enemistades de personas de dignidad, llevó al púlpito en la manga unos paños menores y un breviario, y salió con su bordón y sombrero a tomar bendición, poniéndolo todo en parte pública para subir al púlpito. El auditorio admirando lo que veían esperaban lo que pudiera significar. Puesto el siervo de Dios en pié antes de persignarse dijo: *Bien puede ser que por órden de vuestra alteza y señorías sea yo desterrado. Sea en buena hora, que ahí está todo mi avío* (señalando el menaje [1] referido) *no por ese temor dejaré de predicar las verdades.* Hízolo así, y no solo consiguió con la clara reprehensión y palabra de Dios dicha con santo celo y sencillez, y el que se agradasen de ella los oyentes, sino que consiguió con esta resolución apostólica, el que los pobres tuviesen justicia, que se castigasen y echasen de los oficios los culpados, que se hiciesen muchos caballeros, que antes estaban bandidos, amigos unos de otros, echándose a los piés de los agraviados aún antes de salir de la iglesia. Lo mismo hizo en otras ocasiones, porque siempre llevó por máxima el que no le pidiese cuenta Dios de haber callado, u ocultado con ofuscación de palabras y cifras, lo que debía ser reprehendido, conforme a lo que dice Dios por Ezequiel: *Si no dijeres al malo que se aparte del mal camino en que va, para vivir: él perecerá por su maldad y a ti te haré cargo y me darás cuenta de su condenación:* y según la exposición que dió a este difícil texto N. Seráfico P. procuró el siervo de Dios vivir con tal desapegamiento de lo terreno, tal ejemplo y resplandor de virtudes, tal celo de la salvación de las almas, y tal pureza de santa conversación con todos, que, correspondiendo sus palabras a sus obras, era un vivo corrector su fama, su ejemplo, su mortificación y vida apostólica.

Tánto lo fue la de nuestro amable padre, que jamás trató en cosa que oliese a resabios del siglo, ni de nuevas, que viniesen, ni negocios de la tierra. Tan desasido de todo lo temporal como quien solo procuraba conver-

(1) Homenaje dice la edición de 1716.

sar con Dios, y agradar solamente a la majestad divina, poniéndose en sus manos, como otro S. Pablo, preguntándole qué era lo que quería que hiciese para agradarle. Jamás vistió lienzo por graves enfermedades que pasó, y aconsejándole en una de un gravísimo tabardillo y dolor de costado, que se pusiese una camisa, y se acostase en sábanas, persuadiéndole a esto el médico que era el Doctor Lorenzo Navarro, y mandándoselo por santa obediencia el prelado, por no replicar ni contradecir al mandato, dijo con santa resolución: *¿Es posible que ha de ser eso fuerza, P. Guardián, que no se pueda excusar? Qué hemos de hacer, paciencia, mas ello dirá.* Acostóse en las sábanas, puesta la camisa, y aunque padeció notablemente con aquel nuevo regalo, toleró hasta que llegase el día. Entró el médico a visitarle, y al levantarse el siervo de Dios del lugar donde había estado acostado, dejó el pellejo pegado a la camisa, y a las sábanas por la parte de la espalda, diciéndole al médico: *¿Esto es lo que quiere, señor? ¿pues no basta este dolor, sino que quiera usted añadirme el que he pasado? yo me conozco, y sé que no es para mi el lienzo.* Pidió por amor de Dios le pusiesen un cuero de res, (1) que aquello era lo que le había de sanar. Acostado en él tan del todo sanó, que a la noche siguiente al quererle untar los enfermeros recelando hallarle desollado como lo habían visto y admirado por la mañana, le hallaron con el cutis entero, y sano como le tenía antes de enfermar, aclamando todos, y el médico que lo juró, no poder ser aquello menos que cosa sobrenatural.

En esta misma ocasión de la enfermedad del dolor de costado, se conoció otra mortificación, que usaba siempre aquel siervo de Dios. Y fué de esta manera: habiéndole dado la calentura, y dolor de costado que dijimos entró a verle, como enfermo el R. P. Guardián de este convento que lo era N. P. Fr. Pedro de la Tobilla, y viéndole aquejado del dolor, intentando arrimarle al costado la almohada en que dormía, entendiendo que lo era, no pudo moverla, porque era un tronco de madera muy burdo y nudoso, aforrado en sayal, que en lo exterior a cualquiera persuadiera el que era de lana. Bien estorbaba el penitente Padre se llegase a descubrir aquella su mortificación, y decía que no era menester el que le aplicase al costado la almohada; mas quiso Dios se manifestase con harta edificación de todos. Era tan amigo de la mortificación y penitencia, que no tenía otras alhajas en la celda que mucha diversidad de cilicios y disciplinas de alambre y de cadenas. Traía siempre quebrantado el cuerpo con una camiseta de rayo, y otras con un tuniquillo de cerdas. Entreteníase cuando conocía que ya estaban embotadas las púas en aguzarlas para que picasen y le mortificasen más. Dábase todos los días dos disciplinas, una a prima noche en la iglesia, saliendo a ella por la capilla de nuestra Sra. del Oreto, y otra de sangre después de maitines, sin que tan formidables mortificaciones, y tan continuas penitencias le causasen jamás alguna displicencia, antes sí andaba siempre con el semblante alegre, como de un ángel, y aconsejaba a todos (como lo hacía N. P. S. Francisco) el que sirviesen a Dios con alegría.

---

(1) Esto de la cama de cuero de res se presenta también entre otros pueblos de indios evangelizados por los franciscanos.

Recuérdese que a ello se hace referencia en la bella novela *Ramona* de Helen Hunt.

En el ayuno fué singularísimo, observando tanta abstinencia, que jamás comió otra cosa que unas yerbas mal cocidas que destemplaba con agua hasta ponerlas insulsas. Jamás (como dijimos) comió carne, ni aún en las graves enfermedades que tuvo. Seguía siempre la Comunidad, y era cosa de ver en el refectorio, el que ayunaba más cuando más parecía que comía, porque la ración, y pan que se le daba, quedaba como si no la hubiese tocado, arbitrando su ingenioso deseo y ansia de mortificarse modos, para dar a entender que comía, no comiendo. En la bebida fue también muy abstinente, no usando jamás de la usual del chocolate, ni aún el agua, de suerte que le saciase. Apetecíala con grandes ansias, porque como era de complexión sanguínea, que manifestaba el color rojo que aun en su más anciana vejez admiraba, era para él notable incentivo el agua fría y la sed tenía, (1) cogía el búcaro en las manos, miraba con grandes ansias el agua, encendiéndose con el deseo de beberla, y sin probarla la derramaba. Veces hubo que haciendo la carne su oficio, y quemándose de sed, vertía lágrimas por los ojos, y levantándolos al cielo, haciendo a Dios holocausto de aquella grande mortificación y abstinencia, la derramaba, quedándose más sediento de lo que estaba. Especialmente usaba esta mortificación desde el sábado de la Domínica in Passione hasta la Resurrección, y otras muchas veces entre año, ya tres, ya cuatro, ya ocho días. Esta mortificación testificaron muchos religiosos que lo supieron, y lo advertían en el refectorio, que llenando la taza, y teniéndola a la vista no la probaba, arrasándosele los ojos en lágrimas por lo mucho que la apetecía, y por la ardentísima sed que le aquejaba.

Nunca subió a caballo por más necesidad que tuviese, caminando a pie cuando vino de España, desde que se embarcó hasta llegar a este santo convento. Y aunque salió de él para la Ciudad Real de Chiapa en ocasión que fue nombrado predicador de él, y otra por causa de celebrarse allí capítulo provincial, y ser definidor el venerable varón; fue de aquí allá (que hay más de cien leguas) a pie, con su bordón y sombrero, siendo así que es la tierra fragosa, y muy doblado el camino. Fué también gran celador, y amantísimo de la santa pobreza, no queriendo tener en la celda sino solo el breviario y los papeles de sus sermones, los cuales le servían de librería por lo bien que los había trabajado, no queriendo tener libro que se dijese suyo, sino que sacando de la librería común el que había menester, luego que dejaba de servir lo volvía a ella.

Como era tan continuo en la oración, y andaba las más noches pasándose muchas enteras en los claustros, ya puesto en cruz, ya de rodillas, rezando salmos y oficios de difuntos; fué muy perseguido de los demonios que en formidables representaciones le aparecían y peloteaban, sacándolo arrastrando del coro, y otras veces por los claustros como lo oyeron muchos religiosos, y que el venerable varón, con palabras lastimosas, se quejaba invocando en su favor a Jesús, María y José, diciendo: *Aquí conmigo, Dios mío.* Veíanle los religiosos frecuentemente el rostro acardenalado y lastimado de los golpes que los demonios le daban. Y otros que a deshora de la noche frecuentaban el coro y claustro, sabían (y después de muerto el siervo de Dios lo declararon)

(1) Así la edición de 1716.

que era tan ordinario y frecuente el maltrato y persecución que los demonios le hacían, que solía hacer formidoso estruendo a la hora de la noche, a causa de que siendo entonces las gradas que se subían para el coro de madera, haciéndole rodar por ella el maligno espíritu, se hacía aquel estruendo. Y a veces se continuaba como que le peloteasen todo el espacio que había desde el coro a su pobre celda, que aunque no era largo, el ruido sí era prolongado por mucho rato. Dentro del coro nunca se atrevió el demonio a ponerle manos; pero como abrasado en rabiosas iras, le esperaba a la entrada o a la salida del coro, y hacía con el venerable religioso estas diabólicas hazañerías, golpeándole, arrastrándole y acardenalándole con mano invisible las más veces, y otras en forma de un negro de disforme corpulencia, cuya vista era horrible, y el olor, acciones y ademanes, pésimos.

CAPITULO CUADRAGESIMO CUARTO

De la gran devoción del siervo de Dios a la Virgen N. Sra., y la gran aplicación con que sirvió a la Sma. imágen de N. Sra. del Oreto

---

No hay criatura alguna que reciba de Dios alguna gracia, escribió el dulcísimo San Bernardino de Sena (Ser. 52, t. 3), si no es por las manos liberalísimas de la madre de Dios, y Sra. N. María Sma. y explicando el Santo su proposición, para que no se tuviese por nacida solo de afecto de capellán especialísimo de tan divina Señora, sino fundada en solidísima razón, hablando sobre aquello que Santiago dice en su epístola canónica (cap. 1): *Omne datum optimum etc.,* dice: Toda la gracia que en este siglo mortal comunica Dios a sus criaturas, tiene tres cauces y derivaciones, porque de Dios desciende a Cristo Sr. Ntro. Cabeza de la Iglesia, de Cristo a su Sma. Madre, y de María Sma. a nosotros con un órden peregrino. Explicando más cómo se depositan en esta divina criatura las gracias, para difundirse en nosotros, dice el santo que desde el tiempo en que siendo escogida María para madre de Dios, albergó en su virgíneo seno al Verbo Divino, adquirió un cierto linaje de potestad y jurisdicción sobre los divinos haberes que el espíritu santo liberaliza, que son igualmente del Eterno Padre y del Hijo; porque no es voluntad de esta divina tercera persona de la Trinidad Santísima que se comuniquen, sino por María Santísima, así como el hijo de quien como hijo de Dios procede el Espíritu Santo, se nos dió y comunicó por María. Con no menor fundamento [1] tengo por indubitable, que no hay alma santa que consiga soberanos favores de las manos liberales de Dios, hechas a torno para no retenerlos, si no es por el arcaduz de Ntra. Madre y Sra. y que para correr a Dios con felicidad es el camino seguro el ser devotos los hombres

(1) Así la edición de 1716.

de la madre de la gracia, que lo es de misericordia, haciéndose tanto más capaces de la divina, cuanto en fervores [1] más vivos la buscáremos propicia a nuestros clamores.

Desde sus primeras luces de la razón, y más tiernos años, fué el V. P. Fr. Juan devotísimo de N. Sra. la Virgen María, cuyo rosario, o parte de él, jamás dejó de rezar, porque juzgaba (como declaró a su confesor) que si algún día se le pasase sin rezarle, ese sería el último de su vida, y primero de su condenación. Esta cordial devoción y afectuosísima propensión a N. Sra. decía muchas veces que le había librado del infierno, aunque no se supo jamás cosa especial en este punto, como ni en otros, que por lo silencioso del sujeto quedaron a la piedad del discurso. Fomentada en su corazón esta devoción, y radicada cuanto más crecía el conocimiento y comunicación espiritual con esta santísima reina, le quiso premiar y fervorizar su devoción por donde menos pensó. A pocos años de llegado de España el P. Fr. Juan de Alcober quiso Dios llevar para sí, al R. P. Fr. Pedro de Arboleda, que fué el fundador, artesano y Padre de la capilla de N. Sra. del Oreto; era el cielo que en la tierra tenía el V. P. Veíase por la muerte que estaba ya a la puerta privar de aquella gloria, y crucificado en amorosos deseos y afectos a la santísima imágen, tendía la vista y consideración por todos los religiosos que conocía, y aunque hallaba muchos siervos de Dios, ejemplares y devotos todavía no descansó su corazón, hasta que encomendó desde la cruz de su pobre cama a su muy amada madre, y señora al P. Fr. Juan de Alcober, presagiando y, como prudentísimo, conociendo que aquel Juan había de ser el fidelísimo asistente y servidor de la veneradísima imágen de N. Señora.

Fué así, y sucedió como el V. Padre lo pensó, porque recibiendo desde aquella hora a su cuidado, el amado discípulo Fr. Juan aquel santo relicario, en treinta años, o algo más, que vivió después, todo su vivir fue servir a la santa capilla. Fue, según el sentir de todos, una estratagema santa que arbitró la Providencia, o un destino y medio que ordenó Dios para entretener las ansias del P. Fr. Juan de Alcober, que en los años entecedentes le traían tan inclinado a ir a predicar la fe a los infieles de la Taguzgalpa, teniendo por sin duda ser este el fin para que Dios le trajo a la Sta. Provincia de Guatemala. Con tanto ardor se le proponía al deseo el derramar su sangre en esta demanda, que al publicarse la cruentísima muerte que dieron aquellos infieles a los VV. PP. Fr. Estéban Verdelet, y Fray Juan de Monteagudo el año de 1612, como fuera de sí, el P. Fr. Juan se fué lleno de lágrimas a los piés del Provincial diciéndole: *Fraudatus sum a desiderio meo;* y pidiéndole con toda instancia le diese licencia para la jornada. El prudente y muy religioso Provincial, que lo era nuestro P. Fr. Pedro de Sotomayor, le prometió el que iría en su compañía en acabando el oficio, y que por entonces ejercitase el de la predicación en que había sido proveído al Capítulo. Consolóse con la esperanza, pero teniéndole Dios escogido para darle el año de 1615 (que fue el fallecimiento de N. V. P. Arboleda) el cuidado de la capilla de Ntra. Sra. del Oreto, en él se embebieron todos los del P. Fr. Juan, allí puso su corazón, allí colocó sus deseos del martirio, destinando una hora de cada día para tenerle en el

(1) Favores dice la edición de 1716.

acatamiento de Cristo Crucificado, sobre los otros ejercicios y mortificaciones que hacía. Era muy de su contemplación la sed que padeció N. Redentor, a que procuraba corresponder en la misma moneda. Traía casi a la contínua rumiando aquel verso de David, *Erue a framea, Deus, animam meam*, en persona de Cristo N. Sr., y se fervorizaba en deseos de sentir el dolor de la lanza que nuestro redentor por estar ya difunto no sintió. Y aun fué corriente entre personas espirituales, que Dios le daba a gustar de lo uno y lo otro, que le conmutó en estos dolores el martirio que tanto deseaba.

Como era obra de Dios para que le destinó y trajo de la Santa Provincia de Valencia, con el disfraz de derramar su sangre en demanda de la predicación del Evangelio, el que sustituyese por el venerable fundador de la capilla, en el cuidado y aseo de ella, se quietó tánto como en el centro de sus afectos el vehemente deseo con que había vivido. Y cooperando a las divinas liberalidades a los grandes deseos del aumento, aseo y aun riqueza de la capilla e imágen colendísima de Ntra. Sra. que en el corazón del P. Fr. Juan se encendían, se le facilitaban los medios que su devoción le proponía, aplicándose él tan del todo a entender en aquello que era para él una gloria y un remedio del cielo, la santa capilla donde se dice recibió de Dios y de su madre santísima muchos celestiales favores, que con la contínua y muy familiar conversación con la madre de Dios y su divinísimo hijo, serían de gran conforte a su espíritu, aliento a su devoción, y excitación a sus santos ejercicios y mortificaciones.

Era el más contínuo que tenía el siervo de Dios, después de maitines, y haber rezado con la comunidad del noviciado en el coro (como es antiquísima costumbre) el oficio de Ntra. Sra. bajarse a la capilla del Oreto, y por ella salir a la del Sto. Ecce Homo, a tener su disciplina indispensablemente todas las noches, o ante el santísimo sacramento. Después de ella atizaba las lámparas de la capilla mayor y las del Oreto, y se estaba en oración hasta el alba, pero si antes de maitines había estado sin dormir por dejarse llevar de la contemplación como le solía acaecer, e ir a ellos sin haber tomado algún descanso, le tomaba en una tarima de la sacristía de la capilla hasta que se tocaba a la pelde, teniendo tan medido el tiempo, y tan a su disposición el sueño que al primer toque de la campana se ponía de rodillas ante la imágen de N. Sra., y a cada golpe de los 73 que se dan con la campana grande en reverencia de los 72 años que vivió en este mundo la purísima virgen María N. Sra. (añadido otro hasta número de 73 a devoción del sumo Pontífice Julio II) entre uno y otro golpe de la campana, saludaba a la Virgen Santísima, diciendo: *María mater gratiae, mater misericórdiae, tu nos ab hoste prótege et hora mortis súscipe.* A esta hora se ponía en oración hasta la de prima, buscando como diestro y experimentado al tiempo oportuno, velando de madrugada con el seguro de hallar el divino saber en María Santísima, y consiguiendo juntamente el feliz despacho de sus peticiones en beneficio de los que se le encomendaban y por quienes hacía oficio de procurador, como se vió muchas veces en sanidad de enfermos, y libertad de algunas ánimas que estaban en penas, y en conversión de pecadores distraídos que le pedían su intercesión para salir de implicaciones que los detenían en manos de la per-

dición, que, mediante la oración del V. P. Fr. Juan de Alcober, consiguieron el ponerse en estado de salvación, rompiendo a veces gruesas coyundas que les impedían.

Era el cuidado que tenía en el aseo de la capilla de N. Sra. tan extremado, cuanto pudo imaginar su enamorado corazón. Todos los días barría dos veces el suelo de la capilla que era al concluir su oración a prima, antes de subir al coro a decirla, y a la una de la tarde, con escoba de pluma, y después de esto con unos paños de bayeta que solo para esto servían, y un poco de afrecho, estregraba todo el suelo y paredes hasta donde alcanzaba con las manos, ejecutando lo mas de este humilde, y devoto ejercicio de rodillas, y sin sandalias, con tanto primor, que quedaban los azulejos, de que el suelo y paredes se guarnece, como unos espejos resplandecientes, y las vidrieras de la ventana tan diáfanas, que parecía no haber cosa alguna que se interpusiese a la vista. Tenía dedicados para estos entretenimientos, y para limpiar y fregar las lámparas y vasos de la capilla, sus tiempos, especialmente desde que salían del refectorio, hasta la hora de la nona, y las vigilias que no se decía a la una la nona, tenía ese tiempo más para el aseo y adorno de la capilla, hasta las dos que iba a vísperas. Cuidaba hubiese en la santa capilla contínuamente fragancia deleitable de flores y frutas de buen olor, manteniendo todo el año jazmines, azucenas, claveles y otras muchas flores odoríferas, y frutas selectas, camuesas, piñas, cidras, melocotones, y cuanto la fertilidad de la tierra caliente y fría tributaba, que todo junto formaba un paraíso; holgándose que toda la tierra tributase aromas y fragancias a la divina señora. A este olorosísimo pensil se añadía la contínua cazoleja que en un rincón de la santa capilla tenía.

Con tanta veneración asistía en la presencia de la Sma. Imágen, que jamás habló estando en la capilla, palabra expresamente pronunciada, ni permitió que persona alguna, por muy grave que fuese, hablase alto en ella, ni aún a la puerta. Trataba como sagrario la capilla, y como si realmente viese a la reina de los ángeles y nuestra, en su propia persona, o como si idease en la santa capilla el cielo, cuanto su devota consideración alcanzaba. Cuando había de vestir la santa imágen, se prevenía con un novenario de disciplinas de más de las ordinarias, y todo ese tiempo añadía ejercicios, oración y mortificaciones, pidiendo licencia a la virgen santísima para llegar a tocar su santa imágen. Decíala muchas ternuras, y afectuosísimas palabras vertiendo a veces copiosísimas lágrimas en dulces jaculatorias y soliloquios, pidiendo licencia para llegar a aquella arca misteriosa, abatiéndose con profunda humildad y reverencia, procurando purificar más y más su alma con santas operaciones. Al llegarse el día que había de vestir la santa imágen, era este su estilo. Pasaba en oración en la capilla desde que salían de maitines, interpolándola con dos disciplinas, y en uno y otro ocupaba hasta la hora de prima, gastando algunos ratos en forma de cruz; subía al coro a prima, y después de ella se bajaba a decir misa a la caplila, después de la cual, y de dar gracias, entraba a la sacristía, donde se descalzaba y sacaba los vestidos de la santa imágen que ya tenía prevenidos desde el día antes, sacaba el joyel, y viniendo cargado con ello se hincaba de rodillas ante la santa imágen, y, hecha breve oración, puestas muy aseadas badanas sobre

el altar, y prevenida una credencia en medio de la capilla, aplicando un escabel, subía en él, y con gran tiento y veneración, arrasados en lágrimas los ojos, bajaba la santa imágen, y la ponía en la credencia, o altarcito portátil, se ponía de rodillas entreteniendo todo el tiempo que tardaba en su adorno, en rezar con gran ternura y devoción himnos y cánticos, oraciones que consagraba a nuestra Señora.

Era tanto el recato y respeto con que estaba entre tanto que ejercitaba este ministerio, que las oraciones que profería interponía súplicas, pidiendo perdón de aquel atrevimiento (que así le llamaba) a la S. Señora, y llorando con grande humildad. Con tanta celeridad trataba en esta ocupación, que si no era lo inexcusable para vestir, pulir y ataviar la SS. Imágen, no la contrectaba ni veía, ni aún el rostro con cuidado que distinguiese su fisonomía; no solo por lo que sabía, que el que es prolijo escrutador de la majestad será oprimido de la misma gloria, sino porque se tiene por corriente tradición de los mayores, haber cegado algunas personas que curiosas quisieron ser Clicies [1] de tanto sol, y aplicar la vista con más cuidado que devoción a especular las facciones y disposición de la santísima imágen, quedándoles palpitando la vista por haberse atrevido al sol, queriendo reconocer su forma. Por esto el siervo de Dios Fray Juan de Alcober con tanta reverencia y miedo se había, y se prevenía con tanto cuidado, cuando la había de contrectar, y ver de cerca la santa imágen, siendo así que tan frecuentemente contemplaba en ella, y se miraba en su divino rostro, para que ni un pelo estuviese fuera de su lugar. Esta especulaba cuando advirtió el varón venerable la maravilla que en el tratado 2 del lib. 5 de esta Crónica se expresará; [2] si bien aquí haciendo memoria de ella, no penetrando el fin de tal extrañeza, se puede conjeturar algún misterio en orden a los favores que de la Virgen Sma. recibió el V. P. Fr. Juan por el sagrado instrumento y órgano de su S. Imágen.

La festividad anual de esta divina Sra. es la solemnidad del inefable misterio de la Encarnación del Divino Verbo en las purísimas entrañas de N. Sra. la virgen María, como decimos en otra parte, porque así pareció conveniente al V. P. Fr. Pedro de Arboleda que fundó la Capilla de N. Sra. que llamó del Oreto, siendo antes el nombre de la S. Imágen *de Alcántara.* Era el júbilo del V. P. Alcober tan grande cuando se iba acercando la fiesta, que muchos días antes de ella no cabía de gozo, y como suele ser el día de la Encarnación en cuaresma, arbitraba su devoción un género de ayunos dobles, cogiendo su especial cuaresma cuarenta días antes al día de la Encarnación, y los días que eran de la cuaresma de la Iglesia, eran los ayunos dobles, que era a no probar agua absolutamente cuatro días en la semana, y los otros, tomar precisamente la que le era necesaria para no secarse de sed, siendo tanta la que a veces le aquejaba, que saliendo las noches de la iglesia se refrigeraba con recibir el ambiente fresco de ella. Para adorno de la santa

(1) Como se ve, no desperdicia Vazquez la ocasión de lucir su erudición clásica. Aquí hace referencia a las Metamorfosis de Ovidio, lib. 4 donde se describe el mito de la desventurada ninfa enamorada de Apolo.

(2) Es el que supongo serviría de asunto al cuadro de Villalpando, vulgarmente conocido con el título "Las confesiones", al caso se le dió mucha importancia de lo que se hace eco Fuentes y Guzmán en su Recordación Florida.

capilla dispuso veinticuatro niños de primorosa escultura de menos de media vara de alto, los cuales vestía en forma de ángeles, con nueva librea todos los años, y estos se ponen sobre la cornisa que rodea la capilla, que junto con el demás adorno y riqueza del retablo para ese día, hace una gloria la capilla. Sucedió pues en una ocasión (que juzgo fue el último de su vida) entrar el Provincial a la celdica de P. Fr. Juan, que andaba enfermo, y hallarle en el suelo acostado en un petate. Hízole levantar, y le mandó que se acostase en su cama. Respondió con notable alegría, levantándose del suelo: *Sea así, P. N. aunque al presente está bien ocupada la cama; porque con estos caballeros juego al sacarruín.* Decíalo el siervo de Dios, porque la cama estaba llena de los niños y ángeles de bulto, que tenía para irlos vistiendo, dando a entender que estos nuevos huéspedes le habían echado a él (que reputaba ruín) de la cama. Y en la realidad lo más del año era lo mismo porque casi a la contínua tenía la cama ocupada con aquellas efigies, o ya para aderezarlas, para que sirviesen en la fiesta, o ya por haber servido, para desnudarlas e ir doblando y componiendo sus atavíos.

CAPITULO CUADRAGESIMO QUINTO

De la última enfermedad, muerte feliz, y aclamación funeral del V. P. Fr. Juan de Alcober

La festividad de la santa capilla del Oreto el año de 1646, por haber sido el día 25 de marzo en el Domingo de Ramos, no se celebró con las alegrías y solemnidad que quisiera el P. Fr. Juan, porque aunque se hizo la fiesta en el día que se rezó, pasada la octava de la Pascua, y hubo sermón, no sació sus afectos por ser día de trabajo, y así desde entonces fue previniendo la fiesta del año siguiente con mucho más fervor y devoción que las otras veces, siendo tan grande la que aplicaba a esta celebridad. A todos, todo aquel año decía que había de hacer una fiesta grande, y replicándole algunos que ¿porqué tan de antemano tanta prevención?; decía: *Porque no sabemos si será esta fiesta la última que yo hubiere de celebrar en la tierra* Encargóse él del sermón, corrió el año, entró la cuaresma, apretó en sus ayunos y mortificaciones prevencionales, y se halló ocho días antes del día de la Encarnación asaltado de un quebranto que le causaron invisiblemente los demonios, haciéndole rodar de la puerta del coro, no habiéndole podido hacer desistir de la oración, aunque fingió la bestia infernal que se abrasaba la iglesia. Tánto fue el ruido del estropeamiento con que el enemigo lo maltrató, que salieron a favorecerle los religiosos que tenían celdas cercanas, y le hallaron tan sin acuerdo, que les preguntaba dónde estaba; y les pidió por amor de Dios le abriesen su celdita, porque aunque estaba cerca de la puerta no atinaba. Recobrándose algo, les volvió a pedir que no dijesen lo que habían oído y visto, que era entretenimiento del adversario.

Amaneció con calentura, y aunque disimuló aquel día y el siguiente, en el cansancio que mostraba, y en el quejido que se le oía, se conoció que estaba gravemente enfermo porque aunque no dejaba de andar, bajar a la capilla, ir disponiendo el adorno de ella, y decir misa, todo era como pesado, y no con la agilidad que tenía, aunque de tanta edad. Trájole el Guardián al médico, y reconociendo este en el pulso, aspecto y circunstancias lo malicioso de la fiebre, le insinuó el peligro que hallaba, y que era necesario ponerse en curación, y dejarse del cuidado del sermón, y los que le causaba la celebridad y fiesta de la capilla. No respondió otra cosa que decir: *La voluntad de Dios se ha de hacer;* y por ser hora de recogerse, y aquejarle un agudo dolor en el costado, previno el médico para el día siguiente el que le sangrasen, diciendo que iba a toda prisa aquella síncopa pútrida caminando al último deliquio. Esto era martes después de la segunda dominica de cuaresma, y la fiesta de la Encarnación era aquel año el lunes que seguía. Recibió por disposición del médico el SS. Sacramento, confesándose generalmente con el P. Fray Francisco de Quiñones, que era predicador conventual, con tantas lágrimas y señales de contrición, como si jamás hubiera confesadose bien, y quedando en hacimiento de gracias, y descanso con fervoroso espíritu y piadosa confianza, clamó con semejantes palabras a la reina SSma. nuestra Sra: *Virgen santísima, y madre de Misericordia, mira que te he de colgar la capilla, y he de predicar, y me cuesta mucho el sermón, suspéndase esto hasta que pase tu fiesta.* Hecha esta exclamación, se quedó traspuesto, en cuya quietud fué corriente que le visitó y consoló la soberana Señora.

El efecto manifestó haber sido bien despachada su petición, y que ocurriendo ante el trono de la gracia, implorando el divino auxilio en lo más oportuno de su necesidad, interpuso su autoridad la Virgen Sra. nuestra para las treguas del mal, y prolongación de la vida. Así lo conoció el médico asegurando con juramento no poder ser efecto natural, o declinación del accidente, porque perseveraba la causa de él sin intermisión de sus indicativos, y que a su leal saber y entender el suspenderse el efecto, que con violencia tiraba a la corrupción, era por impulso superior, concediendo Dios a aquel venerable varón aquel período más de vida por su miserciordia. Así fue, porque a la mañana que se siguió a su deprecación, se pudo levantar el enfermo, y al siguiente día se halló tan alentado que pudo bajar a la capilla con un compañero, a colgar, haciendo personalmente lo que más necesario era, trabajando como si estuviera sano. Con lo que sudó se halló casi libre de la calentura, y se continuó el aliento por vestir la santa imagen, colgar la capilla, y adornarla con el aseo y primor que deseaba.

Predicó el día de la Encarnación con grandísima ternura, despidiéndose con muchas lágrimas de hacerlo otra vez, pidiendo perdón a todo el auditorio del mal ejemplo que les hubiese dado, diciendo cómo ya había pedido perdón de sus muchos defectos a sus hermanos. Como le veneraban todos por hombre santo, y había sido público el peligro de su enfermedad, y le oían entonces tales ternuras y actos de humildad, se redujo el sermón a lágrimas, y como el siervo de Dios era tan dócil de corazón, y tan piadoso para con todos, no pudo acabar de predicar, aunque esperó buen rato parado en el púlpito a que

cesasen los sollozos que ejercitó su despedimiento. Bajó del púlpito alentado, y se fue a la capilla de N. Sra., donde se estuvo de rodillas, hasta la hora de medio día, le hizo tomar un par de huevos frescos el R. P. Provincial, a quien suplicó le permitiese estar lo que restaba del día en la presencia de la Sma. Imágen, pues allí tenía alivio, y juzgaba sería la última vez; concedióselo el Provincial que lo era el ejemplarísimo religioso nuestro Padre Fray Pedro de la Tovilla, y pasó toda la tarde a ratos de rodillas, y otras veces sentado en una tarima porque volviéndole con violencia, la calentura, y con vehemencia el dolor, no podía hacer otra cosa. En otra ocasión había tenido el varón santo, dolor de costado; pero esta vez decía que era tan acervo que parecía que con una lanza ardiente se le atravesaba en el costado. No le permitió ir por sus piés a la celdica, aunque entretuvo la tarde en dulcísimos coloquios despidiéndose de la santísima imágen pidiéndola perdón de los defectos cometidos en su servicio, y que proveyese de sacristán que cuidase de su capilla con más decencia, veneración y aptitud que él. Instándole el enfermero a que subiese a la celda a recogerse porque estaba necesitado de ello, le dijo: *¡Oh! ¡si abriésemos los ojos al desengaño! ¡qué mayor deleite y dulzura que amar a Dios, conocer cuán suave y leve es su yugo!;* volvióse a despedir de la santísima imágen diciendo: *Adiós mi señora, adiós mi reina, adiós mi madre, por tus manos encomiendo en las de Dios mi espíritu, y en tu capilla, y debajo de tus sagradas plantas pongo mi corazón.*

Subiéronlo a la celda e hicieron lo que el médico ordenó, quien entonces, y después repitió y juró haber sido aquella tregua milagrosa, y que el achaque le hallaba en la misma fuerza, y violencia a que cuando le mandó disponer. Lo que más cuidado le daba era hallar sujeto a quien se encomendase la santa capilla, prenda tan amada de su corazón. Para no errar en la elección, envió a llamar al Reverendo Padre Provincial, y entregándole las llaves de la capilla (que otras no tenía) le dijo con grande humildad lo que acerca del caso se le ofrecía, y consolándole el venerable prelado le dijo como en profecía, que descuidase aquello, porque ya Dios tenía para sacristan de su madre un sujeto cual se pudiera desear. Y fué así, porque aquel mismo año había venido en misión el Padre Fray Ignacio de Mendía, hijo de la Santa Provincia de Cantábria (que después fué Provincial, y religioso de grande estimación en la provincia) tan apropósito para aquel ministerio, que parece sustituyó en él su espírtiu el Padre Alcober, tan puntual en el aseo, veneración y culto de la santísima imágen, que hasta el número de años que la sirvió parece le asemejó Dios al venerable Padre porque este venerable religioso, entró a servirla el año de 1615, y fué su sacristán hasta el año 1647. [1] Este año fué puesto en su lugar el Reverendo Padre Fray Ignacio de Mendía, y la sirvió hasta el de 1679 [2] que pasó a mejor vida, y con la circunstancia de encomendar el mismo al sujeto que desde entonces hasta el año de 1695 la sirvió, habiendo captado al Prelado la voluntad, que fue el R. P. Fr. Antonio Montesdoca; este año entró a servirla el M. R. P. Fr. Francisco de Suaza, Provincial que había sido, hasta el año de 1700 que murió, por cuya muerte entró el que hasta

(1) Véase al principio de este capítulo.
(2) La edición de 1716 dice 1677, pero entonces no se cumplirían los 32 años.

ahora la sirve. Por manera que en más de 120 años que ha que se fundó la capilla de Ntra. Sra. del Oreto, solamente ha tenido seis sacristanes, sin vacante de un día.

Pidió el V. P. Alcober se le diese el Viático, aunque antes le había recibido, y se le administró a los ocho días de la primera vez que le recibió, porque tuviese este consuelo. Pidió la Extrema-Unción, y que por amor de Dios se le diese antes que perdiese el sentido. Hízose así, y pidiendo otra vez perdón a la comunidad, conociendo el Provincial que quería pedir otra cosa, le dijo que pidiese con confianza, que deseaba darle consuelo. Entonces el humilde Fr. Juan, pidiendo hábito para mortaja, añadió que si no había inconveniente, sería de su consuelo el que su cuerpo fuese sepultado en la bóveda de la capilla del Oreto, porque allí tenía puesto el corazón, y necesitaba por ser gran pecador de la poderosa protección de la Vírgen Ntra. Señora. Concedióselo el prelado, y fué tan gran ternura la que tuvo, manifestando el gozo de su corazón, que como si le despidiera por los ojos, anegado en devotas lágrimas enterneció a la comunidad, y provocó a los religiosos a acompañarle en ellas, quedando su alma en un consuelo indecible, y quietud, que suspendió los dolores que padecía.

Entre las cosas que declaró en presencia de la comunidad una fue que jamás habia tenido afecto ni desafecto a sujeto alguno, y que si talvez pareció inclinarse más a unos que a otros, solo le motivó el entender o haberle parecido más virtuosos algunos, y que jamás dijo ni pensó cosa alguna en materia grave contra su prójimo, y que el ser la salutación que acostumbra: *Pax tecum, loado sea Dios, y oficio divino,* nunca fue por zaherir ni pensar que hubiese religioso que no cuidase de esta obligación, sino porque sentía consuelo en acordarla, y alguna vez le sucedió el que saludando así a un religioso, se lo agradeció diciendo que si no fuera por aquel recuerdo, se le había olvidado rezar una hora que le faltaba. Sobre el exacto cumplimiento de esta obligación, y la buena pronunciación del oficio divino hizo una breve plática a los religiosos, que concluyó diciendo que era observación de los mayores, que el religioso puntual y celoso en el oficio divino, aunque tal vez como imperfecto delinquiese, permitió Dios se recuperase, pero que el que era flojo y descuidado en él, al primer tropezón caía, y no se acertaba a levantar. Estos y otros santos documentos daba el siervo de Dios en los pocos días que le duró la enfermedad, pasando muchos ratos en contemplación, y casi absorto en Dios.

Llegó el día sábado infraoctavo de la Encarnación, y habiendo pedido al P. Fr. Juan de Quiñones dijese misa temprano ante la imágen de nuestra Sra. del Coro, y le consagrase una forma, porque padecía mucha hambre del Pan Eucarístico, recibió a su Divina Majestad poco antes de las cuatro de la mañana, y tocando luego la pelde, comenzó su devoción antigua: *María Mater gratiae &.* entre campana y campana, a la última dijo: *Consummatum est,* y viendo los enfermeros que se iba traspillando, tocaron a Credo, vino la comunidad, y se le cantó todo, y al verso *Incarnatus* arqueó las cejas, y abrió los ojos, como complaciéndose en ello; prosiguió el coro, el verso *In manus tuas,* e hizo lo mismo, y sin agonía ni extremecimiento, cantándose los himnos de la Virgen al decir el verso *Tu Regis alti ianua &.*, dió su alma a N. Señor

quedando tan risueño y hermoso, que todos tuvieron por cierto que al inclamar a María Sma. con el renombre de Puerta del Cielo se le abrieron las de la gloria al venerable siervo de Dios, y tierno capellán de su Madre.

Divulgóse luego en la ciudad la muerte del V. P. Fray Juan, a quien todos aclamaban por santo, y así acudió muchísima gente al convento, teniéndose por muy dichosos los que conseguían alguna sandalia suya, o venda que le hubiese servido en su enfermedad; que otra cosa no hallaron por ser tan amante de la santa pobreza, y haber hecho ya el saco en los cilicios y disciplinas los religiosos. El hábito que le había servido tomó para sí el Provincial, trocándole por el que tenía puesto, por el gran concepto de la virtud del varón santo. Al quitárselo se conoció lo que todos bien presumían, y ninguno sabía por la mucha honestidad del V. P., y fué un tuniconcillo de cerdas que vestía de los hombros a la cintura, y un cincho de púas aceradas que le ceñía. Alabaron a N. Sr. los enfermeros quedando aquellos santos despojos, no sólo para reliquias, sino para usar los que sobrevivieron aquella gala, fervorizando con ella su espíritu. Dispúsose el entierro para aquel mismo día a la tarde, respecto de ser domingo cuarto de Cuaresma el siguiente día, y haber de tenerse sermón a la mañana, y a la tarde. Vinieron al entierro, sin ser convidados, el devotísimo Sr. Presidente Lic. D. Diego de Avendaño, con dos señores Oidores, y el Ilustrísimo Sr. Obispo Doctor Don Bartolomé González Soltero con sus prebendados; y fue necesaria la autoridad de estos príncipes que con devoción y afecto concurrieron por sí y por sus ministros, para que el numerosísimo pueblo desistiese algo del tropel y conmoción con que a pedazos le quitaron dos hábitos, y aun el tercero, que le pusieron los religiosos, padeció lo mismo hasta enterrar casi desnudo al siervo de Dios. Murió de edad de 68 años, los cincuenta de ellos fué religioso, fué sepultado como pidió en la bóveda del Loreto.

Pareció a los sujetos graves de la república, que había sido acelerado el entierro, y que hubiera sido acertado el haberle dejado para el domingo, pues el sermón podía hacerse fúnebre, y con eso le gozaría el pueblo más tiempo, como lo había deseado por ser generalmente tan amado de todos, y que había sido Padre de espíritu, y confesor de casi toda la ciudad. Mas el Sr. Obispo concurriendo en la celda del V. Provincial con los prelados de las Religiones, y muchos caballeros propuso que le parecía, no sólo que sería acertado, pero aún muy debido el que se hiciesen al siervo de Dios difunto exequias solemnes con sermón, en que se dijesen al pueblo sus virtudes. Aprobaron todos el dictamen, y el R. P. Prior de S. Agustín Mtro. Fr. Andrés de León se ofreció a predicar. El R. P. Provincial de Sto. Domingo guardando los debidos cumplimientos como persona de tantas letras y suposición (que lo era el R. P. Mtro. Fr. Juan de la Mezquita) se encomendó de la misa, y allí quedó todo asentado para que el miércoles inmediato se hiciesen las exequias. Fue de los días más célebres que ha tenido la ciudad de Guatemala, porque el concurso fue numerosísimo, el teatro muy grave y majestuoso, el predicador muy docto, discreto y espiritual, que con el tema *Qui elucidant me vitam aeternam habebunt* dijo con singularísima gracia, y selectísimas consideraciones, las virtudes del difunto.

Una de las cosas que quedaron bien de memoria a sujetos que oyeron el sermón fué con el texto de S. Pablo (Ad. Col. c. 1.) *Adimpleo ea que desunt passionum Christi in carne mea,* decir que aunque al juicio humano había muerto de dolor de costado el V. P. Fr. Juan de Alcober, pero que lo cierto era que el acervo dolor que tuvo en el costado, y que le causó la muerte, fue el de la lanzada, que en sus continuas oraciones pedía a Dios le continuase, porque, como sabían sus confesores, el siervo del Señor le pedía le comunicase alguno de los dolores de su Pasión santísima, y que humillándose en el acatamiento, no hallándose digno de sentir dolor de los que Jesucristo N. Sr. tuvo, le pedía fuese el que él no sintió que fue el de la lanza; y que esta su petición de muchos años, y que la otra vez que en años atrás había tenido dolor de costado fue ensayo para este último que le acabó. Trajo a este propósito aquel lugar de Isaías *framea suscitare super pastorem meum, et super virum cohaerentem mihi,* como que Dios mandase a la lanza ejecutase en aquel que era pastor de tantas almas, y tan allegado y unido a Dios por fervores de caridad, etc.

Su confesor compelido de la obediencia declaró con juramento que él fué y el P. Lector Fr. Estéban de Avilés, los que le socorrieron en la última noche que lo pelotearon los demonios, y que desde aquella hora comenzó a sentir el dolor en el lado como si le hubieran traspasado con una lanza o dardo encendido. Y que habiéndose confesado generalmente con él el siervo de Dios, declaró que en cincuenta años que había que profesó en la Religión, jamás había quebrantado la Regla de Nuestro P. S. Francisco, ni cometido culpa mortal; y en aquel trance, y en las veces que le reconcilió, así en salud como en la enfermedad, tenía la conciencia tan limpia como una criatura inocente; y que siendo esto así, lloraba y se compungía como gran pecador; y que tenía por cierto fue el venerable padre una alma de las que más procuraron agradar, y servir a Dios.

CAPITULO CUADRAGESIMO SEXTO

Comiénzase a tratar de la ejemplar vida y virtudes del siervo de Dios Fr. Juan Díaz, religioso lego, hijo de esta Santa Provincia

---

Siempre se mostró liberal la divina Providencia con esta Sta. Provincia de Guatemala, como en toda la Religión Seráfica, no cesando de proveer en todos tiempos de varones ejemplares que la ilustraron con virtudes y santa vida; pero en esta era de que voy escribiendo sobre el año de 1604, parece que fue el tiempo del agosto para los trojes del cielo, y que tocó Dios a recoger en ellas frutos copiosísimos de muchos años, que ópimos y maduros, sazonados para el feliz logro en los años subsecuentes, nos fué poniendo a la vista en todos los estados de la Religión para el ejemplo o imitación. Grande materia a este intento nos ofrece la vida del muy célebre siervo de Dios Fray

Juan Díaz, criollo de la Ciudad Real de Chiapa, hijo de padres españoles conocidos de todos (que eso quiere decir noble, cognoscible sin obscuridad) tanto por sus buenas costumbres como por sus honrados procedimientos; sus nombres fueron Juan de Quintanilla, y Juana Díaz; a quienes nació de legítimo consorcio por los años de 1580, el sujeto de quien se trata que recibiendo el hábito para el estado de religioso lego en el santo convento de Nuestro Padre San Francisco de Guatemala el año de 1601, a la profesión que hizo a los 9 del mes de abril de 1602, se firmó Fray Juan Díaz viniéndole de padre y madre el nombre de Juan, y el apellido Díaz, por los buenos que había de dar a la Religión y a su espíritu en su ejemplarísima vida, y santas operaciones. Y porque en todo fuese gracioso, o cayese en gracia de todos, quiso Dios que el motivo de su vocación fuése la religiosa vida y ejemplo del V. Padre Fray Juan de Orduña, su compatriota y padre de espíritu.

Desde luego se conoció el buen espíritu del hermano Fr. Juan, porque aplicándole a los ministerios concernientes a su estado, ni le amedrentó el humo de la cocina, ni los aseos de enfermería le ahuyentaron, ni el cargar a hombres en botijas toda el agua que era necesaria para guisar, lavar vasijas, y regar las celdas (que en todo se ejercitaban los religiosos legos que asistían a la enfermería, hasta ahora 50 años [1] que se entró agua arriba para servicio, limpieza y aseo de ella) ni la humedad y soles de la huerta le acongojaba. En todo parecía que se había criado, a todo cuanto le era mandado asistía, como si no tuviese otra cosa en que entender, sin hacer falta a cosa alguna, por muchas y varias que fuesen las que le ejercitaban. No solamente aprendía de los santos religiosos legos que le servían de maestros, cómo poder y saber servir, hecho todo a todos, sino que, sin perder un instante en lo laborioso, tenía casi todo el tiempo por suyo para la oración y contemplación a que se daba con notable aplicación, pernoctando en la oración de Dios casi todo el espacio de la noche.

Fue la entrada que tuvo a la contemplación por la puerta de la ejecución, y prácticas de las divinas leyes, en rumiar, entender a sacar afectos para ejercitar los mandamientos de Dios, se engolfaba con dulzura, procurando en la compaginación de las virtudes fundar el edificio de su aprovechamiento que buscaba. Con deseo de ser verdadero hijo de S. Francisco, e imitar a los que lo han sido, no solo tomó de memoria la regla y testamento del Seráfico Patriarca, sino que escrita de su letra con todo lo que conducía a su perfecta observancia, y un catálogo de devociones la traía colgada al cuello en cuadernitos curiosos dentro de un bolsoncillo de cuero (al modo que San Bernabé traía consigo el Evangelio de S. Mateo) y todas las noches tenía una hora de lección de Regla, y otra de examen de cómo la había ido aquel día [2]; a que se seguían dos indispensables de oración, y disciplina, y en esta ocupación entendía hasta las doce que iba a maitines, aunque estuviese quebrantado del trabajo del día, o de velar la noche a algún enfermo como solía sucederle.

(1) Un historiador ha dicho que esta fué la primera aplicación en América de la teoría y experiencia de los vasos comunicantes. De hecho no se ven señales de acueducto, luego debía ser por tubos, basado su funcionamiento en dicha teoría, tan común hoy, que nadie hace mérito de ella.

(2) Así en la edición de 1716.

Fué muy dado desde novicio a la mortificación, ayunando casi todos los días, sin hacer más que una comida, que eran, los días de vigilia unas yerbas, y los de carne algunas berzas de la olla, disimulando su grande· abstinencia, pero el viernes era su ayuno a pan y agua, y a veces según se hallaba con fuerzas, o le daba licencia el P. Maestro de Novicios solía hacerlos al traspaso.

Mucho mortificó sus sentidos corporales el penitente lego; teniendo su turno cada uno, y su día, para aplicar a él su padecer; pero en lo que más cuidado puso, como quien de veras buscaba a Dios, y le deseaba seguir por la abnegación del propio querer, fue en mortificar, destruir y desarraigar de su corazón sus propias pasiones, resignándose totalmente, como si no tuviera entendimiento ni voluntad, en las de sus prelados y padres espirituales. Llegó a medrar tanto en este despego de sí, que ni los favores le inmutaban, ni los trabajos y adversidades (que algunas le sobrevinieron) le impedían la tranquilidad en que su alma se gozaba en el Paraíso de su buena conciencia. Estaba su espíritu enmedio de los ejercicios corporales tan embebido en la contemplación, que certificó el confesor que fué su padre de espíritu en quince años que vivió en el convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, que casi naturalmente caminaba Fr. Juan por la senda de las virtudes, tan perseverante, y tan sosegado, que juzgaba le sería más difícil al siervo de Dios declinar del camino de las virtudes que con tanto ahinco emprendió y seguía, que en perseverar en él, y adelantar en la perfección; y que de lo que tenía experimentado en su conciencia, ejercicios e inclinaciones, parecía que jamás había llegado a él malicia, y que practicaba sin repugnancia tan a la letra lo que los Santos obraron e hicieron, que parecía imitar a cada uno de ellos y a todos juntos; porque en él se veía la caridad, humildad y pureza de S. Diego, que con el fundamento de un sincerísimo y muy compasivo natural, de una condición apacible y bondad angélica, edificaba, consolaba y alegraba a todos sus hermanos, y a cuantos le veían enamoraba, y movía a que le amasen. Tenía singularísimo gusto en servir, en agradar, en humillarse, y ejercer los oficios y ocupaciones de mayor inferioridad del convento, sin salir de él jamás si no era a ejecutar la obediencia.

En todo cuanto ponía mano se veía el logro de su buena intención, y parecía (y aun era proverbio corriente) que Dios echaba su bendición a todo lo que Fr. Juan Díaz atrectaba. Los enfermos sentían alivio y mejoría en sus achaques aplicándoles Fr. Juan los medicamentos, y todo parecía florecer, y fructificar al contacto de sus manos. Fué hortelano en el convento de Guatemala algún tiempo, y puso la huerta, que era bendición de Dios; él mismo sembraba, y plantaba con tanta aplicación, que puesto de rodillas en tanto que plantaba, rezaba una Ave María, y haciendo tres cruces ponía la planta, y besaba el suelo, casi elevado como quien vivía en la presencia de Dios. Lo mismo hacía siendo cocinero al fregar las ollas, al ponerlas en el fuego, y lavar lo que en ellas ponía a cocer, llenándolo todo de bendiciones y rezando Aves Marías, así parece que se le lograba el buen deseo no sólo en la razón que tomaban las viandas, sabrosidad y provecho, que sentían en ellas los que las gustaban, sino que fue corriente se multiplicaban de suerte que jamás faltó no solo para la comunidad y los sirvientes del convento, sino para que

se diese con abundancia a los pobres que ocurren a la portería. Aunque esto del multiplico de las viandas (si bien podía atribuirse a efecto de la oración de Fr. Juan) no era ni es en estos tiempos cosa de admirar por lo continuo que sucede, y me han asegurado religiosos que han servido en el ministerio de la cocina, y que hoy sirven, que no acaban de entender cómo sea el que el número de raciones, después de satisfecha la obligación, abunde de manera, que por más huéspedes que se multipliquen, aunque llegara a pedir de comer a San Francisco toda la ciudad, para todos hubiera sin escasez. Cosa digna de ponderar para dar gracias a Dios, y alabar su providencia que, como infinita, multiplica las cosas que se dan a los pobres, y más si el ánimo de quien las maneja no es estrecho, y apocado que quiera atajar los cauces de las liberalidades divinas, pues es cierto se sigue al *date, et dabitur vobis.*

Si hacía el oficio de portero Fr. Juan le acaecía lo mismo con el pan y viandas de los pobres, y tenía tal gracia, que por donde menos pensaba le entraba pan de limosna, cuando al juicio humano pudiera entenderse estaba el arca vacía. Enseñaba a los pobres las oraciones, servíalos con humildad, acariciaba a todos, y hacía lo que un S. Diego, y lo que un Fr. Miguel de Esteller (que por aquellos tiempos florecía en este convento) sin melindre, y con tan rara voluntad, que era ejemplo de grandísima edificación a todos. De nadie juzgaba mal, sino de sí mismo, teniéndose por merecedor de muchos infiernos, pero confiando siempre en la divina misericordia de que le había de dar lo que él no podía merecer, y esperando en la intercesión de la Reina de los Angeles Ntra. Sra. había de ser el arcaduz de los divinos favores para su alma, y poderosísima intercesora en el severo tribunal de Dios, para que no le castigase, como merecían sus culpas. Rezábale todos los días, repetidas veces el rosario, y hubo día que entre día y noche rezó tantas coronas cuantas aves marías tiene cada corona; ingeniando su devoción este nuevo modo de multiplicar coronas a la Virgen Santísima. Rezaba también todos los días el oficio parvo, y el de difuntos, con muy buena pronunciación e inteligencia, por haber tenido en su puericia buenas noticias de la lengua latina, y algún estudio.

Si salía a limosnas a la ciudad, o fuera de ella, era con tan buen ejemplo, circunspección y humildad, que no solo movía a piedad los corazones de todos, sino que los edificaba con su ejemplar vida, los instruía y enseñaba en las cosas de su obligación, compensándolos en santo aprovechamiento y aficionamiento a las virtudes, las limosnas que le hacían, y que por amor de Dios pedía. Pudieran y debieran entender los que son enviados a la mesa del señor demandando limosnas de puerta en puerta, que el modo de adquirirla abundante y útil, y según el intento de N. Seráfico P. S. Francisco, es el que observaba Fr. Juan, y el que los buenos religiosos practican, asentando que van a pedir por amor de Dios, y no a violentar las voluntades, que es una implicación irracional, pedir por fuerza, o quitar violentamente al pobre lo que no tiene, no admitiendo lo que él da voluntariamente; siendo esto causa de que se escandalicen los que debieran quedar edificados, que pierdan el mérito, y aún la devoción al hábito, por la imprudencia y poco espíritu del demandante. Debieran estimar el que la Religión fíe de ellos una cosa tan grave, y en que representan la persona del hijo de Dios, que se hizo pobre

por nosotros en este mundo, y procurar no desdecir en sus palabras y acciones del gravísimo papel que representan ni tomar a conveniencia temporal lo que había de ser interés y logro de su espíritu. Eralo grande el de Fray Juan Díaz este santo ejercicio, como todos los demás en que la obediencia le ocupaba, porque con la consideración de hallarse indigno de ocupar tan digno oficio era su ejercicio escuela práctica de virtudes, donde la humildad, como fundamento hacía que descollasen torreones de caridad, baluartes de edificación, castillos de fortaleza y doctrina, y un edificio perfecto, compaginado de todas virtudes, en que su alma medraba muchos adelantamientos, y las de todos los que le veían, comunicaban y socorrían, interesaban consuelos, edificación, enseñanza, socorros y buenas obras, aficionándose todos a la piadosa de dar limosna, venerar y poner sobre sus ojos el hábito de Nuestro Padre San Francisco, estimar a sus hijos, y enviarles frecuentemente limosnas en cambio de los intereses espirituales de que les noticiaba Fray Juan, se hacían merecedores, trocando lo temporal en espiritual.

CAPITULO CUADRAGESIMO SEPTIMO

De cómo el siervo de Dios Fray Juan Díaz fué enviado por morador del convento de Chiapa, y lo que en aquella tierra floreció, en el tiempo que en ella vivió

Bien ejercitado en todos los ministerios y ocupaciones a su estado concernientes, práctico en las virtudes, disciplinado en la regular observancia, experto en la oración, y muy habituado a la mortificación de la carne, el venerable Padre Fray Juan Díaz fue enviado por la obediencia al convento de Nuestro Padre San Antonio de la Ciudad Real de Chiapa, su patria, para que aquella luz que Dios había creado en aquella tierra, como al sol y la luna en opinión del Sinaíta en el campo damasceno; aun después de colocada en el firmamento de este santo convento, volviese a impartir sus influencias benévolas, y fecundos resplandores a la tierra donde fué formada. Llevóle en aquella ocasión el M. R. P. Provincial Fr. Antonio Tineo, la tercera vez que lo fue para que sirivese en el buen expediente del Capítulo, que se había de celebrar en aquel convento dentro de algunos meses. Aunque el siervo de Dios en su interior sentía esta traslación por el peligro de ir a su propia tierra, donde los parientes pudieran estorbarle en algo sus espirituales empleos; con todo eso, como verdadero obediente que miraba y veneraba a Dios en sus prelados, no habló palabra, sino que recibida la obediencia, emprendió su jornada de más de cien leguas a pié, y con su bordón, como verdadero religioso de N. P. S. Francisco, sin otro matalotaje para el mantenimiento de la vida humana, que la plena confianza en la providencia divina. El dictamen que llevaba era de no saber ni comunicar a sus parientes, como ni los había comunicado, ni escrito, desde que de ellos se despidió, como si el recibir el

hábito fuera haber muerto a todo lo temporal y a las estimaciones que pudiera tener por sus deudos, que fue la familia de los Bonillas y Quintanillas; tratando en su interior, y disponiendo su modo de vivir, de suerte que en su misma patria hiciese vida de peregrino, para no perder el mérito, que a imitación del patriarca Abraham había tenido en dejar su patria y deudos por seguir su vocación divina.

En nada le fueron contrarios los que lo fueron suyos, porque aunque algunos vivían al tiempo que entró a ser morador del convento de Chiapa, conociendo la seriedad y entereza de Fr. Juan, a las primeras vistas se dieron por despedidos de la suya, reputando aquellas por las últimas, porque como gente discreta y espiritual, conocieron ser aquel camino el más seguro para que conservarse los fervores de su vocación. Fuéle Dios tan propicio, que los que de su prosapia pudieran embarazarle en algo los llamó para sí, ya para la eternidad, y ya para la Religión, como fué el M. Religioso P. Fray Pedro de Bonilla, deudo de N. Fr. Juan, y a ejemplo suyo el canónigo D. Pedro de Castañeda. Libre y desembarazado siempre el P. Fr. Juan de dependencias seculares, se empleó de todo en todo en las medras de su espíritu, y en el servicio de su convento. Todos los oficios de él hacia él solo, porque era sacristán, como si no fuera portero, era cocinero, hortelano y refitolero, como si no estuviese a su cuidado el pedir las limosnas, que acostumbra aquella muy noble v piadosa ciudad a dar, para ayudar al sustento de los religiosos de N. P. S. Francisco. Sobrábale tiempo, sin faltar a cosa alguna, para emplearse con todo conato en el ejercicio santo de la oración, pasando casi toda la noche en vela, tratando con Dios, y recibiendo muchas veces celestiales, favores de la liberalidad divina, y de la madre santísima del divino Verbo, como diremos adelante.

No se contentaba con rezar de rodillas siempre que podía el oficio divino de su estado, el menor y el de difuntos todos los días, y la corona de Ntra. Sra. repetidas veces entre día, y noche, sino que los oficios a que por constitución de Provincia era obligado rezar por los religiosos difuntos, los decía duplicados, rezando mil veces el ave María, y el Pater Noster, por cada uno según la obligación, y otras tantas veces por caridad especial. Preciábase mucho de amar a sus hermanos, y de que el nexo de la caridad no lo disolviese la muerte, tirando hasta más allá de la vida los alcances de su amor. Y como a Dios era manifiesta esta encendida caridad, y de tanto agrado suyo, muchas veces le manifestó y reveló la muerte de algunos religiosos, en distancia de ciento y más leguas, porque sin duda era voluntad divina el repetido sufragio que hacía Fr. Juan por sus hermanos difuntos, y los que la divina dignación disponía que abreviasen en las penas, hacía, como dueño absoluto, que fuése noticiado Fray Juan para que por este medio consiguiesen el descanso de la gloria. De los que determinadamente se supo había Dios revelado a Fr. Juan su tránsito diremos después.

A los sufragios que duplicaba por sus hermanos difuntos añadía rigurosamente disciplinas, sobre las que todos los días indispensablemente tenía. Con ellas traía, hecho una criba lastimosa su cuerpo, y una honda y ulcerada llaga toda la espalda, sin que mientras vivió se le conociese esta rigurosa mortificación que manifestó la muerte, con asombro de los que lo vieron,

juzgando todos por imposible en lo humano, el que con tan profunda llaga pudiera vivir más con tantos años, pues en vísperas de los ochenta, cuando Dios se lo llevó. Los cilicios no fueron muchos, porque más queria que arraigasen los que traía puestos, que no remudar mortificaciones. Los continuos, que eran de cerdas, eran muy angostos y ceñidos en la cintura, molledos y muslos, que le tenían muy atenuado, pero tan ágil para todo, como si no tuviese ligadura alguna, ni fuese sensible la poca carne y piel que tenía.

Fué devotísimo de la Virgen María Ntra. Sra. de N. P. S. Antonio de Pádua, de S. Jacinto y S. Diego de Alcalá, teniendo siempre por caudillos en la peregrinación de esta vida a N. Seráfico P. S. Francisco, y al esclarecido príncipe de las tropas celestiales y de los predestinados S. Miguel Arcángel. De todos estos sus patronos recibió muchos favores, y fueron tantas las cosas singulares y maravillosas que le sucedieron con ellos, que me testificó y juró (hoy en este día) el hermano Fr. Tomás de S. Antonio, que le conoció y comunicó en Chiapa, que se escribieron dos libros, o volúmenes, o cuadernos de ellas, que por la distancia que hay desde Guatemala a Chiapa, no me es posible detener la pluma para esperar las noticias que de ellos pudiera adquirir, y me contentaré con poner las que de instrumentos y memorias auténticas tengo *prae manibus,* dejando para más fervoroso espíritu, y más acertado escritor, las que pudieran después adquirirse y averiguarse.

De las que son constantes se sabe que fue este siervo de Dios, como varón escogido de la poderosa mano del Altísimo, muy perseguido de los espíritus infernales, que le hacían continua guerra, y le maltrataban desapiadadamente. Muchas veces se oyó estruendo grande y formidable en el coro del convento de Chiapa, y en una escalera, que eran los lugares donde pasaba la noche, sirviéndole de cama algún breve rato el duro suelo. Otras, para mayor mortificación, y abrumarse más, cargaba una grande piedra, y encontrándolo alguna vez con ella, un religioso, preguntándole a donde llevaba a deshoras aquella pesada piedra, respondió con mucha alegría que era su almohada, y de allí para delante la solía poner por cabecera. Era esto para el infernal espíritu hecho a habitar entre piedras preciosas (como dice Ezequiel) y en las delicias del Paraíso, una rabiosa ira, que le provocaba a dar al pobre religioso muchos y desmesurados golpes, empellones y empujones, que le hacían rodar las escaleras abajo, y andar muchas veces lastimado, y acardenalado, y cuando mucho, lo que le oyeron algunas veces fué llamar en su favor a sus santos patronos, y tal vez decir: *¿Es posible, que no me han de dejar?* Con estas tragedias añadidas a sus muchas mortificaciones andaba el siervo de Dios aunque traspillado en el semblante, con una continua risa, y alegría de espíritu, trayendo en la boca de ordinario, como por proverbio, diciendo: *válgame Dios, válgame Dios,* sin que alguno de cuantos le comunicaron y trataron conociese en él la más leve imperfección, ni mucho menos transgresión alguna de la ley de Dios, y la Regla.

A las muchas devociones que tenía añadía todos los días otras tantas por la Iglesia universal, pidiendo a Dios que el santo evangelio se divulgase en toda la redondez de la tierra, y que no se perdiera alma ninguna, pues todas eran redimidas con su preciosísima sangre. Pedía también instantemente a Dios la conservación de la Monarquía de España, paz de los príncipes cris-

tianos, sucesión de nuestros reyes y señores, todo lo concerniente al bien de la cristiandad. En esta demanda repetía mortificaciones, ayunos y oraciones sin intermisión. Su comer eran unas yerbas, frutas o raíces cocidas, y si le preguntaba algún religioso por qué no comía lo que los demás de aquel convento, decía que la boca no quería comer, que él bien quería, y que si comía otra cosa que aquellas yerbas o raíces le sabía a tierra. Intentó el Guardián de aquel convento una vez entre otras experimentar su obediencia, siendo ya muy anciano el siervo de Dios. Era viernes, y todos los religiosos de aquel convento tenían salud, y no necesitaban de comer carne lo cual bien sabía el P. Fr. Juan Díaz, que era cocinero, y pasaba por su mano lo que se comía. A cosa de las diez del día mandó el Guardián coger una gallina, y llamándole, le ordenó la asase para comer. Hízolo así el verdadero obediente, sin replicar cosa alguna. Puesta la mesa, y llegada la hora le mandó el Guardián que entrase a comer al refectorio con los demás religiosos, dejando que repartiese un indio que le ayudaba. Trajeron la gallina a la mesa, y trinchándola el Guardián, le envió una pechuga a Fray Juan Díaz, mandándole comiese de ella, y lo demás de la ave envió a los enfermos disimuladamente. Comía Fr. Juan de la pechuga y por acabar de hacer experiencias de él, el Guardián le dijo desde su asiento: *Hermano Fray Juan ¿no sabe que es viernes?* Respondió diciendo: *Benedicite padre Guardián, sí.—¿Pues cómo come carne?* Respondió: *Porque somos tres.* Y aunque el Guardián era hombre muy avisado, docto y cuerdo, no entendiendo lo que decía, le mandó explicarse lo que había dicho. A que obedeciendo el siervo de Dios (bien contra su propio querer) dijo: *Dos son los enfermos a quienes vuesa reverencia ha enviado de comer, y yo soy el tercero, porque ¿qué mayor enfermedad que 76 años?* Conoció el Guardián y los religiosos en este hecho y dicho mucho fondo, porque ni había salido de la mente del Guardián el intento que tuvo en mandar asar la gallina, ni era posible por humano discurso que lo alcanzase a saber Fr. Juan, y así entendieron todos había tenido ilustración del cielo. Conocieron así mismo lo que ya otras veces y siempre habían experimentado de su cordura, inteligencia y poco escrúpulo en las materias que no había pecado, pues fue siempre tal, que notaron todos los que comunicaron en él una sagacidad y prudencia de verdadero siervo de Dios, sin que jamás juzgase mal de cosa alguna, ni sintiese de sus prójimos alguna cosa indecente; solo así mismo se reputaba por gran pecador, indigno de que le mantuviese la tierra, repitiendo muchas veces que merecía no solo las eternas penas del infierno por sus pecados, sino que Dios fabricase nuevos infiernos con dolor de todos los condenados para castigarle. Si sabía de alguno que hubiese muerto, levantando al cielo los ojos, decía: *¡Oh Señor, estos vuestros justos juicios sean siempre benditos en llevar tantos buenos, y dejarme a mí tan malo estándote ofendiendo cada instante!*

También en aquesta acción, se conoció su racional y pronta obediencia, sin desear saber más en lo que el Guardián le mandó al asar y comer la gallina, que saber que era mandado, y que solo le tocaba obedecer. En otra ocasión (como en otras muchas) experimentaron esto mismo sus prelados y confesores, especialmente mandándole una vez desnudar, y quedar en paños menores para quitarle los cilicios que dentro de sus flacas carnes estaban como arraigados. Tratóle el Guardián con palabras al parecer ásperas (aun-

que en lo interior de muy compasiva caridad). Díjole que no fuese embustero y mal fraile, que siguiese la vida común, y se contentase con las disciplinas y mortificaciones de la comunidad, añadiendo que era un viejo loco, y que obligaba a que le tratasen como muchacho, para quitarle de sus caprichos. A todo estuvo callado el humilde Fr. Juan, y tratando de despojarle el hábito como le era mandado, puesto de rodillas, se apiadó tanto el Guardián de ver aquel horroroso espectáculo, macilento, flaco y como de raices, que no tuvo valor para quitarle los cilicios, y se contentó con mandarle se los quitase él mismo, porque le causó horror la profunda llaga, y de gran concavidad, que le descubrió en las espaldas, y le dió grima ver, cuan encarnizados tenía los cilicios, ayudando solamente el Guardián a quitar con la punta de la tijera las del hilo con que estaban cosidos, para que pudiese tener aquella pobre naturaleza, y tan debilitada, algún alivio.

Mas, como el mayor suyo era vivir penitente, y estaba habituado de más de cincuenta años al cilicio, le hizo tanta falta, y le enflaqueció de manera que de allí para adelante andaba el pobre viejo trompicando, y como no faltaba de acudir a la iglesia, al coro, y al refectorio, y demás obras comunes, raro fué el día que no diese tres o cuatro caídas, que unos entendían eran empellones del adversario, y otros conocían que eran causadas de la mucha debilidad del sujeto; y todos conocieron que cualquiera de las muchas caídas que daba bastara para dar fin a un hombre muy robusto. Levantábase alegre del suelo dando gracias a Dios, y sin quejarse de cosa alguna, por crueles que fuesen los golpes que se daba, proseguía en el ejercicio que entre manos tenía. Su confesor, advirtiendo aquella novedad, y preguntándole o confiriendo con él la causa de aquel nuevo enflaquecimiento, juzgando había duplicado las disciplinas, o puestose nuevos, y más ásperos cilicios, le dijo el penitente padre que cómo podía ser aquello si el Guardián le había mandado que no tuviese disciplina fuera de comunidad, ni se pusiese cilicio, añadiendo que aunque él era tan mal fraile conocía que su prelado estaba en el lugar de Dios, y que como tal no podía errar en lo que le mandaba. De una palabra en otra dijo con sencillez el venerable viejo, que antes juzgaba él que como había tanto tiempo que tenía aquel abrigo en el estómago, y estaba la naturaleza hecha al cilicio, extrañaba, y le hacía falta el no traerle, y lo mismo el no hacer sus disciplinas, porque aquel su nuevo achaque debía de ser por haberle faltado la evacuación de la sangre, pero que estaba resuelto a obedecer hasta morir.

El confesor considerando su bondad, y parlando con el Guardián lo que con Fr. Juan le había pasado, y los discursos que hacía de sus vahídos de cabeza, entró el Guardián como juicioso, docto y experimentado en escrúpulo haciéndole fuerza las razones que le comunicaban, ponderando lo que hace la costumbre convirtiéndose en naturaleza, y que llevaba camino lo del abrigo que le podía causar el cilicio al estómago; y así determinó volverle los que le había quitado; llamándole a su presencia, le dijo que porque tuviese mérito en obedecer le daba los cilicios para que se los pusiese, y licencia para sus disciplinas, como antes. Fue cosa maravillosa, que con estas mortificaciones se rejuveneció el viejo, y ya sin dar traspie, asistía ágil y pronto a todo, no sin grande admiración de su confesor y del Guardián.

CAPITULO CUADRAGESIMO OCTAVO

En que se prosigue la vida del siervo de Dios Fray Juan Díaz, y se ponen algunos dichos suyos sentenciosos, y hechos que manifiestan su singular virtud y comunicación íntima con Dios nuestro Señor

---

Las sentencias que salían de su boca (dice debajo de juramento su confesor) parecían las Epístolas de S. Pablo, y hacían sus dichos tanta admiración a los oyentes, que los doctos se espantaban de oirle, siendo así, que no sabía más que leer y escribir, y alguna poca de gramática. Sabía de memoria algunos salmos, aplicaba los versos de ellos y sentencias con tánta energía y al intento, que se admiraban los mismos que le comunicaban, y mucho más los religiosos de las otras Religiones, y los republicanos de aquella ciudad En cierta ocasión ofreciéndose en casa del Alcalde Mayor una noche, cierta dependencia acerca de una cobranza de tributos en que parecía estar inclinado a la parte ejecutiva el Juez, hallándose el ayudante Antonio de Guémez en la conversación, y mediando con el Alcalde Mayor, para que depusiese lo riguroso que intentaba, siendo este medio tan eficaz, que consiguió el piadoso intercesor de la nobleza del Juez la benignidad. Otro día a la mañana, yendo el dicho ayudante a oír Misa al convento, y saliendo a ayudarla Fr. Juan, pasando junto a él le dijo: *Dios le pague a Vmd. la caridad que hizo a aquellos pobres.* Volviendo de ayudar a misa le repitió lo mismo, y no sabiendo el dicho ayudante la causa de aquel agradecimiento, por cuanto ni ya se acordaba de lo que la noche antes había pasado en casa del Alcalde Mayor, ni había sido a hora que lo pudiera haber sabido Fr. Juan, por haber sido a cosa de las diez de la noche la conversación, se entró el noble republicano a la sacristía, y le preguntó al P. Fr. Juan la causa del agradecimiento que le daba. Entonces con rostro alegre le dijo: *Eadem mensura qua mensi fueritis, remetiétur vobis. Esto es verdad infalible, y primero faltarán los cielos y la tierra, que esto deje de cumplirse,* añadiendo el texto expreso de S. Mateo que contiene esta sentencia, y dándole las gracias por haber amparado y patrocinado la parte de los pobres indios, con quienes era el siervo de Dios muy piadoso. Aseguró al protector que vería por sus ojos la paga en la misma moneda. Y sucedió con efecto que ofreciéndosele varios lances en lo de adelante al dicho Antonio de Guémez, en que pudiera padecer su persona algunas disconveniencias, sin ser partes interesadas suyas algunos sujetos, le abonaron tánto con las personas que le pretendían hacer mal (estando él ausente, y sin conocerse en sus fautores) que no solo fué exento en varias ocasiones de algún disgusto que se le procuraba, sino que cumpliéndose la palabra de Cristo Señor Nuestro veía, y experimentaba cuan de su agrado había sido hablar bien de los otros. Punto es este que cada cual de nosotros,

metiendo en el seno la mano, podemos hacer evidente con la práctica de lo que cada día sucede, porque así como al maldiciente no falta quien lo maldiga, al bien hablado y atento, jamás faltará ni falta quien diga bienes de él.

Como el ejercicio de Fr. Juan era en la oración y su trato con Dios, asi como en el Divino Verbo vió lo que pasaba en casa del Alcalde Mayor, estando el siervo de Dios en el coro del convento en oración, así otras muchas veces supo y sabia las necesidades de los menesterosos, y tenía tal conocimiento, prevision y penetración de lo que en la oficina del corazón humano se fraguaba, que todos entendían asistir Dios a su siervo, y haberle concedido espíritu de profecía, como se ve en estos casos. Un hombre mató a otro en el reino del Perú, y por ser la parte ofendida poderosa; no hallando otro medio para conservar la vida que alejarse hasta la Nueva España, al cabo de año volviendo por Chiapa, y entrándose acaso en la porteria del convento con el P. Fr. Juan Díaz, le dijo el siervo de Dios (sin haberse visto otra vez los dos): *No ande Vmd. descarriado, dé gracias a Dios, porque ya las cosas están en otro estado, y puede volverse a su tierra con toda seguridad, que ya no hay quien le persiga.* El hombre absorto, porque jamás presumió poderse haber sabido su infortunio, y estado de sus cosas, y para certificarse más, trabando conversación con el P. Fray Juan, rastreó en él todo el caso como le había sucedido, y lo que hasta aquella hora le había acaecido, asegurándole de nuevo de parte de Dios el buen suceso de su vuelta, con tal que guardase secreto. Hízolo asi, mas, como a los hombres no faltaba un confidente, o porque Dios lo quiso así, para que se manifestase después de muerto Fray Juan este caso, entre otros; la persona a quien lo dijo lo testificó, asegurando haber tenido ciertas noticias de haberle sucedido bien a su amigo, y al pie de la letra todo lo que el P. Fr. Juan le había dicho.

Otro hombre que había experimentado muchos golpes de fortuna, y no hallaba lugar donde poderse aquietar, habiendo trajinado una y otra América, y uno y otro mundo, sin saberse determinar en sus perplejidades, porque ya le parecía sería acertado el casarse, y ya se disuadía del matrimonio. Estando una vez oyendo misa, la cual ayudaba el Padre Fray Juan, le vino pensamiento de ser religioso de nuestro Padre San Francisco en la Recolección de S. Diego de México, tan vehemente que en tanto que duró la misa, todo se le fué en revolver dentro de sí su determinación, ya persuadiéndose, ya aflojando, y representándosele inconvenientes. Acabada la misa, salió Fr. Juan a la iglesia, y llamando hacia sí al hombre, le dijo: *Señor, ese pensamiento sepa que Dios se le ha enviado, y que le agrada a su majestad, dé a los pobres sus bienes si quiere ser perfecto, que así lo dispone Dios en su Evangelio, y tome el hábito de San Francisco en los Descalzos de San Diego, que allí hallará en cambio de esa hacienda caduca y que se la come la polilla, ricos tesoros, no muebles sino raíces de fineza eterna.* El hombre admirado de lo que le pasaba, por ser tan nuevo en él, aquel pensamiento; como sabía del Padre Fray Juan Díaz, muchos casos semejantes, se resolvió a seguir aquella vocación, diciendo a todos que el Santo Fray Juan Diaz (que así le llamaban generalmente) le había dicho era voluntad de Dios el que así lo hiciese. Fué repartiendo a pobres su hacienda, llegó a México, recibió el hábito, y el año de 1664 vivía con grande ejemplo de virtud.

Un extranjero que tenía un negocio que consultar con el V. Fray Juan, le fué a buscar al convento, encontróle al bajar una escalera. Díjole Fray Juan que ya sabía a lo que venía, que le esperase en su celda. Entrólo en ella con mucha benevolencia, y se fué a la cocina a lo que allí tenía que hacer. Tardó algo en su ocupación, y viéndose el mancebo en aquel tugurio, curiosamente, y no sin mucha devoción por la grande fama que tenía de santo el P. Fr. Juan levantó la antepuerta, que era de jerga, con deseo de llevar alguna cosa como reliquia, de lo que era del uso del P. Fray Juan. No halló sino una piedra que era su cabecera, una calavera y unas disciplinas ensangrentadas, y estando indeterminado de lo que hacía, volvió hacia la puerta de la celda, como ladrón en el ánimo, a ver si álguien le veía. Venía ya a este tiempo de la cocina el P. Fr. Juan, mostrando en el semblante disgusto, cuanto al entrarle en la celda había manifestado alegría. Díjole el mancebo: *P. Fr. Juan ¿qué tristeza es esa? ..acaso está enojado conmigo?. Si estaba en denantes alegre, ..porqué ahora me muestra enfado?* El respondió con aspecto severo: *No entendí que Vmd. era tan curioso.* Cogido en el caso el mozo, reprendido de su curiosidad, espeluzado todo, se le arrodilló a los pies, y le pidió perdón. Levantólo a los brazos Fray Juan con mucha benevolencia, y le dijo (sin haberle comunicado) a esto viene (individuándole su consulta) vaya seguro, de que saldrá con el pleito, porque tiene razón y justicia, y ninguno se lo ha de contradecir. Salió de allí el mancebo, y sin gastar tiempo en alegaciones, traslados y notificaciones, consiguió a los primeros pasos que dió en la negociación de su pleito, todo lo que deseaba, según que se lo había dicho el P. Fr. Juan.

Bien al contrario le sucedió a otro, que no tomó su consejo. Iba a Ciudad Real a poner cierta demanda, que juzgaba fácil de conseguir, y como tuviese noticia del buen recaudo que había tenido el extranjero que acabamos de referir, fué a consultar al P. Fr. Juan. Así que lo vió le dijo el siervo de Dios: *Sosiegue Vmd. su ánimo, no gaste el tiempo y lo que tiene, porque se quedará sin uno y sin otro.* Replicóle el hombre que le oyese primero, y conocería su razón y justicia. A que el P. Fr. Juan con mansas palabras le dijo: *Hágole saber hermano, que le han de traer de Herodes a Pilatos, y a toques y respuestas se quedará desnudo, y ellos vestidos: porque hay justicia como los montes de Dios que suele estar muy alta, o debajo de los mismos montes, conque, o por más alta que los montes no se alcanza, o por escondida debajo de ellos, no se halla.* El pretendiente, o no entendiendo el misterio, o pagado de su dictamen, intentó su demanda, gastó lo que no tenía, quedó por puertas, culpándose a sí mismo en no haber tomado el consejo del P. Fr. Juan, publicando su conocimiento profético, y entendiendo entonces, a su pesar, el misterio del verso del salmo, que le explicó ingeniosamente el P. Fr. Juan.

Fue devotísimo (como ya dijimos) del glorioso S. Antonio de Padua. Decía de él que era el de la llave dorada, portugués muy honrado y que a no haber habido un S. Francisco, que fundase la Religión de los Menores, juzgaba él pudiera ser patriarca de la Religión. Amábale con ternura, cuidaba del aseo de su altar con mucha puntualidad, y comunicabale sus necesidades, y trabajos, ya propios, ya encomendados. Fue corriente en Ciudad Real que el santo visitaba a Fr. Juan, y le hacía muchos favores. Entre éstos se refiere

que estando una vez en la iglesia ante la imagen de Señor S. Antonio, encomendándose a él un niño llamado Fernandico, se llegó a él Fr. Juan, y le dijo (delante de dos religiosos, que el uno era su confesor, llamado Fr. Juan Bautista, y el otro era un religioso de Ntra. Sra. de la Merced lego muy ejemplar): *Fernandico, mira que vengas temprano, porque el huésped ha de venir.* Dijo el niño que sí, y curiosamente los dos religiosos estuvieron en cuenta del caso. Vino el niño a la hora que otras veces, y el P. Fr. Juan Bautista, curioso explorador, y práctico inteligente de la virtud de Fr. Juan, juró después de muerto el siervo de Dios que había visto en la celda del P. Fr. Juan, al glorioso S. Antonio de Padua, que con rostro soberanamente alegre le ofrecía el niño Jesús que en las manos tenía, testificando con el niño Fernandico que se había hallado presente a la maravilla. El cual jurando lo mismo, añadió que decía el P. Fr. Juan que le había ido a pagar la visita San Antonio, como hidalgo portugués que, ya que no tenía llagas, era el de la llave dorada, y camarero de Dios.

Otra maravilla obró N. Señor con su siervo Fr. Juan, por medio de Ntro. glorioso P. S. Antonio de Padua, de que hay muy frescas memorias en la Ciudad Real de Chiapa, y entre algunos religiosos de esta santa Provincia. Y fué que, como el demonio le persiguiése tanto, y le procurase siempre ocasiones de que se impacientase, por cebar en algo la rabia, que contra su virtud y penitencias tenía, le hizo desaparecer de sus ojos las llaves de la portería y sacristía, que tenía el siervo de Dios en una argolla, y entre ellas la del Sagrario por tenerla manual para cuando se ofrecía ser menester. No había advertido Fr. Juan en la pérdida hasta que unas señoras que habían confesado, y querían comulgar le motivaron el que ocurriese a buscar las llaves, porque eran ya las ocho de la mañana, y se habían dicho las misas todas. Buscó las llaves Fr. Juan para que con la del sagrario se abriese, y diese la comunión a las personas que la pedían. No hallándolas donde debieran estar, ni en los lugares donde había andado aquella mañana, afligido y turbado, aunque con generosa resolución dijo a las señoras, que tuviesen un poco de paciencia, que San Antonio le había de dar las llaves, y que de no hacerlo así, había de ver para qué nació. Fuése de allí a su celda diciendo como enojado: *¿Así, S. Antonio, las llaves dejáis perder? Vos me las habéis de dar, que no es razón dejen de ocmulgar estas almas, y que el demonio se salga con la suya, ahora lo veréis.* Cogiendo una imagen de San Antonio pequeña de bulto, la ató con un cordel por la cintura, fuese a un pozo que estaba en la huerta, y descolgando dentro de él la efigie de S. Antonio hasta tanto que tocase la peaña en el agua le decía: *Las llaves me habéis de dar, o de aquí no habéis de salir.* Dejólo así colgado, y volvió a la iglesia, y se hincó ante el Santísimo Sacramento, orando un buen rato. Al cabo del cual se levantó acelerado, y como condoliéndose de su S. Antonio se fué al pozo, y con él el sacerdote que esperaba la llave del Sagrario para dar la comunión, y algunas otras personas. Puesto en el brocal del pozo el siervo de Dios comenzó a decir con ternura: *Santo de mi vida, mi portugués, camarero y cubiculario de Dios, perdonadme el desacato que he cometido, y pues tenéis a Dios en la mano, ¿qué le podéis pedir que no consigáis?* Di-

ciendo estas, y otras tiernas palabras fué alzando del pozo por el cordel la imagen del santo, y halló que tenía en la mano el mazo de llaves, y la del Sagrario apartada de las otras, y sacada de la argolla, puesta en el dedo del niño Jesús que en las manos tenía S. Antonio. Fué de grande admiración a todos el suceso, y la causó mayor la circunstancia, de hallarse la llave del Sagrario apartada de las otras, y en la mano del niño. Todos conocieron por misterio soberano aquel suceso, y que en él enseñaba el mismo Dios cuan distinta de las otras era aquella llave, que encerraba el tesoro infinito de Dios sacramentado, y el respeto con que se debía tratar, y que anduviese sola, y en manos de sacerdotes. Así se hizo desde entonces, y debiera hacerse con todas las llaves de Sagrarios, que aunque lo corriente es estar sola, y en un cordón, o sedal de hilo de oro, el andarla con facilidad en una y otra mano de quien la pide para que se le dé la comunión, sin duda es gravísima indecencia, digna de que se corrija la facilidad de los sacristanes, y que se precien los sacerdotes de llevarla y traerla consigo al Sagrario, como quienes solamente tienen potestad en la tierra sobre el verdadero cuerpo y sangre de N. Sr. Jesucristo.

Y porque concluyamos este capítulo con otra impaciencia en que procuró el demonio (aunque no lo consiguió) hacer caer al siervo de Dios Fr. Juan, referiré aquí otra duplicada maravilla que le sucedió con un árbol de hermosos y dulces priscos, dejando para en adelante el escribir otras cosas prodigiosas que le sucedieron. Entre los árboles que tenía en la huerta, plantados de su mano, uno de priscos los daba muy sazonados, abundantes y dulces, que sobresalían entre los otros. Perseguíanlo no solo las aves (como después diremos) sino los muchachos, que por una pared entraban de noche a hurtarle los frutos de él. Enojábase Fray Juan, y tenía tal conocimiento de los ladrones, siendo así, que el venerable viejo pasaba en el coro las noches, que al día siguiente buscaba por sí mismo nombre y señas a los delincuentes amenazándolos tal vez; y otras haciéndolos corregir, y fué esto tan advertido que ya el muchacho o muchachos que cometían el hurto se le escondían, como si claramente supiesen que el P. Fr. Juan los habia visto.

Una vez pensó el venerable viejo hacer una burla a los ladrones, y fué que a la hora que le pareció de más silencio, declinada ya la noche, se fué a la huerta, y arrancando el árbol que estaba cargado de fruta le trasplantó a un rincón, pareciéndole que con esta diligencia se burlarían perdiendo el tino los muchachos que le hacían aquel perjuicio. Fue cosa maravillosa, que estando el árbol cargado de priscos, trasplantado a la otra parte ni se secó, ni sintió novedad, como si tal hubiese sucedido, dando continuos frutos tan sazonados y abundantes, como antes por muchos tiempos. Pasados algunos, descubrieron otra vez la mina los muchachos y no hallando ya el siervo de Dios Fr. Juan modo para escapar de su golosina los priscos, y que solía tener por ello algunas pesadumbrillas y enojos, que a su conciencia, como tan delicada le parecían pecados graves; una vez, fervorizado viendo desfrutado el árbol, díjo: *Envíe Dios un rayo que te parta.* Aquel mismo día a hora de siesta sin trueno ni tempestad cayó un rayo en el árbol, y lo hizo ceniza, que no pareció cosa alguna de él.

CAPITULO CUADRAGESIMO NOVENO

En que se prosiguen las maravillas que Dios obró por su siervo Fr. Juan, y el espíritu de profecía con que Dios le adornó, según el parecer y juicio de los que le conocieron

Prolija materia fuera la presente, si no fuéramos comprendiendo las muchas noticias que hallo en comprobación de lo que el título de este capítulo contiene. Sea el primer caso de los que ocurren uno, que me juró y testificó el M. R. P. Mro. Fr. Rodrigo de Valenzuela, dignísimo Provincial (segunda vez) de la Religión Real y Militar de Ntra. Sra. de las Mercedes. Antes de esta segunda vez de su provincialato, confiriendo con su Pd. M. Rda. estas materias, hablando de Fray Juan Díaz, me dijo con juramento, que siendo religioso mozo su Paternidad yendo a órdenes a la Ciudad Real de Chiapa, con la fama, que estaba divulgada de la gran virtud del siervo de Dios Fray Juan Díaz, fué a buscarle al convento, entró hasta la huerta, donde estaba el venerable viejo en su ejercicio divertido, o en contemplación. Púsosele delante, y advirtiéndolo ya, habló al huésped el venerable varón por su nombre con individuales señas, como si le hubiese criado, y conocido toda su vida. Pasó a decirle cómo se había de ordenar, y que andando tiempos, había de tener tales y tales prelacías, hasta la superior de la Provincia; que había de padecer tales y tales trabajos, y que tuviese valor, porque no había de prevalecer contra él la calumnia. Todo lo cual me dijo su Pd. había visto, hasta la hora en que me lo declaró, evidentemente cumplido, sin faltarle más que una prelacía que dijo había de tener, o dignidad de la cual se hallaba por entonces bien ajeno su Pd. porque era recién electo el M. R. P. Mro. Fr. José de Estrada en Provincial de su Provincia, pero que estaba cierto en que hasta allí, todo lo que le predijo Fr. Juan Díaz lo había visto cumplido.

Hasta aquí las noticias que su Pd. M. Rda. me dijo, y desde aquí la evidente experiencia que yo he observado. El M. R. P. Provincial Fray José de Estrada vivía con salud, estimación, buena edad, y esperaban todos, no solo el que acabase su oficio muy loablemente, sino que sobreviviese muchos años para honra de su religión. Impensadamente, en la epidemia general que hubo en esta ciudad por el mes de diciembre del año pasado de 1686, le asaltó una fiebre que en ocho días le llevó al descanso que esperamos de salvación. El R. P. Mro. Fray Rodrigo de Valenzuela se hallaba padre más antigua de su provincia, y por no ser graduado el R. P. Comendador de la casa, se hizo en él legitimamente la renuncia y elección, y se halló prelado superior, sustituto de su difunto primo, sin haberle pasado por pensamiento el modo, y tan impensadamente como el caso manifiesta. Helo puesto aqui puntual y verdaderamente, en comprobación del vaticinio del V. P. Fr. Juan Díaz, para que se vea cómo ni aun en esta última circunstancia faltó todo lo que dijo muchos años há a este muy religioso y grave sujeto.

También predijo el P. Fray Juan Díaz al M. R. P. Fr. Manuel de Ayala, Provincial que fué de esta santa Provincia, que lo había de ser. Y sucedió así, según que lo oí contar varias veces. Habiendo ido a Ordenes a Chiapa (no sé si en la misma ocasión que el sujeto de arriba) encontrándole en una escalera del convento con otros religiosos ordenantes, sus compañeros, de nuestra religión, le miró como de hito en hito el venerable viejo Fr. Juan, y dijo a todos: *Este* (señalándolo con el dedo) *ha de ser Provincial de esta Provincia, y aunque ha de peregrinar mucho lo verá cumplido.* Así sucedió uno y otro, y por no ocurrirme la certidumbre de otras circunstancias que yo le oí a su Pd. (y ser ya difunto) las dejo por no escribir cosa que no estuviere bien certificado.

Estoilo bien por los papeles que tengo en mi poder de otros casos semejantes a estos, en que se conoció la luz del cielo que le asistía para conocer cosas futuras. Era su confesor en el convento de Ciudad Real de Chiapa el P. Predicador Fray Diego Lince, que lo fué cosa de dos años, y declaró después de muerto el siervo de Dios muchas de las cosas, que dejo escritas y escribiré. Estaba en cierta ocasión el P. Fray Juan Díaz enfermo, y tan achacoso que no salía de la celda. Sucedió, pues, que habiendo tenido el provincial que a la sazón era, algún informe en contra del Padre Fr. Diego Lince, despachó cierto órden cerrado y sellado, llamándole a su presencia con severidad de juez. Abrióse la carta a hora de comer en el refectorio, y le intimó el Guadián el órden. Asustóse el pobre fraile, y aunque no hallaba en sí haber dado motivo de enojo al prelado, como humilde súbdito, temió, como hombre, y afligido, en saliendo de dar gracias, se fué, como otras veces lo hacía, a ver a su viejo Fray Juan. Así que entró por la puerta de la celda, le dijo Fray Juan: *¿Qué trae Vuesa Reverencia?* Respondió: *Una gran pena;* y tratando de comunicarle su trabajo, porque no era posible lo supiese Fr. Juan, porque en aquel instante se había abierto el pliego, al decirle el afligido religioso que le encomendase a Dios, le atajó Fray Juan diciéndole: *Si haré, pero sepa V. R. que nada puede el demonio contra la razón y la justicia. Esta tiene Vuesa Reverencia de su parte, y así no tiene que temer, que Dios y la verdad le han de ayudar. Irá Vuesa Reverencia, Padre mio, a la presencia de N. P. Provincial, y volverá acá otra vez con mucho consuelo.* Esto decía el varón de Dios con una risa santa, y aunque no dudaba el afligido religioso en lo que le oía, espantado de que lo sabía, y con deseo de oir más de su boca, porque como quien le conocía le tenía por oráculo de divinas consolaciones, le dijo: *¿Es posible, P. Fr. Juan, que todo este rigor* (mostrándole el papel) [1] *ha de parar en esa suavidad?* Respondió el venerable viejo con exclamación: *¡Oh, válgame Dios! Dios es Dios, y obra como quien es, y es el verdadero camino, la misma verdad y vida...* Consolado el religioso, emprendió su jornada, y en ella le sucedió todo, según y como se lo había predicho el V. P. Fr. Juan, hasta volver favorecido y consolado a Ciudad Real, porque cuando llegó a la presencia del Provincial, ya lo halló serenado, y aclarado el torbellino de calumnia, que contra él se había levantado.

(1) *Un papel* dice la edición de 1716.

En la ocasión que fueron a Ordenes algunos religiosos de este santo convento a Ciudad Real, y otros muchos ordenantes, sucedió que antes que tal se supiese en el convento de Chiapa, una mañana después de haber asistido al coro Fr. Juan, como lo hacía e hizo mientras vivió, puesto de rodillas ante el Ssmo. Sacramento, y acabadas las misas, se aplicó a barrer todas las celdas y aposentos que tenía el convento, aun los muy olvidados, con grande cuidado y diligencia, para que estuviesen aquellos cuartos aseados. El Guardián, y religiosos, notando aquella novedad, le preguntaron qué era el motivo que tenía para haber barrido con tanto cuidado aquellas celdas que no servían? Respondió el siervo de Dios con mucha alegría: *Hemos de tener hoy muchos huéspedes.* Por entonces no se penetró el misterio, y no faltó quien le atribuyese a decrepitud, hasta que a la tarde cerca de la noche entraron de tropa los religiosos que iban a Ordenes, y entonces conoció el guardián y Religiosos la precognición que había tenido el venerable viejo Fr. Juan, porque hasta que los ordenantes entraron se ignoraba en el convento y ciudad el que a ella fuesen.

En otra ocasión sucedió en Ciudad Real, que un hombre pobre estaba cuatro años hacía tullido, sin poderse levantar de la cama. A éste visitaba frecuentemente Fr. Juan, y le consolaba con las esperanzas de que sanaría, confortándole a que tuviese paciencia hasta que llegase la hora de Dios. El enfermo pedía al religioso que le encomendase a Dios, y Fray Juan así se lo prometía; mas le advertía que esperase con tolerancia la hora de Dios. Como el enfermo deseaba tanto ponerse en pie, libre de aquel dilatado tullimiento, y confiriendo dentro de sí la fama de santidad de Fr. Juan, con lo dilatado de su penalidad, se quedó dormido, y soñó, o se le representó en sueños, que el P. Fr. Juan le traía un escapulario de sayal, y una cuerda de N. P. S. Francisco, y que con aquella celestial medicina se hallaba sano, y libre de su larga dolencia. Recordó, y hallóse burlado, porque estaba de la misma manera que se había quedado dormido. Con todo eso, no desconfiando de que podía ser así, ni asintiendo del todo a lo que se le había representado como cosa de sueño, se quedó con esta perplejidad otra vez dormido, y volvió a soñar lo mismo, despertó y acabó la noche en varios pensamientos sin poder apartarse de su imaginación lo que había soñado. Pasó el día sin querer decir a persona alguna lo que le pasaba, porque escrupulosamente le parecía que era creer en sueños si lo comunicaba. La siguiente noche volvió a soñar lo mismo, con las mismas individuales circunstancias, y como si oyese una voz que le decía que con aquello había de sanar. Comunicólo a su mujer, así que despertó, porque ella había sentido que el sueño, en que su enfermo había estado, era de mucho consuelo suyo por una u otra palabra que le oyó. Resolvieron los dos el que a la mañana fuese la mujer a la portería, a pedirle a Fray Juan un escapulario y cuerda, sin decirle otra cosa. A la primera luz del día fué la mujer a oír misa, y haciendo llamar al P. Fr. Juan a la portería, antes que ella le hablase palabra, le dijo el siervo de Dios: *Ya sé, señora mía, a qué viene Vmd. He aquí el escapulario y cuerda* (sacándole de la manga) *que aun no está acabado de coser. Vaya, y diga a su marido que se confiese luego, porque allá voy en acabándose las misas*[4] *a llevarle el escapulario, y*

advierta Vmd. que no es mi escapulario ni yo el que le ha de sanar, que no tengo cosa buena, sino la misericordia de Dios, que es quien da el bien, y no en mi, ni por mi.

Fuése la mujer, hízose luego la diligencia de confesarse el marido con muchas lágrimas, y fervores; llegó el P. Fray Juan con el escapulario, púsosele rezando algunas oraciones, y habiéndole hecho una breve exhortación de lo que debía a Dios, y como le había de ser agradecido se salió como huyendo, y como sordo a las voces que le daban de adentro. Estas eran a causa de que conmenzando el enfermo a extender los pies, y moverse por sí mismo en su pobre lecho, vigorizándose más por instantes, se iba alborotando la casa con la novedad. Fr. Juan fué a encerrarse a la cocina del convento, como si tal no hubiera tenido parte en el caso mostrándose sordo (como lo era en la realidad) a los que le preguntaban, o respondiendo con palabras que alababan la bondad y misericordia divina. Al siguiente día fué por su pie el enfermo a la iglesia a comulgar, y dar a Dios las gracias por aquella misericordia, que con él había usado de darle solidez y salud después de cuatro años de no poderse, ni aun volver en la cama, sin ayuda de ajenas manos, y perseveró lo que le quedó de vida en procurar ser agradecido a Dios.

También fue constante en la Ciudad Real de Chiapa el que estando en oración una noche el P. Fr. Juan en el coro, cerca de media noche, salió apresurado al compás, y se puso al paso de un hombre que pasaba por él, diciéndole: *Deo gracias, señor N. ¿que trae Vmd. ahí debajo del brazo?* El respondió: *Unos platos de plata Padre Fray Juan ¿Es posible que un hombre como Vmd. haga una cosa tan indigna, y que por su causa esté padeciendo a esta hora aquella pobre esclava tantos azotes?* Cogido en el hurto el hombre, porque en la realidad era así, que habiendo él y otros estando jugando a los naipes aquella noche en cierta casa de aquella ciudad, y habiendo perdido éste, con quien hablaba Fray Juan, mucha cantidad, tuvo por despique aquella ruindad, y esta era la causa de que el dueño de la casa echando menos luego los platos (por ser hora de cenar) y hallándose una negra esclava sin ellos, había volcado la mesa, y hecho tender a la esclava en una escalera, y darle muchos azotes, prometiéndola el que así, y con más crueldad la castigaría si no parecían los platos; que la pobre negra no sabía donde estuviesen, ni quien los hubiese hurtado, porque la persona que cometió aquella ruindad no era de quien pudiera presumirse.

Exhortóle, pues, y reprehendióle Fray Juan *ad hominem,* tomando por motivo sus obligaciones, para representarle los gravísimos daños que trae consigo el vicio de los naipes, diciéndole tales palabras, y tan llenas de Dios, y de claras verdades, que prometió, hincado de rodillas a sus pies, dejar el juego; y le entregó los platos al buen religioso, encargándole su crédito. No era menester para su discreción y prudencia esta advertencia, porque fue tal

la sal de sabiduría celestial con que prudenciaba el venerable viejo lo que reprehendía, que jamás se dió por lastimado alguno, de sus dichos ni hechos, siendo así que no omitió cosa de desórden en la república, que no procurase se le aplicase remedio. Llevó a su celda los platos el V. religioso, y a la mañana envió a llamar el dueño de ellos, a quien le habían faltado, a tiempo que la esclava se le había huído, y ya eran dos males los que sentía. Vino el caballero, y con displicencia que mostraba en el semblante preguntó a Fray Juan qué era lo que le quería, haciéndole relación del hurto de los platos de plata, y fuga de la negra, pidiéndole abreviase en lo que le quería decir, porque iba a hacer por uno y otro la diligencia. Díjole el siervo de Dios que se sosegase, y le oyese, que la esclava parecería, y que él le diría donde la había de hallar. Pero que de los platos tenía una cosa que preguntarle, y fué: *Anoche entre las once y las doce, ¿no me vió Vmd. que entré en su casa?* —*No,* —le respondió el caballero; y Fray Juan le dijo: *Ya lo creo, que tan divertidos estaban Vmd. y los otros con el maldito juego, que no me vieron: mas, sepa que yo entré, y cogí los platos de plata, entendiendo burlarle, y que no haría tan cruel castigo en la pobre negra. Para que Vmd. lo crea, vealos aquí, que bien excusado podia tener hombre tales obligaciones, el estarse hasta aquellas horas en aquel mal entretenimiento, raíz de todos los vicios, y capa de maldades, añadiendo la crueldad con que a la esclava azotó. Si como yo entré* (dijo Fr. Juan) *entrara otro, ¿no se quedará Vmd. sin sus platos?* El caballero quedó absorto, compungido, y tan arrepentido de la mala costumbre del juego, que nunca más lo tuvo en su casa, ni dió lugar a que por su causa alguna vez se jugase; porque el venerable viejo Fr. Juan le reprehendió aquel vicio con tan vivas y suaves palabras, que le hizo llorar, y echarse a sus pies prometiendo la enmienda; que éste era el estilo que practicó el siervo de Dios lleno de amor suyo, y de caridad con el prójimo, cubriendo los defectos ajenos, y procurándoles con eficacísima suavidad el remedio.

Así lo hizo en cierta ocasión que un religioso lego de una Orden de las que hay en Ciudad Real, hallándose muy necesitado de algunas cosas para pasar la vida, y no pudiendo adquirirlas de su prelado, se determinó en salir a buscarlas por medios no muy decentes, antes sí opuestos a su profesión, e indignos del hábito que tenía, que podían ceder en mucho descredito suyo y de su convento. Salióle al encuentro, impensadamente y a hora bien importuna Fray Juan, llevándole en la manga lo que el religioso salía a buscar. Dióselo diciendo: *Padre mio, y mi hermano en Cristo, aqui tiene lo que le ha sacado de su quietud, vuélvase a su convento, y mire no afrente su religión, a quien el tiempo ha estrechado de manera que no puede socorrerle su necesidad.* Quedó admirado el religioso, tanto como agradecido, conociendo la encendida caridad de Fr. Juan, e ilustración que había tenido del cielo para conocer el estado de necesidad en que se hallaba, y atajar lo que pudiera serle de mucho gravámen. Desde aquel día el religioso tuvo por su padre para el socorro temporal y espiritual al P. Fr. Juan Díaz, y adelantó con su comunicación y ejemplo mucho en las virtudes.

CAPITULO QUINCUAGESIMO

En que se escriben otros semejantes casos, en que parece haber tenido espíritu de profecía el P. Fr. Juan Diaz, y se dicen otras cosas maravillosas que Dios obró con su siervo

Dióle Dios especial gracia y conocimiento de las necesidades de sus prójimos, y oportunidad a su ardiente caridad para remediarlas, porque por el mismo caso, que fue para sí tan pobre, que jamás tuvo otra cosa que lo que permite precisamente nuestra Regla. Era dueño, como de las voluntades de todos, de lo que sus devotos tenían a quienes como a bienhechores ocurrían, cuando se ofrecía el remediar algunas necesidades de sus prójimos, o ya que se le comunicasen, o ya que se le avisasen del cielo. Otras veces sabiendo que era voluntad de Dios la buena obra que se le proponía factible; era tan liberalmente generoso, que sin escrúpulo alguno lo daba al modo que se refiere del santo Fray Junípero, y de nuestro seráfico P. S. Francisco; comprobando Dios con señales maravillosas, ser de su agrado a buena obra que se hacía. Entre las muchas que el siervo de Dios Fr. Juan Díaz hizo con los pobres, es muy memorable la que le sucedió un día a hora de siesta acechándole tres religiosos y dos caballeros de Ciudad Real. Saliendo de comer tuvo noticia Fray Juan Díaz de la necesidad que padecía un enfermo, y cuánto alivio tendría si tuviese una gallina grande y buena para alimentarse, porque el día siguiente había de serle de purga, y no tenía modo para adquirir la tal gallina. Fuése al gallinero Fray Juan, y echando ojos a la mejor ponedora, procuraba echarle manos. Ella se resistía huyendo de una parte a otra, y como el venerable viejo, a causa de los cilicios que traía, no pudiese facilmente cogerla, porque agobiando el cuerpo no le podía levantar tan presto, encendido en santa cólera le dijo, hablando con la gallina: *¡Ah desobediente! ¿Porqué no quieres que se haga la voluntad de Dios? Mira, hermana, que Dios lo manda, y N. P. S. Francisco también, que te estés queda.*

Fué cosa maravillosa, que como si tuviese entendimiento el ave, y conociese el precepto de obediencia, abrió las alas, tendiendo el pecho en el suelo, y se dejó coger sin hacer resistencia alguna. Admiráronlo los tres religiosos que lo veían, y los dos seglares, que eran D. Juan de la Torre y Nicolás de Solórzano, y dando lugar al piadoso hurto de Fr. Juan, metió él en la manga la gallina, salía muy disimulado a su diligencia de socorrer al pobre. Hízosele encontradizo el guardián, que era uno de los religiosos que le habían visto, y delante de todos, haciéndose desentendido le preguntó qué llevaba en la manga. Respondió Fr. Juan que era un pollo que no tenía pluma, y que porque no muriese de frío lo abrigaba así. El Guardián, como había visto que era una gallina grande gorda, por darle en que merecer, le dijo que no podía ser así, porque hacía mucho bulto. A que Fr. Juan satisfizo sacando de la manga un pollo, como él había dicho. *Vaya, hermano* (le dijo el Guardián) *a donde va;* y prosiguiendo él su camino, dispuso él que

fuesen los dos seglares, cada cual por el suyo a ver en qué paraba aquello que ya todos juzgaban misterio. Fuélo sin duda, y maravilla que obró Dios, porque llegando Fr. Juan a la casa del enfermo, con santa sencillez, sin advertir los testigos que tenía, sacó de la manga la gallina grande y gorda que se había antes convertido en pollo, y despues vuelto a convertirse en gallina, al modo que el pan convertido en flores a la oración de S. Diego, y vuelto de flores a reducir a pan.

Como era tan obediente a Dios y a sus prelados Fr. Juan, habiendo mandado el que lo era suyo, que no diesen cosa alguna los religiosos fuera del convento, sin su licencia, se halló con gran desconsuelo la caridad de Fr. Juan, porque batallando la caridad con la obediencia, hubo de quedar el campo por ésta, y así el prelado que visitaba una vez le halló que decía el venerable viejo, hablando a solas: *No parece posible, yo debí oir mal, pero es justo porque lo mandó el prelado, él lo sabe, como quien está en lugar de Dios, y a mí no me toca más que obedecer.* Fue tal el horror que concibió el prelado que le oía sin que el siervo de Dios lo hubiese advertido, que entrando a la celdica de Fr. Juan, como que no le había oído, y tratando alguna materia en órden a la caridad, le dijo: *Viejo mio, haga lo que juzgare ser voluntad* de Dios. Y certificó después el mismo Guardián que fué tal el extremecimiento y pavor que tuvo de haber oído el soliloquio del venerable viejo, que no tuvo deliberación para poder hacer otra cosa que concederle aquella licencia porque llegó a entender en aquel instante que era querer atar las manos a Dios para que no usase de misericordia con él, si le impidiese a Fr. Juan el usarla con los pobres. Fue desde entonces tan generoso con ellos, que si hasta allí dejaba él de comer lo que les daba; ya con salvoconducto del Guardián, y el mérito de la obediencia, vió por sus ojos, y vieron todos que se multiplicaban las cosas, al paso que Fr. Juan sin escasez hacía limosnas.

Tuvieron parte en las suyas, no solo los hombres, sino los animales y las aves, y se vió y experimentó, que sacando maíz de la troje para las gallinas, juntándose una parva de tordos les decía el siervo de Dios: *Aparte os echaré maíz a vosotros, dejad las gallinas que coman lo que es suyo, vosotros sois pobres, y como a quienes se dá limosna habéis de ser después.* Y le obedecían tan inviolablemente, que juró Gaspar Hidalgo, vecino de Ciudad Real, haberlo visto y admirado él y otros, muchas veces. También fue caso maravilloso el que todos saben le sucedió a Fr. Juan siendo Guardián del convento de Ciudad Real el muy religioso P. Fr. Pedro de la Tobilla. Había en la huerta del convento árboles frutales que había plantado Fr. Juan. Era tiempo de priscos, y como no hubiese puesto Fr. Juan en la mesa fruta alguna, le dijo el guardián, que puesto que la había escasa, la pusiese a los religiosos, y otras palabras de reprehensión. Fr. Juan no replicó palabra, sino que solo dijo de suerte que lo oyó el religioso que estaba a su lado: *Yo traeré a los malhechores, que digan ellos la culpa conmigo, pues ellos la tienen, que comen y derriban los priscos.* Estando el Guardián con los demás religiosos en su celda, por modo de quiete, celebrando la sencillez del venerable varón por haberse allí referido lo que había dicho de los malhechores, entró Fray Juan con una parva de pájaros de varias especies, traídos solamente a su voz, por haberles dicho saliendo del refectorio, y entrando en la huerta, hallándolos comiendo

la fruta: *Hermanitos, a decir la culpa, que a mí me riñen por vuestras golosinas.* Entró, pues, Fr. Juan a la celda del Guardián, e hincado de rodillas, rodeado de los parajillos, dijo por ellos y con ellos la culpa. El Guardián como hombre espiritual y prudente por no dar lugar a que el demonio asaltase la virtud de Fr. Juan por vanagloria, afectando enojo le dijo que era soberbio, y que merecía ser castigado por aquel embuste, y le mandó se levantase de allí, porque le enojaba el verle. Hízolo así el siervo de Dios, mas los pajarillos no, sino que se quedaron como postrados, con los piquillos en el suelo, hasta que el Guardián enternecido, conociendo ser maravilla de Dios, dándoles su bendición les dijo: *Andaos con Dios, criaturas del Altísimo;* y salieron inmediatamente, como absueltos y despedidos, por la puerta y la ventana de la celda.

En otra ocasión, siendo Guardián de dicho convento el P. Fr. Juan López, gallego de nación, y observante religioso, previniendo Fr. Juan de la fruta que había en la huerta, en el refectorio, como unas y otras veces estuviese picada, y comida de pájaros, el Guardián le dijo por dos o tres ocasiones que mirase que la fruta estaba picada, y que tuviese más cuidado con ella. No podía el siervo de Dios, por más vigilancias que aplicaba, librarla de la persecución de los sanates, hasta que una vez los llamó como otras lo solía hacer, y les dijo: *Hijos míos, a comer a otra parte, que esta fruta está vedada para vosotros.* Desde entonces jamás se vieron estas aves o pájaros en aquella huerta mientras vivió el siervo de Dios Fr. Juan Díaz.

Como conocían todos la gracia que Dios le había dado como a N. seráfico Padre de que las criaturas le obedeciesen sin reservarsele alguna, le sucedieron casos bien singulares con toros y otros animales cerriles, especialmente unos que llaman mapachines, que tienen natural enemistad con los perros, y si los ven irremediablemente los degüellan. Libró el P. Fr. Juan muchas veces de ellos y de sus insultos algunos perrillos que acariciaba el siervo de Dios, mandando de parte del criador a los malhechores se abstuviesen de hacer mal a aquellos animalillos domésticos. También en ocasión que cuatro hombres no podían sujetar una mula para ensillarla, estando ella enfurecida, defendiéndose del freno, pasando a caso Fray Juan llegándose a ella, dijo a los circunstantes: *Esto se hace así;* y cogiendo el freno, dijo a la mula: *Criatura de Dios, ríndete que Dios te crió sujeta al hombre.* Ella, como si fuese racional, se estuvo queda, permitiendo que la ensillasen y subiesen en ella, con grande admiración de los circunstantes.

Tan corriente era el que Fr. Juan Díaz morando en Chiapa, tenía noticia a la hora y día en que moría cualquier religioso de la Provincia, en distancia de ciento, y doscientas leguas, que no tenían los religiosos que en aquel convento vivían, regla más cierta para saber había muerto en la provincia algún religioso, que el ver a Fray Juan ocupado en nuevas penitencias, y en rezar los oficios de difuntos que de obligación y de caridad usaba. Y para hacer total experiencia de este punto, procuraban cogerle descuidado con su librito de devociones, donde asentaba los nombres de los religiosos que morían, y allí hallaban los de algunos de quienes aun no había llegado la noticia a la ciudad. Otras veces, preguntándole por quién rezaba aquellos oficios, con santa sencillez respondía por Fr. Fulano, que murió en tal parte. Una vez estando en la huerta trasplantando su hortaliza, y en su compañía

un religioso lego, llamado Fr. Tomás de S. Antonio, vió el compañero que de repente Fr. Juan, con un género de insuflación, en el ademán que estaba, puesto de rodillas, abrió las manos en forma de cruz, y levantados al cielo los ojos, se quedó como insensible, y casi muerto. Entendiendo el compañero, que era algún accidente mortal, no juzgando ser arrobamiento de los que frecuentemente le daban, comenzó a tirarle del hábito, llamándole por su nombre repetidas veces. Como a todo esto ni a la acción de moverle, ni a las voces, se mostrase el venerable religioso tener señales de vivo, antes sí pareciese insensible, o difunto, partió de allí inmediatamente a dar noticia al Guardián (que lo era el R. P. Fr. Tomás de Ortega) diciéndole que supiese que era ya muerto Fr. Juan Díaz, refiriéndole las circunstancias que había visto. El prudente Guardián, como conocía muy bien ser aquello lo ordinario en Fr. Juan Díaz, teniéndolo por arrobo, le dijo: *Vaya V. caridad, vuelva allá, y no le dé cuidado, que allá lo verá.*

Volvió el religioso a su huerta, y halló a Fr. Juan que se estaba riendo con mucha alegría, y que le preguntaba de donde venía. Respondió Fr. Tomás que había ido a cierta diligencia, lo cual oído por el venerable viejo, le dijo: *Bueno, bueno está, sea Dios bendito,* y prosiguiendo en plantar su era, con la devoción que acostumbraba, de allí a un rato dió un suspiro tierno, y dijo: *Dios le haya perdonado;* y preguntándole Fr. Tomás quién era el que había muerto, dijo que el hermano Fr. Juan de Mesa, religioso lego, hijo de este convento de Guatemala, que era buen religioso, y que le había Dios quitado de los trabajos del mundo. De allí se fué el venerable viejo a su celda, y asentó su difunto, comenzando luego a rezarle los oficios, y andando días llegó la carta patente del Provincial, avisando de la muerte del dicho religioso, y mandando como se acostumbra se le hiciesen los oficios. Lo mismo le sucedió otras muchas veces, especialmente se supo de cierto religioso que había muerto en la villa, de quien tuvo a la misma hora que pasó de esta vida noticia Fr. Juan, e hizo lo que con los demás, rezándole sus oficios. Y compelido por el Guardián, dijo el nombre del religioso, la hora y día, y circunstancia de su muerte, que después se hallaron haber sido evidente.

También es memorable, y juran dos testigos, religiosos de toda excepción, que estando un Jueves Santo en oración Fr. Juan Díaz delante del Santísimo Sacramento, se quedó arrobado como solía frecuentemente, y al volver del rapto le oyeron decir: *Bendito sea Dios N. Sr. por sus misericordias, que ya salió para el eterno descanso la dichosa alma de N. V. P. Fr. Diego del Saz.* Y aunque se dieron por desentendidos los religiosos que le oyeron, propalada la noticia de unos en otros, cerca de la muerte del siervo de Dios, se la preguntó su confesor, a que respondió el viejo ratificándose en lo dicho, y alabando las misericordias de Dios. También se sabe que en una puentezuela que hay en una calle de la Ciudad Real, que va a la iglesia de la Caridad, se vió muchas veces, viviendo Fr. Juan Díaz, una funesta sombra, que tenía aterrada y despavorida a la ciudad. Decíase en el vulgo que sería el alma de un hombre que en aquel mismo paraje había muerto, mas no había quien se atreviese a investigar lo que fuese, antes sí todos huían de pasar por aquel lugar, especialmente de noche, y a la hora del medio día. Hízosele camino a Fr. Juan de ir por allí, o ya fuese avisado del cielo, o

instado de ruegos de algunos, o ya acaso, un día a las doce horas de él. Halló la sombra, estúvose parado como hablando con ella mucho rato, al cabo del cual prosiguió su camino sin hacer novedad. El modo que tuvieron los que lo habían visto y sabido para conocer la verdad fue desde aquella hora advertir y observar las obras y acciones de Fr. Juan, y vieron que multiplicando a sus devociones rosarios, pedía a todos le ayudasen a una buena obra, señalando a cada cual de sus familiares y devotos (que todos lo eran) lo que habían de rezar, o hacer, o misas que se habían de decir, encargándoles ofreciesen todo aquello por la necesidad que Fr. Juan sabía. Hecho esto, la sombra nunca más pareció, ni asombró en aquel lugar ni en otro, por donde vinieron en conocimiento, y fué opinión común, haber hablado a aquella alma Fr. Juan, y ella pedídole socorro, con el cual salió de penas.

Muchas veces encontrando con algunas personas en la calle, sin manifestarles ellas su necesidad, las remediaba si podía Fr. Juan, o les consolaba en sus trabajos. En una ocasión encontró a D. Juan de la Madriz, y al saludarle le dijo Fr. Juan: *Si no hay trabajos, no hay cielo.* Conociendo el caballero que le había conocido el religioso cierta aflicción interior que llevaba, le pidió le rezase una Salve, a que Fr. Juan dijo que ya la comenzaba a rezar, que tuviese buen animo que antes de llegar a su casa tendría el remedio que deseaba. Y así fué, como el mismo caballero lo juró y firmó.

Otra persona de dignidad declaró que estando una vez conversando con el V. Fr. Juan, y teniendo en su corazón algunos pensamientos indecentes, y aun pecaminosos por incentivos de venganza, le habló tales palabras Fr. Juan, que tuvo por cierto, le había conocido el interior, y que le hablaba al alma, y tuvieron tal eficacia, que no sólo confundió sus malas determinaciones, sino que a breve rato se halló del todo trocado, y encendido su corazón en amor y temor de Dios, y caridad con el prójimo. Lo cual dijo haber sabido que sucedió a otras muchas personas.

CAPITULO QUINCUAGESIMO PRIMERO

De otras cosas al parecer milagrosas que obró N. Señor por la oración e intercesión de su siervo Fr. Juan Díaz, sus raptos, y aparecimientos celestiales con que fué favorecido de Dios y de su Ssma. Madre

---

Muchas veces experimentaron en el siervo de Dios Fr. Juan los que le conocían, cosas que naturalmente eran imposibles de suceder, y con una santa sinceridad y alegría, en cosas que parecían dichos graciosos envolvía sentencias de grande edificación, profundidad y utilidad de aquellos a quienes pertenecían, y así era generalmente aclamado y nombrado de todos, con título de Santo. Otros experimentaron, así en la Ciudad Real como en

los pueblos de Tabasco, yendo el siervo de Dios a alguna demanda, que lloviendo incesantemente por la calle, o por el camino donde iba, llegando al fin de la jornada le hallaban enjuto, como si no hubiese caído sobre él, no sólo torbellinos de agua, pero ni una gota. Esta misma maravilla obró Dios muchas veces con un religioso llamado Fr. Juan de Rodas que, hallándose a la muerte del siervo de Dios, tuvo dicha de adquirir un manto suyo, y jura y certifica que siempre que con él caminó, lloviendo muchas veces sobre él, halló siempre seco el manto, el cual habiéndole tenido algunos tiempos, y experimentando en su abrigo estas y otras muchas utilidades, llegando una vez en ocasión que llovía mucho al pueblo de Tizapa, en Soconusco, y el manto con que iba cubierto enjuto, y sin mojarse; viendo esta maravilla, y teniéndola evidentemente por tal algunas personas seculares que estaban en el Hospicio común, viendo llover, y lastimándose del religioso cuando a ellos llegaba, extrañando el caso que se les hacía increíble, y tomando motivo el religioso para referir los favores que experimentaba con su abrigo, se le hicieron pedazos sin que lo pudiera resistir, porque con la fama de santidad que se había divulgado del varón de Dios, viendo por sus ojos lo que tanto admiraban en el manto seco por medio del agua, lo dividieron para reliquias, socorriendo al religioso con lo equivalente, para que no quedase desnudo.

Era su oración frecuentísima, y sus arrobos muy continuos, en que le hallaron muchas personas abstraído de sentidos en varios ademanes, ya que manifestaban gozo, ya que indicaban tristeza, según las cosas de Dios le representaba. Una vez a cosa de media noche, bajando el Guardián del convento de Ciudad Real a alguna oficina o diligencia que importaba, halló en una escalera donde había visto antes bajar por ella mucha claridad al V. Fr. Juan hincado de rodillas, y como muerto, y delante de él un globo hermosísimo de luz, en que se le apareció una imagen de la Virgen María Señora Nuestra. Atemorizado el Guardián desde el principio que emprendió como otro Moisés el ir a ver aquella maravilla, ya animándose, y ya sin atreverse a mover los pies, sintió en su corazón un soberano fervor que le alentaba, hasta ver lo que hemos dicho, y después declaró él mismo. Era este Guardián N. M. V. P. Fr. Pedro de la Tobilla, cuya autoridad vale mucho para la credulidad de esta visión, de que le quiso Dios hacer participante como a hombre tan virtuoso, para que conociese lo que a aquel humilde lego favorecía, y con cuánta grandeza le recreaba la soberana Emperatriz de los Cielos, como a su cordialísimo devoto. Llegado, pues, a la escalera el Guardián, durando el globo de luz hasta tanto que pudo conocer lo que era, desapareció quedando como muerto el siervo de Dios Fr. Juan Díaz, a quien acariciando el Prelado, cuando iba volviendo en sí le preguntó la causa de hallarle con aquel deliquioso desmayo. A que él respondió se había quedado dormido y que se rodó por la escalera, y que esta era la causa de los lastimosos quejidos que daba, ocultando como verdadero humilde el favor celestial que había recibido, y la pena que tuvo interior al desaparecérsele la visión; porque éste fué su continuo estudio, ocultar como sabio a lo del cielo, los sacramentos del Rey de la gloria, y desear ser tenido de todos por inútil, indigno de vivir

entre los hombres, merecedor de muchas penas, que deseaba padecer en trabajos y ultrajes, aunque no lo consiguió, como quería todas las veces, porque Dios que era su protector, y dueño de sus acciones, movía a los que las veían a edificación, redundando en crédito de su siervo.

Otra maravilla fué bien notable en los días de Fr. Juan, y cuando murió y fué, que siendo como hemos dicho hortelano en el convento de Ciudad Real, como siempre fué tan inclinado a la mirra de la mortificación, y en esta demanda anduviese siempre buscando yerbas amargas y de mal olor, desabridas al gusto para no tenerle en el alimento forzoso que para conservar la vida debía tomar. Entre los árboles frutales que de su mano plantó, salió uno de duraznos tan nacidos para mortificar el gusto cuanto grandes, y hermosos a la vista. Eran de tal amargor que, por poco que de alguno se comiese, quedaba como escaldada la boca, tanto como si fuesen de acíbar, o en ellos estuviese derramada la hiel. Cosa tan singular que jamás en aquella ciudad ni en ésta ni en otra alguna parte donde se da la dicha fruta se ha hallado otro árbol que le parezca. De estos acibarados duraznos comía Fr. Juan, dando a entender a los que le veían, gustaba tanto de ellos como si fuesen frutas del Paraíso. No había persona que osase mascar un bocado de la fruta, porque de sólo probarla, ascos y náuseas causaba. Sólo Fr. Juan en memoria de la hiel y vinagre que a N. Mro. y Sr. Jesucristo dieron, tenía sus días y ración, haciendo gala de lo mucho que le sabían.

Este árbol duró todo el tiempo que vivió Fr. Juan, y a los quince o veinte días de su muerte cayó un rayo en la huerta, y sin tocar en ningún otro árbol, ni aún en el mismo de la fruta amarga, sólo con el ruido y trueno le derribó y consumió sin dejar memoria de tal especie de fruta, en que conocieron todos haberlo criado la Providencia divina sólo para efecto de que se mortificase su siervo, y tuviese aquel singular merecimiento en su deseo y cordial ansia, con que pidió a Dios regalo que asemejase a la hiel que recibió en la Cruz. Otras muchas cosas se escriben de su grande abstinencia, continua mortificación y penitencias de que hemos dado ya alguna general noticia, que basta para que el prudente religioso entienda que así como los regalones buscan variedad de manjares para el gusto, y delicias muelles para pasar la vida con holgura, así Fr. Juan buscó siempre cómo mortificar sus sentidos, cuidando de cada uno, como si sólo por allí intentara el enemigo contrastar la roca inexpugnable [1] de su madura virtud. Su circunspección fué tal, que no le vió jamás persona alguna los ojos; los oídos siempre los tuvo cerrados para el mundo, y sólo abiertos para los saludables consejos de sus padres espirituales y prelados, teniéndolos como tapiados para todo lo que no era cosa perteneciente a su espíritu, porque en la realidad llegó a estar totalmente sordo. Los demás sentidos mortificó cuerdo, y sobre todo trató de tal manera su cuerpo, que como a enemigo jamás le permitió quietud ni descanso, inventando nuevos modos de acribarlo a rigores, sin tener más cama que dos tablas, y una pieza sencilla de jerga, una piedra por cabecera y aun reputando esto por regalo, era su continuo pasar la noche en el coro, o la escalera.

---

(1) Impugnable decía la edición de 1716.

Padeció (como atrás hemos apuntado), muchos insultos de los demonios que envidiosos le procuraban perturbar tratándole mal, y haciéndole muchas burlas pesadas. No fué sólo una la que le hicieron de esconderle las llaves en el pozo: mas, como ya sabía Fr. Juan el remedio, S. Antonio era quien se las sacaba de él, cuya efigie descolgaba para conseguirlas. Ya era tan público en Ciudad Real el modo que Fr. Juan tenía para que pareciesen las cosas perdidas, que ocurrían a él las personas a quienes sucedía semejante trabajo, con seguro de que por su diligencia habían de conseguir lo que se les perdiese. Una señora pobre, habiendo enviado a un niño suyo al molino con dos fanegas de trigo en una bestia, para que se le moliesen; como era el niño pequeño, no pudiendo sujetar al bruto que llevaba la carga, se le huyó en la entrada de la noche, sin que pudiese él ni alguna gente que se le allegó halarle, entrándose a algunas malezas, de suerte que se desapareció. Volvió el niño a la ciudad, y por no ir a dar tan mala nueva a su pobre madre, se vino al convento a rogarle a Fr. Juan Díaz le apadrinase, para que no le azotasen. El siervo de Dios sabido el trabajo del pobre muchacho, y considerando ser todo el caudal de su pobre madre el que se había perdido, se bajó con él a la huerta a aquella misma hora, llevando su S. Antonio. Hecha su oración, y piadosa plegaria al Santo, le prometió que si parecía el caballo y trigo perdido, le pondría en su caja sahumada, y le rezaría tales o tales cosas.

Allí, con el mismo muchacho, habiendo descolgado al santo, rezó trece *Ave-marías,* y otras tantas veces el *Pater noster,* con el *Ave-maria* a coros los dos, y quedando un breve rato suspenso, se levantó repentinamente, sacó la efigie del Santo, y la llevó a colocarla en la arquilla que había propuesto, y le dijo al muchacho se fuera en paz, porque ya había llegado a su casa el caballo con el trigo; y su madre estaba cuidadosa de que volviese sólo sin que lo hubiese llevado persona alguna. Hízolo así el niño, y supo lo que después fué público, que estando ya acostada su madre, sintió ruido en la puerta que el mismo caballo hacía con las manos; y saliendo a ver lo que fuese, halló que venía cargado con el trigo, y no parecía persona alguna que lo hubiese traído. A este tiempo llegó el muchacho, descubrióse el caso, túvose por milagro de S. Antonio y se atribuyó como otros a la oración del siervo de Dios Fr. Juan. Esta, y otras cosas maravillosas contaba el Capitán Don Antonio Mazariegos (según escribe el R. P. Jubilado Fr. José de Moreira) que por ser ya difuntos me excusa de la diligencia que podía hacer, especificando más alguna de las muchas cosas que de este siervo de Dios se dicen.

Llegó a tanto el socorro del pozo, que enojado el demonio de ver la facilidad con que Fr. Juan prevenía el remedio a muchas cosas que pudieran ser muy nocivas a la conciencia, amenazó muchas veces al siervo de Dios que le habría de echar en el pozo para ver si de allí le sacaba su portugués. Y de hecho en más de dos ocasiones le quiso lanzar en él forcejando, e impeliendo de una parte a otra, y maltratándolo hasta dejarlo lastimado y herido. El siervo de Dios callaba y sufría, y armado con la santa cruz y rosario resistía. Vió una vez desde la celda el Guardián que el santo viejo an-

daba como defendiéndose, y sin ver quién, conoció que el motivo era violento de una parte a otra al rededor del pozo. Observó todo lo que pasaba, y viendo venir a Fr. Juan cansado, santiguándose, como que venía de algún largo camino, y hubiera escapado de algún gran peligro, le llamó para sí a la celda, y poniéndole precepto para que dijese la verdad, el siervo de Dios le declaró todo lo que había, y la amenaza que el demonio le tenía hecha. El prudente Guardián, aunque conoció que a Dios le era muy fácil el librar a su siervo de aquel precipicio, hizo cegar el pozo del todo para que el demonio quedase burlado, sin que se empeñase la Omnipotencia en hacer milagro: confundiendo con esto la soberbia y cautela del enemigo.

Muy recién llegado el V. Lego al convento de Chiapa sucedió otra maravilla que el siervo de Dios atribuyó a S. Diego; y fué, que una señora viuda, llamada Fulana de Palacios, estaba edificando una pobre casa en qué vivir, en un sitio junto al convento de N. P. S. Antonio; como el principal material para edificio eran adobes, se congojaba mucho la dueña de que le extraviaban el agua para hacerlos otras personas que tenían obra distante de la suya. Ocurrió con sus quejas a S. Diego de quien era muy devota, y estando de rodillas ante su altar, salió a componer el material Fr. Juan Díaz. Llamóle la señora, y le dijo encomendase a Dios un negocio que le afligía. Respondióle: *Tenga fe, señora mía, que en muy buenas manos ha puesto su petición, haga lo que ese Santo Lego le dijere, que tendrá buen efecto.* Oyó Misa la devota mujer, y como si le hubiesen dicho lo que había de hacer, movida de secreto impulso, se fué a un paraje a propósito e hizo cavar. Fué tan dichosa la devoción, que brolló una fuente de agua clara, no sólo suficiente para la necesidad presente, sino muy buena para beber, y medicinal para enfermedades. Atribuyóse (como era razón) a S. Diego el beneficio, pero el hecho manifestaba haber tenido no pequeña parte en el milagroso socorro Fr. Juan. Así lo declararon después de muerto el siervo de Dios los que supieron cómo sucedió.

Muchas memorias hay en Ciudad Real de esta fuente, y la llaman *el Pozo de San Diego,* por la tradición de la maravilla. El agua de él ha sido de muchas utilidades, y la tienen por milagrosa para achaques de llagas y dolores. Muchas cosas se cuentan que ha obrado Dios usando de ella, bebida, y para lavar úlceras, y males del cutis, pero sólo hallo especificado lo que le sucedió a Francisco Gómez, vecino de Cuidad Real, hallándose con una pierna muy atormentada de una erisipela, que estaba en peligro de acancerarse. Notificándole el cirujano el gran peligro que tenía, envió a traer agua del pozo de S. Diego, e invocando al santo con fe y devoción, sintió notable alivio, y repitiendo aquella curación, haciendo promesa de hacer una confesión general y otras obras espirituales, experimentó tanta mejoría que sin otro medicamento, dentro de pocos dias se vió sano, admirándolo todos, y en especial el cirujano que ya prevenía instrumentos para cortarle. Omito otras noticias, así por ser generales, como porque no les hallo la autenticación que a las referidas.

CAPITULO QUINCUAGESIMO SEGUNDO

Que trata de una inundación gravísima que padeció la Ciudad Real de Chiapa, viviendo en el convento de N. P. S. Antonio de ella, el siervo de Dios Fr. Juan Díaz, y cómo la libró Dios por su intercesión con una manifiesta maravilla que obró

Siempre ha estado ocasionada a mucho trabajo la Ciudad Real de San Cristóbal de los Caballeros de Chiapa, a causa de estar situada a modo de una temblorera o bernegal, rodeada de sierras sin tener alguna abra por donde desagüen las vertientes de todas ellas, y los hermosos ríos, fuentes y arroyos de que se hermosea y mantiene. Y a no haber dispuesto la divina providencia ciertos sumideros, que son cinco ojos, aberturas, o grietas en peña viva, por donde desagua toda la ciudad, y caminan los raudales como ocho leguas debajo de tierra, no pudiera menos de hacerse una muy profunda y hondable laguna toda la ciudad y valles de ella, que se contienen en el circulo de las sierras como en un anillo. El año de 1592 se anegó dicha ciudad, de suerte que peligraron muchas personas (según escribe el libro Historial del depósito del convento de N. P. Sto. Domingo de esta ciudad) y totalmente se inundara si la buena diligencia no hubiera acudido con tiempo, antes que subiesen las aguas, a limpiar y destapar los ojos, o aberturas, quitando de ellos algunos animales muertos, maderos y piedras, que no dejaban pasar el agua.

No fué así el año de 1651, por haber sido mayores las causas de ataparse y cegarse los cauces y respiraderos del agua. Fueron aquel año muchísmas las aguas en los fines del mes de septiembre y principios del de octubre. Insensiblemente fué creciendo el daño, y tapándose los acueductos con las inmundicias que otras veces, cuando una noche, cerca de la fiesta de N. P. S. Francisco, a deshora reventó un cerro que llaman Gueitepeque, que quiere decir *cerro grande,* y echando de sí con grande violencia muchos ríos de agua y piedras muy grandes, rollizas y de todo género, llevadas éstas y muchos maderos de los árboles que cayeron, bestias muertas, y casas enteras del barrio de San Diego y de San Antonio, toda esta broza atapó los sumideros del agua tan del todo, que siendo ya imposible el limpiarlos por haber subido el agua muchas varas en alto, crecía el daño por instantes, porque no cesaba de llover, ni de entrar los ordinarios ríos y aguas, y las que de nuevo salieron del reventado cerro, y puso a la ciudad en el último peligro. No se andaba por ella, aun en las partes más altas, sino en canoas, sirviendo algunas, en que bebían los caballos en las caballerizas, de embarcaciones para poderse socorrer de unas partes a otras porque hubo pueblo o barrio, que quedó como una isla, rodeada por todas partes de hondable agua. No fueron estos socorros tan sin peligro, que no muriesen en algunos de ellos ahogados algunos indios, y aún un español, que preciándose de gran piloto que era, se puso a riesgo, y pereció temerario.

Muchas maravillas se cuentan obró N. Sr. en esta ocasión, especialmente con algunas imágenes como fué la de un crucifijo, que estaba en la iglesia o ermita de los mexicanos, que habiendo derribado el agua la iglesia sin dejar pared alguna con todo lo que en ella había, quedando el santo crucifijo (según se testifica) fijo sobre las aguas, y erecto, como si estuviera fijado en alguna peaña inmóvil, durando esta maravilla mientras duró la inundación, y peligro, que fueron más de treinta días. Otra imagen del glorioso apóstol S. Pedro, que no hubo oportunidad de sacarle en tanto conflicto de la iglesia, o ermita en donde estaba, y habiendo padecido naufragio, al cabo de él fué hallada aún más hermosa de lo que era, sin que se le lastimase cosa alguna, ni aun se le desprendiesen de la mano unas llaves de madera que de un cordón pendían; sólo quedó la imagen con un género de palidez, que la hace más venerable. Una imagen de N. P. S. Antonio parece que esperaba a que la sacasen de su templo, para que todo él se viniese abajo y arrasase. Lo mismo sucedió con la de S. Diego en su iglesia, y aun con un religioso de N. P. Santo Domingo en Chiapa de Indios, que habiéndose determinado a no dejar la iglesia, y ocurrido al coro a pedir a Dios en tan horrible trance, usase de misericordia con aquella ciudad, y provincia; crecieron tanto las aguas, que anegado el convento, fué no pequeña dicha poder ser sacado, con un cordel, del coro, lo cual hecho todo el edificio se arruinó.

Hiciéronse en aquellos días muchas plegarias, deprecaciones y penitencias, sacando al Santísimo Sacramento, y las imágenes de devoción de aquella ciudad a vista del peligro, suplicando a Dios y a su santísima Madre, mitigase el rigor de su justicia, porque sin duda parecía especial castigo de aquella ciudad y provincia esta terrible calamidad, como había predicho el siervo de Dios Fr. Juan Díaz, reprehendiendo a algunos jueces, y superiores ciertas injusticias notables en que recibían mucho daño los pobres. Mas todas estas plegarias parecía que no llegaban a Dios, porque el mal crecía, el daño se aumentaba, y ya el agua cubría los techos de muchas de las casas de las cuales los moradores habían tenido a dicha escapar con las vidas, y haberse retraído a las más altas sierras, muchos sin sustento, casi todos desnudos, y todos esperando por horas la muerte. La ciudad por la parte baja era un mar, y los vivientes que se solían ver eran muchas aves marinas, y otros géneros de volátiles nunca vistos en tierra. Los montes se veían poblados, aunque con tan corto albergue, que el agua que del cielo llovía bañaba a todos. Los nortes y vendabales eran tan desusados y nunca vistos, que a todos horrorizaban, lastimaban y presagiaban fatal acabamiento.

No bastó la mucha diligencia que el cristianísimo celo del Maesse de Campo D. Alonso de Vargas Zapata y Lujan, Caballero del Hábito de Santiago, y Alcalde Mayor de aquella Provincia, aplicó por sí y por las justicias inferiores a buscar el remedio, porque como no era cosa dable ni aun imaginable el poder hallar buzos que descendiesen como otras veces a destapar los sumideros, porque no había árbol de que pudiesen fiarse las sogas y cordeles, como en otras ocasiones, ni había ingenio ni arbitrio para desviar las pesadísimas piedras, animales, troncos y basura, que constipaban aquellos cauces, que la providencia divina dispuso para evadir las aguas, todo era

confusión, todo llantos, todo plegarias y lamentos, temiendo por instantes los crecimientos que por sus ojos veían, como si el agua quisiera subirse hasta las nubes. Ya los conventos de los religiosos estaban desalojados, y aun los que están fundados en lo altozano y parte superior, temían el peligro, en que necesariamente incurrieran, sí no cesaba la obstrucción de los sumideros. Las señoras religiosas, dispuesto su convento, ya determinaban salirse por orden de su Prelado, y disposición del alcalde mayor, que en lo alto de una sierra, les tenía prevenida una ermita, donde esperasen lo que Dios dispusiese de ellas.

En todo este tiempo encendida la caridad de N. V. Hermano Fr. Juan Díaz, no cesaba de ejercitarse en cuantas obras de caridad podía, y en pedir instantemente a Dios misericordia para aquella ciudad, enviando por mensajeros muchas oraciones, suspiros, y lágrimas, y rigurosas disciplinas, y extrañas mortificaciones, sin poder recabar en tantos días el que Dios mitigase sus enojos. Bien es de creer de su caridad fervorosa pidiese a Dios, cual otro Moisés, el que perdonase al pueblo, aunque él careciese de los favores que de su liberal mano recibía, o que si no mitigaba su justísima ira, le castigase a él también, pues en su humilde estimación y conocimiento propio se reputaba por tan indigno de conseguir su petición, que como verdadero hijo de S. Francisco, a imitación de su Padre y nuestro Seráfico, se tenía por el mayor de los pecadores. Mas, como Dios no corta en los fines su misericordia, ni se olvida de tener piedad con sus criaturas, y más si las halla contritas y arrepentidas de sus pecados, plugo en esta ocasión, como en otras muchas, a su divina providencia, aplacar la ira de su Justicia, por la interposición, y ruegos de su santísima madre a quien empeñó Fr. Juan por abogada en tan desesperado trabajo e infausta calamidad.

Habiendo estado Fr. Juan en muy prolija y fervorosa oración ante una imagen de Ntra. Sra. que llaman *del Populo,* se quedó como otras veces absorto, fijos en la santa efigie sus llorosos ojos por mucho intervalo, del cual rapto volviendo, dijo estas palabras: *Bendita séais, Señora, por esta misericordia;* así lo jura y declara de su misma letra y firma el R. P. Fr. Francisco Becerra, que a la sazón se hallaba en el convento de Ciudad Real, y después fué Provincial de esta santa Provincia. Salió pues Fr. Juan como un rayo, y se fué hacia el convento de Ntra. Sra. de las Mercedes, que está a la salida de la ciudad hacia la parte del Poniente, y pasando por el monasterio de las religiosas, como tránsito preciso, volvió el rostro hacia la ventana del coro, y por ella se le manifestó Cristo Sr. nuestro en una forma hermosamente deleitable, cercado de claridad y resplandor, siendo así que lo que veían los demás que le acompañaban, era un Santo Ecce Homo, muy devoto y milagroso, que las dichas monjas tienen en el coro, de muy venerable presencia, esculpido de mano de un sacerdote clérigo, llamado Juan de Figueroa. Esta efigie era la que veían los otros, pero a Fr. Juan se le representaba un hermosísimo mancebo, que con rostro benigno, y muy alegre, parecía quererle acompañar en la obra que iba a hacer, que como dijo nuestro Jaye, Dios aparece a los suyos conforme a la necesidad y espíritu de ellos, y en tal forma, que por ella se signifique lo que intenta. Así fué

en esta ocasión, el aparecimiento y representación hecha al V. Fr. Juan. Miraba el cuidadoso mancebo, resplandeciente, que por la ventana del coro de las monjas se le manifestaba, y como objeto voluntario ya se le ofrecía cognoscible, ya se le ocultaba amoroso, fundiendo en su ánimo indecible valor para la acción y hazaña maravillosa que hizo.

Esta fué que, cogiendo el bordón que llevaba (o ya fuese una estaca como dice el común) lo fijó en el suelo a un paraje que le pareció oportuno, donde ya las aguas iban llegando, y en nombre de Dios las mandó se recogiesen asegurando a todos, más con la misma acción que con palabras, que de aquella señal y término no habían de pasar. Así sucedió enfrenando las ondas su ambición, y fué desde luego tan fijo el concepto que se hizo de aquella hazaña maravillosa de Fr. Juan, que nadie dudó en que sería así como él lo anunciaba, y como con efecto evidentemente se conoció, porque disponiendo Dios el que rompiese por alguno de los sumideros el agua, fué lentamente bajando, al paso que cesando los raudales de la reventazón del cerro y lluvias, y faltando la fuerza y copia de las aguas al entrar, y atenuándose las que estaban rebalsadas por comenzar ya a salir y desaguarse, dieron lugar a que pudiesen valer las diligencias para acabar de destapar las cinco aberturas, no sin grandísimo trabajo, pujanza de gente, y afanes que duraron muchos días. Y aun socorrido el peligro, quedó bien que hacer para limpiar el mucho cieno ya pútrido y pestilencialmente hediondo que inficionaba el aire, causado de las inmundicias, animales y hombres muertos, que en treinta y tantos días que duró este horrible trabajo se empodrecieron, y causaban en todos grima y horror.

Quiso la divina Majestad sacar de tanto mal tanto bien, porque, como dijo S. Agustín, de tal suerte es Dios omnipotente, y tan perfectamente es bueno, que no permitiera males en el mundo, si de ellos no hubiera de sacar su altísima providencia bienes, a que aludiendo nuestro Lira, hablando del suceso de Jonás, aplica esta sentencia del Sol de la Iglesia S. Agustín a las utilidades y conversiones que se siguieron a su inobediencia, al modo que la Iglesia N. madre llama feliz a la culpa de N. P. Adán por haber sido, en cierto modo motivo para que tuviesemos la dicha de que se vistiese de nuestra carne para reparar el género humano, el Divino Verbo. Fué este estrago que padeció la Ciudad Real de Chiapa de grande utilidad espiritual a los hombres, porque cesaron muchas guerras civiles que había entre los vecinos, muchas iniquidades que se hacían, muchos y graves pecados que llegaron con sus voces al cielo, pidiendo a Dios contra los hombres castigos, como testificó el muy noble Alcalde Mayor D. Alonso de Vargas, haber tenido noticias ciertas de España de que estando un religioso en oración al mismo tiempo que acá en las Indias la ciudad de Chiapa estaba en aquella aflicción, tuvo cierta revelación que su prelado le mandó declarase, y fué que estando sentenciada de Dios una ciudad en las Indias, a que fuese inundada, y pereciese por graves delitos que excitaba la divina justicia, la libraba y perdonaba Dios, por medio de un religioso lego de la Orden de S. Francisco, de santa vida que en la misma ciudad se hallaba. En esta misma ocasión de noticias de España, las tuvo dicho Alcalde Mayor de la muerte de algunos deudos y parientes suyos

de mucha estimación, de que mucho antes le había noticiado Fr. Juan Díaz, diciéndole que así como en las prosperidades nos debemos alegrar y dar gracias a Dios, así en las adversidades que vienen de su poderosa mano, admitiéndolas como regalos, como lo son las muertes de parientes y pérdidas de haciendas. Esto declaró años después dicho Alcalde Mayor, con toda aseveración y testificación, comprobando con lo público y notorio estas y otras maravillas, que Dios obró por su siervo Fr. Juan, eligiéndole siendo tan humilde y de tan inferior esfera en el mundo, para restaurar la Ciudad Real de Chiapa, y confundir los sabios y soberbios, que no cabiendo en sí, tampoco tienen cabida con los otros.

CAPITULO QUINCUAGESIMO TERCERO

Que trata de la antelación con que el siervo de Dios Fr. Juan conoció se le llegaba la muerte, disposiciones que hizo, temiendo la divina justicia, causas que se conocieron de su acabamiento y de su dichoso tránsito

---

Por no repetir algunas cosas de las que quedan escritas, no pongo en este capítulo a la letra dos testimonios jurados y firmados de dos religiosos, uno de la Orden de Ntra. Sra. de la Merced, llamado Fr. Alvaro de la Cerda (ya difunto), su fecha en 4 de Octubre del año de 1656, que fué en el que pasó de esta vida al señor el siervo de Dios Fr. Juan. El otro es el P. Fr. Juan de Rodas, religioso de Ntra. Orden, en el cual, como en el antecedente, se contienen demás de muchas cosas de las que quedan escritas, las que sirven de materia a este capítulo.

Desde los fines del año de 1655 andaba preguntando Fr. Juan, así a su confesor, como a otros religiosos, cuándo era la Quincuagésima. Y respondiéndole al propósito, solía instar en que le explicasen el tiempo que faltaba. Desde cuándo se le conoció este deseo, fué desde el mes de Junio de dicho año, y cuanto más andaban los meses, más se fervorizaba en inquirir, y preguntar cuándo era la quincuagésima. Respondíanle, preguntándole para qué lo quería saber. Y respondía: *Para saber;* y con su acostumbrada alegría tal vez añadió, *aquel que se salva sabe, que el otro no sabe nada en esta vida prestada.* Estas preguntas que solía hacer repetidas, como el santo viejo estaba sordo, y solía reírse, sin que supiesen de qué los circunstantes, y otras veces se pusiese tan circunspecto, cruzados los brazos, y cerrados los ojos, que parecía un difunto, fueron motivo de que algunos entendiesen era caduquez lo que en la realidad era contemplación y prevención para morir. Encerrábase aún más que otras veces, y hacía su oficio funeral haciendo él, el papel de difunto, y con mucha propiedad lo representaba, porque como era tan enjuto de carnes, que parecía un esqueleto, y doblaba tanto las dis-

ciplinas y continuo ayuno, llegó a estar casi traspillado, y que apenas se podía tener en pie. Otras veces le brotaba al rostro una tan santa, y tan extraña alegría, que edificaba a todos, mezclando con devotas lágrimas muy honesta risa. Sus confesores bien sabían la verdad, que son los dos que la declaran, y otro religioso que fué Padre espiritual suyo mucho tiempo, que ya es difunto, llamado Fr. Diego Lince, de quien adquirimos muchas noticias, aunque no con la solemnidad de testimonio en forma, por la poca curiosidad de quien le recibió el juramento.

Como el Guardián veía al siervo de Dios tan fatigado y consumido, le procuró estorbar algunas de sus mortificaciones, si bien después con mejor conocimiento le dejó a su dictamen y prudencia, de lo que conocía en su interior. Ninguno rastreó el intento que tenía en la pregunta que repetía, mas siempre la tuvieron por misteriosa, y esperaban ver lo que sucedía en el día de la quincuagésima primero siguiente del año de 56. Reconciliábase por instantes, reproduciendo en las confesiones todas cuantas había hecho desde la primera, y certifican sus confesores estar ciertos que murió con la pureza virginal, y que desde que fué religioso no pecó mortalmente, y que en los últimos tiempos, como cosa de dos años, no hallaba en su conciencia ni aun un pecado venial grave. Su oración era ya casi continua, porque como el Guardián le había mandado que estuviese recogido en la celda, y no frecuentase la cultura de la huerta por tener otro religioso lego, todo lo más del día y de la noche se daba a esta santa ocupación. Visitábanle a horas competentes los religiosos, ya para reconciliarle, ya para animarle, y le hallaron muchas veces como muerto, hincado de rodillas, sin más aspiración que algún aliento muy tenue, que aplicándole la mano a la boca se sentía. Mas aunque pasasen por delante de los ojos, que tenía abiertos, la mano, o la candela, los continuaba tan fijos como si estuviese muerto.

Otras veces le llevaban alguna cosa de la celda, sin que él le conociese, según estaba de abstraído de sentidos. Otras le hallaban con una imagen de Cristo S. N. Crucificado, aplicado a su rostro, abrazado con él, y puesto de rodillas, en unos deliquios muy tiernísimos, anegado en lágrimas, pero sin sentido alguno, durando en estos arrobos por largo espacio de tiempo, como insensible. En una de estas ocasiones, como ya los religiosos tuviesen costumbre de no estorbarle, dejándole en aquella disposición, como otras veces volvió de allí a grande rato su confesor, como que venía de nuevo, y preguntándole con palabras cariñosas si había menester algo, respondió que se abrasaba de sed; y diciéndole que porqué no bebía, pues nadie se lo estorbaba, respondió el venerable viejo: *Este cuerpo me lo estorba; mas, poco falta para que beba y me sacie.* Entendiólo el confesor en el sentido que hablaba, deseando beber las aguas vivas de las fuentes del Salvador, y saciarse, como escribe David, cuando manifestare Dios al alma su hermosura suma. Con todo esto, dándose por desentendido, y habiéndole reconciliado, le volvió a preguntar si había menester algo. A que el santo viejo, cogiendo la candela en la mano le dijo: *Me voy.* Preguntóle el confesor que a dónde, y dijo, que una noche de aquellas había de ir a dar cuenta ante el tribunal de Dios y anegado todo en sollozos, decía: *¡Ay de mí, Dios mío! Cómo he de padecer allá, bien merezco que forméis nuevo infierno con el dolor de todos los con-*

denados, para castigarme; pero también conozco que siendo toda mi vida pecados más podéis vos perdonar que yo, pecando, pecar. Confortóle el confesor, y le dejó en su llorosa oración, y jaculatorias, y advierte que ésto sucedió siete días antes que muriese.

En otras ocasiones dió a entender lo mismo, llorando amargamente el no haber servido a Dios como debía ser servido, y ser ya el tiempo que le quedaba de vida muy corto, para hacer penitencia, porque conocía al paso que necesitar de ella, que se iba resolviendo la tierra de su cuerpo en la que fué formado. Corriente fué que se le apareció la Virgen Sra. Nra. rodeada de resplandor varias veces, y le consolaba en aquel desflaquecimiento y anihilación que padecía. Porque cerca de ocho meses antes de su muerte llegó a estar casi sin calor natural, y que los más días trompicaba tres y cuatro veces. Mas no por esto cesaba de su oración, y de rezar todos los días el Oficio Parvo, y el de difuntos, y el Divino de su estado, sin faltar en cosa alguna de lo que en salud había acostumbrado. Sólo sentía y lloraba amargamente el no tener licencia para ir a trabajar a la huerta, y se reputaba por indigno del sustento que se le daba, hasta tanto, que el prudente Guardián por consolarle le permitió el que pudiese ir algunas veces al corporal trabajo del cultivo de la hortaliza, en que se había criado.

Desde ocho días antes que Dios le llevase, al paso que Dios le añadía favores, el demonio le hacía nuevas y muy horribles y extrañas persecuciones. Vez hubo que desde la puerta del coro, lo levantó en alto, y lo precipitó y arrojó visiblemente, en presencia del P. Fr. Juan de Rodas, por una escalera de once escalones, en que se lastimó y quebrantó el siervo de Dios; a quien sólo se le oyó decir repetidas veces: *Bendito sea Dios;* y otras *Gracias sean dadas al Señor.* Ayudándole a levantar todo estropeado el dicho P. Rodas, le dijo el siervo de Dios que no había de ser aquella la última caída, y que de otra y otras se le había de originar la muerte en breve tiempo. Así sucedió, porque como todas las mañanas después de la disciplina que tenía desde las cuatro a las cinco, se iba a ayudar a Misa a la Iglesia, sucedió que teniendo el siervo de Dios en la mano las vinajeras, le dió el enemigo tan impetuoso envión, que arrojó por alto las vinajeras, y el pobre viejo cayó amortecido en el suelo, y estuvo mucho espacio de tiempo sin habla. Mas, constante siempre, resistiendo aquella persecución declarada, cuanto más el demonio le perseguía, y procuraba aterrorizar, él se ejercitaba más en actos de profunda humildad y más severas mortificaciones, ayunando casi al traspaso mientras más peloteado. En estos combates pasó aquellos últimos días, pero cuanto más rigurosos eran, tanto más abundantes las divinas consolaciones alegraban su alma, y le confortaban en todo.

Cuatro días antes que Dios se le llevase, estando en la huerta cavando con una azada a la hora del medio día como acostumbraba, tocaron a comer, y habiéndole avisado que ya era hora (porque estaba totalmente sordo) fué como verdadero obediente al refectorio, diciendo antes al que le avisó, ahora verá la caída que doy. Y fué así, porque entrando por la puerta del refectorio, le dió el demonio un empujón que le arrojó sobre el quicio, y aunque le lastimó, se levantó riendo y diciendo: *Todavía falta.* Acabada la mesa, dió en el mismo lugar del quicio de la puerta otra caída horrorosa,

que le lastimó notablemente, y le acribó todo el rostro. Fué tal este golpe y quebrantamiento, que ya no se pudo levantar, ni aun ayudado de los religiosos, y así le cargaron casi muerto y sin habla, y le llevaron a la celda, acostándolo en su pobre cama, de donde no se levantó más, mientras vivió. Asistíanle los religiosos con toda vigilancia y caridad, más no le podían defender de los intempestivos insultos diabólicos, por más que acudían prontos al socorro. De la cama fué arrojado al suelo una vez, acabándose de lastimar y quebrantar todo el cuerpo.

Así pasó aquellos días que le quedaban de vida, haciendo continuamente muchos actos de amor de Dios, y viviendo sólo para El. Llegóse el domingo de la Quinquagésima, y como los religiosos estaban en cuenta de lo que el siervo de Dios había procurado saber cuándo se llegaba el tal día, llegó uno, y le dijo en voz que le entendiese: Hoy es la *Dominica Quincuagésima.* A que respondió el venerable viejo, repitiendo el *Bendito sea Dios,* con mucha alegría, y prosiguiendo con las palabras del Evangelio: *Ecce ascendimus Ierosolimam & consummabuntur omnia &.*

Mostró desde aquel instante mucha tranquilidad e indecible alegría, que confortaba y consolaba a cuantos le veían, no sólo religiosos sino aún muchas personas que confluían a verle. Fué tanto el concurso, que aun estando vivo tuvo lugar la devoción, valiéndose de la opinión [1] de la gente en la ciudad del venerable religioso, de despedazarle el hábito que tenía puesto, casi sin que lo sintiese. No dejaban estaca en pared que no llevasen como por reliquia, por más que les impedía el prudente Guardián, obligándole el numeroso concurso a usar de palabras que parecían ásperas para echar la mucha gente, que había entrado en el convento.

Cerradas las puertas de él al tiempo de las oraciones, y estando los religiosos asistiendo a su hermano a quien veneraban con el cariño, que se deja entender, pidió le diesen el sacramento de la Extremaunción, que sólo este *adiuvamen* le faltaba para que se consumase su feliz carrera. Recibido con mucha devoción este último conforte, y habiendo pedido humildemente a los religiosos perdón de sus defectos, como se acostumbra en la Religión, y que le encomendasen a Dios porque lo necesitaba; llegada la hora en que aquella dichosa alma había de pasar (como piadosamente creemos) a las delicias eternas, en una suavidad y tierno deliquio se quedó como arrobado y suspenso, por tanto intervalo, que habiéndole cantado el *Credo* y otras oraciones, no volvió tan presto, durando desde las ocho hasta más de media hora aquel arrobo, que juzgaron todos por último, volvió del rapto diciendo clara, y distintamente: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi;* y volviendo a fijar los ojos en el santo crucifijo que delante tenía, se quedó en este ademán, inmóvil, sin dar seña alguna de expirar, hasta que la quijada y barba se le cayó sobre el pecho, que fué el único indicio de haber fallecido, poque los ojos le quedaron abiertos y claros por mucho espacio de

(1) La edición de 1716 decía opresión.

tiempo. Fué su dichoso tránsito en el dicho día domingo de la quincuagésima, que se contaban veinte y seis de Febrero del año de 1656, cerca de las nueve de la noche cumpliéndose en todas las circunstancias que ocurrieron lo que él había predicho, conociendo todos los religiosos, y penetrando lo que enfáticamente le habían oído.

CAPITULO QUINCUAGESIMO CUARTO

Del solemnísimo entierro y aclamación funeral que se hizo al siervo de Dios Fr. Juan Díaz; maravillas que cuentan haber obrado Dios por él, y sentimiento grande que causó a todos su falta

---

Como era Fr. Juan Diaz el padre universal de los pobres, que se quitaba de la boca el sustento para socorrer a los necesitados, el consejero de las materias arduas y dificultosas, el que ayudaba a todos los que se hallaban en el último trance de su vida, el que mediaba en cuantas materias había de disgusto y pena en la Ciudad Real de Chiapa, y el que tenía licencia para decir e informar a los Jueces y Justicias la verdad, para que no fuesen defraudados de ella los que la tenían, y aún haciéndose él culpado muchas veces, pidiendo le encarcelasen por redimir al inocente. Y finalmente, como era el siervo de Dios tan venerado de todos, y a todos tan grato, que universalmente le llamaban el santo Fr. Juan Díaz, fué el dolor y sentimiento generalmente tan grande, que muchos hombres y mujeres decían con muchas lágrimas, tuvieran menos dolor y sentimiento si el hijo más querido les faltase, que el que sentían con la pérdida y fallecimiento de tan buen padre, hermano, hijo y prójimo, de quien tanto bien y obras caritativas habían todos recibido. No quedó persona en toda la ciudad, grande ni pequeña, que no concurriese al convento a ver, llorar y venerar delante el féretro donde estaba. El hábito con que murió se le acabaron de hacer pedazos, de suerte que el devoto Alcalde Mayor, por quedar con los últimos que tenía el cadáver, dió un hábito nuevo para que le amortajasen. Y aun éste le volvieron a hacer pedazos, sin que pudieran resistirlo ocho alabarderos que hizo poner en custodia del venerado cuerpo. No bastaba el que el prudente, celoso Guardián riñese, y con palabras ásperas exhortase a las personas que ocurrían, aun amedrentándolas con que incurrían en excomunión si llegaban a tocar el cuerpo; no porque así fuese, sino por aterrar al piadoso vulgo que daba veneraciones como a Santo al difunto. No bastó esta ni otras diligencias que se hicieron, ni el asistir con los soldados de guarda los religiosos para escapar el hábito que nuevamente le habían puesto. Rasgáronlo como los otros dos, y aun por aína le corta un dedo un religioso grave de la Orden de N. P. Sto. Domingo, llamado Fr. José de Lara, que como quien conocía, y había comunicado al siervo de Dios hacía de él el aprecio que se pudiera hacer del cuerpo de uno de los bienaventurados de la gloria.

Desde luego comenzó Dios a manifestar la gloria de su siervo (que piadosamente creemos goza), porque llegando aquella misma noche al cuerpo difunto un mancebo que venía todo llagado de enfermedad de lamparones, y tullido, aplicando la garganta, y poniéndola sobre el rostro del siervo de Dios, dentro de poco tiempo se halló sano y bueno de una y otra enfermedad, como lo testifica y jura, dando fe de ello el P. Fr. Juan de Rodas. El mismo y los otros testigos dicen que estando el siervo de Dios todo maltratado en el cuerpo y en el rostro, así de la llaga que tenía en las espaldas, causada de las disciplinas, y de las otras úlceras que le habían hecho los cilicios, como también de los muchos golpes y estropeamiento con que lo había quebrantado el impulso del enemigo, todas aquellas materias casi empodrecidas, desde que el siervo de Dios murió, exhalaban una suavísima fragancia que deleitaba los sentidos, la cual comparan los declarantes al olor del bálsamo. No era materia pútrida la que se veía, y atrectaba sino un licor aceitoso, que una vez tocada la mano en él, no se perdía su suavidad en muchos días, aunque se hiciesen repetidas diligencias y lavatorios. No porque causase fastidio, sino por hacer experiencia de lo que tenían por soberana maravilla. Y aun después de siete años, que se registró su cuerpo (como diremos después) fué hallado con estas mismas regalías y manifestaciones piadosas de algún privilegio soberano.

Otras muchas maravillas se dicen que sucedieron con el cadáver antes de darle sepultura. La cual aceleró el P. Guardián, por no dar lugar a la conmoción grande de los pueblos comarcanos, que ya, como avisados con secreto impulso y moción se venían a la ciudad y convento, publicando a voces venían a ver al santo Fray Juan Díaz. Ni aun dió lugar la mucha aceleración del oficio de la sepultura a que llegasen algunos religiosos que a toda prisa venían para hallarse en las exequias del siervo de Dios. Pero le honró Nuestro Señor con que actualmente hubiese copia de religiosos en el convento de N. P. Sto. Domingo de aquella ciudad, a causa de haberse congregado para elección de Prior. Uno que se hallaba con el P. Fr. Diego Lince once leguas distante de la ciudad, que era en el pueblo de Zocoltenango, y acelerando los dos el viaje a la ciudad, testificó una maravilla que obró Ntro. Señor por medio de unos pedazos de hábito del P. Fr. Juan Díaz, lo cual sucedió en esta manera. Llevaba consigo el P. Fr. Diego Lince unos pedazos de sayal que habían sido de un hábito del siervo de Dios Fr. Juan, quien se los había dado para remendar el suyo, que estaba maltratado. Había en el pueblo de Zocoltenango una mujer muy devota de N. P. S. Francisco, que tenía un hijo muy enfermo de calentura, que le solían durar sin mitigación alguna treinta y dos horas. Estaba tan transparente el enfermito, que parecía un esqueleto, de hidropesía, originada de la destemplanza de los humores y ardor de la fiebre, que no le permitía apetecer otra cosa que agua. Rogóle la mujer dijese un Evangelio, y una oración de N. Seráfico P. sobre el niño enfermo.

El P. Fr. Diego, acordándose de los pedazos de sayal que tenía consigo, hizo que de ellos se hiciese luego un escapulario para condescender a la devoción con que la afligida madre invocaba a N. P. Seráfico. Y añadió diciendo habían sido aquellos retazos de un hábito del siervo de Dios Fr. Juan Díaz, de cuya dichosa muerte ya se sabía en aquella comarca. La madre

alborozada y llena de júbilo, con lágrimas en los ojos, cosió el escapulario, teniendo firme esperanza de la sanidad de su hijo. Así sucedió, concediendo Dios Ntro. Señor sus peticiones, porque así que el P. Fr. Diego bendijo el escapulario, y se lo puso al enfermo diciendo el Evangelio: *Loquente Jesu ad turbas,* con una oración de la Virgen Ntra. Sra., otra de N. P. S. Francisco, y otra de difuntos por Fr. Juan, comenzó el niño a alentarse, y dentro de poco quedó totalmente sano y limpio de aquellos dos tan graves achaques, dando gracias a Dios en su siervo por tan conocido beneficio, que por su intercesión (como decian), había conseguido. Otras cosas semejantes a las dichas hallo apuntadas, que por no tener tanta autentificación como las que voy escribiendo, no las individuo.

La noche en que Dios llevó para sí al P. Fr. Juan, y el día siguiente hasta las nueve horas de él, que fué su entierro, fué el concurso de gente tan numeroso, que aun de los pueblos más remotos de aquella comarca venían los naturales. El Guardián, como prudente, no permitió se detuviese sin enterrar el cuerpo el día del lunes por excusar la moción del vulgo. Y aunque lo pedían instantáneamente muchas personas de aquella república, por consejo de los más prudentes y entendidos, se determinó dar sepultura al cadáver del siervo de Dios, para lo cual el devoto Alcalde Mayor mandó hacer un cajón fuerte de tablas gruesas, y que fuese depositado, porque no se mezclasen e interpolasen sus huesos con los de los otros difuntos. En el fué tumulado el siervo de Dios, después de la Misa Mayor de cuerpo presente, que se cantó con toda solemnidad, y asistencia de toda la ciudad y comarca. Sepultóse en la caja referida en el presbiterio de la iglesia de N. P. S. Antonio de dicha ciudad con grande aclamación de sus virtudes, fama de santidad, y lágrimas con que universalmente todos manifestaban el dolor que padecían, por haberles faltado aquel siervo de Dios.

Al cabo de siete años, con ocasión que hubo, y buenas noticias, fué abierta la sepultura, y reconocido el cuerpo del venerable varón, según juran religiosos de toda excepción; fué hallado aunque resuelto ya y desunido, en tal disposición, que por ninguna manera causaba horror a los circunstantes, y aunque no se sentía fragancia, era de un género de suavidad el olor que expelía el cadáver, que más aína deleitaba, que diese fastidio. Lo mismo se experimentó en la atrectación y en un licor que, como sudor copioso, bañaba los huesos todos, y tan intenso y penetrante, como vivísimo aceite que impreso una vez en las manos, no se pudo por muchos días desapegar aquel género de olor, que simbolizaba en algo el del bálsamo. Y aunque hubo religioso que con afrecho y otras cosas, como jabón y legía, procuró quitar de sí aquel olor, no porque le diese fastidio, sino por hacer experiencia de su penetrante eficacia, no lo pudo conseguir en muchos días. La calavera y lo restante del cuerpo estaba de un color como rojo, y que manifestaba las facciones que tuvo cuando vivo, porque como fué el siervo de Dios tan enjuto de carnes, casi no se diferenciaba en el aspecto de muerto a vivo. Allí mismo volvió a descansar en paz, de donde esperamos sea informado aquel cuerpo con su dichosa alma, ya gloriosa en el día de Dios. Su memoria vive hasta estos tiempos con la aclamación de sus virtudes, para ejemplo de todos.

CAPITULO QUINCUAGESIMO QUINTO

De la ejemplar vida y virtudes del muy religioso P. Fr. Cristóbal Delgado, hijo de esta Santa Provincia

Entre los religiosos que han dejado nombre de señalada virtud y observancia regular, es uno el P. Fr. Cristóbal Delgado, a quien llamó Dios para sí en el mismo año que al V. Fr. Juan Diaz, y con algunas circunstancias dignas de que aquí se escriban, porque fué este sujeto de tan general fama de virtudes y altísima contemplación, que le podemos apropiar lo que se dice de Moisés en la Escritura, que lo hizo Dios semejante en la gloria a muchos esclarecidos varones, que le dió autoridad sobre la serenidad de las conciencias, estimación para con los príncipes y señores, y que con sincerísima fe, y la misma mansedumbre, le hizo adelantar tanto en virtudes, que su memoria *in benedictione est.* Fué natural de un lugar de Andalucía la alta, llamado Archidona, junto a la ciudad de Granada. Sus padres fueron cristianos viejos de buena reputación y vida, observantes de sus obligaciones, no de los más acomodados en bienes de fortuna, pero ni tampoco de los abatidos al estado de la mendiguez. Criaron al niño Cristóbal, que les nació a fines del siglo pasado, con muy buena educación, que acompañada con su buen natural, después de dar muestras de capacidad en las primeras letras, y principios de la lengua latina, manifestó notable propensión a las virtudes, apetencia en el retiro y soledad, substracción a las comunicaciones del siglo, e inclinación vehemente a vestir el hábito de la Religión Seráfica.

Sus letras eran pocas, su edad llegaba a veinte años el de 1608, y llamándole Dios con eficacísimo impulso a la Religión, pidió el hábito para religioso lego en el convento de N. P. S. Francisco de la misma ciudad de Granada. Diéronselo con las esperanzas que concibieron los religiosos de tener en él un perfecto imitador de tantos VV. Legos como ha tenido la Seráfica Familia. Era el natural sencillo y cándido para todo lo que era malicia, pero muy aseado, y discreto para las cosas de su obligación, y que importaban al servicio de Dios; muy según lo que requería San Pablo en sus discípulos, escribiendo a los Romanos (capítulo 16): *Volo vos sapientes esse in bono & simplices in malo.* Era humilde, tanto como el que más, pronto para servir en cuanto se le mandaba, ágil, y de perfecta salud para la asistencia de los prelados, y alivio de los huéspedes, y finalmente un religioso lego, observante de su profesión, diligente en sus ministerios, alegremente silencioso, aplicado al ejercicio santo de la oración, sin excusar las ocupaciones materiales que se le encomendaban, abstinentísimo en oír lo que no le pertenecía, torpe para inquirir lo que no le tocaba, mudo para decir lo que no convenía, agradable a todos, observante de su Regla, y por consiguiente querido y estimado de los buenos.

Entre los religiosos a quienes asistió, fué uno el muy esencial y grave religioso Lector Jubilado y Padre de aquella Santa Provincia, Fray Francisco Soriano. Este, en ocasión que pasaba a Roma al Capítulo General, llevó consigo por su compañero al hermano Fr. Cristóbal, agradado siempre de su buena asistencia, ejemplo y circunspección modesta. Con esta ocasión la tuvo el buen religioso de visitar, no sólo los lugares y reliquias que en toda aquella Metrópoli del mundo se permiten ver y adorar a la piedad cristiana, sino todo cuanto le fué posible en los lugares y provincias cercanas, hasta el monte Alberna; negociaba las más veces con lágrimas y tiernísimos afectos el que se le permitiesen estas estaciones. En ellas se ejercitaba con tanta ternura y devoción, como en ayunos, disciplinas y mortificaciones, con que se disponía para poder llegar a ver y adorar santuarios y reliquias de tanta veneración. Adelantó su espíritu tanto con estas visitas, que si hasta allí había sido buen religioso, y observante de sus obligaciones, de ahí más anhelaba a la perfección, codicioso de tanto tesoro, y embriagado de las dulzuras, que su alma había sentido y sentía en aquellas piadosas estaciones. Ya todo su pensamiento era el cielo, su vivir conversar con Dios, sin faltar a la obligación de su estado.

Llegado al monte Alberna, y puesto entre aquellas asperezas y dichosas piedras, lugar santo, monte en que fué beneplácito de Dios habitar en él, y dar las insignias de nuestra redención a Nuestro Seráfico Padre, imprimiendo en su virginal carne sus sacrosantas llagas; se halló tan casi fuera de sí de ternura y lágrimas el P. Fr. Cristóbal, que jamás mientras vivió dejó de bañarse en lágrimas cuando se acordaba de Alberna. Allí más con sollozos, afectos y ternuras, que con especulaciones contemplativas, ahondaba en la consideración de tan soberana maravilla, y tan divina dignación del Altísimo. Derramábase en lágrimas con que quisiera lavar su conciencia, haciendo lo que David, mientras vivió, que todas las noches dicen lavaba con lágrimas su pobre lecho, y regaba con lloros el asiento donde pasaba el día. Ninguno de los que estuvo Fr. Cristóbal en aquel santo lugar, dejó de ayunar y hacer rigurosas disciplinas, cargándose también de cilicios, y anhelando sólo a quedarse allí, preciando más y pretendiendo el quedar en aquella santa casa debajo de los pies de todos, que las mayores prosperidades y grandezas que el mundo podía ofrecerle. No lo pudo conseguir por secretos juicios de Dios, que determinaban alumbrarse aquesta luz este occíduo hemisferio. Segunda vez repitió la entrada con tan vivos deseos, afectos y ternuras, que sólo siendo tan vehementes y casi indecibles, pudieran ser mayores, que los que la primera vez tuvo. Finalmente él sacó del monte Alberna, si no visiblemente impresas en su alma, no sólo las señales y llagas de nuestra salvación, sino aun de las piedras y riscos de aquel santo lugar, para llorar siempre por él, pudiendo decir con David que suspendía con sus lágrimas los instrumentos músicos, acordándose de la mística Sión de Alberna, y que se le quedaba pegada al paladar la lengua en esta dulce y tiernísima memoria.

De vuelta de estas jornadas se ofreció ocasión de venir a esta Santa Provincia por secretos impulsos divinos, no sé si en misión o en compañía del ilustrísimo Sr. D. Fr. Marcos Ramírez de Prado, cuando vino por Obispo a Chiapa, porque como este memorabilísimo Príncipe habiendo tomado el hábito de la Religión Seráfica en la Santa Provincia de Salamanca, se incorporase pasados algunos años en la de Granada, y en ella le asistiese y comunicase Fr. Cristóbal; es muy verosímil (no hallándose noticia expresa de la misión en que vino a esta Provincia) que vendría con su ilustrísima, como quien, como verdadero amantísimo hijo de N. P. S. Francisco, tenía tan singular goce de tratar de su Santo Patriarca; y es discurso hecho que hallando en Fr. Cristóbal un compañero a medida de su devoción y obervancia le traería consigo con mucho gusto; porque, como dijimos, le dió Dios especial gracia a Fr. Cristóbal en que fuese grato a los príncipes y señores, a quienes aficionaba con santa y dulce conversación, profundamente empleada en lo místico, tanto, que maravillaba a todos el que un hombre sin haber cursado escuelas, fuese tan adelantado en las más arcanas materias de la Sagrada Teología.

Tenía también entre otras gracias el buen religioso la de ser diestrísimo músico, que punteaba una cítara con primor, y cantaba con suavidad, componiendo para su contemplación devotísimas letras llenas de ternuras y afectos, al modo que hacía el insigne P. Pico Mirandulano, cuando para descansar del estudio cantaba en su bien templado instrumento aquella égloga que comienza: *Summe Deus etc.* Derramábase en lágrimas sobre la cítara Fr. Cristóbal como el Mirandulano en lloros; quedábase extático al son del instrumento, levantando la contemplación a lo que en la piadosa letra decía, quedándose las más veces suspenso y cuasi desmayado con deliquios suavísimos de amor de Dios, que le arrebataban, y tan fuera de sí, que era menester las más veces tenerle o recostarle para que no diese en tierra. Otras con aquella suavidad y melodía, atraía para sí (mejor que lo fingieron poetas), las avecillas y pajarillos, a quienes daba en sus propias manos migajitas de pan, que ellas con silbos, gorgeos y dulces cantos recibían, y como despidiéndose de su bienhechor se levantaban de sus manos y brazos, dando gracias a Dios con sus naturales cantos. Muchos entendieron ser esto cosa sobrenatural, al modo que se escribe del penitentísimo San Francisco Solano. Y a la verdad, supuestas las virtudes del Padre Fray Cristóbal es muy creíble regalase Dios, como al otro siervo suyo, pues como Señor de todo puede dar de su mesa de un mismo manjar a muchos. Mas, el Padre Fray Cristóbal, huyendo de todo lo que podía ser vanagloria decía repetidas veces que aquello lo podía hacer otro cualquiera, acariciando a las avecillas, y domesticándolas con darles aquel sustento.

Viendo el devotísimo príncipe Obispo de Chiapa cuan adelante estaba cada día su amado compañero Fray Cristóbal en la ciencia de los Santos, haciéndosele escrúpulo el que un hombre de tan alta contemplación y vida apostólica, no atrectase como ministro propio el Cuerpo de N. Señor Jesucristo en las aras, que como fuego infinito abrasaría del todo a aquella alma, le propuso el que recibiese las Ordenes hasta la del Sacerdocio. Y aunque el

humilde religioso se excusó muchas veces, hallándose indigno de tan alto estado, y que en las conversaciones con su Ilustrísima le proponía muchos escrúpulos y el dictamen de imitar a nuestro Seráfico Padre en no llegar al estado sacerdotal, venció con poderosas razones su humildad el Ilustrísimo Sr. Obispo, hasta ponerle en escrúpulo de que no sería excusable de omisón en el tribunal divino, pues pudiendo adelantar por aquel medio en la perfección, dejaba de emprender por flojera de espíritu. Resignado ya a la voluntad del príncipe, su Señoría la significó a los prelados, sin omitir diligencia ni recurso a los superiores, manifestando la grande utilidad que conocía se seguiría al Padre Fray Cristóbal y a todas las almas, que le comunicasen, y él alumbrase y guiase en la virtud, por lo que conocía de su muy buen espíritu, excelencia en el temor y amor de Dios, empleo en el santo ejercicio de la contemplación, y adelantamiento (no menos que sobrenatural y por ilustración) en las ciencias necesarias y suficientes, y aun superabundantes para el estado sacerdotal y administración de las almas en el confesonario. Consiguiólo su Señoría, y con general beneplácito le confirió los Sacros Ordenes, hasta el del Presbiterado, con tan conocido aprovechamiento de sus virtudes, cuanta confusión de su humilde reconocimiento.

No es dudable que, con espíritu casi profético, el señor Obispo, y con gran talento, celo de la honra de Dios y bien de las almas, devoción grandísima, sobresaliente afecto a su Religión Seráfica, y estimación a esta Provincia, y se resolvió a solicitar las órdenes de el P. Fr. Cristóbal, conociendo prudentemente, y presagiando como Pontífice lo mucho que había de medrar en sí y en las almas en el nuevo estado sacerdotal. Desde luego se conoció por los efectos cuan del servicio de Dios había sido su promoción, porque en la celebración de la Misa fué tan devoto y asistido de Dios con el don de lágrimas y de contemplación, que hacía tanto fruto oirle una Misa, como puede hacer la más eficaz exhortación de un varón apostólico. Veíanle muchas veces en el Santo Sacrificio elevado, y no sólo absorta el alma, sino levantado el cuerpo de la tierra como una cuarta del suelo, conque las personas que le oían la Misa, aprovechaban tanto como si oyesen un muy edificativo sermón. En el ejercicio de oir confesiones para que luego le presentó la Religión, y le dió amplísimas licencias el Sr. Obispo, fué también tan esencial, como quien era adornado con especialidad de la poderosa mano del Altísimo, en sosegar escrúpulos, y dar eficaces remedios contra las tentaciones. Era muy leído en las Crónicas y libros de Santos, y tenía casi de memoria la vida de N. Seráfico Padre, de la cual aplicaba con tanta suavidad los medicamentos espirituales a las almas, que su archivo, su librería y su botica era S. Francisco a quien ponía por ejemplar (como lo fué este asombro de santidad) de todo género de virtudes, de todo linaje de combates, y de todo estado en esta peregrinación. Su proverbio frecuente era decir: En la virtud siempre hay emulación; y no fuera ella buena, si no hubiera combate, ni se debe tener por Abel quien no tuviera su Caín que le persiga.

CAPITULO QUINCUAGESIMO SEXTO

En que se prosigue la ejemplarísima vida del siervo de Dios Fray Cristóbal, trátase de su excelente y extática contemplación, y se dice de su muerte y aclamación, y el estado que tiene su venerable cadáver

De morador del convento de Ciudad Real, fué con orden superior, y por el mérito de la obediencia, traído a éste de Guatemala, donde se ejercitó en el oficio de portero y sacristán con grande consuelo de toda la ciudad porque tenían en el Padre Fray Cristóbal confesor tan seguro, que no sólo no se excusó jamás de administrar este Sacramento a penitente que llegaba a sus pies, sino que los buscaba él, y atraía con suavidad a las aguas vivas de la confesión, donde renaciesen a la gracia. Opinión corriente fué en esta ciudad, que el Padre Fray Cristóbal, no sólo penetraba los interiores, y conocía la necesidad que muchas almas tenían de remedio, el cual tímidamente cobardes no aplicaban por hallar sus conciencias como intrincado laberinto, sino que tenía tal eficacia con sus palabras y contacto, que trocaba los corazones, y los inmutaba de obstinados en contritos, de perplejos en valerosos, y de tibios en fervientes para emprender el camino de la virtud. Persona que hoy vive (que por justos motivos no nombro) me ha certificado que hallándose en una ocasión en último desconsuelo y casi desesperación de salvarse, entrando en este santo convento, se encontró en la portería con el P. Fr. Cristóbal, a quien jamás había hablado, antes con género de veneración le huía, y le habló con tanto cariño, saludándole con la paz de Dios, que desde aquel instante quedó trocado, y tuvo ocasión de comunicarle su desconsuelo, y desesperación, a que aplicó el varón de Dios tan eficaz medicina con santas palabras, y persuadirle a que se confesase, ofreciéndose a ser su manoductor que totalmente salió de un caos de confusiones en que estaba, en que tenía ariesgada el alma, y ya casi prevaricado el juicio.

Era su continua estación del P. Fr. Cristóbal, desde que salían de Vísperas hasta hora de completas, si no tenían ocupación del servicio de Dios, o de la obediencia, andar los claustros bajos de este santo convento contemplando la apostólica vida, y maravillas de N. Seráfico Padre. Motivaba, de lo que el pincel representa, celestiales consideraciones, y llevado de ellas se hallaba en el monte Alberna, y en las partes y lugares donde habían sucedido las famosas hazañas y maravillas que nuestras crónicas refieren de N. Seráfico Padre. (1) Y era tan eficaz su contemplación, que las más veces se quedaba arrobado, extraído de sentidos y suspenso de la tierra. Religioso hay en este santo convento que hoy en este día me testificó lo que en otras mu-

(1) Estos cuadros son los anteriores a los de Villalpando, algunos de ellos están actualmente en Ciudad Vieja de Antigua.

chas ocasiones me había referido, y es, que siendo mancebo en edad que solicitaba vestir el hábito de N. Padre S. Francisco, frecuentaba el confesarse con el P. Fr. Cristóbal, quien le alentaba en su vocación, y que varias veces, viniéndole a buscar le hallaba extático; especialmente se acuerda que en una ocasión le halló a la entrada del claustro en el lugar donde comienza la vida de N. P. S. Francisco, elevado de la tierra, como una cuarta en alto, y que como quien no sabía la causa de lo que tanto le asombró, volvió corriendo a su casa, causándole susto y sobresalto la misma admiración y extrañeza de lo que había visto.

En estos arrobos fué frecuentísimo el venerable religioso, así mientras celebraba, como estando en la celda, coro y claustro, que eran las partes donde de continuo le hallaban. El más eficaz motivo para estas abstracciones era la consideración y memoria de la vida apostólica y seráfica de N. P. S. Francisco, a quien procuró siempre imitar, y ser tan verdadero discípulo suyo, que no declinase (cuanto fué de su parte) de la puntualísima observación de la Regla, siendo tan amante de la santa pobreza, que no sólo no admitió jamás superfluidad alguna, sino que se holgaba de carecer aun de lo muy necesario. No le servía el ser generalmente confesor de todos, para que le venciese la devoción de algunas personas a admitir algunos regalillos de pan y dulces. Y así lo primero que asentaba con las personas a quienes confesaba, era que después de recibida la absolución y levantádose de sus pies, no se acordasen de él sino solamente para pedir a Dios hiciese en él su voluntad.

Consuelo grande suyo era el ejercitarse en administrar el santo sacramento de la Penitencia, porque como hombre del cielo, tenía muy de memoria la voz que del mismo cielo oyó el apóstol S. Pedro, cuando se le manifestó aquella estupenda visión de animales inmundos que le dijo: *Occide, et manduca,* enseñando al santo apóstol, y a sus sucesores los sacerdotes, que tienen la facultad de las llaves a no hacer hastío de miseria y malicias, sino procurarlas quitar la vida en los pobres penitentes, y tragarlas con caridad como verdaderos dispensadores y fieles siervos de los tesoros de Dios.

Fué tan conocida la beneficencia y caridad del Padre Fray Cristóbal, cuanto notoria a todos su celestial sabiduría, y por uno y otro, y las excelentes virtudes que en él resplandecían, reputado dentro y fuera de la Religión por varón santo. Todos le buscaban en sus aplicaciones y trabajos para el consuelo y tranquilidad de sus implicaciones. No sólo la gente vulgar, y noble, y los más avisados republicanos, solicitaban conferir con el siervo de Dios las mayores arduidades de sus negocios y dictámenes espirituales, sino los hombres más doctos de toda esta república y ciudad, para aprender la celestial doctrina de que su alma estaba llena, y sujetarse a su consejo y parecer. Así lo hacían los religiosos que en aquella era florecían en este convento en virtud y letras; que siendo columnas de la Sagrada Teología, tales veces valía más para serenar sus escrupulosas conciencias una palabra del P. Fr. Cristóbal, que cuantas cuestiones trasegaban, y libros revolvían para buscar solución a sus dificultades.

No hablaba mucho; pero lo que decía eran sentencias irrefragables, así en materias teológicas como en lugares de las Sagradas Escrituras. Era admiración para todos el ver hecho maestro de los que habían consumido la vida y los años en disputas y ejercicios literarios a un hombre, que no había cursado las escuelas, ni estudiado ciencias mayores, ni aun aplicádose a hojear libros escolásticos. Pero había adelantado tanto en la ciencia del cielo y lección espiritual de libros místicos y morales, y le había Dios ilustrado el entendimiento como a especial amigo suyo, tanto, que parecía en él connatural el saber, sin ignorar cosa alguna, sin claudicar en las prontísimas respuestas que daba a las materias que se le conferían. Y esto era con tan profunda humildad, que se reputaba por el más vil y despreciado, digno de serlo de todos, y que sólo compelido con instancias de los que le preguntaban, respondía a lo que se le proponía. Casos individuales y raros le sucedieron acerca de esto, que casi asemejan a los que de Nuestro Seráfico Padre se escribe, de cuyas respuestas sapientísimas a lo del cielo, admirados los hombres más doctos, decían, no lo que los judíos de Cristo Señor nuestro: *Quomodo hic literas scit cum non didicerit?;* sino confundidos en el saber humano: *Vére Theología nostra graditur super terram; Theología autem Francisci (Christophori) versatur in coelis.* [1]

Después de algunos años de esos loables ejercicios en este santo convento, fué electo Guardián de algunos de la Provincia, donde se ejercitó entre los indios, y sin mudar en cosa alguna su estilo religiosísimo, ni dejar sus mortificaciones, ayunos y penitencias, dando ejemplo a todos de observancia regular, pues pudiera ser norma de la más perfecta a los más celosos de la Regla, y de donde copiaron muchas virtudes, santos ejemplos, y conversación celestial los naturales, que tuvieron dicha de tenerle por su Padre y Pastor. Aprendió con suave aplicación la lengua de los indios, en que les hacía pláticas muy doctrinales, conservando no sólo las buenas costumbres en que los mayores los impusieron; adelantándolos en muchos ejercicios espirituales y devociones para mayor utilidad de sus almas. Como los indios veían en él tanto desinterés, tan ardiente celo, tanta suavidad y mansedumbre, y tan vivo ejemplo de virtudes, se reducían con facilidad a ser devotos, a venerar el culto divino y los ministros de él; porque no se puede negar que aunque a todos aprovecha el buen ejemplo, en los indios es tan eficaz como necesarísimo, porque como animales de Dios, de capacidades pueriles, inclinados a la flojera y ociosidad, son muy fáciles de aprender y practicar lo malo, y no rebeldes ni obstinados para ejercitarse en lo bueno.

El descanso del P. Fr. Cristóbal acabando de ser Guardián (que para él era molesto este oficio, y sólo lo era por obedecer) era el ejercicio de portero, o sacristán en este santo convento o Vicario de él, volviendo como con inclinación nativa a su santa quietud, en que cada día procuraba adelantar más en la comunicación con Dios. Tocaba de cuanto en cuando, con suavidad armoniosa en el retiro de su celda una cítara, comunicaba con las avecillas del cielo sus afectos, encendía sus fervores, dábase del todo

(1) ¿Cómo sabe de letras sin haber aprendido?
Verdaderamente nuestra teología anda a ras del suelo; mientras que la teología de Francisco (Cristóbal) anda en los cielos.

a Dios, acudía pronto a la obediencia, solícito a la utilidad del prójimo y enfermos, y se empleaba con suavísima tranquilidad en una vida tan angelical, que remedaba la gloria. Jamás tuvo dependencia con persona alguna que llegase a perturbarle, no porque le faltasen (como verdadero siervo de Dios) contrastes y ocasiones en que ejercitar la tolerancia. Pero era cuanto más amartillado, más sufrido, amante y perpetuo bienhechor de los que le procuraban dar pena, silencioso a toda palabra, réfugo a toda fútil conversación, hombre finalmente, a lo de Dios, cuerdo y sabio, a lo del mundo, sin sentidos, y a quien sólo daba pena el pecado, y lo procuraba lanzar y destruir, no sólo con no permitirlo en su conciencia, sino en solicitar aniquilarlo en la de sus prójimos, y rogar continuamente a Dios por los pecados de los pueblos.

En la ocasión de la inundación de la Ciudad Real de Chiapa (de que dijimos en la vida de Fr. Juan Díaz) era Guardián de aquel convento el P. Fr. Cristóbal Delgado, que con su grande espíritu, y fervorosísima caridad fué de muchísimo alivio a aquella república; porque con sus santas palabras confortaba e infundía valor a los que tanto de él necesitaban en aquella opresión, y con su santo ejemplo, capitaneaba las procesiones, inducía a penitencias, alentaba a confianzas, y a todos los exhortaba a enmienda de culpas, satisfacción por las pasadas, y hacer nueva vida en gracia y servicio de Dios, amándose en caridad fraterna, asegurándoles con las palabras del Apóstol y Evangelista S. Juan, donde dice: *Nos scimus, quoniam translati sumus, de morte ad vitam, quoniam diligimus fratres;* [1] a deponer enojos, desistir agravios, que era el pecado más escandaloso en aquella tierra. Estos y otros santos documentos, como podemos creer, la eficacia de ellos, y su buen efecto, apiadaron las misericordias de Dios para suspender el castigo con que a aquella ciudad amenazaba.

De allí vino al Capítulo Provincial que se celebró en esta Santa Provincia a 4 de julio del año de 1654, y aun se dice que lloviendo mucho no se mojaba caminando, y obedeciendo. Sufragó en él como Guardián de Ciudad Real, y se quedó como otras veces en la ocupación de sacristán de este convento a que acudía, aunque ya viejo, pues estaba cerca de los setenta años, y con achaques, con toda puntualidad, continuando su ejemplar vida, santos ejercicios, mortificaciones, solicitud y aumento del culto divino. En esta tarea se ejercitó más de dos años esta última vez, dando mayores luces de ejemplo cada día. Era tenido por oráculo de Dios y respetado como a gran siervo suyo, amado de todos, no sólo por lo que interesaba de su santa conversación, sino por el lugar que se hace la verdadera virtud y verdadero espíritu que fundado en profunda humildad, amor y temor de Dios, y caridad con los prójimos, causa aun a los menos circunspectos veneración y aun confusión de las propias miserias. En este ejercicio bajando una noche a la iglesia a sus virtuosos ejercicios de disciplinas y oración; yendo por la escalera de la sacristía, con la debilidad de los pies dió un resbalón y caída que le hizo rodar hasta la última grada. Con la contusión y quebranto que

(1) Es en la Epístola primera de San Juan, capítulo III, 5, 14.

le causaron las piedras de la escalera, quedó tan molido y atormentado, que desde luego dijo había de ser aquella su última enfermedad. Y aun se dijo entonces se lo había predicho así Fr. Juan Díaz, viviendo los dos en el convento de ciudad Real, por estas palabras: *De caidas moriremos los dos, yo primero, y se seguirá V. Reverencia.*

Con esta precognición, o la que Dios fué servido de darle en aquella caída al P. Fr. Cristóbal, que fué por los fines del mes de septiembre del año de 56, se afijó en que le instaba la muerte, y así se dispuso con tanta tranquilidad y sosiego, con quien esperaba que la muerte había de destruir la pared de barro que estorbaba a su alma comunicarse estrechamente con Dios. Sólo sentía (y repetía muchas veces a los religiosos) el que les había de ser honeroso en el tiempo más ocupado, que era en las vísperas de la festividad de N. P. S. Francisco, porque esperaba en Dios le había de despenar en ella, para que tuviese su alma la dicha de ser librada del Purgatorio, en el día de su glorioso Patriarca; que aunque no lo merecía él por sus culpas, había de obrar como verdadero padre N. glorioso Patriarca en correspondencia del mucho amor que sienpre le tuvo, no mirando sus imperfecciones, sino que le llamaba e invocaba como su muy amante hijo. Así fué, y dispuesto con todos los sacramentos muy conforme con la voluntad de Dios, pasó al Señor el día 3 de octubre a la mañana, y fué sepultado a la tarde en la sacristía después de vísperas, asistiendo numerosísimo concurso de religiosos y gente, cuya devoción no fué posible atajar, ni impedir el que le quitasen a pedazos el hábito con que fué amortajado, hasta dejarle casi desnudo, y que fué menester ponerle otro para darle sepultura.

Al cabo de nueve años con ocasión del entierro de un religioso, abierta la bóveda, y cavando sepultura para el difunto, fué hallado en ella el cuerpo del Padre Fray Cristóbal Delgado, entero y tratable, enjuto del todo, con su misma piel y hábito, como si le acabasen de enterrar. Bajaron muchos religiosos graves a la bóveda, y yo con otros coristas que puedo certificar, y dar fe en este punto, y que oí decir a religiosos muy graves la gran virtud de que Dios había adornado a este venerable religioso, y la veneración grande con que fué tratado su cuerpo, cargándole sacerdotes, y teniéndose por dichosos los que podían adquirir algún pedacillo de su hábito como reliquia. Yo tuve la dicha de adquirir uno bien pequeño, que me ha acompañado hasta la hora presente, que ha que sucedió lo que digo 50 años, porque el registro de su cuerpo se hizo a los 17 de julio del año de 1665, y a los 12 de agosto fué colocado por disposición del R. P. Jubilado, y Cronista de esta Provincia Fr. José de Morera, que era Guardián de esta casa, y a devoción del Tesorero de la Cruzada, Capitán Luis Abarca Paniagua, en una arca de madera fuerte, a que se puso llave, la cual se dice está en el archivo de este convento. [1] Su cuerpo no se ha vuelto a ver hasta hoy, su alma creemos piadosamente está gozando de las eternas dulzuras de la gloria.

---

(1) Este pasaje es sumamente interesante como se ve para la cronología de la vida de Vázquez.

CAPITULO QUINCUAGESIMO SEPTIMO

Que trata de la ejemplarísima vida del muy religioso Padre Fray Silvestre de la Cruz, Religioso lego, hijo de este convento de Guatemala, insigne en virtudes

---

Repetidas gracias tributa a Dios continuamente la Religión Seráfica, por la continuación con que la Providencia divina, fecunda el ameno plantel del minorítico instituto, con variedad de resplandores y luces de santidad con que adorna a los esclarecidos varones que elige para militar bajo los estandartes reales de la Cruz, que acaudilla el Alférez Real de Cristo. Entre los insignes que ha tenido esta Santa Provincia del Ssmo. Nombre de Jesús de Guatemala, fué el varón de Dios Fray Silvestre González Navarro, apellidado de la Cruz, desde que recibió el hábito, por haber sido la Cruz el estandarte real que seguía. No puede dejar de hacer eco Fr. Silvestre, segundo compañero de nuestro Seráfico Padre en la vocación, y tan maravilloso como nuestras crónicas refieren, en este Silvestre con que Dios quiso esmaltar la rica joya que a su esposa esta Provincia endonó en arras y seguro de conservar en ellas vivos ejemplos de virtud en tantos hijos como de continuo ha multiplicado en ella la liberalidad divina. Nació Silvestre González de padres hijosdalgo en la Villa de Arazena en Castilla, lugar también llamado Puerto del Moral. Sus padres fueron Martín Alonso Navarro, y María Vásquez, gente honrada y limpia, aunque no muy acomodados en bienes de fortuna, ricos empero de cristiandad, temor de Dios, y buenas costumbres.

Este hijo que les nació poco tiempo después del año de 1590, se señaló entre los otros que tuvieron, en tanta sencillez y simplicidad, que pudiera fácilmente engañarle cualquiera que lo intentase, porque juzgó siempre que ninguno podía mentir, ni faltar a lo que la razón y correspondencia cristiana dictaba. Era humilde de corazón, sin que se le levantase a apetecer cosa que no fuese en orden al bien de su alma. Era a sus padres resignadamente obediente, a sus mayores grato servicial, a sus iguales afable y cortés, y a sus inferiores (si es que en su humildad pudo caber algo que lo fuese) cariñoso y modesto; partido con todos, a ninguno pesado, y generalmente querido, agasajado y socorrido. En su puericia y niñez, habiendo aprendido a leer y escribir, fué aplicado de sus padres al trabajo del campo y labranzas, comiendo del sudor de su rostro, y acudiendo a sus obligaciones cristianas, con conocida virtud y señalada devoción. Hallábase Silvestre en el campo, mas no silvestre en los ejercicios virtuosos, sino muy cortesano con Dios, muy político a lo del cielo, muy devoto con la Reina de los Angeles, con quien trataba con tierna familiaridad, y a quien reverenciaba con adoraciones profundas, afectos devotos, y rezándole todos los días su corona, le pedía encaminase sus pasos al mayor servicio de Dios y utilidad de su alma.

Algunas visiones maravillosas tuvo, que reputó por sueños, como otro José, las cuales le pronosticaban felicidades espirituales. Conferíanlas con sencillez y simplicidad con sus padres y hermanos, más como unos y otros no entendiesen el genio de Dios, las pasaban por sueños, y no se hacía caso de observar los vaticinios. Perseveraron éstos por mucho tiempo, y los más se refundían en avisarle Dios dejase su tierra, y se dejase encaminar de su pastor para hallar el pasto que le convenía. Tal vez le aseguraba Dios en lo que en el corazón le infundía, para darle ánimo y resolución, el que su Divina Majestad había de ser quien le acompañase. Llegó ya la frecuencia y repetición de estos auxilios a engendrar en su ánima la vocación con que el Señor le favorecía. Atajábale la falta de medios, y poco conocimiento del fin para que era llamado. Y ya con ansia de salir de las confusiones en que se hallaba su discurso, se empleaba con más fervor, y aun con sensible delectación, en obras virtuosas, absteniéndose cuanto le era posible, no sólo de culpas mortales, sino aun de lo que le parecía pecado grave, siendo venial. Pedía instantemente a la Virgen María Sra. Ntra. le admitiese en su clientela y patrocinio, y no le permitiese implicar en el laberinto en que le habían puesto las visiones, o ilustraciones divinas, que reputaba sueños, y no podía apartar de su aprensión por mucha diligencia que ponía, antes sí perseveraban tanto en su corazón, que se le iba el tiempo en discurrir sobre lo que había soñado y conferir unas cosas con otras, sacando de todas ellas firme resolución de dejar su patria y padres. No gustaban ellos de carecer de su amable asistencia y compañía, y así por muchos días dificultaron el darle la licencia que pedía, hasta que incluyendo Dios en el y en ellos simultáneamente, les puso en corazón que convenía pasase Silvestre González a Indias en embarcación de Honduras.

Facilitáronse los medios para este viaje, teniendo a dicha el capitán de la nao traer en su servicio un hombre de mucha verdad, honrado trato, humildad y sencillez, apto para todo lo que pudiera ser alivio y servicio suyo. Como era Dios quien guiaba sus pasos, le daba gracia para acertar a servir, y ser grato a todos. ofreciéronse en la embarcación varios casos en que conocieron todos la sólida virtud de Silvestre. Jamás fué visto en conversación que no fuese de Dios. Siempre sí ocupado en servir a todos, como si de cada uno fuese esclavo comprado. No hacían mella en él baldones y vituperios, que se le solían originar del descuido con que trataba su persona, ni pudo entrar jamás en él impaciencia, como si no tuviese pasión irrascible. Menos le tocaban dichos jocosos, sátiras ociosas, y aun palabras deshonestas con que le intentaban provocar algunos mozos de vida altanera. Todo esto era acrisolar su virtud, y como se iba laureando de tantos triunfos para con Dios, ir resaltando en sus operaciones, indicios de favorecido del cielo. Como lo había sido tan a las claras desde sus niñeces, y no había desmerecido por culpas suyas los regalos que había experimentado de la liberal mano de Dios; conservando su Divina Majestad lo que por gracia suya empezó en su siervo, disponía las cosas de manera que todos conociesen era siervo suyo el virtuoso Silvestre.

No faltaron algunos que habían sabido en España las muchas claridades y luces con que era regalado del cielo. Unos, piadosos, lo atribuían a ordenación divina, y por consiguiente apreciaban su virtud. Otros, con desahogo e irrisión, lo vituperaban llemándole embustero, hipócrita, y procuraban ejercitarle más y más en la tolerancia. No faltaban prudentes que suspendiendo el juicio, mitigasen las palabras ásperas de algunos, y no del todo desistiesen de las aclamaciones de los otros, sino que esperando a ver el fin de su carrera, apoyasen su virtud, y le tratasen con caridad. Mas, queriendo Dios asegurar a los perplejos, radicar a los piadosos, y confundir a los desahogados, permitó en el tiempo de la embarcación padeciesen grandes tormentas y trabajos marinos, que parecía haberse conjurado los elementos contra la nao. A veces clamaba Silvestre como los demás, pidiendo a Dios misericordia, y cual otro Jonás, publicaba y decía ser sus culpas las que irritaban la divina justicia. Otras más confiado, se ponía en oración, y visiblemente cesaba la borrasca a la eficacia de sus peticiones. Ocasión hubo en que en una lobreguez y obscuridad de tinieblas densísimas, que causaban tal ofuscación, que por aína diera en un escollo el navío, dió Dios tan repentinamente tanta claridad, cuanta bastó para esguazar el evidente riesgo; sin que se supiese de dónde se originó aquella luz. Unos entendieron que hubiese sido algún globo o exhalación subitánea; mas lo cierto fué haber sido socorro celestial, porque ni pareció rastro que suele dejar como una zona de humo este género de globo de fuego, ni hubo alguno que le viese pasar ni finalizar, como se han visto en otra y semejantes ocasiones en esta provincia en algunos tiempos.

Como Dios llevaba a su siervo por aquel camino de luz, quería que conociese, que para surcar con felicidad el proceloso mar de este siglo, eran únicos asilos la cruz y la luz, como dijo S. Bernardo: *Quibus putas &c. per fidem Crucis, & per virtutem lucis.* Desembarcados en Trujillo, quedó en aquella Provincia el buen Silvestre González, sin tener determinadamente ocupación, y por no estar ocioso se entretenía en labrar algunas cosas de hueso, no para buscar intereses ni congrua con que pasar, sino para alanzar la ociosidad, porque para su sustento y vestido nunca procuró cosa alguna, contentándose con lo primero que le deparaba la providencia, o apelando las más veces a las yerbas, cociendo de ellas algunas que conocía no ser nocivas a la vida, y otras manteniéndose de frutas, y teniendo por mucho regalo el pan de maíz. Todo su pensamiento era buscar y discurrir en el modo que tendría para ser ermitaño en los yermos y lugares que más a propósito le parecían; porque juzgaba era aquella su vocación. No le hacía repugnancia la abstinencia ni la soledad, sino lo dilatado de aquella Provincia para el socorro espiritual que tanto necesitaba. No hallaba paraje que adecuase a sus designios, porque los que le parecían a propósito estaban retirados de poblado, que se imposibilitaba de oir Misa los días festivos, y aun de tener confesor cuando le hubiese menester. Los pueblos en donde había oportunidad de uno y otro carecían de la quietud que él buscaba porque son tales los de la provincia de Honduras, que para estorbar la quietud bastan cuatro individuos, al paso que muchos no sirven de compañía en la soledad.

Vínose poco a poco hasta la provincia de S. Miguel, con designios de pasar a Guatemala, sin pasarle por pensamiento el recibir el hábito de religioso o por lo menos, si tal vez el serlo le ocurría a la imaginación, lo reputaba por materia imposible, porque se tenía por indigno de annumerarse entre los religiosos, dificultaba en el modo, y totalmente le retraía de este pensamiento el haberse ejercitado alguna vez, para no estar de occioso en el oficio de zapatero; sobre todo, lo hacía desistir de este camino el que él buscaba de ser ermitaño. Mas, queriendo Dios abrirle ya el sentido, e irle explicando el fin para que le traía a las Indias, le mostró una hermosísima visión al modo que la tuvo nuestro Seráfico Padre cuando caminaba a Roma a pedir la aprobación de la Apostólica Regla e Instituto que emprendía; que habiendo acometido el demonio con tentación de desconfianza a los pocos discípulos que le seguían, franqueó el cielo el Seráfico Campeón del Evangelio aquel árbol misterioso de superior grandeza y singular hermosura de cuyos dulcísimos frutos le parecía imposible alcanzar; y que suavemente con ademán apacible, el árbol inclinaba las ramas cargadas de copiosos frutos, y el humilde Francisco era levantado en alto hasta tocar la frondosa copa del árbol, con mucha facilidad y recreo, y gozar de los dulces y abundantes frutos que atesoraba.

Así pues, en la proporción debida, manifestó Dios a Silvestre (como a otro de los primitivos compañeros de la minorítica grey) en un árbol de celsitud magnífica, cuya copa casi llenaba el hemisferio, sus frutos, hojas y flores eran resplandecientes estrellas, que brillando con claridad apacible hacían que pareciese un cielo el monte por donde caminaba en obscuridad tenebrosa. Arrebató la visión los sentidos de Silvestre, y le suspendió las potencias por buen rato, hallándose casi enajenado del uso y ejercicio de ellos. Volvió sobre sí haciendo reflexión de lo que había pasado, y volvió a manifestársele en la misma forma visible aquella resplandesciente visión. dudaba en lo mismo que veía, dificultaba en el misterio que podía presagiar, y quedándose dormido, ya por el cansansio del camino, ya por la fatiga de pensamientos, volvió tercera vez a representársele el estrellado árbol, y resplandeciente cielo que la primera y segunda. A este mismo tiempo, recordando, o volviendo del arrebatamiento de sentidos en que había estado, sintió y conoció haber afijado Dios en su corazón vivísimos deseos, y eficacísimas ansias de vestir el hábito de religioso de N. P. S. Francisco en este convento de Guatemala, sin que pudiese apartar ni por un breve instante de su imaginación este intento, ni de su corazón esta vocación celestial.

Prosiguió hasta esta ciudad su viaje con determinada resolución de pedir el hábito, y llegado que fué a la presencia del M. R. P. Fr. Diego de Fuenllana, Ministro Provincial que era de esta Santa Provincia a los fines de enero del año de 1620, se postró a sus pies pidiendo con humildad le recibiese para el estado de religioso lego. Y habiéndose hecho las experiencias que convinieron de su vocación, y las informaciones que disponen nuestros estatutos sagrados, en que que juran los testigos uniformemente ser reputado el pretendiente, demás de ser de padres limpios y cristianos viejos, por muy virtuosos, y de buena fama y costumbres, fué recibido al hábito por mano

del P. Fr. Pedro de Cuevas, Guardián que era de este convento en el día de la Purificación de Nuestra Señora, disponiendo Dios fuesen las luces que aquel día se encienden con misterio soberano, simbólicas de las que le habían guiado, y le habían de acompañar en varias ocasiones en lo restante de su vida, como había comenzado el cielo a favorecerle desde sus niñeces.

Tenía de edad como treinta años al tiempo que vistió el hábito, de buena salud, agilidad y deseos de servir a la Religión en cuanto alcanzasen sus fuerzas. Pasado el año de Noviciado, con grande aprobación de conocida virtud, mucha oración y observancia de la Regla que había de profesar, tan a la letra como lo hicieron los primeros discípulos de nuestro Seráfico Padre, y habiéndole ejercitado los prelados y su maestro, casi en todas las oficinas por haber a la sazón muy pocos religiosos legos en este convento, y dado de todo tan buena cuenta, como si solamente tuviese un ministerio en que ocuparse y a que aplicarse, con todo conato y fuerza, hizo profesión solemnemente con grande aceptación de aquellos venerables varones de quienes ya hemos escrito sus vidas, que como tan amigos de Dios conocieron serlo, y muy de su agrado, el buen religioso Fray Silvestre especialmente. Los VV. PP. Fray José de Gabaldá, Fray Blas de Morales y Fray Juan de Alcober, que fueron los que atrectaron su limpia conciencia, conocieron los rumbos y alteza de su espíritu, y le guiaron uniformemente por el camino seguro del humilde conocimiento propio, y de arrojarse de todo en todo con resignación total y abnegación del propio querer, en lo que fuese voluntad divina. A este tiempo y en estos principios de Fr. Silvestre se hallaban ya tan adelantado que casi comenzó por donde acabaron otros, porque como Dios es dueño de sus favores, y los puede hacer a quien más quisiere, agradado de la candidez y simplicidad de este siervo suyo, se derramó en él con tanta abundancia de consolaciones divinas, que podemos decir fué uno de los más felices hombres que han caminado al cielo por claridades, luces y resplandores, dándoles Dios en esta vida mortal, en vez de enigmas obscuros, ideas resplandescientes de las inmarcecibles luces de la gloria.

No las desmerecía el perfecto modo de obrar de Fr. Silvestre, porque pudiera ser norma de los más perfectos religiosos. Tan a la letra procuraba guardar la Regla Seráfica, que jamás tuvo en la celda otra cosa que una cruz de palo, ante la cual estaba en oración, sin que hubiese estampa, ni aun una estaca en las paredes. Su cama fué siempre una tabla de tres cuartas de largo, y media vara de ancho, teníanla en alto sobre un banco para vivir más atormentado, que si durmiese en el suelo, porque como era preciso, o estar totalmente encogido sobre la tabla, o descuadernado si se extendía, fué éste un linage de mortificación, que le labró muchos merecimientos. En el comer fué tan parco, que jamás comió carne, ni se desayunó hasta el medio día, en que era su sustento los días que no eran de vigilia, algunos tragos de caldo, y berzas que echaba en la escudilla, procurando hacer desabrida aquella poción o vitualla, ya echando en ella mucho agrio, ya haciéndola insípida con echarle agua.

Sus mortificaciones eran continuas, cotidianas, y muchas veces duplicadas las disciplinas. Los cilicios a su placer, hechos de su mano, con invenciones ingeniosas, para agravar el padecer. Su obediencia prontísima, sus

ocupaciones tales, que no le permitían un instante de descanso. Ya sembrando y cultivando la huerta personalmente, cavando con la azada, y disponiendo las eras, ya trabajando en la obra de este convento (que en su tiempo se hizo lo más de él), haciendo mezcla, cargando lodo, y aplicándose a todo afán y ejercicio corporal, por muy trabajoso que fuese. Servía en la obra descalzo, y sin sandalias, por muchos peones, por que toda su habilidad aplicaba a la expedición de lo que ocurría, ayudando a los albañiles, asistiendo a los carpinteros, trabajando con los aserradores, y, finalmente, obrando con todos, y con cada cual como si multiplicase personas para servir. La noche que pudiera serle de algún descanso, la pasaba en continua oración ante la imagen de Ntra. Sra. en el Coro, hasta que se hacía hora de despertar a maitines. Tocaba y dispertaba continuamente, y asistía todas las noches con la comunidad en ellos. Y no contento con estos ejercicios, iba a la cruz de su tablón, más a contemplar que a dormir, hasta que era hora de tocar a la pelde, que también lo hacía, y despertaba a los Padres Lectores y estudiantes; ayudaba a Misa en tanto que se hacía hora de despertar a prima la comunidad, y en habiendo despertado iba a prima al coro indispensablemente. De donde salía para las tareas y afanes del trabajo de la obra. En la virtud de la castidad, resplandeció tanto, como quien tanto comunicaba con Dios, y amaba a su purísima Virgen Madre, y en las demás virtudes, tanto como el que más, y con ejemplo de muy perfecto hijo de S. Francisco.

CAPITULO QUINCUAGESIMO OCTAVO

En que se prosigue la vida del venerable varón Fr. Silvestre, trátase de sus contínuos raptos y soberanas revelaciones, y visiones con que fué recreado

---

De este venerable siervo de Dios se pudiera decir mucho, si no fuera preciso el ir ciñendo las materias a estilo de crónica, dando solamente noticias generales para el conocimiento y concepto que se puede hacer del sujeto. Era el de que vamos hablando tan dado a la oración y contemplación que lo más de la noche se pasaba en el coro ante la imagen sacratísima de Ntra. Sra., puesto de rodillas, y juntas las manos, y el cuerpo en tal ademan y disposición, que naturalmente parecía imposible poder perseverar de rodillas tanto tiempo. Muchas veces, y casi frecuentemente los religiosos coristas que iban a tocar las campanas, le veían en el coro casi traspuesto, a veces sollozando, y a veces acezando enagenado de sus sentidos. Hicieron varias pruebas para experimentar sus transportaciones, y de ellas sacaron las evidencias que conocieron todos de sus arrobamientos. Ordinariamente le sobrevenían éstos, teniendo abiertos los ojos, y fijos en la hermosísima imagen de Ntra. Sra. del Coro ante cuyo acatamiento se ponía con profun-

dísima humildad, saludándola primero, y pidiéndole licencia con jaculatorias tiernas y dulcísimos versos, más sentenciosos que constantes en el metro. Entrábase en su oración, y con un género de vaivén, que, comenzando remiso, se continuaba frecuente, se hallaba a pocos lances enajenado de sí, y casi insensible a la curiosidad o devoción con que muchos le solían atender. Fué tan corriente en la opinión de todos los religiosos este don que Dios concedió a Fr. Silvestre, de desprenderse fácilmente de la tierra, y transportarse en Dios, que uniformemente todos los que le alcanzaron afirman esta verdad.

En una de estas transportaciones o arrobamientos se le representó un religioso a quien él había conocido y respetado como a prelado, que había ya pasado de esta vida. Al cual vió como atormentado en un lugar o prensa tan formidable, que aun no hallaba palabras con que poderlo explicar. Estaba la dicha prensa, tórculo o artificio en una cerca de un sitio. En ella el religioso difunto, cuya especie se le representaba tan afligido como atormentado, y tan atormentado, que casi lo veía dilaniar en menuzos, y masticar en opresiones, que le parecían ser cada vez las últimas, y no lo eran, porque se volvía a repetir sucesivamente aquella horrible tortura. Afligióse lo que no es decible Fr. Silvestre, y todo bañado en lágrimas, y exaltado en sollozos de caridad y compasión, volvió del rapto, y se dió una tan cruel disciplina en sufragio de aquella alma, que quedó casi exangüe, y totalmente desmayado por mucho intervalo de tiempo, tan fuera de sí, que le hallaron en su misma sangre volutado. Sabido del prelado, y reprehendiéndole con aspereza la inhumanidad que había usado consigo mismo, dijo el siervo de Dios: *Ah! Padre Guardián, mayores tormentos pasan los prelados,* conociendo el que lo oía como misteriosa sentencia aquella breve proposición de Fr. Silvestre, o ya porque Dios pusiese en su corazón el que reparase en lo que el siervo de Dios decía, o ya porque su común modo de hablar era en cifra, sentencias y proverbios; le mandó explicarse lo que decía, añadiéndole precepto de obediencia para que no ocultase lo que le preguntaba. A lo cual con humilde resignación y vergonzoso rendimiento respondió el venerable Fr. Silvestre, haciéndole narración de lo que había visto, y cuánto le había compadecido la visión, suplicándole aplicase algunos sacrificios, y ejercicios santos de la comunidad, por aquella necesidad, y le permitiese hacer de su parte, cuanto juzgase ser oportuno para ayudar a padecer a su hermano, y compensar por él en la balanza de la Divina Justicia, lo que juzgase ser más del agrado de Dios.

Así se lo concedió, y el prelado celoso y compasivo hizo aplicar las disciplinas, oración y ejercicios de la comunidad a su intención, que era la que le había comunicado Fr. Silvestre, y demás de esto rogó a todos los religiosos que en sus sacrificios encomendasen a Dios una gravísima necesidad de un hermano, y aplicasen según su devoción y oportunidad, lo más que pudiesen para el socorro de ella, hasta tanto que él les avisase haber cesado el motivo de aquellos sufragios. Hiciéronse, pues, repetidos y por muchos días, hasta que Fr. Silvestre avisó al prelado haberse dignado la Majestad Divina de admitirlos, en compensación de las penas que había de padecer aquella alma, y que para ejemplo de todos y especialmente de los prelados, supiese era voluntad de Dios notificase a su comunidad el caso

sin nombrar por propio nombre a ningún sujeto. Así lo ejecutó el discreto Guardián, y procuró reformar en sí y en sus súbditos, cuanto le fué posible cualquier defecto que pudiera ser advertido. Conque no sólo se consiguió el bien de un alma particular, sino el de todo un común, pues cada cual de los religiosos, vivió con más cuenta de sus obligaciones. Y aunque el Guardián no dijo ni insinuó el medio por donde Dios había manifestado aquella necesidad, como los religiosos tenían tal concepto de Fr. Silvestre, uniformemente le atribuyeron ser él el instrumento, y el Guardián lo declaró debajo de juramento a quien no lo publicase, mientras viviese el siervo de Dios.

En otra ocasión, estando en su continuado ejercicio de la contemplación en el coro, como en aquella era floreciese también en este santo convento un excelentísimo varón en el estado de Lego, llamado Fr. Alonso Melón, y éste con Fr. Silvestre se comunicasen muy interiormente, simbolizando mucho en el espíritu, y emulándose con santo celo en la devoción de la Ssma. Virgen María Ntra. Sra., procurando cada cual mostrarse más obsequioso en el culto, veneración y asistencia a la hermosísima imagen del Coro, sucedió que estado en aquella sazón en la enfermería cercano a la muerte Fr. Alonso Melón, encomendó a Fr. Silvestre hiciese por los dos la continuada estación. Hízolo así con la caridad y sencillez de verdadero siervo de Dios. Dió Fr. Silvestre a la Ssma. Imagen el recaudo y mensaje de Fr. Alonso, representándole como fiel embajador la necesidad que tenía de que le asistiese, y casi casi reprendiendo de descuido a la Santísima Virgen, de que lo dejaba padecer sin regalarlo. Esto decía Fr. Silvestre con tan afectiva contemplación y profundos ruegos, que no pudiendo contenerse sus afectos en su corazón, por ser corta esfera para tanto incendio de caridad, prorrumpió en palabras tiernísimas, que oyó muy bien algún religioso de los que en el coro estaban en oración, y aunque muy docto, confesó ingenuamente después, haber trabajado mucho para entender el místico razonamiento de Fr. Silvestre. Los otros religiosos que en el coro estaban, oyeron más o menos ocultándoseles a algunos del todo lo que pasaba, y a otros algo, y a todos lo más.

En esto vió Fr. Silvestre que bajaba como del cielo un globo resplandeciente, que instantáneamente se puso en forma de arco sobre el trono de la imagen de Ntra. Sra. hacia la parte delantera. Estaba tan bañado de claridad, que parecía una gloria, en él se veía un cielo todo estrellado, que causó tanta alegría al siervo de Dios, como si se hallase ya en la visión y fruición beatífica, unido al Sumo Eterno Bien. Dentro de él, como bajando de su trono, le pareció al siervo de Dios que se ponía la Sacratísima Imagen, y cogida dentro de aquella resplandeciente y estrellada nube, se iba a salir por la puerta misma del coro, llegando hasta el arco que hace la puerta de él Causábale a Fr. Silvestre desconsuelo grande el verse privado de la presencia de la Sacratísima Virgen, y que se le huía de la vista, y ausentaba, dejando el trono vacío. Por otra parte, era tanto el gozo que su alma sentía, cuanto parecía no caber en su corazón. En estas conferencias en que se anegaba el afecto y el discurso, quedó en un suave deliquio Fr. Silvestre, que durando buen espacio de tiempo, cuando de él volvió halló a la Santísima Imagen en su trono, y todo lo demás como si no hubiera acaecido aquella

maravillosa representación, sucediéndole lo que a S. Pedro en el Tabor, y a sus dos compañeros, que habiendo visto aquellas glorias que del centro del alma de Cristo, Señor Nuestro, unida con el Divino Verbo se difundieron en claridades externas; al querer Pedro permanencia en aquello transitorio, ciego a tanta luz, cayó sobre su rostro, y cuando volvió del éxtasis, vieron a Jesús solo, y en la forma que tenía cuando subió con los discípulos al monte.

En esta ocasión tuvo el siervo de Dios Fr. Alonso Melón la soberana visita de la Virgen Santísima Señora Nuestra en la enfermería (como en su vida diremos), y Fr. Silvestre que lo conoció, y a quien se dió a entender el consuelo singular de haber sido oída su petición, y despachada su legacía, con tan superabundante favor, que no sólo fué grande el que recibió, quien le envió con el mensaje, sino admirable, el que no conoció en sí Fr. Silvestre, renovando en su alma su vocación por hacer tanto eco esta visión a la que tuvo del árbol estrellado, que le fué incentivo para vestir el hábito de N. Seráfico Padre, sacando de una y otra por documento celestial el que se le estimaba, adornase y vistiese su alma de candores, y la esmaltase con variedad de virtudes, que simbolizaban las estrellas en una y otra parte, y que si allá, como a Silvestre fué un árbol el prototipo que se le propuso para que se resolviese a emprender camino donde atesorase virtudes, acá, ya cortesano a lo religioso, era místico el árbol celestial María Señora Ntra., cuyo fruto bendito era el mismo Hijo de Dios que le ofrecía en aquel globo ardiente incendio de amor en que se abrasase; en la cándida nube, purezas que procurase a rigores de penitencias y mortificaciones adquirir; y en las estrellas no sólo la multitud de virtudes a que debía aspirar, sino la fijeza en la perseverancia (pues estrella *dicitur a stando),* y que anhelase en sus obras, acciones y palabras al cielo, como lo hizo con todo su conato, y declaró a la hora de su muerte este celestial conforte, que había tenido una y otra vez, manifestando haberle causado en ambas ocasiones al principio pavor y miedo, y después haber dejado en su corazón tal lleno de suavidad y consuelo, que conocía ser cosa de Dios porque no hallaba en sí, después de estas y otras visiones, encono alguno, sino profunda humildad, con que se conocía indigno de recibir aun el más leve conforte, y sólo adelantado en afectuosos deseos de servir a Dios, imitando con todas sus fuerzas los humildes pasos y huellas de N. P. S. Francisco.

En la virtud de la humildad fué tan señalado, que preguntándole una vez su confesor, y otras algunos religiosos, si cuando se resolvió a salir de su tierra, motivado de aquellas visiones o sueños que le excitaban, si traía algún caudal para emplear en Indias. Respondió con notable sencillez, claridad y humildad, que compungió a los que le encuchaban, diciendo: *¿Cómo caudal? Tan pobres eran, y humildes mis pobres padres, que no sé si habrán muerto de hambre, ni aun se si eran cristianos, aunque bien me acuerdo que eran harto viejos, ni yo me metía en eso, sino que iba a Misa con ellos, y me hacían confesar, y me mantenían como pobres.* Y añadió: *¿Qué hacienda podía traer, ni qué nobleza podía tener quien se aplicó a oficial de zapatero, y muy malo?* Así respondía a semejantes preguntas, edificando a todos.

Como en la virtud de la humildad, así resplandeció en las otras el siervo de Dios Fr. Silvestre, sin que hubiese alguna quejosa, por no tener lugar y abrigo en su alma. No sólo las que como religioso era obligado a tener por votos de su profesión y preceptos de su Regla, sino cuantas adornan a los excelentes sujetos en la virtud, y cuantas pudo ingeniar el conato con que ambicioso de ellas las solicitaba. Lo más del tiempo que vivió en la Religión fué continuo dispertador de maitines y de prima, sin faltar a aquesta ni a aquellos al rezarse o cantarse, y sin dispendio de las muchas ocupaciones en que entendía. Por cansado que viniese del aserradero habiendo empleado el día en el trabajoso afán de cortar y limpiar maderas personalmente para la obra que se hacía en este convento, jamás faltó a la sobredicha tarea. Cuando se trabajaba en cimientos y obra de albañilería, él mismo se aplicaba al más fatigoso trabajo de hacer la mezcla entrándose al lodo, descalzo del todo, y si tal vez alguno le prevenía de que le podía hacer mal, respondía: *Pues no me hacía mal andar descalzo en mi tierra, y andar desnudo y sin qué comer, y me había de hacer mal el servir a la Religión?* Con estas santas simplicidades satisfacía tan adecuadamente a las objeciones que se le solían hacer, que no sólo edificaba, sino que alegraba a los que se las oían. Trabajaba con indecible alegría aplicándose a la ocupación más fuerte, sin recelar mal aire, sol, ni agua, aunque estuviese sudando y abochornado.

Mas, como era cuerpo compuesto de humores, trabajado y tan penitente, hubieron de entrar en él algunos achaques que contrajo del mucho afán, y se ayudaban de su crecida edad. Hubo de consultar al médico, porque no le aprovechaban ya sus medicinas de zumo de naranjas, y algunas bebidas amargas que de propósito se aplicaba para dos fines, que era conseguir salud para trabajar, y mortificarse para merecer. Recetóle el médico cantidad de píldoras que fuese tomando en días interpolados, con la precaución de guardarse, y tener las dietas de enfermo. Era obrero a la sazón el siervo de Dios, y discurriendo que si ponía en ejecución lo que el médico le ordenaba se impedía para trabajar, y por otra parte, que debía medicinarse para no impedirse del todo, y comer el pan de balde, le pareció que acertaría si las tomase todas en un día. Cogiólas, y en un tecomate las echó y deshizo con agua caliente a modo de chocolate, y se las bebió una mañana. Fuése a la obra con las píldoras desleídas en el cuerpo, y como lo tenía de costumbre, se quitó las sandalias, y se entró en el lodo y mezcla, batiéndola con el ejercicio fuerte que requiere. Entrando el médico en el convento, y viendo a Fr. Silvestre en el lodo, le preguntó cómo le iba, y cuando determinaba comenzar a tomar las píldoras. A que él respondió: *Ya fué Dios servido que esta mañana todas juntas de una vez las deshice en agua caliente, y las bebí y a la hora de esta aun no han hecho operación.* Quedó el médico asombrado de tal temeridad, y reprendiéndole mucho de lo que había hecho, le intimó la muerte e hizo notorio al Guardián y religiosos el grande peligro en que estaba el pobre fraile por su resolución inconsiderada, y que estuviesen en cuenta porque no llegaría a veinte y cuatro horas, añadiendo que eran tan activas y eficaces, que era mucho no hubiese reventado por haberlas tomado todas, y que le parecía que si a una bestia se las dieran en aquella conformidad, reventara, cuanto más añadiendo a un desatino otro de irse a entrar descalzo en el lodo.

El Guardián le llamó, reprendiéndole de la que se reputaba por temeridad, respondió el venerable varón: *Pues yo soy más que bestia, pues no sirvo a Dios; mas, no será más que lo que Dios quisiere;* y yéndose a recoger como se lo mandaba el Guardián, se puso en contemplación, sin accidente alguno, antes muy fortalecido en lo corporal, pasando así lo restante del día, y el siguiente, cuando esperaba el médico que muriese. Cuidadoso vino al día siguiente, y lo había estado esperando que las campanas publicasen haber muerto Fr. Silvestre. Sabido en la portería cuan ajeno estaba el siervo de Dios de la muerte que le había presagiado, lo tuvo por milagro, y buscándole le halló tan sano en el cuerpo, como si con la mano, le hubiese quitado los dolores y desfallecimiento, que antes de tomar las píldoras iba sintiendo. El pulso, como de hombre sin achaque, y las demás ocurrentes circunstancias, que manifestaban perfecta salud. Admirado le preguntó otras veces el modo que había tenido, y le advirtió el peligro en que se había puesto, a que el venerable varón satisfizo diciendo: *La intención, es la que obra; y la fe, es la que salva.*

CAPITULO QUINCUAGESIMO NOVENO

En que se trata de la última enfermedad del siervo de Dios Fr. Silvestre; y se dicen otras virtudes suyas, y de su ejemplarísima y dichosa muerte

---

Por los años del Señor de 1651, teniendo ya más de sesenta años de edad el siervo de Dios Fr. Silvestre, atesorados en ellos muchos merecimientos, ejercitadas muchas virtudes, y lleno ya de buenas obras, habiendo trabajado en la religión en poco más de treinta años lo que pudieran hacer otros muchos en trescientos. Sin declinar jamás ni en un punto del espíritu con que comenzó la carrera, ni haber admitido en la santa pobreza, ni en otra cosa de su obligación, la más leve dispensación, por decente y segura que fuese; quiso Dios llevarle ya al premio de lo mucho que le había servido Y así, por medio de gravísima enfermedad de hidropesía, que padeció (para que aun en ésto se pareciese a nuestro Seráfico Padre, quien le había parecido tanto, e imitado en la vida) fué su Majestad Divina servido de avisarle, y el venerable varón como buen siervo que esperaba a su señor vigilante, ceñido su profesión con las antorchas de buenas, y ejemplares obras en las manos; recibióle gustoso, porque como dice San Gregorio, el varón justo a quien las buenas obras adornan, y la esperanza asegura, alegre y pronto recibe al Señor y Juez, cuando pulsa a la puerta por medio de las molestias de la enfermedad. En esta última que padeció Fr. Silvestre, y única que en toda su vida le rindió a la cama, la que tuvo su mortificado cuerpo, al paso que tan penado y afligido, fué el mismo suelo con un tronco por cabecera, que para quien había tenido por cama el tablón escaso de

tres cuartas de largo, era de bastante regalo. En una estera, pues, en el mismo suelo, permitió tener su cama Fr. Silvestre sin quitarse jamás el hábito y capilla, aunque el médico le instaba, porque quien había siempre vivido amortajado, no había de dejarlo de estar al acercarse la muerte. Mandó también el médico le pusiesen por el abrigo unos calzones cerrados, y aunque por obedecer permitió se le pusiesen, no pudo durar con ellos muchas horas y así a breve espacio los arrojó de sí.

Lo que sí tenía, y tuvo siempre en las manos, era una cruz de madera, con que siempre dormía, y el rosario en la otra mano, en que de continuo rezaba. Incesantemente todo el tiempo que la prolija y penosa enfermedad duró, rezaba en él, interpolando a veces la oración vocal con la mental, y teniendo en ésta muchos arrobamientos en que le confortaba el piadoso padre de las lumbres para la jornada de la eternidad; en uno de estos raptos, vió a la Virgen María Nuestra Señora, que entraba a visitarle, con grande acompañamiento de religiosos y mancebos de muy linda disposición, y que entre los religiosos venían cuatro del hábito de nuestro Padre Santo Domingo, y la Virgen Santísima traía el rosario en las manos. Tuvo tanto recreo su bendita alma con esta celestial visita, que se le manifestaba en el semblante, no sólo en la alegría que demostraba, sino en un género de claridad o resplandor, que aun estando transportado, se dejaba conocer, y alegraba a los circunstantes. Volvió de este rapto, diciendo: *Ya llegan hasta aquí. ¿No le ven?* Preguntándole su confesor, y a mayor mérito, mandándole el Guardián declarase lo que había visto, dicen uno y otro que explicando la visión como queda dicho, y diciendo haber conocido en aquel acompañamiento algunos santos religiosos de la Orden, y dos de los cuatro de la de N. Padre Sto. Domingo, habló cosas tan altas prosiguiendo en materias del cielo y profundos puntos de la sagrada Teología, que los dejó absortos, aun siendo los dos sujetos de los doctos que tenía esta Santa Provincia. Tales materias, tales sentencias profirió el iliterato lego, que se conocía ser Teología del cielo y de los bienaventurados la que hablaba.

Menos que con tales alivios fuera imposible dejar de sentir lo mucho que padecía, porque tenía todo el cuerpo hecho una lepra avejigada la carne, rotas las ampollas, y casi empodrecidas las úlceras. No se le oyó en toda la enfermedad ni un quejido, ni una palabra que significase sentimiento. Admirábanse los enfermeros, asombrábase el médico (que era el Dr. Navarro), y una vez, como impacientado, habiendo preguntado al enfermo qué sentía, o en dónde le dolía, y respondiendo él, que nada. Replicó el médico, y le dijo: *O. V. R. está ya muerto, o no es hombre.* El siervo de Dios respondió: *Todo es uno,* sin decir otra cosa; y prosiguió en su tolerancia, tan constante en sufrir los dolores y angustias de la penosa enfermedad, que ni aun significaba apetecer el beber, siendo cosa tan anexa al mal de la hidropesía. Los mismos que le veían y asistían estaban como incrédulos de lo que sus mismos ojos miraban. Y con razón, porque aun el ejemplar de paciencia Job, siendo espejo de la tolerancia en alguna ocasión, dió señales de que sentía: rasgó su túnica, se arrojó en tierra, adoró al Señor, y le dijo: *¿Es por ventura mi carne de metal, bronce, o cobre? ¿Numquid caro aenea est?* ¿Qué mucho

admirase a todos la tolerancia, y casi insensibilidad con que apostaba a los vehementes dolores Fr. Silvestre? ¿Y qué mucho, si con los ojos del espíritu lo miramos, si tenía tan celestiales confortes, y, como se creyó, la continua asistencia de la Emperatriz de los cielos, que acompañada de ángeles hacia oficio de enfermera, regalaba y acariciaba como especial abogada a su clientulo y siervo de su divino Hijo? Manifestóse esto en el tiempo de su enfermedad varias veces, como testificaron los religiosos que le asistían. Entre las cuales especifican haberle oído, estando como transpuesto, hablar con Nuestra Señora con grandes cariños, ternuras y afectos, y decir, que veía grande claridad, y oía muy sonora armonía, que todo hacía un celestial regocijo. Esto acaeció varias veces, y en el mismo día de su muerte, habiendo estado más de hora arrobado, tan ajeno de los sentidos, que pareció haber fallecido; volviendo del rapto, preguntó al enfermero y religioso que le asistía, que ambos cuidadosos le atendían por la perplejidad en que estaban de si se tocaría, o no a credo, volvió, como digo, Fr. Silvestre del rapto, preguntando quien le había sacado de aquella celda en donde había estado. Respondiéndole que en aquella misma en donde estaba el enfermo había estado desde que le rindió el achaque, replicó el venerable varón: *¿Cómo puede ser, si ésta está obscura, y aquella en que yo estaba llena de claridad, y que parecía un cielo?* Conociendo los que le oían que era misterio lo que hablaba le dijeron, si quería que llamasen al P. Guardián y a su confesor. A que respondiendo que sí, y viniendo los dos, testificó por la hora en que estaba todas las revelaciones y visiones que quedan escritas en su vida, aseverando no haber sido ilusiones, sino que visible y sensiblemente las más de ellas habían sido imaginarias, en que había sentido su alma tanta dulzura, y recreo, cuanto no era posible explicar con palabras en esta vida mortal, prosiguiendo tan altamente en las que hablaba, y en las respuestas que daba a lo que como teólogos le preguntaban, que satisfaciendo a lo que le proponía, adelantaba en los profundos misterios que en aquella última transportación y recreo celestial que tuvo, juzgó no volver más a esta vida, y así extrañó el hallarse en la celda; pero que sabía que en el primer arrobo que le sobreviniese tenía el último paso para la eternidad; y que así se despedía, pidiendo perdón a todos, y rogando le encomendasen a Dios, para que no se errase aquella última transportación.

No puedo dejar de poner en este capítulo el grande ejemplo con que recibió el siervo Dios en esta última enfermedad el Santísimo Sacramento por viático, pretextando serle más conveniente estar sobre una estera en el suelo, y ejercitando en esto actos de profunda humildad; trayéndole el santísimo sacramento, se hincó de rodillas con notable ligereza, siendo así que era imposible por los vehementes dolores que padecía, y bronquedad de las piernas, el poderse mover. Mas cobrando extrañas fuerzas a su debilidad, y valerosísimo ánimo a tanto dolor, puesto de rodillas, adoró con profundísima reverencia a la Divina Majestad, y con grande copia de lágrimas, en que le bañó no sólo el rostro, sino la capilla y hábito, pidió perdón de sus culpas con tanta edificación de la comunidad, que excitó copiosos lloros en todos los religiosos. Recibido el Santísimo Sacramento, volvió a la Comunidad, con piadosísimo cariño a pedir no le llorasen, sino que manifestasen la caridad y compasión que le tenían, en encomendarle a Dios, y pedir con él le diese el

perdón que deseaba de sus culpas. Recibió la Extremaunción estando en todo su sentido, y aun ayudando en las letanías que se decían por él, y avisando al prelado que así que dejase el acompañamiento de la comunidad al Santísimo Sacramento en el sagrario, tenía necesidad de que le asistiesen, por ser ya la última hora, se quedó en contemplación con serena tranquilidad y alegría.

Vuelta la comunidad, entró en agonía de la muerte cerca de la una de la tarde, no con las ansias de desprenderse del cuerpo el alma, sino con una suavidad de amigo de Dios. Cantáronle el *credo* y el himno *O gloriosa Dña.* al cual estuvo tan atento como si con los ojos corporales viese a la Virgen Ssma., y así absorto, puestos en el cielo los ojos, con grande alegría en el rostro, y señales de la gloria que le esperaba, dijo las palabras que Cristo Señor Nuestro en la cruz: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum,* y con ellas dió su alma a su Creador, quedando su cuerpo, no horroroso, ni como de difunto, sino suave, tratable y venerable, teniendo por cierto todos los religiosos había partido aquella dichosa alma, desde su humilde y penitente cama, a la eterna gloria.

Bien quisieran los religiosos y personas muy graves de la república, que luego concurrieron, hasta el Marqués de Lorenzana, Presidente que era de esta Real Audiencia, robar algunas cosas que hubiesen sido del uso del siervo de Dios, y para ésto fué abierta su pobre celda. Mas era toda ella un desierto, porque como hemos dicho, jamás tuvo en ella ni aun una estampa. Lo que fué de mucha estimación, y como tal estaba ya en la Capilla de Ntra. Sra. de Loreto, eran algunas imágenes del Niño Jesús de hueso, y formas de pilares para camita, y pesebre, y algunas muertes, y otras figuras de grande curiosidad que labraba el siervo de Dios en algunos ratos que tal vez le sobraban de tiempo, porque fué tan enemigo de la ociosidad, que jamás estuvo sin hacer algo, y cuando alzaba la obra iba con una azada a labrar la huerta, y si era menester iba con ella hasta el río, a limpiar o abrir la acequia, para conducir a la huerta el agua.

Finalmente, habiendo pasado al Señor este su siervo en el año de 1651, a la una de la tarde, un día viernes, que no he podido averiguar en qué mes, ni a cuantos de él, fué sepultado el sábado siguiente con numerosísimo concurso de gente de todos estados, que le aclamaban por varón santo, y como tal, a no haber encerrado el cuerpo, y defendídole con toda diligencia, para que no le despedazasen el hábito, hubiera sido menester mudárselo, y aun otros, según la devoción del pueblo, y general aclamación de sus virtudes. Diósele sepultura en el entierro común de los religiosos, que es la bóveda que está en el piso de la Sacristía antigua de este convento, donde yace en compañía de otros cadáveres de religiosos ejemplares, cuyas almas, como la de este siervo de Dios, piadosamente creemos están gozando de la eterna gloria.

CAPITULO SEXAGESIMO

De la vida del muy ejemplar religioso Fr. Alonso Melón del estado de lego, hijo de este santo convento de N. P. S. Francisco de Guatemala

Fué Alonso Martín Melón, sujeto de quien hemos de hablar al presente, hombre noble, vecino de la Villa de Chiclana, del obispado de Cádiz, en los reinos de Castilla, hijo legítimo de Andrés Gómez Melón, familiar del Santo Oficio de la Inquisición de Sevilla, y de Catarina García su mujer, iguales en calidad, y emparentados con personas de estimación, así en el estado secular, como en el eclesiástico. Nació en dicha villa poco después del año de 1580, y habiéndole aplicado sus padres a los primeros avisos de la latinidad, y habiendo aprendido a leer y escribir, y aun, según se presumió siempre, facultades escolásticas e inteligencia de las letras, hallándose indigno del estado sacerdotal, desistió de los estudios a que sus padres le inclinaban, por ocuparse y darse del todo a Dios, porque fué proverbio que asentó siempre en su alma decir: *El cielo no es para el más entendido, sino para el más virtuoso.* Conoció desde sus primeros años la obligación que había hecho a Dios por el bautismo, y que la candela que se le puso en la mano entonces, fué para que la tuviese siempre encendida en las heroicas obras de fe, esperanza y caridad, y que el capillo o cobertor cándido que se le puso, era un recuerdo de vivir incontaminado, para poder parecer sin espurcicia en el tribunal de Dios.

Desde que tuvo uso de razón fué muy devoto de la Virgen Ssma. Ntra. Sra. y con singularísima especialidad del misterio de su Concepción Purísima. Amaba mucho a los que llamaban Escotistas, por lo común que oía decir de haber sido el Sutil Doctor, quien primero públicamente en las palestras literarias defendió la opinión de ser concebida sin la original mancha la madre de Dios. Bien quisiera el mancebo seguir las escuelas por sólo este motivo; mas Dios, que le guiaba por el camino de la humildad, puso en su inclinación más peso, apetito a amar a Dios, que a entender de Dios. Parecíale que aunque el tiempo se aprovecha bien en las tareas escolásticas, mejor se emplearía en las contemplaciones místicas. Así lo practicaba, aunque la capacidad y porción intelectual quedaba quejosa, por tener vivacidad y comprensión tenaz de las materias que oía. Privarle de los piadosos ejercicios de celebrar las festividades de Ntra. Sra., y ayunar en honra suya los sábados, y rezarle cuotidianamente el rosario, fuera quitarle el vivir porque, como si no hubiera nacido para otra cosa que para servir a la soberana Reina y Señora nuestra, así aplicaba todo su conato y fervor en estas santas ocupaciones. Cuando niño, haciendo altaritos, y derramándose en devotos afectos; cuando mancebo, continuando esta misma piadosa puerilidad, adelantando solamente más ejercicios, mas fervorosos afectos y piadosísimas lágrimas. Sus padres, como

tan cristianos y temerosos de Dios, viendo al mancebo (y lo que más es, ya en edad que pasaba de veinte años) tan recogido y aplicado a aquellas cosas de devoción, como si no tuviese sentidos ni potencias para cosas de este siglo, se alegraban, fomentábanle, y esperaban de su buena inclinación y natural devoto, lo que en realidad le tenía Dios determinado.

Ocasiones se le ofrecieron de recibir el hábito de religioso en España, mas queriendo Dios que diese mejor fruto trasplantado este árbol, que en su natural, sin saber cómo se le frustraban las ocasiones, no por deméritos propios ni de sus padres, sino porque Dios no aplicaba la eficacia que después en estas partes. Los ratos que estaba encerrado, que era lo más del día y noche, como quien no tenía qué cuidar de la mesa, ni de la casa, por ser la de sus padres honradamente suficiente no sólo para su trato decente, sino para hacer bien a los pobres, los ocupaba este escogido de Dios en hacer versos espirituales en que tuvo especialísima gracia, así por lo sentencioso, como por lo piadoso y devoto de los asuntos que escogía. De éstos los más eran de la Concepción Purísima de Ntra. Sra., del Santísimo Sacramento, y a cada festividad de Cristo Sr. Ntro. y de su Ssma. Madre, sacaba ternos nuevos para celebrarla. También fué devotísimo desde que tuvo uso de razón, del Santo Angel Custodio, a quien si no visible, espiritualmente conocía por compañero, respetaba como a fiel amigo, y atendía como a buen consejero. Celebrábale también su festividad, invocábale en los combates espirituales que se le ofrecían, y experimentaba en su benévola asistencia toda la felicidad que deseaba, y el consuelo que sus operaciones pedían.

Sin saber cómo, ni prevenir lo que le había de suceder, ni motivarle codicia de hacienda ni honra por ser su natural negado a estas fugaces y mundanas prosperidades, se halló acomodado con mucho gusto de sus padres para viaje de Indias, en embarcación que venía a Honduras, por los años del Señor de 1604. Llegado a esta provincia, y hospedado en casa del capitán Gabriel García, vecino de esta ciudad de Guatemala, hombre de hacienda, y dueño de una cuadrilla de minas, fué tratado de él como hijo suyo, en compañía de otros que tenía, con quienes se conservó en hermandad como con los suyos de España; dando a todos buen ejemplo, santos documentos y mucha luz en las materias que se ofrecían de conversación espiritual, sin que llegase jamás a zaherir a alguno, ni a que por aconsejarle bien se originase desabrimiento. No fué la menor en su virtud conservarla en todos trances, y hacerse bien quisto con los que le comunicaban, pero como Dios le tenía escogido para sí, hizo gratas sus operaciones a todos. Ni aun la emulación que pudiera originarse en los hijos de su casero por haberle fiado él el cuidado de sus haciendas de minas, con tanta satisfacción como tuviera de su misma persona, fué jamás seminario de malevolencias, o poco afecto nacido de celos en los propios hijos.

Dió siempre buena cuenta Alonso Martín Melón de lo que tenía a su cargo. Pero se hallaba con algunos espirituales desconsuelos por la agencia que pedía la mayordomía, que al paso que se hallaba obligado en conciencia a aplicar todo trabajo y tiempo para comer sin escrúpulo a costa del dueño, le parecía estaba su alma hambrienta, y que no podía darle el pasto espiritual que quisiera, si no era defraudando a las otras materiales ocupaciones. Entró

en juicio consigo varias veces, y decía: *¿Qué me aprovecha a mí el adelantar la hacienda de quien me da de comer, si yo me atraso en lo que es de mi obligación? ¿Por ventura satisfaré yo a Dios en su tribunal con este trabajo? Pues no tuve ánimo de emprender estudios, por no hallarme suficiente para las obligaciones del Sacerdocio, y para hallarme desocupado para amar a Dios y servirle, y le he de dejar de amar y servir por emplearme en estas temporales diligencias?* Estas y otras cosas rumiaba en su corazón muchas veces, hasta que se resolvió a manifestar sus cuidados a su bienhechor, y que tenía en lugar de padre. Era éste temeroso de Dios, las razones del prudente Alonso Martín eficaces; conque con beneplácito de entrambos, aunque con mucho sentimiento de la familia, desabrochó el pecho, y manifestó la inclinación grande que tenía, y que le había asistido siempre, de ser religioso de N. P. S. Francisco.

Era Provincial de esta Santa Provincia N. V. P. Fr. Alonso de Padilla, estaba en la visita de ella en el convento de Santiago Cotzumalguapa, y no queriendo que padeciesen demora sus espirituales designios, cogió camino para allá el virtuoso hidalgo, con la confianza que Dios ponía en su corazón, y el aliento que le daba haber comunicado con el mismo Provincial, antes de serlo los dictámenes que tenía, de haberse confesado con él en varias ocasiones, prometiéndose por este cercano conocimiento buen despacho en su petición. Puesto en su presencia, y con toda humildad de rodillas, manifestaba su súplica, y habiendo hecho antes de despacharlo el prudente y muy religioso Provincial varias experiencias de su buen propósito, y asegurádose en todo de su perseverancia, le dió la licencia que está en las informaciones que se hicieron, su data en dicho convento de Santiago Cotzumalguapa, a 22 de marzo del año de 1610. Conseguida la licencia vino con toda aceleración, y se presentó con ella ante N. M. Religioso Padre Fr. Pedro de Arboleda, que era Guardián de este convento, y como tan recto, prudente y espiritual, trató luego de recibir la información, que concluída a fines de dicho mes de marzo; fué recibido Alonso Martín Melón al hábito para el estado de religioso lego; porque aunque el Provincial y los religiosos que le conocían le propusieron y requirieron varias veces recibiese el hábito para el coro, y estado de sacerdote, el humilde y desengañado varón protestó siempre hallarse inepto para tan alta dignidad, y llamarle Dios para el humilde estado de lego, en el cual sirviese a la Religión con menos ocupaciones, que le pudiesen impedir los deseos de su vocación.

Desde luego se conocieron en Fr. Alonso las virtudes que estudioso ocultaba, teniendo muy de memoria, y practicando lo que Cristo Sr. Ntro. aconseja en su Evangelio, diciendo que cuidemos mucho no hacer las buenas obras delante de los hombres, para ser vistos y aplaudidos, sino delante de Dios, que con su infinito saber todo lo comprende y conoce, y llena todo con su inmensidad. Pasó el año de aprobación en los ejercicios de humildad, y obediencia a que fué aplicado, ocupando todo el tiempo que le sobraba en oración y contemplación, sin perder en edad de treinta años las buenas costumbres en que se había criado, y devoción fervorosa a Nuestra Señora, tal, que en cualquiera parte que veía alguna imagen de la Virgen María jamás dejó de pararse y saludarla con la operación angélica, adelantando en esta devoción cuanto

se deja entender, y la experiencia enseña haber adelantado, los que también han empleado sus afectos, llegó dentro de pocos años a ser favorecido como hijo de la reina del cielo, con visitas soberanas que la dignación de tan piadosa Madre y Señora nuestra se sirvió de hacerle.

Ya profeso, y aplicado a las oficinas que convenía, dió siempre ejemplo de observancia, de obediencia y de todo género de virtudes, no sólo a los religiosos, sino a cuantas personas le conocieron, reputándole todos por santo y amigo de Dios. Resplandecía en él sobre la basa fundamental de la humildad un género de conocimiento penetrativo de los interiores de todos, que manifestó varias veces con dichos muy sentenciosos, cuyo efecto maravilloso fué las más de ellas, compunción de algunos divertidos, y enmienda de algunos distraimientos. Era su frecuente modo de saludar a los que veía, decir en alta voz (como otro Fr. Gil): *Sursum corda, doime a Dios,* y sucedió en más de varias ocasiones ser tan penetrantes estas pocas palabras, que la respuesta de ellas era decirle: *Pues, Padre, ¿qué haré para salvarme?* Tomando el siervo de Dios motivo de esta pregunta y otras semejantes, proseguía en tan altos razonamientos de la obligación cristiana, de cuan digno es Dios de ser amado y servido, de cuan olvidados vivimos de la eternidad que nos espera y de los peligros de perder a Dios para siempre, que excitaba aun a los menos dóciles a lágrimas y suspiros, acompañándoles él en copiosos lloros, con que al paso que los edificaba y compungía, los consolaba. Hallando bien dispuesta la materia, y el ánimo del penitente contrito y resignado, los excitaba a que hiciesen una buena confesión, y para ésto les proponía tres o cuatro sujetos religiosos con quienes tenía este trato de almas, ganándolas él, y sacándolas ellos de la opresión de las culpas, y aquel que de los confesores era escogido del penitente, según lo concertado, estaba pronto en la hora y lugar que convenía, para sacar aquella alma de la culpa.

En otra ocasión, con el motivo que dió a dos personas seglares de vida estragada que le visitaron, una efigie de la muerte que tenía en un papel, en su cabecera, les hizo tan eficaz exhortación del trance inevitable de la muerte, de lo caduco de las prosperidades mundanas y paradero de todo lo temporal, que como fuera de sí los dos (según certificaron después), les pareció ver abierta delante de sí la sepultura, y que ya se veían cadáveres, causándoles tanto horror su mismo aspecto, que tenían por cierto habérseles propuesto, por disposición divina, a cada cual el horror del suyo, para que dejasen los engreimientos de la lozanía y prosperidad temporal. Así lo hicieron, y ambos dentro de pocos tiempos recibieron el hábito de N. P. San Francisco del mismo estado de lego, y fueron muy útiles al servicio y consuelo de los religiosos, perseverando en su buen espíritu, y desengaño por muchos años, hasta los últimos vales de su vida.

Como era frecuente en este modo de predicar, sentencioso en el decir, acomodando con grande propiedad las sentencias, casos y ejemplos de la Sagrada Escritura, hacía tanto fruto en los que le oían, que los más eficaces predicadores aun no llegaran a tanto. De muy pequeños motivos le tomaba el siervo de Dios para sus exhortaciones, con celestial suavidad, prudentí-

síma cautela, y con razones de tanto peso, que compungía, avisaba y reprendía sin dar a entender lo que hacía. De un mosquito tomó motivo en varias ocasiones, ponderando el dedo de Dios, y refiriendo los castigos que ejecutó su poderosa mano en el obstinado Faraón. De aquí por cada plaga discurría conforme convenía al fin que intentaba. De una centella solía encender un Etna de amor de Dios en los corazones de los que le oían; porque éste era el intento de sus ejemplarisimos razonamientos y santas exhortaciones.

CAPITULO SEXAGESIMO PRIMERO

En que prosiguiendo la vida del siervo de Dios Fr. Alonso Melón, se dicen de él algunas otras excelencias, celestiales favores y virtudes que todos conocieron

A pocos años de religioso, tenía andados ya el muy religioso Padre Fr. Alonso Melón muy largas jornadas en la senda de la virtud; porque continuamente estudiaba en adelantar en ella, sirviéndole de recuerdo la efigie de la muerte con un rótulo donde tenía escrita aquella sentencia del Espíritu Santo, que dice: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.* Fué su espíritu tan aplicado a las cosas del cielo, cuanto sagaz y suave para todos los que le comunicaron; porque como era tan humilde de corazón, de tanta mansedumbre, sanidad y paz interior y exterior, jamás fué oneroso a persona alguna, ni hubo quien le viese enojado, sino fué en una ocasión que yendo por una calle, oyó que un muchacho juraba el nombre de Dios con improperio. Entonces, siendo el siervo de Dios en la mansedumbre un cordero, revestido de celo santo de la honra de Dios, casi desaforado corriendo tras el muchacho decía: *Doime a Dios. Cielos, ¿cómo no castigáis esta injuria?* y otras palabras ya latinas, ya castellanas, en que como embriagado de celo santo prorrumpió hasta aprehender al delincuente, el cual hincándosele de rodillas, y pidiéndole por amor de Dios le dejase, porque le amenazaba de dar, al instante se mitigó tan del todo aquella ira que había concebido, que la penitencia fué ponerse los dos de rodillas en medio de la calle, y rezar muchas veces la oración del Padre Nuestro y Ave María, con Gloria Patri puesto en cruz. Con esto corrigió en el muchacho el delito haciéndole que alabase a Dios repetidas veces, y en sí mismo hizo penitencia de la irascible aunque tan justamente excitada, que había tenido. Fué esta una acción tan bien vista de la gente que se había juntado a la novedad, que a los créditos que tenía de virtud el siervo de Dios, le acaireló muchos, aunque él, como verdadero humilde, siempre huía de los aplausos.

Prosiguió su camino, y a los hombres que se le allegaron les fué diciendo tan celestiales cosas en orden a la ingratitud grande que indica en el ánimo el vicio de jurar, y los castigos que Dios ha hecho en los juradores, que ya con el ejemplo del numerosísimo vulgo de Betsamitas, a quienes quitó Dios la vida sólo porque miraron con irreverencia al Arca; ya con el de Ozá de haberle Dios castigado por temerario; ya con las palabras de Jeremías: *Obstupescite coeli super hoc,* hizo tanto fruto de ellos, como pudiera un predicador apostólico en un cantón de la plaza, que sirviéndole de poste, cátedra y púlpito, fué una Universidad de ciencias, una enciclopedia de documentos, en que numerosísimo concurso que se allegó, fué bien enseñado, y se originaron de esta su exhortación y plática tantos provechos espirituales, que no sólo corrigieron en sí los vicios el de jurar, sino en sus hijos y familiares, y aun en las demás materias pecaminosas pusieron mucho freno a sus vidas; y ya cuando veían por una calle al santo Melón (que así le decían), se componían como si fuesen novicios de S. Francisco, y el siervo de Dios su Maestro. Aunque no se holgaba por lo que podía ser aplauso propio, tenía singular consuelo en que se temiese a Dios, y con el mismo hecho les predicaba; porque les decía: *¿A quién temen? ¿Por quién se componen? ¿Por Fray Alonso Melón? No puede ser, porque ése es una sabandijilla que apenas puede percibirla la vista, pero ése es el dedo de Dios, a quien debemos amar, temer y reverenciar como Señor verdadero infinito, y como tal, digno de ser de todos venerado.*

Picóle una vez, siendo hortelano, una hormiga, y sin advertir, incitado del escozor, la mató. Después de hecho, sintió tanto escrúpulo en esta acción, y le pareció tan mal en sí haber quitado la vida a aquella sabandijilla, a quien Dios le había dado, que no paró hasta castigarse tan enormemente el delito, que yéndose a la huerta, buscó un hormiguero, y se puso en él sentado en cuclillas, perseverando en esta cruelisima mortificación tres horas continuas en el mayor ardimiento del sol, haciéndose tan insensible a la venganza que tomaban en su carne las hormigas por la muerte de la una, que como si fuera leproso quedó por algunos días lastimado, y por entonces mientras duró el voluntario castigo y singularísima mortificación, tuvo el siervo de Dios el conforte de estar empleado en la contemplación de los dolores, que padeció nuestro Salvador en el árbol de la cruz; la cual consideración le fué aliento para poder perseverar en tanto martirio.

Este deseaba con mucho fervor padecer a manos de enemigos de la fe, y derramar su sangre en confesión del Evangelio. Pidiólo a los prelados varias veces, y aunque era su petición eficaz, su espíritu tan provecto, su ejemplo tan grande, y las experiencias de su constancia tantas, siempre se le frustró por ocultos juicios de Dios, que no alcanzamos. O porque quiso su divina Majestad, padeciese a la continua su siervo el penosísimo martirio del deseo, muriendo muchas veces cada día, ya a manos de sus mortificaciones, disciplinas, continuados ayunos a pan y agua, perseverancia en la oración, en forma de cruz, por muchas horas, y negación total del propio querer, por seguir a Cristo con su cruz, y a los incendios del amor de Dios, y ardimientos de los deseos de padecer por él, que, como Etna puesto en su pecho, vomi-

taba llamas sensiblemente al rostro, y hacía que se hiciesen sus ojos dos continuas fuentes de lágrimas excitadas de la consideración de lo poco o nada que hacía en servicio de Dios, siendo tanto lo que obraba en esta demanda, que como testificó en confesión general cercano a su muerte, jamás dejó de procurar el adelantar algo cada día en mortificación, oración o ejercicio de alguna virtud. Tan ansiosamente vivía con el deseo de dar la vida por Dios, que pudiera decir con el Apóstol S. Pablo: *Quotidie morior;* y hacer cierto el que con cada uno de los que llegaban al trance fatal de la muerte, la abrazaba, inventando ingeniosamente este nuevo modo de ofrecer a Dios su vida haciéndole especial oración, en la muerte de los otros, y holocausto de la suya, que si le fuera lícito la admitiera, y aun acometiera luego cualquier peligro por incurrirla, para repetir más y más veces el morir en Dios y por Dios.

Era con todos tan compasivo, que tomara de muy buena voluntad padecer en su persona los dolores, enfermedades y trabajos de todos. Asistíales con notable caridad, afabilidad, y consejos santos. No sólo a los enfermos sino a cualquiera hermano suyo que se hallase en trabajo o desconsuelo, era Fr. Alonso el que individualmente les confortaba, asistía y consolaba, teniéndose por muy dichoso de poder ser de algún alivio a sus hermanos. Y tomarse cualquier trabajo, por no ver alguno que cayese en impaciencia. En esta sagacidad y virtud fué tan señalado, que en todo el tiempo que vivió en la Religión era el continuo favorecedor, y aun regalador, de los que trabajaban. Amaba mucho a los que se empleaban en los estudios, y era aficionadísimo a las letras. A los estudiantes que tal vez les faltaba papel u otra cosa, porque perseverasen y adelantasen en los estudios era el perpetuo socorredor, saliendo con muy buena voluntad a pedir por amor de Dios a sus bienhechores papel y plumas para estudiantes, Predicador y Lectores. Por esta razón y otras, como el gustar tanto de que se fervorizasen todos en estudiar para defender la original pureza de Nuestra Señora, le solían llamar el *Jubilado,* título que el siervo de Dios con notable alegría, aunque fuese por antífrasis admitía, haciendo de sí mismo chanza, cuando en las veras eran sus ejemplos tan merecedores de muchas honras.

Algunas tradiciones se escriben de la familiaridad que tenía este siervo de Dios con las aves y animales, siendo hortelano, y entre otras se dice, que estando en una ocasión en la huerta los estudiantes una tarde de vacaciones, y el siervo de Dios Fr. Alonso en el cultivo de una era; siendo así que era silencioso, y más continuo en el llorar que fácil en el reír, de repente se río tanto, que manifestaba extrañeza en el alborozo. Advirtiéronlo todos, y notaron la novedad; súpolo el Guardián y llamándolo para preguntarle lo que era motivo de aquella risa intempestiva e inusitada en él; habiéndose excusado con humildad, y poniéndole precepto el Guardián dijo que había oído hablar a unas auras (que llaman vulgarmente zopilotes o gallinazos) que se convocaban diciéndose unos a otros que en tal calle habían sacado una bestia muerta. Celebróse el caso, y el Guardián disimuladamente envió a ver si era así. Entonces el venerable varón viendo que hacían caso de lo que él había dicho, y lo tenían por cosa maravillosa, dijo que no se admirasen porque él sabía la lengua o idioma en que hablaban las aves, y que

era fácil de aprender. Otro semejante caso se cuenta haber sucedido con el mismo religioso, de unos sanates que se exhortaban entre sí a ir a comer trigo en una calle, donde se había roto un costal, y derramádose. En uno y otro caso hecha diligente inquisición se halló ser así, sin discrepar un punto en la hora ni lugar. No ignoro haber sucedido este mismo caso con otro siervo de Dios, mas no por esto le dejo de poner aquí, porque ya sabe el entendido que la mano de Dios no se abrevia para hacer a algunos siervos suyos los favores que a otros ha hecho. Y uno y otro pueden ser causados de observaciones naturales, y experiencias prudentes, como así lo daba a entender para huir la estimación este humilde religioso.

Siempre fué devotísimo de la Santısima Virgen Nuestra Señora, como hemos dicho, y continuó en su presencia en el coro de este convento todo el tiempo que podía. Fervorizóse en esta devoción mucho más viendo la de Fr. Silvestre, quien si no aprendió del Santo Melón la frecuencia en el coro, no es dudable fué cada cual para el otro de grande estímulo, para que en piadosa emulación se empeñase cada cual en servir, amar y reverenciar a la madre de Dios, emulábanse como verdaderos siervos del Altísimo. Uno a otro se pedían cuenta estos dos varones de su vida y ejercicios, comunicándose lo interior de sus pensamientos, y en algunas colaciones espirituales, fervorizándose y apostando a cual más hacía en orden a seguir su vocación santa, ya emplearse en las divinas alabanzas, contemplación y servicio de la comunidad. Fomentaba esta santa emulación la Virgen Purísima, porque a veces favorecía con soberanas virtudes a los dos, y otras a uno solo, queriendo que el que carecía de esta celestial consolación, tuviese la noticia de haberla recibido su hermano. El efecto que causaba el celo en el que no había sido tan dichoso era castigar en sí mismo, las que reputaba culpas, y entendía ser causa de aquella esquivez, encenderse en amor de la Reina de los Angeles, y humildemente conocer en sí defectos e imperfecciones, y en su émulo virtudes que aprender y santos ejercicios que imitar. Proporcionaba Dios con su altísima providencia seguir las ocasiones y tiempos, estos singulares favoreciendo alguno, y fervorizando al otro, entendiéndolos a entrambos en vehementes deseos de hacer su santa voluntad, en conocimiento de su propia vileza, y prontitud para la más pura observancia de su profesión.

Otras veces, y aun en las mismas ocasiones que solía ser el uno de estos dos siervos de Dios, más favorecido que el otro, el que no lo era pedía a su compañero fuese su intercesor, para alcanzar de la Purísima Virgen el que se quisiese desenojar, y admitir sus afectos; corriendo con tanta igualdad y simbolización de espíritu el de estos dos varones grandes, que jamás dejó de tener el uno al otro por bueno, ni cada cual a sí mismo por merecedor de todo castigo y pena. En las que continuamente sentían de adversidades y perturbaciones con que el demonio les procuraba inquietar, eran los dos una roca inexpugnable, porque con el fomento mutuo, y el aliento con que Dios los asistía, no hubo contraste que prevaleciese. Reputaban todo lo temporal y todo el mal positivo por cosa transitoria, y sólo temían el privativo mal, que es la culpa de que procuraban alejarse, viviendo siempre con el conforte de la frecuencia de los Santos Sacramentos, sujeción pronta a sus prelados, y obediencia resignada a sus padres espirituales.

Aun cuando puso por intercesor Fr. Alonso Melón a Fr. Silvestre, para que visitase a la Virgen Santísima, estando él imposibilitado de hacerlo, por hallarse agravado de su enfermedad, no lo hizo Fr. Silvestre, hasta que se lo mandó su confesor. Y vimos el buen efecto que tuvo su legacía, pues condescendió a su ruego la Virgen Santísima, viniendo a visitar a Fray Alonso, y manifestándole a Fray Silvestre en aquella maravillosa visión del globo de luz, que bañando la imagen de nuestra Señora, la sacó de su trono, que con efecto era oída su petición, y bien despachada; lo cual después supo de Fray Alonso, que le dió las gracias por la buena diligencia, haciéndole sabedor de la suavísima visita que había tenido.

CAPITULO SEXAGESIMO SEGUNDO

Que trata de la última enfermedad del siervo de Dios Fr. Alonso, su dichosa muerte, grande aclamación que hubo en su entierro, y algunas gracias con que Dios le adornó

De testimonio que dió el R. P. Lector Jubilado. Fr. José Moreira, que confesó generalmente en su última enfermedad al venerable siervo de Dios Fr. Alonso Melón, y de las evidentes noticias que hasta hoy duran de la aclamación de sus virtudes en su entierro, intento tejer este capítulo a que da principio el que primero le escribió, con afianzar la satisfacción con que le escribe por estar asegurado de la plenísima información de su vida, que tuvo en el tribunal del santo sacramento de la penitencia, en cuya comparación por la integridad y verdad de aquel forzoso trance y momento de que depende la eternidad, están por demás (aunque son accesoriamente bien de estimar) los papeles e instrumentos que se buscan en los archivos. Y si uno y otro contestan y aseguran una misma cosa, claro se ve, quedará inconcusa la verdad que se testifica. Habiendo sido frecuente confesor de Fr. Alonso Melón (como también de Fr. Silvestre) este grave, docto y espiritual religioso, atrectado y comunicado lo interior de su espíritu los quilates y adelantamiento de su virtud, testifica que un día, algunos antes que le postrase la enfermedad, llegó a buscarle hecho un mar de lágrimas Fr. Alonso, y como si temiese el parecer en algún tribunal muy severo, habiéndole una y otra vez llegado a buscar, sin tocar la puerta, por no causarle perjuicio, a la tercera salió yendo a verle le dijo que tenía un negocio de mucha importancia que tratar con él, si no le causaba enfado.

Alentado con cariño para que propusiese lo que quería, le dijo que le había escogido para que conociese el más mal hombre que mantenía la tierra, esto es, que quería hacer confesión general con su Reverencia. Llegó el día, que entonces aplazaron, habiéndose recogido algunos para examinar su conciencia, y puesto a los pies del confesor, haciéndola desde que recibió

el hábito, hasta aquella era, en que tenía cerca de setenta años, certifica el confesor no haber hallado en su conciencia materia necesaria para la absolución. Y proponiéndole el que examinase más su conciencia, y para mayor mérito confesase del tiempo antecedente de la recepción del hábito, desde que tuvo uso de razón, respondió después de haberlo meditado bien, con grande abundancia de lágrimas, que, por la misericordia de Dios, desde que llegó a conocer en sí el uso de la razón, según se acordaba, jamás llegó a cometer pecado mortal con plena deliberación y advertencia, o conociendo que lo era. Bastante testimonio para que entendamos fué toda su vida ajustada a la recta sindéresis, y pautada con los preceptos divinos, de la Iglesia y de nuestra Regla. Concluyó su confesión general con tanta copia de lágrimas, suspiros, sollozos y actos exteriores de penitencia, que testifica el confesor haberse enternecido, al paso que edificado y confundido de ver tanta contrición en una conciencia tan limpia, y tanta claridad en algunas cosas que eran materia de su confesión, acordándose de ellas, en tan crecida edad, con toda distinción e individualidad.

Desde este día, como si estuviese avisado, de que se llegaba la hora en que diese cuenta a Dios, todo su empleo era solicitar la comunicación con el cielo, y pedir a los religiosos y personas devotas le encomendasen a Dios, porque ya presto se le llegaba el plazo del destierro. A otras personas habló con más especificación, como fué al R. P. Mtro. Fr. Rodrigo de Evrosa del orden de N. P. Sto. Domingo. Entrando su Paternidad en este convento de N. P. S. Francisco halló en la portería a Fr. Alonso Melón con las llaves en la mano, porque hacía oficio de portero, y el rosario en la otra, con notable demostración de cuidado, lágrimas y devoción. Preguntóle el Padre Maestro cómo le iba. Y respondió Fr. Alonso, diciendo: *El día del Angel de la Guarda será mi entierro. V. P., por amor de Dios, diga ese día una Misa por mí, y venga a hallarse a mi entierro, mas no deje en este tiempo de pedir a Dios me perdone mis pecados, y me haga bueno.* Contólo el religioso dominico a algunos de casa, y juntando esta noticia con otras, que ya tenían y tuvieron en los días siguientes, estuvieron en cuenta, y hallaron con evidencia haber sucedido así, y hacerse su entierro en el día del angel custodio, como diremos luego.

Su padre espiritual, frecuentando el visitarle después que le rindió a la cama la enfermedad, le halló una vez entre otras notablemente anegado en lágrimas, en tanta copiosidad, que siendo así que fué en los lloros siempre un Jeremías, en esta ocasión parecía deshacérsele el corazón para salirle en humor por los ojos. Intentando consolarle, le respondió que pensaba en la estrechísima cuenta que había de dar a Dios, y en lo delgado que se hila en su tribunal. A que alentándole el confesor con proponerle la infinita misericordia de Dios, y cuán pronto está siempre para recibir pecadores arrepentidos, y justificar a los que con veras le llaman; replicó el humilde varón, diciendo lo que S. Jerónimo: *¿Cómo puedo menos que temblar de ver se ha de pagar hasta el último cuadrante, hallándome lleno de pecados? Días y noches se me pasan en este horrible temblor. Si esto decía un santo como San Jerónimo* (decía Fray Alonso) *¿qué clamaré yo, y podré temer*

siendo tan miserable pecador? Estas, y otras razones bien tiernas y ponderadas, decía el buen Fr. Alonso ésta y muchas otras veces, porque es cierto que el pecador muchas veces confiando vanamente en la divina misericordia, muere como si hubiera vivido ajustado, y el justo teme como si hubiere sido gran pecador.

Fué algo dilatada su enfermedad, y le dió Dios tiempo para ejercitarse en la virtud de la tolerancia, sin que le oyesen jamás quejarse de los dolores que padecía. Recibió muchas veces el Ssmo. Sacramento con tan profunda reverencia y devoción, puesto de rodillas como si visible y corporalmente viese el Cuerpo y Sangre de Cristo Sr. nuestro. Tuvo en su enfermedad muchos socorros del cielo, y no fué el menor la visita que le hizo la Virgen Santísima en su hermosísima imagen del Coro, como fué corriente opinión. Si hasta allí en treinta y siete años que vivió en la Religión había sido literal obediente a sus prelados, no sólo en lo que le era mandado, sino en lo que juzgaba ser voluntad de sus superiores; entonces cuanto más debilitado en las corporales fuerzas, tanto más pronto y corroborado se hallaba a cualquier insinuación del prelado, y aun de los enfermeros y asistentes, como si todos lo fuesen suyos. Como era cuaresma, el tiempo de lo apretado de su enfermedad, y estaba tan habituado al ayuno en tantos años, le era de grande mortificación cualquier cosa que fuese de carne, o cosa perteneciente a ella, tanto que ni un poco de caldo podía tener en el estómago. Y aunque proponía este inconveniente para no dejar de ayunar en la enfermedad, se sujetó con todo rendimiento a los mandatos del prelado, quien, porque añadiese méritos a los muchos que tenía, le mandó que obedeciese al Médico y enfermero como a su prelado. Y así lo hizo con toda prontitud, y abnegación del propio querer.

Habiendo dado en la enfermedad tanto y aun mayor ejemplo que en toda su vida a la santa comunidad de este convento, recibidos los santos sacramentos, con indecible ternura y devoción, y habiendo pedido perdón a los religosos de lo oneroso que les podía haber sido, y hecho con todo sociego y tranquilidad todo cuanto en la Religión se acostumbra, desde las vísperas del Angel Custodio, invocándole continuamente en su tutela y patrocinio, al amanecer del día primero de marzo del año de 1646 dió su alma a Dios nuestro Señor, cantándole los religiosos el Credo, y acabando de proferir la protestación de la fe en que ponía por testigo de su vida al Santo Angel y defensor de su muerte. Esto acabado de recitar, e invocando el dulce nombre de Jesús, voló su alma a la eternidad a recibir, como confiamos, el premio de sus buenas obras, quedando su cuerpo en una circunspección modestamente humilde, y el semblante con alegría circunspecta. Hallósele en la capilla del hábito que tenía puesto, un papel en que decía de su letra: *El dia de mi Angel Custodio seré con Dios, en su compañia. Angele Dei qui custos es mei etc.*

Luego que en la ciudad se supo que el P. Melón había muerto, ocurrió al convento tanto numero de gente, que se llenaba el claustro y dormitorios, porque como en la ciudad era reputado por santo y purísimo varón, y tan conocido de todos por las obras buenas y caridad que habían experimentado; nadie quisiera privarse de ver y venerar su cuerpo, y adquirir

alguna reliquia o pedazo de hábito que le hubiese servido. Pusiéronle en la capilla de la enfermería como se acostumbra, en tanto que se disponía el entierro, y allí cargó tanta gente que le desnudaron el hábito con que había muerto, quitado a pedazos de su cuerpo, y aun los paños menores corrieron el mismo detrimento. Pusiéronle otro hábito, y fueron tres los que se le mudaron en el tiempo que estuvo sin sepultar, sin que pudiesen impedirlo los religiosos que velaban el cuerpo. Y aun fué tal la devoción, y sutileza de algunos, que le cortaron el dedo pulgar de una mano, y un dedo de un pie, y le arrancaron mucha parte del cabello. Por esta razón se aceleró el entierro, que se hizo con toda solemnidad, y concurso de lo más noble y grave de esta república, y numerosísima plebe, aclamándole todos por santo y amigo de Dios.

Entre las cosas singulares que sucedieron en el entierro y aclamación de este venerable religioso, fué la conversión y vocación al estado religioso de algunos sujetos a quienes él en vida había hecho exhortaciones, por que siempre fué aficionado a que hubiesen muchos que recibiesen el hábito de N. P. S. Francisco, y trajo a la Religión sujetos que en todos estados la sirvieron con grande aprobación de vida, y tesón incansable, en los ministerios a que la Religión los aplicó. Juzgaba, como bueno, que todos habían de ser buenos religiosos, y no se engañaba, porque si a la vocación sigue la perseverancia en el espíritu, y ejercicio de buenas obras, la justificación y glorificación son anexas a la vida inculpable, como decía S. Pablo.

Entre las gracias de que dotó Dios a este varón excelente, fué una el de ser sapientísimo en todas materias, aun en las escolásticas, no habiendo profesado las ciencias, y así le solían llamar los Lectores el Lego Escotista, o el Jubilado; pero como tenía en el cielo su conversación, no era mucho aprovechase tanto en materias de arcanidad teológica. Desde su niñez tuvo gracia de poeta, y la continó a lo divino siempre componiendo poemas muy sentenciosos, y de profundo concepto, que a veces con santa sencillez solía cantar en el coro, entre tanto que se hacía hora del Oficio Divino, especialmente estando descubierto el Ssmo. Sacramento.

De sus obras hallo dos sonetos, que pondré aquí, para diversión del lector:

Al Ssmo. Sacramento

SONETO

O convite precioso y admirable,
En el cual se me dá, el que me convida
Manjar que es causa de la eterna vida
Lleno de suavidad, y saludable.
Infinita sustancia inconmutable,
Efecto de un amor tan sin medida,
Pan, vino, carne y sangre que abscondida
Está en este bocado deseable.
Temo de ti comer, y veo, si huyo,

Es de la vida; de la cual huyendo,
Doy en la muerte, mas si audaz me atrevó
Indigno a recibir el cuerpo tuyo,
Es veneno mortal, que en le comiendo,
Un riguroso juicio como y bebo. (1)

CONCEPTOS DEL RUSTICO

Hablando S. Metodio Mártir dice
a la Madre de Dios, una excelencia,
con la cual venerando la bendice
con una heroica y alta preminencia.
Dadme, Señora, gracia, os solemnizo
de mi corto caudal la insuficiencia,
pues tenéis por deudor en las alturas
a Aquel de quien lo somos las criaturas.
Pues siendo así que sois acreedora,
del mundo Dios, y Dios vuestro deudor,
paréceme que puedo yo, Señora,
llegar a suplicaros un favor,
Que le roguéis, pues sois mi intercesora,
por este miserable pecador,
que tiene más miserias y maldades
que el mundo tuvo en todas las edades.

CAPITULO SEXAGESIMO TERCERO

De la vida ejemplar del muy contemplativo, devoto y religioso P. Fr. Francisco Mazuelos, y de su muerte

Aun antes de entender yo en la ocupación de esta Crónica, tenía ya muy selectas noticias del muy ejemplar religioso, devoto y contemplativo P. Fr. Francisco Mazuelos, adquiridas de haber comunicado, y aun dispuesto para morir a algunos religiosos de aquellos viejos, que alcancé en este santo convento, quienes contaban de este siervo de Dios muchas virtudes. Aunque no hay noticia individual del lugar de su nacimiento en España, es corriente que fué de padres nobles y temerosos de Dios, y que recibió el hábito de nuestra sagrada Religión en la Santa Provincia de Granada. Algunos dijeron era narural de la ciudad de este nombre en España. Lo cierto es que sus virtudes le ennoblecieron tanto, que cualquiera otra nobleza temporal pu-

(1) La edición de 1716 dice: Riguroso juicio como y bebo.

diera quedar atrás. Fué muy acepto predicador, y de mucho séquito, a que ayudaba mucho sobre su lindo decir, y buena doctrina, el estar tan bien emparentado. Y como sus deudos quisiesen adelantarle en honores, le negociaron (después de las solemnidades necesarias), el título de Calificador del Santo Oficio, en que, en las ocasiones que se le ofrecieron mostró el ardiente celo de su hidalgo pecho en las causas de la fe católica. No le entonaban los aplausos, ni se dejaban llevar de las estimaciones, y así, deseando buscar la quietud que tanto apetecía, hallando ocasión para venir a servir a Dios en esta Santa Provincia de Guatemala, en la administración de los indios, no la perdió, sirviéndole de estímulo la grande opinión de religiosa observancia en que florecía.

Desde que llegó a ella, fué muy bien visto de todos, y porque su aspecto venerable, natural afable, y cariñosa humildad se negociaban los afectos. No consiguió a los principios el fin a que había venido de la administración de los indios, porque la Religión viendo en este sujeto la condecoración, suficiencia y espíritu, que requeriere el onerosísimo oficio de Maestro de Novicios, y sabiendo por relaciones y noticias de los religiosos que con él vinieron, la aptitud que para ello tenía, en el Capítulo inmediato a su llegada le aplicó este ejercicio, en que dió muy buena cuenta, enseñando a sus alumnos las obligaciones en que deben criarse, y sacando de muchos de ellos excelentes religiosos, en quienes se conservó la doctrina de los primitivos, como si fuese en tiempo de nuestro Seráfico Doctor S. Buenaventura. Después de acabado el tiempo en que sirvió este oficio, fué nombrado por uno de los predicadores de este convento de Guatemala, en cuyo ministerio no sólo continuó las luces que había dado de buen ejemplo, sino que avivó muchas de celestial doctrina y virtuosa enseñanza, porque predicando siempre al alma, procuró en el desempeñó del púlpito no tener en su conciencia cosa que le causase escrúpulo. Era sencillo en el decir, maduro en el aprender, eficaz en el persuadir, y ejemplar en todo lo que enseñaba, por cuyas razones era viva y penetrante la voz de su doctrina, y edificativa de todos los que le oían. No se preciaba tanto de conceptuoso cuanto de execrativo de los vicios, y acérrimo enemigo de el perricisísimo de la ociosidad.

Siendo así que en las cosas necesarias al uso de su ministerio, mostró siempre pobreza evangélica, huyendo de todo adorno en su celda, y contentándose con lo más parco, humilde y pobre, que bastaba para suplir la necesidad según la ocupación que tenía, nunca le faltó de la mesa la ampolleta y un relojillo de sol con un rótulo que decía: *Fugit irreparabile tempus*, en que significaba cuánto convenía emplear, el que Dios nos dá en obras meritorias del cumplimiento de nuestras obligaciones y servicios de su Divina Majestad. Así lo enseñaba, y enseñó siempre, siendo Maestro de Novicios (que lo fué varias veces) y Guardián de algunos conventos de la Provincia, procurando siempre en sí, y en los que estaban a su cargo, tener el tiempo tan medido y perentorio, que en las venticuatro horas del día y noche hubiese dos para la oración y contemplación, dos para el Oficio Divino y oración vocal, una para disciplina, seis para el estudio, hora para visitas y asistir a los enfermos, que se solía duplicar, y horas para asistir al confesonario, quedando bien pocas para el descanso necesario, y alimento forzoso del cuerpo. Todo

esto contenía el diario por donde se regía a sí y a los otros, salvo si la obediencia y asistencia de actos de Comunidad siempre que vivió en este convento le ordenaban otra cosa, porque para obedecer y seguir la comunidad no había ley ni régimen que le eximiese, y posponía todo su diario a las ocupaciones del común y de la obediencia. Pero con tanto cuidado procuraba a su *quieta,* que lo quitaba al sueño, cuando no podía de otra manera recibirlos.

Reputábase humildemente por inepto, rudo e insuficiente, tomando con ésto motivo para excusar visitas, huír conversaciones, y estarse en el recogimiento de su celda; porque decía, que tenía tan mala memoria, y peor entendimiento, que le costaba mucha tarea y continuación el ejercicio del púlpito. Y en la verdad (como su muerte declaró), llegó a conseguir tanta facilidad para predicar, que no se le hallaron cuadernos de sermones, ni indicio de que tomase de memoria, si no eran los textos que predicaba, autoridades de santos con que los exponía y exornaba con su eficaz loquela, adquirida del manejo de los libros, y fervorizada en los vuelos de la contemplación. Con todo esto solía decir: *Mazuelo, mazuelo*, dando a entender que maceaba, y necesitaba de mucho estudio para cumplir con la obligación del oficio.

Así corrió la feliz carrera de más de treinta años que sirvió esta santa Provincia sobre cerca de cuarenta, que tenía cuando de España vino a ella. Y no sólo en los ministerios de Maestro de Novicios, y Predicador de este convento, que ejercitó varias y repetidas veces, alternadamente; sino en el de la administración de los indios, los tiempos que vivió en los pueblos, sirvió aprendiendo suficientemente la lengua de ellos, para estar siempre pronto para servir en el ministerio que la Religión le quisiese ocupar. No ignoraba entre los indios las buenas costumbres en que los hallaba impuestos; más procuraba con todo ahínco y buen ejemplo suyo y de sus frailes, conservarlos en ellas, y los conventos en el decoro y respeto de casas de Dios y de religiosa observancia, disponiendo con tanta prudencia las cosas de ellos, así en lo económico como en lo monástico, que ni faltase para el consuelo de los religiosos la necesaria sustentación, decente y próvida, ni superfluyese en desperdicios, lo que pudiera emplearse en buenas obras; ni fuese la austeridad de anacoretas, ni la licenciosidad opuesta al estado regular. Pudiera haber sido el Padre Fray Francisco norma para todos los conventos, a no haber tenido tantos religiosos de su mismo celo y espíritu, que antecedentemente criaron y fundaron en religiosa observancia y buenas costumbres los conventos de los pueblos de los indios. A lo menos no se puede negar, que mucho de lo bueno que hoy en ellos reluce, viene derivado del celo de este gran religioso, y de los otros antecesores suyos, y de sus tiempos.

Entre las gracias con que Dios consolaba a este buen religioso, fué una el don de copiosísimas lágrimas, mientras celebraba el santo sacrificio de la misa, a que se preparaba con tanta veneración, respeto y reverencia, como si cada cual fuese la postrera Misa, y primera que celebraba. Siempre antecedió a la celebración la oración, la disciplina, el temblor y representación vivísima y eficaz del tremendísimo Sacrificio que iba a celebrar. Ni se puso jamás en el Altar sin haberse reconciliado, aun de cosas tan pequeñas y materia tan parva, que las más veces no le era para la absolución. Y

esto hacía con tanto cuidado y tan escrupulosamente, que apuntaba en el tiempo que aplicaba para examen de su conciencia cada día, en un papelito sus culpas, defectos e imperfecciones, y leyendo por él, con muchas lágrimas de contrición se confesaba. Tal vez algún confesor le dijo que no fuese tan prolijo en las que parecían niñerías, a que el buen religioso respondía con mucha humildad, diciendo, que no lo eran para la obligación que tenía, y que si examinando tan frecuentemente su conciencia, y apuntando en un papel sus culpas aun no explicaba bien la malicia de ellas, ¿qué haría siendo su capacidad tan corta, si dejase para algún tiempo, días o meses el examen?

Otra gracia especial le concedió el Señor, y fué relegar de su ánimo toda apetencia a los oficios, y honores con que la Religión suele premiar a los que la sirven, teniéndose humildemente por indigno, y a los demás por muy merecedores de todo. Con este dictamen, jamás pretendió cosa alguna, si no fué la última vez que sirvió el oficio de Predicador Primero de este convento, en que le cogió la muerte. Mostróse siempre indiferente a todo, totalmente resignado en la voluntad de los prelados, teniendo tanto consuelo en los trabajos del estudio para la sagrada predicación, y en la asistencia del coro, y comunidad, como en servir y administrar en los pueblos de los indios. No había cosa que temiese, porque sólo temía a Dios, ni cosa que le diese pena, porque sólo se la daba el juzgarse por gran pecador; si tal vez le sucedía alguna cosa adversa de ira, o perturbación que le sobreviniese, con tanta igualdad de ánimo, prudencia y consuelo espiritual la recibía, como quien ciertamente juzgaba venir de la mano de Dios el trabajo o la prosperidad, la adversidad o el alivio. No le inmutaba cosa alguna, porque vivía dentro de sí muy entero, y en todo conforme a la voluntad divina. Todo este tesoro de resignación sacaba el buen religioso de el erario inagotable de la santa oración, y frecuencia que en la consideración de las cosas del cielo tenía, donde conocía lo duradero de las eternas que tanto apetecía y a que se inclinaba, y lo caduco de las temporales, para no desearlas.

Tuvo en la oración frecuentes raptos, y según me testificaron religiosos graves y de todo crédito, más de algunas veces fueron notables y conocidos de toda la comunidad, porque siendo los tales religiosos coristas, y sirviendo a la mesa, vieron que al recibir el plato de la tabla, solía quedarse suspenso con una insuflación tan vehemente, que era necesario ayudarle el religioso más cercano para que no cayese. Lo mismo le sucedía en el coro, especialmente en el tiempo que se canta el cántico de *Magnificat,* que incensándole el turiferario, le venía aquel arrobo, con aquella insuflación y vehemencia, como si despidiese el alma. Esta continuación de arrobos lo fué tanto los ocho años antes de su muerte, que casi vivía fuera de sí, y parecía varón del otro siglo. Pero era de maravillar que para el trabajo en los ministerios que ejercía y sagrada predicación, nunca le faltó la inteligencia varonil y constante, aunque algunos reputaban decrepitud, lo que era extracción de lo terreno. Valiéronse de presumirlo así, para estorbarle el que fuese electo en Definidor en el último Capítulo que alcanzó viviendo. Y el humilde religioso se holgó tanto de que le juzgasen inepto, cuanto en los tiempos antecedentes tuvo siempre relegada de su corazón la ambición, por

cuya causa en otras ocasiones antecedentes no fué Definidor, porque como jamás lo insinuó, se valían de esta renuencia los que lo deseaban ser, para persuadir a los que le podían elegir, que no era a propósito el P. Fr. Francisco para esta dignidad, porque era menester irle a rogar con ella con capa y ciriales.

En el último Capítulo pidió (con deseo de vivir en esta comunidad), el que le hiciesen Predicador de este convento. Admiráronse todos de que hubiese pedido oficio el que jamás insinuó apetecer alguno. Y aunque era de trabajo, hallándose con fuerzas para servirlo, admitió con mucho consuelo suyo la predicación primera, que ejercitó dos años con grande aprovechamiento de sus auditorios, conociéndose en él no sólo el espíritu, doctrina y erudición que siempre, sino una gracia tan especial, y como nueva, que los mismos que le habían oído en los tiempos antecedentes, admiraban, y decían: *¿De dónde ha salido este asombro? O, ¿de dónde le ha venido tanta gracia al P. Mazuelos.* Debiendo saber todos lo que está escrito, que a los humildes la dá Dios con abundancia, al paso que positivamente resiste a los soberbios *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.* Ejercitó, pues, este sacro ministerio con grande séquito, y se ejercitó a sí mismo en muchas virtudes, con grande ejemplo de esta santa comunidad, procurando atesorar en aquellos últimos plazos de su vida, que conocía se le iban llegando, lo más acendrado del oro de las virtudes, para pagar a su Señor los réditos de la vida.

Y a lo último de ella, predicó el Viernes Santo del año de 1636 el descendimiento de la cruz, y soledad de la Virgen María N. Sra. con tan fervoroso espíritu, tanta copia de lágrimas, y ternura de vivas ponderaciones y acciones, que se originaron de este último sermón suyo, muchas conversiones, pues en la misma iglesia se abrazaron y pidieron perdón muchas personas que abrigaban en su corazón envejecidos odios y rencores; otros a voces confesaban sus culpas, y pedían a Dios perdón de ellas, y todos con grandes demostraciones de contrición y dolor de las ofensas cometidas contra Dios, manifiestamente proponían la enmienda debida. Tradiciones hay que en este último sermón se despidió de su auditorio el P. Fr. Francisco, y que como quien no había de predicarles otro, tomando motivo de este mismo, dijo cosas tales, y con tanta eficacia, que demás de lo tierno del espectáculo, movió y excitó copiosísimas lágrimas su partida, aunque no conocieron a dónde, hasta el octavo día.

Este fué un viernes, primero después de cuaresma, que se contaban 28 de marzo, en el cual como acostumbraba, bajó el buen religioso a decir Misa en el Altar de la Veracruz. Tardóse en el sacrificio aun más que las otras veces, porque todo inundado en lágrimas, presagiaba alguna extrañeza a los que oían la Misa. Especialmente después de la consagración fueron tantas, y con tantos sollozos, que aun siendo en él frecuentes las lágrimas al decir Misa, causaban a los que le oían esta última mucha ternura, y aun compasión, imitándole algunas personas, a quienes se les iban las lágrimas de hilo en hilo, excitadas de las que derramaba el sacerdote. Así que consumió, tomadas las abluciones, dando un golpecillo al cáliz, dijo: *Consummatum est,* en tal tono, que no sólo el ayudante, sino los circunstantes lo notaron, así por

no ser palabras del ritual, como porque no las usó en otra ocasión. Todo esto hacían misterio los piadosos, sin penetrar del todo el caso. Vuelto a la sacristía, y habiendo dado gracias prolongadamente, y con mucha ternura, subiendo ya por la escalera de la sacristía para irse a recoger a la celda, o le dió algún desmayo, o el penitente varón se sentó en una grada, en cuya disposición le hallaron casi en agonía, y fuera de sentidos, bien luego que sucedió el desmayo por ser camino frecuente para la sacristía la escalera, y la hora de decirse las misas, que era entre siete y ocho de la mañana. Juntóse la comunidad, tañeron las campanas, y le llevaron con la oportunidad posible a la celda, habiéndole dado la Extremaunción aceleradamente.

A breve rato volvió en sí, y dando señas de vida, le fué preguntado si tenía alguna cosa de qué reconciliarse. A que respondió: *Por la misericordia de Dios, no hallo de qué.* Fué esta proposición la última que habló, porque se le volvió a quitar el habla, y a entrar en agonía última; y que causó grande edificación a todos por conocerle, cuan escrupuloso había sido al reconciliarse siempre, teniendo por cierto los religiosos que aquella seguridad había puesto Dios en su alma en premio de la mucha vigilancia que aplicó siempre al riguroso, y aun prolijo, examen de su conciencia. Cantáronle el credo, y en él dió su espíritu al Señor, quedando su cuerpo tratable y sin horror de difunto, el rostro sereno y como risueño, señales todas, que, juntas con su ejemplarísima vida, testificaban haberla acabado en gracia de Dios. Fué su entierro asistido de toda esta ciudad, porque como el siervo de Dios había dado a todos tantas luces de buen ejemplo; le aclamaban como a dichoso y feliz, y se persuadían a que su alma gozaba de Dios. Su celda se reconoció salpicada de sangre, y sin tener en ella otra cosa que el breviario, manto y sombrero; una frazada y un trozo que le servía de cabezal, y un tuniquillo de estameña. Y por sus escrúpulos tenía escrito en un papelito: *Uso de un taniconcillo con licencia del prelado, por mis achaques.* En que se ve la rectitud de su vida.

CAPITULO SEXAGESIMO CUARTO

De la vida y muerte del muy esencial, grave y espiritual religioso, Fray Diego de Cubillas, factor excelente del convento de Almolonga, y devotísimo de la imagen de N. Sra.

Es el religioso que ocurre, de los muy esenciales que compone esta Crónica, nuestro muy amable, observante y virtuoso Padre Fray Diego de Cubillas, sujeto en quien con excelencia se conocieron muchas virtudes. Fué hijo de nobles padres, vecinos, de esta ciudad de Guatemala, de cuyo estirpe aún han quedado algunas bien emparentadas en ella. De bien pequeña edad recibió el hábito en este santo convento a los principios del año de 1596. Procedió en la Religión con grande ejemplo mostrando desde sus niñeces notable devoción a la Virgen Ssma., y a los misterios sagrados de nuestra Redención,

especialmente desahogando sus afectos en las festividades de Cristo Sr. Nuestro, y de su Santísima Madre, para las cuales se prevenía con tanto regocijo y ejercicios espirituales, que aun a vista de muy religiosos Padres coetáneos suyos, sobresalía el P. Fr. Diego, aun de sus religiosas costumbres del noviciado. Fuélo para él toda su vida, porque jamás en los muchos años que vivió dejó de parecer por su circunspección un Corista o Novicio, que pudiera ser modelo de religiosidad, y espejo de regular observancia. Por la que relucía en él con tantas excelencias, aun siendo mozo, fué puesto por maestro de novicios y continuado en este convento en la secuela de esta santa comunidad por muchos años, consiguiendo en ellos, con la continuación del coro, y secuela de comunidad el ser un diccionario vivo no sólo de las ceremonias religiosas y municipales, ni sólo de la doctrina y cartilla de San Buenaventura, sino de todas buenas letras, santas operaciones, practicando en sí mismo todo género de virtudes, sin que hubiese alguna que en él no descansase como en centro apto para abrazarlas.

Por estas, y su señalada prudencia, espera en sus resoluciones, madurez en sus consejos, suavidad en sus palabras, sencillez en sus operaciones, prontitud en las ocurrencias, y gracia singular de enseñar, y cómo infundir a los demás las muchas que él tenía, fué en este convento no sólo Maestro de Novicios sino de aun los más adelantados, porque fué continuamente el examinador de reglas de Oficio Divino, y de las ceremonias santas de la Misa, con facultad especial de los prelados, y con toda plenitud le fué concedida para amonestar, corregir y enmendar lo que en el Altar y Coro pudiera parecer con alguna oblicuidad, y aun para suspender (si necesario fuese), el decir Misa, a quien fuese necesario esto, para corregirle de algún defecto, o en lo ceremonial, o en la celeridad, así del Oficio como de la Misa; y así mientras vivió se llevó el peso de coro y altar con tan religiosa gravedad, que aun a los más distraídos seculares, infundía respeto y veneración, y compungía, el oir una Misa a un fraile franciscano, cuando más, el asistir al cielo de esta iglesia.

Fué sin duda el P. Fr. Diego de Cubillas, una de las gravísimas columnas de las observancias monásticas, regulares y rituales, que no sólo patrocinaba y protegía este convento, como aquella nube que guiaba al pueblo de Dios, sino que como ella misma, alumbraba con claridad tan apacible y fuego tan resplandeciente, que sin los humos de la cólera, ni las tremulidades de la llama, mansamente, con solidez y mucho registro, alumbraba, corregía y avisaba, de lo que era necesario para la perfección, que tanto deseaba, en sí y en los otros. Jamás aplicó cauterios, pudiendo con lenitivos aplacar lo que se pudiera encender. Eran sus advertencias, nacidas de verdadero celo, propuestas con verdadera humildad, y con tanta suavidad de palabras, que al paso que amonestaba, traía a sí a las voluntades; al paso que corregía, ganaba los afectos, y todos universalmente, los de dentro y los de fuera le veneraban como a un oráculo de divinas consultas, viniendo muchas veces a él los Maestros de Ceremonias de la catedral, y otros oficiales de su venerable capilla, a preguntarle y tomar su consejo, no sólo en materias de Altar y Coro, sino en observaciones políticas y de razón de estado en las ocurrencias que suele haber

en el eclesiástico y secular. [1] Siempre su consejo, como de la parte más sana y bien fundada en ciencia y experiencia, y digerido por la prudencia; era el que se seguía, el que se abrazaba, y el que de todos era admitido sin repugnancia de las partes, porque las más veces comprometían en él las que altercaban la resolución, y era el juez árbitro en las dudas y decisiones.

Como la Religión es madre que sabe premiar a sus hijos, y más si con fidelidad y desinterés la sirven, tuvo cuidado de premiar al P. Fr. Diego, y así, después de haberle enviado a aprender el idioma de los naturales, en que aprovechó con grande suficiencia, le hizo Guardián de varias casas en los pueblos de los indios, alternando a veces estas y otras ocupaciones con el ejercicio de la predicación evangélica en este y otros conventos, y con las ocupaciones de la Vicaría de éste, y de Maestro de Novicios, acompañando a éstas una y otra vez el honor de la Definición; porque a la verdad hacía falta su consejo en cualquier junta en que él no se hallaba.

Entre las veces que fué Guardián, una le cupo el serlo del convento de nuestra Sra. de la Limpia Concepción de Almolonga, que fué el primero que tuvo esta Sta. Provincia, fundado el año de 1540, cuando estaba allí la ciudad de Guatemala, pueblo que hoy se llama la Ciudad Vieja. Este convento, pues, que hasta entonces había sido atendido, como casa solariega y principal de la Religión Seráfica, y fomentado de los prelados, con toda aplicación, aun no había llegado a tener los lucimientos y condecoración, que desde el tiempo del P. Fr. Diego de Cubillas se reconoce; porque como este gran religioso era tan devoto de la Virgen María Ntra. Sra. (que el menor indicio de su cordial afecto es no haber jamás omitido el Oficio Parvo en toda su vida, ni dejado de ayunar un solo sábado) y el título de aquel convento era la Concepción Purísima de la Reina de los Angeles: *hallando que la Imagen del Altar Mayor era antigua, de las del primer siglo, del tiempo del Emperador Carlos V. que la envió para aquella iglesia, y que ya los tiempos requerían más pulimento y adelantamiento por el mucho de los oficiales de escultura, solicitó con beneplácito de los prelados a tiempo que iba a España en el último de los viajes que hizo nuestro diligentísimo P. Fr. Antonio Tineo, que llevase orden para que a costa de los bienhechores que solicitó Fray Diego de Cubillas, hiciese que en España se esculpiese y entallase una imagen de Ntra. Sra. de la mayor perfección y primor que pudiera conseguirse.*

Fué así, y trajo nuestro P. Tineo una bien peregrina, cuya hermosura robó tanto los afectos de los religiosos graves de este convento de Guatemala, que llegada a él, y a tiempo que con mucho calor se fomentaba la cofradía de la Limpia Concepción, y adorno de su hermosa capilla, fué aprisionada la riquísima joya de la imagen, y defraudado el P. Fr. Diego de su ardiente conato, quedando en la capilla de la Concepción de este convento la efigie de Ntra. Sra., con universal consuelo de esta ciudad, y pena del P. Fray Diego, por tener ya acabado el retablo mayor de la iglesia de Almolonga, y verse obligado en el último año de los tres de su guardianato a celebrar la estrena

---

(1) Se daba mucha importancia a esto en aquellos días. Véase al caso los Legajos 230, 285, 393, Expedientes 6, 3º y 3º, respectivamente, en el Archivo Colonial de Guatemala.

de él, y no poder colocar la imagen que a sus expensas, solicitud y diligencia se había traído de España, y verse compelido a que se estrenase el retablo con la imagen antigua, que, aunque era y es muy hermosa, y que en la era en que la envió el Sr. Emperador, pudiera hacer raya entre muchas, ya por lo primorizado de los tiempos, y en comparación de la que había sido traída nuevamente, quedaba inferior en la disposición y hermosura.

Resignóse a la voluntad del prelado superior que así lo había ordenado, y reputando por especial regalo de Dios el haberle permitido la gran mortificación que padeció, con ocasión del piadoso robo de la imagen fervorizados más sus afectos, y aplicando todos los medios congruentes para la consecución de otra imagen de Ntra. Sra. de mano del mismo artífice, despachó con diligencia las libranzas que juzgó necesarias, con la amplitud y empeño que el caso pedía, a persona que en Sevilla desahogase los cuidados que le angustiaban. Grandes fueron los que tuvo por las contingencias de mares y dilaciones; y muchas las oraciones, disciplinas y santos ejercicios en que se empleó, pidiendo a Dios con instancia el buen despacho de sus memoriales Presentábalos en el acatamiento divino por manos de la Madre de Dios, pedía oraciones a todos, aplicaba sacrificios, sin omitir diligencia alguna para con Dios y para con los hombres, en orden a lo que con tanto cuidado pretendía. Oyó Dios los clamorosos ruegos de su siervo, y capellán de su SS. Madre, porque habiéndose acabado con el esmero que todos admiran la imagen de la Purísima Concepción de Ntra. Sra. que con título de *Chapetona* se adora en el insigne retablo de la iglesia de Almolonga, trayéndose de España en ocasión de flota, en cuya conserva venían naos de Honduras, capitana y patache, disponiéndose por divina ordenación el que no viniese en la capitana el cajón en que venía la santa imagen, sino en el patache, en que se acomodó una misión de 24 religiosos que venían a esta Provincia, por dar lugar a que en la capitana se enbarcasen 36 de la orden de nuestro P. Sto. Domingo. La capitana se perdió, y el patache, después de una formidable tormenta que despartió las dos naos, y de muchos días de tribulación, por no saber donde estaban, sin saber cómo se halló en el puerto de Trujillo, atribuyéndolo todos (como el haberse prendido fuego en el pañol y no peligrado) a milagro de la santa imagen; que no con menos recomendación vino a ser el patrocinio de esta tierra, de cuyas maravillas se dirá algo en el libro 5º.

La que puede tenerse por tal. es, que en el mismo día que dió fondo el navío en que venía la santa imagen en Honduras (que fué sábado según la noticia), se celebró Capítulo en esta Provincia, y fué en él electo por Guardián de el convento de Almolonga el P. Fr. Diego de Cubillas, que desde la primera vez que lo fué había puesto tanta diligencia en que fuese traída de España una hermosa imagen. Caso que cuando se certificó, después de días, causó a todos admiración, y se tuvo por misterio; así para no intentar otra nueva devota rapiña (que fuera muy difícil según las prevenciones) como para persuadirse quería Dios premiar las ansias. oraciones, ejercicios y deseos del P. Fr. Diego, con que fuese él, y no otro, el que colocase la santa imagen en el retablo que se le tenía preparado. Decir el regocijo con que este ejemplarísimo religioso recibió las nuevas de la llegada a salvamento del arca, que era concha de tan inestimable margarita, los devotos discursos

de todos, los parabienes que se le daban, la humildad con que los recibía, la sumisión con que esperaba, las fiestas que se prevenían, los alborozos que excitaba, y conmoción de los que se disponían a salir a recibir la santa imagen, no caben en mis toscas razones; y menos el referir la celebridad de la llegada de la santa imagen a su casa, los numerosos concursos de aquellos días, novenario solemnísimo, sermones y fiestas de las más plausibles que se han visto por acá, con que fué colocada en su trono la hermosísima, y colendísima imagen. (1)

CAPITULO SEXAGESIMO QUINTO

Prosigue la vida del V. P. Fray Diego de Cubillas, hasta su muerte

---

Desde que vistió el hábito de la Religión, fué muy ejemplar Fr. Diego de Cubillas, y como tal fué puesto en oficios, donde se necesitaba de su prudencia, religiosidad y celo, como hemos visto; pero desde que consiguió el favor de colocar la imagen de Ntra. Sra. en su retablo, tan del todo se engolfó en la vida espiritual, que añadiendo a sus mortificaciones otras muchas, duplicando los ejercicios de oración y abstinencias, anhelando a la perfección que deseaba, sólo trataba de lo que importaba a su salvación, procurando vivir tan aparejado en la pura observancia de la ley de Dios y Regla de N. P. San Francisco, que a cualquiera hora recibiese la divina visitación. Solía en sus oraciones decir al Señor con afectos, y humildad, que pues ya no tenía que desear en esta vida mortal, habiendo tenido la dicha de ver y gozar la presencia de la bellísima imagen de su Santísima Madre, se sirviese de cencederle el ir a ver la incomparable hermosura de tan divina Reina a la gloria. Derretíase en afectos, y si no era para lo necesario a la expedición del oficio, no salía de la iglesia, empleando muchas horas entre día y noche en la contemplación y acción de gracias. Celebraba con demostraciones de júbilo de su corazón las festividades de la Virgen Santísima, y en especial en el misterio de su Purísima Concepción, disponiendo él mismo el que los indios hiciesen danzas, actos sacramentales y otros festejos honestos y eclesiásticos, aficionándolos tanto a su patrona, que les infundió a ellos y a todos sus descendientes cordialísima devoción y muy singular ternura de la Santísima Virgen.

Acabado el tiempo de Guardián de Almolonga, fué electo Maestro de Novicios, que como tenía tan singular gracia para serlo, siempre que no le elegían en otro oficio le ponían a que forjase religiosos santos, y ejemplares, como lo fueron los más que tuvieron dicha de gozar de su santa educación. Eralo hasta el año de treinta, como parece en una información que se hizo por orden del reverendo P. Comisario General de Indias Fr. Juan de Santander, en la cual es uno de los testigos que declaran en orden a la vida y

---

(1) Véase el tomo primero de esta obra, página 315.

virtudes de santos religiosos que a la sazón habían ya pasado a la eternidad. Y no es el menor indicio de la gran religión del V. P. Fr. Diego, y de su celo y madurez, al ser testigo en compañía de santos y apostólicos varones, que son los que en ella sirvieron de testigos, como son el V. P. Fr. Diego del Saz, que era Guardián del convento de Guatemala, el muy religioso P. Fray Miguel Martínez de la Raga, el V. Fr. Agustín de Avila, y el muy ejemplar religioso Fr. Diego de Cubillas. Según las materias que en su dicho declara, la expresión de circunstancias y tiempo de conocimiento, se deja entender haber tenido el P. Fr. Diego estrecha comunicación con los más de los venerables sujetos de quienes se hace la información. Y si quien trata con santos es santo, prueba es a lo menos de gran virtud en el P. Fr. Diego, haber visto tan de cerca las de los religiosos de quienes testifica.

A cabo de años volvió a servir al convento de Almolonga, no en el oficio de Guardián, sino en el de Vicario de él, y Doctrinero de aquella administración; porque como era tan provecto en el idioma mexicano, de más de la grande comprensión de los otros de la Provincia, y el natural y condición, era tan apropósito para maestro y padre espiritual, siempre le ocupaba la Religión en enseñar. No sólo en Almolonga, sino en los más de los pueblos de la Provincia; donde antes y después de su declaración vivió de súbdito y de prelado hay muy tiernas y estimables memorias de su gran caridad, celo y vigilancia en las cosas de la administración, haciendo no sólo oficio de ministro de los Sacramentos, sino de padre y madre muy diligente, y amante de sus hijos, y de verdadero maestro y guía en el camino del cielo. No se contentaba con que los indios a quienes administraba fuesen buenos cristianos, observantes de la ley de Dios, y limpiarlos de los resabios de sus torpes inclinaciones, abusos y supersticiones, sino que haciéndoles frecuentemente pláticas espirituales, y tratando con ellos cosas de virtud y perfección, consiguió el que muchos hiciesen meritoria la pobreza o necesidad que padecen, y que la aspereza de vida, que generalmente todos practican, fuese fructuosa, por la conformación con la divina voluntad, e imitación del ejemplar de todo lo bueno, Cristo Ntro. Sr. y maestro.

Instruíalos en el modo de orar, en la limpieza que había de procurar en el alma y en el cuerpo, para parecer aun en lo exterior decentes en el acatamiento divino, especialmente en el templo. Celó mucho el aseo de las iglesias, y altares, teniendo destinados días en la semana para limpiar, sacudir y no dejar ni aun una telaraña en toda la iglesia. Los cálices fregaba él mismo, lavaba los corporales y purificadores, y éstos los prensaba con más primor que lo hiciera una monja. Buscaba pastillas y olores de aguas y sahumerios, así para rociar los corporales y purificadores, como para destruir y repeler de los altares el copal, como cosa que tan generalmente servía a los ídolos en la gentilidad de los indios. Aficionábalos a que se confesasen con frecuencia, a lo menos si se hallaban con pecado mortal, y que no esperasen a la Cuaresma, por el gran peligro de cogerles la muerte sin poderlo hacer. Para esto les refería ejemplos (que son los que más efecto hacen en el genio material de los indios) y los muchos sucedidos entre ellos, la muerte improvisa del amigo y del pariente, etcétera.

Aun en lo que miraba a su policía y comodidad ponía cuidado el P. Fr. Diego. A los de Almolonga y Ciudad Vieja les hizo hacer huertas, y que sembrasen frutas de Castilla, para que las pocas que había se multiplicasen, y las gozasen todos. Y así se propagaron membrillos muy selectos, que se dan todo el año de Enero a Enero, granadas dulces y agrias, duraznos, priscos, limones, limas dulces y agrias, naranjas, cidras y otras que para antojos y medicinas las van a buscar a Almolonga cuando en parte alguna se hallan. El claustro hizo un paraíso y jardín ameno, sembrando rosas, claveles, azucenas, jazmines, lirios, y cuanto juzgó a propósito para lustre, hermosura, y servicio del culto divino, trayendo algunas especies que no había, y cuidando de que las que había no se perdiesen, porque con esto conseguía la utilidad y aprovechamiento de los indios, afecto y cariño al pueblo, y sobre todo el que todo aquello, flores y frutas sirviesen como sirven al aseo, olor y hermosura de la iglesia, y adorno de las imágenes. Al P. Fr. Diego de Cubillas se debe el haber hecho sembrar hortaliza (que se dió muy buena) en el sitio del convento antiguo, que hasta estos tiempos se llama *huerta de los Frailes;* porque siendo para sí este buen religioso muy parco y austero, era para los conventos que gobernó tan casero y de tanta economía, que con lo que otros no alcanzaban a sustentar bien sus frailes, tenía él para un trato religiosamente abundante, y para regalar a las personas devotas y de su obligación.

Desde el 20 de enero del año de 1630, en que el P. Fr. Diego firmó su declaración en la información referida, hasta el 13 de febrero de 1638 que se celebró Capítulo Provincial le hallo en las Tablas Capitulares, e instrumentos auténticos, Maestro de Novicios, por donde parece que lo más del tiempo que fué religioso, ejerció este onerosísimo ministerio. El año pues de 38 fué electo Guardián del convento de S. Juan de Comalapam, según parece por la tabla Capitular. Lo que consta de los apuntamientos de su ejemplar vida, es que este oficio, y las otras veces que fué Guardián, lo fué tan contra su inclinación, que tuvo siempre mérito en obedecer. Y las noticias que se hallan en aquel pueblo y sus anexos son de grande veneración y estimación de su nombre, y de lo mucho que obró en aquel convento, así en el edificio, como en retablos y paramentos sagrados. Tubo siempre por contrapeso en los oficios que tuvo, el verse alejado de servir y asistir a la santa imagen de Ntra. Sra. de Almolonga, suspirando por hallarse morador de aquel convento, y sacristán de la Virgen. Era el monte Sión de quien jamás perdía la memoria en el destierro que padecía, ausente de aquel santuario. Tuvo una enfermedad grave y peligrosa siendo Guardián del convento de Comalapam, y temiendo los religiosos el que muriese de ella, instándole a que bajase al convento de Guatemala a curarse, dijo el varón ejemplar: *Sí hiciera, si no tuviera por cierto, que no he de morir en esta ocasión, porque tengo por sin duda que Dios me ha de conceder el que yo muera en el convento de Almolonga, que así lo tengo pedido a mi divina Señora.*

Pareció por entonces a los religiosos materia imposible, porque le veían muy debilitado y atenuado, y que ni aun el agua apetecía, siendo así que el achaque traía calentura muy ardiente, y que le iba consumiendo según lo que veían, porque bien conocían ser su origen y causa la mucha abstinen-

cia, y recias disciplinas en que se ejercitaba. Sanó en fin sin medicamento corporal sino por voluntad de Dios, mediante la intercesión de la Virgen Ntra. Señora cuyo patrocinio continuamente invocaba, y ponía su confianza en él, aplicándose una reliquia que para sí reservó cuando el cajón en que vino la Santa Imagen se abrió. Llegado el tiempo de celebrarse Capítulo, que se tuvo a 12 de enero de 1641, fué electo en Definidor, y según la Tabla, primero de los otros, o por haberlo sido otra vez, o porque era tan benemérito que entre los que lo fueron tuvo el primer lugar.

No por la dignidad, y ascenso, sino porque veía que con ella se le abría puerta para vivir en el convento de Ntra. Sra. de la Limpia Concepción de Almolonga, tuvo en este Capítulo el consuelo que deseaba. Fué a morar en él con la circunstancia de la doctrina, y ministerio de sacristán, donde vivió más de un año, ejercitándose en muchas virtudes, pasando muchas noches enteras en contemplación ante la Ssma. Imagen de Ntra. Sra., donde se dice recibió muchas consolaciones, y que fué ilustrado con regalos del cielo, y aun avisos de llegarse el plazo de su vida. Añadió mayores penitencias, duplicó los cilicios, instó ahincadamente en la oración, como quien deseaba atesorar méritos en el poco tiempo que le faltaba, y emplearse todo en Dios, en cuya gloria anhelaba a saciarse. Sobrevínole una calentura que se le fué arraigando hasta el día 29 de junio en que N. M. la Iglesia celebra a los Príncipes de los Apóstoles, y en que el convento de Almolonga solemniza el Ss. Sacramento, que fué domingo 3 post Pent. pasó al Señor en aquel convento el año de 1642, a los 62 años de su edad, y 46 de Religión, allí descansa en paz este servidor de la Virgen Santísima.

CAPITULO SEXAGESIMO SEXTO

Que trata de dos muy esenciales y ejemplares religiosos que trabajaron en esta Provincia por aquellos tiempos con grande edificación de todos, y opinión de muchas virtudes

---

Entre los muy memorables religiosos que de las Provincias de España trajo N. M. vigilante P. Fr. Antonio Tineo, fué el P. Fr. Pedro de Maeda, sujeto que fué de los primeros de la Misión del año 1596, hijo de la Santa Provincia de Santiago. Como tal, y muy dado al espíritu y observancia regular desde que llegó a esta Santa Provincia, trabajó en ella con incansable tesón por muchos años en la predicación evangélica con copiosísimo fruto de las almas, especialmente entre indios, a quienes amaba con tan paternal cariño, y encaminaba con tantas veras a su salvación, que en esta demanda padeció muchos trabajos, no de persecuciones, sino de vigilias, por investigar y saber supersticiones y resabios de idolatría, que aun todavía latían en los escondrijos y latíbulos de los miserables indios, y persuadirles con eficacia de palabras, demostraciones y ejemplo de virtudes la abominación que co-

metían defraudando al verdadero Dios de el debido total culto que son obligadas a darle todas sus criaturas, porque los indios por su indeliberación y poco ahondamiento en los misterios y sacramentos de la Ley Evangélica, estaban por aquella era (aunque no en todas partes en algunas de ellas) en un estado imperfecto, y en una vialidad cuasi monstruosa, porque aunque abrazaban no sólo en lo exterior, sino con veras en lo interior, la ley de Jesucristo, no se les podía desapegar del corazón el resabio y grillo con que el demonio les procuraba obcecar, infundiéndoles pavor y espanto para que no dejasen de darle alguna veneración y culto, como simultaneando con Dios la divinidad, y arrogándose con esta fraudulencia parte de divinos obsequios, como si pudiera con Dios partir términos de dignidad.

Indios hubo que al mismo tiempo afectando ser buenos cristianos, y en la realidad no disintiendo de lo que los P. P. les enseñaban; siendo vigilantes en el cumplimiento de las obligaciones cristianas, asistencia a los templos, y sumisión a Dios y a sus Santos, juntamente la daban al demonio en sus ídolos y figuras detestables, como si fuera posible servir a dos señores opuestos, como al uno que dicen ponía al Arcángel S. Miguel una candela pidiéndole le amparase, y otra al demonio que hollaba con sus plantas, para que no le ofendiese. Esta veleidad que *ut inplurimum* se conocía en los indios, y que parece indica en ellos, o en muchos de ellos, por la cortedad de su discurso, procuró el P. Fr. Pedro de Maeda desarraigar, trabajando en esta demanda por muchos, aprendiendo varias lenguas, frases y modos de ellas, para desentrañar, con inquisiciones prudentes y muy eficaces, estos abusos, y procurar remediarlos, como lo hizo con tanta sagacidad, celo y buenas disposiciones que corrigiendo sin dispensación los culpados, atraía con notable afabilidad a su amor, y les persuadía a la celebración de los misterios de nuestra redención, festividades de los Santos, y ritos eclesiásticos, en que los procuraba no sólo instruir y enseñar, sino embeber y emplear, con tanto conato y llenura, que no les quedase resquisio ni aun tiempo (si le fuera posible impedirlo) para otro divertimiento al culto supersticioso que el demonio les persuadía. Tradiciones hay que en esta demanda obró Dios por este celosísimo religioso, la maravilla de aparecer una exhalación ignea en espantable forma, como que salía y desamparaba el pueblo, desterrado, el infeliz espíritu, despedido y disuadido ya de que los indios le tornasen a dar veneraciones.

Por sus grandes merecimientos y lucidos trabajos, le ocupó la Religión en el oficio de Guardián de algunas casas, en que se manifestó su gran gobierno, hasta parecer tenía especial don para regir y gobernar, no sólo en la vida monástica y regular observancia, sino en el dilatado ámbito de la buena cristiana policía, contentando a todos sin dispendio alguno de las obligaciones de prelado. Por esto y la madurez de su consejo, celo y discreción, fué electo en Definidor de esta santa provincia tres veces, y estaba para ser electo en Ministro Provincial por la grande aclamación que tuvo en la Provincia. Noticias hallo que especifican el lugar de su nacimiento, que dicen fué la villa de Zafra en Extremadura.

El de su tránsito a la bienaventuranza sí se sabe de cierto, fué esta Santa Provincia de Guatemala, donde descansa en paz, y es venerada su memoria como de religioso, no sólo muy observante y virtuoso, sino ejemplarísimo, y que puede enumerarse entre los más excelentes.

Fuélo también el muy religioso P. Fr. Gregorio Carbellido, gallego de nación, y muy noble en su ascendencia temporal, porque la verdadera nobleza de la virtud, como rico esmalte, sobresaliese en el oro de su hidalguia. Fué natural de una villa llamada Pontevecha [1] en el reino de Galicia. Vistió el hábito de nuestra Sagrada Religión en la Santa Provincia de Santiago, donde habiendo dado en algunos años muchas luces de buen ejemplo, vino en misión a ésta de Guatemala, el año de 1606. Y trabajó en ésta treinta y dos años, que fué el tiempo que la sirvió. Era este religioso de condición muy apacible, caritativo con todos, muy celoso de la Religión, muy observante y circunspecto, de aspecto grave, silencioso en su proceder, varón de gran consejo, y que, haciéndose a todos venerable, igualmente era para todos amable. Desde luego se conoció haber sido su vocación para pasar a las Indias, muy del cielo, porque ansiosamente deseó siempre la salvación de las almas de los indios, y aplicó todas sus fuerzas a los medios más oportunos para ello, sin defraudar en un ápice las obligaciones de nuestro apostólico instituto, siendo ejemplo para todos su puntual observancia de la Regla, su cristianísimo celo y aplicación, y su casi continua oración y comunicación con Dios, pues se le pasaban las noches enteras en esta santa tarea y ocio suavísimo donde se dice tuvo muchas consolaciones divinales, y que imitando a nuestro Seráfico Padre se empleaba en Dios solamente con el motivo de apellidarse padre, sin poder pasar adelante en la eficacísima oración, que nos dejó por norma de la que debemos hacer, nuestro maestro soberano y hombre celestial Jesucristo.

Desde que vino de España fué estimado en esta Provincia por su conocida virtud, y aplicado a oficios, donde no sólo aprovechase a sí mismo, sino que ejemplificase a todos; como lo hizo, y se conoció no sólo en los religiosos que educó siendo maestro de novicios, sino en todos los que tuvieron dicha de ser sus compañeros y súbditos, las veces que fué Guardián. En lo monástico y de regular observancia parecía un Argos en la diligencia, sin que pareciese tener otra ocupación que la disciplina regular y atención a la salvación de todos. Lo mismo se conocía en lo que tocaba al culto divino, aseo y veneración de los templos, siendo muy conocidos los conventos e iglesias que estaban al cuidado del P. Fray Gregorio, porque el silencio y observancia regular era como de la casa más recoleta de la Religión, la vigilancia en la doctrina tal que no se podía mejorar, sí imitar de todos los demás religiosos, los templos tan decentes, limpios y aseados, que ni una paja permitía ofendiese los ojos, mirándolos como si fuese una capilla real. Pero en medio de toda esta solicitud y vigilancia, carecía de genio para lo económico y material del gobierno de los conventos, por cuya causa siempre que le hicieron Guardián pidió le pusiesen un Presidente que gobernase lo tocante

(1) Así dice la edición de 1716.

a los víveres y cuentas con el síndico, de quien hacía tal confianza, que jamás (como él lo testificó varias veces) le pasó por pensamiento ni el más leve concepto, o sospecha de infidelidad en el manejo. Sólo se contentaba con que se le diese noticia de los efectos de que se pudiera surtir la sacristía, perfeccionar y reparar la obra del convento, para disponer los medios más oportunos para conseguirlo.

Como tan dado a la oración y contemplación, en que pasaba, no sólo la mayor parte de la noche, sino muchas horas del día en pie por largas vigilias, o de rodillas, en prolija consideración con muchas lágrimas, aplicaba muchas oraciones, sufragios y obras penales, y de mortificación, disciplinas, ayunos y cilicios por las Animas del Purgatorio. Estas, agradecidas, le solían aparecer sin causarle horror, especialmente las de algunos religiosos que por haber tenido con ellos más estrecha comunicación, tomaba más a su cuidado en muriendo, como le sucedió con el P. Fr. Francisco Mascareñas, compañero suyo de barcada y de espíritu, quien habiendo pasado de esta vida en la Guardianía de Amapala, en un pueblo llamado Yayantique, el mismo día que murió apareció al P. Fr. Gregorio en este convento de Guatemala, que dista más de cien leguas, saliendo del coro en la esquina que hace el dormitorio, para volver a su celda. Súpose este aparecimiento porque como salía del coro en compañía de los demás religiosos, al tiempo que tuvo la visión del difunto, dijo, como espantado, invocando primero el nombre de Jesús: *¿Qué hay Fray Francisco?* Y preguntándole, después de un buen rato que estuvo suspenso arrimado a la pared, lo que aquello significaba, dijo llana y sencillamente que había muerto su hermano Fr. Francisco, y que le avisaba estaba en camino de salud. Súpose después de días con certidumbre ser aquel mismo día y pueblo que dijo el P. Fr. Gregorio el en que había pasado al Señor su compañero.

Otra vez, estando orando en pie en forma de cruz una noche en el claustro de este convento de Guatemala, vió una sombra o forma que representaba a otro religioso a quien conocía por la voz, porque pasando como un viento delante de él, le dijo: *Ora pro me;* hízolo así, y continuó el repetirlo hasta que tuvo indicios que le certificaron no necesitar ya de sufragios, por estar libre de pensar. Sucedíale frecuentemente, no sólo siendo morador de este convento, sino viviendo en el de S. Antonio Comayagua, siendo Custodio de Honduras, que estando ya recogido, o en oración, o reposando algunas noches, tocaron a la puerta, o sobre la mesa, o daban algunos golpes cerca de él, que le avisaban según el conocimiento, de que había pasado de esta vida algún religioso. Y así respondía: *Ya entiendo.* Madrugaba aquel día cuanto le era posible, y celebraba por aquella alma, o ya determinadamente por ella, si se le daba a conocer quién era, por aviso interior o exterior, o ya indeterminadamente, para lo que había ocurrido a él en aquella necesidad. Como los religiosos conocían ya lo que podía ser, advirtiendo en él el madrugar aun antes de la luz para decir misa, le preguntaban la causa, o procuraban saberla por los más oportunos medios. El solía decir: *Religioso difunto tenemos, o especificar, fulano ha muerto, o pedir le ayudasen a librar de penas a las almas que tenía a su cuidado, y eran de su obligación y de la de todos.*

Fué varias veces Guardián, y otras Definidor de esta Santa Provincia, con cuya madurez y buen consejo, se disponían con expedición las ocurrentes materias del buen gobierno. En orden a éste tenía tal resolución, que a cualquier prelado, por severo que fuese, si necesitaba de advertirle alguna cosa, entraba y le proponía con prudente mesura y religioso celo lo que conocía era digno de remedio. Y aunque algunas veces por eso llegó a desabrimiento de un prelado de condición adusta, perseveró el Padre Fray Gregorio en la justa demanda que le proponía, con palabras de tanta entereza, dictadas al parecer de Dios, y con tan fervoroso espíritu y celo, que dijo después el tal prelado que jamás había tenido miedo, si no fué en aquella ocasión al Padre Fray Gregorio, porque no pedía, sino que mandaba, y no en virtud propia, sino de superior esfera, y sin dependencia de humanos respetos.

Fue por Visitador a la santa Provincia de Nicaragua, donde su mucha prudencia, ardentísimo celo, desinterés y religiosidad, fué muy oportuno remedio para desarraigar algunas inquietudes en que se trabajaba años habia, porque como es Provincia corta, y se compone no sólo de religiosos patruos y de misión, sino de algunos que por la necesidad de religiosos, y pobreza de la Provincia son recogidos y adoptados de algunas dispersiones de las Provincias de España, Islas e Indias, suele el demonio inquietar con pretexto de observancia de las leyes de la Religión a los propios hijos, para resistir las prelacías de aquellos a quienes no tienen por tales, y estos, o por más sagacidad, mejores servicios, y muchas veces utilidad de los conventos y Provincias, anhelar a que se parta con ellos el pan, fundados en razones y leyes; que si llega a disensión en los pareceres, suele pasar a abandonamiento de las creces de la Provincia, y necesitar de tal prudencia, celo y religiosidad, como la del padre Fr. Gregorio, de quien aún duran las memorias en aquella Provincia, con toda estimación y venerabilidad.

Vuelto a ésta, prosiguió con incansable espíritu, aun estando en edad sexagenaria, a las ocupaciones, ejercicios y contemplación en que se había criado, sin pausar en la pura observancia de la Regla de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, ni descaecer en el grande ejemplo que siempre dió de virtud, ni menos en la fervorosísima devoción con que desde su niñez honró y sirvió a la soberana reina de los Angeles María Señora Nuestra, ante cuya imagen, venerando su original en ella, oraba con la frecuencia y perseverancia que hemos dicho, fijando muchas veces la vista en una efigie de Nuestra Señora de la Limpia Concepción que le acompañaba, en quien se le representaba la que, siendo Madre de Dios, mereció aquel hiperbólico afecto del gran Padre San Dionisio, de que si no le enseñara la fe que había Dios, la venerara deidad. Así lo contemplaba el Padre Fray Gregorio, derritiendo su corazón en afectos, los cuales quiso compensar la Soberana Reina de los Angeles en su último trance, disponiendo la providencia divina, fuese su muerte en el convento de la Limpia Concepción de Zamayaque, y en el mismo día que celebra N. Madre la iglesia el primer instante purísimo de su animación, a ocho de Diciembre, que fué el año de 1638, donde fué sepultado con toda veneración, su cuerpo, y aclamadas sus virtudes por muchos años.

CAPITULO SEXAGESIMO SEPTIMO

De la muy ejemplar vida, y virtudes del muy religioso Padre Fray Bartolomé de San Antonio, o Bernoy, hijo de este convento de Guatemala

Fué este religioso de los muy señalados que segregó Dios del mundo, con mucho ejemplo de todos, para que le sirviese en la Religión Seráfica, siguiendo los estandartes de la Cruz, acaudillado del Alférez Real de Cristo, N. P. Seráfico, después de haber gastado muchos años en militares ocupaciones debajo los tafetanes españoles en Alemania (1) y en Italia, especialmente en la Pulla, (2) obteniendo honoríficos renombres, y consiguiendo en sangrientos encuentros el de muy valeroso, hasta honrarle Su Majestad con un venablo apetecido de muchos, y de pocos tan bien merecido, como de Bartolomé Bernoy. Fué este hidalgo natural del pueblo de Canet de la Mar en el Principado de Cataluña, hijo legítimo de Bartolomé Bernoy y de Antonia de Bernoy, de lo más noble y bien emparentado de aquel lugar, deudos muy cercanos de los del apellido Ferrer valencianos, cuyo timbre esmalta la portentosa santidad de S. Vicente. Muchos de sus deudos (consta de la información que se hizo), tuvieron grandes estimaciones y sirvieron mucho a la Iglesia universal en varios tribunales, especialmente en el de la Santa Inquisición, en donde tenía por tío a Antonio Ferrer, Comisario del Santo Oficio, el sujeto de quien vamos escribiendo.

Nació según la edad que tenía cuando recibió el hábito, por los años del señor de 1590. Su educación fué como de tales padres, muy cristiana, con que se fomentó el buen natural de que le dotó el cielo, y las buenas inclinaciones que heredó de sus padres. Cuando tuvo edad para ser hombre, desestimando las conveniencias del mundo y deleites de la carne, aun en lo más lícito, emprendió valerosamente el camino de soldado, ocurriendo a su lista las veces que fué necesario levantar gente para las ocurrencias que en sus tiempos se ofrecieron, en que gastó muchos años, hasta más de los cuarenta de su edad. A esta sazón le tocó Dios con eficacia, repitiendo los auxilios con que siempre le mantuvo en su santo temor, y buscando la ocasión más oportuna que se le pudo ofrecer, reformado de su plaza, y con buenos créditos, igualmente de valiente y de cristiano, se dió a pensar el camino que tomaría su resolución para seguir a Cristo Crucificado. Detúvose algunos años, no por perplejidad en determinarse a seguir la vida espiritual, ni por indeterminación que tuviese en seguir al caudillo que le aficionaba, que era Nuestro Seráfico Padre, cuya desnudez le excitaba, y cuyas insignias reales

(1) La edición de 1716 dice: Alejandría.
(2) O Apulia. La edición de 1716 dice: palla.

le tenían ya alistado en los afectos. Suspendíale sí un secreto impulso que le llamaba a otra región donde le avisaba el espíritu había de tener las medras que deseaba en el suyo, y seguir, desembarazado de las dependencias de sus deudos, su vocación.

El medio que para conseguirlo tomó, fué venirse a Indias en naos de Honduras, donde llegado a salvamento, tanteando las materias, y habiendo vivido algunos pocos años con muchos créditos de honrados procedimientos y muy cristianas operaciones, bien querido de los que le comunicaban por hombre de mucha verdad y crédito, quieto y pacífico, muy callado y temeroso de Dios, frecuentando como muy virtuoso los santos sacramentos; fué Nuestro Señor servido de dar eficacia a sus buenos deseos, y que consiguiese el recibir el hábito de Ntra. Sagrada Religión, para el estado de religioso lego en este convento de Guatemala, el año de 1639, víspera del Señor San Antonio, por cuyo patrocinio y a cuya devoción dejó el apellido de su linaje Fr. Bartolomé de San Antonio.

Desde luego se manifestó a esta Santa Comunidad muy merecedor de la dicha que había tenido, porque, como desengañado del mundo, provecto en edad, y experimentado en varias fortunas, sólo la buscaba en el aprovechamiento de su espíritu, en la imitación de la humildad, y excelentes virtudes de nuestro Seráfico Padre contemplación de Cristo Ntro. Sr. crucificado, maceración de su carne con disciplinas, ayunos y penitencias y anhelar a amoldarse en la senda estrecha de la perfección, para poder enumerarse dignamente entre los verdaderos hijos de N. P. S. Francisco, seguidores de sus huellas. Aplicole la obediencia a los ministerios humildes de su estado, en donde tenía su espíritu consuelo en los trabajos, el afán de la cocina era su mayor descanso, la asistencia la penosa y continuada tarea de la huerta, su mayor alivio, sin acordarse de que pudiera darle otro a su quebrantado cuerpo que el cilicio continuado y sangrientas disciplinas que en los sótanos retirados hacía, concluyendo estas penalidades, en que se ejercitaba de día con las continuadas vigilias en que pasaba en el Noviciado la noche, pudiendo decir con el Salmista: *In die mandavit Dominus, et nocte canticum eius.*

Una de las noches del año del Noviciado, que ya comenzaba Dios a regalarle con los platos especiales de su mesa, estando en perseverante oración en su pequeña celdica, oyó una voz que por su nombre le llamaba, preguntó con valor nacido de la buena conversación en que estaba, quién era, y qué le quería. Repitió la voz en modo que percibió claramente él que se le decía que era su padre que acababa de salir de esta vida, y le pedía le encomendase a Dios. Dicho esto cesó el rumor, y como desapareciendo la sombra que le hablaba, le dejó lleno de ternura aunque con mucho consuelo de hallarse en estado que pudiera condescender a la petición de su padre, y cumplir con la obligación natural y de ley divina, de solicitarle la mayor honra, que era el adelantarle el tiempo en que fuese cortesano de la gloria. Hizo lo que su padre le había pedido, y pidió a un hermano del mismo Noviciado, que era reputado por señaladamente virtuoso, y después fué muy gran religioso, y confesor suyo, el que le ayudase a cumplir con aquella obligación, noticiándole de lo que le había pasado, y encargándole el secreto, mientras

le durase la vida. Los dos en compañía, en adelante, siguieron los rumbos de la mortificación, y penitencias, que como sufragio continuaron muchos días. Al cabo de ellos supo Fr. Bartolomé, por carta que tuvo de España, el día y hora en que había pasado de esta vida su padre, que fué la misma en que oyó la voz.

Prosiguiendo en sus Santos y penitentes servicios con fija determinación de vivir en la casa de Dios, sin ofender, aun en lo que pareciese más leve, a su dueño, perseveró el buen religioso en su espíritu, adelantando cada día merecimientos, y siendo un dechado de virtudes a los que le veían y comunicaban. Demás de haber sido siempre enjuto de carnes, adelgazó tanto con el rigor de las penitencias, que parecía vivir de milagro, y llegó tiempo en que parecía un esqueleto vivo, con los ojos sumidos, afilada la nariz, y pegada al hueso la piel, que causaba, al paso que edificación a los que sabían sus virtudes, horror a los que le veían.

Como era hombre de tanta verdad, de tan buena cuenta y razón, maduro en el juicio, y casi sin resabios de carne, le aplicó la obediencia a la procuración del convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, entregándole las escrituras y memorias por donde se gobernase. Fué tan acertada esta determinación, que puedo asegurar, como quien ha manejado los libros y papeles corcenientes a este ministerio, que hasta que el hermano Fr. Bartolomé de S. Antonio tomó a su cuidado el expediente de ellos era todo una confusión, que pusiera horror al más inteligente; porque como las fundaciones son antiguas, las fincas tan contingentes, que las posesiones más pingües y florecientes no duran 50 años; los principales suelen peligrar, y no haber quien se obligue a réditos de mil pesos en haciendas que valían 500 pesos, [1] y ya por la deterioridad de los tiempos, disipación de los muebles, incendios y otros trabajos, tienen increíbles atrasos, obligando a traspasos, divisiones de los principales en muchas fincas y tener necesidad el procurador del convento, sobre lo esencial de religioso celo y ejemplar, de ser inteligente en papeles, aritmético y, sobre todo, de buena conciencia para los rateos y cómputos de las Misas, sabiendo dificultar para tener en la resolución de sus dudas hecha por los que deben y pueden hacerla, el seguro que requiere materia tan escrupulosa.

Como hombre de punto, celoso del bien del convento y amigo de Dios, el hermano Fr. Bartolomé se entregó a costa de muchos desvelos, a la inteligencia de aquel laberinto, procurando enterarse de tan descabellados instrumentos, porque aunque le antecedieron en el oficio religioso muy perfectos que ejercieron la procuración, no todos tenían la viveza y comprensión que este buen religioso, ni a todos ocurre el método, y disposición para la claridad que necesitan semejantes providencias y ocupaciones. Hizo cuadernos, formó libros, dispuso tablas perpetuas, instrumentos todos que después perfeccionó otro semejante religioso lego llamado Fr. Julián de Echeverría, de quien se dirá algo de lo mucho bueno que en él experimentamos.

---

(1) Debe ser 50,000 pesos.

En el ejercicio de la procuración del buen Fr. Bartolomé no sólo no entibió los fervores de su espíritu, sino que antes le sirvió este ejercicio de perfeccionarle más en él de las virtudes, con grande ejemplo, y edificación de las personas con quienes comunicaba; porque siéndole forzoso visitar a los inquilinos, tratar con procuradores y escribanos, ninguno dejó de tener por hombre santo a Fr. Bartolomé. Era su aspecto venerable sin faltar a lo apacible, y humilde, su conversación espiritual y edificativa, sin dejar de tratar del negocio que importaba, era silencioso sin esquivez, y sin ser parlero se explicaba muy bien para que le entendiesen; modesto en sus palabras, circunspecto en sus razones, sin que se le oyese jamás alguna en desdoro o queja de alguno, ni mucho menos ociosa o jocosa, como quien vivía siempre con cuenta de la que había de dar a Dios de su vida y operaciones. Sólo el tiempo que era necesario e inexcusable a las agencias, estaba fuera de casa, y para no habituarse a estarlo tenía hecho concierto consigo mismo que tantas cuantas horas estuviese fuera del convento cada día, había de tener de oración a la noche, y si salía por la mañana y a la tarde, por cada salida se había de dar una disciplina. Y lo observó con tanta puntualidad, que hacía materia de escrúpulo si en un minuto faltaba a lo tratado.

Jamás se acostó sin haberse reconciliado, porque como por razón del oficio le era preciso el entender en materias que juzgaba su escrupulosa conciencia que le divertían de la contemplación y recogimiento que deseaba, decía que el polvo del siglo le ofuscaba, y algunas veces puesto de rodillas pedía a los Padres Guardianes le exonerasen de aquel ministerio, y que si necesario fuese cavaría de sol a sol en la huerta, pero como conocían que era tan útil para él, lo que conseguía era el que le pusiesen precepto de obediencia en el ejercicio de él. Y así se vió en sus aciertos que el mérito de la obediencia era el que guiaba sus acciones para útil del convento. No se dió caso en que faltase de maitines, prima, vísperas y completas, oración y disciplina; porque, aunque le fuera preciso salir a las agencias por la mañana, como el día comienza en el siglo a las ocho, tenía tiempo para asistir a prima, y bajar a ayudar todas las misas que podía hasta aquella hora. Y si era inexcusable el salir sobre tarde por haber dejado pendiente algún negocio del convento (que rara vez sucedía) era después de cantadas Vísperas, pues desde las tres a las cinco hay tiempo para todo lo que se puede ofrecer, y aun estas dos horas se escaseaba él cuanto podía, diciendose a sí mismo, hablando el hombre interior con el exterior, o el alma con el cuerpo: *Hermano, a más tardar, más orar; a más salir, más sentir,* aludiendo al pacto que tenía.

Tan escrupuloso era en materia de salir del convento, que aunque el Guardián le dijese que tal vez para lo muy necesario pudiese salir sin tomarle bendición, juzgaba por apostasía el hacerlo, y así, jamás salió del convento sin expresa licencia del prelado. Sucedióle una vez que, siendo día de comunión para la comunidad uno de entre semana, con la urgencia de alguna agencia se le olvidó, y no concurrió con sus hermanos a comulgar, y como nunca le hubiese sucedido faltar a algún acto de comunidad, y mucho menos a uno tan grave como el de comulgar, cuando volvió de fuera, y supo que había faltado, todo resuelto en lágrimas volvió a la celda del Guardián,

y postrado en tierra dijo su culpa, pidiendo le permitiese decirla en la comunidad, y pedir una disciplina que todos los religiosos le diesen, y comulgar después. El Guardián era espiritual y prudente, y así dispensándole en todo lo que él quería (por no dejarle hacer su propio querer) le exhortó a la enmienda, y dió licencia para que del sagrario se le administrase el Santísimo Sacramento. Y esta falta que cometió la lloró mientras vivió, haciendo siempre materia de ella en sus confesiones, con gran pesar y dolor.

Fué muy amartelado de la contemplación de Cristo S. N. Crucificado, allí hallaba seguro, y descanso como en sagrada misteriosa piedra agujereada y rota por nuestro amor, y así como gemituosa paloma no acertaba a poner el nido de su ternura en otra cosa. Erale incentivo un clavo de madera de el mismo tamaño y grosor de los clavos que fueron escarpias al cuerpo sacrosanto de N. Redentor, medido, tocado y proporcionado a su original, el cual, con indulgencia plenaria *in articulo mortis,* cupo a Bartolomé Bernoy entre algunos favores y gracias que hizo el Sumo Pontífice a algunos soldados católicos que sirvieron en la guerra contra los protestantes. Traíale Fr. Bartolomé siempre consigo sobre el pecho, como joya tan estimable, inmediata a él en una cadenilla, no sólo para gozar más satisfacción de su devoción el indulto, sino para tener la continua mortificación de imprimirle en su pecho a la continuación de los golpes que en él se daba en señal de contrición, llegando a tanto esta repetición, que cuando murió se reconoció en su pecho no sólo el hoyo luengo que hizo el pie del clavo, sino el profundo que labró la mediedad de la cabeza de él.

Como sus mortificaciones y penitencias, eran tan repetidos, sus ayunos tan continuos aunque a veces fué necesario el mérito de la obediencia con fuerza de precepto para que mitigase algún tanto los rigores con que se trataba; como la edad era ya crecida, pues tenía cumplidos sesenta y seis años, y el trabajo en que sirvió tanto a este convento de ajustar los libros y memorias, hacer tablas de las Misas, y otros cómputos que se necesitaban para la claridad de la inteligencia que tanto se necesitaba, fué tan continuado; llegó a rendirle algunos tiempos antes de su muerte, aunque el buen religioso por no dejar de trabajar, y continuar en sus penitencias tomaba alientos, con las intercadencias que le permitía su quebrantamiento, para servir en lo que tenía a su cuidado, y era de tanta utilidad al convento. Enfermó finalmente de muerte, y ya rendido a sus dolencias a la entrada del año de 1656, se le agravaron los achaques con la destemplanza de los nortes, y conociendo el peligro de su vida los médicos dispusieron el que recibiese los Santos Sacramentos con la solemnidad que se acostumbra en la Religión. Fué de grande ejemplo a esta santa comunidad, y a todo el lugar de mucha edificación la prontitud con que el varón de Dios se resignó a obedecer el que se le administrasen las medicinas y adminículos confortativos, siendo así que llegó a tener tan estragada la retinencia del alimento, por haber sido tan parco en él, que casi de milagro vivía, porque apenas recibía el caldo o sustancia, cuando, sin poder parar en el estómago, lo volvía; y lo que más le era de mortificación, que a veces le impedía este accidente para recibir frecuente-

mente a Cristo Señor nuestro sacramentado. Recuperaba empero la carencia que su alma sentía con comulgar espiritualmente casi a la continua, pasando en oración muy frecuente los ratos de quietud que le permitía la enfermedad.

Así pasó lo penoso de su enfermedad, repitiendo grandes actos de amor de Dios, reconciliándose por instantes, hasta que llegándose el día 15 de Febrero del referido año de 1656, día en que celebra la Religión Seráfica la traslación del esclarecido confesor de Jesucristo S. Antonio de Padua, su especialísimo patrón y abogado, llegándose ya el término de ir recibir el premio de sus buenas obras, durmió en el Señor, entregando en sus manos su espíritu con tanta ternura y edificación de esta santa comunidad, que se alternaba con el consuelo la pena de perder tal hermano, y con el gozo de las esperanzas que a todos dejó de su felicidad, el sentimiento de faltar de su vista un tan vivo ejemplar de virtudes, un tan eficaz retrato de mortificación, y un tan esencial padre y hermano de todos, que cual piadosa madre dilataba los senos de su caridad para el consuelo, y ahondaba en la profunda humildad con que a todos servía para levantar a sus hermanos, hasta ponerlos sobre su cabeza.

Así quiso Dios premiarle, cuando ya apartada el alma del cuerpo no podía tener peligro de jactancia, divulgando unos haberle conocido de muchos años, sin que la curiosidad más desvelada advirtiese en su proceder la menor culpa. Otros refiriendo su grande ejemplo, obras virtuosas, y al parecer algunas maravillosas que Dios por él había obrado. Su confesor, que lo fué desde que profesó hasta que entregó su alma a su creador, testificando no haber jamás caído en culpa mortal, antes sí necesitar las más veces para recibir la absolución, de hacer materia de los defectos de la vida secular. Diósele sepultura, con numerosísima asistencia de gentes de todos estados, en la bóveda de la sacristía de este convento de Guatemala, donde descansa esperando la reunión del alma y su cuerpo, para tener duplicada la estola de la inmortalidad.

CAPITULO SEXAGESIMO OCTAVO

Que trata de los muy doctos y ejemplares Padres Lectores Jubilados, Fr. Mauro Sánchez y Fr. Baltasar de Baños, que ilustraron esta Provincia con doctrina y ejemplo

---

No se puede igualmente dar a todos los religiosos que hallo merecedores de eterna memoria el lugar que se merecen, porque a veces la falta de noticias me compele a ceñir las más constantes, por no añadir cosa que no sea muy corriente tradición, cuando lo que hallo escrito en estos últimos tercios padece alguna disminución. Y aunque de los dos sujetos que componen este capítulo, hallo del primero dos fojas, y del segundo una, en todas tres aun

no se dice lo mínimo de lo que la fama publica de estos dos grandes varones. El uno fué el R. P. Fray Baltasar de Baños, Lector Jubilado, y Cronista que fué de esta santa provincia, sujeto a todas luces grande, de quien en la Provincia hay muy estimables noticias. Nació en la ciudad de Belmonte de los reinos de Castilla, de gente muy calificada, por los fines del siglo antecedente. Vistió el hábito de N. P. S. Francisco en el convento de Caravaca, de la Provincia de Cartagena, donde habiendo trabajado con muchos lucimientos, crédito de la Religión, y aplauso en el ministerio sacro de la predicación evangélica, cosa de catorce años, le tocó Dios para pasar en misión a esta santa Provincia de Guatemala, en donde desde que entró en ella, fué con tan buen pie, que prosiguiendo en el ejercicio del púlpito, por ser la gracia de predicador, y caudal tan especial, ilustró con asombrosa erudición todo este hemisferio, acompañando a las tareas de la oratoria las ocupaciones de la Cátedra en una lección de Teología, que con grande aprovechamiento de los que le oyeron continuó hasta obtener el lauro de la jubilación.

Esmaltaban sus muchas prendas las virtudes que con facilidad en él se dejaban ver, especialmente las de profundísima humildad y sencillez columbina, que como quien obraba sin artificio ni doblez, aun los menos avisados conocían en él mucho fondo, hallándole siempre para todo lo que no era intelectual, o estudio para cátedra o púlpito, tan inocente, como si fuese una criatura, y que engañaría con gran facilidad el menos astuto. Trabajó mucho en ambas sillas, y si se hubieran de haber dado a la estampa sus escritos, pudieran ilustrar mucho la provincia, y ser contado este insigne sujeto entre los mayores que ha tenido la Religión. No culpo al descuido, porque no le hubo, supuesto que en esta ciudad no hubo imprenta hasta el año de 1660, que ya habían pasado seis de la muerte de este gran religioso, y él y otros muchos, que a costa de muchos desvelos, escribieron en varias materias, padecieron la injuria que de el elocuente Cicerón, de Orfeo, Museo, Lino, Anfión y Epiménides lamenta un grave escritor. En duda está, dice, si Cicerón fué poeta, lustroso ejercicio de su tiempo, si Orfeo y los otros que he mencionado, clásicos embelecos de las Musas, tuvieron aquella gracia; y, *¿Cuál será la causa,* pregunta, *Quorum nulla hodie carmina existunt?* y responde, que el no haberse dado a los moldes los desvelos de varones tan esclarecidos, hacen que se pierdan de vista, como sucede a lo más delicado, si a larga distancia se registra.

A estas prendas que sobresalían grandemente en el R. P. Fr. Baltasar de Baños, acompañaba una fervorosísima y tiernísima devoción con Ntra. Sra., y especialmente al misterio de su Concepción Purísima. Si leía, si disputaba, si predicaba, no le agradaba cosa, si no era, lo que cedía en glorias de tan soberana Señora, y en dar a conocer a todos sus originales candores. Un tratado de buen volumen escribió *de Conceptione,* que a los más clásicos escritores y profundos téologos diera bien que admirar. Y otras obras de sutilísimo ingenio manifiestan aun en estos tiempos la nervosidad de sus razones, la agudeza de sus discursos, y lo sólido de sus asuntos. También fué muy devoto del Arcángel San Miguel, a fuer de verdadero hijo de N. P. S. Francisco, y de tan gran Teólogo, que conocía la propiciación para con el genero humano que encomendó Dios a este gloriosísimo Arcángel, y el principa-

do que le consignó en las almas de los justos. Pagóle Dios estas dos singulares devociones que sobresalían entre muchas que tenía, con permitir que el último sermón que predicó fué en la Catedral, en el día del glorioso Arcángel, y el día en que le llamó para sí el de la Inmaculada Concepción a 8 de diciembre del año de 1654.

Dejó huérfanas con su muerte las Aulas y el Púlpito, y aunque había sido nombrado cronista de esta santa Provincia, y deseaba poner mano a la narración de los muchos religiosos que la han ilustrado, no se lo permitió nuestro Señor, porque cuando comenzaba a buscar noticias, para idear y tejer su historia, le sobrevino por principios del mes de octubre tal decidia, perplejidad y atraso, que llegó a ponerle en último desconsuelo hasta rendir la vida, sin tener aliento para coger la pluma, porque se le representaba tan ardua la empresa, que todo era montes de dificultades cuanto se le ponía, discurriendo como hombre tan grande los peligros a que se expone en la censura de la variedad de genios de los hombres, quien emprende sacar a luz anticuadas verdades.

El otro sujeto merecedor de todo nombre, por el mucho que dejó en este reino, fué el R. P. Fray Mauro Sánchez, natural del reino de Galicia, quien habiendo recibido el hábito de nuestra Religión en la Santa Provincia de Santiago, vino a misión a esta de Guatemala, el año de 1606, aun no habiéndose ordenado, pero, aunque corista, muy adelantado en los estudios que hasta entonces había cursado. Prosiguiólos acá con grande ahinco, adelantando aquellas primeras luces que en su alma había encendido la sabiduría con tan conocidas ventajas, que salió consumadísimo, y después de haber leído las Artes y Sagrada Teología hasta jubilar con grandísimo aplauso y créditos de muy grande escotista y profundo teólogo, se empleó en otros estados, saliendo en todos los que emprendió consumado, y adelantando en las matemáticas, con tanto acierto, que predijo muchos casos irregulares, que el vaticinio de su discurso, por efectos de causas naturales, y aspectos de las sublunares influencias, llegó a conocer, aun en contradictorio juicio, de prácticos en la facultad, y curiosos observadores de las incidencias de ellas.

Fué igualmente docto y virtuoso, tan observante de los ápices de la Regla y Constituciones, tan ceñido a los empleos de la recta sindéresis, tan ajustado al celo del servicio de Dios, y rectitud en las operaciones, que jamás pudo arrostrar alguna que no lo fuese, ni dejar de manifestar el que disentía de lo que no era bien hecho. Fué un Argos en la vigilancia sobre las observancias monásticas, sobre la secuela del coro, sobre el tesón de los estudios, benigno solamente para con los virtuosos, modestos y estudiosos, a quienes fomentaba no sólo dándoles saludables consejos, sino partiendo con ellos si alguna vez algún bienhechor le enviaba cosa que fuese de apetecer. Pero al contrario a los flojos, distraídos y de poca aplicación, las veces que fué regente, y cuando fué prelado, jamás dejo de penitenciar, agravando la invectiva para su corrección.

Algunos le tuvieron por de adusta condición, aunque en la realidad era celo de lo mejor, y que como a verdadero virtuoso no le faltaron persecuciones, que toleró con mucho sufrimiento, y cuando algún perlado le hacía menos favor, no por esto dejaba de mostrársele rendido, enseñando a todos

el respeto y veneración que a los prelados se debe, como a quienes representan al mismo Dios. Tanto veneraba al amor de Dios, y tan encendido vivía en su corazón, que por él ninguna cosa se le hacía difícil, ninguna se le proponía indecente, en todas aquellas en quienes relucía esta peregrina joya, se mostraba pronto, obsequioso y humilde, sirviendo personalmente a los enfermos siempre que sus continuas ocupaciones le permitían algún espacio de tiempo, asistiendo a los que necesitaban de su compañía, o consejo, con tanta prontitud y verdadero conato, que no sólo edificaba, sino que atraía aun a los que por no conocerle le juzgaban menos cariñoso.

Tuvo en la Provincia algunos oficios, hasta el de Definidor, y las estimaciones de los de buen sentir que se merecían sus ajustados procedimientos. De los príncipes y Señores, fué siempre buscado para el consejo en las materias más arduas, porque su prudencia, celo, discreción y maduro juicio lo sabía hacer desapasionado, y bien fundado de todas las materias. Habiendo pues trabajado en esta Santa Provincia cuarenta y cuatro años, y teniendo sesenta y tres de edad, le llamó Dios por medio de la penosísima enfermedad de una hidropesía, en que padeciendo intensísimos dolores, los ofrecía a Dios con regocijo de su espíritu, pidiéndole más, si así convenía; llegóse la hora en que pagase la deuda de haber nacido, y conociéndola, levantando los ojos al cielo, pidiendo al Señor le tuviese de su mano, con grande serenidad quedó inmóvil, y recobrando alientos después de breve rato, invocando el dulce Nombre de Jesús, rindió el espíritu un lunes 22 de agosto del año de 1650, a las siete de la noche, asistiendo la comunidad, recibidos los santos sacramentos, y dejando muy loable nombre en la edificación de todos, y esperanzas de que partía a gozar de Dios.

CAPITULO SEXAGESIMO NOVENO

En que se dá noticia de dos religiosos legos de grande opinión de espíritu, que florecieron por estos tiempos en este convento de Guatemala

---

Muchos han sido los excelentes varones que desengañados del mundo y siguiendo la vocación del espíritu, se han acogido a este santo convento de Guatemala, para obtener en el estado de humilde lego de S. Francisco las llaves del cielo, para entrar seguros como en reino propio (que es de los pequeñuelos según el Evangelio) en el gozo de su Señor. Muchos los que han acertado a perseverar en su vocación, único medio de conseguir la quietud espiritual, y el asegurarse de las vanidades y estimaciones del mundo. Y ordinariamente los que en el siglo tuvieron más cabida, más conveniencia, bienes y honras, a que dan de mano, estos por lo más general son los que ahondando más en la humildad, son de grande ejemplo a todos, y de mucho aprovechamiento a sus espíritus.

Así los dos religiosos de quienes aquí intento hacer mención, cuyos nombres son Fray Francisco Cabello y Fray Francisco Canales, tan semejantes entre sí en la virtud, tan parecidos en el ejemplo, y tan casi uno mismo los dos en el espíritu, que a no tener cierta ciencia de haber sido dos los sujetos entendiera haber sido solo uno el individuo a quien se atribuyen muchas acciones excelentes, de que hay muy buena memoria en estos tiempos. Grande alusión a los dos, la que hace el Espíritu Santo en los cantares, y que parece sólo para lazada de este capítulo, la similitud que hace el Esposo Santo comparando a su querida al Carmelo en la cabeza, y diciendo que los cabellos que la adornan son como la púrpura del Rey aprisionada en las *canales,* pues vemos que canales y cabellos son entre sí tan equiparados, cuanto semejantes al tercio (que así lo podemos decir) que es Cristo S. N., y su pasión Sacrosanta, de quienes fueron nuestros dos legos *Franciscos,* con notable aplicación, imitadores. Y porque no incurramos en algún escrúpulo, atribuyendo al uno las excelencias del otro, es bien se note desde luego, que las noticias de ellos las hallo tan debajo de un hombre en un pliego de papel, en apuntamientos que algunas con ambos nombres, cabello y canales, se abrigan, y son pocas las noticias que se individuan.

El P. Fr. Francisco Canales fué valenciano de nación, y vino a esta santa Provincia, según puedo colegir, en compañía de otros Religiosos, en la misión que trajo para las reducciones de la Taguzgalpa el V. P. Fr. Esteban Verdelet, porque aunque alguna vez oí decir que había recibido el hábito para religioso lego en este santo convento de Guatemala, no hallo la partida en el libro de profesiones. Sí hay suficientes noticias que, desde aquella era hasta el tiempo en que murió, trabajó por más de treinta años en este convento, con grandísimo ejemplo de virtudes y ejercicio de mortificaciones, que computado el tiempo viene a ser el de la misión referida que trajo el P. Fr. Esteban el año de 1608. En todo el tiempo que vivió en este santo convento, ocupado en los ministerios humildes concernientes a su oficio, conservó con tanta integridad la pura observancia de la Regla, y pureza de su alma, que, reconciliánlose indispensablemente todas las noches, jamás se halló materia necesaria para impartir la absolución, y era preciso recurrir los confesores a que hiciese la suficiente, acusándose de los veniales.

Tenía todo el día ocupado, siendo hortelano, de sol a sol, escardando la hortaliza, regando las plantas, haciendo almácigos, y los demás ministerios para su conservación, con tanto conato, devoción y espíritu, que a todos edificaba, trabajando por muchos, sin que fuese necesario el que le ayudase persona alguna, ni que entrase indio hortelano, porque como el siervo de Dios era de tanto espíritu, y conocía cuánto servía a Dios en aquella ocupación, aliviando a la comunidad y ejercitándose a sí mismo con las penosidades de sus tareas, las tomaba con notable gusto y alegría de espíritu, haciendo para su alma, y para utilidad de sus hermanos.

Fué grande aficionado y aplicado a la contemplación de la pasión y muerte de nuestro Redentor, apropiándole el que apunta esta noticia la púrpura del Rey, que se dice en los Cánticos, con la inteligencia de *tincta canalibus,* porque el siervo de Dios experimentado y sintiendo en sí mismo los dolores de la pasión de nuestro Redentor al rigor de sus mismas manos, se les asenta-

ba tales, que hubo muchas ocasiones en que se dió cinco mil azotes en honra de los que los sayones dieron a nuestro Salvador, añadiendo otras los cuatrocientos y noventa que, según algunas revelaciones, dicen los contemplativos. Esto era el estudio continuo de Fray Francisco Canales, dando tan diestramente las manos a la vida activa con la contemplativa, que sin faltar a las ocupaciones de Marta, como muy necesario este gran religioso al servicio de esta comunidad, se entregaba a la quietud de María y a la mirra amarga de la mortificación, pudiendo decir con la Esposa que, como hacecillos de estos aromas, traía en el pecho y en el corazón a su Señor atormentado, dolorido y crucificado.

No cesó jamás de esta meditación; aunque fuese ocupado por la obediencia en otros ministerios que el de la huerta, que parecía no tener tanta oportunidad para la quietud y retiro de sus ejercicios. Pero él, como discreto y verdaderamente virtuoso, aplicando todo su conato a huir de la abominación de la hipocresía, no sólo exhortaba a los que podía hacer buenos sin afectaciones exteriores, y a que primero se radicasen en el alma la virtud que saliese a los lagañosos y nocivos ojos del mundo, sino que en sí mismo practicaba lo que enseñaba trabajando personalmente en la obra del convento, que por aquellos tiempos se hacía, como peón tratando con los oficiales como todo empleado en el cuidado de los alarifes, siendo así que, en lo interior vivía crucificado con Cristo, y que los ejercicios y trabajo corporal en que entendía, en vez de distraerle, le allegaban más a Dios, y le avivaban la consideración de sus tormentos. En este estado le cogió la muerte el año de 1638, con grande edificación de todos los que le conocieron, aclamación de sus virtudes, y fama de cuan excelente varón fué, y la perseverancia en que le conocieron de ejercicios de santidad, en treinta años que le gozaron, pues habiendo ya 76 que pasó al Señor, sus memorias duran con grande estimación, apellidándole santo los que le nombran, así religiosos, como personas seculares que le conocieron, o tuvieron noticias de su religiosísima vida.

No fué menos ejemplar la del P. Fr. Francisco Cabello de quien consta, vino en misión a esta santa Provincia, en la que trajo de treinta religiosos el P. Fr. Francisco Cumañas el año de 1610. Vistió el hábito en la Provincia de Andalucía, o la de S. Miguel, de donde pasando a ésta fué en aquel barcaje de grande utilidad a los pobres religiosos, porque sirviéndolos a todos como piadosa y solícita madre, era perpetuo cocinero y enfermero, y se aplicaba a cuanto podía ser de obsequio y conveniencia de los religiosos. Llegado a este santo convento, no se dedignó de emplearse en los ministerios humildes de su estado, y aunque era persona de calidad (según se tenía noticia), jamás excusó (como lo hacen otros), los ministerios donde más ejercitase la paciencia, y donde más merecimientos hiciese para con Dios. Siendo cocinero, era todo su cuidado el arbitrar cómo estuviese contenta la comunidad, considerando en ella muchos virtuosos, y venerando aun en los más bisoños novicios la perfección y observancia de la Regla, que tanto él deseaba y procuraba imitar. Jamás tuvo dependencia, ni se travesó en palabra con per-

sona alguna, por mucha ocasión que le diesen, como quien estaba en oficina tan ocasionada, sino que, siguiendo el consejo que dá el Espíritu Santo en los proverbios, a la mayor obijurgación, o satisfacía con profunda humildad, o con el silencio evadía el enojo de su prójimo.

La misma tolerancia y sufrimiento se experimentó en este siervo de Dios, sirviendo el oficio de portero y sacristán, porque como estaba lleno de caridad, vacío de amor propio, y que como otro San Diego de Alcalá de todos juzgaba bien, y sólo de sí sentía mal. Vivía como en una gloria entre sus hermanos, comunicando con todos, consolándoles en lo que podía sin el menor dispendio del cumplimiento de sus obligaciones. Era muy dado a la lección, y tan amigo de rumiar los pasos portentosos de la vida de nuestro seráfico Padre, que en algunos de ellos se dijo le procuraba imitar, como se cuenta de que en ocasión que se retrajeron a este convento unos hombres a quienes se atribuía judicialmente un homicidio que no debían, y estando al cuidado de Fr. Francisco Cabello el ocultarlos, porque no padeciesen el suplicio que les estaba probado, se dió tan buena maña, que por más diligencias que se hicieron de parte de los poderosos, consiguiendo permiso del ordinario para buscar los delincuentes en el convento, y aun ruego y encargo para que le dejasen vacío los religiosos, para que le registrase a su salvo la justicia; y haciendo los ministros exactísimas diligencias para descubrirlos, nunca pudieron rastrear los sótanos en que los escondía Fr. Francisco Cabello. Y ocurriendo a él los que deseaban con ansia la presa, respondía siempre con anfibologías, cruzando los brazos, y diciendo: *No han entrado por aquí,* y otras entreteniéndolos con decir que de un cabello dependía su vida. Y lo decía porque no sólo les excusaba la muerte con ocultarles, sino que les mantenía la vida dándoles de comer, hallando tan prontas salidas su caridad para las preguntas que le hacían, y contestificando Dios con él la buena obra tan manifiestamente, que, cogiéndolo una vez *in fraganti* con el pan en las manos en una tronera, dándoles de comer, dijo que eran unos ratones a quienes alimentaba, y salieron tantos a vista de los alguaciles, sustituyendo por los delincuentes, que lo creyeron así, sin que pudiese su malicia descubrir los que eran en la realidad alimentados.

El palenque donde ejercitó las virtudes fueron estas oficinas, porque respondiendo a los varios dictámenes de los hombres con adecuación y proporción a cada cual, se hizo amable de todos, se ejercitó en el sufrimiento, se encendió en la caridad hasta tanto que antonomásticamente le llamaban *la caridad,* como se vió en su muerte, que llorándole los pobres decían, no sólo: *Ya murió el santo Cabello,* sino: *Ya murió la caridad,* porque fué tanta la que Dios le endonó, que chicos y grandes respetándole por santo, le aclamaban por excelente en esta virtud, reina de las demás. Tuvo muchas, y en grado excelente, aqueste buen religioso, que alimentaba con el fervor de la continua oración, no perdiendo instante de tiempo en que no hiciese algo en labrar y pulir su alma, asemejándose al cantero o lapidario, que de una piedra bronca perfecciona con el tesón de la escoda o pico, la que ha de servir en el mayor aseo. Fué también muy dado a la mortificación y penitencia, trayendo siempre uno de dos cilicios que tenía y remudaba, que le cubrían

desde el cuello hasta las rodillas, tejidos de asperísima cerda, los cuales por más fortificarse remudaba todos los días, desencarnando de su piel las agudas y sangrientas puntas, y dándole por descanso a su cuerpo en el intervalo de una hora, o poco más que estaba sin cilicio en las veinte y cuatro del día, crueles disciplinas de sangre, macerándose en todo como si hubiese pactado enemistad con su cuerpo.

Escríbese de este religioso que enfermó de sano, y que su proverbio común era: *Ayunar hasta enfermar,* y lo hacía así, con tanta abstinencia, que jamás pidió carne, ni aun yerbas, sino es haciéndolas primero insulsas con agua fría, con pretexto de que estando calientes le lastimaban el paladar. *Fervor y solicitud* (decía) *son las alas para entrar en la audiencia del Supremo Juez;* y así andaba siempre vigilante, solícito y fervoroso en el cumplimiento de sus obligaciones, sin descaecer en su primera vocación, que tuvo siempre presente, así para los ejercicios, ocupaciones y tareas que él se daba, y la obediencia le encomendaba, como para el ejercicio santo de la oración, en que pasaba la mayor parte de la noche, en cuya comunicación con el cielo se dice tuvo muchos consuelos y confortes, y que en las necesidades públicas y particulares manifestó Dios muchas veces ser de su agrado sus peticiones, condescendiendo a ellas, y librando a esta ciudad y sus vecinos, así de castigos generales que la amenazaban, como de trabajos particulares que algunos padecían.

Relució en él, como espíritu de profecía, la precognición de algunas cosas futuras, que con santa sencillez, o por especial orden del cielo, se le oyeron algunas veces. En una, estando en algunos trabajos un religioso, y yendo a consolarse con el siervo de Dios, le dijo que tuviese paciencia, y esperase pasar más penalidades, y se tuviese dicho que por último había de ser ensalzado de los mismos prelados que tanto le afligían. Sucedió así, y el mismo religioso a quien esto acaeció lo publicó después de experimentado, y lo testificó, después de muerto el P. Cabello, con mucha lágrima, asegurando que fué de tanta eficacia la consolación que tuvo por sus razonamientos, que se halló en estado de desear todos los trabajos de los Mártires para padecerlos, y le parecían pocos según la dilatación de ánimo que le infundió Fr. Francisco. En otra ocasión cerca del Capítulo, estando la elección dudosa, y discordes algunos vocales, por los motivos que suele el demonio en tales ocasiones avivar, consultándole algunos, dijo Fr. Francisco Cabello que no se cansasen, porque el demonio no había de prevalecer, y que había de ser Provincial el P. Fr. Fulano, sujeto el más remoto de la imaginación de las vocales, y el más repugnante a la dignidad, por tratar solamente de su salvación. Así sucedió, y en otras muchas cosas se experimentó el vaticinio de Fray Francisco, hasta llegar a decir muchos que hablaba Dios en él.

Regalóle Dios con enfermedades, mas con la asistencia de tales enfermeros, que se escribe de él, que en la cama le asistían los Angeles, y que varias veces en el discurso de su enfermedad, se dejaron percibir algunas luces de otra esfera que las naturales, y que era tanta la suavidad que sentían los que le asistían, que por su voluntad no osaban apartarse de la celda; los cuales testificaron que en una ocasión, estando ya en los últimos el

venerable religioso, habiendo recibido ya los Santos Sacramentos, se quedó como arrobado mirando al cielo, y en medio de esta abstracción dió voces, diciendo: *Angeles, Padres,* voz que a todos conmovió de suerte que se persuadieron a ser así por la extrañeza gozosa que sentía. Y como parecía correspondiente a la ejemplarísima vida del siervo de Dios, fué corriente, y todos tuvieron por cierto, le confortaba Dios con visiones celestiales. Continuáronse hasta rendir el espíritu al Señor, que fué por el mes de marzo de 1641. Fué sepultado en el entierro común de los religiosos, con general aclamación de sus virtudes, y estimación que todos hicieron de los pedazos de su hábito, como de varón venerable, y que de su pobre cama había partido a la gloria.

CAPITULO SEPTUAGESIMO

De otros religiosos de loable nombre de virtudes, que en aquellos tiempos florecieron en este convento de Guatemala

---

Colligite, quae snperaverunt fragmenta, ne pereant, dijo Cristo S. N. a sus discípulos, por S. Juan (Cap. 6). Y siendo sólo cinco panes los que habían servido al milagro, fueron doce las espuertas llenas que cogieron los apóstoles de lo que había sobrado a las numerosas campañas por cuya razón en mi sentir dijo San Laurencio: *Maiori miraculo convivium illud solvit.* Así con la proporción debida me sucede en esta historia, que siendo los sujetos, de cuyas memorias la hacen muchos escritores, pocos en número, y por ventura los cinco principales fundadores, me hallo con fragmentos y noticias de tantos excelentes varones con que ha ilustrado Dios esta Santa Provincia, que aunque no son de a docena, me veo precisado a ponerlos por docenas, o a lo menos en catálogos, que no defrauden del todo las muy apreciables memorias que hallo de tantos ejemplares religiosos.

Ocurre en primer lugar el M. V. Padre Fray Juan López, gallego de nación que vino a esta santa Provincia de la de Santiago, en una de las misiones que trajo Nuestro Padre Fray Antonio Tineo. No era mozo cuando pasó a las Indias, antes sí sacerdote antiguo y predicador, virtuosísimo hombre de muy buen ejemplo, de natural apacible, bien inclinado, y amigo de que todo se hicese en orden al servicio de Dios y mayor gloria divina. Entre las prendas que en él se reconocían, sobresalió mucho la profunda humildad, en tan perfecto grado, que parecía no tener propio querer, ni conocer como hijo de Adan la irascible, ni otras paciones anexas a la naturaleza. Fue piadoso, modesto, humilde, abstinente, quieto y, finalmente, adorando de aquellas virtudes que refiere de sus esclarecidos confesores la iglesia nuestra madre. En el púlpito era tan otro, que se constituían en un ángel que pa-

recía bajar del cielo, teniendo tal eficacia sus voces cuanto parecía imposible en su encogimiento religioso. Lo mismo le sucedía siendo maestro de novicios, componiendo y corrigiendo con tanta circunspección y silencio, que no se le oyó una voz menos decente, ni tampoco levantada, aunque lo que castigaba mereciese demostración. Con esto era más venerado de todos, y temían más un decir al que delinquía: *¿Es posible hermano, que esto haga?* que si le reprendiese con la mayor aspereza. Trabajó siempre en la pronta ejecución de cuanto alcanzaban sus fuerzas, y cuanto conocía ser útil a los conventos donde fué Guardián, tirando hasta donde podía llegar lo factible su virtud, ejercitándose en muchas, dando siempre buen ejemplo, y cuidando con todo desvelo de la regular observancia, sin permitir en sí ni en otro alguno cosa que desdijese de la perfección de nuestro estado. Adornado de muy buenas obras, pasó al Señor, siendo Guardián del convento de S. Salvador, el año de 1639, habiendo trabajado con mucho ejemplo en esta provincia más de treinta años, y dejando mucho nombre en ella de perfecto religioso.

El P. Fr. Francisco Manzanedo, sacerdote y predicador, vino a esta santa Provincia de una de las de España el año de 1606, y se manifestó siempre el mucho celo de la salvación de las almas que le motivó pasar a las Indias, porque aun siendo crecida, se aplicó con mucho conato el estudio e inteligencia del intrincado idioma de los naturales, estudiando como si fuera muchacho los rudimentos del arte, declinaciones, tiempos y demás partes de la gramática de los índicos idiomas. Este tesón que ejercitó bien su tolerancia, y le adelantó mucho en la caridad, le sirvió para salir en pocos años, consumadísimo Ministro, y para emplearse en los fines que le motivaron a pasar a las Indias. Era religiosísimo en su persona, muy observante de su Regla, muy penitente, y tan dado a obedecer, que no sólo no hacía cosa que fuese meritoria sin añadirle el mérito de la licencia del prelado, sino que aun para cosas muy leves le pedía, porque era su total consuelo no hacer en cosa alguna su propia voluntad, sino la del prelado, o la de su confesor, diciendo a los que tal vez le preguntaban lo que Cristo S. N. por S. Juan: *Veni non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem eius, qui misit me.* Realce digno de toda estimación que tiene las obras buenas de los religiosos, pues obedeciendo a quien les puede mandar, no sólo ennoblecen las obras virtuosas, sino que aseguran el acierto, pues no yerra quien obedece, y consigue muchas coronas el que hace la voluntad ajena, asegurando con esto su espíritu, pues en tanto tendrá éste aumentos, en cuanto más abnegación le acompañare del propio querer. Esta excelencia sobre otras muchas virtudes relució en el P. Fray Francisco, hasta la muerte, pues para entrar en la agonía de ella, pidió licencia al prelado, y con grande edificación de todos acabó como otro Moisés *iubente Domino.*

El P. Fr. Martín Lobo, sacerdote, y predicador, vino asimismo con misión a esta santa Provincia después de haber servido a la suya en el ministerio de la predicación con grandes créditos de su persona. Estos como a verdadero humilde le ahuyentaron de sus propios, y con deseo de huir los aplausos, pasó en misión a estas partes. Mas, como el ingenio y habilidad era

tan excelente, no se pudo encubrir por mucho tiempo la luz de inteligencia y sabiduría, que en su alma tenía asiento. Prueba, no de poca congruencia, según lo que el Espíritu Santo dictó para que Salomón escribiese: *In malevolam animam non intravit sapientia, nec habitabit in corde subdito peccatis.* Entre las gracias que tuvo, y facultades que adquirió este buen religioso, fué, no sólo mucha inteligencia en la cosmografía y matemática, sino que, pasando a ingeniero, pudiera serlo en las fronteras más combatidas, deseando con grande ahinco el mayor servicio del Rey N. Sr., y utilidad de sus vasallos. Con esta máxima halló medio que pudiera ser eficaz para que se juntasen el mar del norte y del sur, y se pudiese dar paso a los galeones hasta el Callao, sin que hubiese digresión en buscar el estrecho de Magallanes. También halló arbitrio para que en este Reino de Guatemala se diesen. todos los frutos y yerbas, y plantas de la Europa y otras partes del mundo. Mas advirtiéndole algunos religiosos los inconvenientes que podían resultar en estas cosas, pues se estorbaba, teniendo dentro de casa los géneros, el comercio con los Reinos de Castilla; por buen acuerdo se determinó, el que, yendo por Custodio a España, propusiese a su Majestad los medios que había arbitrado, y las razones que tenía para ello, y así, habiendo sido electo en Custodio el año de 1641, emprendiendo su viaje por Honduras se le llevó Dios en el Convento de Trujillo con grande edificación de todos, dejando muchas esperanzas de su salvación.

El P. Fr. Pedro de Salas fué religioso de mucho ejemplo en esta santa Provincia, y en los años que vivió en la Religión se conoció en él un espíritu tan valeroso y tan de todo en todo deseoso de imitar a nuestro P. S. Francisco, que jamás tuvo en la observancia pura de la Regla, interpretación, ni exposición alguna, sino que a la letra, desde el día que recibió el hábito, y como suena, la procuraba observar. Fué hijo de padres nobles, que fueron Antonio Núñez y María de Salas, vecinos de esta ciudad de Guatemala donde nació y se crió el niño Pedro, hasta edad de catorce años, frecuentando los templos, y ejercitándose en virtudes. Como tan inclinado a ellas desde muy niño, le asistían vehementes deseos de derramar su sangre por la honra de Dios, y exaltación de la Santa Fe Católica. Oyendo el año de 1612 la cruel muerte que dieron los Indios de Tahuacas al V. P. Fr. Esteban Verdelet y su compañero; se encendió el muchacho en tanto gozo, que ya le parecía se hallaba en la misma felicidad, dando la vida por Cristo. Aunque procuró ocultar este interior fuego a sus padres, por no causarles pena, no pudo contener el manifestarles la eficacia con que Dios le llamaba al estado religioso, y determinadamente a vestir el hábito de N. P. S. Francisco en este convento de Guatemala. No se lo estorbaron aunque conocían su delicada conplexión, porque habiendo hecho varias experiencias de su vocación, le hallaron siempre constante en ella, y que todos los trabajos que le proponían los tenía por suavísimos recreos, y antes deseaba fuesen más de los que se le pintaban.

Hechas las diligencias que convinieron fue admitido a la Religión con mucho gusto de esta Santa Comunidad, y edificación de todos. Llegado el tiempo hizo profesión, conociendo todos en él el espíritu de un varón apostólico, especialmente N. V. P. Fr. Alonso de Padilla, que fué su Guardián,

quien no sólo gustaba de oir los fervores de espíritu del corista, sino que se edificaban tanto, que a veces dijo le servía de estimulo, que le fervorizaban las razones y eficacia con que aquel niño deseaba emplearse en el servicio de Dios, y dar la vida por su creador. No tenía el Maestro de Novicios necesidad de cuidar de él, y aunque le visitaba, más era para tomar ejemplo en sus santas ocupaciones que para advertirle lo que debiera hacer. Probáronle por varios modos, ya tratándole con esquivez, ya castigándole sin culpa, y ya afectando enojos para ver en qué estado tenía el sentimiento. Mas el virtuosísimo mozo a todo se mostraba con tanta igualdad de ánimo, tanto despego de conveniencia, y tan negado al amor propio, que las experiencias hacían que conociesen todos la preciosísima joya de una alma santa, toda de Dios, vacía de tierra, y llena de favores de la divina gracia.

Eran muchas las que le adornaban, porque no sólo fué excelente latino, y aprovechó mucho en los estudios mayores, sino que en los que conducían al bien espiritual suyo y de sus hermanos era vigilantísimo. Tenía por costumbre, entre otras buenas, los días de festividad, o de fiesta, pedir licencia al Maestro para que se congregasen en un lugar común los coristas, a fin de leerles, o que se leyese, o la vida del santo, o la explicación del misterio; sacando de estas colaciones espirituales tanto aprovechamiento para sí y para los otros, que de allí salían los conciertos de los cilicios, las disciplinas, de los ayunos, y de otras obras meritorias, que muchas veces pedía le aplicasen, porque Dios le hiciese mártir, y las más cedía todo esto en invectivas contra la ociosidad, y excusar cualquier rato de tiempo, convirtiendo, los que pudieran ser de descanso, en estos actos de virtud y en exhortaciones que unos a otros se hacían, motivados de Fr. Pedro, para adelantar en buenas obras, y conseguir el fin de su vocación. No había desconsuelo a que no acudiese, o con el consejo, o con tomar en su cuidado la carga y oficio de los otros, ni aun materia en que no ejercitase la caridad, en que no procurase el adelantamiento en la observancia de su profesión, y el procurar por todos medios el que todos fuesen verdaderos hijos de Nuestro Padre San Francisco, en la pura y literal observancia de la Regla, en la honestidad de las costumbres, y en todo aquello que le parecía concerniente a este fin.

Siendo tan eficaz y solícito, le concedió Dios la gracia de bien quisto, sintiendo todos de él bien, y haciéndose amable de toda la comunidad, ejercitándose diligente en el servicio de todos. Procurábalos aficionar a lo que él tanto deseaba, que era derramar su sangre por la exaltación de la fe, y pactándose con los que más simbolizaban con su buen espíritu, especialmente con un buen religioso que yo conocí, y dispuse para morir, llamado Fr. Francisco Alfonso (entonces Corista), se ensayaban los dos para padecer, haciéndose el uno martirizador del otro, con que conseguían los dos por mano ajena el que fuesen más sensibles las disciplinas, las bofetadas y otras mor-

tificaciones que inventaban; si el uno comía, el otro le quitaba el plato, y lo llevaba en paciencia; obedecíanse el uno al otro con notable prontitud en todo aquello que no impedía la obediencia a los prelados, y mejor observancia de la Regla.

Ejercitados ya los dos en estas tareas, en ocasión que (como diremos en el libro 5º) envió a pedir compañeros que le ayudasen el venerable Padre Fray Cristóbal Martínez, pidieron con toda instancia licencia a los prelados, para ello, y después de grandes preparaciones, salió determinado de Definitorio los que habían de ir, entre los cuales no fué electo alguno de los dos que tanto lo deseaban, sino el Padre Fray Benito de S. Francisco, a quien Dios tenía escogido para esta dicha, por sus ocultos juicios, quedando frustrados los de los dos que tanto lo deseaban, aunque consolados en el Señor, por haber hecho todas las diligencias posibles para conseguir este fin, y aplicado de su parte los medios que les parecieron más oportunos.

No por esto amainó Fr. Pedro en sus santos ejercicios, ni descaeció en el fervoroso espíritu que le asistía, antes sí como mártir de deseo añadía a sus mortificaciones la vehemencia que le cruciaba de padecer por Dios, sin poder conseguir la ejecución de lo que tanto ansiaba. Ya sacerdote fué de grandísimo ejemplo, preciándose de puntual en su ministerio, y deseando (como dijo muchas veces), decir una misa como tenía obligación. La del Sacerdocio procuró con todas sus fuerzas cumplir, aunque en menos de un año después de ordenado le llamó N. S. por medio de una gravísima enfermedad en que mostró la paciencia grande de hombre santo, y la resignación total en la voluntad de Dios, quien le regaló en la cama con celestiales recreaciones, por medio de la esclarecida Virgen y Martir Sta. Catarina, su muy especial devota y patrocinadora, a quien deseaba imitar en una y otra excelencia, y le apareció varias veces como a propio cliente, llenándole de celestial gozo, confortándole en sus dolencias, y visiblemente aplicándole tal vez la medicina, y otras ordenándole admitiese una sábana, que la misma santa en aquella representación extendía, teniendo el virtuoso sacerdote tan celestial enfermera, que como embajadora de las arcanidades divinas, llegándose el tiempo de pasar de esta vida, le anunció el cuánto, citándole para el día de su festividad el año de 1625.

Las disposiciones con que se preparó para el último trance, las exclamaciones con que pedía a Dios misericordia, la repetición en reconciliarse, la tolerancia grande en sus dolores, y el ejercicio continuado de las virtudes en la cama, la oración casi sin interpolarla, sus dichos y sentencias, su profunda humildad, y la grande edificación con que dejó a esta santa Comunidad, publicó muchas veces N. V. P. Fray José de Gabaldá, que era a la sazón Guardián y lo escribió a toda la Provincia en la carta patente de su muerte N. M. Religioso P. Fray Alonso de Padilla, que era Provincial, y le había tratado desde su niñez y primeros fervores, cumpliéndose en él lo que está escrito: *Consummatus in brevi explevit tempora multa etc.*

CAPITULO SEPTUAGESIMO PRIMERO

En que se dá noticia de otros religiosos ejemplares dignos de memoria, que florecieron en esta Santa Provincia

---

El P. Fr. Bartolomé Martínez es muy digno de memoria, por la que se hace aún hasta estos tiempos, de su mucha religión y celo del rigor de la observancia de la Regla. Fué de nación Lusitano, hijo de la Santa Provincia de Santiago, de donde vino a ésta de Guatemala, y fué en ella Maestro de Novicios, Guardián de algunas casas de la Provincia, y Definidor de ella. En todos estos ministerios dió grande ejemplo de observancia y de virtudes, y habiendo aprendido con mucha suficiencia los idiomas de los naturales, fué entre ellos muy útil, conociéndose el gran celo de la salvación de las almas que le había traído a las Indias. Fué muy solícito y perspicaz en descubrir algunos abusos, que estaban envueltos en las costumbres de los indios, en que sirvió mucho a Dios y a la Religión. Siendo como era tan ejemplar, fué enviado por Comisario Visitador, y a celebrar Capítulo a la santa provincia de Nicaragua, donde habiendo llegado por el año de 1642, y llegando a estas partes la noticia del levantamiento de Portugal, que, imitando a Cataluña, aunque con más dicha y menos costo, levantó al solio al Duque de Braganza: [1] fué tanto lo que Fr. Bartolomé sintió esta deslealtad, que cavando profundamente en ello, sin tener quietud ni reposo alguno, ya con ímpetus contra los de la alianza, ya con obsequios a nuestro Católico Monarca Felipe IV, llegó a formal delirio, y a pocos días se empeoró su achaque tanto, que, calificando su lealtad, y dominando su pundonor, rindió la vida sin celebrar Capítulo con grandes demostraciones de su religiosidad, conociendo todos que la fidelidad a su Rey solamente era excedida de la lealtad de su Dios, a quien con tiernos afectos pedía le llevase, y le encomendase en sus manos entregó su espíritu.

El P. Fr. Francisco de S. José fué religioso de grande aprobación de vida, muy buen predicador, y de tan sazonada energía en el decir, tanta gracia y tan lindo pensar, que era el imán de las voluntades, y que así entre indios, como entre españoles, hizo copiosísimo fruto con su doctrina y ejemplo de vida. Nació en la Isla de Ceilán en la India Oriental, de padres portugueses, donde fué castellano, de Peña Pequenina su padre. Recibió Fr. Francisco el hábito en el convento de N. P. San Francisco de la ciudad de Goa, de donde vino por embajador del Conde Linares, virrey entonces de la India, el año de 1630, a España, y habiendo negociado lo que convino en la corte de su majestad; hallándose por aquellos tiempos en aquel Reyno N. P. Fr. Pedro de la Tubilla, y conociendo en Fr. Francisco las amabílisimas prendas que le adornaban, y grande espíritu de predicar en Indias, hasta dar su vida, si necesario fuese, por la salvación de las almas; le trajo en su compañía, gloriándose de *unus pro mille,* porque en este Religioso se cifraban tantas gracias,

---

(1) Verganza dice la edición de 1716.

y fue tan apropósito para predicar a todas gentes, que en veinte y un años que vivió en esta Santa Provincia, trabajó y sirvió como pudiera en un siglo, acompañando a su grande aplicación, mucho espíritu, excelente observancia y ejemplo de virtudes, como hasta estos tiempos se dice, gozando el convento de Zulaco en Honduras no sólo de muchas utilidades, con su ejemplo de vida, sino de muchos consuelos, por haber sido en él su muerte, el año del señor de 1654.

En el de 1648, un Lunes Santo, se llevó N. Sor. para sí al P. Fr. Juan Pérez, natural de la ciudad de Alcázar en los Reinos de Castilla, hijo de hábito de la S. Provincia de Cartagena de Levante, de donde vino a ésta en misión el año de 1634. Era grande escotista, ingeniosísimo escolástico, y profundo teólogo cuando pasó a estas partes, y conociendo en él los prelados su mucha suficiencia y notable aplicación al estudio, le instituyeron Lector de Teología, que continuó por doce años juntamente con el ejercicio del púlpito, con tanto tesón, que parecía incansable. Tan del todo se dió al estudio, que, si no era para el coro, ningún otro tiempo vacaba, salvo a la oración, de donde sin duda era ilustrado según lo mucho que en las facultades intelectuales adelantaba. Muchas de las materias que leyó se hallan manuscritas, donde los más ingeniosos tienen bien que admirar, y todos que aprender. Hermanaba con gran destreza el púlpito con la Cátedra, consiguiendo tanta facilidad en predicar, que de una hora para otra, si era necesario, lo hacía con grande admiración de todos, y que fué opinión de los más doctos no ser de esta esfera su saber, sino que era aprendido en la escuela de la oración. Lo mismo se opinaba oyendo sus réplicas, y finalmente, habiendo pasado en esta santa tarea con grande crédito de esta Santa Provincia, y mucho ejemplo de virtudes su carrera, y habiendo obtenido oficios compatibles con su ministerio, pasó al Señor dejando tanto nombre de su saber, como de su buen ejemplo, y causando tanto sentimiento su falta, como lástima su acelerada muerte, originada de su gran tesón en el estudio. (1)

El P. Fr. Juan del Espíritu Santo, vino en misión a esta Provincia el año de 1640, con grande nombre de buen Religioso, y como a tal le aplicó la obediencia al ministerio de Enfermero Mayor de este convento, en cuya ocupación mostró la ardentísima caridad que su corazón abrasaba, así por la ocurrencia que hubo en aquel tiempo de Religiosos aquejados de prolijas enfermedades, como por la ocasión de ser algunos de ellos de tanto espíritu, y virtud, que tuvo la del P. Fr. Juan una escuela en que adelantaba para la práctica de todos, gravísimos, y celestiales documentos. Ejercitado en muchas obras de caridad, y adornado de muchos merecimientos, le llamó N. Sr. para sí, dejando mucho nombre, y grande ejemplo a todos los que le conocieron.

---

(1) Beristain, Bibl. Hisp. Am., cita de él "Disputationes en los libros Sententiarum Ms."— Tomo II, pág. 420.

El P. Fr. Francisco de Figueroa, fué sujeto muy digno de memoria, y de los que en el principio de la fundación de esta Sta. Provincia, recibieron el hábito en este santo convento de Guatemala, en 19 de junio de 1573 años, y por ser varón de tan señalada virtud, comprensión y celo de la honra de la Religión, se le mandó por patente del General de la Orden (siéndolo nuestro Rmo. Gonzaga) que hiciese una descripción de la fundación de esta provincia, y varones excelentes que habían florecido en ella, hasta el año de 1583, que es la fecha del testimonio que quedó en el archivo de esta Santa Provincia, del original que se remitió a su Rma. para la muy esencial obra que tenía entre manos, y consiguió tan felizmente, del Cronicón en cuya 4ª parte, folio 1326, se halla en el elegantísimo idioma latino, lo que en el castellano con toda puntualidad escribió el P. Fr. Francisco de Figueroa, primer Cronista que tuvo esta Santa Provincia, hallándose en aquel tiempo Definidor actual de ella y Guardián del convento de la Limpia Concepción de Zamayac. Sobrevivió cincuenta años al de la fecha del instrumento, y en ellos, ejercitado en muchas virtudes, lleno de merecimientos y servicios grandes que hizo a la Religión en esta Santa Provincia, así en la fundación de las observaciones monásticas, como en las de muchos pueblos de indios, donde como gran ministro se ejercitó en la predicación del Evangelio, destruyendo muchos idolillos que descubrió en varias partes y latíbulos de los indios, y extirpando de estas miserables y pueriles gentes muchos abusos y supersticiones, como quien tanto tiempo experimentó sus mañas, y con tanto celo procuró siempre encaminarlos a su salvación; consiguió la suya, como piadosamente podemos creer en el año del Señor de 1632, que partió de esta vida, por medio de la enfermedad de vejez, a la eterna.

El Padre Fray Luis Bolaños, fué Religioso de quien hay en esta Santa Provincia memorias muy dignas de toda alabanza. Fué natural de esta ciudad de Guatemala, hijo de padres hidalgos, y de muy buena opinión y bondad de vida. Recibió el hábito en este santo convento de Guatemala, donde, habiendo dado muchas muestras de muy espiritual y ejemplar, así en la línea de Corista como en la dignidad Sacerdotal, le regaló nuestro Señor con una enfermedad de muchos años, originada de una quebradura, en que mostró muy bien los acerados filos de su inconcusa paciencia, sintiendo aun más que los continuos dolores que toleraba, el verse impedido para servir con la agilidad que antes a la Religión. Mas no excusaba el virtuoso varón todo cuanto sus fuerzas alcanzaban, así en la secuela del coro, como en la asistencia al confesonario, formando escrúpulos su delicada conciencia, de perder cualquier instante de tiempo, y procurando tenerle siempre ocupado, o en padecer y ofrecer a Dios sus dolores, o en orar mental o vocalmente, o en ejercitarse en la excelentísima obra de caridad de sacar las almas, por medio de la confesión, de la esclavitud de la culpa. Afijaba en su mente para no excusarse jamás de confesar alguno, que quizá se fortalecería el auxilio divino, y se circunstancionaría por ser él el instrumento que Dios tomaba para la salvación de aquella alma, pues como poderosa elige las más veces los más débiles e inútiles para cosas grandes. Vivía siempre es-

perando la última hora, y tan prevenido, que al día se reconciliaba muchas veces, y solía decir: *Qua hora non putatis filius hominis venturus est*, y así le sucedió, porque acabando de decir misa le llevó Ntro. Sr. en este convento de Guatemala, el año de 1631, dejando mucho consuelo a todos, y opinión de gran religioso, muy señalado en virtud, y de conocido ejemplo.

El P. Fr. Andrés Barroso fué asimismo en aquella era muy señalado entre los religiosos que más sobresalieron en virtudes y buen ejemplo. Fué criollo nacido en esta ciudad de Guatemala, de padres españoles, y gente muy honrada. Desde que recibió el hábito fué adornado de la virtud fundamental de las otras, que es la humildad, en cuyo dilatadísimo campo ocultó el tesoro de muchas que le adornaban, y pudieran ilustrar grandemente su nombre, mas no del todo se escondieron, porque como hermosas flores se dejaban tal vez gozar en la práctica de sus operaciones. Sobresalía en ellas la caridad, como reina, que ejercitó grandemente con tesón incansable, y vigilantísimo celo en la administración y doctrina de los naturales. Jamás se excusó, ni difirió un instante al darles el consuelo espiritual que necesitaban, no sólo a costa de muchísimo trabajo, y duplicadas tareas, sin que el sol, agua o malos caminos le impidiesen, sino que, aun cargado de enfermedades y graves achaques con que Dios le regaló, asistía a la enseñanza, y administración de los sacramentos, como si estuviese sano. No una sino muchas veces fué largas jornadas, en día de purga, a dar confesión al que la pedía, sin reparar en los daños que se le podían causar, y peligro de la vida a que se exponía, preciando más la salud espiritual del prójimo, que la propia corporal, como verdadero caritativo.

Otras virtudes también se dejaron ver en este ejemplar religioso, porque como las penitencias y mortificaciones con que maceraba su carne no podían todas ser ocultas, aunque más las procuraba esconder, las manifestaba, o la copiosa sangre que vertía, o la mucha abstinencia que se le notaba, o la palidez y amarillez de rostro, que todos en él veían. Nadie le conoció transgresión alguna de la Regla en todo el tiempo que vivió, antes sí notaron que nunca comió carne, y que por disimular su abstinencia los días que son prohibidos entretenía la mesa con pan y berzas, afectando comer como los demás, siendo así que en la realidad no probaba la carne, como algunos advirtieron. Solamente en una enfermedad gravísima que tuvo, que fué de la que murió en el convento de N. P. S. Francisco de la ciudad de S. Miguel, quiso Dios añadir a los muchos merecimientos que le adornaban, el de obedecer a su Guardián que expresamente le mandó que, sin usar anfibologías, comiese aquella carne que allí él le administraba, obedeció con total resignación, aunque con grande quebrantamiento de su gusto, porque le tenía tan acibarado para lo que era gula, que antes le fué mortificación esta, y las veces que se lo mandó aunque no bastó el confortarle, porque agravándose la enfermedad, dió su alma a Dios dejando mucho que imitar en sus virtudes, y mucha edificación a todos los que le conocieron. Pasó al Señor el año de 1643.

El P. Fr. Francisco Quijal tiene título de varon muy ejemplar, no sólo en el catálogo que hallo de los más sobresalientes religiosos en virtudes, sino en las memorias que hay de sus rectísimas operaciones, así entre los religiosos, como entre los indios de los pueblos donde asistió, especialmente en el de Tecpán Guatemala y sus adyacentes, que eran en su tiempo, que en éste son ya Guardianías, donde personalmente, con las noticias que tenía de sus virtudes, hice examen de los más ancianos, y hallé que uniformemente todos le llamaban santo, y hacían memoria de haber sido un amantísimo y benignísimo padre, dotado de purísima candidez, asistido de vigilantísimo celo, adornado de grandes virtudes, muy mortificado, penitente y ejemplar. Pasó al Señor dejando mucho nombre y tierna memoria, el año de 1642.

El P. Fr. Manuel de Moreira, fué religioso muy señalado en virtudes, a quien adornaban mucho la innata nobleza de caballero de Murcia de los Monteros y Espinosas. Pasó niño en compañía de sus padres a este Reino, y habiendo aprendido las primeras letras, recibió el hábito de este santo convento de Guatemala, donde habiendo estudiado con mucho aprovechamiento las Artes y Teología, y ocupado con mucho crédito los púlpitos, y con muy conocida utilidad de sus auditorios, fué premiado con otros oficios, hasta ser Definidor dos veces de esta Provincia. Dió siempre muy buena cuenta, así de las prelacías que obtuvo, como de los otros ministerios en que se ocupó, reputado y tenido por muy ejemplar y virtuoso, y grandemente celoso y observante de nuestra Regla, entendiéndola y practicándola en sus operaciones a la letra, y como suena, con tanta rectitud y pureza, como benevolencia y caridad, porque fué de un natural muy apacible, y muy amado de todos, y tan humilde en su propio conocimiento, que ni por haber ocupado el oficio de Predicador Primero y Segundo de este convento, con grande séquito, ni por los otros con que la Religión le honró, jamás se entonó, ni presumió de sí que era útil para cosa alguna. Mas, conociendo en él la Religión sus excelentes prendas, fué destinado por Visitador y presidente del Capítulo de la santa Provincia de Nicaragua, donde con toda justificación en sus procedimientos, y grande desinterés de lo temporal, celebró un Capítulo de toda aclamación, dejando en aquella provincia bastante luz de su humildad, prudencia, doctrina y pobreza evangélica. Llamole Ntro. Sr. para sí el año de 1648 concediéndole tan excelentes disposiciones, que se presumió haber tenido aviso del cielo de su acabamiento, porque con haber sido siempre tan ejemplar en los últimos tiempos de su vida, aun teniendo sesenta años de edad, y las graduaciones que se merecía, no sólo se mostraba incansable en la secuela del coro y comunidad, sino que doblando tareas, y añadiéndose mortificaciones y abstinencias, se fué disponiendo para dar grandísimo ejemplo a esta comunidad, al recibir los santos sacramentos, y dejarla tan edificada de su ejemplo, como envidiosa de su felicidad.

CAPITULO SEPTUAGESIMO SEGUNDO

De otros religiosos señalados en virtud y ejemplo que por estos años florecieron en esta Provincia

En un catálogo que se contiene en doce hojas de folio, y en ellas los nombres de los religiosos que fallecieron en esta santa provincia desde el año de 1627 hasta el de 66, hallo muchos (demás de algunos ya mencionados), con varios epítetos y renombres honoríficos señalados, ya de insigne varón, ya en santidad, de gran religioso, varón santo muy ejemplar, varón excelente, y otros tales, que indican lo sobresaliente que fueron aquellos religiosos que se señalan a los otros que están en el catálogo. Y aunque en algunos de ellos hay francamente especiales que comprueban aquellas primeras noticias, otros hallo sin ellas, por cuya causa en este y el siguiente Capítulo, escribiré brevente de ellos diciendo lo especial de quien lo hallare, y de los otros pondré a lo menos los nombres, para que no lo pierdan en la memoria que se debe tener de los que con luces, y ejemplo, y virtudes, dieron muchas que imitar a todos. Porque como la verdadera virtud ha de ser tesoro escondido, y encaminar a lo seguro el ocultar de los venenosos ojos del mundo la joya inestimable de las buenas obras, así para asegurarlas de los robos de piratas, como para seguir el consejo de Cristo Sr. N., que dice que atendamos a no hacer nuestra justicia, esto es, las obras meritorias de justificación delante los hombres, sino que como fieles operarios, tratemos sólo de agradar a Dios en el cumplimiento de nuestras obligaciones, son muchos los que en este amplísimo campo ocultaron el tesoro de sus virtudes, y muchos también los que el sudario del olvido enterró para que carezcamos del logro que pudiéramos tener en su imitación.

El P. Fray Diego de Herrera, natural de la Ciudad Real de Chiapa, fué religioso muy ejemplar, y de gran celo de la observancia regular, tan circunspecto, modesto y devoto, que cualquiera que le veía, al paso que se le aficionaba, se componía. Fué de un natural angélico, y alma cándida, en quien con facilidad entró el saber a lo del cielo, haciendo una vida inculpable, y de grande utilidad a los que administró y doctrinó, enseñándoles muy santas y loables costumbres, inclinándolos a la devoción más tierna con la Virgen María Nuestra Señora y a seguir el camino de cruz en la mortificación de las propias pasiones, y penitencia de las culpas cometidas. Llevole nuestro señor para sí en el pueblo de San Andrés de Izapa, donde habiendo trabajado muchos años con muy buen ejemplo, siendo morador del convento de Comalapa, le cogió la última hora el año de 1640.

El Padre Fray Diego Rodríguez, hijo de la santa Provincia de Granada, en Castilla, natural de la ciudad de Loja, [1] vino en misión a ésta, donde trabajó con gran ejemplo, porque fué un religioso de mucha virtud, y con extremo libre de malicia. Fué gran ministro, supo con mucha perfección la lengua de los naturales, en que aprovechó a todos sus clientes con todo ahinco, sin perdonar diligencia alguna por librarlos de las supersticiones y resabios de hechicerías con que el demonio siempre los persigue. Obró como buen operario, y se hizo con buenas obras merecedor del galardón que todos confiaron iba a gozar de la liberal mano del padre de familias, Dios, ante cuyo acatamiento para comparecer se dispuso con tiernísima devoción, y alegría en este convento de Guatemala, dejando mucho consuelo a sus hermanos, el año de 1645.

El Padre Fray Antonio Martínez, fué varón excelente en virtudes, y famoso en letras, natural de la ciudad de Valladolid, en Castilla la Vieja. Pasó, siendo niño, a estas partes, y recibió el hábito en este convento de Guatemala, donde habiendo aprovechado grandemente en los estudios de Artes, y Teología, sirvió en el púlpito, con grandes esperanzas, hasta que viendo los prelados su adelantado talento, y que pedía más amplitud su capacidad, para ejercitarse en facultades aventajadas, le enviaron a Mexico, donde habiendo estudiado mucha parte del Derecho Canónico, fué nombrado por Comisario del Santo Oficio, ministerio que ejerció por allá veinte años, con tanta aprobación, y tan a satisfacción del Santo Tribunal, que el ilustrísimo Señor Don Bartolomé González Soltero, Inquisidor Mayor, dijo en muchas ocasiones después, siendo Obispo de Guatemala, que tan exacto ministro no lo tenía el Santo Tribunal, y de quien se podía entender al lugar del profeta Ezequiel *Speculatoren dedi te, domus Israel.* Vuelto a esta provincia con la misma comisión, fué de mucha utilidad para las partes y lugares donde la ejercitó, porque como tan celoso pesquisó y destruyó algunas milicias que había entre los indios, haciendo tan venerada entre ellos la santa fe, y sus sanciones y costumbres, cuanto estimable su persona, por el gran olor de virtud y buen ejemplo que en él se hallaba. Y no sólo de los indios, sino de todas las gentes que le conocieron, así en esta ciudad como en la de Chiapa, en cuyo convento fué Guardián, y en la villa de Sonsonate, donde también lo fué, fué venerado y acatado como gran religioso, ejemplar, prudente y celoso, y que supo con destreza hermanar el celo de un Elías, con la caridad de un Moisés, y labrar un Tabor de gloria, no sólo para sí, sino para todos aquellos que estaban a su cuidado, mediante muy cristianas y virtuosas operaciones que consumó el año del Señor de 1647.

El Padre Fray Juan Lázaro fué un religioso de grande nombre en esta Sta. Provincia, para donde vino en misión el año de 1610. Trabajó con grandísima aplicación, y tan perseverante virtud, y ejemplo, que se hizo tan insigne en los créditos de santidad, como señaladísimo en la inteligencia de las lenguas más difíciles de esta Provincia. Ninguna de todas las que administra la Religión Seráfica en ella ignoró; antes sí fué tan consumado en todas, que por corriente tradición se tiene haberle comunicado nuestro Señor el don

(1) Yoja dice la edición de 1716.

de la inteligencia en todas lenguas. En ellas predicaba con tanto espíritu, que fué un asombro el fruto que hizo entre los naturales; escribió mucho y muy bueno en varios idiomas, haciendo vocabularios, sermonarios y rituales, y con notable destreza una obra en que combinaba algunas de las lenguas de la tierra, las que más parentesco tenían. Fué en esta facultad excelentísima, en la práctica, doctrina y enseñanza muy vigilante ministro, y en todo género de virtudes muy señalado. Murió en el convento de la Asunción de Gueytiupan, el año de 1650, después de haber trabajado cuarenta con incansable tesón en esta santa Provincia. Su memoria es muy venerable en toda ella, y mucho más en la Guardianía de Gueytiupan, pues aun habiendo cerca de cuarenta años que murió, se dice que hasta estos tiempos, por la grande opinión que dejó de virtudes, y por el grande amor que le tuvieron los indios, le celebraban aniversarios, y cubriendo de flores su sepultura, le mandan decir los días festivos responsos, y aun le invocan en sus aflicciones, y trabajos.

El P. Fr. Pablo de Priego vino de la Provincia de Andalucía a esta de Guatemala, el año de 1596, sirvió en ésta con grande aprobación de vida, honestidad de costumbre, y don de consejo. Fué su madurez muy grande, y por esta razón muy apetecido de los prelados, para las materias dificultosas y de gobierno que ocurrían. Fué varias veces Guardián, y también lo fué en este convento de Guatemala, y custodio de esta santa Provincia, dando en estos oficios, y en otros que estuvieron a su cuidado, muy buena cuenta, porque era tan puntual en sus operaciones, tan vero y tan mirado en sus palabras, que de él se puede decir: *Non est inventus dolus in ore eius.* Era tan amigo de la limpieza del cuerpo, cuanto ansioso de la de su alma, porque decía que habiendo de corresponder al interior el exterior, si el religioso no cuidaba de que la celda en que vivía, y el hábito que le cubría estuviese aseado, aunque pobre, indicaba que pondría poco cuidado en limpiar la casa del alma, y tenerla con la decencia posibe para ser hospicio del mismo Dios. Todo su esmero aplicaba a las cosas que pertenecían al culto divino. No sólo una telaraña, pero la más leve paja ofendía sus ojos en las sacristías, y mucho más en las iglesias y coro. Nadie había de escupir en una ni en otra parte, y si por la frecuencia de uno y en otro lugar veía algunas salivas apegadas, buscaba ocasión y tiempo oportuno, y llevaba agua y un ladrillo para limpiar el suelo, imponiendo en este prolijo aseo a los hermanos coristas y novicios, señalando días en que el Coro se limpiase con esta diligencia de agua y ladrillos. Costumbre que duró por tantos años, que hasta estos se continúa, a lo menos para la celebridad de N. P. San Francisco.

Si en el suelo, en cualquiera parte que fuese, hallaba alguna meaja, o fragmento de pan, era tanto el fervor y veneración con que lo levantaba, por la mucha que tenía al Santísimo Sacramento del Altar, que puesto de rodillas, levantaba en alto la meaja, o mendrugo, con la mano, y no la bajaba hasta

que pasaba alguno que se lo mandase. Como ya le conocían los religiosos, si alguno le hallaba hincado de rodillas, y levantada la mano, le hacía señal, como si fuese prelado suyo, y sucedió tal vez estarse una mañana entera de rodillas con la mano en alto por no haber pasado quien le hiciese señal.

Tanta era la veneración que tenía al Augustísimo Sacramento de la Eucaristía, que empleaba lo más del tiempo en su contemplación, y todo lo que era figura de él, reverenciaba con tanto miedo y amor, como si real y verdaderamente viese en el signo al signado. A cualquiera parte que contemplaba haber sagrario, y a cualquier señal de campana que indicaba salir su Divina Majestad, se hincaba de rodilla, orando, y postrado su corazón ante el acatamiento del Santísimo. Consiguiente a esta grande reverencia era la preparación cuotidiana para celebrar, y el hacimiento de gracias después de haber dicho Misa, gastando en uno y otro largo espacio de tiempo. La compostura, silencio y devoción con que se vestía los paramentos sagrados, era un sermón eficaz, que compungía a cualquiera que le miraba. En el altar hacía lo mismo que hiciera si se hallara al pie de la Cruz en el monte Calvario. Ofrecía al Padre Eterno la Pasión, y muerte de su Unigénito Hijo con tantas lágrimas de amor, y con el mismo respeto y reverencia, que eran sus miedos a este altísimo, y tremendo Sacrificio, en que gastaba tres cuartos de hora. Luego daba gracias de espacio y recogiéndose a la celda, vacaba a los negocios temporales, y ocupándose en leer ejemplos de Santos, cosas de devoción, procurando evitar todo trato humano, para no perturbar su quietud. Fué de mucha utilidad a la buena crianza de la juventud el gran celo de este religioso, que siendo Guardián de este convento, aplicó a que fuesen buenos eclesiásticos sus frailes. Pagóselo N. Sr. con la liberalidad que sabe, conforme lo que se dice la Iglesia: *Sic nos tu visita, sicut te colimus,* dándole muchos consuelos en el trance de su muerte, con auspicios felices de la vida.

El P. Fray Antonio de Prego, fué otro religioso, gallego de nación, hijo de la santa Provincia de S. Miguel, de donde vino a esta en misión el año de 1606, fué muy señalado en la observancia regular, y tan puntual en la pobreza evangélica, y ápice de nuestra apostólica Regla, que se dice la practicó con toda pureza. Era notable la confianza que su corazón tenía en las fincas de la Divina Providencia, por cuya razón nunca quería tener de un día para otro aun lo muy necesario. Fué gran ministro de indios, en que mostró ardentísimo celo de la salvación de las almas, y ayudó con fervorosísimo espíritu y mucha caridad a los operarios de esta mies evangélica, así en nuevas conversiones en la provincia de Honduras, como en la manutenencia de los ya convertidos en los pueblos de esta Provincia. Ponía su conato en persuadir a todos que buscasen a Dios desnudos de toda conveniencia, sobre que le sucedieron casos notables. Ocupole la Religión en oficios, y le honró la provincia con algunos puestos, y en todos manifestó el desapego grande a lo terreno, y anhelo singular a lo celestial, como quien en vida y muerte caminaba al cielo.

CAPITULO SEPTUAGESIMO TERCERO

En que se hace memoria de otros ejemplares religiosos de estos tiempos

---

El Padre Fray Antonio de Mendoza fué un venerable religioso, hijo de esta ciudad de Guatemala, de padres nobles, y en la religión muy señalado, porque desde que recibió el hábito en este santo convento de Guatemala, manifestó un linaje de espíritu profético, que parecía hablar con inspiración divina, y predijo muchas cosas que después el mismo hecho manifesto evidentes. Por esta razón era consultado de todos en las más graves materias que ocurrían, aunque para él fué de muy grande mortificación la estimación que de esto redundaba a su persona, porque fué humilde de corazón y enemigo de aplausos del mundo. Seguía el camino de la virtud por la senda del desprecio de sí mismo, asegurando en ella la verdadera vida que termina la angustia del sendero de la virtud. La que adornaba a este siervo de Dios era mucha, y, como bien fundada, descolló con muchas medras hasta las cumbres de la gloria.

El Padre Fray Lorenzo de Altamirano fué religioso de quien hallo muy selectas memorias, aunque generales de su grande observancia y religiosidad, equiparándole al espíritu de los primitivos, y como tal haciéndose de él memoria con ellos en las generales de observantísimo, bendito y venerable, y que en aquella era trabajó con grande espíritu, y ejemplo de esta Santa Provincia.

El Padre Fray Pedro de la Rauri, hijo de esta ciudad de Guatemala y de este convento, fué asimismo religioso de muchas opiniones de virtud, y de haber seguido siempre la vida común, con tan exacta aplicación, que nunca dejó de hallarse en el coro la comunidad, cuando entraba en él. Criado en tan buen ejercicio y con tan buenos deseos, fué muy útil a los otros conventos donde vivió, porque siempre procuró en ellos la indispensable observancia, no sólo del regular instituto, sino de lo ceremonial, que es muralla que le defiende. Fué gran defensor de los indios, y padeció por ampararlos algunos trabajos que le habrá premiado Ntro. Sr. con magnífica liberalidad, porque conociendo la pusilanimidad de estas pobres gentes, y teniéndolos por los pequeñuelos que tanto encarga Dios en el Evangelio, podemos entender le aplicaría su Majestad la sentencia evangélica que dice: *quod uni ex-minimis meis fecistis, mihi fecistis.*

El P. Fr. Miguel de Arguedas fué religioso de quien hay mucho nombre en esta Santa Provincia, y cuando no hubiera otro, que en treinta años continuados, que fué Vicario en este convento, no haber faltado ni una tan sola la noche a los maitines, era bastante para entender de él, no solo haber sido puntual en la secuela de coro, sino también haber sido un ángel, porque menos que con tales gajes no pudiera haberse conservado en tan penoso

oficio, y tan dependiente de toda una comunidad, a satisfacción de todos los prelados, tanto tiempo. Lo que toleraría de impertinencias, y la prudencia grande de que sería dotado, queda al juicio del prudente que ha vivido en comunidad. Las noticias que hallo demás de las dichas son de haber sido este religioso muy ejemplar, y como tal podemos entender fué a continuar la asistencia de los maitines, cantando las divinas alabanzas en la gloria.

El año de 1641, a medio día el Viernes Santo, murió en este convento el P. Fr. Pedro de Munera, que había venido en misión a esta Provincia el año de 1610. Fué religioso de toda aprobación de vida, muy solícito operario de la viña evangélica, afecto hijo de esta Provincia, muy amante de sus aumentos, pronto a procurarlos, y de muy buen ejemplo de vida, virtuoso a la llana, y preciado de todos en lo que era justo, porque lo era su vivir, modestia y religiosidad.

El P. Fr. Diego de Castellanos, fué religioso de mucha virtud y aplicación al trabajo, perpetuo asistente de confesonario, y muy vigilante y eficaz en el sacro ministerio de la predicación, que en una y otra silla hizo muchos frutos para Dios, y le hallo apuntado entre los más esenciales religiosos que tuvo esta Sta. Provincia.

El P. Fr. Francisco de Zepeda fué el primero que en esta Provincia obtuvo título de Predicador General Apostólico, y como tal correspondiendo a este gravísimo ministerio su vida, hizo muchísimo fruto en las almas, porque demás de ser su doctrina muy sólida, espiritual y santa, la eficacia de su decir y la condecoración de su vida, ayudaban mucho a la consecución de las conversaciones de muchos. Fué comisario del Santo Oficio en este Obispado con muchos créditos de la religión, y grandes servicios que hizo al Santo Tribunal. Murió el año de 1602, dejando mucho nombre de su grande espíritu y letras.

Habíale antecedido el P. Fray Lope de Montoya en el oficio y ejercicio de Comisario del Sto. Tribunal, y corrector universal de libros, según la última ordenación que había habido de la Santa y General Inquisición, el año de 1583, y, por la gran satisfacción que se tenía de tan gran sujeto, se le cometió en este obispado de Guatemala la ejecución de lo así mandado el año de 1586.

El Padre Fray Alonso Nieto fué dotado de Dios en gracia de gobernar. Sus documentos, ejemplos y secuela de la comunidad, tan singular, que siempre había y hay que aprender mucho en lo que este religioso hizo y obró. Manifestó siempre en sus religiosos procedimientos ser hijo de este santo convento de Guatemala, y haberse criado en la santa doctrina de aquellos venerables fundadores, que pudieran serlo de toda la religión. Varias veces fué Guardián de este convento de Guatemala, porque era justamente amado y venerado de todos, y hubiera sido Provincial, si su mucha humildad no lo huibera siempre excusado. Afectaba severidad, teniendo entrañas de grandísima piedad, que tal vez en el prelado, para que lleve la palma, y llegue a conseguir triunfo en el oficio, es bueno tenga, como aquellos querubines que dice Ezequiel (cap. 41), rostro de hombre, que humanidad y

benevolencia significa, y pecho de león, que manifieste el valor con que debe abrazar sus resoluciones, y vigilancia con que debe vivir sobre sus súbditos. Fué gran padre este religioso, pues procurando en sí, y conociendo ser el prelado el ejemplar de la vida del súbdito, regulaba siempre la suya a la más pura observancia e inculpable procedimiento, corrigiendo con libertad religiosa lo que con paternal cariño no remediaba. Pasó al Señor dejando muchos créditos de religiosa vida el año de 1648.

El de 1643 había pasado de esta presente vida al Señor el muy memorable P. Fray Andrés Bernat, que de la S. Provincia de Valencia había pasado a ésta de Guatemala, en la barcada que trajo el esclarecido Padre e ínclito defensor del Evangelio, que dió la vida por su propagación, Fr. Esteban Berdelet. Fué el P. Fr. Andrés de grande espíritu, excelente predicador, y tan perpetuo asistente y seguidor del coro, que en casi cuarenta años que vivió en este santo convento, apenas hubo vez que faltase de él, de día ni de noche, aun siendo así que era frecuentísimo en el púlpito. Ni por haber de predicar al día siguiente, faltaba de los maitines, ni dejaba de acudir, como lo hacía siempre, a prima; y lo que más es, a tercia y misa mayor, hasta que era hora de bajar a tomar bendición para predicar. Fué ejemplarísimo, y un perfecto dechado de regular observancia, por cuya razón, y su mucha autoridad, fué varias veces Guardián de este convento de Guatemala, donde lleno de méritos y cargado de años, acabó felizmente su religiosa carrera, dejando mucho nombre de sus virtudes.

El P. Fr. Blas Rubio fué manchego de nación, hijo de la santa Provincia de Cartagena, de donde vino a ésta de Guatemala, con ardentísimo espíritu de la salvación de las almas. Fué austerísimo en su vivir, y tan puntual en el cumplimiento de las observaciones religiosas, que por ningún caso permitía en sí ni la más leve transgresión, ni dispensación alguna, siendo prelado, en ceremonia, ni defecto alguno del común. Fué Vicario del convento a algunos años, y maestro de novicios tan ejecutivo en las cosas de su cuidado, y que pertenecían a los que a él estaban encomendados, que la más leve culpa aun de una antífona mal entonada, hacía que se hiciese la penitencia, fundado en lo que el Espíritu Santo dice, que quien las cosas pequeñas desestima, vendrá a caer en transgresión de las mayores. La misma estrechez de observación introdujo y fomentó con todo rigor monástico, no sólo en los conventos de pueblos de indios, sino aun en los de visita, haciendo que aunque se hallase solo el religioso, tuviese disciplina y oración, y se guardase indispensable silencio. Premióle Dios este celo religioso y ejemplarísima vida, con darle una muerte cual él siempre había deseado, porque teniendo costumbre de ayunar la Semana Santa toda a pan y agua, y el Viernes al traspaso, procurando en aquel tiempo resarcir y recuperar el que le parecía había perdido; el Miércoles Santo del año de 1638, acabando de celebrar, y habiendo sentido extraña ternura en la contemplación de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, como quien tanto se compadeció en ella, y con ella podemos entender pasó a la conglorificación que nos previene S. Pablo en el cap. 8 de la Epist. *ad Rom.*

El P. Fr. Bonifacio de la Concepción, natural de la Ciudad Real de Chiapa, es muy digno de toda buena memoria, a quien se llevó Ntro. Sr. el año de 1628, dejando grande opinión de santidad y virtud, y habiéndosele conocido muchas que con incansable tesón siguió en muchos años que fué religioso, sirviendo también en la doctrina de los indios con mucho aprovechamiento de ellos, y utilidad grande en la enseñanza, porque hermanando el buen ejemplo con la eficacia de su doctrina, procuró siempre que todos caminasen al cielo, inclinándolos con suavidad de palabras, y eficaces exhortaciones que continuamente les hacía.

El P. Fr. Francisco Ortiz fué, entre los sujetos grandes que descollaron en esta santa Provincia en su tiempo, uno de los más lucidos que dió la provincia de San Miguel, a ésta de Guatemala, el año de 1596. Fué excelentísimo escolástico, y como tal leyó la Sagrada Teología en este convento muchos años, en cuyo ejercicio le sucedieron muchos casos dignos de ponderación, así para prueba de su profunda humildad, como para manifestación de su mucho saber. Fué muy estimado, no sólo de los demás catedráticos y coetáneos, ni sólo las Religiones, sino también de las principales personas de la república, que le veneraban y atendían, como a un S. Buenaventura. Dentro de casa no era menos, porque su modestia religiosa, continuación de las aulas, y frecuencia del coro, le hacían ser respetado de todos, atendido y venerado, de que las más veces huía, causándole molestia el que le aplaudiesen, y tanto, que por huir las estimaciones que daban a su persona, se determinó a volverse a España, procurando y solicitando que en la patente no se le pusiese título de Lector, porque más pretendía la quietud de su alma, que los aplausos del siglo.

El P. Fr. Francisco Varela vino de la Sta. Provincia de Santiago, el año de 1596. Fué religioso de gran virtud y ejemplo, y muy docto, así en materias escolásticas, como en las expositivas. Leyó la Sagrada Teología muchos años, con aprovechamiento conocido de los que tuvieron dicha en ser discípulos suyos. Ejercitóse juntamente en la predicación del Evangelio, en cuya sagrada facultad condecoró mucho a esta santa Provincia. Después de estas ocupaciones, se aplicó tan del todo a la inteligencia de las lenguas de los indios, que consiguió el hacer una obra excelentísima que había muchos años se deseaba, y por ser tan dificultosa no había llegado a la perfección en que la puso el P. Fr. Francisco, haciendo un diccionario al modo del que hizo Ambrosio Calepino, tan copioso como él en las lenguas principales de esta provincia, con elegantísimas frases, que se llama el *calepino de Varela;* que es un volumen como de 400 fojas de folio, el cual como única presea en todo este reino, se guarda en la librería de este convento, porque se halla en él abundantísima copia, más que en otros vocabularios que antes y después se han hecho, en medio de ser tan grande en todas materias este esclarecido sujeto, fué adornado de muy excelentes virtudes, y muy insigne en la observancia regular. Pasó al Señor el año de 1630, dejando muchas obras escritas, y mucho nombre de sus virtudes.

Otro religioso hubo en esta santa Provincia, que se le equivoca en el nombre, y es el P. Fr. Francisco Barea, muy excelente en virtudes, y que también mostró grande talento en las facultades y estudio que el antecedente, tanto, que algunos entienden fué un solo sujeto aquel y este; pero es evidente que fueron dos, porque consta de memorias, que este religioso, de quien vamos hablando, vino a esta Provincia el año de 1593, y que dejamos escrito, el de 1596. El uno de la Provincia de Santiago, como ya dijimos, y el otro de la de Valencia, que es de quien vamos hablando, y sobrevivió al que dejamos escrito casi seis años; porque le llevó Ntro. Sr. el de 1636, habiendo trabajado cuarenta y tres en esta santa Provincia en varias materias, con grande ejemplo de virtudes, y continua ocupación en servicio de ella.

Entre las virtudes que sobresalieron en este religioso fué muy notable la caridad y diligencia con que acudía a cualquiera hora de la noche que le llamasen a las confesiones que se ofrecían en la ciudad; era prontísimo en obedecer, no sólo a sus prelados, sino al sacristán, y a otro cualquiera, teniendo por consuelo hacer la voluntad de otro, y no la suya, para caminar más seguro a su salvación. La enfermedad de que murió le sobrevino de haber salido en tiempo de peste a confesiones, y con fervor y espíritu no excausado el contagio, murió con muchas lágrimas y actos de amor de Dios.

CAPITULO SEPTUAGESIMO CUARTO

En que se prosigue la materia de los capítulos precedentes, dando noticia de otros religiosos

Con decir de un religioso francisco, que fué observante de su apostólica Regla, se afirma haber sido santo, no sólo en la línea de Confesor, sino en el coro de Mártir, y aunque de todos los religiosos de buen ejemplo, debemos entender puntualidad en la observancia, sólo pondré en este catálogo aquellos que hallo señalados con renombres que indican haber sobresalido en virtudes, entre los cuales ocurre el P. Fr. Pedro Cortés, sacerdote, y predicador que vino a esta Provincia de la de S. Miguel el año de 1596 Era extremeño de nación, y aun se decía era deudo muy cercano del Marqués del Valle, [1] y tan sobresaliente en virtudes, que no desdecía de las gloriosas hazañas de su deudo. Fué gran ministro de indios, muy celador de la pureza de la Ley Evangélica, en que trabajó, los años que vivió en esta santa provincia, con incansable espíritu y tesón, destruyendo en estas miserables gentes muchos abusos, supersticiones, y procurando con todas sus fuerzas encaminarlos por el camino derecho de su salvación. Dejó muy buen nombre y fama de excelentísimo varón.

(1) Hernán Cortés.

El P. Fr. Pedro de Rueda, vino en la misma ocasión que el antecedente, y trabajó en esta mies evangélica con grande espíritu, dejando muy buen nombre sus virtudes, como de gran religioso.

El P. Fr. Francisco Camuñas fué también excelente, de quien hay muy estimables memorias, y quien vino por comisario de una misión el año de 1610, habiéndole dejado allá los poderes para hacerla nuestro Padre Fray Antonio Tineo. Fué este religioso muy ejemplar, grave y circunspecto, y como tal le ocupó la provincia en oficios no menos honoríficos que onerosos, porque fué maestro de novicios de mucho nombre en este convento. Y crió con doctrina y ejemplo muchos religiosos que publican en su religiosidad y observancia la buena doctrina de su maestro. Fué Guardián del convento de Trujillo en la ocasión que aportaron a aquella ciudad los segundos religiosos que padecieron a manos de los indios infieles de la Taguzgalpa. Y aunque en vida, por la pobreza del convento no hizo las demostraciones de cariño que parecían convenir; después de muertos los venerables religiosos, fué este celosísimo Padre, quien conociendo lo mucho que merecían, y teniéndolos por bienaventurados, solicitó la debida honra a sus cuerpos. Vivió hasta el año de 1640, que, adornado de muchas virtudes, pasó de esta vida a la eterna.

El P. Fr. Augustin de Zevallos fué sujeto de toda aceptación. Leyó en este convento la Sagrada Teología algunos años, y conociendo la mayor utilidad de la práctica de la Teología, se aplicó a la mística, retirándose de los aplausos mundanos, despreciando las cosas temporales, y procurando vivir para Dios en el retiro de su celda, como si fuese en la Tebaida siguiendo con grande espíritu la vida de la mortificación, solicitando con todo ahinco vivir olvidado de todos, como quien en el estudio de la oración aprendía el conocimiento de lo caduco de esta vida, y que sólo procuraba el de la verdad infalible, que es Dios.

El Padre Fray Francisco Serrano, fué religioso de grande ejemplo, y muy aplicado a la secuela de la comunidad, y como tal sirvió muchos años a este convento en el ministerio de vicario de coro de él, y tan aplicado a la mejor expedición de su oficio, y a emplear siempre el tiempo en obras de virtud, que, aun no siendo buen escribano, se aplicó a escritor de libros, y salió muy excelente, como manifiestan los más que hoy sirven en el coro, juntamente con la piedad y devoción del sujeto, haciendo que dure su memoria, no solo hasta estos tiempos, sino a los futuros, con estimaciones de muy buen religioso.

El P. Fr. Pedro de Bonilla, natural de la Ciudad Real de Chiapa, fué religioso de grande aprobación de vida, y espíritu de penitencia, tanto que jamás probó carne desde que recibió el hábito; y así en la abstinencia, como en otras muchas virtudes, dió muy buen ejemplo, y divulgaba la opinión de sus santas operaciones, fué tenido de todos los religiosos por un bendito, y cuando murió, que fué por el año de 1632, fué aclamado por religioso de todo buen ejemplo, y que se presumió había ido a gozar de Dios.

Los Padres Fray Baltasar y Fray Gaspar de Rojas, hermanos, hijos del Conde de la Gomera, fueron sujetos que ilustraron mucho esta santa Provincia con doctrinas y virtudes, emulándose en los adelantamientos de uno y de otro, y asemejándose mucho los dos en el sentido y abnegación de las estimaciones del siglo, que positivamente huyeron, y aunque por la dependencia del Conde y la notoriedad de sus prendas fué forzoso el que tal vez ocupasen los más ilustres púlpitos de las iglesias de esta ciudad y el de la Compañía de Jesús. Volviendo luego a su quietud, procuraron reconocer los beneficios divinos conforme a lo que dice David: *Convertere, anima mea, in requiem tuam, quia Dominus benefecit tibi;* y ser agradecidos a Dios, perseverando hasta su muerte en la más estrecha observancia de nuestra Regla.

También hallo con nombres de ejemplarísimos varones, excelentes en virtudes, y venerables, a los Padres Fray Alonso Patón, Fray Felipe Rebellón, Fray Francisco López, Fray Jerónimo Hurtado, Fray Pedro de Cuevas, Fray Diego Valurto, Fray Juan de Ayala, Fray Antonio Junípero, y Fray Francisco de Velasco, y otros que sirvieron con grande aplicación a esta santa Provincia, en grande observancia de nuestra Regla, y ejemplo de vida religiosa, consumaron la cartera de su vida, dejando muy buen nombre para la imitación, y aun los propios de algunos no se ofrecen para expresarlos, las virtudes de muchos son notorios en este reino, pues a una voz todos confiesan haber tenido esta santa Provincia en todos tiempos muchos varones de ejemplares virtudes, y que personas timoratas apellidan muy dignos de eterna memoria.

No lo es menos el P. Fray Antonio Dávila, y lo edificativo de su muerte, muy para escribir en esta crónica, porque habiendo sido grande estudiante, y ministro excelente y consumado en la lengua materna de los naturales, gran predicador, y sujeto muy lucido en todas letras, las que procuró aprender con todo ahinco, y contemplar toda su vida, fueron las cinco llagas de nuestro Padre San Francisco, de quien fué tiernísimamente devoto, y desde el noviciado continuó el darle conmemoración especial todos los días, pidiendo le alcanzase Dios el que muriese en el día que celebra la Iglesia nuestra Madre el singularísimo favor que Dios hizo a N. Seráfico Patriarca, imprimiéndole sus sacrosantas Llagas, o en el día de su glorióso tránsito a la gloria, por conseguir el favor de la promesa que nuestro Señor hizo al Serafín Llagado al tiempo de hacerle tan excelente retrato suyo, privilegiándo entre todos los hombres, de que bajase todos los años, en el día que celebra la iglesia nuestra Madre sus glorias, a sacar del purgatorio las almas en el detenidas, de sus hijos de las tres Ordenes que instituyó, como se refiere en el cap. 120 del lib. Intitulado *Speculum vitae S. P. N. Francisci et sociorum eius,* y nuestras crónicas frecuentemente mencionan.

Oyóle sin duda N. Sr. porque habiéndole de llevar para sí el año de 1653, de enfermedad grave, en que mostró el buen religioso su buen espíritu, y grande tolerancia en sus dolores, plugo a Ntro. Sr. el llevarle a 4 de octubre, el mismo día de N. S. P. S. Francisco, dejando tan buenas esperanzas de su salva-

ción, que aun no dándole lugar el achaque a tener puesto el hábito, conociendo la hora, hizo que se lo pusiesen para morir, pidiendo le cantasen el credo, entreteniéndose en proferir algunos salmos, y al decir aquel verso del Salmo 118: *Averte oculos meos ne videant vanitatem, in vía tua vivifica me,* se transportó con una serena tranquilidad, como quien recibía alguna merced del cielo, y en este ademán entregó su alma a Dios, quedando su rostro hermosamente alegre y venerable.

Fue circunstancia que todos advirtieron, el que en aquel tiempo por algunas dependencias que excitó el enemigo entre las dos familias de nuestros Padre Sto. Domingo, y S. Francisco, no se convidaban para la celebridad de sus Patriarcas, aunque sí para los entierros de los Religiosos. Era notable en la república este entredicho, y como la piedad estaba de parte del buen ejemplo, que nace de la comunicación estrecha y caritativa de ambas familias, era el sentimiento común sin que fuese fácil el que se remediase, porque cada prelado, aunque quería, deseaba no ser el que pidiese la reunión y recomunicación que antes había. Sucedió pues, que muerto el P. Fr. Antonio, y viniendo a su entierro la comunidad de N. P. Sto. Domingo, viéndola una pobre viejecita, entrar por el compás de ntro. convento, se llegó al que presidía, y le dijo: *¿Ve Padre, como quiere Dios que se hallen juntos los hijos de Sto. Domingo y de S. Francisco en su día? Pues vaya, que aunque sea para enterrarse unos a otros, es voluntad de Dios que se asistan.* Fué de tanta eficacia este santo documento, que el prelado que lo oyó lo participó al P. de este convento, y facilitaron tanto las nuevas amistades, fraterna comunicación, y verdadera caridad entre los hijos de ambos patriarcas, que desde entonces hasta la era presente, no se ha faltado a tan piadosa, devota, caritativa y ejemplar asistencia, sin que haya habido intercadencia alguna, antes sí cada día más estrechos vínculos de caridad, que por la misericordia de Dios preciándose muchos de los hijos de N. P. S. Francisco de traer debajo de la túnica, inmediatamente a la piel, o sobre ella, escapulario de N. P. Sto. Domingo y los hijos de tan gran padre, el humilde cíngulo y cuerda de S. Francisco, siendo en el alma uno y otros vinculados al mayor obsequio de nuestros santísimos patriarcas, venerándolos como a dos que son delante de Dios tan uno.

También se hizo memorable, no sólo por sus excelentes prendas, sino por las circunstancias de su muerte, el P. Fr. Francisco de la Esquina, natural de Sevilla, e hijo de aquella Provincia, que pasó a esta en misión el año de 1646. Fué sujeto de muy excelentes prendas, admirable latino, insigne poeta, y excelente predicador, que lo era actual del convento de S. Francisco de Carmona cuando pasó a estas partes. En la Provincia donde tomó el hábito, y en esta pudo regentear cátedras, según su gran suficiencia y genio escolástico, a no haberle impedido falta de salud, y achaques que padecía, y hacían contingentes los días, en que asombraba a todos su predicación. Viniendo de España, sucedió que el día de la Asunción de nuestra Señora se le encomendó el que predicase en el mar. Había días que nave-

gaban, y los pilotos dificultaban sobre el paraje en que se hallaban, temerosos de algún bajío, y llenos de perplejidades. Entre los lugares que predicó el Padre Fr. Francisco, fue aquel texto del cap. 2 de San Mateo: *Vidimus stellam eius,* y atendiendo a la necesidad ocurrente, dijo acertivamente: Hoy con tal estrella y tal día, nos ha de conceder Dios que veamos la deseada tierra, para que ninguno peligre. Alborozáronse todos con aquel consuelo, aunque por otra parte desconfiaban de que se cumpliese aquella predicción. Mas, queriendo Dios favorecer los buenos deseos de todos, y la viva fe del predicador, permitió en aquel mismo día, habiendo sido el sermón entre seis y siete de la mañana, picó viento favorable, que a las cinco de la tarde se halló toda la flota a vista de Puerto Rico. Muchos con el júbilo, y ayudados del buen ejemplo del Padre Fray Francisco, lo atribuyeron a profesía; mas él, con ingenuidad persuadía a todos que había sido acaso, y que solamente conocía en sí vivos y católicos deseos del consuelo de todos, y que sin reflexión profirió las palabras que ellos habían tenido por profesía. Y sin embargo de sus humildes excusas, publicaron todos el caso como lo he referido, no en argumentos de santidad, sino en indicio de las misericordias de Dios, y consecuencia de la doctrina del P. Fr. Francisco.

Hizo mucho fruto con ella, así en esta ciudad, como en la de Chiapa, ejerciendo el ministerio sacro de la predicación, con grandes créditos de su persona y de la religión. Era de complexión melancólica, y el tiempo en que le cargaba el humor se encerraba, y todo su desquite eran los libros y el estudio ahondando tanto en las materias que tomaba a su cuidado, que, como galante escribano, dejó muchas obras para enseñanza de los curiosos. Entre ellas, una fué el oficio que compuso de Ntro. Seráfico Doctor San Buenaventura, cuya elegancia compite con lo sentencioso, y puede correr parejas uno y otro con el excelente metro que observa. Llevóse al Capítulo General que se celebró en Roma el año de 1664, y por algunas razones políticas que ocurrieron, se dice no se suplicó a la Sacra Congregación el que se aprobase.

Hallándose en el año de 1663 agravado de penosísima enfermedad de flujo de vientre, y habiendo recibido los santos sacramentos en este convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, con grande edificación de esta santa comunidad, un sábado que se contaban 29 de noviembre, a las dos de la tarde, llegándose la hora de pasar a la eternidad, pidió por amor de Dios le pusiesen en el suelo para morir en él, a imitación de N. P. S. Francisco, y conociendo se acercaba el último vale, pidió le cantasen el Salmo *Voce mea ad Dominum clamavi,* que es el 141 de los de David. Y habiendo el Vicario del Coro errado el tono, el mismo enfermo lo entonó, como yo puedo jurar, que me hallé presente a todo. Acabado de cantar, en el último verso que dice: *Educ de custodia animan meam etc.* rindió el espíritu al Señor con grande edificación de todos, por ver en un hijo tan amante de N. P. S. Francisco, reproduciendo las circunstancias del glorioso tránsito de nuestro Patriarca Seráfico, hasta en el día de su fallecimiento.

CAPITULO SEPTUAGESIMO QUINTO

Que trata de algunos religiosos legos que ha tenido este santo convento de Guatemala de excelente virtud y perfección

Muchos han sido los siervos de Dios que en el humilde estado y profesión laica, han sobresalido en virtudes, y ejemplificado todo este reino; queriendo Dios que esta religiosísima Provincia de Guatemala no carezca del blasón, que casi las de la Religión Seráfica, han merecido de tener legos santos, llegando a ser casi común proverbio el serlo, los que lo son de S. Francisco. De muchos de ellos han quedado en estos tiempos sólo las memorias de sus virtudes, y muchas de ellas practicadas de algunos de los que actualmente son peregrinos en esta vida temporal, y que pierden la memoria en esta leyenda.

No así el Hermano Fr. Diego de S. Antonio, a quien llevó Dios para sí el año de 1642. Entre las excelencias que tuvo, fué la grande aplicación al santo ejercicio de la oración de donde sacaba ardores indecibles de caridad, con los prójimos, que manifestó siempre en los ejercicios y ministerios de su estado. Fué enfermero de este convento muchos años, tan vigilante y puntual en asistir a sus dolientes hermanos, como fervoroso en aplicarles todos los medios para su consuelo y regalo, mirando no sólo al alivio de las penas en lo temporal, sino con grandísimo esfuerzo, procurando las espirituales recreaciones de sus enfermos. Tuvo gracia especial de curación muy conocida, porque aun sin haber estudiado, excedía el conocimiento que tenía de los achaques por los pulsos y orinas al de los demás provectos y acreditados médicos, y en materias de cirugía se ejercitaba con tanto acierto, que admiraba a los más prácticos. Era de ver a hombres estudiosos, filósofos y graduados consultar como a un Catedrático al hermano Fr. Diego, y escuchar su parecer, y seguir su sentir, como si ellos fueran discípulos de quien nunca lo había sido. Pero, ¿qué mucho? si el venerable lego en la escuela de la oración, en que se trasnochaba, hallaba luz para ejercitar con tanto acierto la caridad y gracia de curación que Dios le comunicó. Tanto era el consuelo que recibían los pobres religiosos con que los pulsase y medicase que juzgaban estar la sanidad en sus dolencias aligada al contacto de las manos del humilde, caritativo y ejemplar lego.

Tenía gran conocimiento de los términos, crecimientos y peligros del achaque, y gracia especial de significar el riesgo al enfermo, de modo que abrazase bien la sentencia de su muerte, y solía ser tan acertado, que hasta la hora en que le acaecería anunciaba; porque la experiencia le enseñó este conocimiento. Y como veían todos en él un gran ejemplo de virtudes, tan puntual observancia de la Regla de N. P. S. Francisco, tanta abstinencia y mortificación, y que era tan dado a la oración, que demás de las de comunidad, a que jamás faltó, sino en los casos que era forzosa su asistencia a algún enfermo, y esto con licencia expresa del prelado; tenía continuamente por

suyo el tiempo desde que se toca a silencio a las ocho de la noche, hasta que era hora de maitines, a que lo más del tiempo de su vida fué despertador, y se iba, en dando el reloj las once, al coro, donde pasaba en oración aquella hora. Llegóse la de pasar a la eternidad en el año de 1642, con disposiciones de gran religioso, y sentimiento de toda la provincia, por haber sido este venerable lego el padre, madre y hermano caritativo de todos los religiosos: aunque fué de gran consuelo a todos el tenerle por siervo de Dios, y que había pasado a eterno descanso. Juzgaron muchos que la falta que hizo a la enfermería no había quien la supliese; pero quiso nuestro Señor que dentro de pocos años dió dos por uno, que fueron Fr. Francisco Martínez y Fr. Pedro de Mendoza, ambos religiosos legos, que en el siglo eran cirujanos de mucho nombre, los cuales llamó Dios a la Religión, por medio de la muerte del venerable lego Fr. Alonso Melón, y vivieron muchos años sirviendo con la aplicación y caridad que N. Fr Diego, y procurando imitar sus virtudes, y no menos las santas operaciones de Melón. Y por muerte de éstos vemos que va Dios subrogando otros que, ejercitándose en esta caritativa ocupación, son el consuelo de sus hermanos. Porque no se entienda equivocación advierto, que otro religioso, sujeto de los de esta Crónica, tuvo el mismo nombre; pero el primero fué sacerdote, como se dijo, escribiendo su ejemplar vida.

Fuélo también, y muy digna de ser imitada, la del Hermano Fr. Juan de S. Buenaventura, a quien sacó Dios de esta mortal vida para la eterna, el año de 1645, dejando mucho nombre de sus virtudes, y santas operaciones, que ejerció en los años que fué religioso, habiendo sido en el siglo hombre de mucha cuenta, y muy conocido por sus bravezas, con desgarros de valentía, presunciones de temido, y altivez de rico, y desahogos de bravo. Era noble el extremeño, de los Estradas, y su nombre propio D. Juan de Estrada, por el cual era muy conocido, y se señaló mucho en los reinos del Perú, en las reyertas que andaluces, vizcaínos y extremeños tuvieron sobre el mineral de la Cabeza del Negro, y Chocaya. Convínole dejar aquel reino para asegurar la vida, que expuesta a muchos contrarios, y algunos de ellos poderosos, le traía muy arriesgada. Vínose a éste de Guatemala, no mudado en sus temeridades, aunque alejado de sus contrarios, y aun hav quien afirme haber sido el motivo de su venganza el que le trajo, y que la tomó como mal cristiano, teniéndose por gran caballero. Fué con tanta cautela el desagravio, que pasó sin castigo su atrevimiento; pero a pocos días. cuando más lo saneaba, y se entretenía festejado de amigos, lisonjeado de aduladores, estando una noche como a las nueve horas de ella en la puerta de su casa, armado como quien vivía en peligro, y sin miedos de dar a quien se le procurase la muerte en venganza de las que él había hecho, se le hizo presente una sombra, bulto o representación de hombre, que por señas le persuadía a que le siguiese. Hizolo, intrépido, hasta unos corrales fuera de la ciudad,

sin que hubiese testigo de lo que pasó entre los dos. Por los efectos se conoció no haber sido cosa de esta vida la visión, sino algún mensajero de Dios, que postró a este Saulo en el potro de una cama, donde sin poder hablar palabra estuvo tres días con una palidez mortal, que le quedó de por vida, y muchos cuidados que causó a sus familiares, por ver que en más de tres días no estuvo en su acuerdo una hora, y que toda su seriedad y valentía estaba trocada en una pusilanimidad, que de una mosca se asombraba, huyendo de todos sus amigos y conocidos, y aun de sí mismo, si pudiera, porque todo le molestaba.

Volviendo en sí, lo primero que profirió fué que le llamasen confesor, más teniéndolo por delirio sus familiares por lo poco que le habían visto apetecer esta sagrada medicina del alma, le obligaron a que pidiese de vestir para irse a confesar, porque, si no lo hacía luego, se condenaría sin remedio. Así lo decía dando voces: *Miren que me condeno, si hoy no me confieso, ¿qué esperan?* Sabido que no era locura, y que eligió al R. P. Fr. José de Gabaldá para médico de su alma, le llamaron, y fué a verle tan a buen tiempo, que ya tocaba en puntos de desesperación y blasfemia. Confortóle el V. P., y asegurándole el perdón de sus culpas por enormes que fuesen, mediante la confesión bien hecha de ellas, la hizo general en término de algunos días, muy a satisfacción del confesor, y consuelo suyo. No contento con esto, trató de hacer su testamento, y con efecto lo hizo, y fué él mismo ejecutor de su última voluntad, restituyendo muchos daños que había causado con sus temeridades, sacando de orfandad para estado congruente a personas que debió hacerlo, mandando decir cantidad de misas por difuntos, y otras obras pías, con consejo del confesor, sin reservar para sí cosa alguna para sustentarse, cumpliendo a la letra el consejo que da Cristo Señor nuestro, a quien quiere seguir la perfección, *vade, et vende omnia, etc.*

Era su dictamen retirarse a un monte, condenándose a vivir entre fieras, por hacer méritos para no habitar eternamente con escorpiones y fuego infernal, y así pasaba las noches en estos propósitos. Ya los aduladores le cansaban, despidió a sus comensales y lisonjeros; hízose incomunicable, y todo era emplearse en el saber de los buenos deseos, sin poder (como tan poco experimentado) en los confortes y dulzuras de la oración y contemplación. En uno de estos raptos y embelesos, hizo voto de ser religioso de nuestro Seráfico Padre San Francisco, y pareciéndole estaba todo hecho, se vino al convento, y pidiendo el hábito, dijo al Provincial lo que le pasaba. El discreto prelado le dijo: *Si Vmd. ha hecho voto de ser fraile, la Religión no lo ha hecho de recibirle. si bien, si fuere apropósito, no se le negará el consuelo; vaya, y encomiéndelo a Dios, que si es voluntad suya, se hará, y si no, no.* Aquí comenzó Don Juan de Estrada a ver la cara a la humildad, mas le parecía tan fea, que se desconocía a sí mismo. Aconsejóse con personas de conciencia, y Dios que en lo interior le daba esfuerzo para la pelea, lo hizo volver a pedir el hábito. El Provincial que quería probarle el espíritu, y haciéndose que no le veía, aunque estaba de rodillas delante

de él, no respondió a su petición otra palabra, que decir: *A la huerta.* Levantóse confuso, besóle la manga, y salió de la celda; encontróse en la escalera de Loreto con el V. P. Fr. Juan de Alcober, díjole lo que le pasaba, y su respuesta fué, que si quería acertar, desde allí se fuese a trabajar en la huerta. Hízolo así, donde se topó con la escuela del desengaño, en el V. P. Fr. Alonso Melón, quien con suavidad y entereza, le fué ejercitando tánto en la humildad y desprecio de sí mismo, y guiándolo y documentándolo en la oración y disciplina regular, que al mes estaba el hermano Juan tan mudado de león en cordero, de profano en rendido, de entonado en abatido, que se le dió el hábito para religioso lego, con grande edificación del siglo, ternura de los religiosos, y consuelo de su espíritu.

Perseveró en el de su vocación con tantas medras y adelantamiento en la escuela del bien obrar, que imitando en todo a su padre y maestro Melón, y a los santos legos de aquella florentísima era, fué Fray Juan de S. Buenaventura (que así se llamó en la Religión), uno de los más memorables por virtud y santidad, tanto, que dentro de pocos años, aun entre tantos legos de espíritu y ejemplo, era ejemplarísimo Fr. Juan, y tan radicado en la humildad, que no pudiendo en el convento de Guatemala, por ser tan conocido, vivir en el desprecio propio que tanto apetecía, pidió el ser mudado a convento donde no supiesen de él, sino para mandarle, humillarlo y ejercitarlo en trabajos y persecuciones, que era lo que más deseaba y menos conseguía, por su manso, caritativo y humilde proceder, en que perseveró hasta pasar al Señor el año de 1645.

También es muy memorable, entre los religiosos legos de sobresaliente virtud, el hermano Fr. Jerónimo de Arenas, hijo del convento de Guatemala, criollo de México, sirvió con grande ejemplo y espíritu en la enfermería algunos años, y en la huerta y cocina, siguiendo su profesión, y fué tan perseverante en la oración, que solía pasar en ella desde las ocho de la noche hasta que era hora de tocar a maitines, y aunque por esta razón, le solían los prelados dar licencia para que no asistiese a ellos, sino que en dispertando a la comunidad se fuese a recoger, él era tan amigo del coro, que a hurtadillas se entraba en la tribuna del órgano, y allí pasaba de rodillas rezando su oficio, y encomendando a Dios a los difuntos, todo el tiempo que duraban los maitines y oración de la comunidad. Era este religioso muy ejemplar entre los que lo eran. Un lunes, víspera del glorioso S. Antonio de Padua, el año de 1634, habiendo aquel día salido a pedir limosna, como es costumbre y (según dijeron después algunas personas), despedídose de sus bienhechores Fr. Jerónimo con ternuras y lágrimas, estando bueno, y sano; que a unos causó devoción, y otros tuvieron por chanza el decirles: *Adiós, hasta el valle de Josafat,* no siendo usual en él, este modo; se recogió a su celdica, después de las oraciones, y a cosa de las ocho de la noche comenzó una tempestad con truenos y rayos, como suelen sobrevenir en estas tierras. Cayó uno, según pareció, en la torre del reloj, pasó hasta la capilla de nuestra señora de Loreto, que es lo inferior, maltratóla mucho, desdorando y ahumado todo lo más primoroso de ella. Acudieron los religiosos a la celda del hermano Fr. Jerónimo, que es la que está sobre la misma capilla, y le hallaron de

rodillas enmedio de ella, como si estuviera vivo; llegaron luces, y vieron que estaba muerto; hiciéronse experiencias, y no se le halló lesión alguna, aunque parecía tener acribrados los huesos dentro de la piel. Ninguno tuvo por muerte improvisa, aunque tan arrebatada, la de este religioso; porque era muy cuidadoso de su conciencia, y aun se acababa de reconciliar, para comulgar el día siguiente, y así se reputó por muerte de amigo de Dios.

Fuélo, y de mucha opinión, otro religioso lego, llamado Fray Manuel Bravo, que murió el año de 1657. Era natural de la ciudad de Valladolid en Castilla la Vieja; pasó mancebo a estas partes en compañia y servicio de Don Fernando de Castilla y Ribera, Fiscal que fué (y después Oidor) de la Rl. Audiencia de Guatemala. Tenía principios de latinidad, y mucha inclinación a la Religión de S. Francisco, más no podía seguir su vocación por la falta que haría a su amo, y lealtad y amor con que le asistía. El retardarse en ello fué causa de que se le olvidase la poca gramática que sabia, y habiendo muerto en Guatemala el Oidor a los principios del año de 1635, luego que se halló desembarazado el devoto mancebo, trató de pedir el hábito de N. P. S. Francisco en el convento de Guatemala para religioso lego, trocando los aseos de paje de Oidor por los tiznes de la cocina de S. Francisco, y burlando al mundo que le brindaba con las delicias de la vida matrimonial, porque el mozo, demás de ser noble y bien apersonado, estaba bien querido por su honestidad de costumbres, y pundonor de su honrado trato. Algún tiempo se le detuvo por experimentar su vocación, pero como era de Dios, perseveró hasta que, con grande consuelo suyo, y gusto de los religiosos, se le dió el hábito para religioso lego a 21 de septiembre de 1635.

Desde luego se conoció su buen espíritu porque aplicado a servir en la cocina y en la huerta, asistía y trabajaba como si se hubiese criado en aquellas ocupaciones, con tanta alegría y gusto, que lo daba a quien le veía. Tuvo por su maestro de novicios el ejemplarísimo P. Fr. Diego de Cubillas, y por su consejo, cuando acabó de ser maestro la última vez, al V. P. Alcober, por su Padre de espíritu, en cuya escuela, y al ejemplo de tantos religiosos virtuosos, lo era Fr. Manuel, con todo empeño de ser un imitador de S. Diego. En medio de ser vivo de natural, ágil y muy avisado, tuvo tal don de juzgar bien de todos sus hermanos, que tenía por santos a los religiosos, y con santa emulación procuraba copiar en sí las virtudes de los otros. Aplicáronle los prelados al servicio de los enfermos (práctica muy prudente de los prelados, el que los que toman el hábito para religiosos legos se ejerciten en todas las oficinas de su estado, para que siendo aptos para muchas, puedan suplir en faltas contingentes) ejercitó con tanta caridad el hermano Fr. Manuel las ocupaciones de esta oficina, que se continuó en ella algunos años. Escribía bien, y sabía de guarismo, y así juntamente entendió en los ajustes de libros de convento y memorias, de que hay muchas, por su buena letra y ortografía.

Tan aplicado era a servir en cuanto podía, que no embarazándole lo mucho que tenía que hacer, le sobraba tiempo para escribir en papel, y en pergamino, el Evangelio de S. Juan, para los Altares, como se conserva uno de su muy buena letra y ortografía, en la Capilla de la Enfermería, los mementos, y otras oraciones que allí se hallan, y en la sacristía grande. Mu-

chas copias hizo del Evangelio de S. Juan y palabras de la consagración para la Capilla de Loreto y otras iglesias; porque como en su tiempo no había imprenta en Guatemala, y era su letra tan buena, tenía bien que hacer, y hasta hoy hay en sus obras mucho que admirar. Entendió en los papeles de la procuración, hasta que trajo Dios a la Orden a Bartolomé Bernóy, que tomó a su cuidado el ajuste de las memorias de las misas y capellanías: y para esto le ayudó mucho Fr. Manuel, por ser el que lo escribía y cooperaba a la disposición. Por ser tan ágil y servicial, yendo por Custodio de esta Provincia al Capítulo General del año de 51 el P. Fr. Esteban Serrano, le pidió por compañero, y emprendió el viaje con el deseo de ver a su patria y deudos. Puesto allá, y habiendo muerto el Custodio, no siéndole fácil el volver a su provincia, pidió a los prelados superiores le incorporasen en la santa provincia de la Concepción. El efecto de ella, el buen ejemplo que dió, y su muerte, consta de una carta escrita desde el convento de Palencia, al R. P. Provincial de esta Provincia de Guatemala, que dice así:

M. R. P. N.

El dulcísimo Nombre de Jesús sea en el alma de V. P., y le dé el consuelo que ha menester. La caridad me obliga a dar aviso a V. P. de como Dios N. Sr. fue servido de llevarse para sí a Fr. Manuel Bravo, Religioso Lego, hijo de esta Provincia santa, que habrá como cinco o seis años que vino a ésta, para vivir en su recolección, y le asignaron al Convento de Lerma, donde vivió muy santa y penitentemente. Fué muy dado al santo ejercicio de la oración. Asegura un Religioso, que tuvo la celda junto a la suya algunos dos años, que lo más que podía dormir una noche con otra era una hora, y que a cualquiera de la noche que se levantase algún Religioso, le hallaban debajo de la escalera del Coro, en oración. Nunca trajo más ropa, que el hábito junto a las carnes, que es una grandísima mortificación, para tiempo de invierno, por los cruelísimos fríos que en todo esta tierra hace, y en Lerma son muy mayores. No le faltó un pedrisco que le persiguiese, cosa que llevó con grandísima paciencia, y grande edificación de toda la comunidad. No estaba incorporado, antes se quería volver a esa Santa Provincia; y así, quitado el convento donde murió, no le han dicho misa ninguna; a cuya causa escribo ésta, para que V. P. M. R. si le pareciere mandarlas decir allá, como a hijo de ella, pues el venir a España no fué en descrédito mas antes la creditó mucho con su buena vida y religión, como he dicho. Y a Dios, que guarde a V. P. a mi deseo, S. Francisco de Palencia, y junio 15 de 1657. Esclavo indigno de la Virgen SS. Fray. Lorenzo de Jesús.

Merece como buen hijo esta recomendación, y que por el buen ejemplo que dió acá y en España, y virtudes que ejercitó, aprendidas en el santo noviciado del convento de S. Francisco de Guatemala, le enumeremos entre los ejemplarísimos y virtuosos legos con que Dios ha enriquecido a esta provincia, sin cesar su divina providencia hasta los tiempos presentes.

CAPITULO SEPTUAGESIMO SEXTO

De algunos religiosos insignes de estos tiempos

Si hubiera de escribir de todos aquellos religiosos que fueron señalados en observancia regular, y vivieron en su profesión, sin declinar en cosa grave contra ella, hiciera un numerosísimo catálogo, pues, para honra y gloria de Dios, han observado sujetos de mucha experiencia, que en esta santa provincia, los más de los religiosos que han fallecido, han sido de esta clase, y aun algunos, que parecen no haber caminado por la senda estrecha, los ha reducido Dios a ella, para pasar de esta vida con grande ejemplo. De algunos pondré uno o dos casos, sin nombrar los sujetos, para ejemplo de todos, y consuelo de pusilánimes. En este capítulo escribiré por sus nombres de algunos varones ilustres que pueden hacer parangón, con los más célebres, y no han de desmerecer por haberlos yo conocido.

El primero que ocurre, y que justificadísimamente tiene clase en los de primera, es el R. P. Lector Jubilado Fr. José de Moreira, a quien casi milagrosamente sanó, siendo niño, la santísima Virgen, invocando su aflijida madre a N. Sra. de Loreto, y predijo el siervo de Dios Fr. Juan de Alcober, que había de ser gran religioso de San Francisco. Sanó, y creció el niño con todo entendimiento para las ciencias, y voluntad para cumplir la implícita promesa de su madre, que a los catorce años de su edad se hallaba graduado, y con primer lugar entre lucidos sujetos de su curso de Artes, tan provecto en la latinidad y oratoria, que era asombro a cuantos le veían. No quiso esperar a cumplir los quince años sin vestir el hábito de N. P. S. Francisco, antes que el mundo ajase esta azucena cándida, y aun antes que asomase en el real de su inocencia la malicia. Correspondía su modestia a la buena educación de sus honrados padres, que siendo de la gente noble y virtuosa de Guatemala, consagraron a Dios este primer fruto de su matrimonio. Cuarenta años vivió en la religión, desde el de 1626 que vistió el hábito con general regocijo y aceptación. Fué tan dado al estudio, que antes de los veinte años de su edad pudiera leer con mucho crédito de la Religión cualquiera cátedra. A veces fué necesario que los prelados cuidasen de que no tuviese luz en su celda, porque pasaba las noches sin dormir sobre los papeles y los libros. Conocían que la salud se le quebrantaba, que para tan grande entendimiento como el suyo era el estudio mayor que las fuerzas corporales, con que para que esta antorcha que Dios encendía durase lúcida, era medio proporcionado quitarle algo del combustible. Pero como estaba su naturaleza tan habituada al desvelo, aunque obedecía pronto, no teniendo luz material para estudiar, fueron tan singulares las de inteligencia que Dios le comunicaba, que puesto de rodillas la noche entera, rumiando lo que de día estudiaba, hacía de ello escala para la Mística Teología, siendo un S. Buenaventura en esta facultad, y en la Escolástica un Escoto.

Tan memorioso fué, que todo el texto del Doctor Sutil supo sin equivocación de una letra; tan amante e inteligente de su doctrina, que el segundo Escoto le llamaban. Y en quince años que leyó *in ordine ad Jubilationem* y otros diez por su aplicación, tuvo de los mayores hombres del Clero y Religiones, aplausos de sobresaliente con grandes ventajas a los mayores. Acompañaba a este sin segundo saber un maravilloso cúmulo de virtudes, con la candidez de un inocente. A la profunda humildad que en él relucía, diera yo la primacía, si no se la apostara la pureza e integridad virginal, que conservó hasta la muerte, sucediéndole casi a la letra lo que de S. Casimiro celebra la iglesia en loor de su virginidad. (1) En la obediencia fué tan insigne, que no sólo a la voz del prelado, sino a la más leve insinuación de cualquiera que hiciese sus veces se mostraba rendido, como el novicio de más fervor. En la pobreza se pudiera decir que fué evangélica la que observó, sin trasgresión, ni la más leve de nuestro instituto. Todo lo poseía, y nada tenía, era un Alejandro para buscar el socorro de las necesidades ajenas, y sustento de sus frailes, como se vió siendo Guardián del convento de Guatemala, y mucho con mayor magnificencia en las festividades de los santos, en aseo de los altares, y culto divino, y para sí era tan escaso, que siempre vivió necesitado aun de lo muy necesario, y murió sin saber contar veinte pesos. Sucedióle que el Procurador le dijo que se debían treinta tostones, y él se afligió pareciéndole que era una grande cantidad, vió sus apuntamientos, y le dijo: *Veinte pesos tiene el Síndico, busque prestado lo demás para pagar esos treinta tostones.* (2)

Tan amigo fué del desprecio de su persona, que siendo Definidor le envió el Provincial a visitar los conventos de la provincia de Chiapa, y porque siendo como era Cronista, trajese noticia de los Archivos para la obra, proveyólo de mula, porque por ser enfermizo, y el camino largo y fragoso, pareció necesario; hízole que llevase petaca (que es un arcón de cuero en que va la frazada, y remuda de hábitos), por no haber por acá roperías, ni casas de hermanos, donde se halle lo necesario. Todo fué prestado, porque jamás tuvo estos pertrechos. Salió de Guatemala, y en llegar al pueblo de Itzapa, que hay tres leguas, tardó todo el día porque la mula salía de mala gana, y él dejaba que fuese donde ella quería, no sólo por no saber regir la rienda, ni aplicar las espuelas, sino por piedad y lástima que le tenía, juzgando llevaba mucha carga, siendo el venerable religioso muy enjuto de carnes, y pequeño de cuerpo. Llegó a Itzapa casi a la noche, habiendo salido de Guatemala por la mañana, y caminando lo más del día, pero gran parte a pie. Parecióle que ya había caminado mucho, y que iría llegando a Chiapa (y le faltaban cien leguas), no quiso que desliasen la petaca, por haber de madrugar, y se acostó sobre ella, donde pasó encogido y quebrantado la noche. Finalmente, el viaje y jornada de la visita hasta Gueiteupam (que son de ida y vuelta 250 leguas) las hizo al mismo paso, sin abrir petaca, ni dormir en cama, porque juzgaba tiempo perdido el que se ocupaba en esto. La mula iba como ella quería, aunque se entrase por breñales y descaminos;

(1) Que prefirió morir a que su virginidad padeciera detrimento.
(2) El tostón es medio peso.

donde había yerbal, aunque ardiese el sol, se quedaba porque comiese la mula, y lo más del camino iba a pie, y si fuera dable cargara la mula. Tal era su benditez y puerilidad, siendo un asombro del mundo en cátedra y púlpito, y tal era la habituación que tuvo a la mortificación, vigilia y desprecio propio, empleado aquel entendimiento gigante en las arcanidades divinas.

Fué extremadamente devoto del nacimiento del N. Salvador, y de las personas de la Trinidad venerable de la tierra, Jesús, María y José, devoción que desde niño tuvo en el alma, y procuró siempre comunicar a todos. Siendo maestro de novicios, hacía poner la Pascua de Navidad el misterio, y aficionaba a sus coristas y novicios a representarle, haciendo procesión la Noche Buena con la imagen de la Ssma. Virgen y de Sr. S. José, buscando posada, por las celdicas del noviciado y levantando muy devotas y espirituales consideraciones, hasta llegar al oratorio del noviciado, donde tenía prevenido el portalico muy curioso, y allí le dejaba colocado cuando iban al coro a maitines. Siempre era día de Navidad para él, y el paso más tierno de su contemplación, y así tenía en su celda tres efigies pequeñas, que lo representaban, y el portalico y ovejitas, con la ternura de un niño, allí pasaba arrodillado lo más del día y de la noche, y cuando quería hacer un agasajo grande a personas espirituales, le entraba muy en silencio a la alcoba donde tenía el niño, como si durmiese, y le guardase el sueño, y así no hablaba en voz alta sino como por señas, y poco pronunciadas las razones. El Hermano Pedro de S. José Betancur, que frecuentemente se confesaba con él, fué su heredero y secutario en esta ferviente devoción al Nacimiento; y les *vide* algunas veces (con la licencia de haberle escrito algunas cosas, y especulado sus candideces) a los dos arrodillados ante el misterio, y otras, tratar muy en secreto materias de aquella devoción. Por la grande que tuvo al SS. Patriarca S. José, no sólo por ser de su nombre, sino por padre estimativo del hijo de Dios, divulgó su devoción de los siete dolores y gozos, formando otras tantas oraciones muy devotas, y aconsejó al Hermano Pedro a ponerse por sobrenombre el de S. José. Para hacerle un gran cortejo los estudiantes de mi curso, y tener extraordinario y colaciones, le dedicábamos frecuentemente una loa de S. José, o un auto del nacimiento, en cualquier día del año, que para él era día de Pascua tratar de esta materia.

Lleno de sabiduría, adquirida en el continuo estudio de los libros, y en la contemplación, y no falto de achaques, especialmente dolores en los riñones, a los 55 años de su edad, siendo Guardián del convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, le llamó Dios para sí, el año de 1666. Conoció que se llegaba el plazo, y disponiéndose como tan ejemplar religioso, recibió los Ss. Sacramentos con mucha edificación y ternura de la comunidad. Estuvo como en agonía algunos días, esperando la muerte, pero en todos sus sentidos (salvo el del gusto, que de mucho tiempo antes decían que le perdió) y pareciéndole que allí en su celda se le alargaba el plazo de ir a ver a Dios, pidió le pasasen a otra pequeña, porque no quería morir en celda de gravedad, y por escrúpulo que tuvo de haber en ella muchos libros y papeles, así de sus estudios, como de la Crónica. Pasáronle a otra celda, donde los en-

fermeros le tenían dispuesta cama con algún regalo y aseo. No quiso entrar en ella, hasta que dejaron solas las tablas de la cama con una estera y colcha, y una almohada de sayal. Acostóse gustoso, hallóse aliviado, pero fué el dejarle los dolores, para morir con alguna quietud, diéronle la víspera de S. Bartolomé parasismos; cantósele el credo dos veces. Volvió la segunda, y dijo: *Traiganme mi S. José, porque con él he de morir* (habíase quedado en la otra celda). Trajéronle las devotas efigies de Jesús, María y José, y cogiéndolas una a una, con afectuosísimas ternuras, hablaba, moviendo los labios, sin que se oyese lo que decía. Después de gran rato de estos amorosos coloquios, besando mil veces al niño Jesús los pies, juzgando de su aliento todos los que presentes estábamos, que no estaba tan cercano a la muerte, iban saliendo de la celda los religiosos. Advirtiólo el enfermo, y dijo en voz que todos entendimos: *No se vayan, que ya es hora, canten el credo.* Cantóse con solemnidad, repitiendo el venerable religioso sus demostraciones devotas, y abrazado con la imagen de S. José, puestas a un lado de su rostro la de Jesús, y al otro lado la de la Virgen Ss. invocando sus santísimos nombres, pasó en paz al Señor.

CAPITULO SEPTUAGESIMO SEPTIMO

Prosigue la materia del pasado

Bien deseo ir abreviando, y decir como en compendio las virtudes de los religiosos que faltan por escribir, o a lo menos, poner los nombres de los que dieron más materia a las laudables memorias. Dió mucha en pocos años el P. Lector de Teología Fr. Domingo Ruiz, sujeto que en poco más de diez y seis de religión, la ilustró grandemente en cátedra, púlpito, y en la clase de la penitencia y virtudes. Vistió el hábito en el convento de Guatemala, a los catorce años, anteponiéndosele en la suficiencia de la lenga latina (en que se hallaba en rudimentos de principiante) por la estimación que siempre se hizo de sus nobles y honrados padres. Aunque la gramática era de niño la virtud era en él envejecida, grande la aplicación a la oración y mortificación, y la propensión a la pureza, arrebatada y merecedora de cariños. Con la buena educación del R. P. Fr. Francisco, que era Maestro de Novicios, y diligente estudio en las reglas de gramática (a cuidado de Preceptor religioso, que siempre ha habido en el convento Grande), salió un sujeto cabal, en lo docto, penitente y virtuoso, que se negoció sin pretensiones, grande estimación en las escuelas, aplauso general en los púlpitos y veneraciones de siervo de Dios. Era su oración muy continuada; sus disciplinas, muy frecuentes y rigurosas; su ayuno, perpetuo, su cilicio, sin intermición; su estudio, grande; su humildad, muy sobresaliente; su aspecto,

de santo; sus operaciones, de hijo de S. Francisco; y su vida, crucificada en Dios. Llamóle para sí, yendo a España a vivir en una recoleccción, por el mes de febrero del año de 1666, dejando a su Madre la Provincia, huérfana, edificada y llorosa, sin el consuelo de tener su cuerpo; entregado éste a las aguas del mar, y volando su alma, o navegando, como esperamos, al cielo.

Murió también este año el R. P. Fr. Pedro de Cárdenas, sujeto grande en todo, muy antiguo en la religión, muy esclarecido en su nacimiento, hijo de la ciudad de Guatemala, y de su convento, muy docto predicador, gran ministro en todas lenguas de los indios, muy caritativo con ellos, muy afable con todos, circunspecto en sus acciones, ejemplar en su vida, virtuoso en sus operaciones, y observantísimo hijo de S. Francisco. Fué Definidor en esta Santa provincia, electo el año de 54, mereciendo ser General de la Orden; pero era hombre de mucha entereza, que en materia de lo que fuese razón, no doblegraría en un ápice, y el comisario que presidió la elección no quería tanto hombre, aunque bien le había menester, y lo clamaba la Provincia. Ejercitóse en sus ministerios muy loablemente, y haciendo cara a una elección que se hizo en sujeto (aunque digno) no incorporado, ni hijo de la Provincia, protestó lo que convino, persistió en su justificado dictamen; y estando para morir diez años después, sin haber conseguido justicia, dijo que por el paso en que estaba, a toda la comunidad del convento de Guatemala, que estaba presente, y en ella a toda la Provincia, que no le movió pasión, ni afecto, sino razón y justicia, y que el que había sido electo, sin ser hijo de la Provincia, había sido de su cariño y amistad; pero que esto era su deber *usque ad aras;* y así no tenía de qué pedir perdón. Tuvo una muerte ejemplarísima, con perfecto conocimiento, hasta rendir el espíritu en manos del creador, dejando muchas virtudes prácticas qué imitar, muchos libros que escribió en varias lenguas, y de sermones en la castellana, y muchas esperanzas de que iba a gozar de Dios. [1]

En el convento de S. Antonio de la Ciudad Real de Chiapa, pasó al Señor este año de 1666, con grande opinión de santidad, y crédito de virtudes, el siervo de Dios y V. P. Fr. Juan de Estrada, Sacerdote muy antiguo en la Religión, y observante de la Regla. Era criollo de la misma Ciudad Real, de gente noble y esclarecida, vistió el hábito en el convento de N. P. San Francisco de Guatemala, habiéndose criado en su patria a la doctrina y ejemplo del V. P. Fr. Juan de Orduña. Desde luego comenzó el novicio a mostrar los quilates de su virtud, porque demás de no haber cometido transgresión alguna de la Regla, en más de cincuenta años que fué religioso, y ser puntualísimo en la guarda de constituciones y mandatos de los prelados; era tan dado a la oración y mortificación, y tan ayunador, que lo más del año era para él de abstinencia. Fué aplicadísimo al culto divino, a la limpieza y aseo de los altares, y devotísimo de la virgen María Ntra. Sra., a quien como a Madre de pureza (declara un testigo), consagró desde muy niño la suya, y murió ya viejo, con opinión de virgen, no dejó jamás de rezar la corona de la Madre de Dios. En los estudios aprovechó grandemente, y fué predicador muy acepto. Fué sacris-

---

(1) El Conde de la Viñaza. "Bibl. española de lenguas indígenas de América", pág. 365, le atribuye dramas en lengua.

tán en el convento de Guatemala, y Vicario, y en todo el tiempo que vivió en él, jamás faltó al coro, ni a acto de comunidad. Era amabilísimo, y muy humilde y caritativo, especialmente con los enfermos, y les iba a servir, aplicándose, no sólo al consuelo espiritual de ellos, sino a los más humildes menesteres, alentándolos y esforzándolos en sus dolores y anguastias. Sirvió mucho en los pueblos de lo indios; y los últimos años, en la Vicaría de S. Felipe en Chiapa, siguiendo como perfecto imitador la vida y virtudes del P. Fr. Juan de Orduña, en todo.

Fué tan observante de su profesión, que jamás tuvo otra cosa que el hábito que traía puesto, cosida a él la capilla, descalzo y desnudo, sin añadir a su uso (con ser tan viejo, y que tuvo algunos achaques), cosa alguna, a lo que usó en el Sto. Noviciado de Guatemala, ni en la cama otra cosa que un petate, una frazada, y su almohada de sayal sobre un bronco trozo, y la cruz de madera con que dormía abrazado, en forma de amortajado, como se crió. Todos los días decía misa mayor, aunque fuese muy tarde, y aunque los religiosos, venerando su ancianidad y virtud, se ofrecían a ayudarle, él instaba en que era su consuelo. Y con esto estándose en el coro hasta la media noche, en oración, disciplina y oficio divino, a las cuatro de la mañana estaba en pie, en tierra frigidísima, como lo es Chiapa, y se ponía inmóvil ante el Ssmo. Sacramento, hasta hora de Prima, y oficiaba las misas, si había algunas que cantar, y se bajaba al confesonario, a dar consuelo espiritual a cuantos llegaban, en cuyo ministerio se dice logró muchas conversiones de pecadores, que excitó de la muerte de la culpa su predicación y ejemplo. Este fué tan grande en la Ciudad Real de Chiapa, que todos le veneraban por santo, y tanto su retiro del siglo que ni aún a ver madre salía, sino muy de tarde, como una o dos veces al año, y jamás la habló, ni menos a mujer alguna, sin tener presente algún religioso, que fuése testigo de sus acciones; ni miró a la cara, ni comunicó, sino en la confesión, cerrando siempre los ojos. A este siervo vigilante llamó el Señor *in senectute bona,* casi septuagenario con precognición de su muerte, preparaciones muy humildes, y ejemplares socorros de los sacramentos, asistencia de los religiosos, y otros muchos Sacerdotes, y premisas de su felicidad. Descansan en aquel convento, con loable memoria, sus cenizas.

En el año de 1675, pasó a mejor vida en el convento de N. P. San Francisco de Guatemala, el R. P. Fr. Francisco Alfonso, criollo de la Ciudad Real de Chiapa, y el más antiguo hijo del convento de Guatemala, de los de su tiempo, a quien yo confesé generalmente poco antes de su muerte, hallándome Lector de Teología en dicho convento. Fué religioso de muy grande ejemplo, y virtud arraigada, de mucha solidez y aceptación. Pasaba de sesenta años de Religión, cuando le conocí, y de edad tenía cerca de ochenta, pero tan sin decrepitud, que mostraba gran prudencia, juicio y madurez en todo. Era noticiosísimo de antigualIas, y de muy suave y discreta conversación, y así en algunos años antes de su muerte, que se recogió en la enfermería del convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, tenía las visitas de religiosos viejos, y de los curiosos que deseaban saber vejeces, y oir contar de la gran virtud y santidad de religiosos que el venerable viejo, alcanzó, delineando con tal viveza sus facciones, y estaturas que casi los daba a conocer. Fué este siervo de Dios

desde mozo muy aplicado a la imitación de aquellos venerables varones, y nimiamente deseoso de ir a padecer a los Indios infieles de la Taguzgalpa, y aun motivado de la muerte que dieron el año de 1612 aquellos bárbaros a los dos V. V. Religiosos que en su lugar decimos [1]; pidió el hábito, y perseveró en sus deseos, y pretensión con grande instancia en la ocasión que fué el V. P. Fr. Benito de S. Francisco, que fué uno de los que padecieron el año de 23. Instó mucho en esta súplica, pero el Señor que tenía escogidos otros permitió que no lo consiguiese, quedando como otros muchos, con los deseos del martirio, por haberse cerrado la puerta a aquellas conversiones, vista la imposibilidad de los indios, y el poco fomento que hubo de parte de quien gobernaba estas provincias.

Conociendo con humildad no ser merecedor de aquella dicha, trató de ajustarse al dilatado martirio de la observancia regular, en que perseveró siempre, con edificación de todos, sin apetecer ni obtener oficio de prelacías, negado totalmente a pretensiones, y sólo tratando de servir con todas sus fuerzas en los conventos donde fué morador, y en las administraciones de indios que fueron a su cuidado, ceñido a su profesión, y muy enseñado a estrechez y parsimonia, por vivir siempre mortificado, alegre, caritativo y afable. Tuvo la muerte correspondiente a su vida en grande tranquilidad de espíritu, habiendo recibido con edificación de todos, los santos sacramentos, y exhortanto a muchos al cumplimiento de sus obligaciones. Fué el feliz día en que entró a la eternidad, a 11 de octubre, octava de N. P. S. Francisco.

De algunos VV. Religiosos, que han sido ejemplares, de los que han sido Provinciales, no digo aquí (v. g. el R. P. Fr. Andrés de Maeda, el R. P. Fr. José de Guzmán, el R. P. Fr. Fernando de Espino), porque en el tiempo de la elección de cada uno se dice de sus virtudes.

Merece memoria en esta lista el R. P. Fr. Bartolomé de Anleo, hijo del convento de Guatemala, y nacido de nobles padres en dicha ciudad, al cual llamó Dios para sí el año de 1692 en el convento de Zamayac, no sólo por ser tan apreciable en sus grandes y eruditos escritos en lengua de los indios, en que fué aventajadísimo maestro, y por haber servido en muchos años de Religión (que fueron 46) en los oficios más onerosos de púlpito, coro, maestro de novicios, vicario del convento, catedrático de lengua y selectísimo operario, en la administración de los naturales, con todos los requisitos de gran ministro, sino porque aunque siempre fué religioso de buen ejemplo, maduro en sus costumbres, circunspecto en sus acciones, juicioso y muy prudente en sus dictámenes, cosa de seis años antes de su muerte se redujo a la estrechez de observancia literal de nuestro instituto, aplicándose con ejemplarisimo fervor y humildad, como el más inferior, a la administración y predicación de los indios, excediéndose a sí mismo en los copiosos frutos que siempre hizo en ellos su doctrina y ejemplo, desarraigando vicios y supersticiones de los pueblos donde sirvió. Concluyo este catálogo poniendo alguna noticia de los religiosos que hallo hasta estos tiempos, generalmente tenidos y reputados de los mayores por muy ejemplares, y que

(1) Lib. V, trat 1º, Caps. 5º y 6º. Son los PP. Verdelete y Monteagudo.

fueron reputados por siervos de Dios, sobresaliendo entre tantos como florecieron en esta Santa Provincia. El P. Fr. Bernardino de Salazar, hijo de la ciudad de Guatemala, que vistió el hábito a 20 de junio del año de 1605. El P. Fr. Dionisio Quixada, cuya profesión hallo a 8 de septiembre de 1596. El P. Fr. Francisco Maldonado, que profesó en el convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, el día de nuestro seráfico Padre del año de 1605. El P. Fr. Pedro de Estrada, hermano y muy semejante en costumbres y antigüedad al P. Fr. Juan de Estrada, de quien se dijo algo en este mismo capítulo. El P. Fr. Francisco de Vargas, el P. Fr. Bartolomé de Molina, y otros. Todos los cuales trabajaron con muy sobresaliente virtud y ejemplo en esta Provincia, y la sirvieron muchos años. El P. Fr. Juan de Horozco, que vistió el hábito el año de 1631, y fué muy ejemplar y devoto de N. S. P., que es a quien mató un rayo en el convento de San Bartolomé, a 26 de agosto de 1645, como se dice en su lugar.

CAPITULO SEPTUAGESIMO OCTAVO

De algunos religiosos que en el estado de coristas pasaron al Señor con opinión de virtuosos ejemplares

---

Aunque siempre se han criado en el Sto. Noviciado del convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, mancebos muy virtuosos, que, conservando el espíritu de su vocación, han sido de mucho ejemplo a aquella santa comunidad, como pasando estos al estado sacerdotal, raras veces se hace mención de sus santos ejercicios en el tiempo de coristas, si no es como en vialidad a los progresos en la madurez, y son pocos los que mueren sin llegar a la dignidad del sacerdocio, solamente pondré en este capítulo aquellos que, habiéndose señalado en ejemplo, y sobresalido en virtudes, pasaron a la eternidad, antes de cumplir la edad, y conseguir el orden de presbíteros.

El más antiguo de quien hallo laudables noticias, de aprobada y sobresaliente virtud, es el hermano Fr. Jerónimo de Porres, cuya profesión se ve en el Libro del Noviciado, a 1º de abril del año de 1610. Fué hijo de padres nobles, vecinos de la ciudad de Guatemala, y desde sus tiernos años muy aplicado a ejercicios virtuosos, componiéndose en él, sin disonancia, la sencillez pueril, entendiendo en altarcitos y sermones, decorados con una elevada capacidad para inquirir y preguntar materias celestiales y aplicación grande al estudio de la lengua latina, y noticias de vidas y ejemplos de santos, en cuya lección ocupaba los días de fiesta, por no hacer falta aquel tiempo a su buena habilidad y memoria, para aprender y saber con perfección la latinidad, hallándose en edad que aun no había cumplido diez y seis años, pidió y vistió el hábito de la religión, con mucho consuelo suyo, y edificación de la comunidad. Desde luego se conoció en él un espíritu ferventísimo, y muy dado a la oración y mortificación, tanto, que siendo su maestro de

novicios, el V. P. Fr. Juan de Alcober, se vió obligado a poner término a sus disciplinas, y moderación a sus ayunos. Ardía en su corazón la llama del divino amor, y como tal, se comunicaba a sus coetáneos, no sólo como luz sino como fuego, inflamándolos y encendiéndolos en deseos de mortificación, y tiernos afectos a la Virgen María Ntra. Sra. No siendo de los más antiguos, le reconocían todos por el más provecto, tomaban sus consejos, le acompañaban en sus santos ejercicios, hurtando el tiempo al necesario sueño para ellos, y para darle a la contemplación, emulándose unos a otros en esto. Por más que ocultaba el devoto corista sus disciplinas, la sangre que se hallaba en los rincones, y la palidez de su aspecto daban a conocerlas. Por esto, como dije, le prohibió las disciplinas de sangre su maestro, permitiéndole el que las hiciese secas, para lo cual preparaba unos cordeles delgados, encerados y anudados en los remates del ramal, y, para tener más mortificación, se azotaba en partes nerviosas, como las corvas. Persiguióle mucho el enemigo, intentando amedrentarle con horrores y sombras, y aunque al principio, como a visión, le hizo alguna vez retraer de sus ejercicios, pareciéndole se le ponía delante un vestiglo o fantasma; alentado después con el consejo de su padre espiritual, que le persuadió (como nuestro P. S. Francisco a aquel su discípulo que temía tanto al demonio) a que le desafiase, improperándole con el apodo de estulto e infeliz, a que ejecutase en él cuanto Dios le permitiese, cobró tal dominio sobre el maligno espíritu, que de allí en adelante no se le atrevió en guerra exterior; pero saltó toda la batería en sugestiones con que le molestaba, sin permitirle reposo en la oración. Mucho peleó, muy continua fué la guerra, pero halló mucho esfuerzo para los combates en el Max. Doctor S. Jerónimo, de quien fué cordialísimamente devoto desde muy niño, por Santo de su nombre; y después con grande aplicación, fervorizado con la lección de los muchos milagros del santo Doctor, que escribió S. Cirilo Jerosolimitano, y se hallan en las crónicas de la Religión.

Muchas devociones tuvo, que le servían de estímulos, para no aflojar en lo comenzado cada hora, cada día, cada semana, y cada mes, tenía algún ejercicio especial, que le incitase a devoción y a vivir en cuenta de su vocación al dar el reloj decía un versículo del Salmo 30, anteponiéndole el santísimo nombre de Jesús: *Esto mihi in Deum protectorem, et in domum refugii, ut salvum me facias;* al bostezar: *Jesús, sed para mí Jesús,* y así otras saetillas breves entre día, otras al acostarse, y a la mañana otras. No se le conoció ni una leve imperfección, y así era reputado por siervo de Dios, y lo certificó así su confesor cuando murió. Llamóle Dios por medio de un violento dolor en el costado, y en el período de su enfermedad, y en lo más vehemente del dolor dió el buen ejemplo que hasta allí en tolerancia, obediencia y sujeción. Recibió los Santos Sacramentos con disposiciones, de mucha edificación, afectos de gran ternura, pidiendo con lágrimas perdón, y haciendo los demás actos de humildad que se estilan en la Religión, deseando morir en el suelo, a ejemplo de nuestro P. S. Francisco, y aunque no se le concedió, tuvo el mérito de pedirlo. Pasó al Señor dejando nombre de siervo suyo, el año de 1614.

El Hermano Fr. Juan de Nieves, pasó al Señor el año de 1632, en estado de diácono, de quien testifica, entre otros, un religioso anciano de su tiempo, en una declaración jurada que hizo el año de 1689, poco antes de su muerte, firmada de su nombre, que en siete años que tenía de hábito cuando murió, adelantó tanto en virtudes, que parecía haberle dado Dios a manos llenas prendas de juicio maduro, gran capacidad para los estudios, humildad profunda, caridad ardiente, obediencia pronta, castidad incontaminada, pobreza evangélica, y un don especial de desprecio de todo lo terreno, que pedía continuamente al Señor por los méritos de N. P. S. Francisco. Eran sus padres honrados, vecinos de la ciudad de Guatemala, y acomodados de bienes en lo bastante para pasar sin cuidado, y vivir con regalo. Criaron a este niño con esperanzas de no apartarlo jamás de sí, para cuyo efecto le prevenían congrua muy decente en patrimonio y capellanías, para que, siendo clérigo, le tuviesen en su compañía. Llególo a entender, y siguiendo el Evangelio, negando padre y madre, en cuanto le impedían y retardaban su vocación, que era seguir a Cristo, desnudo en la Religión de N. P. S. Francisco, se resolvió a manifestarles su designio, con tanta resolución, que no bastaron ruegos, lágrimas, ni amenazas, para persuadirle lo contrario. Avisados sus padres, y teniéndole poco menos que recluso, como fugitiva paloma voló al centro de su elección, que era el convento de N. P. S. Francisco de Guatemala. Hechas las diligencias convenientes, hallándole apto por su calidad, virtud y aprovechamiento en la Gramática, se le dió el hábito, perseverando en su vocación y dictamen, sin ver, en siete años que vivió. a sus padres, ni pariente alguno carnal, todo empleado en servicio de la Religión, y entregado al espíritu, a la educación y doctrina del muy ejemplar religioso Fray Diego de Cubillas. Dióle órdenes la Religión, hasta el diaconado, de donde dijo él que no había de pasar, pues S. Francisco no había pasado de aquel orden. Instándole algunos compañeros, con que la obediencia lo allanaba todo, respondió: *La obediencia, hasta la muerte.* De este y semejantes dichos sentenciosos, y haberse fijado él en que no había de llegar al Sacerdocio, y viendo su tranquila y alegre muerte, se tuvo por cierto, que tuvo preconigción de ella, y aún de la hora y día en que sucedió, según afirma el que lo declara habérselo oído.

El año de 1639 profesó a 8 de abril, el Hermano Fr. Bartolomé Lorente para el coro, fué hijo de padres conocidos, vecinos de la ciudad de Guatemala, de muy cristiano y honrado proceder. Siempre dió muy buen ejemplo a los de su noviciado, que conocían de cerca su virtud. Era devoto manso, humilde y grandemente aplicado al culto y veneración de la Virgen Santísima. Todo su conato ponía en limpiar el oratorio del noviciado, asear el Altar, procurar olores en perfumes y flores, para que exhalase fragancias. Todos los días rezaba tres veces la corona de nuestra señora ante su Ssma. Imagen, con tanta ternura y devoción, que casi embelesado lo solían ver sus coetáneos, sin que él conociese que le acechaban; oíanle hablar muchas dulzuras y afectos a la Madre de Dios María Santísima nuestra señora, como si realmente la viese, y a su vista la coronase la Ssma. Trinidad, en cuya contemplación se prescribió a sí mismo, y observó inviolablemente el tribu-

to (que así le llamaba) de las tres coronas, que pagaba por tercios, una antes de prima, otra después de comer, y a la noche otra, imitando al Real Profeta, que, tres veces al día, dice que se ejercitaba en devotas oraciones a Dios, y se asegura ser oída su voz. *Vespere, et mane, et meridie narrabo et et annunciabo, et exaudiet vocem meam.* Salmo 34.

Fué muy observante de la Regla, y muy puntual en el Oficio Divino, pasando a escrupuloso, por cuya causa, si algún defecto en la pronunciación, o semejante, le acaecía, rezaba de nuevo todo el Oficio Divino. Todos los días rezaba el de difuntos, demás de las veces que en comunidad se dice; y aplicando una vigilia o nocturno por sí mismo, se ponía como difunto para rezarla, hasta el responso, y quedaba así, en consideración de su fin. Tenía un natural sencillísimo, y en lo tocante a la pureza de la Regla, la observó a la letra, los pocos años que vivió, porque atenuándose con ayunos, cilicios, disciplinas y mucha oración mental y vocal, se le arraigó una calenturílla, que a poco más de tres años de frailía le llevó. De él escribe su confesor (que lo fué el R. P. Jubilado Fr. José de Moreira) *que fué una alma de Dios, y de vida angélica, y que nunca supo qué era pecado de malicia, o mortal.* Esperábase de él, que sería un gran religioso; pero Dios a cuya vista está todo patente y desnudo, quiso que fuese arrebatado de los vivos, quizá porque la malicia no mudase su entendimiento, o las apariencias de lo temporal engañasen o ahojasen su alma, enhechizándola con sus cautelas. Pasó a mejor vida, como hijo de nuestro seráfico padre San Francisco, el año de 1642.

El de 1652 llevó Dios para sí al hermano Fray Jacinto de Ayala, corista muy virtuoso, penitente y humilde, gran latino, y muy buen filósofo, y que cuando murió estudiaba con mucho aprovechamiento la Sagrada Teología. embebido todo en el estudio de la virtud y de las buenas letras, sin que le estorbase el continuo torcedor que tenía en una fluxión al pecho que le molestaba, que por último le acabó la vida. Al decir algo de la de este virtuoso corista, me ocurre lo que S. Ambrosio dice (lib. I in Luc.) entrando a los elogios del Bautista, que siendo tan digno de alabanza el Sto. Zacarías su padre, enseña el evangelista derivar de él los encomios de Juan. Fué hijo legítimo, el Hermano Fray Jacinto, de Don Gregorio de Ayala y Mesa, cuyas virtudes se pueden leer en el tratado de la Orden Tercera, que es parte de esta obra. La del edificio de sus santos ejercicios consumó en breve Fr. Jacinto, llenando muchos tiempos de merecimientos, porque en el que vivió en la Religión, acumuló muchos en perfecta observancia, mucha pureza de vida, recogimiento, oración, estudio y tolerancia, porque le probó Dios por medio del maestro de novicios que tuvo (que lo fué el V. P. Fr. Fernando Espino) quien por verle enfermizo, juzgándole por inepto, y deseando hallar motivo para que fuese expelido, le ejercitó grandemente en la humildad y rendida tolerancia. El mismo alabó después su consistencia, y dió a Dios las gracias de haber dado a aquel santo noviciado un ejemplar tan admirable de virtudes.

No lo fué menos el Hermano Fray Luis de Andino, criollo de Guatemala, hijo de muy buenos padres, a quien conocí y comuniqué, como condicípulo desde la escuela. Recibió el hábito de N. P. S. Francisco para el coro, a 4 de mayo de 1659, y pasó al Señor a 13 de septiembre de 1662. En

poco más de tres años, continuando la ternísima devoción que desde niño tuvo a la virgen María Nuestra Señora, pasaba en oración ante su Ssma. Imagen del oratorio del noviciado, mucha parte de la noche, y se decía por verle tan sencillo (siendo de muy vivo ingenio, y provecto en la latinidad y en las Artes que estudiaba) que se le aparecía la madre de Dios. Creíble fuera según su devoción, que acompañaba con muy virtuosos ejercicios, y esmaltes de humildad, y puntual observancia de su obligación. Hízose memorable en su muerte, aún más de lo que sobresalió entre muchos coristas de buen espíritu en su vida; porque, habiéndose dispuesto y recibido con grande ejemplo, de la comunidad los santos sacramentos, estando ya en los últimos vales de la vida, le dió parasismo, cantósele el credo, y otras oraciones y salmos acostumbrados, y dilatándose la agonía, entonó el coro el himno *Ave maris stella.* A este instante volvió diciendo que veía una hermosa estrella, y haciendo ademán de seguirla hacia el cielo de la celda, abiertos los ojos, claros y alegres, y el rostro como de un angel, risueño, se embelesó en esto, y transportó dando a Dios su alma, sin que se conociese en mucho rato haber expirado, por perseverar en tal disposición. Mucho consuelo y edificación causó a todos, porque confiriendo esto con su mucha devoción a la Madre de Dios Ntra. Sra., se tuvo piadosamente por cierto haber sido la estrella que le apareció una de las de su corona, y que la mejor que Fr. Luis tuvo, fué el haberse empleado siempre en su servicio, haciéndose capaz de que una estrella le guiase a Dios.

De otros que he visto morir (aunque pocos coristas mueren siéndolo) pudiera escribir muchas virtudes, pero siendo éstas comunes a los que se crían en el santo noviciado del convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, fuera tratar de su santa educación, pues es en él corriente proverbio, que para ser un sacerdote virtuoso y temeroso de Dios, ha de haber sido corista santo, y novicio santísimo. Con que puede argüir a *fortiori* el que leyere, y sacar buenas consecuencias de la materia.

CAPITULO SEPTUAGESIMO NOVENO

Del P. Fr. Francisco Custodio que padeció cruel muerte a manos de indios, por la predicación del Evangelio

---

Fué este religioso uno de los que pasaron en misión a esta Santa Provincia de Guatemala, el año de 1683, a cuidado del R. P. Jubilado Fr. Juan Ramírez, que es vivo cuando esto se escribe. Fué hijo de la Santa Provincia de Andalucía, y uno de los sujetos de más esperanzas para servicio de la provincia, y que con más conato, fijeza y fervor, perseveró en la vocación divina, con que Dios excitó su espíritu, para que pasase a las Indias. Testifican los religiosos que con él vinieron, que era de un natural muy amable, modesto en sus palabras y acciones, de aspecto hermoso, de muy buenas

letras para poder ejercitarse en la predicación, de edad que no llegaba a treinta años, aunque el juicio y madurez parecía de muchos de Religión, era virtuoso en sus ejercicios, y de muy buen ejemplo a todos, en quien ninguno conoció transgresión alguna, de nuestro instituto, antes sí, vieron mucho temor de Dios, celo de su honra y de la salvación de las almas, pureza de su conciencia, y bien espiritual de todos. Por estas amables prendas y aceptación que tuvo, bien merecida de su religiosidad, halló cabida, estimación y cariño en el Capitán Don Juan Bruno de Guzmán, que en la misma ocasión que vino de España con el cargo de Gobernador y Capitán General de la provincia de Yucatán, para donde fué la derrota de la Misión, por no haber a la sazón naos de Honduras, y juzgar el R. P. Comisario de ella, más oportuna la embarcación para aquella Gobernación, y así agenció la reseña y libranzas para allí, como tierra firme con el reino de Guatemala, con intento de abreviar su viaje.

Bien quisiera el Gobernador se quedase en su compañía el P. Fr. Francisco por la buena que le hacía en el consuelo de su alma, y devoción que le negoció su virtud y ejemplo, pero como discreto, no ignorando estar prevenido y mandado en Rls.-Cédulas, que los religiosos que vinieren en misión para una Provincia, no se pasen a otra alguna, sino que asistan en aquella para donde vinieron reseñados, y en especial en la que se despachó el año de 1646, su fecha de 10 de marzo, y noticiándole el R. P. Custodio cuan ardua materia sería, y los apretados órdenes y mandatos de los prelados superiores, y constituciones hechas sobre este punto, desistió de su devoto intento el Gobernador, consiguiendo solamente el que el P. Fr. Francisco se quedase para venir de los últimos, porque viniese menos desacomodado que los otros religiosos. Mas, Dios que le disponía la corona que había de recibir, padeciendo muerte en demanda de la predicación del Evangelio, y exaltación de la santa Fe Católica, permitió que por aquellos primeros meses se le embarazase el proseguir a la Provincia de Guatemala, que como madre le esperaba, su viaje. Esperábamoslo acá por horas, con deseo de conocerle, por las buenas noticias que daban de él sus conmilitones, y no menos deseaba él llegar al término de su peregrinación y jornada.

Ofrecióse a fines del año de 84 la empresa en que tantos hase trabajado, de la reducción, y conquista de las naciones de indios infieles y apóstatas, que impiden el paso para el comercio del Reino de Guatemala, con la Gobernación de Yucatán, y como materia factible se representó, aunque con las dificultades que se han experimentado. Pero la caridad que todo lo vence, y si es perfecta arroja de sí todo temor, excitó el espíritu de algunos religiosos de la Sta. Provincia de S. José de Yucatán, a ir a predicar la ley de Dios a aquellas gentes, reducir y reconciliar los desleales, y alumbrar la tenebrosidad de tantos infieles. Como la empresa era al genio de Fr. Francisco, según la vocación que le sacó de España, y consideraba que viniendo por entre aquellas bárbaras naciones, conseguía el principal intento de su venida, y se acercaba a la provincia de Guatemala, con fervoroso espíritu y varonil resolución, pidió (sin duda con impulso interior excitado), el anumerarse entre aquellos apostólicos y animosos evangelizadores, que no fué difícil, por la eficacia de su espíritu, y soberana vocación que encaminaba sus pasos.

Muchos fueron los que dieron aquellos apostólicos misioneros, en demanda de las almas de tantos indios como habitan aquellas montañas; muchos los trabajos que padecieron, penetrando boscajes, escondrijos y latíbulos, pasando pantanosas ciénagas, caudalosos ríos, lagos, breñas, y ásperas y fragosas tierras, hasta llegar a un paraje llamado *Paliac,* dentro de la principal montaña. Allí con el auxilio divino, trabajando y predicando, consiguieron el logro de sus trabajos, con muchas almas de indios que redujeron de los montaraces e indómitos. Mucho fué el gozo que tuvieron con esta cristiandad nueva, que agregaban a la Iglesia, pero mayor se lo previno la inescrutable divina providencia, pues allí mismo les dió el premio, permitiendo que los mismos indios diesen cruel muerte a tres religiosos franciscos (uno de los cuales fué el P. Fr. Francisco Custodio) y a algunos españoles que les acompañaban, como lo refiere el R. P. Fr. Francisco de Ayeta, Procurador General por las Provincias de la Nueva España, en el informe o memorial que presentó al Rey Nuestro Señor el año de 1687, que intituló: *Defensa de la Verdad,* a fol. 289, aunque ni su Paternidad ni yo, explicamos las circunstancias de su dichosa muerte, por no tener las noticias individuales que se requieren, para cuya consecución he aplicado los medios más oportunos, desde que se tuvo noticia en esta provincia del fin que tuvo la jornada y predicación de este dichoso hijo de nuestro seráfico padre S. Francisco.

Si llegaren a tiempo, antes que salga a luz esta Crónica, tendrán el lugar que merecen como le tiene en este capítulo, una certificación que dió en esta materia el Capitán Don Felipe de la Barreda y Villegas, vecino de aquella provincia, requerido por el R. P. Fr. Juan Ramírez, hallándose en la ciudad de Guatemala, por ante mí como Notario Apostólico, nombrado por el R. P. Fr. Manuel de Ayala, siendo Ministro Provincial de esta Santa Provincia, en virtud de Bula del Señor San Pío V, como consta de patente, su fecha a 24 de mayo de 1681, al pie de la cual está el juramento que yo hice ante su paternidad reverenda a los 9 de junio del mismo año. Dice pues así la relación de dicho declarante:



Digo yo Don Felipe de la Barreda y Villegas, capitán de Infantería del Presidio de Campeche, y Teniente de Gobernador y Capitán General en la Gobernación de Yucatán por el Rey Nuestro Señor, que por fines del año de mil seiscientos y ochenta y cuatro, o principios del de ochenta y cinco, tuve carta del Señor Don Juan Bruno Tello de Guzmán, Gobernador y Capitán General de Campeche, en que me daba noticia que un mulato que había venido de las montañas de indios infieles de la costa del Norte, refería, cómo el Padre Fray Francisco Custodio, y el Padre Muros, sacerdotes, y un religioso lego, todos de la Orden del Señor San Francisco, que a la sazón con espíritu y deseo de la conversión de aquellos infieles, entendían con ellos en la predicación del Evangelio, estando en estos ejercicios, fueron muertos cruelísimamente por los dichos indios a quienes predicaban. La cual noticia, aunque por entonces me escribió con alguna duda, por no tener por infalible la relación de dicho mulato, después me repitió con aseveración

y fijeza su certidumbre, afirmándome que el Teniente que su merced tenía en la Villa de Valladolid, le afirmaba por carta, cómo los dichos tres religiosos, y seglar que les asistía, habían sido martirizados y muertos en defensa de la predicación y doctrina de los dichos indios infieles. Lo cual y otras muchas noticias y circunstancias, que por no ocurrirme no declaro; juro por Dios Nuestro Sr. y una señal de Cruz ser como las llevo referidas, y prometo al R. P. Fr. Francisco Vázquez, Cronista y Notario Apostólico de la Religión del Señor San Francisco de esta Provincia de Guatemala, de escribir con más especificación luego que llegue a informarme de ellas, de las personas que las tuvieron más inmediatas. Y por ser así verdad, lo firmé en esta Ciudad de Santiago de Guatemala en diez y siete de Septiembre de mil seiscientos ochenta y seis años con el M. R. P. Custodio Fr. Juan Ramirez y dicho R. P. Cronista y Notario Apost. etc. D. Phelipe de Varreda Villegas.—Fr. Juan Ramírez.—Pasó ante mí, y hago este signo ✠ en testimonio de verdad.—Fr. Francisco Vásquez, Lector Jubilado y Not. Apost.

Esta certificación queda original en el archivo de esta Santa Provincia, y por no haber llegado lo que prometió el declarante, pongo fin a este capítulo, congratulándome con mi Santa Madre, y dando gracias a N. Señor pues en estos últimos tiempos, cuando el mundo está boqueando, no cesa por los méritos de mi cristífero Padre de ejercitar en sus hijos el espíritu, como en los primitivos, y que ya a los cinco siglos de la Religión Seráfica, se halle el oro de la caridad que en el primero, cumpliéndose lo que en la oración de mi santo representamos a Dios, que es servido de amplificar la Iglesia con nuevos frutos, etc.

CAPITULO OCTOGESIMO

De algunos Religiosos Legos ejemplares en estos últimos tiempos

---

Si hubiera de escribir *ex professo* las virtudes y santidad de vida del Hermano Fr. Felipe de Jesús, que en 37 años de Religión fué tenido y reputado de todos por santo, empleara mucho volumen, y más, si hiciera información dentro y fuera de la Religión, porque fue a todos patentes su ejemplarísima vida. Contentaréme con referir algo de lo mucho que de este siervo de Dios se dice, y clausular en pocas palabras lo que como quien lo confesó muchas veces, y generalmente para morir puedo afirmar, y es: que fue este venerable religioso de una vida inculpable de una conciencia pura desde que tuvo uso de razón, y que con la entrada en la Religión, se perfeccionó tanto su espíritu, que pudiera en virtudes, oración, penitencia y santas operaciones, parangonarse con varones santos, y los más afamados en perfección. Fué hijo legítimo de Mateo Sánchez de Amor, extremeño de nación, y de Catarina Negrete de Solís, vecinos honrados de la Ciudad Real de Chiapa, uno y otro cordialísimamente devotos de N. P. S. Francisco, muy buenos cristianos, caritativos y temerosos de Dios.

Viniéronse a avecindar a Guatemala, quizá porque Dios con esto facilitaba la entrada en la Religión de su buen hijo. Fue ocho años Mateo Sánchez obligado al abasto de carne de Guatemala, señal de que gozaba hacienda, y era persona de cuenta: pero la mayor que tuvo fue de su alma, y así no la tenía con lo que era hacer bien a los pobres y a los conventos. Llegó a estado de serlo después de la muerte de su mujer, porque en hacer bien por su alma, y en limosnas que aplicaba por ella como sufragio, gastó (mejor diré) trasladó al cielo, en talegas que no se envejecen, sus haberes, poniéndolos asegurados de carcoma. Murió pobre, pero tan rico, que su entierro fue más suntuoso que lo que fuera el hombre de mucho caudal, asistieron las Religiones y clero, sin llevar estipendio alguno, hízole el V. Dr. Dn. Felipe Ruiz del Corral, en la Iglesia Parroquial de San Sebastián, en la peaña del Altar Mayor, como a persona señalada en virtudes. El concurso fue numerosísimo, porque acudieron todos los pobres a quienes hizo limosnas, llorando la falta que les hacía, y publicando sus virtudes.

Como entre todas las suyas sobresalía la de la devoción a San Francisco, y beneficencia a sus hijos (o que por ventura ya lo sería el S. Francisco el que tanto amaba, que por no tener certidumbre del año en que murió este bienhechor, no puedo computarlo) llegando a estar muy a lo último de la enfermedad de que murió a los fines del mes de septiembre, velándole los religiosos, les dijo que descuidasen por aquellos tres o cuatro días, porque él no había de morir hasta la noche de la víspera de N. P. S. Francisco, y con efecto así sucedió. No fué menos piadosa y devota su madre, como consorte de un hombre tan cristiano.

Tales fueron los padres naturales de Fr. Felipe, el cual se apellidó Sánchez en el siglo, y por ser olvidado de él, mudó en el SS. de Jesús su apellido, el año de 1638, que vistió el hábito a poco más de los veinte y cinco de su edad. Sirvió mucho tiempo con grande caridad de espíritu en la cocina, procurando arbitrar modos para sazonar las pobres viandas de los religiosos, contemplando en cada uno un ángel, con tanta caridad fraterna y humildad, que a todos sus hermanos los tenía por santos, y sólo a sí se reputaba pecador. Mucho se pudiera decir y especificar si no se viniera entendido en lo que Fr. Gil dejó escrito del amor fraternal en sus énfasis y sentencias, que de verdad parece haber satisfecho a sus deseos Fr. Felipe. Ocasiones hubo en que el demonio le desfondó las ollas a tiempo muy próximo a la hora de comer; pero como estaba Dios de su parte, sin congoja ni angustia, con solo hacer actos de contrición (que era la devoción que más usaba, y con que daba intolerable tormento al demonio) riéndose, e improperiándole con el apodo de *Patas,* remedió con gran destreza el daño, sin que se conociese falta. Otras estando oyendo misa le representó el enemigo con gran viveza que se quemaba la cocina trayéndole olor de cosa quemada que se lo persuadiese; mas, no hallando flaquezas en el siervo de Dios, sino la fe de un Abraham, corrido pero no desistiendo de lo comenzado, hizo que prendiese fuego, al entrar por la cocina Fr. Felipe, en el hollín de la chimenea, con tanto ímpetu, que se alborotó el convento; pero el venerable lego poniendo cobro en quitar del fogón las ollas, sin mostrar aflicción, repitiendo sus actos de contrición levantó la voz y dijo: *¡Ea! Patas, deja que caiga ese hollín.* Cayó al instante, cesó el fuego, aunque hubo bien que hacer para sacarlo.

Muchos semejantes casos le sucedieron porque fué muy perseguido de los demonios, que procuraron con todo esfuerzo hacerle impacientar, pero el venerable varón armado con su continua devoción del acto de contrición y repetir del himno angélica los versículos: *Tu solus sanctus, Tu solus Dns. etc.*, rechazaba sus astucias, y arredraba sus marañas. Cuidando de un horno de cal que se quemaba para la obra del convento de Guatemala, una noche, cuando el horno más encendido estaba, se le representó a la vista un raudal o río que venía derecho hacia el horno. Afligióse mucho por el daño, que era ya imposible evitar, pues lo menos fuera reventar el monte y volarlo. Quitose la cuerda con que estaba ceñido, arrojola al río como si fuera muralla que defendiese el horno de su impetuosa corriente y se puso de rodillas esperando el fin, haciendo actos de contrición. ¡Caso maravilloso! Toda aquella fantástica corriente, río y raudal desapareció, conociendo que fué astucia del demonio para perturbarle e impacientarle. Vituperó sus astucias llamándole *Patas,* y al momento le arrebató como para lanzarle en el horno. El se defendió con sus actos de contrición, y desapareciendo el enemigo que en forma abominable había bregado con él, quedó el siervo de Dios aunque maltratado y acardenalado, victorioso, repitiendo su estribillo: *Tu solus sanctus, etc.*

Muchas veces luchó con el enemigo en el coro, otras con representaciones de que se abría el techo de la iglesia, que se abrasaba el convento, que arrastraban los escaños, que temblaba, y otros semejantes espantos, sombras, aullidos y terrores con que procuraba hacerle dejar la oración, y que desistiese de sus santos ejercicios y disciplinas, que hacía ante la imagen de un Sto. Crucifijo de pincel que está en el claustro bajo, y otras ante otro crucifijo de escultura que en el claustro alto se adora. En una y otra parte fué hallado muchas veces arrobado, y tan fuera de sí, que, presumiendo fuese desmayo causado de sus disciplinas y debilidad, le solían cargar de allí los religiosos, y llevarle a su celdilla, que era debajo de la escalera de la librería. Otra semejante fué hallado enajenado de sentidos en el coro, y aun en la huerta, siendo hortelano, y aun casi a la continua andaba el venerable viejo cuando yo lo alcancé (que fué más de doce años) absorto y embelesado en la presencia de Dios. Y era cosa de maravillar, que para todo lo que no era ejecución de la obediencia y ejercicio del oficio en que era puesto, estaba como fuera de sí, y si andaba era dando traspiés, pero para su ministerio se hallaba tan apto, que jamás hizo falta en cosa que lo tocase. Y aun se decía entre los religiosos, que los ángeles le ayudaban, porque tal puntualidad y sazón a gusto de todos, parecía imposible que hombre pudiese poner, sin tener ayudantes de otra esfera.

Fué abstinentísimo y grande ayunador, sin que probase carne ni guisada jamás, y sólo comía cada veinte y cuatro horas tres tortillas y otros tantos chiles, por mortificar con su picante el gusto, y no faltar, aun mientras tomaba aquel corto sustento, a la contemplación del ser divino en tres divinas personas. Jamás se cubrió la cabeza por razón de que tenía a Dios presente, aunque ardiera el sol en caminos que hizo por la obediencia a las caleras, a traer carneros, a traer leña a los montes para el gasto de el convento, y a pastorear los carneros en montes, breñas y asperezas donde hubiese mejor

pasto y en la tarea de la huerta, porque en todas las oficinas y menesteres del convento trabajó con ferventísimo espiritu, caridad endiosada, humildad profunda, alegría angelical y prontísima resignación en la obediencia. El cilicio fué indispensable, tanto que cuando murió, no teniendo más que la piel y huesos, lo tenía tan arraigado, así en la cintura como en los molledos y muslos, que con gran dificultad le quitaron alguno para reliquia. En las sandalias tenía mortificación, porque siendo ellas muy grandes y pesadas, altas de suela, y los pies del venerable religioso enjutos y como de raíces, padecía gran dolor en cargarlas. Los paños menores no tenían remuda, y cuando los lavaba, se los volvía a poner mojados por tener en ello que padecer. A los últimos años le sobrevino enfermedad de flujo de vientre que le duró mucho tiempo, más no por eso hizo cama, ni dejó de trabajar y mortificarse. Sucedióle en lo más penoso de aquel achaque, llevando los carneros, haber de pasar un río, y como los animalitos resistiesen, miedosos de su raudal, él fué pasándolos en hombros de uno en uno (más de doscientos), entrandose por el río con sandalias, y mojándose hasta más arriba de la cintura y lloviéndole siempre, y así que los hubo pasado se halló sano, sin la molestia repetida de las cámaras y lo estuvo por muchos días. De aquí tenía respuesta cuando le decían que no se pusiese mojados los paños menores, satisfaciendo con que era medicina para su achaque, por no decir era virtud y perfección no tener remuda, ni cosa duplicada, ni otra cosa alguna que el hábito que traía vestido.

En la caridad fué un S. Diego, ejercitándola no sólo con los racionales, sino con los brutos, y ellos, como si fuesen capaces de razón, se le sujetaban para que los curase, y le obedecían, viniéndosele a las manos las aves heridas y sanas, y los carneros, como manifestándole su dolor y trabajo. Mucho se pudiera escribir de esto, si se hiciera información antes que murieran los que conocieron y experimentaron a Fr. Felipe. Dos casos a lo menos son públicos, que no los refiero por milagros, sino por efecto de su abrasada caridad. Un religioso diácono se halló aquejado de un corrimiento al ojo izquierdo, que ya juzgaba perderlo. No bastaban colirios y cuantos lenitivos tiene la medicina, para que el tumor y el dolor se aplacase. Parecía que se le reventaba el ojo, y si bien lo sentía cuanto se deja entender, mayor torcedor le era estar de próximo las Ordenes, y serle impedimento para el sacerdocio hallarse sin el ojo que se dice del canon. Fr. Felipe era enfermero, y entrando a medicinar al doliente, le halló llorando, y le manifestó su más acerbo dolor y pena, que era quedarse sin ser sacerdote, perdiendo el ojo. Díjole el buen lego: *¿Y desea ser sacerdote santo?* Respondió que sí, y con exageraciones y promesas se lo aseguró. *Pues hermanito mío* (le dijo Fr. Felipe) *un ojo ha de perder vuestra caridad; siente que sea el izquierdo, y que haya de ser reventado, pues, compongámonos con la Providencia; si vuestra caridad quiere que sea el ojo derecho el que haya de perder, y que no sea reventado sino secándole, véalo bien, ofrezcase a Dios, porque hay remedio para eso, y tan eficaz que sanará del ojo de que está enfermo, y se ordenará, pero mire que el humor ha de pasar al otro lado.* Admitió el corista y fué mejorando con curaciones que le hacía Fr. Felipe, ordenóse de presbítero, y el mismo día comenzó a ocurrir al ojo derecho todo aquel tropel de humor viscoso,

hasta perder el ojo, que se le fué secando y consumiendo, y fué gran religioso y muy acepto Provincial en esta Provincia, y sobrevivió sin accidente en la vista los 63 años de su edad en que murió, dejando grande ejemplo y edificación.

Otro religioso que juzgo vive cuando esto se escribe, y es uno de los grandes sujetos que tiene la Provincia del S. Evangelio, siendo corista en ésta, enfermó de un violento tabardillo, que le puso en lo extremo de la vida, sin esperanza humana de levantarse, y llegó a estar ya con el Santo Cristo en las manos agonizando. Volvió del letargo en que estaba, con fuerte delirio, y todo era buscar agua, fingir arroyos y ríos, ardiendo de sed y privado por los médicos, de este alivio. Llegó Fr. Felipe, a excusas de los que le velaban, y llamándole por su nombre, hizo que le conociese. Preguntóle si quería beber un búcaro de agua serenada, con un marquesote de rosa, o panal. El enfermo, que en ninguna otra cosa pensaba, abriendo los ojos, que ya los tenía como quebrados, respondió como pudo, más con ansias que con palabras, que sí. Fué a traer Fray Felipe lo que prometió, sentólo sobre sí, como una madre piadosa, le hizo beber cuanto quiso, chupando la rosa para excitar más el apetito. Hecho esto, arropólo muy bien, sudó el enfermo, durmió, recordó sin delirio, ni agonía; vino el médico y conociendo la notable novedad y mejoría del corista, estuvo para persuadirse (siendo muy docto y en su facultad, un Galeno) a que era obra milagrosa aquella. No faltó quien revelase la curación de Fr. Felipe, y todavía tuvo por opinión, que el haber aplicado tan a tiempo la medicina, quien no profesaba ciencias, fué motivado de luz sobrenatural. Sanó y se levantó y es Lector Jubilado, y en esta Provincia y en la de México ha honrado con ventajosas prendas la Religión.

Otros muchos casos semejantes en orden a la gran caridad de este siervo de Dios y de sus virtudes y ejemplo se cuentan que, por no tener la autenticación que para escribirlos se requiere, no los transcribo; y de otros, aunque hallo apuntamientos de mis antecedentes, no son muy fáciles de entender por lo diminuto. Y así remitiendo a Dios el manifestarlos cuando fuere su santa voluntad, concluyó la vida de este gran religioso con lo que a los más de los vivos de esta ciudad es notorio, por donde se entendió tenía espíritu de profecía. Una señora noble y honrada fué tentada de vanidad y profanidad, salíase al campo las más tardes en coche, llevando consigo diez o doce criadas, gente moza de su servicio, ataviadas y con muy buenas libreas. Era el paseo campo o prado del Calvario, por donde necesariamente pasaba con sus carneros Fr. Felipe. Notó aquel desorden una y otra vez, siendo así que el venerable viejo traía a la continúa cerrados los ojos, o puestos en el suelo, sin atender a otra cosa; pero la profanidad era tan notable, o lo más cierto, que Dios le hizo advertir en ello, para que fuese profeta del paradero de aquella vanidad. Llegóse a la carroza, y saludando a la señora le dijo: *Mucho desagrada a Dios la vanidad y la ociosidad de esta familia de Vmd. pues pudieran estar trabajando; pero todo tiene fin y Vmd. verá el suyo dentro de veinte dias, y estas pobres quedarán descarriadas y expuestas a trabajos y ofensas de Dios.* La noble dueña tuvo por cierta la sentencia por ser proferida por sujeto tan conocido por santo, recogióse, trató de su alma, cumplióse la profecía con todas sus circunstancias.

Tandem lleno de merecimientos el venerable lego en el climatérico mayor le apretó el achaque del vientre, con excesivo dolor de tripas, recogióse a la enfermería conociendo se le acababa la vida, confesóse generalmente, recibió con gran ternura los sacramentos, pero sin que le singularizase en cosa, porque este fué su estilo y petición frecuente a Dios, y así solía decir: *En lo exterior, como todos; en el interior, como Dios quiere.* Pasó sus dolores con gran tolerancia en sus tablas y petate, de donde pasó a la eternidad, dejándonos muchos ejemplos que imitar, muchos consuelos de su salvación, y gran falta de su persona. Fué su dichoso tránsito en las misas de aguinaldo del año de 1675. A su entierro acudió numerosísimo concurso de gentes procurando llevar por reliquias sus sandalias, y pedazos de hábito que le cortaron y hubiera sido mayor el destrozo si no se hubieran defendido, y abreviado el entierro.

El Hermano Fr. Francisco de Cañas murió el año de 1662. En pocos años que tuvo el hábito dió grande ejemplo, y su recepción fué de grande edificación, por ser persona de cuenta en el siglo. Tuvo muy buen caudal, saneado y libre de averías. Para lograrlo en el estado del santo matrimonio, buscó para mujer una doncella hermosa, noble, virtuosa y pobre. Celebráronse las bodas, y la noche que había de consumarse el matrimonio, entrando a ver a su novia la halló hecha un mar de lágrimas. Juzgando verecundia honesta lo que veía, procuró acariciarla, mas, ella con varonil esfuerzo, le dijo: *Señor mio, por dar gusto a mis padres convine en este casamiento, porque siendo como son pobres no tenían para dotarme en estado de religiosa, yo tengo hecho voto de castidad; Vmd. es mi dueño; yo, indefensa* [1]*; Dios, a quien tengo mi virginidad consagrada; obre Vmd. como cristiano que el acreedor es todopoderoso.* Oyó Francisco de Cañas el razonamiento, y trocado de enamorado en continente, puesto de rodillas en compañía de su esposa, hizo voto de castidad, y ella le ratificó, poniendo por padrino a S. José, y vivieron en celibato muchos años con grande amor y ejemplo, gastando él liberal su hacienda en el trato y atavío de su mujer. Mucho padeció en el continuo combate de una hermosura discreta al lado, pero haciéndole cargo al Santísimo Patriarca José, le decía: *No me desampares, patrón y padrino mío, haz que no pueda, aunque quiera, quebrantar el voto que por tu mano tengo hecho a Dios; porque te he de hacer cargo en su tribunal de mis designos.*

Como era tan conformes a la pureza divina los favoreció el Señor tanto, que, viviendo muchos años, se conservaron incontaminados los dos consortes, y sobreviviendo él, quedó tan aficionado al celibato, que, con intento de remediar otra doncella, se volvió a casar, y vivieron en continencia algunos años. Después de los cuales, enviudando segunda vez, pidió el hábito para religioso lego, en cuyo estado, añadiendo ejercicios de humildad a sus virtuosas costumbres, y tratando con mucho cuidado de su alma, muy dado a la oración, paciencia y resignación se llegó el plazo de pasar en paz al Señor.

(1) Infença dice la ed. de 1716.

CAPITULO OCTOGESIMO PRIMERO

Prosigue la misma materia

Era feliz fué la que voy escribiendo y cosecha de religiosos legos ejemplares, que aunque siempre parece que traen consigo la recomendación de virtuosos los religiosos legos de S. Francisco, a fuer de observantes de su profesión en un estado tan proporcionado a la virtud; no siempre sobresale ésta de modo que descuelle entre lo bueno. Mucho fué lo que se conoció en el Hermano Fr. Diego de la Cruz, llamado así desde el año de 1644 que recibió el hábito en el convento de nuestro P. S. Francisco de Guatemala. Su apellido heredado era Cemeray Malloa;. su natural, flamenco; hijo de un lugar llamado Lusé en la provincia de Genoo en Flandes, y de nobleza conocida. Su vocación fué arrebatada, aunque la inclinación al estado de lego de S. Francisco muy arraigada. Su venida a las Indias, impensada; y su espíritu, perseverante, no solo hasta conseguir el hábito, sino en 24 años cabales que le vistió, que fué desde antevíspera de S. Diego del año referido, hasta la antevíspera del Santo, del año 68. Su empeño en ser imitador de S. Diego a quien, por santo de su nombre y por especial patrón suyo, se puso por dechado y ejemplar, estudiando continuamente en su vida y virtudes, sin que se le conociese transgresión grave, ni deviación del original de donde se procuró copiar en más de veinte años que le confesó el R. P. Jubilado Fr. José de Moreira, quien, como cronista, lo escribe así, hallándose muy cercano a su muerte, y después de la de este gran varón (que le antecedió poco más de dos años) el padre espiritual que tuvo certifica lo mismo (que aun es vivo al escribir esto) añadiendo que le tuvo por perfectísimo imitador de S. Diego. Fué celosísimo de la utilidad del convento, y así con grande ingenio, y licencia de los prelados, sin costo alguno del convento dispuso el que del remanente de una pila entrase agua al refectorio para unos aguamaniles aseadísimos, con sus llaves, sin que haya quien se acuerde donde se resume el residuo del agua, sin que haya humedad alguna, siendo tanta cantidad la que entra, que se llenan las tinajas y jarras todos los días. De allí la pasó a la cocina por acueductos durables, dando en el mismo fogón providencia para una tina de cobre en que se halla siempre caliente y con su vitoque a la parte de fuera, para que con toda limpieza se tome la necesaria, y con destapar un tornillo, que está en un pilar inmediato, entra el agua fría hasta llenar la tinaja.

A su ingenio y disposición debe la enfermería el tener agua de pie en el segundo alto, y el tenerla ya la botica, y el aseo de las oficinas en que sirvió, acudiendo a todo con grande caridad, sin salir jamás del convento. En la que más asistió fué en la portería, donde era de tanto consuelo a todos, y de tanto ejemplo, que generalmente le tenían por santo. El expediente era tan caritativo, tan lleno de amor a Dios, que se tenía por cierto le multiplicaba Dios el pan para dar a los pobres; porque parecía imposible hubiese para socorrer a tantos como ocurrían, sin que se añadiesen cuatro tantos

más de los que da el convento y fragmentos de las mesas. Lo mismo sucedía con las viandas, que él por su propia mano, puesto de rodillas, repartía, aplicando su ración todos los días, contentándose con el más negro mendrugo, que tomaba cada veinte y cuatro horas, ayunando todos los días a pan y agua. Dícese que en ocasiones, teniendo solo algunos pocos de mendrugos de la noche antecedente para desayuno de sus pobres, acudieron tantos, que se vació presto el arcón, pero siempre que volvió a verlo halló pan que sacar de él, mientras hubo pobres a quienes repartir.

Enseñaba a rezar a los que allí acudían, así por ejercitar con una obra de misericordia corporal otra espiritual, como porque ofreciendo aquellas oraciones por las Animas del Purgatorio (de quienes fué diligentísimo procurador) añadía esta utilidad a la limosna, y juntamente se ejercitaba en la humildad. Fué hombre de aspecto venerable, y sin que alguno le viese reir, afable; muy dado a la oración mental y vocal, y gran devoto de las Animas, por cuyo sufragio todas las noches hacía especial oración y disciplina, y asperjaba todas las sepulturas con agua bendita. Repetía de día muchas veces el rezar rosarios por ellas. Y finalmente, procurando desde que recibió el hábito imitar a su Santo, y aun tomando por apellido la Cruz de quien fué tan tierno enamorado S. Diego; perseveró en su vocación hasta que pasó al Señor en tranquila quietud y gozo de su alma, prevenido de los Santos Sacramentos y disposiciones religiosas, humildes y ejemplares.

El Hermano Fr. Juan de Eguizabal que falleció el año de 1684, habiendo sido veinte años religioso lego, fué de muy buen espíritu, y grande perseverancia en el bien obrar. Y conociendo como deseoso de aprovechar en santas operaciones para ser cierta su vocación; cuanto le importaba el mortificar y quebrantar sus pasiones, especialmente la irascible que en toda la vida de secular le había aquejado, trabajó desde que vistió el hábito en humillarse y callar a todo lo que algunos le decían, como motejándole de viejo, que venía a dar a Dios lo último (no porque lo era, que no tenía sino poco más de treinta años cuando vistió el hábito) en que mereció no poco. Fué muy observante de su profesión, muy devoto de la Virgen Santísima (y aun se dice le visitó la Soberana Señora y Madre de Misericordia en su última enfermedad) y relució mucho en él la resignación y conformidad con la voluntad divina en sus aflicciones y trabajos, sirviéndole de martirio el haber enfermado de unas llagas en las piernas que le impedían la agilidad que deseaba para servir y aun repetía con humildad en la vejez que los que cuando novicio le habían dicho que venía a dar que hacer a la Orden, habían profetizado, como santos, su inutilidad. Y cierto que su humildad lo juzgaba así, pero que fue este buen religioso muy trabajador mientras tuvo salud, y después de haber enfermado por su desnudez y mal reparo a la plaga de moscas y mosquitos, que le ulceraron las piernas en ocasión de andar en limosnas para el convento, no dejó de hacer cuanto pudo, y aun más de lo que permitía su achaque, hasta que este le rindió al ejercicio de la tolerancia y sufrimiento de sus dolores, y mucho más de su condición, que como si él tuviera culpa de estar enfermo se apuraba y deshacía por tabajar y servir, teniéndose por indigno de ser asistido y curado, y reputándose por zángano,

que comía la miel que las abejas labraban. Fué muy ejemplar y se le conocieron muchas virtudes, por las cuales y por su preciosa muerte, llena de gozos, que suele Dios conceder a sus amigos, es digno de esta memoria.

Un enigma misterioso fué el Hermano Fr. Cristóbal de S. José, aragonés de nación, que en el siglo se llamó García de Salas, a quien Dios llamó para sí el año de 85, después de treinta de religioso en el convento de Guatemala. Fué en el siglo hombre de cuenta, y muy inteligente en papeles. Llamóle Dios al estado de religioso lego movido del grande ejemplo de algunos que había llevado para sí. Profesó como quien solo buscaba a Dios, y juzgaba trabajar por servirle en una huerta o en otra oficina, sin salir del convento jamás. Como era recién muerto Fr. Bartolomé Bernoy, cuando Fr. Cristóbal profesó, le fué mandado hiciese la procuración y cuidase de los libros y papeles de ella. También por su expedición se le encargaron otros negocios de Provincia (para que hay Procurador que se dice *general,* y lo ordinario es serlo religioso sacerdote). Hallóse Fr. Cristóbal a los cinco o seis años de su frailía, al paso que adelantado en la curialidad y con muy buena opinión entre papelistas por su inteligencia y buen ejemplo, lejos y apartado de su vocación, y muy deseoso del recogimiento sin distracción. No se había resuelto antes a lo que ahora, por ver que no había religioso lego inteligente en guarismos y papeles, que ejerciese aquel ministerio; pero viendo ya profeso un Fr. Julián (de quien diré luego) se resolvió a hacerse loco, y un día de S. Buenaventura, saliendo al majestuoso teatro de la iglesia al tiempo de Misa Mayor, cogió la tiara que como divisa y blasón se pone a los pies del Seráfico Doctor, y se la llevó al Ilustrísimo Sr. Mro. D. Fr. Payo de Rivera (entonces obispo de Guatemala) que honraba con su asistencia la fiesta, y se la puso sobre el cojín.

Con esta acción y otras semejantes (sin daño de persona alguna, ni nota de irreverencia) y con hablar en verso, más misterioso que ajustado, tratar de guerras de Flandes, conquista de la Tierra Santa y otras materias que de intento confundía, asentó plaza de loco, no ejercitando furor, sino hablando misterios. Quitáronle el oficio (eso era lo que intentó) continuó su demencia por tiempo de casi 25 años, sirviendo en cuanto se le mandaba, sin salir un punto de lo que el prelado le decía, o el religioso a quien estaba encomendado. Fué grande observador de la Regla de N. P. S. Francisco, descalzo, desnudo, y tan pobre, que si no eran algunas hojas de tabaco que pedía de limosna no se hallaba otra cosa en su celdica. Hacía conciertos y pláticas a los ratones, y los llamaba y despedía como si fuesen racionales, llamándoles hermanitos. Muchas cosas predijo en proposiciones enfáticas que se vieron cumplidas. Nadie le conoció ni la más leve transgresión, ni obra, ni palabra reprensible. Los cuerdos y piadosos le tenían por siervo de Dios, el R. P. Jubilado y cronista Fr. José de Moreira, que fué su confesor en los primeros años de su existimada locura le tuvo en estimación y apuntó de él lo más de lo que se ha dicho, llamándole *el loco de mejor juicio, y el cuerdo para el cielo, y loco para el mundo.* Yo por tal le tuve en todo el tiempo que le conocí hasta su muerte, que fué acelerada, ocasionada de una quebradura de que padecía, a 30 de julio del año de 86 a más de las diez

de la mañana. Los dobles de las campanas se continuaron con alegres repiques a la solemnidad del siguiente día del glorioso patriarca S. Ignacio de Loyola, presagio feliz a los piadosos de que verdaderamente fué cuerdo Fr. Cristóbal para buscar a Dios.

El Hermano Fr. Pedro de Larrave, vizcaíno de nación, fué hombre de brazos en el siglo, muy diestro en la espada, y fuerte en el mantener, aunque el natural no era el de espadachín, sino hombre de veras, y que en burlas y veras sabía desarmar la espada del contrario y traerle al suelo, como lo enseñó varias veces la experiencia; mas, era tan notable de corazón y compasivo que en más de dos ocasiones teniendo a los pies al que sacó la espada con él (y la una teniendo Pedro sola una daga) les dió la vida, preguntándoles en levantándose si querían otra levada. Con nombre merecido de valiente, trato verdadero y honrado, afable, con grande entereza y honrador de todos, pasaba y paseaba alegre, él y otro paisano que con él vivía, también llamado Pedro, y eran muy conocidos por su valor los Pedros.

El que digo, a ratos desocupados, se entretenía en leer historias, guerras y hazañas. Faltóle libro de esta leyenda, y se aplicó a uno que intituló el P. Fr. Diego de Stella, *De la Vanidad del Mundo,* leyóle al principio por leer, después por aprovechar y aprender, y fué su conversión tan resuelta cuanto no esperada, a dejar la vanidad del mundo y morir lego de nuestro Seráfico Padre S. Francisco. Consiguió el hábito el año de cincuenta y siete, y en treinta años que vivió en la Religión conservó en su alma y practicó en sus obras los dictámenes de su vocación. Especialmente el tercio de su vida más cercano a su muerte, sin hacer novedad en lo exterior, trató en lo interior de ajustarse cuanto pudo a la cruz de su profesión. Decía arguyéndose así: *¡Que un hombre que se precia de honrado cumpla la palabra que a otro hombre da, y yo no se la cumpla a Dios, ruindad es!*

Esta consideración y otras semejantes que su hombreidad y punto motivaban en su ánimo le compelían a buscar con todo ahinco el camino de su salvación, humillándose más y más, porque aunque siempre se conoció en Fr. Pedro mucha prontitud y ciega obediencia, en cuanto se le mandó, y grande aplicación a la oración vocal y mental, que se conoció bien en el tiempo que despertaba a maitines, pasando desde las 8 hasta aquella hora en el coro de rodillas, siendo hombre grueso y carnudo, y no sin bastantes persecuciones del enemigo; con todo en estos últimos años, aunque lleno de achaques y años, y casi impedido de poderse hincar por enfermedad gravísima que padeció en los huesos de los cuadriles y riñones, a la continua sentado o parado, pasaba en oración mental y vocal, repitiendo rosarios, todos los ratos que se desocupaba de la asistencia del refectorio, que como tenía tan buen expediente, eran muchos.

Y así le veíamos sentado en un rincón de la sala de profundis, o ante la imagen del santo crucifijo del claustro, y muchas veces con bastante dolor y mortificación de rodillas. Esperaba cada hora la última de su vida, comulgaba casi todos los días y el viernes primero de Cuaresma del año de ochenta y siete, a catorce de febrero, estando partiendo el pan en la oficina del refectorio le llamó nuestro Señor aprisa en el mismo ejercicio en que la obediencia le tenía puesto, y cogiéndole un religioso en brazos al ir a caer en su

estado, diciendo: *Jesús,* escasamente alcanzó el que le oleasen, y se le cantase el *Credo.* Este religioso y el antecedente consiguieron lo que apetecía como felicidad Julio César, emperador; que era morir sin los amargores prolongados de la muerte. Y si es, habiendo vivido en cuenta de la última hora, y esperándola como estos dos ejemplares legos, dicha se puede llamar.

El año de 1658 a 11 de noviembre vistió el hábito para religioso lego en el mismo convento de N. P. S. Francisco de Guatemala el capitán Julián de Echeverría la Blanca, guipuzcoano, natural de Olaverría en Vizcaya. Fué hombre de porte en el siglo, y alcalde ordinario de mucha rectitud en la ciudad de Comayagua, no mal acomodado de bienes, por tener un tío rico hacendado y sin heredero en la provincia de Honduras. Tocóle Dios, y dejolo todo por el estado humilde de lego tan a tiempo como si esperase Dios a que Fr. Julián profesase para esforzar a Fr. Cristóbal de S. José a declararse loco, por que tenía destinado para este oficio, y poner en forma los papeles y memorias del vigilantísimo Bernoy, a un tan adecuado sucesor suyo, que todos los que a uno y a otro conocieron hallaban sola la diferencia del nombre entre los dos, porque aun en el cuerpo enjuto y flaco, semblante y acciones se parecían. Lo que más condecora a Fr. Julián es habérsele asemejado en las virtudes.

Cónstame como a quien le conoció de muy cerca y le confesó muchísimas veces, y más de cuatro generalmente, haber sido Fr. Julián muy penitente, trayendo siempre cilicio, y frecuentando con gran devoción los sacramentos. Su ayuno era cuotidiano, y en los últimos años, a causa de una peligrosa flucción que le molestaba, no tomaba otro alimento que una higadilla en media escudilla de caldo, cada veinte y cuatro horas, y allí mojada una rebanadita de pan. Hacía meramente de la virtud de la abstinencia necesidad de conservar la salud, aunque tan quebrantada para no dejar de trabajar, alimentándose sólo para vivir. Pasaba de puntual a escrupuloso, especialmente en los ajustes y rateos de misas, de que hacía memorias y cuadrantes para documentar a los Guardianes, y ponerlos en cuenta para la aplicación, individuando con previsión y comprensión de las fundaciones los sujetos, días, altares y circunstancias de las imposiciones; por manera que los RR. PP. Guardianes de Guatemala, con solo los cuadernos anuales que Fr. Julián les daba, sabían *nominatim,* clara y distintamente todo lo tocante a misas y emolumentos de ellas, aunque no supiesen de guarismo, como sucedía al R. P. Jubilado Fr. José de Morera cuando fué Guardián. Uno que, el tiempo andando, le siguió, habiendo observado que sus antecesores hacían tanta confianza de Fr. Julián, queriendo él experimentar su fidelidad le pidió los cuadernos del gasto y del recibo, que eran como borradores para los ajustes mensuales de los libros del convento. Diólos el fidelísimo lego sin prevenir la intención del Guardián. Este dejando pasar diez días los ocultó y de nuevo se los pidió, dijo que ya se los había entregado; instó el Guardián en pedirlos y que diese cuenta de lo que en dos años que habían corrido de su guardianato se había gastado y recibido, arguyéndole alguna malicia en la tardanza. Perdido se vió el pobre lego por no haberle quedado ni leve apuntamiento de lo que en los cuadernos que había dado al Guardián se contenía. Pero como tenía a Dios de su parte, y la verdad aunque adelgaza no

quiebra, se encerró, oró a Dios con fervor, cogió la pluma y formando de dos manos de papel dos cuadernos, como quien hace examen de conciencia fué escribiendo de memoria el gasto en el uno y en el otro el recibo, por sus días y meses, con tanta puntualidad, que, cotejados después estos nuevos cuadernos con los que el Guardián había ocultado, se hallaron todas las partidas tan seguidas que parecía ser trasladados los unos cuadernos de los otros, siendo así, que había partidas accidentales y muchas muy menudas. Y al examen, comprobación de inteligentes, ni en sumas ni en alcances, ni en cosa alguna hubo más diferencia que de dos reales. Si aquí no hubo milagro tengo para mí que fué la mayor prueba de fidelidad que pudo dar el hombre más puntual y vero. Así lo conoció el Guardián, y le pidió perdón de su sospecha, y de los ratos de pesadumbre grande que le causó.

Mucho le destroncó la salud este contraste, que le constriñó a pedir con lágrimas ser absuelto de la procuración, e instar siempre en ello. Pero como era tan esencial para ello y aquel examen, había acendrado más y aquilatado el oro de su fidelidad, no le fué permitido en trece años que sobrevivió. Sólo le fué concedido el que para las agencias de afuera tuviese un religioso lego hábil que se fuese adestrando para la procuración, y Fr. Julián ya no salía por la fluxión que se le èntabló; pero trabajaba dentro de casa, dirigiéndolo todo, apuntando y escribiendo con todo conato, y lo principal trabajando para sí, en el cultivo de su alma, repitiendo confesiones, comulgando frecuente, ayunando siempre, trayendo cilicio a la continua, y oyendo todos los días cuantas misas podía ayudar; haciendo empleos de indulgencias para la jornada de la eternidad, que prevenía, a que le aprestó Dios el año de 1688 día de todos los santos, permitiendo su divina providencia que el que fué tan solícito los Días de Finados en que las muchas misas que se cantan en el convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, tal día y los siguientes, se dijesen en altares propios, atendiendo con la puntualidad y vigilancia que todos admiramos a todas; ese mismo día fuese participante de tantos sufragios, para no demorar encaminar al eterno descanso como piadosamente confiamos.

CAPITULO OCTOGESIMO SEGUNDO

Prosigue la misma materia y se dice de algunos casos ejemplares de este tiempo

---

El último religioso lego que en esta Santa Provincia hasta el tiempo en que esto se escribe ha pasado de esta vida con opinión de virtudes sobresalientes, fama ejemplar y aclamación fué el Hermano Fr. Ignacio de Parejo, boticario del convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, a quien llamó el Señor para sí el año de 1690, a los 10 de agosto, día de S. Lorenzo, a las siete de la noche, habiéndole purificado en el crisol de prolija enfer-

medad de llagas en una pierna, con disposiciones de quien iba a gozar de Dios, después de larga vida muy ajustada a la rectitud de su santa ley y Regla de San Francisco. Fué este religioso criollo de un lugar de la Nueva España de donde vino a Guatemala mancebo, con principios de latinidad y práctica de botica. Aplicóse a los estudios de Artes y Teología en que aprovechó grandemente en el Colegio de la Compañía de Jesús, continuando el estudio de la Sagrada Teología muchos años, con notorio adelantamiento en materias escolásticas y morales. Juzgóse siempre que su intento era vestir la ropa de S. Ignacio, por que la circunspección y hábitos clericales que usaba, sin tratar de ordenarse, motivaban estos discursos, siendo tan provecto en ciencia, edad, costumbres y nacimiento. Pero, ocultando en el corazón sus designios, brotó el año de 1662 a impulso de su devoción la vocación que abrigaba, pidiendo el hábito de N. P. S. Francisco para religioso lego. El prelado, conociendo lo mucho que para su estado sacerdotal tenía andado, le propuso el dársele para el coro; a que respondió humilde y con entereza que para el estado de lego era su vocación, y no para tan alta dignidad como el presbiterado. Recibió el hábito para religioso lego, en que perseveró, sin pensamiento de mudar estado, 28 años que vivió en la Religión, con tal tesón y perseverancia en el bien obrar, que el último día de su vida fué como el primero en el espíritu, devoción y ejercicios de virtudes.

Aplicóle la Religión a la enfermería y botica, donde en servicio de los enfermos, aprovechamiento de las oficinas y adelantamiento de su espíritu trabajó siempre. Era todo caridad Fr. Ignacio, amantísimo, no sólo de sus hermanos, sino de todos sus prójimos, y aun pasaba de caridad a beneficencia de los irracionales. Tiernísima madre, sin afectación de cariño, de todos los religiosos, tan partido con todos, que de un dulce, una frutita que le diesen había de caber parte a cuantos presentes estaban. Tan nacido para enseñar que a los muchachos de servicio de los religiosos, les enseñaba a rezar, los instituía en buenas costumbres y en el modo de confesarse, congregábalos a rezar el rosario de N. Señora teniendo horas determinadas para ello, sin hacer falta alguna en sus ministerios. A los novicios y recién profesos que iban con algún achaque o enfermedad a la enfermería, les enseñaba las reglas del Oficio Divino, haciéndoles construir las rúbricas del breviario para que se perfeccionasen en la gramática, sucediendo a veces aprovechar más en pocos días de la enseñanza de Fr. Ignacio, que en haber estudiado de memoria el Arte de Nebrija. Si eran estudiantes les explicaba las lecciones de sus Lectores y cuestiones de Artes y de Teología con tanta aplicación, paciencia y perseverancia, con tanta claridad y propiedad, que más aprovechaban en la enseñanza de Fr. Ignacio que aun en la frecuencia de las aulas. Esto sin controvertir jamás ni argüir ni replicar a lo que estudiantes proyectos decían, ni hacer opinión ni dar muestras de altercar, aunque pudiera, como tan docto; estribando todo cuanto hacía sólo en caridad muy fervorosa y en humildad muy profunda,

La propensión de docto que se le conocía era ser aficionado a asistir a conclusiones, desde lejos, donde oyese, y a sermones y más si eran de concurrencia o de misterio. Y como era tan conocido, le buscaban en los teatros los hombres doctos y estudiantes para poder decir: *En auditorium ets.* No

menos era notoria a todos su virtud, así por el modestísimo proceder suyo, como por inumerables obras de caridad que ejercitó con los pobres. Y así se vió en su entierro un concurso numerosísimo sin que precediese sino el convite ordinario a las Religiones, ni que tuviese inclusión con persona alguna, ni menos el que entrase jamás en casa grande ni pequeña, ni las conociese sino era pidiendo la limosna para la cera las cuaresmas, que era únicamente la salida que hacía a la ciudad Fr. Ignacio. Pero como el bien obrar es luz que no se puede ocultar, y la caridad fuego que no sufre el encubrirse; de tal suerte se manifestó a todos la vida ejemplar de Fr. Ignacio, que no hubo persona alguna que no le tuviese por siervo de Dios. Como dentro de casa alumbraba a todos, todos le amaban, le buscaban y admitían sus consejos como de padre, sin que hubiese quien desintiese de su proceder, aunque así el Maestro de Novicios, que lo fué suyo y mío, y un Guardián le procuraron probar el espíritu. Pero fué tan constante el del buen Fr. Ignacio, que sin intermisión alguna tuvo de oración todas las noches desde las ocho hasta maitines, y muchos ratos que entre día ocupaba en este santo ocio. Nadie le conoció trasgresión, ni la más leve, de la Regla de N. P. S. Francisco, ni por achaque ni edad dejar de ayunar exactísimamente los ayunos de Regla, sábado y vísperas de Ntra. Señora, ni usar de parvidad o dispensación, en cosa alguna de su profesión, procurando observar a la letra N. S. Regla. Lleno de méritos y virtudes, a los sesenta años de su edad, le llamó Dios con enfermedad larga en que ejercitó con grande ejemplo la tolerancia, y dió fin con tranquilidad grande y perfecto uso de sentidos hasta la última boqueada a su pacífica vida y mansísimo proceder dejando a todos muchas esperanzas de que descansa en paz en la eternidad.

Bien puede entrar en conmemoración el Hermano Fr. Antonio de S. José, que pasó al Señor acelarado, mas no improviso, el año de 1691, víspera del Sr. S. José a las siete de la noche. Fué portugués de nación, de mucha estimación hidalga en su persona, mucha confianza en su espada, fortuna en las pendencias que tuvo, acometiendo valeroso, saliendo de las refriegas indemne y más o menos gravemente lastimado el contrario, y avisado de su destreza. Convirtióse a Dios, vino lucido a pedir el hábito, manifestando vivos deseos de buscar a Dios en el estado de humilde lego de S. Francisco. Bien se conoció, en el año de aprobación y en el tiempo que vivió después de profeso, cuán de veras iba zanjando el edificio de sus virtudes en el profundo cimiento de la humildad y desprecio propio, pasando desde que vistió el hábito de aseado, pulido y bien tratado a tan descuidado consigo, tan olvidado de la hidalguía, que, aplicado a cocinero de la enfermería, todo su estudio era acertar a guisar para los enfermos; andando las más veces tiznado, lloroso del humo y tan alegre como si allí estuviera su felicidad. Subía de comer a los enfermos según cada uno había pedido, y si veía que no comían a gusto, los enamoraba y alegraba con mil donaires y cuentos graciosos. Otras veces prevenía una cítara que tocaba con gran primor, cantando en voz muy baja con destreza, que al más triste y melancólico divertía. Así iba sazonando con sus gracias lo que juzgaba no estarlo por su condimento, sujetándose a toda corrección, haciéndose juglar y faceto un hombre de edad y de punto, por dar en el del agradar a Dios. No comía ni cenaba de propósito, sino que

como esclavo afanado tomaba un bocado andando y sirviendo, y a veces se le olvidaba el hacerlo, porque hizo ánimo de perpetuo ayuno, desestimación propia, y alegría espiritual. Por levantarse luego de la cama se acostaba con sandalias, y si, molestado de las pulgas y piojos, espulgaba los paños menores, por no hacer falta a su ministerio se iba sin ellos. De esto se le originó su repentina muerte, porque ayunando y no habiendo comido aquel día, entrada la noche, por comida y colación comió un aguacate, fruta ventosa y no muy sana, y con el ejercicio de la cocina, calor del fuego y del mes de marzo, sudó, y le hirió algún aire por los hijares, hallándole sin otra cosa de abrigo que el hábito, con la cuchara en la mano con que repartía, diciendo: *Jesús,* se cayó en tierra junto al fogón y allí a breve instante expiró habiendo hecho señas al confesor con quien media hora antes se había confesado, y recibido la Extrema Unción en una mano en tanto que se le cantó el *Credo.* Fué de mucha ternura su muerte, a sí por lo querido que era de todos, como por ver aquella suma pobreza, desprecio de sí mismo, y descuido de quien poco ha habíamos conocido tan entonado y atendido, empleado todo en servir a sus hermanos, lleno de humildad y de amor a Dios.

La segunda parte de este capítulo prometió tratar algunos casos ejemplares, como lo es el que sucedió al Dr. y Mtro. D. Esteban de Moreira y Acuña, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Guatemala, después Fr. Esteban de S. Francisco, bien distinto del que en la 2ª Parte de nuestra crónica, que escribió Fr. Marcos de Lisboa se refiere (lib. 3, cap. 13) aunque simboliza con él, de un canónigo que antes de serlo, inspirado por Dios pidió el hábito de la Religión Seráfica, y, estando para vestirlo, le vino la canongía, que le trastornó la vocación. Enfermó gravemente y aunque le persuadían sus verdaderos amigos ser aquel castigo de Dios por haberle vuelto la espalda, nunca pudo llegar a conocimiento de su hierro y murió obstinado, habiéndosele Dios mostrado muy airado, diciéndole: *Llaméte, y menospreciaste, y no me quisiste oir, por tanto yo te condeno a penas eternas.* [1] Y ni aun esto bastó para excitarle a seguir su primera vocación, aunque para su última desesperación le sobró.

No así este devoto sacerdote, que desde sus tiernos años fué cordialísimamente afecto de N. S. Patriarca, y amante de sus hijos, y hubiera vestido el hábito, si los cariños paternos y regalo de su casa no le hubieran divertido y él como ingenioso y amigo de honra engreídose en repetidos actos literarios que sustentó con aplauso y costos que hacían de muy buena gana sus padres por verle lucido; vistió hábitos clericales, y alternando los grados escolásticos con los Sacros Ordenes se halló Presbítero, Maestro de Teología y Doctor, lleno de estimaciones bien merecidas de sus buenas letras, natural cortesano y amigable, trato generoso y ostentativo. Desempeñó con lucimientos la espectación común en los púlpitos, en las palestras fué su réplica de aceptación sin que le faltase a tanto lucir lo sombrío de la emulación que las más veces hace que resalte lo colorido y primoroso. No por esto se olvidó ni entibió en la devoción a S. Francisco, que como era verdadero

---

(1) El P. Vázquez se limita a transcribir; no es de suponer en sus conocimientos teológicos que acepte el caso en todos sus detalles.

y tan bien nacido su amor, allá iba con innata propensión, siendo su recreo visitar a los religiosos, especialmente Lectores y Predicadores, su consuelo ser de ellos visitado, regalándolos, socorriéndolos y honrándolos en todo trance. Un donado que viese con el hábito de S. Francisco le era presagio de felicidad, alborozo y júbilo. Tener tal vez a su mesa un religioso era gloria para el Doctor, viviendo aquel fuego de devoción abrigado en los pañales de la ceniza, que como polvo humano le divertía y adormecía solamente.

Obtuvo curatos y hallándose primero de los dos de la Catedral, fué asaltado de una grave enfermedad que le puso en trance de muerte. Aquí rompió por todos, y como granada hermosa brotó los encendidos rubíes o abrazados corales de su devoción. Pidió el hábito de S. Francisco, dando de mano a todo, con generosa resolución y consuelo de su espíritu. Recibióle con ternura, y con el sayal Seráfico la no esperada salud, pues a juicio de los médicos era mortajá la que pidió. Recuperóse lo suficiente para ponerse en pie, y de su cama se trasladó al noviciado de S. Francisco, donde en los días que siguió la vida común, experimentó el vigor y esfuerzo que requiere. Quiso Dios se ejercitase sin dispensación alguna (por ser el Guardián más preciado de literal que de prudente) en quince o pocos días que fué novicio en los oficios más onerosos y humildes que tiene el tirocinio de la Religión, para que después fuese pregonero de la profesión del instituto. Astuto el enemigo, presagiando sin duda lo que aprovechara Fr. Esteban, le puso inaccesibles montes de dificultades en la prosecución de aquella estrechísima vida; representábale el regalo en que se había criado, lo desigual de sus fuerzas para seguir la empresa, trocando la holanda por el sayal; el colchón de plumas, por tablas; el puchero regalado, con el guiso para el común. Las conveniencias de su casa y ministerio, por la incomodidad de estar en pie en hilera desarrimado en un coro pausado, quien por delicado, por grueso y deshabituado había de sentirlo más que los que desde niños nos criamos en tanto trabajo. No disculpo a Fr. Esteban en haber dejado el hábito; pero no alabo lo material en el prelado, sino es que lo puso Dios para piedra de toque del novicio. Resolvióse a dejar el hábito, la urgencia en el modo manifiesto la vehemencia de la tentación pues a hora de prima se salió del convento para su casa con el hábito y solo, como estaba en el coro, yendo con paso acelerado, quien no tenía delito para ser aprehendido, y que pudiera en un coche, con la decencia debida, ser llevado a su casa, pues no estaba obligado a proseguir, y el año de aprobación es para experimentar si se puede profesar aquella vida. Huyóse Fr. Esteban, yendo por la calle a pie y avergonzado el Dr. D. Esteban de Moreira, causando en los maleantes susurros, y en los espirituales, piadosos y prudentes conmiseración y ternura.

Volvió a ejercer su curato con no pequeño consuelo de su feligresía, por ser piadoso y desinteresado en los conciertos, puntual y muy devoto en la administración de sacramentos, haciendo de supererogación muchas obras de caridad que cedían en bien en las almas y de los cuerpos. Olvidóse su frailía, aunque a él nunca se le borró de la memoria lo padecido, no para quejarse de sus trabajos, sino para admirar la paciencia, espíritu y esfuerzo de los que la vida regular seguían, a quienes si antes era devoto, después amaba tan tiernamente que quisiera emplearse todo en regalar y socorrer a

los religiosos. Guardaba el hábito que sacó, como reliquia, y a cualquier dolor que sintiese o alguno de su familia, lo aplicaba el que se le vistiese, o se ponía la capilla y cuerda, y con esto sanaba el doliente. Era cosa de admiración el amor del Dr. Moreira a S. Francisco, y fe que tenía en su intercesión y patrocinio, y cuán vigilante y piadoso se mostraba el Seráfico Padre con él como con hijo legítimo suyo, que lo fué siempre en el alma. Prosiguió en los lucimientos de su persona, haciendo oposiciones a cátedras de la Universidad, obteniendo el oficio de Ministro Hermano Mayor de la Tercera Orden y otras condecoraciones hasta de una canongía, de que tomó posesión en el mes de septiembre de 1686 y la gozó hasta la noche del día 15 de diciembre del mismo año, que habiendo estado lo más de ella después de cenar en el Hospital Real exhortando y confesando enfermos de los muchos que a la sazón había, por ser en tiempo de peste arrebatada, ejercitando con celo de la salvación de las almas su buen espíritu por mera aplicación suya y caridad, se fué a recoger a su casa a la media noche. Durmió hasta la madrugada sin conocer accidente, y al levantarse, entendiendo que estaba sano, se halló baldado del lado diestro, y que había pasado hora [1] por él y le iba impidiendo la pronunciación. Alborotóse la casa, vinieron los médicos, y repararon cuanto les fué posible el estrago, haciendo el paciente fervorosísimos actos de contrición con muchas lágrimas, y confesándose muchas veces, antes que del todo le faltase la pronunciación, porque a todo andar se iba entorpeciendo la lengua. Pidió con lágrimas y tiernos afectos el hábito que tenía guardado, abrigóse con él sintiendo algún alivio, pero el mayor que él deseaba era la licencia del prelado para vestirle como religioso. Esta se dificultó por la aventura pasada, pero interponiéndose ruegos, intercesiones y razones espirituales y humildes, que se representaron al Reverendo Padre Provincial, condescendió a los instantes ruegos del doliente, y dió licencia para que si mejorase fuese al convento a recibir el hábito, y tener su año de aprobación; pero si se le agravase el achaque y llegase a términos de muerte, se le pudiese dar la profesión de cama. Recibió tanto consuelo con este orden del prelado como si real y verdaderamente fuera S. Francisco quien así lo disponía, porque desde luego entendió que era azote suave en castigo de su veleidad, o cordonazo amoroso aquel repentino achaque, tenía el hábito por cobija, la capilla por paño de almohada y la cuerda puesta y revuelta en el brazo. En tres años que vivió en el siglo con este impedimento no llegó el caso de ir al convento a recibir el hábito; pero sí el del inminente peligro de muerte en que se le dió en su cama la profesión con las cicunstancias que los sagrados cánones disponen.

Siempre clamó que le llevasen al convento de S. Francisco, pero después que hizo la profesión y se vió algo libre del peligro de muerte en que se vió, ni comer, ni beber, ni alimentarse apetecía, sino verse en su convento (así lo clamaba) y por darle consuelo y corresponder a su devoción y fervor, se le dió celda en la enfermería como a religioso donde sobrevivió más de seis meses. Allí tenía el consuelo de la frecuencia de sacramentos y estar en contemplación ante el Santísimo Sacramento de la Eucaristía en la capilla

---

(1) Así la ed. de 1716.

de S. Antonio de la enfermería, a donde le llevaban entre dos religiosos, y le sentaban en una silla porque él estaba impedido para moverse por sí. Eranle muy continuas las lágrimas, excitadas a veces de la consideración de verse poco menos que un tronco, aunque jamás le faltó la sensibilidad, otras de ternura en verse fraile y con hábito, sin haber servido a la Religión cuando pudo y le vistió diez años antes, y verse ahora servido, traído como a remolco y cuasi compelido a la exacción divina y ejecución seráfica a la Religión a cumplir la promesa que hizo de ser fraile. Así pasó su purgatorio hasta el día 20 de julio (del año de 89) en que se celebraba el Tránsito del Sr. S. José, cuyo ternísimo devoto fué siempre, que recibida la Extremaunción, no pudiendo por la bronquedad de la lengua recibir el Santísimo Viático, comulgó espiritualmente con lágrimas, y partió al descanso, dejándonos el ejemplo y aviso *sí quid vovisti Deo, ne moreris reddere etc.* Fué sepultado al siguiente día en el entierro de los religiosos con toda solemnidad.

CAPITULO OCTOGESIMO TERCERO

Continúase el mismo intento

No es el mío aplaudir la desidia y distracción, sino alentar la confianza sin presunción, dar motivo para que se alaben las misericordias de Dios y se excite la cobarde pusilanimidad a no desmerecerlas, teniendo todos por cierto que si a muchos tiene en el infierno la desesperación, no son menos los que han llevado allá la vana confianza y presunción, y así como no nos debemos fiar en tener esta o aquella devoción para descuidar en lo esencial a la salvación; tampoco hemos de omitir el obrar bien aunque tal vez haga obras buenas quien también ejecuta malas. Un religioso conocimos en esta Santa Provincia que murió el año de 77, que, si no vivió olvidado de su profesión, a lo menos le conocimos entretenido en regalos, engolfado en pretensiones, haciéndose mal visto por su altivez sediciosa, maquinista de Capítulos y no poco lisiado de trasgresiones de la santa pobreza y muy conocido por su natural proditorio y operaciones desleales, pasiones muy ordinarias a la ambición. A vuelta de estos méritos malos, tuvo los buenos de ser extremadamente devoto de N. Sra. la Virgen María, por manera que, pidiéndole por amor de la Virgen no hubo cosa que jamás negase, celebraba sus fiestas con demostraciones y empeño, especialmente las de la Purísima Concepción. Tuvo otra partida laudable, y fué puntualísimo cuidado en el culto divino, y así las veces que fué Guardián todo su esmero puso en que se hiciesen lucidos aumentos de sacristía, que los paramentos sagrados estuviesen aseados, y cuando pudo procuró que fuesen ricos; que la lámpara no hubiese instante que no ardiese, y él mismo fregaba los vasos, y la encendía. Y finalmente, fué tan ajeno de avaricia que antes pasaba a ostentoso a lo caballero en el trato de los religiosos, multiplicándosele a él lo que a otros se les hace sal y agua.

Creció en la Religión, y engreído con buena fortuna sobre prendas de buen predicador y mucha industria, fué Definidor y anhelaba entonado al provincialato próximo futuro al trienio en que falleció estimando ser por primero en el mérito. Pero Dios que quería premiarles sus buenas obras, impidiéndole los pasos al precipicio, permitió que le brotase una goma en la cabeza. Aplicósele con cuidado la curación, pero rebelde el humor gálico, huyendo al casco le ulceró, dilatándole el mayor dolor. Ya los cirujanos perdían la esperanza de que viviese; abriósele un hoyo en el casco con tanto estrago y dolor en la coronilla que temiendo se le acancerase aquella parte, toda la curación era cortar, limar y entrar la tienta hasta lo más sensible. Abrió los ojos al desengaño el religioso, y tratando de lo verdadero, comenzando por una confesión general, desprecio del todo su entonamiento, humildad profunda con que pedía perdón a los que había agraviado, reduciendo su altivez a la estrechez de abnegación de su propio querer, resignación total, no sólo a los prelados, pero aun a cualquier individuo, por Dios, repitiendo muchos afectos y ternuras a la Virgen Santísima Sra. Ntra. a quien confesaba deber el beneficio de hallarse libre de sí mismo, y todo endiosado reducido a su profesión, dió grande ejemplo a toda la comunidad del Convento Grande, en cosa de seis meses que vivió esta nueva vida, asemejándose en la tolerancia de sus gravísimos dolores al pacientísimo Job, no oyéndose de su boca un *ay,* en tantos cauterios y fuertes curaciones que se le hicieron, porque, teniendo ofrecidos a Dios sus dolores por mano de la Virgen Sra. Ntra., no quería defraudarse del mérito, si se quejase a otra persona que a la benditísima Virgen.

Ejercitado con espiritual alegría en muchas virtudes; llegándose el día 7 de diciembre, víspera del feliz en que solemniza N. Mdre. la Iglesía el primer instante del ser inmaculado de la Madre de Dios N. Sra., habiendo días antes recibido solemnemente el SS. Viático, y repetido el comulgar por su consuelo algunos días, hallándose, cuanto a lo que parecía, alentado y vigoroso, pidió después de prima el Santo Oleo, preparándose para recibirle con la consideración de que se hallaba en el coro a la *kalenda* ante la hermosísima imagen de Ntra. Sra. Recibió la Extremaunción con muchas lágrimas, ayudando a rezar los salmos penitenciales; después de lo cual pidió se le dijese la recomendación del alma, que oyó todo hecho un mar de lloros. Pidió de nuevo perdón, hábito y sepultura, como es estilo de la Religión y que se fuese la comunidad, que aun no era hora que el avisaría. Serían ya las ocho de la mañana y desde esta hora pidió a los religiosos que le asistían le dijesen el símbolo de la fe, letanías y otras deprecaciones. A las once preguntando qué hora era, dijo que era tiempo y que se llegaba su hora, y así disponiendo el prelado que quedasen algunos más religiosos bajó a comer la comunidad. Cantósele el Credo, pidiendo él mismo fuese despacio, porque hallaba mucho consuelo en oirlo, cantáronse los himnos de Ntra. Sra. y otras devociones de aquel trance en que se gastó una hora, estando todo este tiempo el enfermo dándose golpes en los pechos; con el santo Cristo y

vela en la mano, profiriendo actos de contrición aunque en voz muy baja, levantóla diciendo: *Per tuam Immaculatam Conceptione, Dei genitrix Virgo, defende nos ab hoste maligno,* y expiró al mismo tiempo que daban las doce y se comenzaban los alegres y generales repiques de aquel día que impidieron al que se doblase hasta después de la una, cantándose responso al armónico sonido de todas las campanas de la ciudad.

Otros religiosos hemos conocido que, aunque han tenido defectos y no han caminado a la perfección como debemos, han sido humildes, trabajadores, serviciales, hallándolos siempre aparejados el trabajo y oficios penales, y nunca las conveniencias, por falta de brazos e introducción, o, lo más cierto, por poco ambiciosos; y a estos hemos visto morir como unos santos, como unos varones apostólicos y que se nos entra por los ojos el patrocinarlos y abrigarlos como hijos queridos de S. Francisco en aquel trance, hablando arcanidades, prediciendo la hora en que han de morir, como dueños del cielo, cumpliéndose en ellos el *Beati pauperes spiritu; quia ipsorum est regnum coelorum,* dejándonos grande ejemplo sus disposiciones, y santa emulación su buena muerte. Uno murió el año de 83 que habiéndole dado un parasismo que pareció haber fallecido volvió de él, y preguntado por el confesor, que había de nuevo, respondió: *Mucho consuelo en Dios;* y pidiendo le cantasen el salmo *Laetatus sum etc.,* abrazándose con un niño Jesús de mucha hermosura y devoción, se volvió a transportar hasta la eternidad. Otro murió el año de 88, que habiéndose dispuesto y recibido los SS. Sacramentos el último día de septiembre, amanecido el día 3 de octubre pidió se le diese el SS. Sacramento de la Eucaristía, que quería comulgar. El confesor le dijo, que mejor sería que comulgase el día siguiente que era de la solemnidad de N. P. S. Francisco, a que replicó el enfermo: *Eso no, que mañana no he de amanecer en esta vida; porque mi Padre S. Francisco mudado de juez en padre me ha de llevar a donde libre de dolores le celebre.* Así fué, diósele el Sacramento, estando todo aquel día gozosísimo y lleno de espiritual alegría, despidiéndose y dando santos consejos y documentos a los religiosos que le asistían, a la media noche, cuando despertaban a los solemnes maitines de N. Seráfico Patriarca, pidió *tocasen a credo* que poco molestaría, y cantándole, al verso *Incarnatus* dió su alma a Dios.

Otro religioso grave murió acabando de recibir una disciplina de mano de un donado, con tales disposiciones y animosidad que esperaba la muerte por alivio; y para antes de entrar en peligro su enfermedad se entristecía si el médico le decía que no era mortal del achaque. Otro Padre de Provincia, habiendo precedido grandes disposiciones, entrando en la agonía, cogía el Santo Crucifijo y se lo quería entrar en el corazón, haciendo fuerza de romperse el pecho. Otro vimos morir dándose continuos golpes en el pecho hasta que le faltó el aliento y espiró. Otro, él mismo señaló quien le encomendase el alma, quien le ayudase a morir, quien echase agua bendita, y hecho esto dijo: *Toquen a credo,* y cantándole espiró, mozo que no llegaba a treinta años.

De esta categoría pudiera mencionar muchos mansos y humildes religiosos, que, aunque en la peregrinación de esta vida se les pegó el polvo, sacudiéndolo valerosamente con los divinos auxilios, acabaron con felicidad la carrera, que parecía no poder parar en pie, confundiendo Dios humanos juicios y terrenos discursos, con la inscrutabilidad de los suyos y ostentación de sus misericordias para que ninguno desespere y todos prudentemente confíen, pues si Dios al justo convida con la justificación y al santo con el premio, al pecador solicita con el perdón, a nadie desampara, a nadie deja, si no le dejamos, premia con largueza y divina liberalidad, castiga con misericordia, y ciñe los ensanches de la justicia, y al que hace lo que es en sí no le niega su gracia.

En otro caso ejemplar sucedido en esta S. Provincia, se ve la práctica de lo que decimos. Hubo un donado, indio de nación, en el convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, que sirvió muchos años en él, sin que hubiese memoria del tiempo que se le dió el hábito. Tenía de edad según sus cómputos sobre 120 años. Era natural del reino de Chile en el Perú. Críose desde muy mozo en dicho convento al ejemplo y educación de tantos ejemplarísimos religiosos, de cuyos nombres ya no se acordaba, aunque sí de sus muchas virtudes, y aun de la fisonomía y tamaños de algunos. Acordábase cuando era de paja nuestra Iglesia y la de la catedral, y otras vejeces que gustábamos los religiosos mozos de oirle. Daba mucha razón de las guerras del Perú, cuando el Adelantado D. Diego de Almagro desamparó la conquista del reino de Chile y de cómo entonces pasó a esta otra costa en compañía de españoles que habían ido de Guatemala y sus provincias a aquel reino, al socorro pedido por el Lic. Gasca en nombre del rey. Este donado, pues, que se llamaba Pedro (y corrientemente le decíamos el Hermano Pedro) añadiendo después *el Donado,* porque se diferenciase del Hermano Pedro el Tercero, puesto que en virtudes, santos ejercicios y coloquios espirituales entre los dos no había diferencia) vivía tan habituado a la virtud y como connaturalizado a la oración y santos ejercicios, que aunque por sus años estaba exento y jubilado de trabajo de oficinas y asistencias de coro y comunidad, con todo, *sicut vitula edocta diliget trituram,* se aplicaba a ayudar en la cocina, era indefectible en el coro a todas horas, especialmente a la de maitines o, por decirlo mejor, en el coro vivía y allí era su celda, en la tribuna del órgano, de donde solamente salía a tomar algún débil alimento, a alguna necesidad y a ayudar en la cocina hasta ahora de segunda mesa, que tomaba unas sopas o pan migado en caldo, y no otra cosa, cada veinte y cuatro horas. Decían los religiosos antiguos que había sido muy penitente, continuo en el ayuno, sin comer más que unas yerbas mal sazonadas, y a veces con ceniza, al medio día, y desde entonces hasta el siguiente día a las mismas horas no probaba ni aun agua; y que sus disciplinas eran cuotidianas y su

oración tan fervorosa que muchas veces le vieron arrobado, y que era muy favorecido de la Virgen Santísima ante cuya imagen del Coro pasaba días y noches.

Bien correspondía a estas virtudes la vida en que yo le alcancé, que era toda endiosada, llena de caridad, pues de costumbre antigua tenía el quedarse sin comer y dar su ración a los pobres. Era todo su vivir en el coro, donde se decía (y el contaba con santa sinceridad), que le habían hecho y hacían muchas guerras los demonios porque dejase la oración (sin duda porque se abrasaría de envidia el enemigo de ver por medio de la oración a un pobre indio tan sublimado) pero que con el auxilio de su Señora se había salido con no salir del coro. Decía a la Virgen Santísima muchas ternuras y afectos, *mi Señora, mi madre, mi refugio, mi amparo* y otros semejantes y aun títulos de mucha llaneza. Andaba siembre como trasnochado, los ojos que apenas los abría, como de quien está a medio despertar y muy sumidos de la mucha edad y vigilias, su vestir como de religioso, hábito, túnica, menores y sandalias, y en lugar de capilla usaba un capacete o birrete de sayal por el abrigo de la cabeza. Era su virtud tan acreditada, que en vida se sacaron retratos suyos y en una ocasión habiendo puesto en el claustro de nuestro convento un día de Corpus una copia de las que había en la ciudad la vió y conoció Pedro y con mucha paz la hizo descolgar, diciendo que daba gracias a Dios y al pintor de haberle copiado tan a lo vivo, porque con esto tenía que enviar a su tierra a sus parientes, que deseaban conocerle. Pero lo que hizo con el retrato fué borrarle el rostro, y pedir a un pintor le pintase un San Diego en el lienzo. Los señores Presidente y Obispo le daban su mesa, teniéndose por dichosos que entrase en sus casas, los caballeros de más porte le buscaban para su compadre y oían con notable atención sus consejos, porque todos le tenían por santo.

Enfermó más de vejez y deficiencia de la naturaleza que de achaque; agonizaba mucho rato y volvía a su acuerdo, rezando continuamente en el rosario que del cuello traía pendiente; velábamosle los coristas, duró muchos días, y siguiéndose uno muy capaz y yo, a quienes varias veces había contado Pedro su vida, edad y batallas de su tierra, nos vino en pensamiento el que pudiera ser no estuviese bautizado, motivados de que se transportaba, como muerto, largo ratos, helado y traspillado, y volvía a la vida. Consultamos con el Padre Lector Fr. Manuel de Ayala (que a la sazón era huésped en el convento) nuestros pensamiento. No disintió de el, según los fundamentos que se le dijeron. Vínose con nosotros a la celda del agonizante, preguntó si le conocía; y habiéndole nombrado por su nombre le hizo otra pregunta: si se acordaba estar bautizado. Abrió los ojos, y, sonriéndose, dijo que no se acordaba, y pudiera ser no estarlo, porque cuando él salió de su tierra todo era guerras y que no se trataba de bautismo. Preguntado si quería ser bautizado; dijo con voz vigorosa: *Una y mil veces.* Bautizólo el religioso *sub conditione* y al instante se traspuso, diciendo: *Jesús, Maria,* y espiró sin agonía en el mes de enero de 1667.

De otro donado escribe el R. P. Jub. y Cronista Moreira, que dice se llamó Juan de Jesús María, pero que no era conocido, sino por el *Hermano Deo Gracias,* porque ninguna otra cosa hablaba. Dice que era español y muy buen latino, y que tuvo por oficio el de boticario en el siglo. Pidió el hábito para donado, y aunque entonces y después se le ofreció para lego y que se le hubiera dado aun para el coro por ser persona de limpieza y muy suficiente para el altar, nunca quiso pasar de la esfera de donado. Observaba a la letra la Regla de nuestro P. S. Francisco, y vivía al tenor de las Constituciones. Era muy penitente y notablemente dado a la abstinencia. Pasaba casi toda la noche en oración, y en ella se solía oir que rumiaba: *¿Quién y a quién?* sobre lo cual examinándolo el confesor, decía: *¿Quién es el pecador? ¿A quién ofende con el pecado? ¿Quién es Dios? ¿A quién beneficia?* Y otras místicas consideraciones en que pasaba las noches enteras. Otras veces decía en su meditación rumiando: *Vivir para morir, morir para vivir.* Aprovechó tanto en este santo ejercicio, que andaba como abstraído. No había entonces botica en el convento, y así le aplicaron los prelados a compañero de sacristán de la Capilla de Loreto del V. Padre Alcober, para que al calor de sujeto tan espiritual se lograse aquel espíritu. Así fué; y en los años que vivió en el convento de N. P. S. Francisco de Guatemala, dejó mucho olor y fama de virtudes. Con deseo de visitar las estaciones de Roma, y pasar a Jerusalén, pidió licencia para ir por compañero del pro-ministro de esta Provincia que iba a Capítulo General de Roma del año de 651. Concediósele, y en la Habana en peste que hubo, murieron Custodio y Pro-Ministro, y el Hermano *Deo-gracias,* dejando muchas esperanzas de su felicidad, y al religioso lego Fr. Manuel Bravo, que pasó a España y murió con opinión de siervo de Dios como atrás se dijo.

FIN DEL TOMO TERCERO

INDICE GENERAL

DEL TOMO III DE LA CRONICA DE VAZQUEZ

LIBRO CUARTO

Página

Página

Página

Página

Página

INDICE ALFABETICO

DE NOMBRES PROPIOS, INDIGENAS Y ALGUNAS MATERIAS INTERESANTES

INDICE DEL PRELIMINAR

INDICE DE LA OBRA

B

C

CH

D

E

F

G

H

I

J

L

M

N

O

P

Q

R

S

T

U

V

W

X

Y

Z

ESTE III TOMO DE LA CRONICA DE LA PROVINCIA
DEL SANTISIMO NOMBRE DE JESUS, FUE
EDITADO EN LA TIPOGRAFIA NACIO-
NAL DE GUATEMALA. SE
TERMINO SU IMPRESION
EL 4 DE ENERO
DE 1940.

